CARLOS RUIZ ZAFÓN

LA TRILOGÍA DE LA NIEBLA

Lectulandia

En una misteriosa casa de la costa atlántica, lejos del Londres amenazado por la guerra, Max va a descubrir que los desafíos del presente a menudo tienen su razón de ser en pactos inconfesables sellados mucho tiempo atrás, donde habitan seres como El Príncipe de la Niebla.

En la Calcuta de 1932, un tren en llamas atraviesa la ciudad, y el círculo de amigos de Ben y Sheere debe enfrentarse al más terrible y mortífero enigma de la ciudad de los palacios; una aventura, El Palacio de la Medianoche, que va a cambiar sus propias vidas. Entre París y un extraño faro de Normandía se desarrolla Las Luces de Septiembre, en la que Irene e Ismael se adentran en el misterio de un fabricante de juguetes que vive entre seres mecánicos y sombras del pasado, a la vez que crecen los lazos que los van a unir para siempre.

La Trilogía de la Niebla nos ofrece una inigualable combinación de aventura, misterio y emociones, de la mano del magistral narrador de La Sombra del Viento, Carlos Ruiz Zafón.

Carlos Ruiz Zafón

La Trilogía de la Niebla

ePub r1.0
Titivillus 20.06.2020

Título original: *La Trilogía de la Niebla*
Carlos Ruiz Zafón, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EL PRÍNCIPE DE LA NIEBLA

Para mi padre

UNA NOTA DEL AUTOR

Amigo lector:

Quizá lo más aconsejable sería que te saltases estas palabras y fueras directamente al arranque de la novela, ya que un libro debería hablar por sí mismo, sin necesidad de preámbulos. Pero si sientes curiosidad acerca del origen de la historia que tienes entre manos, prometo ser breve y apartarme de tu camino en pocas líneas.

El Príncipe de la Niebla fue la primera novela que publiqué, y marcó el inicio de mi dedicación completa a este peculiar oficio que es el de escritor. En aquella época tenía veintiséis o veintisiete años, lo que por entonces me parecía un montón y, a falta de editor, se me ocurrió presentarla a un concurso de literatura juvenil (terreno que desconocía por completo), tuve la suerte de ganar.

A decir verdad, de chaval no acostumbraba a leer novelas etiquetadas como «juveniles». Mi idea de una novela para jóvenes era la misma que mi idea de una novela para cualquier lector. Siempre he tenido la impresión de que los lectores jóvenes son, acaso, más espabilados y perspicaces que sus mayores, y que si algo tienen son pocos miramientos y menos prejuicios. Con ellos, el autor gana lectores o los lectores lo despachan sin contemplaciones. Son un público difícil y exigente, pero me gustan sus términos, y creo que son de justicia. En el caso de *El Príncipe de la Niebla*, a falta de otras referencias, decidí escribir la novela que a mí me hubiese gustado leer con trece o catorce años, pero también una que me siguiera interesando con veintitrés, cuarenta y tres u ochenta y tres años.

Desde su publicación en 1993, *El Príncipe de la Niebla* ha tenido la suerte de ser muy bien recibido entre los jóvenes, y también entre los no tan jóvenes. Lo que nunca ha tenido, hasta el día de hoy, es una edición digna, que hiciese justicia a sus lectores y a la propia obra. Después de las no pocas miserias que han lastrado este libro y a su autor durante casi quince años, la novela llega ahora por primera vez a las manos de sus lectores de la manera en que debería haberlo hecho en un principio.

Al revisitar un libro que uno escribió hace ya tantos años, el novelista se siente tentado de aprovecharse de algunas de las cosas que ha aprendido en el oficio para reconstruir y reescribirlo casi todo, pero en este caso me ha parecido que había que dejar la obra tal como es, con sus defectos y su personalidad intactos.

El Príncipe de la Niebla es la primera de una serie de novelas «juveniles», junto con *El Palacio de la Medianoche*, *Las Luces de Septiembre* y *Marina*, que escribí años antes de la publicación de *La Sombra del Viento*. Algunos lectores más maduros, llevados por la popularidad de esta última, tal vez se sientan tentados de explorar estas historias de misterio y aventura, y espero que algunos lectores de nuevo cuño, si disfrutan con ellas, tal vez inicien así su propia aventura en la lectura de por vida.

A unos y a otros, lectores jóvenes y jóvenes lectores, sólo me queda transmitirles el agradecimiento de este contador de historias, que sigue intentando merecer su interés y desearles una feliz lectura.

CARLOS RUIZ ZAFÓN
Mayo de 2006.

CAPÍTULO UNO

Habrían de pasar muchos años antes de que Max olvidara el verano en que descubrió, casi por casualidad, la magia. Corría el año 1943 y los vientos de la guerra arrastraban al mundo corriente abajo, sin remedio. A mediados de junio, el día en que Max cumplió los trece años, su padre, relojero e inventor a ratos perdidos, reunió a la familia en el salón y les anunció que aquél era el último día que pasarían en la que había sido su casa en los últimos diez años. La familia se mudaba a la costa, lejos de la ciudad y de la guerra, a una casa junto a la playa de un pequeño pueblecito a orillas del Atlántico.

La decisión era terminante: partirían al amanecer del día siguiente. Hasta entonces, debían empacar todas sus posesiones y prepararse para el largo viaje hasta su nuevo hogar.

La familia recibió la noticia sin sorprenderse. Casi todos imaginaban ya que la idea de abandonar la ciudad en busca de un lugar más habitable rondaba por la cabeza del buen Maximilian Carver desde hacía tiempo; todos menos Max. Para él, la noticia tuvo el mismo efecto que una locomotora enloquecida atravesando una tienda de porcelanas chinas. Se quedó en blanco, con la boca abierta y la mirada ausente. Durante ese breve trance, pasó por su mente la terrible certidumbre de que todo su mundo, incluidos sus amigos del colegio, la pandilla de la calle y la tienda de tebeos de la esquina, estaba a punto de desvanecerse para siempre. De un plumazo.

Mientras los demás miembros de la familia disolvían la concentración para disponerse a preparar el equipaje con aire de resignación, Max permaneció inmóvil mirando a su padre. El buen relojero se arrodilló frente a

su hijo y le colocó las manos sobre los hombros. La mirada de Max se explicaba mejor que un libro.

—Ahora te parece el fin del mundo, Max. Pero te prometo que el lugar adonde vamos te gustará. Harás nuevos amigos, ya lo verás.

—¿Es por la guerra? —preguntó Max—. ¿Es por eso por lo que tenemos que irnos?

Maximilian Carver abrazó a su hijo y luego, sin dejar de sonreírle, extrajo del bolsillo de su chaqueta un objeto brillante que pendía de una cadena y lo colocó entre las manos de Max. Un reloj de bolsillo.

—Lo he hecho para ti. Feliz cumpleaños, Max.

Max abrió el reloj, labrado en plata. En el interior de la esfera cada hora estaba marcada por el dibujo de una luna que crecía y menguaba al compás de las agujas, formadas por los haces de un sol que sonreía en el corazón del reloj. Sobre la tapa, grabada en caligrafía, se podía leer una frase: «*La máquina del tiempo de Max*».

Aquel día, sin saberlo, mientras contemplaba a su familia deambular arriba y abajo con las maletas y sostenía el reloj que le había regalado su padre, Max dejó para siempre de ser un niño.

* * *

La noche de su cumpleaños Max no pegó ojo. Mientras los demás dormían, esperó la fatal llegada de aquel amanecer que habría de marcar la despedida final del pequeño universo que se había forjado a lo largo de los años. Pasó las horas en silencio, tendido en la cama con la mirada perdida en las sombras azules que danzaban en el techo de su habitación, como si esperase ver en ellas un oráculo capaz de dibujar su destino a partir de aquel día. Sostenía en su mano el reloj que su padre había hecho para él. Las lunas sonrientes de la esfera brillaban en la penumbra nocturna. Tal vez ellas tuvieran la respuesta a todas las preguntas que Max había empezado a coleccionar desde aquella misma tarde.

Finalmente, las primeras luces del alba despuntaron sobre el horizonte azul. Max saltó de la cama y se dirigió al salón. Maximilian Carver estaba acomodado en una butaca, vestido y sosteniendo un libro junto a la luz de un quinqué. Max vio que no era el único que había pasado la noche en vela. El relojero le sonrió y cerró el libro.

—¿Qué lees? —preguntó Max, señalando el grueso volumen.

—Es un libro sobre Copérnico. ¿Sabes quién es Copérnico? —respondió el relojero.

—Voy al cole —respondió Max.

Su padre tenía el hábito de hacerle preguntas como si se acabase de caer de un árbol.

—¿Y qué sabes de él? —insistió.

—Descubrió que la Tierra gira alrededor del Sol y no al revés.

—Más o menos. ¿Y sabes lo que eso significó?

—Problemas —repuso Max.

El relojero sonrió ampliamente y le tendió el grueso libro.

—Ten. Es tuyo. Léelo.

Max inspeccionó el misterioso volumen encuadernado en piel. Parecía tener mil años y servir de morada al espíritu de algún viejo genio encadenado a sus páginas por un maleficio centenario.

—Bueno —atajó su padre—, ¿quién despierta a tus hermanas?

Max, sin levantar la vista del libro, indicó con la cabeza que le cedía el honor de arrancar a Alicia e Irina, sus dos hermanas de quince y ocho años respectivamente, de su profundo sueño.

Luego, mientras su padre se dirigía a tocar diana para toda la familia, Max se acomodó en la butaca, abrió el libro de par en par y empezó a leer. Media hora más tarde, la familia en pleno cruzaba por última vez el umbral de la puerta hacia una nueva vida. El verano había empezado.

* * *

Max había leído alguna vez en uno de los libros de su padre que ciertas imágenes de la infancia se quedan grabadas en el álbum de la mente como fotografías, como escenarios a los que, no importa el tiempo que pase, uno siempre vuelve y recuerda. Max comprendió el sentido de aquellas palabras la primera vez que vio el mar. Llevaban más de cinco horas en el tren cuando, de súbito, al emerger de un oscuro túnel, una infinita lámina de luz y claridad espectral se extendió ante sus ojos. El azul eléctrico del mar resplandeciente bajo el sol del mediodía se grabó en su retina como una aparición sobrenatural. Mientras el tren seguía su camino a pocos metros del mar, Max sacó la cabeza por la ventanilla y sintió por primera vez el viento impregnado de olor a salitre sobre su piel. Se volvió a mirar a su padre, que le contemplaba desde el extremo del compartimiento del tren con una sonrisa misteriosa, asintiendo a una pregunta que Max no había llegado a formular.

Supo entonces que no importaba cuál fuera el destino de aquel viaje ni en qué estación se detuviera el tren; desde aquel día nunca viviría en un lugar desde el cual no pudiese ver cada mañana al despertar aquella luz azul y cegadora que ascendía hacia el cielo como un vapor mágico y transparente. Era una promesa que se había hecho a sí mismo.

* * *

Mientras Max contemplaba alejarse el ferrocarril desde el andén de la estación del pueblo, Maximilian Carver dejó unos minutos a su familia con el equipaje frente al despacho del jefe de estación para negociar con alguno de los transportistas locales un precio razonable por trasladar bultos, personas y demás parafernalia hasta el punto final de destino. La primera impresión de Max respecto al pueblo y al aspecto que ofrecían la estación y las primeras casas, cuyos techos asomaban tímidamente sobre los árboles circundantes, fue la de que aquel lugar parecía una maqueta, uno de aquellos pueblos construidos en miniatura por coleccionistas de trenes eléctricos, donde si uno se aventuraba a caminar más de la cuenta podía acabar cayéndose de una mesa. Ante tal idea, Max empezaba a contemplar una interesante variación de la teoría de Copérnico respecto al mundo cuando la voz de su madre, junto a él, le rescató de sus ensoñaciones cósmicas.

—¿Y bien? ¿Aprobado o suspendido?

—Es pronto para saberlo —contestó Max—. Parece una maqueta. Como esas de los escaparates de las jugueterías.

—A lo mejor lo es —sonrió su madre. Cuando lo hacía, Max podía ver en su rostro un reflejo pálido de su hermana Irina.

—Pero no le digas eso a tu padre —continuó—. Ahí viene.

Maximilian Carver llegó de vuelta escoltado por dos fornidos transportistas con sendos atuendos estampados de manchas de grasa, hollín y alguna sustancia imposible de identificar. Ambos lucían frondosos bigotes y una gorra de marino, como si tal fuera el uniforme de su profesión.

—Éstos son Robin y Philip —explicó el relojero—. Robin llevará las maletas, y Philip, a la familia. ¿De acuerdo?

Sin esperar la aprobación familiar, los dos forzudos se dirigieron a la montaña de baúles y cargaron metódicamente con el más voluminoso sin el menor asomo de esfuerzo. Max extrajo su reloj y contempló la esfera de lunas risueñas. Las agujas marcaban las dos de la tarde. El viejo reloj de la estación marcaba las doce y media.

—El reloj de la estación va mal —murmuró Max.

—¿Lo ves? —contestó su padre, eufórico—. Nada más llegar y ya tenemos trabajo.

Su madre sonrió débilmente, como siempre hacía ante las muestras de optimismo radiante de Maximilian Carver, pero Max pudo leer en sus ojos una sombra de tristeza y aquella extraña luminosidad que, desde niño, le había llevado a creer que su madre intuía en el futuro lo que los demás no podían adivinar.

—Todo va a salir bien, mamá —dijo Max, sintiéndose como un tonto un segundo después de pronunciar aquellas palabras.

Su madre le acarició la mejilla y le sonrió.

—Claro, Max. Todo va a salir bien.

En aquel momento Max tuvo la certeza de que alguien lo miraba. Giró rápidamente la vista y pudo ver cómo, entre los barrotes de una de las ventanas de la estación, un gran gato atigrado lo contemplaba fijamente, como si pudiera leer sus pensamientos. El felino pestañeó y de un salto que evidenciaba una agilidad impensable en un animal de aquel tamaño, gato o no gato, se acercó hasta la pequeña Irina y frotó su lomo contra los tobillos blancos de la hermana de Max. La niña se arrodilló para acariciar al animal, que maullaba suavemente. Irina lo cogió en brazos y el gato se dejó arrullar mansamente, lamiendo con dulzura los dedos de la niña, que sonreía hechizada ante el encanto del felino. Irina, con el gato en brazos, se acercó hasta el lugar donde esperaba la familia.

—Acabamos de llegar y ya has cogido un bicho. A saber lo que llevará encima —sentenció Alicia con evidente fastidio.

—No es un bicho. Es un gato y está abandonado —replicó Irina—. ¿Mamá?

—Irina, ni siquiera hemos llegado a casa —empezó su madre.

La niña forzó una mueca lastimosa, a la que el felino contribuyó con un maullido dulce y seductor.

—Puede estar en el jardín. Por favor…

—Es un gato gordo y sucio —añadió Alicia—. ¿Vas a dejar que se salga otra vez con la suya?

Irina dirigió a su hermana mayor una mirada penetrante y acerada que prometía una declaración de guerra a menos que ésta cerrase la boca. Alicia le sostuvo la mirada unos instantes y después se volvió, con un suspiro de rabia, alejándose hasta donde los transportistas estaban cargando el equipaje. Por el

camino se cruzó con su padre, a quien no se le escapó el semblante enrojecido de Alicia.

—¿Ya estamos de pelea? —preguntó Maximilian Carver—. ¿Y esto?

—Está solo y abandonado. ¿Nos lo podemos llevar? Estará en el jardín y yo lo cuidaré. Lo prometo —se apresuró a explicar Irina.

El relojero, atónito, miró el gato y luego a su esposa.

—No sé qué dirá tu madre…

—¿Y qué dices tú, Maximilian Carver? —replicó su mujer, con una sonrisa que evidenciaba que le divertía el dilema que había traspasado a su esposo.

—Bien. Habría que llevarlo al veterinario y además…

—Por favor… —gimió Irina.

El relojero y su mujer cruzaron una mirada de complicidad.

—¿Por qué no? —concluyó Maximilian Carver, incapaz de empezar el verano con un conflicto familiar—. Pero tú te encargarás de él. ¿Prometido?

El rostro de Irina se iluminó y las pupilas del felino se estrecharon hasta perfilarse como agujas negras sobre la esfera dorada y luminosa de sus ojos.

—¡Venga! ¡Andando! El equipaje ya está cargado —dijo el relojero.

Irina se llevó el gato en brazos, corriendo hacia las furgonetas. El felino, con la cabeza apoyada en el hombro de la niña, mantuvo los ojos clavados en Max. «Nos estaba esperando», pensó.

—No te quedes ahí pasmado, Max. En marcha —insistió su padre de camino hacia las furgonetas de la mano de su madre.

Max les siguió.

Fue entonces cuando algo le hizo volverse y mirar de nuevo la esfera ennegrecida del reloj de la estación. Lo examinó cuidadosamente y percibió que había algo en él que no cuadraba. Max recordaba perfectamente que al llegar a la estación el reloj indicaba media hora pasado el mediodía. Ahora, las agujas marcaban las doce menos diez.

—¡Max! —sonó la voz de su padre, llamándolo desde la furgoneta—. ¡Que nos vamos!

—Ya voy —murmuró Max para sí mismo, sin dejar de mirar la esfera.

El reloj no estaba estropeado; funcionaba perfectamente, con una sola particularidad: lo hacía al revés.

CAPÍTULO DOS

La nueva casa de los Carver estaba situada en el extremo norte de una larga playa que se extendía frente al mar como una lámina de arena blanca y luminosa, con pequeñas islas de hierbas salvajes que se agitaban al viento. La playa formaba una prolongación del pueblo, constituido por pequeñas casas de madera de no más de dos pisos, en su mayoría pintadas en amables tonos pastel, con su jardín y su cerca blanca pulcramente alineada, reforzando la impresión de ciudad de casas de muñecas que Max había tenido al poco de llegar. De camino, cruzaron el pueblo, la rambla principal y la plaza del ayuntamiento, mientras Maximilian Carver explicaba las maravillas del pueblo con el entusiasmo de un guía local.

El lugar era tranquilo y estaba envuelto en aquella misma luminosidad que había hechizado a Max al ver el mar por vez primera. La mayoría de los habitantes del pueblo utilizaba la bicicleta para sus traslados, o sencillamente iba a pie. Las calles estaban limpias y el único ruido que se oía, a excepción de algún ocasional vehículo a motor, era el suave embate del mar rompiendo en la playa. A medida que recorrían el pueblo, Max pudo ver cómo los rostros de cada uno de los miembros de la familia reflejaban los pensamientos que les producía el espectáculo del que tendría que ser el nuevo escenario de sus vidas. La pequeña Irina y su felino aliado contemplaban el desfile ordenado de calles y casas con serena curiosidad, como si ya se sintieran en casa. Alicia, ensimismada en pensamientos impenetrables, parecía estar a miles de kilómetros de allí, lo que confirmaba a Max la certeza de lo poco o nada que sabía respecto a su hermana mayor. Su madre miraba con resignada aceptación el pueblo, sin perder una sonrisa impuesta para no reflejar la

inquietud que, por algún motivo que Max no acertaba a intuir, la embargaba. Finalmente, Maximilian Carver observaba triunfalmente su nuevo hábitat dirigiendo miradas a cada miembro de la familia, que eran metódicamente respondidas con una sonrisa de aceptación (el sentido común parecía confirmar que cualquier otra cosa podría romper el corazón del buen relojero, convencido de que había llevado a su familia al nuevo paraíso).

A la vista de aquellas calles bañadas de luz y tranquilidad, Max pensó que el fantasma de la guerra resultaba lejano e incluso irreal y que, tal vez, su padre había tenido una intuición genial al decidir mudarse a aquel lugar. Cuando las furgonetas enfilaron el camino que llevaba hasta su casa en la playa, Max ya había borrado de su mente el reloj de la estación y la intranquilidad que el nuevo amigo de Irina le había producido de buen principio. Miró hacia el horizonte y creyó distinguir la silueta de un buque, negro y afilado, navegando como un espejismo entre la calima que empañaba la superficie del océano. Segundos después, había desaparecido.

* * *

La casa tenía dos pisos y se alzaba a unos cincuenta metros de la línea de playa, rodeada de un modesto jardín acotado por una cerca blanca que pedía a gritos una mano de pintura. Había sido construida en madera y, a excepción del techo oscuro, estaba pintada de blanco y se mantenía en un razonable buen estado, teniendo en cuenta la cercanía del mar y el desgaste al que el viento húmedo e impregnado de salitre la sometía a diario.

Por el camino, Maximilian Carver explicó a su familia que la casa había sido construida en 1928 para la familia de un prestigioso cirujano de Londres, el doctor Richard Fleischmann, y su esposa, Eva Gray, como residencia de veraneo en la costa. La casa había constituido en su día una excentricidad a los ojos de los habitantes del pueblo. Los Fleischmann eran un matrimonio sin hijos, solitario y al parecer poco aficionado al trato con las gentes del pueblo. En su primera visita, el doctor Fleischmann había ordenado claramente que tanto los materiales como la mano de obra debían ser traídos directamente de Londres. Tal capricho supuso prácticamente triplicar el costo de la casa, pero la fortuna del cirujano podía permitírselo.

Los habitantes contemplaron con escepticismo y recelo el ir y venir, durante todo el invierno de 1927, de innumerables trabajadores y camiones de transporte mientras el esqueleto de la casa del final de la playa se alzaba lentamente, día a día. Por fin, en la primavera de año siguiente, los pintores

dieron la última capa de pintura a la casa y, semanas después, el matrimonio se instaló en ella para pasar el verano. La casa de la playa pronto se convirtió en un talismán que habría de cambiar la suerte de los Fleischmann. La esposa del cirujano, que al parecer había perdido la capacidad de concebir un hijo en un accidente años atrás, se quedó embarazada durante aquel primer año. El 23 de junio de 1929, la esposa de Fleischmann dio a luz, asistida por su marido, bajo el techo de la casa de la playa, a un niño que habría de llevar el nombre de Jacob.

Jacob fue la bendición del cielo que cambió el talante amargo y solitario de los Fleischmann. Pronto el doctor y su esposa empezaron a congeniar con los habitantes del pueblo y llegaron a ser personajes populares y estimados durante los años de felicidad que pasaron en la casa de la playa, hasta la tragedia de 1936. Un amanecer de agosto de aquel año, el pequeño Jacob se ahogó mientras jugaba en la playa frente a la casa.

Toda la alegría y la luz que el deseado hijo había traído al matrimonio se extinguió aquel día para siempre. Durante el invierno del 36, la salud de Fleischmann se fue deteriorando progresivamente y pronto sus médicos supieron que no llegaría a ver el verano de 1938. Un año después de la desgracia, los abogados de la viuda pusieron la casa en venta. Permaneció vacía y sin comprador durante años, olvidada en el extremo de la playa.

Así fue como, por pura casualidad, Maximilian Carver llegó a tener noticias de su existencia. El relojero volvía de un viaje para comprar piezas y herramientas para su taller cuando decidió hacer noche en el pueblo. Durante la cena en el pequeño hotel local entabló conversación con el propietario, al que Maximilian expresó su eterno deseo de vivir en un pueblo como aquél. El dueño del hotel le habló de la casa y Maximilian decidió retrasar su vuelta y visitarla al día siguiente. En el viaje de retorno, su mente barajaba cifras y la posibilidad de abrir un taller de relojería en el pueblo. Tardó ocho meses en anunciar la noticia a su familia, pero en el fondo de su corazón ya había tomado la decisión.

* * *

El primer día en la casa de la playa quedaría en el recuerdo de Max como una curiosa recopilación de imágenes insólitas. Para empezar, tan pronto como las furgonetas se detuvieron frente a la casa y Robin y Philip empezaron a descargar el equipaje, Maximilian Carver consiguió inexplicablemente tropezar con lo que parecía un cubo viejo y, tras recorrer una trayectoria

vertiginosa dando tumbos, aterrizó sobre la cerca blanca, derribando más de cuatro metros. El incidente se saldó con las risas soterradas de la familia y un moratón por parte de la víctima, nada serio.

Los dos fornidos transportistas llevaron los bultos del equipaje hasta el porche de la casa y, considerando zanjada su misión, desaparecieron dejando a la familia con el honor de subir los baúles escaleras arriba. Cuando Maximilian Carver abrió solemnemente la casa, un olor a cerrado se escapó por la puerta como un fantasma que hubiese permanecido apresado durante años entre sus paredes. El interior estaba inundado por una débil neblina de polvo y luz tenue que se filtraba desde las persianas bajadas.

—Dios mío —murmuró para sí la madre de Max, calculando las toneladas de polvo que habría por limpiar.

—Una maravilla —se apresuró a explicar Maximilian Carver—. Ya os lo dije.

Max cruzó una mirada de resignación con su hermana Alicia. La pequeña Irina contemplaba embobada el interior de la casa. Antes de que ningún miembro de la familia pudiese pronunciar palabra, el gato de Irina saltó de sus brazos y con un potente maullido se lanzó escaleras arriba.

Un segundo después, siguiendo su ejemplo, Maximilian Carver entró en la nueva residencia familiar.

—Al menos le gusta a alguien —creyó Max oír murmurar a Alicia.

Lo primero que la madre de Max ordenó hacer fue abrir ritualmente puertas y ventanas de par en par y ventilar la casa. Luego, durante un espacio de cinco horas, toda la familia se dedicó a convertir en habitable el nuevo hogar. Con la precisión de un ejército especializado, cada miembro la emprendió con una tarea concreta. Alicia preparó las habitaciones y las camas. Irina, plumero en mano, hizo saltar castillos de polvo de su escondite y Max, siguiendo su rastro, se encargó de recogerlo. Mientras tanto, su madre distribuía el equipaje y tomaba nota mental de todos los trabajos que muy pronto tendrían que empezar a realizarse. Maximilian Carver dedicó sus esfuerzos a conseguir que tuberías, luz y demás ingenios mecánicos de la casa volviesen a funcionar después de un letargo de años en desuso, lo cual no resultó tarea fácil.

Finalmente, la familia se reunió en el porche y, sentados en los escalones de su nueva vivienda, se concedieron un merecido descanso mientras contemplaban el tinte dorado que iba adquiriendo el mar con la caída de la tarde.

—Por hoy ya está bien —concedió Maximilian Carver, cubierto completamente de hollín y residuos misteriosos.

—Un par de semanas de trabajo y la casa empezará a ser habitable —añadió su madre.

—En las habitaciones de arriba hay arañas —explicó Alicia—. Enormes.

—¿Arañas? ¡Guau! —exclamó Irina—. ¿Y qué parecían?

—Se parecían a ti —replicó Alicia.

—No empecemos, ¿de acuerdo? —interrumpió su madre frotándose el puente de la nariz—. Max las matará.

—No hay por qué matarlas; basta con cogerlas y colocarlas en el jardín —adujo el relojero.

—Siempre me tocan las misiones heroicas —murmuró Max—. El exterminio ¿puede esperar a mañana?

—¿Alicia? —intercedió su madre.

—No pienso dormir en una habitación llena de arañas y Dios sabe qué otros bichos sueltos —declaró Alicia.

—Cursi —sentenció Irina.

—Monstruo —replicó Alicia.

—Max, antes de que empiece una guerra, acaba con las arañas —dijo Maximilian Carver con voz cansina.

—¿Las mato o sólo las amenazo un poco? Les puedo retorcer una pata… —sugirió Max.

—Max —cortó su madre.

Max se desperezó y entró en la casa dispuesto a acabar con sus antiguos inquilinos. Enfiló la escalera que conducía al piso superior donde estaban las habitaciones. Desde lo alto del último peldaño, los ojos brillantes del gato de Irina lo observaban fijamente, sin parpadear.

Max cruzó frente al felino, que parecía guardar el piso superior como un centinela. Tan pronto se dirigió a una de las habitaciones, el gato siguió sus pasos.

* * *

El piso de madera crujía muy débilmente bajo sus pies. Max empezó su caza y captura de arácnidos por las habitaciones que daban al sudoeste. Desde las ventanas se podía ver la playa y la trayectoria descendente del sol hacia el ocaso. Examinó detenidamente el suelo en busca de pequeños seres peludos y andarines. Después de la sesión de limpieza, el piso de madera había quedado

razonablemente limpio y Max tardó un par de minutos hasta localizar al primer miembro de la familia arácnida. Desde uno de los rincones, observó cómo una araña de considerable tamaño avanzaba en línea recta hacia él, como si se tratase de un matón enviado por los de su especie para hacerle cambiar de idea. El insecto debía de medir cerca de media pulgada y tenía ocho patas, con una mancha dorada sobre el cuerpo negro.

Max alargó la mano hacia una escoba que descansaba en la pared y se preparó para catapultar al insecto a otra vida. «Esto es ridículo», pensó para sí mientras manejaba con sigilo la escoba a modo de arma mortífera. Estaba empezando a calibrar el golpe letal cuando, de pronto, el gato de Irina se abalanzó sobre el insecto y, abriendo sus fauces de león en miniatura, engulló a la araña y la masticó con fuerza. Max soltó la escoba y miró atónito al gato, que le devolvía una mirada malévola.

—Vaya con el gatito —susurró.

El animal se tragó la araña y salió de la habitación, presumiblemente en busca de algún familiar de su reciente aperitivo. Max se acercó hasta la ventana. Su familia seguía en el porche. Alicia le dirigió una mirada inquisitiva.

—Yo no me preocuparía, Alicia. No creo que veas más arañas.

—Asegúrate bien —insistió Maximilian Carver.

Max asintió y se dirigió hacia las habitaciones que daban a la parte de atrás de la casa, hacia el noroeste.

Oyó maullar al gato en las proximidades y supuso que otra araña había caído en las garras del felino exterminador. Las habitaciones de la parte trasera eran más pequeñas que las de la fachada principal. Desde una de las ventanas, contempló el panorama que se podía observar desde allí. La casa tenía un pequeño patio trasero con una caseta para guardar muebles o incluso un vehículo. Un gran árbol, cuya copa se elevaba sobre las buhardillas del desván, se alzaba en el centro del patio y, por su aspecto, Max imaginó que llevaba allí más de doscientos años.

Tras el patio, limitado por la cerca que circundaba la casa, se extendía un campo de hierbas salvajes y, unos cien metros más allá, se levantaba lo que parecía un pequeño recinto rodeado por un muro de piedra blanquecina. La vegetación había invadido el lugar y lo había transformado en una pequeña jungla de la que emergían lo que a Max le parecieron figuras: figuras humanas. Las últimas luces del día caían sobre el campo y Max tuvo que forzar la vista. Era un jardín abandonado. Un jardín de estatuas. Max contempló hipnotizado el extraño espectáculo de las estatuas apresadas por la

maleza y encerradas en aquel recinto, que hacía pensar en un pequeño cementerio de pueblo. Un portón de lanzas de metal selladas con cadenas franqueaba el paso al interior. En lo alto de las lanzas, Max pudo distinguir un escudo formado por una estrella de seis puntas. A lo lejos, más allá del jardín de estatuas, se alzaba el umbral de un denso bosque que parecía prolongarse durante millas.

—¿Has hecho algún descubrimiento? —La voz de su madre a sus espaldas lo sacó del trance en que aquella visión lo había sumido—. Ya pensábamos que las arañas habían podido contigo.

—¿Sabías que ahí detrás, junto al bosque, hay un jardín de estatuas? —Max señaló hacia el recinto de piedra y su madre se asomó al ventanal.

—Está anocheciendo. Tu padre y yo vamos a ir al pueblo a buscar algo para cenar, al menos hasta que mañana podamos comprar provisiones. Os quedáis solos. Vigila a Irina.

Max asintió. Su madre le besó ligeramente la mejilla y se dirigió escaleras abajo. Max fijó de nuevo la mirada en el jardín de estatuas, cuyas siluetas se fundían paulatinamente con la bruma crepuscular. La brisa había empezado a refrescar. Max cerró la ventana y se dispuso a hacer lo propio en el resto de habitaciones. La pequeña Irina se reunió con él en el pasillo.

—¿Eran grandes? —preguntó, fascinada.

Max dudó un segundo.

—Las arañas, Max. ¿Eran grandes?

—Como un puño —respondió Max solemnemente.

—¡Guau!

CAPÍTULO TRES

Al día siguiente, poco antes del amanecer, Max pudo oír cómo una figura envuelta en la bruma nocturna le susurraba unas palabras al oído. Se incorporó de golpe, con el corazón latiéndole con fuerza y la respiración entrecortada. Estaba solo en su habitación. La imagen de aquella silueta oscura murmurando en la penumbra con la que había soñado se desvaneció en unos segundos. Extendió la mano hasta la mesita de noche y encendió la lamparilla que Maximilian Carver había reparado la tarde anterior.

A través de la ventana, las primeras luces del día despuntaban sobre el bosque. Una niebla recorría lentamente el campo de hierbas salvajes y la brisa abría claros a través de los cuales se entreveían las siluetas del jardín de estatuas. Max tomó su reloj de bolsillo de la mesita de noche y lo abrió. Las esferas de lunas sonrientes brillaban como láminas de oro. Faltaban unos minutos para las seis de la mañana.

Max se vistió en silencio y bajó la escalera, sigilosamente, con la intención de no despertar al resto de la familia. Se dirigió hacia la cocina, donde los restos de la cena de la noche anterior permanecían en la mesa de madera. Abrió la puerta que daba al patio trasero y salió al exterior. El aire frío y húmedo del amanecer mordía la piel. Max cruzó el lugar silenciosamente hasta la puerta de la cerca y, cerrándola a sus espaldas, se adentró en la niebla en dirección al jardín de estatuas.

* * *

El camino a través de la niebla se le hizo más largo de lo que imaginaba. Desde la ventana de su habitación, el recinto de piedra parecía encontrarse a unos cien metros de la casa. Sin embargo, mientras caminaba entre las hierbas salvajes, Max tenía la sensación de haber recorrido más de trescientos metros cuando, de entre la bruma, emergió el portal de lanzas del jardín de estatuas.

Una cadena oxidada rodeaba los barrotes de metal ennegrecido, sellada con un viejo candado que el tiempo había teñido de un color mortecino. Max apoyó el rostro entre las lanzas de la puerta y examinó el interior. La maleza había ido ganando terreno durante los años y confería al lugar el aspecto de un invernadero abandonado. Max pensó que probablemente nadie había puesto los pies en aquel lugar en mucho tiempo y que quien fuera el guardián de aquel jardín de estatuas hacía ya muchos años que había desaparecido.

Max miró alrededor y encontró una piedra del tamaño de su mano junto al muro del jardín. La asió y golpeó con fuerza el candado que unía los extremos de la cadena una y otra vez, hasta que el aro envejecido cedió a los envites de la piedra. La cadena quedó libre, balanceándose sobre los barrotes como trenzas de una cabellera metálica. Max empujó con fuerza el portón y sintió cómo éste cedía perezosamente hacia el interior. Cuando la abertura entre las dos hojas de la puerta fue lo suficientemente amplia como para permitirle pasar, Max descansó un segundo y entró en el recinto.

Una vez en el interior, advirtió que el lugar era mayor de lo que había creído en un principio. A primera vista, hubiera jurado que había cerca de una veintena de estatuas semiocultas en la vegetación. Avanzó unos pasos y se adentró en el jardín salvaje. Aparentemente, las figuras estaban dispuestas en círculos concéntricos y Max se dio cuenta por primera vez de que todas miraban hacia el oeste. Las estatuas parecían formar parte de un mismo conjunto y representaban algo semejante a una *troupe* circense. A medida que caminaba entre ellas, Max distinguió las figuras de un domador, un faquir con un turbante y nariz aguileña, una mujer contorsionista, un forzudo y toda una galería de personajes escapados de un circo fantasmal.

En el centro del jardín de estatuas descansaba sobre un pedestal una gran figura que representaba un payaso sonriente y de cabellera erizada. Tenía el brazo extendido y con el puño, enfundado en un guante desproporcionadamente grande, parecía golpear un objeto invisible en el aire. A sus pies, Max distinguió una gran losa de piedra sobre la que se intuía un dibujo en relieve. Se arrodilló y apartó la maleza que cubría la superficie fría para descubrir una gran estrella de seis puntas rodeada por un círculo. Max reconoció el símbolo, idéntico al que había sobre las lanzas de la puerta.

Al contemplar la estrella, Max comprendió que lo que al principio le habían parecido círculos concéntricos en la colocación de las estatuas era en realidad una réplica de la figura de la estrella de seis puntas. Cada una de las figuras del jardín se alzaba en los puntos de intersección de las líneas que formaban la estrella. Max se incorporó y contempló el espectáculo fantasmal a su alrededor. Recorrió con la mirada cada una de las estatuas, envueltas en los tallos de la hierba salvaje que se agitaba al viento, hasta detenerse de nuevo en el gran payaso. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y dio un paso atrás. La mano de la figura, que segundos antes había visto cerrada en un puño, ahora estaba abierta con la palma extendida, en señal de invitación. Durante un segundo Max sintió que el aire frío del amanecer le quemaba la garganta y pudo notar el palpitar de su corazón en las sienes.

Lentamente, como si temiese despertar a las estatuas de su sueño perpetuo, rehízo el camino hasta la verja del recinto sin dejar de mirar a sus espaldas a cada paso que daba. Cuando hubo cruzado la puerta le pareció que la casa de la playa estaba muy lejos. Sin pensarlo dos veces echó a correr y esta vez no miró atrás hasta llegar a la cerca del patio trasero. Cuando lo hizo, el jardín de estatuas estaba sumergido de nuevo en la niebla.

* * *

El olor a mantequilla y tostadas inundaba la cocina. Alicia miraba con desgana su desayuno mientras la pequeña Irina servía algo de leche a su gato recién adoptado en un plato que el felino no se dignó tocar. Max contempló la escena, pensando para sus adentros que las preferencias gastronómicas del animal iban por otros derroteros, tal como había comprobado el día anterior. Maximilian Carver sostenía una taza humeante de café en las manos y contemplaba eufórico a su familia.

—Esta mañana temprano he estado haciendo investigación en el garaje —empezó, adoptando el tono de *aquí viene el misterio* que solía utilizar cuando deseaba que los demás le preguntasen qué había averiguado.

Max conocía tan bien las estrategias del relojero que a veces se preguntaba quién era el padre y quién el hijo.

—¿Y qué has encontrado? —concedió Max.

—No te lo vas a creer —respondió su padre, aunque Max pensó «seguro que sí»—. Un par de bicicletas.

Max enarcó las cejas inquisitivamente.

—Están algo viejas, pero con un pelín de grasa en las cadenas pueden convertirse en un par de bólidos —explicó Maximilian Carver—. Y había algo más. ¿A que no sabéis qué otra cosa he encontrado en el garaje?

—Un oso hormiguero —murmuró Irina, sin dejar de mimar a su compañero gatuno.

Con sólo ocho años, la hija pequeña de los Carver había desarrollado ya una táctica demoledora para minar la moral de su padre.

—No —repuso el relojero, visiblemente molesto—. ¿Nadie se anima a adivinar?

Max advirtió por el rabillo del ojo cómo su madre había estado observando la escena y, en vista de que nadie parecía muy interesado en las hazañas detectivescas de su marido, se lanzaba al rescate.

—¿Un álbum de fotos? —sugirió Andrea Carver con su tono de voz más dulce.

—Casi, casi —contestó el relojero, animado de nuevo—. ¿Max?

Su madre lo miró de soslayo. Max asintió.

—No sé. ¿Un diario?

—No. ¿Alicia?

—Me rindo —replicó Alicia, visiblemente ausente.

—Bien, bien. Preparaos —empezó Maximilian Carver—. Lo que he encontrado es un proyector. Un proyector de cine. Y una caja llena de películas.

—¿Qué clase de películas? —atajó Irina, apartando la mirada de su gato por primera vez en un cuarto de hora.

Maximilian Carver se encogió de hombros.

—No sé. Películas. ¿No es fascinante? Tenemos un cine en casa.

—Eso en el caso de que el proyector funcione —dijo Alicia.

—Gracias por los ánimos, hija, pero te recuerdo que tu padre se gana la vida arreglando máquinas averiadas.

Andrea Carver colocó ambas manos sobre los hombros de su marido.

—Me alegro de oír eso, señor Carver —dijo—, porque convendría que alguien tuviese una conversación con la caldera del sótano.

—Déjamela a mí —contestó el relojero, levantándose de la mesa.

Alicia siguió su ejemplo.

—Señorita —interrumpió Andrea Carver—, primero el desayuno. No lo has tocado.

—No tengo hambre.

—Yo me lo comeré —sugirió Irina.

Andrea Carver negó tal posibilidad rotundamente.

—No se quiere poner gorda —susurró maliciosamente Irina a su gato.

—No puedo comer con esa cosa meneando el rabo por aquí y soltando pelos —atajó Alicia.

Irina y el felino la miraron con idéntico desprecio.

—Cursi —sentenció Irina, saliendo al patio con el animal.

—¿Por qué siempre dejas que se salga con la suya? Cuando yo tenía su edad, no me dejabas pasar ni la mitad de cosas —protestó Alicia.

—¿Vamos a empezar otra vez con eso? —dijo Andrea Carver con voz calma.

—No he empezado yo —repuso su hija mayor.

—Está bien. Lo siento. —Andrea Carver acarició levemente la larga cabellera de Alicia, que ladeó la cabeza, esquivando el mimo conciliador—. Pero acábate el desayuno. Por favor.

En aquel momento, un estruendo metálico sonó bajo sus pies. Todos se miraron entre sí.

—Vuestro padre en acción —murmuró Andrea Carver mientras apuraba su taza de café.

Rutinariamente, Alicia empezó a masticar una tostada mientras Max trataba de quitarse de la cabeza la imagen de aquella mano extendida y la mirada desorbitada del payaso que sonreía en la niebla del jardín de estatuas.

CAPÍTULO CUATRO

Las bicicletas que Maximilian Carver había rescatado del limbo en el pequeño garaje del patio estaban en mejor estado de lo que Max había esperado. De hecho, parecía como si prácticamente no hubiesen sido utilizadas. Armado de un par de gamuzas y un líquido especial para limpiar metales que su madre siempre llevaba consigo, Max descubrió que bajo la capa de mugre y moho ambas bicicletas estaban nuevas y relucientes. Con ayuda de su padre, engrasó cadena y piñones e hinchó las ruedas.

—Es probable que tengamos que cambiar las cámaras —explicó Maximilian Carver—, pero de momento ya valen para ir tirando.

Una de las bicicletas era más pequeña que la otra y, mientras las limpiaba, Max no dejaba de preguntarse si el doctor Fleischmann habría comprado aquellas bicicletas años atrás con la esperanza de pasear con Jacob por el camino de la playa. Maximilian Carver leyó en la mirada de su hijo la sombra de culpabilidad.

—Estoy seguro de que el viejo doctor hubiese estado encantado de que usases la bicicleta.

—Yo no estoy tan seguro —murmuró Max—. ¿Por qué las dejarían aquí?

—Los malos recuerdos te persiguen sin necesidad de llevarlos contigo —contestó Maximilian Carver—. Supongo que ya nadie volvió a utilizarlas. A ver, súbete. Vamos a probarlas.

Pusieron las bicicletas en tierra y Max ajustó la altura del sillín, probando a la vez la tensión de los cables del freno.

—Habría que poner algo más de grasa en los frenos —sugirió Max.

—Me lo suponía —corroboró el relojero, y puso manos a la obra—. Oye, Max.

—Sí, papá.

—No les des demasiadas vueltas a lo de las bicicletas, ¿de acuerdo? Lo que le sucedió a aquella pobre familia no tiene nada que ver con nosotros. No sé si debí contároslo —añadió el relojero con una sombra de preocupación en el semblante.

—No importa. —Max tensó el freno de nuevo—. Así está perfecto.

—Pues andando.

—¿No vienes conmigo? —preguntó Max.

—Esta tarde, si aún te quedan ánimos, te pegaré la paliza de tu vida. Pero a las once tengo que ver a un tal Fred en el pueblo, que me cederá un local para instalar la tienda. Hay que pensar en el negocio.

Maximilian Carver empezó a recoger las herramientas y a limpiarse las manos con una de las gamuzas. Max contempló a su padre preguntándose cómo debía de haber sido Maximilian Carver a su edad. La costumbre familiar era decir que ambos se parecían, pero también formaba parte de esa costumbre decir que Irina se parecía a Andrea Carver, lo cual no era más que uno de esos estúpidos tópicos que abuelas, tías y toda esa galería de primos insoportables que aparecen en las comidas de Navidad repetían año tras año como gallinas cluecas.

—Max en uno de sus trances —comento Maximilian Carver, sonriendo.

—¿Sabías que junto al bosque detrás de la casa hay un jardín de estatuas? —espetó Max, sorprendido de escucharse a sí mismo formular la pregunta.

—Supongo que hay muchas cosas por aquí que aún no hemos visto. El mismo garaje está repleto de cajas y esta mañana he visto que el sótano de la caldera parece un museo. Me parece que si vendemos toda la chatarra que hay en esta casa a un anticuario, no tendré ni que abrir la tienda; viviremos de renta.

Maximilian Carver dirigió a su hijo una mirada inquisitiva.

—Oye, si no pruebas, esa bicicleta volverá a cubrirse de mugre y se transformará en un fósil.

—Ya lo es —dijo Max, dando el primer golpe de pedal a la bicicleta que Jacob Fleischmann nunca llegó a estrenar.

Max pedaleó por el camino de la playa en dirección al pueblo, bordeando una larga hilera de casas de aspecto similar a la nueva residencia de los Carver, que desembocaba justo a la entrada de la pequeña bahía, donde estaba el puerto de los pescadores. Apenas se podían contar más de cuatro o cinco

barcas fondeadas en los viejos muelles y la mayoría de las embarcaciones eran pequeños botes de madera que no superaban los cuatro metros de eslora y que los pescadores locales utilizaban para batir con viejas redes la costa a unos cien metros de la playa.

Max sorteó con la bicicleta el laberinto de barcas en reparación sobre los muelles y las pilas de cajas de madera de la lonja local. Con la vista fija en el pequeño faro, Max enfiló el espigón curvo que cerraba el puerto como una media luna. Una vez llegó al extremo, dejó la bicicleta apoyada junto al faro y se sentó a descansar sobre una de las grandes piedras del otro lado del dique, mordidas por los envites del mar. Desde allí podía contemplar el océano extenderse como una lámina de luz cegadora hasta el infinito.

Apenas llevaba unos minutos sentado frente al mar, cuando pudo ver otra bicicleta conducida por un muchacho alto y delgado que se acercaba por el muelle. El chico, al que Max le calculó una edad de dieciséis o diecisiete años, guió su bicicleta hasta el faro y la dejó junto a la de Max. Luego, lentamente, se retiró la densa cabellera del rostro y caminó hacia el lugar donde Max descansaba.

—Hola. ¿Tú eres de la familia que se ha instalado en la casa al final de la playa?

Max asintió.

—Soy Max.

El chico, de tez intensamente bronceada por el sol y penetrantes ojos verdes, le tendió la mano.

—Roland. Bienvenido *a ciudad aburrimiento*.

Max sonrió y aceptó la mano de Roland.

—¿Qué tal la casa? ¿Os gusta? —preguntó el muchacho.

—Hay opiniones divididas. A mi padre le encanta. El resto de la familia lo ve diferente —explicó Max.

—Conocí a tu padre hace unos meses, cuando vino al pueblo —dijo Roland—. Me pareció un tipo divertido. ¿Relojero, verdad?

Max asintió.

—Es un tipo divertido —corroboró Max—, a veces. Otras se le meten en la cabeza ideas como la de mudarse aquí.

—¿Por qué habéis venido al pueblo? —preguntó Roland.

—La guerra —contestó Max—. Mi padre piensa que no es un buen momento para vivir en la ciudad. Supongo que tiene razón.

—La guerra —repitió Roland, bajando la mirada—. A mí me reclutarán en septiembre.

Max se quedó mudo. Roland advirtió su silencio y sonrió de nuevo.

—Tiene su parte buena —dijo—. A lo mejor es mi último verano en el pueblo.

Max le devolvió tímidamente la sonrisa, pensando que en unos años, si la guerra no había terminado, también él recibiría el aviso de alistarse en el ejército. Incluso en un día de luz deslumbrante como aquél, el fantasma invisible de la guerra envolvía el futuro con un manto de tinieblas.

—Supongo que todavía no has visto el pueblo —dijo Roland.

Max negó.

—Bien, novato. Coge la bici. Empezamos la visita turística sobre ruedas.

* * *

Max tenía que hacer un esfuerzo extra para mantener el ritmo de Roland y, cuando apenas llevaban doscientos metros pedaleados desde la punta del espigón, empezó a notar las primeras gotas de sudor deslizarse por su frente y por sus costados. Roland se volvió y le dirigió una sonrisa socarrona.

—Falta de práctica, ¿eh? La vida de la ciudad te ha hecho perder la forma —le gritó, sin aflojar la marcha.

Max siguió a Roland a través del paseo que bordeaba la costa para luego internarse en las calles del pueblo. Cuando Max empezaba a rezagarse, Roland aminoró la velocidad hasta detenerse junto a una gran fuente de piedra en el centro de una plaza. Max pedaleó hasta allí y dejó la bicicleta en el suelo. El agua brotaba deliciosamente fresca de la fuente.

—No te lo aconsejo —dijo Roland, leyendo sus pensamientos—. Flato.

Max respiró profundamente y sumergió la cabeza bajo el chorro de agua fría.

—Iremos más despacio —concedió Roland.

Max permaneció bajo el caño de la fuente unos segundos y luego se recostó contra la piedra, la cabeza chorreándole la ropa. Roland le sonreía.

—La verdad es que no esperaba que aguantases tanto. Éste —señaló alrededor— es el centro del pueblo. La plaza del ayuntamiento. Ese edificio son los juzgados, pero ya no se usan. Los domingos hay mercado. Y por las noches, en verano, proyectan películas en la pared del ayuntamiento. Normalmente viejas y con las bobinas mal ordenadas.

Max asintió débilmente, recuperado el aliento.

—Suena fascinante, ¿eh? —rió Roland—. También hay una biblioteca, pero si hay más de sesenta libros me dejo cortar una mano.

—¿Y uno qué hace aquí? —consiguió articular Max—. Aparte de ir en bici.

—Buena pregunta, Max. Veo que empiezas a entenderlo. ¿Seguimos?

Max suspiró y ambos volvieron a las bicicletas.

—Pero ahora *yo* marco el ritmo —exigió Max. Roland se encogió de hombros y pedaleó.

* * *

Durante un par de horas Roland guió a Max arriba y abajo del pequeño pueblo y los alrededores. Contemplaron los acantilados del extremo sur, donde Roland le reveló que se encontraba el mejor lugar para bucear, junto a un viejo barco hundido en 1918 y que ahora se había transformado en una jungla submarina con toda clase de algas extrañas. Roland explicó que, durante una terrible tormenta nocturna, el buque embarrancó en las peligrosas rocas que yacían a escasos metros de la superficie. La furia del temporal y la oscuridad de la noche apenas quebrada por el fragor de los relámpagos hicieron que todos los tripulantes del navío perecieran ahogados en el naufragio. Todos excepto uno. El único superviviente de aquella tragedia fue un ingeniero que, en reconocimiento a la providencia que quiso salvar su vida, se instaló en el pueblo y construyó un gran faro en lo alto de los escarpados acantilados de la montaña que presidía el escenario de aquella noche. Aquel hombre, ahora ya anciano, seguía siendo el guardián del faro y no era otro que el «abuelo adoptivo» de Roland. Después del naufragio, una pareja del pueblo llevó al farero al hospital y cuidó de él hasta que éste se restableció completamente. Algunos años más tarde, ambos fallecieron en un accidente de automóvil y el farero se hizo cargo del pequeño Roland, que apenas contaba un año.

Roland vivía con él en la casa del faro, aunque pasaba la mayor parte del tiempo en la cabaña que él mismo había construido en la playa, al pie de los acantilados.

A todos los efectos, el farero *era* su verdadero abuelo. La voz de Roland revelaba cierta amargura mientras le relataba estos hechos, que Max escuchó en silencio y sin hacer preguntas. Tras el relato del naufragio, anduvieron por las calles aledañas a la vieja iglesia, donde Max conoció a algunos de los aldeanos, gente afable que se apresuró a darle la bienvenida al pueblo.

Finalmente, Max, exhausto, decidió que no era necesario conocer todo el pueblo en una mañana y que si, como parecía, iba a pasar unos cuantos años

allí, tiempo habría de descubrir sus misterios si es que los había.

—También es verdad —coincidió Roland—. Oye, en verano casi todas las mañanas, voy a bucear al barco hundido. ¿Quieres venir conmigo mañana?

—Si buceas como montas en bicicleta me ahogaré —dijo Max.

—Tengo gafas y unas aletas de sobra —explicó Roland.

La oferta sonaba tentadora.

—De acuerdo. ¿Tengo que llevar algo?

Roland negó.

—Yo lo llevaré todo. Bueno… bien pensado, trae el desayuno. Te recojo a las nueve en tu casa.

—Nueve y media.

—No te duermas.

Cuando Max empezó a pedalear de vuelta a la casa de la playa, las campanas de la iglesia anunciaban las tres de la tarde y el sol empezaba a ocultarse tras un manto de nubes oscuras que parecían presagiar la lluvia. Mientras se alejaba, Max se volvió un segundo a mirar atrás. De pie junto a su bicicleta, Roland le saludaba con la mano.

* * *

La tormenta se abatió sobre el pueblo como un siniestro espectáculo de feria ambulante. En unos minutos, el cielo se transformó en una bóveda plomiza y el mar adquirió un tinte metálico y opaco, como una inmensa balsa de mercurio. Los primeros relámpagos vinieron acompañados de la ventisca que empujaba la tormenta desde el mar. Max pedaleó con fuerza, pero el aguacero le alcanzó de pleno cuando todavía le quedaban unos quinientos metros de camino hasta la casa de la playa. Cuando llegó a la cerca blanca, estaba tan empapado como si acabase de emerger del mar. Corrió a dejar la bicicleta en la caseta del garaje y entró en la casa por la puerta del patio trasero. La cocina estaba desierta, pero un apetitoso olor flotaba en el ambiente. En la mesa, Max localizó una bandeja con bocadillos de carne y una jarra de limonada casera. Junto a ella había una nota escrita con la estilizada caligrafía de Andrea Carver.

Max, ésta es tu comida. Tu padre y yo estaremos en el pueblo toda la tarde por asuntos de la casa. NO se te ocurra utilizar el baño del piso de arriba. Irina viene con nosotros.

Max dejó la nota y decidió llevar la bandeja a su habitación. El maratón ciclista de aquella mañana lo había dejado exhausto y hambriento. La casa parecía vacía. Alicia no estaba o se había encerrado en su habitación. Max se dirigió directamente a la suya, se cambió de ropa y se tendió en la cama a saborear los exquisitos bocadillos que su madre había dejado para él. Afuera, la lluvia golpeaba con fuerza y los truenos hacían temblar las ventanas. Max encendió la pequeña lamparilla de su mesita y tomó el libro sobre Copérnico que Maximilian Carver le había regalado. Había empezado a leer cuatro veces el mismo párrafo cuando descubrió que se moría de ganas de ir a bucear al día siguiente junto al buque hundido con su nuevo amigo Roland. Engulló los bocadillos en menos de diez minutos y luego cerró los ojos, escuchando sólo el repiqueteo de la lluvia sobre el techo y los cristales. Le gustaba la lluvia y el sonido del agua resbalando por el canalillo de desagüe que recorría el borde del tejado.

Cuando llovía con fuerza, Max sentía que el tiempo se detenía. Era como una tregua en la cual uno podía dejar de hacer cualquier cosa que le ocupase en aquel momento y sencillamente acercarse a contemplar el espectáculo de aquella infinita cortina de lágrimas del cielo desde una ventana, durante horas. Dejó de nuevo el libro sobre la mesita y apagó la luz. Lentamente, envuelto en el sonido hipnótico de la lluvia, se rindió al sueño.

CAPÍTULO CINCO

Las voces de la familia en el piso inferior y el correteo de Irina escaleras arriba y abajo lo despertaron. Ya había anochecido pero Max pudo ver cómo la tormenta había pasado dejando a sus espaldas una alfombra de estrellas en el cielo. Echó un vistazo a su reloj y comprobó que había dormido cerca de seis horas. Se estaba incorporando cuando unos nudillos golpearon en su puerta.

—Es hora de cenar, bella durmiente —rugió la voz eufórica de Maximilian Carver al otro lado.

Por un segundo, Max se preguntó por qué motivo se mostraría ahora tan alegre su padre. Pronto recordó la sesión cinematográfica que había prometido aquella misma mañana durante el desayuno.

—Ahora bajo —contestó sintiendo todavía el sabor pastoso de los bocadillos de carne en la boca.

—Más te vale —replicó el relojero, ya de camino hacia la planta inferior.

Aunque no sentía el más mínimo apetito, Max bajó a la cocina y se sentó a la mesa junto al resto de la familia. Alicia miraba ensimismada su plato, sin apenas tocarlo. Irina devoraba con fruición su ración y murmuraba palabras ininteligibles a su detestable gato, que la miraba fijamente a sus pies. Cenaron en calma mientras Maximilian Carver explicaba que había encontrado un local excelente en el pueblo para instalar la relojería y empezar el negocio de nuevo.

—¿Y qué has hecho tú, Max? —preguntó Andrea Carver.

—He estado en el pueblo. —El resto de la familia lo miró, como si esperasen más detalles—. Conocí a un chico, Roland. Mañana vamos a ir a

bucear.

—Max ya ha hecho un amigo —exclamó Maximilian Carver, triunfal—. ¿Veis lo que os decía?

—¿Y cómo es el tal Roland, Max? —preguntó Andrea Carver.

—No sé. Simpático. Vive con su abuelo, el guardián del faro. Me ha estado enseñando un montón de cosas del pueblo.

—¿Y dónde dices que vais a bucear? —preguntó su padre.

—En la playa del sur, al otro lado del puerto. Según Roland, allí hay los restos de un barco hundido hace muchos años.

—¿Puedo ir? —interrumpió Irina.

—No —atajó Andrea Carver—. ¿No será peligroso, Max?

—Mamá…

—De acuerdo —concedió Andrea Carver—. Pero ve con cuidado.

Max asintió.

—Yo, de joven, era un buen buceador —empezó Maximilian Carver.

—Ahora no, cielo —cortó su esposa—. ¿No nos ibas a pasar unas películas?

Maximilian Carver se encogió de hombros y se levantó, dispuesto a hacer gala de proyeccionista.

—Échale una mano a tu padre, Max.

Por un segundo, antes de hacer lo que se le pedía, Max miró de soslayo a su hermana Alicia, que había permanecido en silencio durante toda la cena. Su mirada ausente parecía proclamar a gritos lo lejos que estaba de allí, pero por algún motivo que Max no acertaba a comprender, nadie más lo advertía o prefería no hacerlo. Por un momento Alicia le devolvió la mirada. Max trató de sonreírle.

—¿Quieres venir mañana con nosotros? —ofreció—. Te gustará Roland.

Alicia sonrió débilmente y, sin pronunciar palabra, asintió mientras una brizna de luz se encendía en sus ojos oscuros y sin fondo.

* * *

—Todo listo. Luces fuera —dijo Maximilian Carver mientras acababa de enhebrar la bobina de película en el proyector. El aparato parecía provenir de la era del mismísimo Copérnico y Max tenía sus dudas respecto a si funcionaría o no.

—¿Qué es lo que vamos a ver? —inquirió Andrea Carver, acunando en sus brazos a Irina.

—No tengo la menor idea —confesó el relojero—. Hay una caja en el garaje con decenas de películas sin ninguna indicación. He cogido unas cuantas al azar. No me extrañaría que no se viese nada. Las emulsiones del celuloide se estropean con mucha facilidad y después de todos estos años lo más probable es que se hayan desprendido de la película.

—¿Eso qué significa? —interrumpió Irina—. ¿No vamos a ver nada?

—Sólo hay un modo de averiguarlo —contestó Maximilian Carver mientras giraba el interruptor del proyector.

En unos segundos, el sonido de motocicleta vieja del aparato cobró vida y el haz parpadeante del objetivo atravesó la sala como una lanza de luz. Max concentró la mirada en el rectángulo proyectado sobre la pared blanca. Era como mirar en el interior de una linterna mágica, sin saber a ciencia cierta qué visiones podían escaparse de tal invento. Contuvo el aliento y en unos instantes la pared se inundó de imágenes.

* * *

Bastaron apenas unos segundos para que Max comprendiera que aquella película no procedía del almacén de ningún viejo cine. No se trataba de una copia de algún filme famoso, ni siquiera de un rollo perdido de algún serial mudo. Las imágenes borrosas y arañadas por el tiempo delataban la evidente condición de aficionado de quien las había tomado. No era más que una película casera, probablemente rodada años atrás por el antiguo dueño de la casa, el doctor Fleischmann. Max supuso que lo mismo podría decirse del resto de los rollos que su padre había encontrado en el garaje junto al vetusto proyector. Las ilusiones del cineclub particular de Maximilian Carver se habían venido abajo en menos de un minuto.

La película mostraba torpemente un paseo por lo que parecía un bosque. La cinta había sido rodada mientras el operador caminaba lentamente entre los árboles y la imagen avanzaba a trompicones, con bruscos cambios de luz y enfoque que apenas permitían reconocer el lugar en el que se desarrollaba tan extraño paseo.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó Irina, visiblemente decepcionada, mirando a su padre que contemplaba perplejo la extraña y, a la vista del primer minuto de proyección, insufriblemente aburrida película.

—No sé —murmuró Maximilian Carver, hundido—. No esperaba esto…

Max también había empezado a perder interés en la película cuando algo llamó su atención en la caótica cascada de imágenes.

—¿Y si pruebas con otro rollo, cariño? —sugirió Andrea Carver, tratando de salvar del naufragio la ilusión de su marido por el supuesto archivo cinematográfico del garaje.

—Espera —cortó Max, reconociendo una silueta familiar en la película.

Ahora la cámara había salido del bosque y avanzaba hacia lo que parecía un recinto cerrado por altos muros de piedra con un alto portón de lanzas. Max conocía aquel lugar; había estado allí el día anterior.

Fascinado, Max contempló cómo la cámara tropezaba ligeramente para luego adentrarse en el interior del jardín de estatuas.

—Parece un cementerio —murmuró Andrea Carver—. ¿Qué es eso?

La cámara recorrió unos metros por el interior del jardín de estatuas. En la película, el lugar no ofrecía el aspecto de abandono en que él lo había descubierto. No había atisbo de las hierbas salvajes y la superficie del suelo de piedra estaba limpia y pulida, como si un cuidadoso guardián se ocupase de mantener aquel recinto inmaculado día y noche.

La cámara se detuvo en cada una de las estatuas dispuestas en los puntos cardinales de la gran estrella que podía distinguirse claramente al pie de las figuras. Max reconoció los rostros de piedra blanca y sus ropajes de feriantes de circo ambulante. Había algo inquietante en la tensión y la postura adoptada por los cuerpos de aquellas figuras fantasmales y en la mueca teatral de sus rostros enmascarados tras una inmovilidad que tan sólo parecía aparente.

La película fue mostrando a los componentes de la banda circense sin corte alguno. La familia contempló aquella visión espectral en silencio, sin más ruido que el quejumbroso traqueteo del proyector.

Finalmente, la cámara se dirigió hacia el centro de la estrella trazada sobre la superficie del jardín de estatuas. La imagen reveló la silueta a contraluz del payaso sonriente, sobre el que convergían todas las demás estatuas. Max observó detenidamente las facciones de aquel rostro y sintió de nuevo aquel escalofrío que le había recorrido el cuerpo cuando lo había tenido frente a frente. Había algo en la imagen que no concordaba con lo que Max recordaba de su visita al jardín de estatuas, pero la deficiente calidad de la película le impidió obtener una visión clara del conjunto de la estatua que le permitiese advertir qué era. La familia Carver permaneció en silencio mientras los últimos metros de película corrían bajo el haz del proyector. Maximilian Carver paró el aparato y encendió la luz.

—Jacob Fleischmann —murmuró Max—. Éstas son las películas caseras de Jacob Fleischmann.

Su padre asintió en silencio. Se había acabado la sesión de cine y Max sintió por unos segundos que la presencia de aquel invitado invisible que casi diez años atrás se había ahogado a pocos metros de allí, en la playa, impregnaba cada rincón de aquella casa, cada peldaño de la escalera, y le hacía sentir como un intruso.

Sin mediar más palabras, Maximilian Carver empezó a desmantelar el proyector y Andrea Carver cogió a Irina en brazos y se la llevó escaleras arriba para acostarla.

—¿Puedo dormir contigo? —preguntó Irina, abrazándose a su madre.

—Deja esto —dijo Max a su padre—. Yo lo guardaré.

Maximilian sonrió a su hijo y le palmeó la espalda, asintiendo.

—Buenas noches, Max. —El relojero se volvió hacia su hija—. Buenas noches, Alicia.

—Buenas noches, papá —contestó Alicia observando cómo su padre enfilaba la escalera hacia el piso de arriba con un aire de cansancio y decepción.

Cuando los pasos del relojero se perdieron, Alicia miró a Max fijamente.

—Prométeme que no le dirás a nadie lo que voy a contarte.

Max asintió.

—Prometido. ¿De qué se trata?

—El payaso. El de la película —empezó Alicia—. Lo he visto antes. En un sueño.

—¿Cuando? —preguntó Max, sintiendo que el pulso se le aceleraba.

—La noche antes de venir a esta casa —respondió su hermana.

Max se sentó frente a Alicia. Era difícil leer las emociones en aquel rostro, pero Max intuyó una sombra de temor en los ojos de la muchacha.

—Explícamelo —solicitó Max—. ¿Qué soñaste exactamente?

—Es raro, pero en el sueño era, no sé, diferente —dijo Alicia.

—¿Diferente? —preguntó Max—. ¿En qué forma?

—No era un payaso. No sé —respondió ella encogiéndose de hombros, como si tratase de restar importancia al hecho, aunque su voz temblorosa traicionaba sus pensamientos—. ¿Crees que significa algo?

—No —mintió Max—, probablemente no.

—Supongo que no —corroboró Alicia—. ¿Lo de mañana sigue en pie? Ir a bucear…

—Claro. ¿Te despierto?

Alicia sonrió a su hermano menor. Era la primera vez que Max la veía sonreír en meses, tal vez en años.

—Estaré despierta —contestó Alicia mientras se dirigía a su habitación—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Max.

Max esperó a oír como la puerta de la habitación de Alicia se cerraba y se sentó en la butaca del salón, junto al proyector. Desde allí podía oír a sus padres hablar a media voz en su habitación. El resto de la casa se sumió en el silencio nocturno, apenas enturbiado por el sonido del mar rompiendo en la playa. Max vio que alguien lo miraba desde el pie de la escalera. Los ojos amarillentos y brillantes del gato de Irina lo observaban fijamente. Max devolvió la mirada al felino.

—Largo —le ordenó.

El gato le sostuvo la mirada durante unos segundos y luego se perdió en las sombras. Max se incorporó y empezó a recoger el proyector y la película. Pensó en llevar de nuevo el equipo al garaje pero la idea de salir afuera en plena noche le resultó poco seductora. Apagó las luces de la casa y subió a su cuarto. Atisbó a través de la ventana en dirección al jardín de estatuas, indistinguible en la negrura de la noche. Se tendió en la cama y apagó la lamparilla de la mesita de noche.

Al contrario de lo que Max esperaba, la última imagen que desfiló por su mente aquella madrugada antes de sucumbir al sueño no fue el siniestro paseo cinematográfico por el jardín de estatuas, sino aquella sonrisa inesperada de su hermana Alicia minutos antes en el salón. Había sido un gesto aparentemente insignificante pero, por algún motivo que no acertaba a comprender, Max intuyó que se había abierto una puerta entre ellos y que, desde aquella noche, nunca volvería a ver a su hermana como a una desconocida.

CAPÍTULO SEIS

Poco después del amanecer, Alicia se despertó y descubrió que tras el cristal de su ventana dos profundos ojos amarillos la miraban fijamente. Alicia se incorporó de golpe y el gato de Irina, sin prisa, se retiró del alféizar de la ventana. Detestaba a aquel animal, su conducta altiva y aquel olor penetrante que lo precedía y delataba su presencia antes de que entrase en una habitación. No era la primera vez que lo había sorprendido escrutándola furtivamente. Desde el momento en que Irina consiguió traer el odioso felino a la casa de la playa, Alicia había observado que a menudo el animal permanecía inmóvil durante minutos, vigilante, espiando los movimientos de algún miembro de la familia desde el umbral de una puerta o escondido en las sombras. Secretamente, Alicia acariciaba la idea de que algún perro callejero diera buena cuenta de él en alguno de sus paseos nocturnos.

* * *

En el exterior, el cielo estaba perdiendo el tinte púrpura que siempre acompañaba al alba y los primeros rayos de un intenso sol se perfilaban sobre el bosque que se extendía más allá del jardín de estatuas. Todavía faltaban por lo menos un par de horas para que el amigo de Max pasara a buscarles. Volvió a arroparse en la cama y, aunque sabía que no volvería a dormirse otra vez, cerró los ojos y escuchó el sonido distante del mar rompiendo en la playa.

Una hora más tarde, Max golpeó suavemente en su puerta con los nudillos.

Alicia bajó la escalera de puntillas. Max y su amigo esperaban afuera, en el porche. Antes de salir se detuvo un segundo en el vestíbulo y pudo escuchar las voces de los dos chicos charlando. Respiró hondo y abrió la puerta.

Max, apoyado en la baranda del porche, se volvió y sonrió. Junto a él había un chico de tez profundamente bronceada y cabello pajizo que le sacaba casi un palmo a Max.

—Éste es Roland —intervino Max—. Roland, mi hermana Alicia.

Roland asintió cordialmente y desvió la vista hacia las bicicletas, pero a Max no se le escapó el juego de miradas que en cuestión de décimas de segundo se había cruzado entre su amigo y Alicia. Sonrió para sus adentros y pensó que aquello iba a ser más divertido de lo que esperaba.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Alicia—. Sólo hay dos bicicletas.

—Yo creo que Roland puede llevarte en la suya —respondió Max—. ¿No, Roland?

Roland clavó la vista en el suelo.

—Sí, claro —murmuró—. Pero tú llevas el equipo.

Con un tensor, Max sujetó el equipo de buceo que Roland había traído en la plataforma de detrás del sillín de su bicicleta. Sabía que había otra bicicleta en el cobertizo del garaje, pero la idea de que Roland llevase a su hermana le divertía. Alicia se sentó sobre la barra de la bicicleta y se aferró al cuello de Roland. Bajo la piel curtida por el sol, Max advirtió que Roland luchaba inútilmente por no sonrojarse.

—Lista —dijo Alicia—. Espero no pesar demasiado.

—Andando —sentenció Max y empezó a pedalear por el camino de la playa seguido de Roland y Alicia.

Al poco, Roland le tomó la delantera y, una vez más, Max tuvo que apretar la marcha para no quedarse rezagado.

—¿Vas bien? —preguntó Roland a Alicia.

Alicia asintió y contempló cómo la casa de la playa se iba perdiendo en la distancia.

* * *

La playa del extremo sur, al otro lado del pueblo, formaba una media luna extensa y desolada. No era una playa de arena, sino que estaba cubierta por

pequeños guijarros pulidos por el mar y plagados de conchas y restos marinos que el oleaje y la marea dejaban secarse al sol. Tras la playa, ascendiendo casi en vertical, se levantaba una pared de acantilados escarpados en cuya cima, oscura y solitaria, se alzaba la torre del faro.

—Ése es el faro de mi abuelo —señaló Roland mientras dejaban las bicicletas junto a uno de los caminos que descendían entre las rocas hasta la playa.

—¿Vivís los dos ahí? —preguntó Alicia.

—Más o menos —respondió Roland—. Con el tiempo he construido una pequeña cabaña aquí abajo, en la playa, y se puede decir que casi es mi casa.

—¿Tu propia cabaña? —inquirió Alicia, tratando de localizarla con la vista.

—Desde aquí no la verás —aclaró Roland—. En realidad era un viejo cobertizo de pescadores abandonado. La arreglé y ahora no está mal. Ya la veréis.

Roland los guió hasta la playa y una vez allí se quitó las sandalias. El sol se alzaba en el cielo y el mar brillaba como plata fundida. La playa estaba desierta y una brisa impregnada de salitre soplaba desde el océano.

—Vigilad con estas piedras. Yo estoy acostumbrado, pero es fácil caerse si no tienes práctica.

Alicia y su hermano siguieron a Roland a través de la playa hasta su cabaña. Se trataba de una pequeña cabina de madera pintada de azul y rojo. La cabaña tenía un pequeño porche y Max advirtió un farol oxidado que pendía de una cadena.

—Eso es del barco —explicó Roland—. He sacado un montón de cosas de allí abajo y las he traído a la cabaña. ¿Qué os parece?

—Es fantástica —exclamó Alicia—. ¿Duermes aquí?

—A veces, sobre todo en verano. En invierno, aparte del frío, no me gusta dejar solo al abuelo arriba.

Roland abrió la puerta de la cabaña y cedió el paso a Alicia y Max.

—Adelante. Bienvenidos a palacio.

El interior de la cabaña de Roland parecía uno de esos viejos bazares de antigüedades marineras. El botín que el chico había arrebatado durante años al mar relucía en la penumbra como un museo de misteriosos tesoros de leyenda.

—No son más que baratijas —dijo Roland—, pero las colecciono. A lo mejor hoy sacamos algo.

El resto de la cabaña se componía de un viejo armario, una mesa, unas cuantas sillas y un camastro sobre el que había unas estanterías con algunos libros y una lámpara de aceite.

—Me encantaría tener una casa como ésta —murmuró Max.

Roland sonrió, escéptico.

—Se aceptan ofertas —bromeó Roland, visiblemente orgulloso ante la impresión que su cabaña había despertado en sus amigos—. Bueno, ahora al agua.

Siguieron a Roland hasta la orilla de la playa y una vez allí Roland empezó a deshacer el fardo que contenía el equipo de buceo.

—El barco está a unos veinticinco o treinta metros de la orilla. Esta playa es más profunda de lo que parece; a los tres metros ya no se hace pie. El casco está a unos diez metros de profundidad —explicó Roland.

Alicia y Max se dirigieron una mirada que se explicaba por sí sola.

—Sí, la primera vez no es recomendable tratar de llegar abajo. A veces, cuando hay mar de fondo, se forman corrientes y puede ser peligroso. Una vez me llevé un susto de muerte.

Roland tendió unas gafas y unas aletas a Max.

—Bueno. Sólo hay equipo para dos. ¿Quién baja primero?

Alicia señaló a Max con el índice extendido.

—Gracias —susurró Max.

—No te preocupes, Max —lo tranquilizó Roland—. Todo es empezar. La primera vez que bajé por poco me da algo. Había una morena enorme en una de las chimeneas.

—¿Una qué? —saltó Max.

—Nada —repuso Roland—. Es una broma. No hay bichos allí abajo. Te lo prometo. Y es raro, porque normalmente los barcos hundidos son como un zoológico de peces. Pero éste no. No les gusta, supongo. Oye, no te irá a coger miedo ahora, ¿verdad?

—¿Miedo? —dijo Max—. ¿Yo?

Aunque Max se estaba colocando las aletas, observó cómo Roland le hacía una cuidadosa radiografía a su hermana mientras ésta se quitaba el vestido de algodón y se quedaba con su bañador blanco, el único que tenía. Alicia se adentró en el agua hasta que le cubrió las rodillas.

—Oye —le susurró—, es mi hermana, no un pastel. ¿De acuerdo?

Roland le dirigió una mirada de complicidad.

—Tú la has traído, no yo —respondió con una sonrisa gatuna.

—Al agua —cortó Max—. Te vendrá bien.

Alicia se volvió y los contempló ataviados como buzos, con una mueca burlona.

—¡Qué pintas! —les dijo sin poder reprimir la risa.

Max y Roland se miraron a través de las gafas de buceo.

—Una última cosa —apuntó Max—, yo nunca he hecho esto antes. Bucear, quiero decir. He nadado en piscinas, claro, pero no estoy seguro de si sabré…

Roland puso los ojos en blanco.

—¿Sabes respirar debajo del agua? —le preguntó.

—He dicho que no sabía bucear, no que fuese tonto —repuso Max.

—Si sabes aguantar la respiración en el agua, sabes bucear —aclaró Roland.

—Id con cuidado —apuntó Alicia—. Oye, Max, ¿seguro que esto es una buena idea?

—No pasará nada —aseguró Roland, y se volvió a Max a la vez que le palmeaba el hombro—. Usted primero, capitán Nemo.

* * *

Max se sumergió por primera vez en su vida bajo la superficie del mar y descubrió cómo se abría ante sus ojos atónitos un universo de luz y sombras que sobrepasaba cuanto había imaginado. Los haces del sol se filtraban en cortinas neblinosas de claridad que ondeaban lentamente y la superficie se había convertido ahora en un espejo opaco y danzante. Contuvo la respiración unos segundos más y volvió a emerger a por aire. Roland, a un par de metros de él, lo vigilaba atentamente.

—¿Todo bien? —preguntó.

Max asintió, entusiasmado.

—¿Lo ves? Es fácil. Nada junto a mí —indicó Roland antes de sumergirse de nuevo.

Max dirigió una última mirada a la orilla y vio cómo Alicia lo saludaba, sonriente. Le devolvió el saludo y se apresuró a nadar junto a su compañero, mar adentro. Roland lo guió hasta un punto en el cual la playa parecía lejana, aunque Max sabía que apenas mediaba una treintena de metros hasta la orilla. A ras de mar, las distancias crecían. Roland le tocó el brazo y señaló hacia el fondo. Max tomó aire e introdujo la cabeza en el agua, ajustándose las gomas de las gafas de buceo. Sus ojos tardaron un par de segundos en acostumbrarse a la débil penumbra submarina. Sólo entonces pudo admirar el espectáculo

del casco hundido del barco, tumbado sobre el costado y envuelto en una mágica luz espectral. El buque debía de medir alrededor de cincuenta metros, quizá más, y tenía una profunda brecha abierta desde la proa hasta la sentina. La vía abierta sobre el casco parecía una herida negra y sin fondo infligida por afiladas garras de piedra. Sobre la proa, bajo una capa cobriza de óxido y algas, se podía leer el nombre del barco, *Orpheus*.

El *Orpheus* tenía aspecto de haber sido en su día un viejo carguero, no un barco de pasajeros. El acero resquebrajado del buque estaba surcado de pequeñas algas pero, tal como Roland había dicho, no había un solo pez nadando sobre el casco. Los dos amigos lo recorrieron desde la superficie, deteniéndose cada seis o siete metros para contemplar con detalle los restos del naufragio. Roland había dicho que el barco se encontraba a unos diez metros de profundidad, pero, desde allí, a Max aquella distancia le parecía infinita. Se preguntó cómo se las había arreglado Roland para recuperar todos aquellos objetos que habían visto en su cabaña de la playa. Como si hubiese leído sus pensamientos, su amigo le hizo una seña para que esperase en la superficie y se sumergió batiendo poderosamente las aletas.

Max observó a Roland, que descendía hasta tocar el casco del *Orpheus* con la punta de los dedos. Una vez allí, asiéndose cuidadosamente a los salientes del barco, fue reptando hasta la plataforma que en su día había sido el puente de mando. Desde su posición, Max podía distinguir todavía la rueda del timón y otros instrumentos en el interior. Roland nadó hasta la puerta del puente, que yacía abatida, y entró en el barco. Max sintió una punzada de inquietud al ver a su amigo desaparecer en el interior del buque hundido. No apartó los ojos de aquella compuerta mientras Roland nadaba por el interior del puente, preguntándose qué podría hacer si sucedía algo. A los pocos segundos, Roland emergió de nuevo del puente y ascendió rápidamente hacia él, dejando a su espalda una guirnalda de burbujas. Max sacó la cabeza a la superficie y respiró profundamente. El rostro de Roland apareció a un metro del suyo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sorpresa! —exclamó.

Max comprobó que sostenía algo en la mano.

—¿Qué es eso? —inquirió Max, señalando el extraño objeto metálico que Roland había rescatado del puente.

—Un sextante.

Max enarcó las cejas. No tenía ni idea de lo que su amigo estaba diciendo.

—Un sextante es un cacharro que se usa para calcular la posición en el mar —explicó Roland, con la voz entrecortada después del esfuerzo de

mantener la respiración durante casi un minuto—. Voy a volver a bajar. Aguántamelo.

Max empezó a articular una protesta, pero Roland se zambulló de nuevo sin darle apenas tiempo a abrir la boca. Inhaló profundamente y volvió a sumergir la cabeza para seguir la inmersión de Roland. Esta vez, su compañero nadó a lo largo del casco hasta la popa del buque. Max aleteó siguiendo la trayectoria de Roland. Contempló a su amigo acercarse a un ojo de buey y tratar de mirar en el interior del barco. Max contuvo la respiración hasta que sintió que los pulmones le ardían y soltó entonces todo el aire, listo para emerger de nuevo y respirar.

Sin embargo, en aquel último segundo, sus ojos descubrieron una visión que lo dejó helado. A través de la tiniebla submarina, ondeaba una vieja bandera podrida y deshilachada prendida a un mástil en la popa del *Orpheus*. Max la observó detenidamente y reconoció el símbolo casi desvanecido que todavía podía distinguirse en ella: una estrella de seis puntas sobre un círculo. Max sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Había visto aquella estrella antes, en la verja de lanzas del jardín de estatuas.

El sextante de Roland se le escapó de entre los dedos y se hundió en la oscuridad. Presa de un temor indefinible, Max nadó atropelladamente hacia la orilla.

* * *

Media hora más tarde, sentados a la sombra del porche de la cabaña, Roland y Max contemplaban a Alicia mientras recogía viejas conchas entre las piedras de la orilla.

—¿Estás seguro de haber visto ese símbolo antes, Max?

Max asintió.

—A veces, bajo el agua, las cosas parecen ser lo que no son —empezó Roland.

—Sé lo que vi —cortó Max—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —concedió Roland—. Viste un símbolo que según tú está también en esa especie de cementerio que hay detrás de vuestra casa. ¿Y qué?

Max se levantó y se encaró a su amigo.

—¿Y qué? ¿Te vuelvo a repetir toda la historia?

Max había pasado los veinticinco últimos minutos explicándole a Roland todo cuanto había visto en el jardín de estatuas, incluida la película de Jacob Fleischmann.

—No hace falta —respondió secamente Roland.

—Entonces, ¿cómo es posible que no me creas? —espetó Max—. ¿Crees que me invento todo esto?

—No he dicho que no te crea, Max —dijo Roland sonriendo ligeramente a Alicia, que había vuelto de su paseo por la orilla con una pequeña bolsa llena de conchas—. ¿Ha habido suerte?

—Esta playa es un museo —respondió Alicia haciendo tintinear la bolsa con sus capturas.

Max, impaciente, puso los ojos en blanco.

—¿Me crees entonces? —cortó, clavando sus ojos en Roland.

Su amigo le devolvió la mirada y permaneció en silencio unos segundos.

—Te creo, Max —murmuró, desviando la vista hacia el horizonte, sin poder ocultar una sombra de tristeza en el rostro. Alicia advirtió el cambio en el semblante de Roland.

—Max dice que tu abuelo viajaba en ese barco la noche en que se hundió —dijo ella, colocando su mano sobre el hombro del muchacho—. ¿Es verdad?

Roland asintió vagamente.

—Fue el único superviviente —respondió.

—¿Qué pasó? —preguntó Alicia—. Perdona. A lo mejor no quieres hablar de eso.

Roland negó y sonrió a los dos hermanos.

—No, no me importa. —Max le miraba, expectante—. Y no es que no crea tu historia, Max. Lo que pasa es que no es la primera vez que alguien me habla de ese símbolo.

—¿Quién más lo ha visto? —preguntó Max, boquiabierto—. ¿Quién te ha hablado de él?

Roland sonrió.

—Mi abuelo. Desde que era un niño. —Roland señaló el interior de la cabaña—. Empieza a refrescar. Entremos; os explicaré la historia de ese barco.

* * *

Al principio Irina creyó estar oyendo la voz de su madre en el piso de abajo. Andrea Carver a menudo hablaba sola mientras deambulaba por la casa y a ningún miembro de la familia le sorprendía el hábito maternal de dar voz a sus pensamientos. Un segundo después, sin embargo, Irina vio a través de la

ventana cómo su madre despedía a Maximilian Carver mientras el relojero se disponía a ir al pueblo acompañado por uno de los transportistas que les había ayudado a traer el equipaje desde la estación días atrás. Irina comprendió que, en aquel momento, estaba sola en la casa y que, por tanto, aquella voz que había creído oír debía de haber sido una ilusión. Hasta que volvió a oírla, esta vez en la misma habitación, como un susurro que atravesara las paredes.

La voz parecía provenir del armario y sonaba como un murmullo lejano cuyas palabras era imposible distinguir. Por primera vez desde que habían llegado a la casa de la playa, Irina sintió miedo. Clavó los ojos en la oscura puerta cerrada del armario y comprobó que había una llave en la cerradura. Sin pensarlo un instante, corrió hacia el mueble y giró atropelladamente la llave hasta que la puerta estuvo cerrada a cal y canto. Retrocedió un par de metros y respiró profundamente. Entonces oyó aquel sonido de nuevo y comprendió que no era una voz, sino varias voces susurrando a un tiempo.

—¿Irina? —llamó su madre desde el piso de abajo.

La cálida voz de Andrea Carver la rescató del trance en que estaba sumida. Una sensación de tranquilidad la envolvió.

—Irina, si estás arriba, baja a ayudarme un momento.

Nunca en meses había tenido Irina tantas ganas de ayudar a su madre, fuera cual fuese la tarea que la esperaba. Se disponía a correr escaleras abajo cuando, tras sentir cómo una brisa helada le acariciaba el rostro y atravesaba repentinamente la estancia, la puerta de la habitación se cerró de golpe. Irina corrió hasta ella y forcejeó con el pomo, que parecía atascado. Mientras luchaba inútilmente por abrir aquella puerta, pudo oír cómo, a sus espaldas, la cerradura del armario giraba lentamente sobre sí misma y aquellas voces, que parecían provenir de lo más profundo de la casa, reían.

* * *

—Cuando era niño —explicó Roland—, mi abuelo me relató tantas veces esta historia que durante años he soñado con ella. Todo empezó cuando vine a vivir a este pueblo, hace muchos años, después de perder a mis padres en un accidente de automóvil.

—Lo siento, Roland —interrumpió Alicia, quien intuía que, pese a la amable sonrisa de su amigo y a que parecía dispuesto a contarles la historia de su abuelo y del barco, remover aquellos recuerdos le resultaba más difícil de lo que quería mostrar.

—Yo era muy pequeño. Apenas les recuerdo —dijo Roland evitando la mirada de Alicia, a quien aquella pequeña mentira no podía engañar.

—¿Qué sucedió entonces? —insistió Max.

Alicia lo fulminó con la mirada.

—El abuelo se hizo cargo de mí y me instalé con él en la casa del faro. Él era ingeniero y desde hacía años era el farero de este tramo de costa. El ayuntamiento le había concedido el puesto de por vida, después de que construyese prácticamente con sus manos ese faro en 1919. Es una historia curiosa, ya veréis.

»El 23 de junio de 1918, mi abuelo embarcó en el puerto de Southampton a bordo del *Orpheus*, pero de incógnito. El *Orpheus* no era un barco de pasajeros, sino un carguero de mala fama. Su capitán era un holandés borracho y corrupto hasta la médula que lo utilizaba como buque de alquiler al mejor postor. Sus clientes favoritos solían ser los contrabandistas que querían cruzar el canal de la Mancha. El *Orpheus* tenía tal fama que incluso los destructores alemanes lo reconocían y, por piedad, no lo hundían cuando se tropezaban con él. De todas formas, hacia el final de la guerra, el negocio empezó a flojear y el holandés errante, como lo apodaba mi abuelo, tuvo que buscarse otros asuntos más turbios para pagar las deudas de juego que había acumulado en los últimos meses. Parece ser que, en una de sus noches de mala racha, que solían ser la mayoría, el capitán perdió hasta la camisa en una partida con un tal Mister Caín. Este Mister Caín era el dueño de un circo ambulante. Como pago, Mister Caín exigió al holandés que embarcase a toda la *troupe* del circo y los transportase de incógnito al otro lado del Canal. Pero el supuesto circo de Mister Caín escondía algo más que unas simples barracas de feria y les interesaba desaparecer cuanto antes y, por supuesto, ilegalmente. El holandés accedió. ¿Qué otro remedio le quedaba? O lo hacía o perdía directamente el barco.

—Un momento —interrumpió Max—. ¿Qué tenía que ver tu abuelo con todo eso?

—A eso voy —continuó Roland—. Como he dicho, el tal Mister Caín, aunque ése no era su verdadero nombre, ocultaba muchas cosas. Mi abuelo le venía siguiendo el rastro desde hacía mucho tiempo. Tenían una cuenta pendiente y mi abuelo pensó que, si Mister Caín y sus secuaces cruzaban el Canal, sus posibilidades de cazarlos se evaporarían para siempre.

—¿Por eso embarcó en el *Orpheus*? —preguntó Max—. ¿Como un polizón?

Roland asintió.

—Hay algo que no entiendo —dijo Alicia—. ¿Por qué no avisó a la policía? Él era un ingeniero, no un gendarme. ¿Qué clase de cuenta tenía pendiente con ese Mister Caín?

—¿Puedo acabar la historia? —preguntó Roland.

Max y su hermana asintieron a la vez.

—Bien. El caso es que embarcó —continuó Roland—. El *Orpheus* zarpó al mediodía y esperaba llegar a su destino en noche cerrada, pero las cosas se complicaron. Una tormenta se desencadenó pasada la medianoche y devolvió el barco hacia la costa. El *Orpheus* se estrelló contra las rocas del acantilado y se hundió en apenas unos minutos. Mi abuelo salvó la vida porque estaba oculto en un bote salvavidas. Los demás se ahogaron.

Max tragó saliva.

—¿Quieres decir que los cuerpos aún están ahí abajo?

—No —respondió Roland—. Al amanecer del día siguiente, una niebla barrió la costa durante horas. Los pescadores locales encontraron a mi abuelo inconsciente en esta misma playa. Cuando se disipó la niebla, varios botes de pescadores rastrearon la zona del naufragio. Nunca encontraron ningún cuerpo.

—Pero, entonces… —interrumpió Max, en voz baja.

Con un gesto, Roland le indicó que le dejase continuar.

—Llevaron a mi abuelo al hospital del pueblo y estuvo delirando allí durante días. Cuando se recuperó, decidió que, en gratitud a cómo se le había tratado, construiría un faro en lo alto del acantilado para evitar que una tragedia como aquélla volviera a repetirse. Con el tiempo, él mismo se convirtió en el guardián del faro.

Los tres amigos permanecieron en silencio por espacio de casi un minuto después de escuchar el relato de Roland. Finalmente, este último intercambió una mirada con Alicia y después con Max.

—Roland —dijo Max, haciendo un esfuerzo por encontrar palabras que no hiriesen a su amigo—, hay algo en esa historia que no encaja. Creo que tu abuelo no te lo ha contado todo.

Roland permaneció callado unos segundos. Luego, con una débil sonrisa en los labios, miró a los dos hermanos y asintió varias veces, muy lentamente.

—Lo sé —murmuró—. Lo sé.

* * *

Irina sintió cómo sus manos se entumecían al intentar forzar el pomo sin ningún resultado. Sin aliento, se volvió y se apretó con todas sus fuerzas contra la puerta de la habitación. No pudo evitar clavar sus ojos en la llave que giraba en la cerradura del armario.

Finalmente, la llave detuvo su giro e, impulsada por dedos invisibles, cayó al suelo. Muy lentamente, la puerta del armario empezó a abrirse. Irina trató de gritar, pero sintió que le faltaba el aire para articular ni siquiera un susurro.

Desde la penumbra del armario, emergieron dos ojos brillantes y familiares. Irina suspiró. Era su gato. Era tan sólo su gato. Por un segundo había creído que el corazón se le iba a parar de puro pánico. Se arrodilló para aupar al felino y advirtió entonces que tras el gato, en el fondo del armario, había alguien más. El felino abrió sus fauces y emitió un silbido grave y estremecedor, como el de una serpiente, para después fundirse de nuevo en la oscuridad, con su amo. Una sonrisa de luz se encendió en la tiniebla y dos ojos brillantes como oro candente se posaron sobre los suyos mientras aquellas voces, al unísono, pronunciaban su nombre. Irina gritó con todas sus fuerzas y se lanzó contra la puerta, que cedió a su empuje haciéndola caer en el suelo del corredor. Sin perder un instante, se abalanzó escaleras abajo, sintiendo el aliento frío de aquellas voces en la nuca.

En una fracción de segundo, Andrea Carver contempló paralizada a su hija Irina saltar desde lo alto de la escalera con el rostro encendido de pánico. Gritó su nombre, pero ya era demasiado tarde. La pequeña cayó rodando como un peso muerto hasta el último peldaño. Andrea Carver se lanzó hacia la niña y tomó la cabeza en sus brazos. Una lágrima de sangre le recorría la frente. Palpó su cuello y sintió un pulso débil. Luchando contra la histeria, Andrea Carver alzó el cuerpo de su hija y trató de pensar qué debía hacer en aquel momento.

Mientras los peores cinco segundos de su vida desfilaban ante ella con infinita lentitud, Andrea Carver alzó la vista a lo alto de la escalera. Desde el último peldaño, el gato de Irina la escrutaba fijamente. Sostuvo la mirada cruel y burlona del animal durante una fracción de segundo y después, sintiendo el cuerpo de su hija latir en sus brazos, reaccionó y corrió al teléfono.

CAPÍTULO SIETE

Cuando Max, Alicia y Roland llegaron a la casa de la playa, el coche del médico todavía estaba allí. Roland dirigió a Max una mirada interrogadora. Alicia saltó de la bicicleta y corrió hacia el porche, consciente de que algo andaba mal. Maximilian Carver, con los ojos vidriosos y el semblante pálido, les recibió en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Alicia.

Su padre la abrazó. Alicia dejó que los brazos de Maximilian Carver la rodeasen y sintió el temblor de sus manos.

—Irina ha tenido un accidente. Está en coma. Estamos esperando la ambulancia para llevarla al hospital.

—¿Mamá está bien? —gimió Alicia.

—Está adentro. Con Irina y el médico. Aquí no se puede hacer nada más —respondió el relojero con la voz hueca, cansina.

Roland, callado e inmóvil al pie del porche, tragó saliva.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Max, pensando que la pregunta resultaba estúpida en aquellas circunstancias.

—No lo sabemos —murmuró Maximilian Carver, que trató inútilmente de sonreírles y entró de nuevo en la casa—. Voy a ver si tu madre necesita algo.

Los tres amigos se quedaron clavados en el porche, silenciosos como tumbas. Tras unos segundos, Roland rompió el silencio.

—Lo siento…

Alicia asintió. Al poco, la ambulancia enfiló la carretera y se acercó a la casa. El médico salió a recibirla. En cuestión de minutos, los dos enfermeros entraron en la casa y sacaron en una camilla a Irina, envuelta en una manta.

Max cazó al vuelo una visión de la tez blanca como la cal de su hermana pequeña y sintió que el estómago se le caía a los pies. Andrea Carver, con el rostro crispado y los ojos hinchados y enrojecidos, subió a la ambulancia y dirigió una última mirada desesperada a Alicia y a Max. Los enfermeros corrieron a sus puestos. Maximilian Carver se acercó a los dos hermanos.

—No me gusta que os quedéis solos. Hay un pequeño hotel en el pueblo; tal vez…

—No nos va a pasar nada, papá. Ahora no te preocupes por eso —repuso Alicia.

—Llamaré desde el hospital y os dejaré el número. No sé el tiempo que estaremos fuera. No sé si hay algo que…

—Ve, papá —cortó Alicia, abrazando a su padre—. Todo saldrá bien.

Maximilian Carver esbozó una última sonrisa entre lágrimas y subió a la ambulancia. Los tres amigos contemplaron en silencio las luces del vehículo perderse en la distancia mientras los últimos rayos del sol languidecían sobre el manto púrpura del crepúsculo.

—Todo saldrá bien —repitió Alicia para sí misma.

* * *

Una vez se hubieron procurado ropa seca (Alicia le prestó a Roland unos pantalones y una camisa viejos de su padre), la espera de las primeras noticias se hizo interminable. Las lunas sonrientes de la esfera del reloj de Max indicaban que faltaban apenas unos minutos para las once de la noche cuando sonó el teléfono. Alicia, que estaba sentada entre Roland y Max en los escalones del porche, se levantó de un salto y corrió al interior de la casa. Antes de que el teléfono acabara de sonar por segunda vez, tomó el auricular y miró a Max y a Roland, asintiendo.

—De acuerdo —dijo, tras unos segundos—. ¿Cómo está mamá?

Max podía oír el murmullo de la voz de su padre a través del teléfono.

—No te preocupes —dijo Alicia—. No. No hace falta. Sí, estaremos bien. Llama mañana.

Alicia hizo una pausa y asintió.

—Lo haré —aseguró—. Buenas noches, papá.

Alicia colgó el teléfono y miró a su hermano.

—Irina está en observación —explicó—. Los médicos han dicho que tiene conmoción, pero sigue en coma. Dicen que se curará.

—¿Seguro que han dicho eso? —replicó Max—. ¿Y mamá?

—Imagínatelo. De momento pasarán allí esta noche. Mamá no quiere ir a un hotel. Volverán a llamar mañana a las diez.

—¿Y ahora qué? —preguntó tímidamente Roland.

Alicia se encogió de hombros y trató de dibujar una sonrisa tranquilizadora en su rostro.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó a los dos muchachos.

Max se sorprendió a sí mismo al descubrir que estaba hambriento. Alicia suspiró y esbozó una sonrisa de cansancio.

—Me parece que a los tres nos vendría bien cenar algo —concluyó—. ¿Votos en contra?

En unos minutos, Max preparó unos bocadillos mientras Alicia exprimía unos limones para hacer limonada.

Los tres amigos cenaron en la banqueta del porche, bajo la tenue claridad del farol amarillento que ondeaba a la brisa nocturna, envuelto en una nube danzante de pequeñas mariposas de la noche. Frente a ellos, la luna llena se alzaba sobre el mar y confería a la superficie del agua la apariencia de un lago infinito de metal incandescente.

Cenaron en silencio, contemplando el mar y escuchando el murmullo de las olas. Cuando hubieron dado buena cuenta de los bocadillos y la limonada, los tres amigos intercambiaron una mirada de complicidad.

—No creo que esta noche vaya a pegar ojo —dijo Alicia, incorporándose y oteando el horizonte de luz en el mar.

—No creo que ninguno lo hagamos —corroboró Max.

—Tengo una idea —dijo Roland con una sonrisa pícara en los labios—. ¿Os habéis bañado alguna vez por la noche?

—¿Es una broma? —espetó Max.

Sin mediar palabra, Alicia miró a los dos muchachos, los ojos brillantes y enigmáticos, y se encaminó tranquilamente hacia la playa. Max contempló atónito cómo su hermana se adentraba en la arena y, sin volver la vista atrás, se desprendía del vestido de algodón blanco.

Alicia se detuvo unos segundos al borde de la orilla, la piel pálida y brillante bajo la claridad evanescente y azulada de la luna, y después, lentamente, su cuerpo se sumergió en aquella inmensa balsa de luz.

—¿No vienes, Max? —dijo Roland, siguiendo los pasos de Alicia en la arena.

Max negó en silencio, observando cómo su amigo se zambullía en el mar y oyó las risas de su hermana entre el susurro del mar.

Permaneció allí en silencio, decidiendo si aquella palpable corriente eléctrica que parecía vibrar entre Roland y su hermana, un vínculo que escapaba a su definición y al que se sabía ajeno, le entristecía o no. Mientras los veía juguetear en el agua Max supo, probablemente antes de que ellos mismos lo advirtieran, que entre ambos se estaba forjando un estrecho lazo que habría de unirles como un destino irrebatible durante aquel verano.

Al pensar en ello vinieron a su mente las sombras de la guerra que se libraba tan cerca y a la vez tan lejos de aquella playa, una guerra sin rostro que muy pronto reclamaría a su amigo Roland y, tal vez, a él mismo. Pensó también en todo lo que había sucedido durante aquel largo día, desde la visión fantasmagórica del *Orpheus* bajo las aguas, el relato de Roland en la cabaña de la playa y el accidente de Irina. Lejos de las risas de Alicia y Roland, una profunda inquietud se apoderó de su ánimo. Sentía que, por primera vez en su vida, el tiempo transcurría más rápido de lo que deseaba y que ya no podía refugiarse en el sueño de los años pasados. La rueda de la fortuna había empezado a girar y, esta vez, él no había tirado los dados.

* * *

Más tarde, a la lumbre de una improvisada hoguera en la arena, Alicia, Roland y Max hablaron por primera vez de lo que les estaba rondando por la cabeza a todos desde hacía horas. La luz dorada del fuego se reflejaba en los rostros húmedos y brillantes de Alicia y Roland. Max les observó detenidamente y se decidió a hablar.

—No sé cómo explicarlo, pero creo que algo está pasando —empezó—. No sé lo que es, pero hay demasiadas coincidencias. Las estatuas, ese símbolo, el barco…

Max esperaba que ambos le contradijesen o que con palabras de sensatez que él no acertaba a encontrar, lo tranquilizasen y le hicieran ver que sus inquietudes no eran sino producto de un día demasiado largo, en el que habían sucedido demasiadas cosas que él se había tomado demasiado en serio. Sin embargo, nada de eso sucedió. Alicia y Roland asintieron en silencio, sin apartar los ojos del fuego.

—Tú soñaste con aquel payaso, ¿no es verdad? —preguntó Max.

Alicia asintió.

—Hay algo que no os dije antes —continuó Max—. Anoche, cuando todos os fuisteis a dormir, volví a ver la película que Jacob Fleischmann había rodado en el jardín de estatuas. Yo estuve en ese jardín hace dos días. Las

estatuas estaban en otra posición, no sé… es como si se hubiesen movido. Lo que yo vi no es lo que mostraba la película.

Alicia miró a Roland, que contemplaba hechizado la danza de las llamas en el fuego.

—Roland, ¿nunca te habló tu abuelo de todo esto?

El muchacho pareció no haber escuchado la pregunta. Alicia posó su mano sobre la de Roland y éste alzó la mirada.

—He soñado con ese payaso cada verano desde que tengo cinco años —dijo con un hilo de voz.

Max leyó el miedo en el rostro de su amigo.

—Creo que tendríamos que hablar con tu abuelo, Roland —dijo Max.

Roland asintió débilmente.

—Mañana —prometió con una voz casi inaudible—. Mañana.

CAPÍTULO OCHO

Poco antes del amanecer, Roland montó de nuevo en su bicicleta y pedaleó de vuelta a la casa del faro. Mientras recorría la carretera de la playa, un pálido resplandor ámbar empezaba a teñir una bóveda de nubes bajas. Su mente ardía de inquietud y excitación. Aceleró la marcha hasta el límite de sus fuerzas, con la vana esperanza de que el castigo físico aplacase los miles de interrogantes y temores que le golpeaban interiormente.

Una vez cruzada la bahía del puerto y tras dirigirse hacia el camino ascendente que conducía al faro, Roland detuvo la bicicleta y recuperó el aliento. En lo alto de los acantilados, el haz del faro rebanaba las últimas sombras de la noche como una cuchilla de fuego a través de la niebla. Sabía que su abuelo permanecía todavía allí, expectante y silencioso, y que no dejaría su puesto hasta que la oscuridad se hubiera desvanecido completamente ante la luz del alba. Durante años, Roland había convivido con aquella malsana obsesión del anciano sin cuestionarse ni la razón ni la lógica de su conducta. Era sencillamente algo que había asimilado de niño, una faceta más de su vida diaria a la que había aprendido a no dar importancia.

Sin embargo, con el tiempo Roland había ido cobrando conciencia de que la historia del anciano hacía aguas. Pero nunca hasta ese día había comprendido tan claramente que su abuelo le había mentido o, al menos, no le había contado toda la verdad. No dudaba ni por un instante de la honestidad del viejo. De hecho, con el paso de los años su abuelo le había ido desvelando pedazo a pedazo las piezas de aquel extraño rompecabezas cuyo centro parecía ahora tan claro: el jardín de estatuas. Unas veces con palabras

pronunciadas en sueños; otras, las más, con respuestas incompletas a las preguntas que Roland le formulaba. De alguna manera intuía que si su abuelo lo había mantenido al margen de su secreto, era para protegerlo. Aquel estado de gracia, sin embargo, parecía tocar a su fin y la hora de enfrentarse a la verdad se adivinaba cada vez más próxima.

Emprendió de nuevo la marcha mientras trataba de apartar por el momento aquel tema de su pensamiento. Llevaba despierto demasiadas horas y su cuerpo empezaba a acusar la fatiga. Una vez llegó a la casa del faro, dejó la bicicleta apoyada sobre la cerca y entró en la casa sin molestarse en encender la luz. Ascendió la escalera hasta su habitación y se desplomó sobre la cama como un peso muerto.

Desde la ventana de la habitación podía avistar el faro, que se alzaba a unos treinta metros de la casa, y, recortándose tras las vidrieras de su atalaya, la silueta inmóvil de su abuelo. Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño.

Los acontecimientos de aquella jornada desfilaron por su mente, desde la bajada submarina al *Orpheus* al accidente de la pequeña hermana de Alicia y Max. Roland pensó que era extraño y reconfortante a la vez comprobar cómo tan sólo unas horas juntos los habían unido tanto. Al pensar ahora, en la soledad de su habitación, en los dos hermanos, sentía como si ellos fuesen desde aquel día sus dos amigos más íntimos, los dos compañeros con los que compartiría todos sus secretos y sus inquietudes.

Comprobó que sólo el hecho de pensar en ellos le transmitía una sensación de seguridad y compañía y que, en correspondencia, él sentía una profunda lealtad y gratitud por aquel pacto invisible que parecía haberles unido aquella noche en la playa.

Cuando finalmente el cansancio pudo más que la excitación acumulada a lo largo de todo el día, los últimos pensamientos de Roland mientras descendía a un sueño profundo y reparador no fueron para la misteriosa incertidumbre que se cernía sobre ellos ni para la sombría posibilidad de ser llamado a filas durante el otoño. Aquella noche, Roland se durmió plácidamente en los brazos de una visión que le habría de acompañar durante el resto de su vida: Alicia, apenas envuelta en la claridad de la luna, sumergía su piel blanca en un mar de luz de plata.

* * *

El día amaneció bajo un manto de nubes oscuras y amenazantes que se extendían desde más allá del horizonte y filtraban una luz mortecina y

neblinosa que hacía pensar en un frío día de invierno. Apoyado en la baranda metálica del faro, Víctor Kray contempló la bahía a sus pies y pensó que los años en el faro le habían enseñado a reconocer la extraña y misteriosa belleza marchita de aquellos días plomizos y vestidos de tormenta que presagiaban la eclosión del verano en la costa.

Desde la atalaya del faro, el pueblo adquiría la curiosa apariencia de una maqueta cuidadosamente construida por un coleccionista. Más allá, enfilando al norte, la playa se extendía como una línea blanca interminable. En días de sol intenso, desde el mismo lugar donde ahora oteaba Víctor Kray, el casco del *Orpheus* podía distinguirse claramente bajo el mar, como si se tratase de un enorme fósil mecánico varado en la arena.

Aquella mañana, sin embargo, el mar se mecía como un lago oscuro y sin fondo. Mientras escrutaba la superficie impenetrable del océano, Víctor Kray pensó en los últimos veinticinco años que había pasado en aquel faro que él mismo había construido. Al volver la vista atrás, sentía cada uno de esos años como una pesada losa a sus espaldas.

Con el tiempo, la angustia secreta de aquella espera interminable le había hecho pensar que tal vez todo había sido una ilusión y que su obstinada obsesión lo había convertido en el centinela de una amenaza que sólo había existido en su propia imaginación. Pero, una vez más, los sueños habían vuelto. Por fin, los fantasmas del pasado habían despertado de un letargo de largos años y volvían a recorrer los pasillos de su mente. Y, con ellos, había vuelto el temor de ser ya demasiado viejo y débil para enfrentarse a su antiguo enemigo.

Desde hacía años apenas dormía más de dos o tres horas diarias; el resto de su tiempo lo pasaba prácticamente solo en el faro. Su nieto Roland tenía por costumbre dormir varias noches a la semana en su cabaña de la playa y no era extraño que a veces, durante días, apenas pasaran juntos un par de minutos. Aquel alejamiento de su propio nieto al que Víctor Kray se había condenado voluntariamente le proporcionaba al menos una cierta paz de espíritu, pues tenía la certeza de que el dolor que sentía por no poder compartir aquellos años de la vida del muchacho era el precio que debía pagar por la seguridad y la felicidad futura de Roland.

Pese a todo, cada vez que desde la torre del faro veía cómo el muchacho se zambullía en las aguas de la bahía junto al casco del *Orpheus*, sentía que se le helaba la sangre. Nunca había querido que Roland tuviera constancia de ello y desde su niñez había respondido a sus preguntas sobre el barco y sobre el pasado tratando de no mentir y, a la vez, de no contarle la verdadera

naturaleza de los hechos. El día anterior, mientras contemplaba a Roland y a sus dos nuevos amigos en la playa, se había preguntado si tal vez aquél no había sido un grave error.

Estos pensamientos lo mantuvieron en el faro durante más tiempo del que acostumbraba a quedarse allí cada mañana. Habitualmente, volvía a casa antes de las ocho. Víctor Kray miró su reloj y comprobó que ya pasaban de las diez y media. Descendió la espiral metálica de la torre para encaminarse hacia la casa y aprovechar las escasas horas de sueño que su cuerpo le permitía. Por el camino, vio la bicicleta de Roland y que el muchacho había ido a dormir allí.

Cuando entró en la casa, tratando de no hacer ruido para no alterar el sueño de su nieto, descubrió que Roland le esperaba, sentado en una de las viejas butacas del comedor.

—No podía dormir, abuelo —dijo Roland, sonriendo al anciano—. He dormido un par de horas como un tronco y después me he despertado de golpe sin poder volverme a dormir.

—Sé lo que es eso —contestó Víctor Kray—, pero conozco un truco infalible.

—¿Cuál es? —inquirió Roland.

El anciano exhibió su pícara sonrisa, capaz de quitarle sesenta años de encima.

—Ponerse a cocinar. ¿Tienes hambre?

Roland consideró la pregunta. Lo cierto es que la imagen de tostadas con mantequilla, mermelada y huevos escalfados le producía un cosquilleo en el estómago. Sin darle más vueltas, asintió.

—Bien —dijo Víctor Kray—. Tú serás el pinche. Andando.

Roland siguió a su abuelo hasta la cocina y se dispuso a seguir las instrucciones del anciano.

—Como yo soy el ingeniero —explicó Víctor Kray—, freiré los huevos. Tú prepara las tostadas.

En cuestión de minutos, abuelo y nieto consiguieron llenar la cocina de humo e impregnar la casa de aquel aroma irresistible a desayuno recién preparado. Luego, ambos se sentaron frente a frente a la mesa de la cocina y brindaron con sendos vasos rebosantes de leche fresca.

—El desayuno de la gente que tiene que crecer —bromeó Víctor Kray, atacando con voracidad fingida su primera tostada.

—Ayer estuve en el barco —dijo Roland casi en un murmullo, bajando la vista.

—Lo sé —dijo y siguió sonriendo y masticando—. ¿Alguna novedad?

Roland dudó un segundo, dejó el vaso de leche y miró al anciano, que trataba de mantener su semblante risueño y despreocupado.

—Creo que algo malo está ocurriendo, abuelo —dijo finalmente—, algo que tiene que ver con unas estatuas.

Víctor Kray sintió que se le formaba un nudo de acero en el estómago. Dejó de masticar y abandonó la tostada a medio comer.

—Este amigo mío, Max, ha visto cosas —continuó Roland.

—¿Dónde vive tu amigo? —preguntó el anciano, con voz serena.

—En la vieja casa de los Fleischmann, en la playa.

Víctor Kray asintió lentamente.

—Roland, cuéntame todo lo que tú y tus amigos habéis visto. Por favor.

Roland se encogió de hombros y relató las incidencias de los últimos dos días, desde que había conocido a Max hasta la noche que acababa de finalizar.

Cuando hubo terminado su relato, miró a su abuelo, tratando de leer sus pensamientos. El anciano, imperturbable, le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Acaba tu desayuno, Roland —indicó.

—Pero… —protestó el muchacho.

—Luego, cuando hayas acabado, ve a buscar a tus amigos y tráelos aquí —explicó el anciano—. Tenemos mucho de que hablar.

* * *

A las 11.34 de aquella mañana, Maximilian Carver telefoneó desde el hospital para comunicar a sus hijos las últimas novedades. La pequeña Irina seguía mejorando lentamente, pero los médicos todavía no se atrevían a asegurar que estuviese fuera de peligro. Alicia comprobó que la voz de su padre reflejaba una cierta calma y que lo peor había pasado ya.

Cinco minutos más tarde, el teléfono sonó de nuevo. Esta vez era Roland, que llamaba desde el café del pueblo. Al mediodía se encontrarían en el faro. Cuando Alicia colgó el teléfono, la mirada hechizada que Roland le dirigió la noche anterior en la playa volvió a su mente. Se sonrió a sí misma y salió al porche, para comunicar a Max las noticias. Distinguió la silueta de su hermano sentado en la arena, mirando el mar. En el horizonte, los primeros destellos de una tormenta eléctrica encendieron una traca de luz en la bóveda del cielo. Alicia caminó hasta la orilla y se sentó junto a Max. El aire frío de

aquella mañana le mordía la piel y deseó haber llevado consigo un buen jersey.

—Ha llamado Roland —dijo Alicia—. Su abuelo quiere vernos.

Max asintió en silencio, sin apartar la mirada del mar. Un rayo que caía sobre el océano quebró la línea del cielo.

—Te gusta Roland, ¿verdad? —preguntó Max, jugueteando con un puñado de arena entre los dedos.

Alicia consideró la pregunta de su hermano durante unos segundos.

—Sí —contestó—. Y creo que yo también le gusto a él. ¿Por qué, Max?

Max se encogió de hombros y lanzó el puñado de arena hasta la línea donde rompía la marea.

—No sé —dijo Max—. Pensaba en lo que dijo Roland de la guerra y eso. Que a lo mejor lo reclutaban después del verano… Es igual. Supongo que no es asunto mío.

Alicia se volvió a su hermano pequeño y buscó la mirada evasiva de Max. Arqueaba las cejas del mismo modo que Maximilian Carver y sus ojos grises reflejaban, como siempre, un mar de nervios sepultados a ras de piel.

Alicia rodeó con su brazo los hombros de Max y lo besó en la mejilla.

—Vamos dentro —dijo, sacudiendo la arena que se le había adherido al vestido—. Aquí hace frío.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando llegaron al pie del camino que ascendía al faro, Max sintió que los músculos de sus piernas se convertirían en mantequilla en cuestión de segundos. Antes de partir, Alicia se había ofrecido a coger la otra bicicleta que todavía dormía a la sombra del cobertizo, pero Max había desdeñado la idea, ofreciéndose a llevarla tal como Roland había hecho el día anterior. Un kilómetro después, Max había empezado a arrepentirse de su bravata.

Como si su amigo hubiese intuido su sufrimiento durante la larga marcha, Roland esperaba con su bicicleta en la boca del camino. Al verlo, Max detuvo la marcha y dejó que su hermana descendiese. Respiró profundamente y se masajeó los muslos, agarrotados por el esfuerzo.

—Creo que has encogido unos cuatro o cinco centímetros —dijo Roland.

Max decidió no desperdiciar aliento contestando a la broma. Sin mediar palabra, Alicia subió a la bicicleta de Roland y emprendieron de nuevo el camino. Max esperó unos segundos antes de empezar a pedalear otra vez, cuesta arriba. Ya sabía en qué iba a gastar su primer sueldo: en una motocicleta.

* * *

El pequeño comedor de la casa del faro olía a café recién hecho y a tabaco de pipa. El suelo y las paredes eran de madera oscura y, al margen de una inmensa librería y algunos objetos marinos que Max no pudo identificar, apenas estaba decorado. Un hogar para quemar leña y una mesa recubierta

con un manto de terciopelo oscuro rodeada de viejas butacas de piel descolorida eran todo el lujo de que Víctor Kray se había rodeado.

Roland indicó a sus amigos que tomasen asiento en las butacas y se acomodó en una silla de madera entre ambos. Esperaron durante cinco minutos, sin apenas cruzar palabra, mientras los pasos del anciano se oían en el piso de arriba.

Finalmente, el viejo farero hizo su aparición. No era tal como Max lo había imaginado. Víctor Kray era un hombre de mediana estatura, tez pálida y una generosa mata de pelo plateado con que coronaba un rostro que no reflejaba su verdadera edad.

Sus ojos verdes y penetrantes recorrieron lentamente el semblante de los dos hermanos, como si tratase de leer sus pensamientos. Max sonrió nerviosamente ante la mirada escrutadora del anciano. Víctor Kray le correspondió con una afable sonrisa que iluminó su semblante.

—Sois la primera visita que recibo en muchos años —dijo el farero, tomando asiento en una de las butacas—. Tendréis que disculpar mis modales. De todos modos, cuando yo era un crío, pensaba que todo eso de la cortesía era una soberana estupidez. Y todavía lo pienso.

—Nosotros no somos críos, abuelo —dijo Roland.

—Cualquiera más joven que yo lo es —respondió Víctor Kray—. Tú debes de ser Alicia. Y tú, Max. No hay que ser muy listo para deducirlo, ¿eh?

Alicia sonrió cálidamente. No hacía dos minutos que lo había conocido, pero el talante socarrón del anciano le resultaba encantador. Max, por su parte, estudiaba el rostro del hombre, tratando de imaginarlo encerrado en aquel faro durante décadas, guardián del secreto del *Orpheus*.

—Sé lo que debéis de estar pensando —explicó Víctor Kray—. ¿Es verdad todo lo que hemos visto o creemos haber visto estos últimos días? En realidad, nunca pensé que llegaría el momento en que tuviese que hablar de este tema con nadie, ni siquiera con Roland. Pero siempre sucede lo contrario de lo que esperamos, ¿no es así?

Nadie le contestó.

—Está bien. Al grano. Lo primero es que me contéis todo lo que sabéis. Y cuando digo todo es *todo*. Incluyendo los detalles que os puedan parecer insignificantes. Todo. ¿Entendido?

Max miró a sus compañeros.

—¿Empiezo yo? —sugirió.

Alicia y Roland asintieron. Víctor Kray le hizo una seña para que iniciase su relato.

* * *

Durante la siguiente media hora, Max relató sin pausa cuanto recordaba, ante la mirada atenta del anciano, que escuchó sus palabras sin el menor asomo de incredulidad ni, como esperaba Max, de asombro.

Cuando Max hubo finalizado su historia, Víctor Kray tomó su pipa y la preparó metódicamente.

—No está mal —murmuró—. No está mal…

El farero encendió la pipa y una nube de humo de aroma dulzón inundó la estancia. Víctor Kray saboreó lentamente una bocanada de la picadura especial y se relajó en su butaca. Luego, mirando a los ojos a cada uno de los tres muchachos, empezó a hablar…

* * *

—Este otoño cumpliré setenta y dos años y, aunque me queda el consuelo de que no los aparento, cada uno de ellos me pesa como una losa a la espalda. La edad te hace ver ciertas cosas. Por ejemplo, ahora sé que la vida de un hombre se divide básicamente en tres períodos. En el primero, uno ni siquiera piensa que envejecerá, ni que el tiempo pasa ni que, desde el primer día, cuando nacemos, caminamos hacia un único fin. Pasada la primera juventud, empieza el segundo período, en el que uno se da cuenta de la fragilidad de la propia vida y lo que en un principio es una simple inquietud va creciendo en el interior como un mar de dudas e incertidumbres que te acompañan durante el resto de tus días. Por último, al final de la vida, se abre el tercer período, el de la aceptación de la realidad y, consecuentemente, la resignación y la espera. A lo largo de mi existencia he conocido a muchas personas que se quedaron ancladas en alguno de esos estadios y nunca lograron superarlos. Es algo terrible.

Víctor Kray comprobó que los tres muchachos lo observaban atentamente y en silencio, pero cada una de sus miradas parecía preguntarse de qué estaba hablando. Se detuvo a saborear una bocanada de su pipa y sonrió a su pequeña audiencia.

—Ése es un camino que cada uno de nosotros debe aprender a recorrer en solitario, rogando a Dios que le ayude a no extraviarse antes de llegar al final. Si todos fuésemos capaces de comprender al inicio de nuestra vida esto que parece tan simple, buena parte de las miserias y penas de este mundo no

llegaría a producirse jamás. Pero, y ésa es una de las grandes paradojas del universo, sólo se nos concede esa gracia cuando ya es demasiado tarde. Fin de la lección.

»Os preguntaréis por qué os explico todo esto. Os lo diré. A veces, una entre un millón, ocurre que alguien, muy joven, comprende que la vida es un camino sin retorno y decide que ese juego no va con él. Es como cuando decides hacer trampas en un juego que no te gusta. La mayoría de las veces te descubren y la trampa se acaba. Pero otras, el tramposo se sale con la suya. Y cuando en vez de jugar con dados o naipes, se juega con la vida y la muerte, ese tramposo se convierte en alguien muy peligroso.

»Hace muchísimo tiempo, cuando yo tenía vuestra edad, la vida cruzó mi destino con uno de los mayores tramposos que han pisado este mundo. Nunca llegué a conocer su verdadero nombre. En el barrio pobre donde yo vivía, todos los chicos de la calle lo conocían como Caín. Otros lo llamaban el Príncipe de la Niebla, porque, según las habladurías, siempre emergía de una densa niebla que cubría los callejones nocturnos y, antes del alba, desaparecía de nuevo en la tiniebla.

»Caín era un hombre joven y bien parecido, cuyo origen nadie sabía explicar. Todas las noches, en alguno de los callejones del barrio, Caín reunía a los muchachos harapientos y cubiertos por la mugre y el hollín de las fábricas y les proponía un pacto. Cada uno podía formular un deseo y él lo haría realidad. A cambio, Caín sólo pedía una cosa: lealtad absoluta. Una noche, Angus, mi mejor amigo, me llevó a una de las reuniones de Caín con los chicos del barrio. El tal Caín vestía como un caballero salido de la ópera y siempre sonreía. Sus ojos parecían cambiar de color en la penumbra y su voz era grave y pausada. Según los chicos, Caín era un mago. Yo, que no había creído una sola palabra de todas las historias que sobre él circulaban en el barrio, iba aquella noche dispuesto a reírme del supuesto mago. Sin embargo, recuerdo que, ante su presencia, cualquier asomo de burla se pulverizó en el aire. En cuanto lo vi, lo único que sentí fue miedo y, por descontado, me guardé de pronunciar una sola palabra. Aquella noche, varios de los chavales de la calle formularon sus deseos a Caín. Cuando todos hubieron terminado. Caín dirigió su mirada de hielo al rincón donde estábamos mi amigo Angus y yo. Nos preguntó si nosotros no teníamos nada que pedir. Yo me quedé clavado, pero Angus, ante mi sorpresa, habló. Su padre había perdido el empleo aquel día. La fundición en la que trabajaba la gran mayoría de los adultos del barrio estaba despidiendo personal y sustituyéndolos por máquinas que trabajaban más horas y no abrían la boca. Los primeros en irse a la calle

habían sido los líderes más conflictivos entre los trabajadores. El padre de Angus tenía casi todos los números en aquella rifa.

»Desde aquella misma tarde, sacar adelante a Angus y a sus cinco hermanos, que se apretujaban en una miserable casa de ladrillo podrido por la humedad, se había convertido en un imposible. Angus, con un hilo de voz, formuló su petición a Caín: que su padre fuera readmitido en la fundición. Caín asintió y, tal como me habían predicho, caminó de nuevo hacia la niebla, desapareciendo. Al día siguiente, el padre de Angus fue inexplicablemente llamado de nuevo al trabajo. Caín había cumplido su palabra.

»Dos semanas más tarde, Angus y yo volvíamos a casa por la noche después de visitar una feria ambulante que se había instalado en las afueras de la ciudad. Para no retrasarnos más de la cuenta, decidimos tomar un atajo y seguir el camino de la vieja vía de tren abandonada. Caminábamos por aquel paraje siniestro a la luz de la luna cuando descubrimos que, entre la niebla, emergía una silueta envuelta en una capa con una estrella de seis puntas dentro de un círculo grabada en oro, caminando hacia nosotros por el centro de la vía muerta. Era el Príncipe de la Niebla. Nos quedamos petrificados. Caín se nos acercó y, con su sonrisa habitual, se dirigió a Angus. Le explicó que había llegado el momento de que le devolviese el favor. Angus, visiblemente aterrorizado, asintió. Caín dijo que su petición era simple: un pequeño ajuste de cuentas. En aquella época el personaje más rico del barrio, el único rico en realidad, era Skolimoski, un comerciante polaco que poseía el almacén de comida y ropa en el que todo el vecindario compraba. La misión de Angus era prender fuego al almacén de Skolimoski. El trabajo debía realizarse la noche siguiente. Angus trató de protestar, pero las palabras no le llegaron a la garganta. Había algo en los ojos de Caín que dejaba muy claro que no estaba dispuesto a aceptar nada más que la obediencia absoluta. El mago se marchó como había venido.

»Corrimos de vuelta y, cuando dejé a Angus a la puerta de su casa, la mirada de terror que llenaba sus ojos me encogió el corazón. Al día siguiente le busqué por las calles, pero no había ni rastro de él. Empezaba a temer que mi amigo se hubiera propuesto cumplir la criminal misión que Caín le había encomendado y decidí montar guardia frente al almacén de Skolimoski al caer la noche. Angus nunca se presentó y, aquella madrugada, la tienda del polaco no ardió. Me sentí culpable por haber dudado de mi amigo y supuse que lo mejor que podía hacer era tranquilizarlo porque, conociéndolo bien, sabía que debía de estar escondido en su casa, temblando de miedo ante la posible represalia del fantasmal mago. A la mañana siguiente me dirigí a su casa.

Angus no estaba allí. Con lágrimas en los ojos su madre me dijo que había faltado toda la noche y me rogó que lo buscase y lo llevase de vuelta a casa.

»Con el estómago en un puño, recorrí el barrio de arriba abajo sin dejar ni uno solo de sus apestosos rincones por rastrear. Nadie le había visto. Al atardecer, exhausto y sin saber ya dónde buscar, una oscura intuición me asaltó. Volví al camino de la vieja vía del tren y seguí el rastro de los raíles que brillaban débilmente bajo la luna en la oscuridad de la noche. No tuve que caminar demasiado. Encontré a mi amigo tendido en la vía, en el mismo lugar donde dos noches antes Caín había emergido de la niebla. Quise buscar su pulso, pero mis manos no encontraron piel en aquel cuerpo. Sólo hielo. El cuerpo de mi amigo se había transformado en una grotesca figura de hielo azul y humeante que se fundía lentamente sobre los raíles abandonados. En torno a su cuello, una pequeña medalla mostraba el mismo símbolo que recordaba haber visto grabado en la capa de Caín, la estrella de seis puntas rodeada por un círculo. Permanecí junto a él hasta que los rasgos de su rostro se desvanecieron para siempre en un charco de lágrimas heladas en la oscuridad.

»Aquella misma noche, mientras yo comprobaba horrorizado el destino de mi amigo, el almacén de Skolimoski fue destruido por un terrible incendio. Nunca le expliqué a nadie lo que mis ojos habían presenciado aquel día.

»Dos meses más tarde, mi familia se mudó al sur, lejos de allí y muy pronto, con el paso de los meses, empecé a creer que el Príncipe de la Niebla era sólo un recuerdo amargo de los oscuros años vividos a la sombra de aquella ciudad pobre, sucia y violenta de mi infancia… Hasta que volví a verle y comprendí que aquello no había sido más que el principio».

CAPÍTULO DIEZ

Mi siguiente encuentro con el Príncipe de la Niebla tuvo lugar durante una noche en que mi padre, que había sido ascendido a técnico jefe de una planta textil, nos llevó a todos a una gran feria de atracciones construida sobre un muelle de madera que se adentraba en el mar como un palacio de cristal suspendido en el cielo. Al anochecer, el espectáculo de las luces multicolores de las atracciones sobre el mar era impresionante. Yo nunca había visto nada tan hermoso. Mi padre estaba eufórico: había rescatado a su familia de lo que parecía un futuro miserable en el norte y ahora era un hombre de posición, considerado y con suficiente dinero en las manos como para que sus hijos disfrutasen de las mismas diversiones que cualquier chico de la capital. Cenamos pronto y luego mi padre nos dio unas monedas a cada uno para que las gastásemos en lo que más nos apeteciese, mientras él y mi madre paseaban del brazo, codeándose con los lugareños trajeados y los turistas de postín.

»A mí me fascinaba una enorme noria que giraba sin cesar en uno de los extremos del muelle y cuyos reflejos podían verse desde varias millas en toda la costa. Corrí a la cola de la noria y, mientras esperaba, reparé en una de las casetas que había a escasos metros. Entre tómbolas y barracas de tiro, una intensa luz púrpura iluminaba la misteriosa caseta de un tal doctor Caín, adivino, mago y vidente, según rezaba un cartel donde un dibujante de tercera fila había plasmado el rostro de Caín mirando amenazadoramente a los curiosos que se acercaban a la nueva guarida del Príncipe de la Niebla. El cartel y las sombras que el farol púrpura proyectaban sobre la caseta le

conferían un aspecto macabro y lúgubre. Una cortina con la estrella de seis puntas bordada en negro velaba el paso al interior.

»Hechizado por aquella visión, me aparté de la cola de la noria y me acerqué hasta la entrada de la caseta. Estaba tratando de entrever el interior a través de la estrecha rendija cuando la cortina se abrió de golpe y una mujer vestida de negro, piel blanca como la leche y ojos oscuros y penetrantes, hizo un gesto para invitarme a pasar. En el interior pude distinguir, sentado tras un escritorio a la luz de un quinqué, a aquel hombre que había conocido muy lejos de allí con el nombre de Caín. Un gran gato oscuro de ojos dorados se relamía a sus pies.

»Sin pensarlo dos veces, entré y me dirigí hasta la mesa donde me esperaba el Príncipe de la Niebla, sonriente. Aún recuerdo su voz, grave y pausada, pronunciando mi nombre sobre el murmullo de fondo de la hipnótica música de organillo de un carrusel que parecía estar muy, muy lejos de allí…».

* * *

—Víctor, mi buen amigo —susurró Caín—. Si no fuese un adivino, diría que el destino desea unir nuestros caminos de nuevo.

—¿Quién es usted? —consiguió articular el joven Víctor, mientras observaba por el rabillo del ojo a aquella mujer fantasmal que se había retirado a las sombras de la estancia.

—El doctor Caín. El cartel lo dice —respondió Caín—. ¿Pasando un buen rato con la familia?

Víctor tragó saliva y asintió.

—Eso es bueno —continuó el mago—. La diversión es como el láudano; nos eleva de la miseria y el dolor, aunque sólo fugazmente.

—No sé lo que es el láudano —replicó Víctor.

—Una droga, hijo —respondió Caín cansinamente, desviando la vista hacia un reloj que reposaba en un estante a su derecha.

A Víctor le pareció que las agujas corrían en sentido inverso.

—El tiempo no existe, por eso no hay que perderlo. ¿Has pensado ya cuál es tu deseo?

—No tengo ningún deseo —contestó Víctor.

Caín se echó a reír.

—Vamos, vamos. Todos tenemos no un deseo, sino cientos. Y qué pocas ocasiones nos brinda la vida de hacerlos realidad. —Caín miró a la enigmática

mujer con una mueca de compasión—. ¿No es cierto, querida?

La mujer, como si se tratase de un simple objeto inanimado, no respondió.

—Pero los hay con suerte, Víctor —dijo Caín, inclinándose sobre la mesa —, como tú. Porque tú puedes hacer realidad tus sueños, Víctor. Ya sabes cómo.

—¿Como hizo Angus? —espetó Víctor, que en aquel momento reparó en un hecho extraño que no podía alejar de su pensamiento: Caín no pestañeaba, ni una sola vez.

—Un accidente, amigo mío. Un desgraciado accidente —dijo Caín adoptando un tono apenado y consternado—. Es un error creer que los sueños se hacen realidad sin ofrecer nada a cambio. ¿No te parece, Víctor? Digamos que no sería justo. Angus quiso olvidar ciertas obligaciones y eso no es tolerable. Pero el pasado, pasado está. Hablemos del futuro, de tu futuro.

—¿Es eso lo que hizo usted? —preguntó Víctor—. ¿Hacer realidad un deseo? ¿Convertirse en lo que es ahora? ¿Qué tuvo que dar a cambio?

Caín perdió su sonrisa de reptil y clavó sus ojos en Víctor Kray. El muchacho temió por un instante que aquel hombre se abalanzara sobre él, dispuesto a despedazarlo. Finalmente, Caín sonrió de nuevo y suspiró.

—Un joven inteligente. Eso me gusta, Víctor. Sin embargo, te queda mucho por aprender. Cuando estés preparado, ven por aquí. Ya sabes cómo encontrarme. Espero verte pronto.

—Lo dudo —respondió Víctor mientras se incorporaba y caminaba de vuelta hacia la salida.

La mujer, como una marioneta rota a la que súbitamente le hubiesen estirado un cordel, empezó a caminar de nuevo, en un amago de acompañarlo. A unos pasos de la salida, la voz de Caín sonó de nuevo a sus espaldas.

—Una cosa más, Víctor. Respecto a lo de los deseos. Piénsalo. La oferta está en pie. Tal vez si a ti no te interesa, algún miembro de tu flamante familia feliz tenga algún sueño inconfesable escondido. Ésos son mi especialidad…

Víctor no se detuvo a contestar y salió de nuevo al aire fresco de la noche. Respiró profundamente y se dirigió a paso rápido a buscar a su familia. Mientras se alejaba, la risa del doctor Caín se perdió a sus espaldas como el canto de una hiena, enmascarada en la música del carrusel.

* * *

Max había escuchado hechizado el relato del anciano hasta aquel punto sin atreverse a formular una sola de las miles de preguntas que bullían en su

mente. Víctor Kray pareció leer su pensamiento y le señaló con un dedo acusador.

—Paciencia, jovencito. Todas las piezas irán encajando a su tiempo. Prohibido interrumpir. ¿De acuerdo?

Aunque la advertencia iba dirigida a Max, los tres amigos asintieron al unísono.

—Bien, bien… —murmuró para sí el farero.

* * *

—Aquella misma noche decidí apartarme para siempre de aquel individuo y tratar de borrar de mi mente cualquier pensamiento referido a él. Y no era fácil. Fuese quien fuese, el doctor Caín tenía la rara habilidad de clavársele a uno como una de esas astillas que, cuanto más tratas de sacar, más hondo se introducen en la piel. No podía hablar de aquello con nadie, a menos que quisiera que me tomasen por un lunático, y no podía acudir a la policía, porque no hubiera sabido ni por dónde empezar. Como es prudente hacer en estos casos, dejé pasar el tiempo.

»Nos iba bien en nuestro nuevo hogar y tuve ocasión de conocer a un individuo que me ayudó mucho. Se trataba de un reverendo que impartía clases de Matemáticas y Física en la escuela. A primera vista parecía andar siempre por las nubes, pero era un hombre de una inteligencia que sólo podía compararse con la bondad que se esforzaba en ocultar tras una muy convincente personificación del científico loco del pueblo. Él me animó a estudiar a fondo y a descubrir las matemáticas. No es extraño que, tras unos años a su cargo, mi vocación por las ciencias se hiciese cada vez más clara. En principio quise seguir sus pasos y dedicarme a la enseñanza, pero el reverendo me soltó una reprimenda inmensa y me dijo que lo que tenía que hacer era ir a la universidad, estudiar Física y convertirme en el mejor ingeniero que hubiese pisado el país. O eso, o me retiraba la palabra en el acto.

»Fue él quien me consiguió la beca para la universidad y quien realmente encaminó mi vida hacia lo que hubiera podido ser. Murió una semana antes de mi graduación. Ya no me avergüenza decir que sentí tanto o más su desaparición que la de mi propio padre. En la universidad tuve ocasión de intimar con quien habría de llevarme de nuevo a encontrarme con el doctor Caín: un joven estudiante de medicina perteneciente a una familia escandalosamente rica (o eso me parecía a mí) llamado Richard Fleischmann.

Efectivamente, el futuro doctor Fleischmann que, años más tarde, haría construir la casa de la playa.

»Richard Fleischmann era un joven vehemente y muy dado a las exageraciones. Estaba acostumbrado a que durante toda su vida las cosas hubiesen resultado tal como él las deseaba y cuando, por cualquier motivo, algo contradecía sus expectativas, montaba en cólera con el mundo. Una ironía del destino fue la que quiso hacernos amigos: nos enamoramos de la misma mujer, Eva Gray, la hija del más insoportable y tirano catedrático de Química del campus.

»Al principio, salíamos los tres juntos e íbamos de excursión los domingos, cuando el ogro de Theodore Gray no lo impedía. Pero este arreglo no duró mucho. Lo más curioso del caso es que Fleischmann y yo, lejos de convertirnos en rivales, nos hicimos compañeros inseparables. Cada noche que devolvíamos a Eva a la cueva del ogro, hacíamos el camino de vuelta juntos, sabiendo que, tarde o temprano, uno de los dos se quedaría fuera del juego.

»Hasta que ese día llegó, pasamos los dos mejores años que recuerdo de mi vida. Pero todo tiene un fin. El de nuestro trío inseparable llegó la noche de la graduación. Aunque había conseguido todos los laureles imaginables, mi alma se arrastraba por los suelos a causa de la pérdida de mi viejo tutor, y Eva y Richard decidieron que, aunque yo no bebía, aquella noche debían emborracharme y ahuyentar la melancolía de mi espíritu por todos los medios. Ni que decir tiene que el ogro Theodore, que pese a estar sordo como una tapia parecía escuchar a través de las paredes, descubrió el plan y la velada acabó con Fleischmann y yo solos, borrachos como una cuba, en una apestosa taberna en la que nos entregamos a elogiar al objeto de nuestro amor imposible, Eva Gray.

»Aquella misma noche, dando tumbos de vuelta al campus, una feria ambulante pareció emerger de la niebla junto a la estación del tren. Fleischmann y yo, convencidos de que una vuelta en el carrusel sería la cura infalible para nuestro estado, nos adentramos en la feria y acabamos en la puerta de la barraca del doctor Caín, adivino, mago y vidente, como seguía rezando el siniestro cartel. Fleischmann tuvo una idea genial. Entraríamos y le pediríamos al adivino que nos desvelase el enigma: ¿a quién de los dos escogería Eva? Pese a mi aturdimiento, me quedaba el suficiente sentido común en el cuerpo como para no entrar, pero no la fortaleza para detener a mi amigo, que se sumergió decidido en la barraca.

»Supongo que perdí el sentido porque no recuerdo muy bien las horas siguientes. Cuando recobré el conocimiento, con la agonía de un atroz dolor de cabeza, Fleischmann y yo estábamos tendidos sobre un viejo banco de madera. Estaba amaneciendo y los carromatos de la feria habían desaparecido, como si todo aquel universo de luces, ruido y gentío de la noche anterior hubiera sido una simple ilusión de nuestras mentes ebrias por el alcohol. Nos incorporamos y contemplamos el solar desierto a nuestro alrededor. Pregunté a mi amigo si recordaba algo de la madrugada anterior. Haciendo un esfuerzo, Fleischmann me dijo que había soñado que entraba en la barraca de un adivino y, a la pregunta de cuál era su mayor deseo, había respondido que deseaba obtener el amor de Eva Gray. Luego se rió, bromeando sobre la resaca monumental que nos castigaba, convencido de que nada de todo aquello había sucedido.

»Dos meses después, Eva Gray y Richard Fleischmann contraían matrimonio. Ni siquiera me invitaron a la boda. No volvería a verlos en veinticinco largos años».

* * *

—Un día lluvioso de invierno, un hombre envuelto en una gabardina me siguió desde el despacho hasta mi casa. Desde la ventana del comedor, pude ver que el extraño continuaba abajo, vigilándome. Dudé unos segundos y salí a la calle, dispuesto a desenmascarar al misterioso espía. Era Richard Fleischmann, tiritando de frío y con el rostro ajado por los años. Sus ojos eran los de un hombre que hubiera vivido perseguido toda su vida. Me pregunté cuántos meses hacía que mi antiguo amigo no dormía. Hice que subiese a casa y le ofrecí un café caliente. Sin atreverse a mirarme a la cara, me preguntó por aquella noche enterrada años atrás en la barraca del doctor Caín.

»Sin ánimos para cortesías, le pregunté qué era lo que Caín le había pedido a cambio de hacer realidad su deseo. Fleischmann, con el rostro embargado de miedo y vergüenza, se arrodilló frente a mí, suplicando mi ayuda entre lágrimas. No hice caso de sus lamentos y le exigí que me contestase. ¿Qué había prometido al doctor Caín en pago a sus servicios?

»“Mi primer hijo —me contestó—. Le prometí mi primer hijo…”».

* * *

—Fleischmann me confesó que, durante años, había estado administrando a su esposa, sin ésta saberlo, una droga que le impedía concebir hijo alguno. Sin embargo, al cabo de los años, Eva Fleischmann se había sumido en una profunda depresión y la ausencia de la tan deseada descendencia había convertido su matrimonio en un infierno. Fleischmann temía que si Eva no concebía un hijo, pronto enloquecería o se sumiría en una tristeza tan profunda que su vida se apagaría lentamente como una vela sin aire. Me dijo que no tenía a quién recurrir y me suplicó mi perdón y mi ayuda. Finalmente, le dije que le ayudaría, pero no por él, sino por el vínculo que todavía me unía a Eva Gray y en recuerdo de nuestra vieja amistad.

»Aquella misma noche expulsé a Fleischmann de mi casa, pero con una intención muy diferente a la que aquel hombre que un día yo había considerado mi amigo intuía. Lo seguí bajo la lluvia y crucé la ciudad tras sus pasos. Me pregunté por qué estaba haciendo aquello. La sola idea de que Eva Gray, que me había rechazado cuando ambos éramos jóvenes, tuviese que entregar su hijo a aquel miserable brujo me revolvía las entrañas y me bastaba para enfrentarme de nuevo al doctor Caín, aunque mi juventud ya se había evaporado y cada vez era más consciente de que tal vez saliese mal parado del juego.

»Las andanzas de Fleischmann me llevaron hasta la nueva guarida de mi viejo conocido, el Príncipe de la Niebla. Un circo ambulante era ahora su hogar y, para mi sorpresa, el doctor Caín había renunciado a su grado de adivino y vidente para asumir una nueva personalidad, más modesta, pero más acorde con su sentido del humor. Ahora era un payaso que actuaba con el rostro pintado de blanco y rojo, aunque sus ojos de color cambiante delatarían su identidad incluso tras docenas de capas de maquillaje. El circo de Caín mantenía la estrella de seis puntas en lo alto de un asta y el mago se había rodeado de una siniestra cohorte de compinches que, bajo la apariencia de feriantes itinerantes, parecían esconder algo más oscuro. Espié durante dos semanas el circo de Caín y pronto descubrí que la carpa raída y amarillenta ocultaba a una peligrosa banda de embaucadores, criminales y ladrones que practicaban la rapiña allí por donde pasaban. Averigüé también que la poca elegancia del doctor Caín a la hora de elegir a sus esclavos le había llevado a dejar tras de sí una estridente pista de crímenes, desapariciones y robos que no escapaba a la policía local, que olfateaba de cerca el hedor a corrupción que se desprendía de aquel fantasmagórico circo.

»Por supuesto, Caín era consciente de la situación y por ello había decidido que él y sus amigos debían desaparecer del país sin perder tiempo,

pero de un modo discreto y, preferiblemente, al margen de molestos trámites policiales. De este modo, aprovechando una deuda de juego que oportunamente le servía en bandeja la torpeza del capitán holandés, el doctor Caín consiguió embarcar en el *Orpheus* aquella noche. Y yo con él.

»Lo que sucedió la noche de la tormenta es algo que ni yo mismo puedo explicar. Un terrible temporal arrastró al *Orpheus* de vuelta hacia la costa y lo lanzó contra las rocas, abriendo una vía de agua en el casco que hundió el buque en cuestión de segundos. Yo estaba oculto en uno de los botes salvavidas, que salió despedido al embarrancar el buque en la roca y fue lanzado por el oleaje hasta la playa. Sólo así pude salvarme. Caín y sus secuaces viajaban en la sentina, ocultos bajo cajas por temor a un posible control militar en el canal a media travesía. Probablemente, cuando el agua helada inundó las entrañas del casco, ni siquiera entendieron lo que estaba sucediendo…».

* * *

—Aun así —interrumpió finalmente Max—, no se encontraron los cuerpos.

Víctor Kray negó.

—A menudo, en temporales de esta naturaleza el mar se lleva consigo los cuerpos —apuntó el farero.

—Pero los devuelve, aunque sea días después —replicó Max—. Lo he leído.

—No creas todo lo que lees —dijo el anciano—, aunque en este caso sea cierto.

—¿Qué pudo suceder entonces? —inquirió Alicia.

—Durante años he tenido una teoría que ni yo mismo creía. Ahora todo parece confirmarla…

* * *

—Fui el único superviviente del naufragio del *Orpheus*. Sin embargo, al recuperar el conocimiento en el hospital, comprendí que algo extraño había sucedido. Decidí construir este faro y quedarme a vivir en este lugar, pero esa parte de la historia ya la conocéis. Sabía que aquella noche no significaba la desaparición del doctor Caín, sino un paréntesis. Por eso he permanecido aquí

todos estos años. Con el tiempo, cuando los padres de Roland murieron, yo me hice cargo de él, y él, a cambio, ha sido mi única compañía en mi exilio.

»Pero eso no es todo. Con los años cometí otro error fatal. Quise ponerme en contacto con Eva Gray. Supongo que quería saber si todo por lo que había pasado tenía algún sentido. Fleischmann se me adelantó y, al conocer mi paradero, vino a visitarme. Le expliqué lo sucedido y aquello pareció liberarlo de todos los fantasmas que lo habían atormentado durante años. Decidió construir la casa de la playa y poco después nació el pequeño Jacob. Fueron los mejores años en la vida de Eva. Hasta la muerte del niño.

»El día en que Jacob Fleischmann se ahogó, supe que el Príncipe de la Niebla no se había marchado jamás. Había permanecido en la sombra, esperando, sin prisa, a que alguna fuerza lo trajese de nuevo al mundo de los vivos. Y nada tiene tanta fuerza como una promesa…».

CAPÍTULO ONCE

Cuando el viejo farero hubo finalizado su relato, el reloj de Max indicaba que apenas faltaban unos minutos para las cinco de la tarde. Afuera, una débil llovizna había empezado a caer sobre la bahía y el viento que venía del mar golpeaba con insistencia los postigos de las ventanas de la casa del faro.

—Se acerca una tormenta —dijo Roland, oteando el horizonte plomizo sobre el océano.

—Max, tendríamos que volver a casa. Papá llamará pronto —murmuró Alicia.

Max asintió sin demasiada convicción. Necesitaba considerar cuidadosamente todo lo que el anciano había explicado y tratar de encajar las piezas del rompecabezas. El hombre, al que el esfuerzo por recordar su historia parecía haber sumido en un silencio apático, miraba el vacío desde su butaca, ausente.

—Max… —insistió Alicia.

Max se incorporó y dirigió un saludo silencioso al anciano, que le correspondió con un mínimo asentimiento. Roland observó al viejo farero durante unos segundos y luego acompañó a sus amigos al exterior.

—¿Y ahora qué? —preguntó Max.

—Yo no sé qué pensar —afirmó Alicia, encogiéndose de hombros.

—¿No crees la historia del abuelo de Roland? —inquirió Max.

—No es una historia fácil de creer —repuso Alicia—. Tiene que haber otra explicación.

Max dirigió una mirada inquisitiva a Roland.

—¿Tú tampoco crees a tu abuelo, Roland?

—¿Quieres que te sea sincero? —respondió el muchacho—. No lo sé. Venga. Os acompaño antes de que la tormenta se nos eche encima.

Alicia montó en la bicicleta de Roland y, sin más palabras, ambos emprendieron el camino de vuelta. Max se volvió un instante a contemplar la casa del faro y trató de imaginar si era posible que los años de soledad en aquel acantilado hubiesen podido llevar a Víctor Kray a urdir aquella siniestra historia que él parecía creer a pies juntillas. Dejó que la llovizna fresca le impregnase el rostro y montó en su bicicleta, cuesta abajo.

La historia de Caín y Víctor Kray permanecía viva en su mente mientras enfilaba la carretera que bordeaba la bahía. Pedaleando bajo la lluvia, Max empezó a ordenar los hechos del único modo que le resultaba plausible. Suponiendo que todo lo relatado por el anciano fuera cierto, lo cual no acababa de resultar fácil de aceptar, la situación quedaba sin aclarar. Un poderoso mago sumido en un largo letargo parecía volver lentamente a la vida. Según ese principio, la muerte del pequeño Jacob Fleischmann había sido el primer signo de su retorno. Sin embargo, había algo en toda aquella historia que el farero había mantenido oculta largo tiempo que no encajaba en la mente de Max.

Los primeros relámpagos prendieron de escarlata el cielo y el viento empezó a escupir con fuerza gruesas gotas de lluvia contra el rostro de Max. Apretó el paso, aunque sus piernas aún no se habían recuperado del maratón matutino. Todavía le quedaban un par de kilómetros de camino hasta la casa de la playa.

Max comprendió que no sería capaz de aceptar simplemente el relato del anciano y suponer que aquello lo explicaba todo. La presencia fantasmal del jardín de estatuas y los sucesos de aquellos primeros días en el pueblo evidenciaban que un siniestro mecanismo se había puesto en marcha y que nadie podía predecir lo que iba a suceder a partir de aquel momento. Con la ayuda de Roland y Alicia o sin ella, Max estaba determinado a seguir investigando hasta llegar al fondo de la verdad, empezando por lo único que parecía conducir directamente al centro de aquel enigma: las películas de Jacob Fleischmann. Cuantas más vueltas le daba a la historia, más se convencía Max de que Víctor Kray no les había contado toda la verdad. Ni mucho menos.

* * *

Alicia y Roland esperaban bajo el porche de la casa de la playa cuando Max, empapado por la lluvia, dejó la bicicleta en el cobertizo del garaje y corrió a refugiarse del fuerte aguacero.

—Ya es la segunda vez en lo que va de semana —rió Max—. A este paso, encogeré. No pensarás volver ahora, ¿verdad, Roland?

—Me temo que sí —contestó éste observando la densa cortina de agua que caía con furia—. No quiero dejar solo al abuelo.

—Coge al menos un chubasquero. Vas a pillar una pulmonía —indicó Alicia.

—No lo necesito. Estoy acostumbrado. Además, ésta es una tormenta de verano. Pasará rápido.

—La voz de la experiencia —bromeó Max.

—Pues sí —remató Roland.

Los tres amigos intercambiaron una mirada en silencio.

—Creo que lo mejor es no volver a hablar del tema hasta mañana —sugirió Alicia—. Una buena noche de sueño nos ayudará a verlo todo mucho más claro. O eso es lo que se dice siempre.

—¿Y quién va a dormir esta noche, después de una historia así? —soltó Max.

—Tu hermana tiene razón —dijo Roland.

—Pelota —atajó Max.

—Cambiando de tema, mañana pensaba volver al barco a bucear. A lo mejor recupero el sextante que a alguien se le cayó ayer… —explicó Roland.

Max estaba articulando en su mente una respuesta demoledora para dejar claro que no creía que fuese una buena idea ir a bucear al *Orpheus* de nuevo, pero Alicia se adelantó.

—Allí estaremos —murmuró.

Un sexto sentido le dijo a Max que aquel plural era pura cortesía.

—Hasta mañana, entonces —contestó Roland, los ojos brillantes sobre Alicia.

—Estoy aquí —dijo Max, con voz cantarina.

—Hasta mañana, Max —dijo Roland, ya de camino a la bicicleta.

Los dos hermanos vieron partir a Roland bajo la tormenta y permanecieron en el porche hasta que su silueta se desvaneció en la carretera de la playa.

—Deberías ponerte ropa seca, Max. Mientras te cambias prepararé algo de cena —sugirió Alicia.

—¿Tú? —espetó Max—. Tú no sabes cocinar.

—¿Quién te ha dicho que pienso cocinar, señorito? Esto no es un hotel. Adentro —ordenó Alicia, con una sonrisa maliciosa en los labios.

Max optó por seguir los consejos de su hermana y entró en la casa. La ausencia de Irina y de sus padres acentuaba aquella sensación de ser un intruso en un hogar extraño que la casa de la playa le había inspirado desde el primer día. Mientras subía la escalera en dirección a su habitación, reparó por un instante en el hecho de que desde hacía un par de días no había visto al repelente felino de Irina. No le pareció que aquélla fuese una gran pérdida y, tal como la idea le había venido a la mente, olvidó el detalle.

* * *

Fiel a su palabra, Alicia no perdió en la cocina un segundo más de lo estrictamente necesario. Preparó unas rodajas de pan de centeno con mantequilla y mermelada y dos vasos de leche.

Cuando Max reparó en la bandeja de la supuesta cena, la expresión de su rostro habló por sí sola.

—Ni una palabra —amenazó Alicia—. No he venido a este mundo para cocinar.

—No lo jures —replicó Max, quien de todos modos no tenía demasiado apetito.

Cenaron en silencio a la espera de que el teléfono sonara en cualquier momento con noticias del hospital, pero la llamada no se produjo.

—Tal vez han llamado antes, cuando estábamos en el faro —sugirió Max.

—Tal vez —murmuró Alicia.

Max leyó el semblante preocupado de su hermana.

—Si algo hubiese pasado —argumentó Max—, habrían vuelto a llamar. Todo irá bien.

Alicia le sonrió débilmente, confirmando a Max en su innata habilidad para reconfortar a los demás con razonamientos que ni él mismo se creía.

—Supongo que sí —confirmó Alicia—. Creo que me voy a ir a dormir. ¿Y tú?

Max apuró su vaso y señaló la cocina.

—En seguida iré, pero antes comeré algo más. Estoy hambriento —mintió.

En cuanto oyó cerrarse la puerta de la habitación de Alicia, Max dejó el vaso y se dirigió hasta el cobertizo del garaje, en busca de más películas de la colección particular de Jacob Fleischmann.

* * *

Max giró el interruptor del proyector y el haz de luz inundó la pared con una imagen borrosa de lo que parecía ser un conjunto de símbolos. Lentamente, el plano adquirió foco y Max comprendió que los supuestos símbolos no eran más que cifras dispuestas en círculos y que estaba viendo la esfera de un reloj. Las agujas del reloj estaban inmóviles y proyectaban una sombra perfectamente definida sobre la esfera, lo cual permitía suponer que el plano estaba rodado a pleno sol o bajo una fuente luminosa intensa. La película continuaba mostrando la esfera durante unos segundos hasta que, muy lentamente al inicio y adquiriendo una velocidad progresiva, las agujas del reloj empezaron a girar en sentido inverso. La cámara retrocedía y el ojo del espectador podía comprobar que aquel reloj pendía de una cadena. Un nuevo retroceso de un metro y medio revelaba que la cadena pendía de una mano blanca. La mano de una estatua.

Max reconoció al instante el jardín de estatuas que ya aparecía en la primera película de Jacob Fleischmann que habían visionado días atrás. Una vez más, la disposición de las estatuas era diferente a la que Max recordaba. La cámara empezaba a moverse de nuevo a través de las figuras, sin cortes ni pausas, al igual que en la primera película. Cada dos metros el objetivo de la cámara se detenía frente al rostro de una de las estatuas. Max examinó uno a uno los semblantes congelados de aquella siniestra banda circense, a cuyos miembros podía imaginar ahora pereciendo en la oscuridad absoluta de las bodegas del *Orpheus* mientras el agua helada les arrebataba la vida.

Finalmente, la cámara se fue aproximando despacio a la figura que coronaba el centro de la estrella de seis puntas. El payaso. El doctor Caín. El Príncipe de la Niebla. Junto a él, a sus pies, Max reconoció la figura inmóvil de un gato que alargaba una garra afilada al vacío. Max, que no recordaba haberlo visto en su visita al jardín de estatuas, hubiera apostado doble a nada que la inquietante semejanza del felino de piedra con la mascota que Irina había adoptado el primer día en la estación no era fruto de la casualidad. Al contemplar aquellas imágenes mientras el sonido de la lluvia golpeaba en los cristales y la tormenta se alejaba tierra adentro, resultaba muy fácil dar crédito a la historia que el farero les había relatado aquella misma tarde. La siniestra presencia de aquellas siluetas amenazantes bastaba para acallar cualquier duda por razonable que fuese.

La cámara se acercó hasta el rostro del payaso, se detuvo a apenas medio metro y permaneció allí durante varios segundos. Max echó un vistazo a la

bobina y comprobó que la película estaba llegando a su fin y que apenas restaban un par de metros por visionar. Un movimiento en la pantalla recobró su atención. El rostro de piedra se estaba moviendo de un modo casi imperceptible. Max se incorporó y caminó hasta la pared donde se proyectaba la película. Las pupilas de aquellos ojos de piedra se dilataron y los labios se arquearon lentamente en una cruel sonrisa, hasta revelar una larga hilera de dientes largos y afilados como los de un lobo. Max sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta.

Segundos después, la imagen se desvaneció y Max oyó el ruido de la bobina del proyector girando sobre sí misma. La película había terminado.

Max apagó el proyector y respiró profundamente. Ahora creía todo lo que Víctor Kray había dicho, pero eso no le hacía sentirse mejor, sino todo lo contrario. Subió a su cuarto y cerró la puerta a su espalda. A través de la ventana, a lo lejos, podía entrever el jardín de estatuas. Una vez más, la silueta del recinto de piedra estaba sumergida en una niebla densa e impenetrable.

Aquella noche, sin embargo, la tiniebla danzante no provenía del bosque, sino que parecía emanar de su propio interior.

Minutos después, mientras luchaba por conciliar el sueño y apartar de su mente el rostro del payaso, Max imaginó que aquella niebla no era sino el aliento helado del doctor Caín, que esperaba sonriente la hora de su retorno.

CAPÍTULO DOCE

A la mañana siguiente, Max despertó con la sensación de tener la cabeza llena de gelatina. Lo que se adivinaba desde su ventana prometía un día resplandeciente y soleado. Se incorporó perezosamente y tomó su reloj de bolsillo de la mesita. Lo primero que pensó fue que el reloj estaba averiado. Se lo llevó al oído y comprobó que el mecanismo funcionaba a la perfección, luego era él quien había perdido el rumbo. Eran las doce del mediodía.

Saltó de la cama y se precipitó escaleras abajo. Sobre la mesa del comedor había una nota. La tomó y leyó la caligrafía afilada de su hermana.

Buenos días, bella durmiente.

Cuando leas esto ya estaré en la playa con Roland. Te he tomado prestada la bicicleta, espero que no te importe. Como he visto que anoche estuviste «de cine» no te he querido despertar. Papá ha llamado a primera hora y dice que todavía no saben cuándo podrán volver a casa. Irina sigue igual, pero los médicos dicen que es probable que salga del coma en unos días. He convencido a papá para que no se preocupe por nosotros (y no ha sido fácil).

Por cierto, no hay nada para desayunar.

Estaremos en la playa. Felices sueños…

Alicia.

Max releyó tres veces la nota antes de dejarla de nuevo en la mesa. Corrió escaleras arriba y se lavó la cara a toda prisa. Se enfundó un bañador y una

camisa azul y se dirigió al cobertizo para coger la otra bicicleta. Antes de llegar al camino de la playa, su estómago pedía a gritos que se le administrase su dosis matutina. Al llegar al pueblo, desvió su camino y puso rumbo al horno de la plaza del ayuntamiento. Los olores que se percibían a cincuenta metros del establecimiento y los consiguientes crujidos de aprobación de su estómago le confirmaron que había tomado la decisión adecuada. Tres magdalenas y dos chocolatinas más tarde emprendió el camino hacia la playa con la sonrisa de un bendito estampada en el rostro.

* * *

La bicicleta de Alicia reposaba sobre el caballete al pie del camino que conducía a la playa donde Roland tenía su cabaña. Max dejó su bicicleta junto a la de su hermana y pensó que, aunque el pueblo no parecía ser un centro de rateros, no estaría de más comprar unos candados. Max se paró a observar el faro en lo alto del acantilado y luego se dirigió hacia la playa. Un par de metros antes de dejar la senda de hierbas altas que desembocaba en la pequeña bahía se detuvo.

En la orilla de la playa, a una veintena de metros del punto donde se encontraba Max, Alicia estaba tendida a medio camino entre el agua y la arena. Inclinado sobre ella, Roland, que tenía su mano sobre el costado de su hermana, se acercó a Alicia y la besó en los labios. Max retrocedió un metro y se ocultó tras las hierbas, esperando no haber sido visto. Permaneció allí inmóvil durante un par de segundos, preguntándose qué debía hacer a continuación. ¿Aparecer caminando como un estúpido sonriente y dar los buenos días? ¿O irse a dar un paseo?

Max no se tenía por un espía, pero no pudo reprimir el impulso de mirar de nuevo entre los tallos salvajes hacia su hermana y Roland. Podía escuchar sus risas y comprobar cómo las manos de Roland recorrían tímidamente el cuerpo de Alicia, con un tembleque que indicaba que aquélla era, a lo sumo, la primera o segunda vez que se veía en un lance de tamaña envergadura. Se preguntó si también para Alicia era la primera vez y, para su sorpresa, comprobó que era incapaz de hallar una respuesta a esa incógnita. Aunque habían compartido toda su vida bajo el mismo techo, su hermana Alicia era un misterio para él.

Verla allí, tendida en la playa, besando a Roland, le resultaba desconcertante y completamente inesperado. Había intuido desde el principio que entre Roland y ella había una clara corriente recíproca, pero una cosa era

imaginarlo y otra, muy distinta, verlo con sus propios ojos. Se inclinó una vez más a mirar y sintió de pronto que no tenía derecho a estar allí, y que aquel momento pertenecía sólo a su hermana y a Roland. Silenciosamente, rehízo sus pasos hasta la bicicleta y se alejó de la playa.

Mientras lo hacía, se preguntó si tal vez estaba celoso. Quizá fuera tan sólo el hecho de haber pasado años pensando que su hermana era una niña grande, sin secretos de ningún tipo, y que, por supuesto, no andaba por ahí besando a la gente. Por un segundo se rió de su propia ingenuidad y poco a poco empezó a alegrarse de lo que había visto. No podía predecir lo que sucedería la semana siguiente, ni qué traería consigo el fin del verano, pero aquel día Max estaba seguro de que su hermana se sentía feliz. Y eso era mucho más de lo que se había podido decir de ella en muchos años.

Max pedaleó de nuevo hasta el centro del pueblo y detuvo su bicicleta junto al edificio de la biblioteca municipal. En la entrada había un viejo mostrador de cristal donde se anunciaban los horarios públicos y otros comunicados, incluida la cartelera mensual del único cine en varios kilómetros a la redonda y un mapa del pueblo. Max centró su atención en el mapa y lo estudió con detenimiento. La fisonomía del pueblo respondía más o menos al modelo mental que se había hecho.

El mapa mostraba con todo detalle el puerto, el centro urbano, la playa norte donde los Carver tenían su casa, la bahía del *Orpheus* y el faro, los campos deportivos junto a la estación y el cementerio municipal. Una chispa se encendió en su mente. El cementerio municipal. ¿Por qué no había pensado antes en ello? Consultó su reloj y comprobó que pasaban diez minutos de las dos de la tarde. Tomó su bicicleta y enfiló la rambla principal del pueblo, camino del interior, hacia el pequeño cementerio donde esperaba encontrar la tumba de Jacob Fleischmann.

* * *

El cementerio del pueblo era un clásico recinto rectangular que se alzaba al final de un largo camino ascendente flanqueado por altos cipreses. Nada especialmente original. Los muros de piedra estaban moderadamente envejecidos y el lugar ofrecía el habitual aspecto de los cementerios de pueblos pequeños donde, a excepción de un par de días al año, sin contar los entierros locales, las visitas eran escasas. Las verjas estaban abiertas y un cartel metálico cubierto de óxido anunciaba que el horario público era de

nueve a cinco de la tarde en verano y de ocho a cuatro en invierno. Si había algún vigilante, Max no supo verlo.

De camino hacia allí, había especulado con la idea de hallar un lúgubre y siniestro lugar, pero el sol reluciente de principio de verano le confería el aspecto de un pequeño claustro, tranquilo y vagamente triste.

Max dejó la bicicleta apoyada en el muro exterior y se adentró en el camposanto. El cementerio parecía estar poblado por modestos mausoleos que probablemente pertenecían a las familias de mayor tradición local y alrededor se alzaban paredes de nichos de más reciente construcción.

Max se había planteado la posibilidad de que tal vez los Fleischmann hubiesen preferido en su momento enterrar al pequeño Jacob lejos de allí, pero su intuición le decía que los restos del heredero del doctor Fleischmann reposaban en el mismo pueblo que lo había visto nacer. Max necesitó casi media hora para dar con la tumba de Jacob, en un extremo del cementerio, a la sombra de dos viejos cipreses. Se trataba de un pequeño mausoleo de piedra al que el tiempo y las lluvias habían otorgado cierto aire de abandono y olvido. La construcción se erguía en forma de estrecha caseta de mármol ennegrecido y mugriento con un portón forjado en hierro flanqueado por las estatuas de dos ángeles que alzaban una mirada lastimera al cielo. Entre los barrotes oxidados del portón todavía se conservaba un manojo de flores secas desde tiempo inmemorial.

Max sintió que aquel lugar proyectaba un aura patética y, aunque resultaba evidente que en mucho tiempo no había sido visitado, los ecos del dolor y la tragedia parecían todavía recientes. Max se adentró en el pequeño camino de losas que conducía hasta el mausoleo y se detuvo en el umbral. El portón estaba entreabierto y el interior exhalaba un intenso olor a cerrado. A su alrededor, el silencio era absoluto. Dirigió una última mirada a los ángeles de piedra que custodiaban la tumba de Jacob Fleischmann y entró, consciente de que, si esperaba un minuto más, se marcharía de aquel lugar a toda prisa.

El interior del mausoleo estaba sumido en la penumbra y Max pudo vislumbrar un rastro de flores marchitas en el suelo que acababa al pie de una lápida, sobre la que el nombre Jacob Fleischmann había sido esculpido en relieve. Pero había algo más. Bajo el nombre, el símbolo de la estrella de seis puntas sobre el círculo presidía la losa que guardaba los restos del niño.

Max experimentó un desagradable hormigueo en la espalda y se preguntó por primera vez por qué había acudido a aquel lugar solo. A su espalda, la luz del sol pareció palidecer débilmente. Max extrajo su reloj y consultó la hora, barajando la absurda idea de que tal vez se había entretenido más de la cuenta

y el guardián del cementerio había cerrado las puertas dejándole atrapado en el interior. Las agujas de su reloj indicaban que pasaban un par de minutos de las tres de la tarde. Max inspiró profundamente y se tranquilizó.

Echó un último vistazo y, tras comprobar que no había nada allí que le aportase nueva luz sobre la historia del doctor Caín, se dispuso a marcharse. Fue entonces cuando advirtió que no estaba solo en el interior del mausoleo y que una silueta oscura se movía en el techo, avanzando sigilosamente como un insecto. Max sintió cómo su reloj resbalaba entre el sudor frío de sus manos y alzó la vista. Uno de los ángeles de piedra que había visto a la entrada caminaba invertido sobre el techo. La figura se detuvo y, contemplando a Max, mostró una sonrisa canina y extendió un afilado dedo acusador hacia él. Lentamente, los rasgos de aquel rostro se transformaron y la fisonomía familiar del payaso que enmascaraba al doctor Caín afloró a la superficie. Max pudo leer una rabia y un odio ardientes en su mirada. Quiso correr hacia la puerta y huir, pero sus miembros no respondieron. Tras unos instantes, la aparición se desvaneció en la sombra y Max permaneció paralizado durante cinco largos segundos.

Una vez recuperado el aliento, corrió a la salida sin detenerse a mirar atrás hasta que se montó en su bicicleta y hubo puesto cien metros de distancia entre él y la verja del cementerio. Pedalear sin descanso le ayudó a recuperar paulatinamente el control de sus nervios. Comprendió que había sido objeto de un truco, de una macabra manipulación de sus propios temores. Aun así, la idea de volver allí a recuperar su reloj, de momento estaba fuera de discusión. Recobrada la calma, Max emprendió de nuevo el camino hacia la bahía. Pero esta vez no buscaba a su hermana Alicia y a Roland, sino al viejo farero para el cual tenía reservadas algunas preguntas.

* * *

El anciano escuchó lo sucedido en el cementerio con suma atención. Al término del relato, asintió gravemente e indicó a Max que tomase asiento junto a él.

—¿Puedo hablarle con franqueza? —preguntó Max.

—Espero que lo hagas, jovencito —respondió el anciano—. Adelante.

—Tengo la impresión de que ayer no nos explicó usted todo lo que sabe. Y no me pregunte por qué creo eso. Es una corazonada —dijo Max.

El rostro del farero permaneció imperturbable.

—¿Qué más crees, Max? —preguntó Víctor Kray.

—Creo que ese tal doctor Caín, o quien quiera que sea, va a hacer algo. Muy pronto —continuó Max—. Y creo que todo lo que está sucediendo estos días no son más que signos de lo que ha de venir.

—Lo que ha de venir —repitió el farero—. Es un modo interesante de expresarlo, Max.

—Mire, señor Kray —cortó Max—, acabo de llevarme un susto de muerte. Hace ya varios días que están sucediendo cosas muy extrañas y estoy seguro de que mi familia, usted, Roland y yo mismo corremos algún peligro. Lo último que estoy dispuesto a aguantar son más misterios.

El anciano sonrió.

—Así me gusta. Directo y contundente —rió Víctor Kray sin convicción —. Verás, Max, si os expliqué ayer la historia del doctor Caín no fue para divertiros ni para recordar viejos tiempos. Lo hice para que supieseis lo que está sucediendo y os andaseis con cuidado. Tú llevas unos días preocupado; yo llevo veinticinco años en este faro con un único objetivo: vigilar a esa bestia. Es el único propósito de mi vida. Yo también te seré franco, Max. No voy a echar por la borda veinticinco años porque un chaval recién llegado decida jugar a los detectives. Tal vez no debí haberos dicho nada. Tal vez lo mejor es que olvides cuanto te dije y te alejes de esas estatuas y de mi nieto.

Max quiso protestar, pero el farero alzó la mano, indicándole que no abriese la boca.

—Lo que os conté es más de lo que necesitáis saber —sentenció Víctor Kray—. No fuerces las cosas, Max. Olvídate de Jacob Fleischmann y quema estas películas hoy mismo. Es el mejor consejo que puedo darte. Y ahora, jovencito, largo de aquí.

* * *

Víctor Kray observó cómo Max se alejaba camino abajo en su bicicleta. Había dedicado palabras duras e injustas al muchacho, pero en el fondo de su alma creía que aquello era lo más prudente que podía hacer. El chico era inteligente y no le había podido engañar. Sabía que les estaba ocultando algo pero incluso así no podía llegar a comprender la envergadura de ese secreto. Los acontecimientos se estaban precipitando y, después de cinco lustros, el temor y la angustia por la nueva venida del doctor Caín se materializaban ante él en el ocaso de su vida, cuando más débil y solo se sentía.

Víctor Kray trató de apartar de su mente el amargo recuerdo de toda una existencia unida a aquel personaje siniestro, desde el sucio suburbio de su

infancia hasta su prisión en el faro. El Príncipe de la Niebla le había arrebatado al mejor amigo de su infancia, a la única mujer que había amado y, finalmente, le había robado cada minuto de su larga madurez, convirtiéndole en su sombra. Durante las interminables noches en el faro acostumbraba a imaginar cómo podría haber sido su vida si el destino no hubiese decidido cruzar en su camino a aquel poderoso mago. Ahora sabía que los recuerdos que lo acompañarían en sus últimos años de vida serían sólo las fantasías de la biografía que nunca vivió.

Su única esperanza ahora estaba en Roland y en la firme promesa que se había hecho a sí mismo de brindarle un futuro alejado de aquella pesadilla. Quedaba ya muy poco tiempo y sus fuerzas no eran las que lo habían sustentado años atrás. En apenas dos días se cumplirían los veinticinco años de la noche en que el *Orpheus* había naufragado a escasos metros de allí y Víctor Kray podía sentir cómo Caín cobraba mayor poder a cada minuto que pasaba.

El anciano se acercó a la ventana y contempló la silueta oscura del casco del *Orpheus* sumergido en las aguas azules de la bahía. Todavía quedaban unas horas de sol antes de que oscureciese y cayera la que podía ser su última noche en la atalaya del faro.

* * *

Cuando Max entró en la casa de la playa, la nota de Alicia seguía sobre la mesa del comedor, lo que indicaba que su hermana aún no había vuelto y estaba todavía en compañía de Roland. La soledad reinante en la casa se sumó a la que sentía en su interior en aquel momento. Todavía resonaban en su mente las palabras del anciano. Aunque el trato que el farero le había dispensado le había dolido, Max no sentía resentimiento alguno hacia él. Tenía la certeza de que el hombre ocultaba algo; pero estaba seguro de que, si procedía de aquel modo, tenía una poderosa razón para hacerlo. Subió a su habitación y se tendió en la cama, pensando que aquel asunto le venía grande y que, aunque las piezas del enigma estaban a la vista, se sentía incapaz de encontrar la manera de encajarlas.

Tal vez debía seguir los consejos de Víctor Kray y olvidar todo el asunto, aunque fuera sólo por unas horas. Miró en la mesita de noche y vio que el libro de Copérnico seguía allí, después de unos días de abandono, como un antídoto racional a todos los enigmas que le circundaban. Abrió el libro por el punto en que había dejado su lectura e intentó concentrarse en las

disquisiciones sobre el rumbo de los planetas en el cosmos. Probablemente, la ayuda de Copérnico le habría venido de perlas para desbrozar la trama de aquel misterio. Pero, una vez más, parecía evidente que Copérnico había elegido la época equivocada para pasar sus vacaciones en el mundo. En un universo infinito, había demasiadas cosas que escapaban a la comprensión humana.

CAPÍTULO TRECE

Horas más tarde, cuando Max ya hubo cenado y apenas le quedaban diez páginas por leer del libro, el sonido de las bicicletas entrando en el jardín delantero llegó hasta sus oídos. Max escuchó el murmullo de las voces de Roland y Alicia susurrando durante casi una hora abajo en el porche. Cerca de la medianoche, Max dejó el libro sobre la mesita de nuevo y apagó la lamparilla. Finalmente, oyó la bicicleta de Roland alejarse por el camino de la playa y los pasos de Alicia ascendiendo pausadamente la escalera. Los pasos de su hermana se detuvieron un instante frente a su puerta. Segundos después, continuaron unos metros hasta su propia habitación. Max oyó cómo su hermana se tendía en la cama y dejaba los zapatos sobre el suelo de madera. Recordó la imagen de Roland besando a Alicia aquella misma mañana en la playa y sonrió en la penumbra. Por una vez, estaba seguro de que su hermana tardaría mucho más que él en conciliar el sueño.

* * *

A la mañana siguiente, Max decidió madrugar más que el sol y al alba ya estaba pedaleando en su bicicleta rumbo al horno del pueblo, con la intención de comprar un delicioso desayuno y evitar que Alicia preparase algo (pan con mermelada, mantequilla y leche) por su cuenta. De buena mañana, el pueblo estaba sumido en una calma que le recordaba las mañanas de domingo en la ciudad. Apenas algunos caminantes silenciosos rompían el estado narcótico

de las calles, en las que incluso las casas, con los postigos entornados, parecían dormidas.

A lo lejos, más allá de la bocana del puerto, los pocos barcos de pesca que formaban la flota local ponían proa mar adentro para no volver hasta el crepúsculo. El panadero y su hija, una rolliza jovencita de mejillas rosadas que hacía tres de su hermana Alicia, saludaron a Max y, mientras le servían una deliciosa bandeja de bollos recién horneados, se interesaron por el estado de Irina. Las noticias volaban y, al parecer, el médico del pueblo hacía algo más que poner el termómetro en sus visitas a domicilio.

Max consiguió volver a la casa de la playa mientras el desayuno todavía conservaba el calorcillo irresistible de los pasteles aún humeantes. Sin su reloj no sabía a ciencia cierta qué hora era, aunque imaginaba que debían de faltar pocos minutos para las ocho. Ante la poco deseable perspectiva de esperar a que Alicia se despertase para poder desayunar, decidió adoptar un astuto ardid. Así, con la excusa del desayuno caliente, preparó una bandeja con las capturas del horno, leche y un par de servilletas, y subió hasta el cuarto de Alicia. Llamó a la puerta con los nudillos hasta que la voz somnolienta de su hermana contestó en un murmullo ininteligible.

—Servicio de habitaciones —dijo Max—. ¿Puedo pasar?

Empujó la puerta y entró en la habitación. Alicia había sepultado la cabeza bajo una almohada. Max echó un vistazo a la habitación, la ropa colgada sobre las sillas y la galería de objetos personales de Alicia. La habitación de una mujer siempre resultaba un fascinante misterio para Max.

—Contaré hasta cinco —dijo Max— y luego empezaré a comerme el desayuno.

El rostro de su hermana asomó bajo la almohada, olfateando el aroma de la mantequilla en el aire.

* * *

Roland los esperaba en la orilla de la playa, ataviado con unos viejos pantalones a los que había cortado las perneras y que hacían las veces de traje de baño. Junto a él había un pequeño bote de madera cuya eslora no debía de alcanzar los tres metros. La barca parecía haber pasado treinta años al sol varada en una playa y la madera había adquirido un tono grisáceo que las pocas manchas de pintura azul que aún no se habían desprendido a duras penas conseguían disimular. Con todo, Roland parecía admirar su bote como si se tratase de un yate de lujo. Y mientras los dos hermanos sorteaban las

piedras de la playa en dirección a la orilla, Max pudo comprobar que Roland había escrito en la proa el nombre de la nave, *Orpheus II*, con pintura reciente, probablemente de aquella misma mañana.

—¿Desde cuándo tienes una barca? —preguntó Alicia, señalando el raquítico esquife en el que Roland ya había cargado el equipo de buceo y un par de cestas de contenido misterioso.

—Desde hace tres horas. Uno de los pescadores del pueblo iba a desguazar el bote para hacer leña, pero le he convencido y me lo ha regalado a cambio de un favor —explicó Roland.

—¿Un favor? —preguntó Max—. Yo creo que el favor se lo has hecho tú a él.

—Puedes quedarte en tierra si lo prefieres —replicó Roland en tono burlón—. Venga, todo el mundo a bordo.

La expresión «a bordo» resultaba un tanto inapropiada para la *nave* en cuestión, pero recorridos quince metros, Max comprobó que sus previsiones de naufragio instantáneo no se cumplían. De hecho, el bote navegaba con firmeza al comando de cada boga de remo que Roland imprimía enérgicamente.

—He traído un pequeño invento que os va a sorprender —dijo Roland.

Max miró una de las cestas tapadas y alzó la cubierta unos centímetros.

—¿Qué es esto? —murmuró.

—Una ventana submarina —aclaró Roland—. En realidad es una caja con un cristal en la base. Si lo apoyas en la superficie del agua, puedes ver el fondo sin sumergirte. Es como una ventana.

Max señaló a su hermana Alicia.

—Así al menos podrás ver algo —insinuó, con tono burlón.

—¿Quién te ha dicho que pienso quedarme aquí? Hoy bajo yo —respondió Alicia.

—¿Tú? ¡Si no sabes bucear! —exclamó Max, tratando de enfurecer a su hermana.

—Si llamas bucear a lo que hiciste el otro día, no —bromeó Alicia, sin recoger el hacha de guerra.

Roland siguió remando sin añadir cizaña a la discusión de los dos hermanos y detuvo el bote a unos cuarenta metros de la orilla. Bajo ellos, la sombra oscura del casco del *Orpheus* se extendía en el fondo como la de un gran tiburón tendido en la arena, expectante.

Roland abrió una de las cestas y extrajo una áncora oxidada unida a un cabo grueso y visiblemente desgastado. A la vista de tamaños aparejos, Max

supuso que todos aquellos saldos marinos venían con el lote que Roland había negociado para salvar el mísero bote de un fin digno y apropiado a su estado.

—¡Cuidado, que salpico! —exclamó Roland lanzando al mar el áncora, cuyo peso muerto descendió en vertical y levantó una pequeña nube de burbujas, llevándose casi quince metros de cabo.

Roland dejó que la corriente arrastrase el bote un par de metros y ató el cabo del áncora a una pequeña anilla que pendía de la proa. El bote se meció suavemente con la brisa y el cabo se tensó, haciendo crujir la estructura de la barca. Max echó un vistazo suspicaz a las junturas del casco.

—No se va a hundir, Max. Confía en mí —afirmó Roland, sacando la ventana submarina de la cesta y colocándola sobre el agua.

—Eso es lo que dijo el capitán del *Titanic* antes de zarpar —replicó Max.

Alicia se inclinó para mirar a través de la caja y vio por primera vez el casco del *Orpheus* descansando en el fondo.

—¡Es increíble! —exclamó ante el espectáculo submarino.

Roland sonrió complacido y le tendió unas gafas de buceo y unas aletas.

—Pues espera a verlo de cerca —dijo Roland, colocándose el equipo.

La primera en saltar al agua fue Alicia. Roland, sentado al borde del bote, dirigió una mirada tranquilizadora a Max.

—No te preocupes. La vigilaré. No le va a pasar nada —aseguró.

Roland saltó al mar y se reunió con Alicia, que esperaba a unos tres metros del bote. Ambos saludaron a Max y, segundos después, desaparecieron bajo la superficie.

* * *

Bajo el agua, Roland asió la mano de Alicia y la guió lentamente sobre los restos del *Orpheus*. La temperatura del agua había descendido ligeramente desde la última vez que se habían sumergido allí y el enfriamiento se hacía más palpable a mayor profundidad. Roland estaba habituado a ese fenómeno, que se producía eventualmente durante los primeros días del verano, especialmente cuando corrientes frías que venían de mar adentro fluían con fuerza por debajo de los seis o siete metros de profundidad. A la vista de la situación, Roland decidió automáticamente que aquel día no permitiría que ni Alicia ni Max se sumergieran con él hasta el casco del *Orpheus*, ya habría días de sobra durante el resto del verano para intentarlo.

Alicia y Roland nadaron a lo largo del buque hundido. Se detenían de vez en cuando para ascender a tomar aire y contemplar con calma el barco, que

yacía en la media luz espectral del fondo. Roland intuía la excitación de Alicia ante el espectáculo y no le quitaba el ojo de encima. Sabía que para bucear a gusto y con tranquilidad, debía hacerlo solo.

Cuando se zambullía con alguien, particularmente con novatos en la materia como lo eran sus nuevos amigos, no podía evitar asumir el papel de niñera submarina. Con todo, le satisfacía especialmente compartir con Alicia y su hermano aquel mágico mundo que durante años le había pertenecido sólo a él. Se sentía como el guía de un museo embrujado acompañando a unos visitantes en un paseo alucinante por una catedral sumergida.

El panorama submarino, sin embargo, ofrecía otros alicientes. Le gustaba contemplar el cuerpo de Alicia moverse bajo el agua. A cada brazada, podía ver cómo los músculos del torso y las piernas se tensaban y su piel adquiría una palidez azulada. De hecho, se sentía más cómodo observándola así, cuando ella no advertía su mirada nerviosa. Subieron de nuevo a recuperar el aliento y comprobaron que el bote y la silueta inmóvil de Max a bordo estaban a más de veinte metros. Alicia le sonrió eufórica. Roland correspondió a su sonrisa, pero interiormente pensó que lo mejor sería volver a la barca.

—¿Podemos bajar al barco y entrar? —preguntó Alicia, con la respiración entrecortada.

Roland advirtió que los brazos y las piernas de la muchacha tenían piel de gallina.

—Hoy no —respondió—. Volvamos al bote.

Alicia dejó de sonreír, intuyendo una sombra de preocupación en Roland.

—¿Pasa algo, Roland?

Roland sonrió plácidamente y negó. No quería hablar en ese momento de corrientes submarinas de cinco grados. En ese instante, mientras Alicia daba sus primeras brazadas en dirección al bote, Roland sintió que el corazón le daba un vuelco. Una sombra oscura se movía en el fondo de la bahía, a sus pies. Alicia se volvió a mirarle. Roland le indicó que siguiese sin detenerse y sumergió la cabeza para inspeccionar el fondo.

Una silueta negra, semejante a la de un gran pez, nadaba sinuosamente alrededor del casco del *Orpheus*. Por un segundo, Roland pensó que se trataba de un tiburón, pero una segunda mirada le permitió comprender que estaba equivocado. Continuó nadando tras Alicia sin apartar la mirada de aquella forma extraña que parecía seguirlos. La silueta serpenteaba a la sombra del casco del *Orpheus*, sin exponerse directamente a la luz. Todo cuanto Roland podía distinguir era un cuerpo alargado, semejante al de una gran serpiente y

una extraña luz parpadeante que lo envolvía como un manto de reflejos mortecinos. Roland miró hacia el bote y comprobó que todavía les separaban más de diez metros de él. La sombra bajo sus pies pareció cambiar su rumbo. Roland inspeccionó el fondo y comprobó que aquella forma estaba saliendo a la luz y, lentamente, ascendía hacia ellos.

Rogando que Alicia no la hubiese visto, aferró a la muchacha por el brazo y se lanzó a nadar con todas sus fuerzas hacia la barca. Alicia, alertada, lo miró sin comprender.

—¡Nada al bote! ¡Aprisa! —gritó Roland.

Alicia no comprendía lo que estaba sucediendo, pero el rostro de Roland había reflejado tal pánico que no se paró a pensar o a discutir e hizo lo que se le había ordenado. El grito de Roland alertó a Max, que observó cómo su amigo y Alicia nadaban desesperadamente hacia él. Un instante después vio la sombra oscura ascendiendo bajo las aguas.

—¡Dios mío! —murmuró, paralizado.

En el agua, Roland empujó a Alicia hasta sentir que la muchacha había tocado el casco del bote. Max se apresuró a asir a su hermana bajo los hombros y tirar de ella hacia arriba. Alicia batió las aletas con fuerza y con su impulso consiguió caer sobre Max en el interior de la barca. Roland respiró profundamente y se dispuso a hacer lo mismo. Max le tendió la mano desde la borda, pero Roland pudo leer en el rostro de su amigo el terror ante lo que veía tras él. Roland sintió cómo su mano resbalaba por el antebrazo de Max y tuvo la corazonada de que no volvería a salir con vida del agua. Lentamente, un frío abrazo le agarró las piernas y, con una fuerza incontenible, lo arrastró hacia las profundidades.

* * *

Superados los primeros instantes de pánico, Roland abrió los ojos y contempló qué era lo que lo llevaba consigo hacia la oscuridad del fondo. Por un instante creyó ser presa de una alucinación. Lo que veía no era una forma sólida, sino una extraña silueta formada por lo que parecía ser líquido concentrado a muy alta densidad. Roland observó aquella delirante escultura móvil de agua que cambiaba constantemente de forma y trató de deshacerse de su abrazo mortal.

La criatura de agua se retorció y el rostro fantasmal que había visto en sueños, el semblante del payaso, se volvió hacia él. El payaso abrió unas enormes fauces plagadas de colmillos largos y afilados como cuchillos de

carnicero y sus ojos se agrandaron hasta adquirir el tamaño de un plato de té. Roland sintió que le faltaba el aire. Aquella criatura, fuera lo que fuese, podía moldear su apariencia a capricho y sus intenciones parecían claras: llevaba a Roland hacia el interior del buque hundido. Mientras Roland se preguntaba cuánto tiempo sería capaz de contener la respiración antes de sucumbir y aspirar agua, comprobó que la luz había desaparecido a su alrededor. Estaba en las entrañas del *Orpheus* y la oscuridad circundante era absoluta.

* * *

Max tragó saliva mientras se colocaba las gafas de buceo y se preparaba para saltar al agua en busca de su amigo Roland. Sabía que el intento de rescate era absurdo. De entrada, él apenas sabía bucear y, aun en el caso de que supiera, no quería ni imaginar qué sucedería si una vez bajo el agua aquella extraña forma acuosa que había atrapado a Roland iba tras él. Sin embargo, no podía quedarse tranquilamente sentado en el bote y dejar morir a su amigo. Mientras se colocaba las aletas, su mente le sugirió mil explicaciones razonables a lo que acababa de suceder. Roland había sufrido un calambre; un cambio de temperatura en el agua le había provocado un ataque… Cualquier teoría era mejor que aceptar que lo que había visto arrastrar a Roland a las profundidades era real.

Antes de zambullirse intercambió una última mirada con Alicia. En el rostro de su hermana se leía claramente la lucha entre la voluntad de salvar a Roland y el pánico de que su hermano corriese idéntica suerte. Antes de que el sentido común les disuadiese a ambos, Max saltó y se sumergió en las aguas cristalinas de la bahía. A sus pies, el casco del *Orpheus* se extendía hasta donde la visión se nublaba. Max aleteó hacia la proa del buque, en el lugar en que había visto perderse la silueta de Roland bajo el agua por última vez. A través de las fisuras del casco hundido, Max creyó ver luces parpadeantes que parecían desembocar en un débil remanso de claridad que emanaba de la brecha abierta por las rocas en la sentina veinticinco años atrás. Max se dirigió hacia aquella abertura del barco. Parecía que alguien hubiese prendido la llama de cientos de velas en el interior del *Orpheus*.

Cuando estuvo situado en vertical sobre la entrada a la nave, subió a la superficie a tomar aire y se sumergió de nuevo sin detenerse hasta alcanzar el casco. Descender aquellos diez metros resultó mucho más difícil de lo que había imaginado. A medio camino, empezó a experimentar una dolorosa presión en los oídos que le hizo temer que los tímpanos le estallasen bajo el

agua. Cuando alcanzó la corriente fría, los músculos de todo el cuerpo se le tensaron como cables de acero y tuvo que batir las aletas con todo su empeño para evitar que la corriente lo arrastrase igual que a una hoja seca. Max se aferró con fuerza al borde del casco y luchó por calmar sus nervios. Los pulmones le ardían y sabía que estaba a un paso del pánico. Miró a la superficie y vio el diminuto casco del bote, infinitamente lejano. Comprendió que si no actuaba entonces, de nada habría servido bajar hasta allí.

La claridad parecía provenir del interior de las bodegas y Max siguió aquel rastro que revelaba el fantasmal espectáculo del buque hundido y lo hacía aparecer como una macabra catacumba submarina. Recorrió un pasillo en el que jirones de lona raída flotaban suspendidos como medusas. En el extremo del corredor, Max distinguió una compuerta semiabierta, tras la cual parecía ocultarse la fuente de aquella luz. Ignorando las repulsivas caricias de la lona podrida sobre su piel, asió la manija de la compuerta y tiró con toda la fuerza que fue capaz de reunir.

La compuerta daba a uno de los depósitos principales de la bodega. En el centro, Roland luchaba por zafarse del abrazo de aquella criatura de agua que ahora había adoptado la forma del payaso del jardín de estatuas. La luz que Max había visto emanaba de sus ojos crueles y desproporcionadamente grandes para su rostro. Max irrumpió en el interior de la bodega y la criatura alzó la cabeza y lo miró. Max sintió el impulso instintivo de huir a toda prisa, pero la visión de su amigo atrapado le obligó a enfrentarse a aquella mirada de rabia enloquecida. La criatura cambió de rostro y Max reconoció al ángel de piedra del cementerio local.

El cuerpo de Roland dejó de retorcerse y quedó inerte. La criatura lo soltó y Max, sin esperar su reacción, nadó hasta su amigo y lo cogió por el brazo. Roland había perdido el conocimiento. Si no lo sacaba a la superficie en unos segundos, perdería la vida. Max tiró de él hasta la compuerta. En aquel momento, la criatura en forma de ángel y rostro de payaso de largos colmillos se lanzó sobre él, extendiendo dos afiladas garras. Max alargó el puño y atravesó el rostro de la criatura. No era más que agua, tan fría que el solo contacto con la piel producía un dolor ardiente. Una vez más, el doctor Caín estaba mostrando sus trucos.

Max retiró su brazo y la aparición se desvaneció y, con ella, su luz. Max, apurando el poco aliento que le quedaba, arrastró a Roland por el corredor de la bodega hasta el exterior del casco. Cuando llegaron allí, sus pulmones parecían a punto de estallar. Incapaz de contener un segundo más la respiración, soltó todo el aire que había retenido. Agarró el cuerpo

inconsciente de Roland y aleteó hacia la superficie, creyendo que perdería el conocimiento en cualquier momento por la falta de aire.

La agonía de aquellos últimos diez metros de ascenso se hizo eterna. Cuando finalmente emergió a la superficie, había nacido de nuevo. Alicia se lanzó al agua y nadó hasta ellos. Max inspiró profundamente varias veces, luchando con el dolor punzante que sentía en el pecho. Subir a Roland al bote no fue fácil y Max advirtió que Alicia, al luchar por levantar el peso muerto del cuerpo, se arañaba la piel de los brazos contra la madera astillada del bote.

Una vez consiguieron izarlo a bordo, colocaron a Roland boca abajo y presionaron su espalda repetidamente, obligando a sus pulmones a expulsar el agua que habían inhalado. Alicia, cubierta de sudor y con los brazos sangrando, asió a Roland de los suyos e intentó forzar la respiración. Finalmente, inspiró aire profundamente y, tapando los orificios nasales del muchacho, insufló todo ese aire enérgicamente en la boca de Roland. Fue necesario repetir esta operación cinco veces hasta que el cuerpo de Roland, con una violenta sacudida, reaccionó y empezó a escupir agua de mar y a convulsionarse, mientras Max trataba de sujetarlo.

Finalmente, Roland abrió los ojos y su tez amarillenta empezó a recobrar muy lentamente el color. Max le ayudó a incorporarse y a recuperar poco a poco la respiración normal.

—Estoy bien —balbuceó Roland, alzando una mano para intentar tranquilizar a sus amigos.

Alicia dejó caer los brazos y rompió a llorar, gimiendo como nunca Max la había visto hacerlo. Éste esperó un par de minutos hasta que Roland pudo sostenerse por sí mismo, tomó los remos y puso rumbo a la orilla. Roland lo miraba en silencio. Le había salvado la vida. Max supo que aquella mirada desesperada y llena de gratitud siempre lo acompañaría.

* * *

Los dos hermanos acostaron a Roland en el catre de la cabaña de la playa y lo cubrieron con mantas. Ninguno de ellos sentía deseos de hablar de lo que había sucedido, al menos por el momento. Era la primera vez que la amenaza del Príncipe de la Niebla se hacía tan dolorosamente palpable y resultaba difícil encontrar palabras que pudieran expresar la inquietud que sentían en aquellos momentos. El sentido común parecía indicar que lo mejor era atender a las necesidades inmediatas, y así lo hicieron. Roland tenía preparado un mínimo botiquín en la cabaña, del que Max dispuso para desinfectar las

heridas de Alicia. Roland se durmió a los pocos minutos. Alicia lo observaba con el rostro descompuesto.

—Se va a poner bien. Está agotado, eso es todo —dijo Max.

Alicia miró a su hermano.

—¿Y tú qué? Le has salvado la vida —dijo Alicia, cuya voz delataba sus nervios a flor de piel—. Nadie hubiera sido capaz de hacer lo que has hecho, Max.

—Él lo hubiera hecho por mí —dijo Max, que prefería evitar el tema.

—¿Cómo te encuentras? —insistió su hermana.

—¿La verdad? —preguntó Max.

Alicia asintió.

—Creo que voy a vomitar —sonrió Max—. En toda mi vida me he encontrado peor.

Alicia abrazó a su hermano con fuerza. Max se quedó inmóvil, con los brazos caídos, sin saber si se trataba de una efusión de cariño fraternal o de una expresión del terror que su hermana había experimentado minutos antes, cuando intentaban reanimar a Roland.

—Te quiero, Max —le susurró Alicia—. ¿Me has oído?

Max guardó silencio, perplejo. Alicia le liberó de su abrazo fraternal y se volvió hacia la puerta de la cabaña, dándole la espalda. Max advirtió que su hermana estaba llorando.

—No lo olvides nunca, hermanito —murmuró—. Y ahora duerme un poco. Yo haré lo mismo.

—Si me duermo ahora, no me vuelvo a levantar —suspiró Max.

Cinco minutos después, los tres amigos estaban profundamente dormidos en la cabaña de la playa y nada en el mundo hubiera podido despertarlos.

CAPÍTULO CATORCE

Al caer el crepúsculo, Víctor Kray se detuvo a cien metros de la casa de la playa, donde los Carver habían fijado su nuevo hogar. Aquélla era la misma casa donde la única mujer a la que había amado realmente, Eva Gray, había dado a luz a Jacob Fleischmann. Ver de nuevo la fachada blanca de la villa reabrió heridas en su interior que creía cerradas para siempre. Las luces de la casa estaban apagadas y el lugar parecía vacío. Víctor Kray supuso que los muchachos debían de estar todavía en el pueblo con Roland.

El farero recorrió el trayecto hasta la casa y cruzó la cerca blanca que la rodeaba. La misma puerta y las mismas ventanas que recordaba perfectamente relucían bajo los últimos rayos del sol. El anciano cruzó el jardín hasta el patio trasero y salió al campo que se extendía tras la casa de la playa. A lo lejos se alzaba el bosque y, en su umbral, el jardín de estatuas. Hacía mucho tiempo que no volvía a aquel lugar y se detuvo de nuevo a observarlo de lejos, temeroso de lo que se ocultaba tras sus muros. Una densa niebla se esparcía en dirección a la vivienda a través de los oscuros barrotes de la verja del jardín de estatuas.

Víctor Kray estaba asustado y se sentía viejo. El miedo que le carcomía el alma era el mismo que había experimentado décadas atrás en los callejones de aquel suburbio industrial, donde oyó por vez primera la voz del Príncipe de la Niebla. Ahora, en el ocaso de su vida, aquel círculo parecía cerrarse y, a cada jugada, el anciano sentía que ya no le quedaban ases para la apuesta final.

El farero avanzó con paso firme hasta la entrada del jardín de estatuas. Pronto, la niebla que brotaba del interior lo cubrió hasta la cintura. Víctor Kray introdujo la mano temblorosa en el bolsillo de su abrigo y extrajo su

viejo revólver, cargado concienzudamente antes de partir, y una potente linterna. Con el arma en la mano, se adentró en el recinto, encendió la linterna y alumbró el interior del jardín. El haz de luz reveló un panorama insólito. Víctor Kray bajó el arma y se frotó los ojos, pensando que estaba siendo víctima de alguna alucinación. Algo había ido mal o, al menos, aquello no era lo que esperaba encontrar. Dejó que el haz de la linterna rebanase de nuevo la niebla. No era una ilusión: el jardín de estatuas estaba vacío.

El anciano se acercó a observar desconcertado los pedestales yermos y abandonados. Al tiempo que trataba de restablecer el orden en sus pensamientos, Víctor Kray percibió el murmullo lejano de una nueva tormenta que se aproximaba y alzó la vista hacia el horizonte. Un manto amenazador de nubes oscuras y turbias se extendía sobre el cielo como una mancha de tinta en un estanque. Un rayo escindió el cielo en dos y el eco de un trueno llegó a la costa como el redoble premonitorio de una batalla. Víctor Kray escuchó la letanía del temporal que se fraguaba mar adentro y, finalmente, recordando haber contemplado aquella misma visión a bordo del *Orpheus* veinticinco años atrás, comprendió lo que iba a suceder.

* * *

Max despertó empapado en sudor frío y tardó unos segundos en averiguar dónde se encontraba. Sentía su corazón palpitar como el motor de una vieja motocicleta. A pocos metros de él, reconoció un rostro familiar: Alicia, dormida junto a Roland; y recordó que estaba en la cabaña de la playa. Hubiera jurado que su sueño apenas había durado más de unos minutos, aunque en realidad había dormido por espacio de casi una hora. Max se incorporó sigilosamente y salió al exterior en busca de aire fresco, mientras las imágenes de una angustiosa pesadilla de asfixia en la que él y Roland quedaban atrapados en el interior del casco del *Orpheus* se desvanecían en su mente.

La playa estaba desierta y la marea alta se había llevado el bote de Roland mar adentro, donde muy pronto la corriente lo arrastraría consigo y el pequeño esquife se perdería en la inmensidad del océano irremisiblemente. Max se aproximó hasta la orilla y se humedeció la cara y los hombros con el agua fresca del mar. Luego se acercó hasta el recodo que formaba una pequeña cala y se sentó entre las rocas, con los pies hundidos en el agua, con la esperanza de recobrar la calma que el sueño no había podido proporcionarle.

Max intuía que tras los acontecimientos de los últimos días se escondía alguna lógica. La sensación de un peligro inminente se palpaba en el aire y, si se detenía a pensar en ello, podía trazarse una línea ascendente en las apariciones del doctor Caín. A cada hora que pasaba, su presencia parecía adquirir mayor poder. A los ojos de Max, todo formaba parte de un complejo mecanismo que iba ensamblando sus piezas una a una y cuyo centro convergía en torno al oscuro pasado de Jacob Fleischmann; desde las enigmáticas visitas al jardín de estatuas que había presenciado en las películas del cobertizo a aquella criatura indescriptible que había estado a punto de acabar con sus vidas aquella misma tarde.

Habida cuenta de lo sucedido aquel día, Max comprendía que no podían permitirse el lujo de esperar un nuevo encuentro con el doctor Caín para actuar: era preciso anticiparse a sus movimientos y tratar de prever cuál sería su próximo paso. Para Max sólo había un modo de averiguarlo: seguir la pista que Jacob Fleischmann había dejado años atrás en sus películas.

Sin molestarse en despertar a Alicia y a Roland, Max montó en su bicicleta y se dirigió hacia la casa de la playa. A lo lejos, sobre la línea del horizonte, un punto oscuro emergió de la nada y empezó a expandirse como una nube de gas letal. La tormenta se estaba formando.

* * *

De vuelta en la casa de los Carver, Max enhebró el rollo de película en la bobina del proyector. La temperatura había bajado ostensiblemente mientras cubría el trayecto en bicicleta y seguía descendiendo. Los primeros ecos de la tormenta podían oírse entre las ráfagas ocasionales de viento que golpeaban los postigos de la casa. Antes de proyectar la película, Max se apresuró escaleras arriba y se enfundó ropa seca de abrigo. La estructura de madera envejecida de la casa crujía bajo sus pies y parecía hacerse vulnerable al acoso del viento. Mientras se cambiaba de ropa, Max advirtió desde la ventana de su habitación que la tormenta que se acercaba estaba cubriendo el cielo con un manto de oscuridad que anticipaba el anochecer en un par de horas. Aseguró el cierre de la ventana y bajó de nuevo a la sala para encender el proyector.

Una vez más, las imágenes cobraron vida sobre la pared y Max se concentró en la proyección. En esta ocasión la cámara recorría un escenario familiar: los pasillos de la casa de la playa. Max reconoció el interior de la sala en la que se encontraba entonces mismo, viendo la película. La

decoración y los muebles eran diferentes y la casa ofrecía un aspecto lujoso y opulento a los ojos de la cámara, que trazaba lentos círculos y mostraba paredes y ventanas, como si hubiese abierto una puerta en la trampa del tiempo que permitiese visitar la casa casi una década atrás.

Tras un par de minutos en la planta baja, la película trasladaba al espectador al piso superior.

Una vez en el umbral del pasillo, la cámara se aproximaba hasta la puerta del extremo, que conducía a la habitación ocupada por Irina hasta el accidente. La puerta se abría y la cámara penetraba en la estancia sumida en la penumbra. La sala estaba vacía y la cámara se detenía delante del armario de la pared.

Transcurrieron varios segundos de película sin que nada sucediese y sin que la cámara registrase movimiento alguno en la estancia desocupada. Repentinamente, la puerta del armario se abría con fuerza y golpeaba la pared, balanceándose sobre los goznes. Max forzó la vista para dilucidar qué es lo que se entreveía en el interior del armario oscuro y observó cómo una mano enfundada en un guante blanco emergía de entre las sombras, sosteniendo un objeto brillante que pendía de una cadena. Max adivinó lo que venía a continuación: el doctor Caín salía del armario y sonreía a la cámara.

Max reconoció la esfera que el Príncipe de la Niebla tenía en sus manos: era el reloj que su padre le había regalado y que él había perdido en el interior del mausoleo de Jacob Fleischmann. Ahora estaba en poder del mago, que de algún modo se había llevado consigo su más preciada posesión a la dimensión fantasmal de las imágenes en blanco y negro que brotaban del viejo proyector.

La cámara se acercó al reloj y Max pudo ver nítidamente cómo las agujas del mismo retrocedían a una velocidad inverosímil y creciente hasta que se hizo imposible distinguirlas. Al poco, la esfera empezó a desprender humo y chispas y finalmente el reloj se prendió en llamas. Max contempló hechizado la escena, incapaz de apartar los ojos del reloj ardiente. Un instante después, la cámara se desplazaba bruscamente hasta la pared de la habitación y enfocaba un viejo tocador sobre el que se distinguía un espejo. La cámara se acercaba a él y se detenía para revelar con toda claridad la imagen de quien sostenía la cámara sobre la lámina de cristal.

Max tragó saliva; por fin se enfrentaba cara a cara con quien había filmado aquellas películas años atrás, en aquella misma casa. Podía reconocer aquel rostro infantil y sonriente que se estaba filmando a sí mismo. Tenía unos años menos, pero las facciones y la mirada eran las mismas que había aprendido a reconocer en los últimos días: Roland.

La película se encalló en el interior del proyector y el fotograma atascado frente a la lente empezó a fundirse lentamente en la pantalla. Max apagó el proyector y apretó los puños para detener el temblor que se había apoderado de sus manos. Jacob Fleischmann y Roland eran una misma persona.

La luz de un relámpago inundó la sala en sombras durante una fracción de segundo y Max advirtió que tras la ventana una figura golpeaba en el cristal con los nudillos, haciendo señas para entrar. Max encendió la luz de la sala y reconoció el semblante cadavérico y aterrorizado de Víctor Kray, que a juzgar por su aspecto parecía haber presenciado una aparición. Max se dirigió a la puerta y dejó entrar al anciano. Tenían mucho de que hablar.

CAPÍTULO QUINCE

Max tendió una taza de té caliente al viejo farero y esperó a que el anciano entrase en calor.

Víctor Kray estaba tiritando y Max no sabía si atribuir aquel estado al viento frío que traía la tormenta o al miedo que el anciano parecía ya incapaz de ocultar.

—¿Qué estaba haciendo ahí afuera, señor Kray? —preguntó Max.

—He estado en el jardín de estatuas —contestó el anciano, recobrando la calma.

Víctor Kray sorbió un poco de té de la taza humeante y la dejó reposar en la mesa.

—¿Dónde está Roland, Max? —preguntó el anciano nerviosamente.

—¿Por qué quiere saberlo? —replicó Max en un tono que no enmascaraba la desconfianza que le inspiraba el anciano a la luz de sus últimas averiguaciones.

El farero pareció intuir su recelo y empezó a gesticular con las manos, como si quisiera explicarse y no hallara las palabras.

—Max, algo terrible va a suceder esta noche si no lo impedimos —dijo finalmente Víctor Kray, consciente de que su afirmación no sonaba muy convincente—. Necesito saber dónde está Roland. Su vida corre gran peligro.

Max guardó silencio y escrutó el rostro implorante del anciano. No creía una sola palabra de cuanto el farero acababa de decir.

—¿Qué vida, señor Kray, la de Roland o la de Jacob Fleischmann? —interpeló, esperando la reacción de Víctor Kray.

El anciano entornó los ojos y suspiró, abatido.

—Creo que no te entiendo, Max —murmuró.

—Yo creo que sí. Sé que me mintió, señor Kray —dijo Max clavando una mirada acusadora en el rostro del anciano—. Y sé quién es Roland en realidad. Nos ha estado usted engañando desde el principio. ¿Por qué?

Víctor Kray se incorporó y caminó hasta una de las ventanas, echando un vistazo al exterior, como si esperase la llegada de alguna visita. Un nuevo trueno estremeció la casa de la playa. La tormenta estaba cada vez más próxima a la costa y Max podía oír el sonido del oleaje rugiendo en el océano.

—Dime dónde está Roland, Max —insistió una vez más el anciano, sin dejar de vigilar el exterior—. No hay tiempo que perder.

—No sé si puedo confiar en usted. Si quiere que le ayude, primero tendrá que contarme la verdad —exigió Max, que no estaba dispuesto a permitir que el farero le dejase de nuevo a media luz.

El anciano se volvió a él y lo miró con severidad. Max sostuvo su mirada con dureza, indicando que no le intimidaba en absoluto. Víctor Kray pareció comprender la situación y se derrumbó en una butaca, derrotado.

—Está bien, Max. Te contaré la verdad, si eso es lo que quieres —murmuró.

Max se sentó frente a él y asintió, dispuesto a escucharle de nuevo.

—Casi todo lo que os conté el otro día en el faro era cierto —empezó el anciano—. Mi antiguo amigo Fleischmann había prometido al doctor Caín que le entregaría su primer hijo a cambio de conseguir a Eva Gray. Un año después de la boda, cuando yo ya había perdido el contacto con ambos, Fleischmann empezó a recibir las visitas del doctor Caín, que le recordaba la naturaleza de su pacto. Fleischmann trató por todos los medios de evitar aquel hijo, hasta el extremo de destrozar su matrimonio. Después del naufragio del *Orpheus*, me sentí en la obligación de escribirles y liberarles de la condena que durante años les había hecho desgraciados. Yo creía que la amenaza del doctor Caín había quedado sepultada para siempre bajo el mar. O al menos, fui tan insensato como para convencerme a mí mismo de ello. Fleischmann se sentía culpable y en deuda conmigo y pretendía que los tres, Eva, él y yo volviésemos a estar juntos, como en los años de la universidad. Aquello era absurdo, claro está. Habían sucedido demasiadas cosas. Aun así, tuvo el capricho de hacer construir la casa de la playa, bajo cuyo techo habría de nacer su hijo Jacob poco tiempo después. El pequeño fue la bendición del cielo que les devolvió la alegría de vivir a ambos. O eso parecía, porque desde la misma noche de su nacimiento, yo supe que algo iba mal. Aquella misma madrugada volví a soñar con el doctor Caín. Mientras el niño crecía,

Fleischmann y Eva estaba tan cegados por la alegría que eran incapaces de reconocer la amenaza que se cernía sobre ellos. Ambos estaban volcados en procurar la felicidad del niño y en complacer todos sus caprichos. Nunca hubo un niño en la Tierra tan consentido y mimado como Jacob Fleischmann. Pero, poco a poco, los signos de la presencia de Caín se fueron haciendo más palpables. Un día, cuando Jacob tenía cinco años, el niño se perdió mientras jugaba en el patio de atrás. Fleischmann y Eva lo buscaron desesperados durante horas, pero no había señal de él. Al caer la noche, Fleischmann tomó una linterna y se adentró en el bosque, temiendo que el pequeño se hubiera extraviado en la espesura y sufrido un accidente. Cuando habían construido la casa, seis años atrás, Fleischmann recordaba que en el umbral del bosque existía un pequeño recinto cerrado y vacío que al parecer había sido, mucho tiempo atrás, una antigua perrera derribada a principios de siglo. Era el lugar donde se encerraba a los animales que iban a ser sacrificados. Aquella noche, una intuición llevó a Fleischmann a pensar que tal vez el niño había entrado allí y se había quedado atrapado. Su corazonada era en parte acertada, pero no sólo encontró a su hijo allí.

»El recinto que años atrás había estado desierto, estaba ahora poblado por estatuas. Jacob estaba jugando entre las figuras cuando su padre lo encontró y lo sacó de allí. Un par de días después, Fleischmann me visitó en el faro y me explicó lo sucedido. Me hizo jurar que, si algo le sucedía a él, yo me haría cargo del pequeño. Aquello fue sólo el principio. Fleischmann ocultaba a su esposa los incidentes inexplicables que se sucedían en torno al niño, pero en el fondo él comprendía que no había escapatoria y que tarde o temprano Caín volvería a buscar lo que le pertenecía.

—¿Qué sucedió la noche en que Jacob se ahogó? —interrumpió Max, intuyendo la respuesta, pero deseando que las palabras del anciano probasen que sus temores eran erróneos.

Víctor Kray bajó la cabeza y se tomó unos segundos para responder.

—Tal día como hoy, el 23 de junio, el mismo día en que el *Orpheus* se hundió, una terrible tormenta se desató en el mar. Los pescadores corrieron a asegurar sus barcas y la gente del pueblo cerró puertas y ventanas, al igual que lo habían hecho la noche del naufragio. El pueblo se transformó en una aldea fantasma bajo la tormenta. Yo estaba en el faro y una terrible intuición me asaltó: el niño estaba en peligro. Crucé las calles desiertas y vine hacia aquí a toda prisa. Jacob había salido de la casa y caminaba por la playa, hacia la orilla, donde el oleaje rompía con furia. Caía un fuerte aguacero y la visibilidad era casi nula, pero pude entrever una silueta brillante que brotaba

del agua y tendía dos largos brazos al niño, como tentáculos. Jacob parecía caminar hipnotizado hacia aquella criatura de agua, a la que casi no pude ver en la oscuridad. Era Caín, de eso estaba seguro, pero parecía como si, por una vez, todas sus identidades se hubiesen fundido en una silueta cambiante… Me cuesta mucho describir lo que vi…

—He visto esa forma —interrumpió Max, ahorrándole al anciano las descripciones de la criatura que él mismo había visto tan sólo unas horas antes —. Continúe.

—Me pregunté por qué Fleischmann y su mujer no estaban allí, tratando de salvar al niño y miré hacia la casa. Una banda de figuras circenses que parecían cuerpos de piedra móvil los retenían bajo el porche.

—Las estatuas del jardín —corroboró Max.

El anciano asintió.

—Lo único que pensé en aquel momento fue en salvar al niño. Aquella cosa lo había tomado en sus brazos y lo arrastraba mar adentro. Me lancé contra la criatura y la atravesé. La enorme silueta de agua se desvaneció en la oscuridad. Jacob se había hundido. Me sumergí varias veces hasta que palpé el cuerpo en la oscuridad y pude rescatarlo para llevarlo de nuevo hasta la superficie. Arrastré al niño hasta la arena, lejos de las olas y traté de reanimarle. Las estatuas habían desaparecido con Caín. Fleischmann y Eva corrieron junto a mí para socorrer al niño, pero cuando llegaron ya no tenía pulso. Lo llevamos al interior de la casa y lo intentamos todo inútilmente: el niño estaba muerto. Fleischmann estaba fuera de sí y salió al exterior, gritándole a la tormenta y ofreciendo su vida a Caín a cambio de la del niño. Minutos después, inexplicablemente, Jacob abrió los ojos. Estaba en estado de *shock*. No nos reconocía y no parecía recordar ni su propio nombre. Eva arropó al niño y lo llevó arriba, donde lo acostó. Cuando volvió a bajar, un rato más tarde, se acercó a mí y, muy serenamente, me dijo que, si el niño seguía con ellos, su vida correría peligro. Me pidió que me hiciese cargo de él y lo criase como haría con mi propio hijo, como al hijo que, si el destino hubiera tomado otro camino, hubiera podido ser el nuestro. Fleischmann no se atrevió a entrar en la casa. Acepté lo que Eva Gray me pedía y pude ver en sus ojos cómo renunciaba a lo único que había dado sentido a su vida. Al día siguiente, me llevé al niño conmigo. No volví a ver los Fleischmann.

Víctor Kray hizo una larga pausa. Max tuvo la impresión de que el anciano trataba de contener las lágrimas, pero Víctor Kray ocultaba su rostro entre sus manos blancas y envejecidas.

—Supe un año después que él había muerto, víctima de una extraña infección que contrajo a través de la mordedura de un perro salvaje. Y aun ahora, no sé si Eva Gray vive todavía en algún lugar del país.

Max examinó el semblante abatido del anciano y supuso que le había juzgado erróneamente, aunque hubiera preferido confirmarle como un villano y no tener que enfrentarse a lo que sus palabras ponían en evidencia.

—Usted inventó la historia de los padres de Roland, incluso inventó su nombre… —concluyó Max.

Kray asintió, admitiendo ante un muchacho de trece años al que apenas había visto un par de veces el mayor secreto de su vida.

—Entonces, ¿Roland no sabe quién es en realidad? —preguntó Max.

El anciano negó repetidamente y Max advirtió que finalmente había lágrimas de rabia en sus ojos, castigados por demasiados años vigilando en lo alto del faro.

—¿Quién hay enterrado entonces en la tumba de Jacob Fleischmann en el cementerio? —preguntó Max.

—Nadie —respondió el anciano—. Esa tumba nunca se construyó ni se ofició ningún funeral. El mausoleo que viste el otro día apareció en el cementerio local a la semana siguiente de la tormenta. Las gentes del pueblo creen que fue Fleischmann quien lo mandó construir para su hijo.

—No lo entiendo —replicó Max—. Si no fue Fleischmann, ¿quién lo construyó y para qué?

Víctor Kray sonrió amargamente al muchacho.

—Caín —respondió finalmente—. Caín lo colocó allí y lo ha estado reservando desde entonces para Jacob.

—Dios mío —murmuró Max, comprendiendo que tal vez había desperdiciado un tiempo precioso al obligar al anciano a confesar toda la verdad—. Hay que sacar a Roland de la cabaña ahora mismo…

* * *

El embate de las olas que rompían en la playa despertó a Alicia. Ya había caído la noche y, a juzgar por el intenso repiqueteo del agua sobre el tejado de la cabaña, una fuerte tormenta se había desencadenado sobre la bahía mientras dormían. Alicia se incorporó, aturdida todavía, y comprobó que Roland seguía tendido en el catre, murmurando palabras ininteligibles en su sueño. Max no estaba allí y Alicia supuso que su hermano estaría afuera,

contemplando la lluvia sobre el mar; a Max le fascinaba la lluvia. Se dirigió hasta la puerta y la abrió, echando un vistazo a la playa.

Una densa niebla azulada reptaba desde el mar hacia la cabaña como un espectro acechante y Alicia pudo percibir docenas de voces que parecían susurrar desde su interior. Cerró la puerta con fuerza y se apoyó contra ella, decidida a no dejarse llevar por el pánico. Roland, sobresaltado por el ruido del portazo, abrió los ojos y se incorporó trabajosamente, sin comprender muy bien cómo había llegado hasta allí.

—¿Qué está pasando? —consiguió murmurar Roland.

Alicia despegó los labios para contestar, pero algo la detuvo. Roland contempló estupefacto cómo una densa niebla se filtraba por todas las junturas de la cabaña y envolvía a Alicia. La muchacha gritó y la puerta en la que había estado apoyada salió despedida hacia el exterior, arrancada de sus goznes por una fuerza invisible. Roland saltó del catre y corrió hacia Alicia, que se alejaba en dirección al mar envuelta en aquella garra formada por la niebla vaporosa. Una figura se interpuso en su camino y Roland reconoció al espectro de agua que le había arrastrado a las profundidades. El rostro lobuno del payaso se iluminó.

—Hola, Jacob —susurró la voz tras los labios gelatinosos—. Ahora sí que vamos a divertirnos.

Roland golpeó la forma acuosa y la silueta de Caín se desintegró en el aire, dejando caer en el vacío litros y litros de agua. Roland se precipitó al exterior y recibió el golpe de la tormenta. Una gran cúpula de espesas nubes purpúreas se había formado sobre la bahía. Desde su cima, un rayo cegador cayó sobre uno de los picos del acantilado y pulverizó toneladas de roca, esparciendo una lluvia de briznas incandescentes sobre la playa.

Alicia gritó, luchando por zafarse del abrazo letal que la aprisionaba y Roland corrió sobre las piedras hasta la orilla. Intentó alcanzar su mano hasta que una fuerte sacudida del mar lo derribó. Cuando se puso en pie de nuevo, toda la bahía temblaba bajo sus pies y Roland oyó un enorme rugido que parecía ascender desde las profundidades. El muchacho retrocedió unos pasos, luchando por mantener el equilibrio y pudo ver que una gigantesca forma luminosa emergía desde el fondo del mar hacia la superficie, levantando olas de varios metros en todas direcciones. En el centro de la bahía, Roland reconoció la silueta de un mástil surgiendo de entre las aguas. Lentamente, ante sus ojos incrédulos, el casco del *Orpheus* salió a flote, envuelto en un halo espectral.

Sobre el puente, Caín, envuelto en su capa, alzó un bastón plateado al cielo y un nuevo rayo cayó sobre él, prendiendo de luz resplandeciente todo el casco del *Orpheus*. El eco de la cruel carcajada del mago inundó la bahía mientras la garra fantasmal soltaba a Alicia a sus pies.

—Es a ti a quien quiero, Jacob —susurró la voz de Caín en la mente de Roland—. Si no quieres que ella muera, ven a buscarla…

CAPÍTULO DIECISÉIS

Max pedaleaba bajo la lluvia cuando el resplandor del rayo lo sobresaltó y reveló la visión del *Orpheus*, resurgido de las profundidades e impregnado de una luminosidad hipnótica que emanaba del propio metal. El viejo buque de Caín navegaba de nuevo sobre las aguas enfurecidas de la bahía. Max pedaleó hasta perder el aliento, temiendo que, cuando llegara a la cabaña, ya fuera demasiado tarde. Había dejado atrás al viejo farero, que no podía ni mucho menos igualar su ritmo. Al llegar al borde de la playa, Max saltó de la bicicleta y corrió hacia la cabaña de Roland. Descubrió que la puerta había sido arrancada de cuajo y localizó la silueta paralizada de su amigo en la orilla, mirando hechizado el buque fantasma que surcaba el oleaje. Max dio gracias al cielo y corrió a abrazarlo.

—¿Estás bien? —gritó contra el viento que azotaba la playa.

Roland le devolvió una mirada de pánico, como la de un animal herido e incapaz de escapar de su depredador. Max vio en él aquel rostro infantil que había sostenido la cámara frente al espejo y sintió un escalofrío.

—Tiene a Alicia —dijo Roland finalmente.

Max sabía que su amigo no comprendía lo que estaba sucediendo en realidad e intuyó que intentar explicárselo sólo complicaría la situación.

—Pase lo que pase —dijo Max—, aléjate de él. ¿Me has oído? Aléjate de Caín.

Roland ignoró sus palabras y se adentró en el agua hasta que el oleaje le cubrió la cintura. Max fue tras él y le retuvo, pero Roland, más fuerte que su amigo, se zafó fácilmente de él y lo empujó con fuerza antes de lanzarse a nadar.

—¡Espera! —gritó Max—. ¡No sabes lo que está pasando! ¡Te busca a ti!

—Ya lo sé —replicó Roland sin darle tiempo a pronunciar una palabra más.

Max vio zambullirse a su amigo en las olas y emerger unos metros más allá, nadando hacia el *Orpheus*. La mitad prudente de su alma le pedía a gritos correr de vuelta a la cabaña y esconderse bajo el catre hasta que todo hubiera pasado. Como siempre, Max escuchó a la otra mitad y se lanzó tras su amigo con la seguridad de que, esa vez, no volvería a tierra con vida.

* * *

Los largos dedos de Caín enfundados en un guante, se cerraron sobre la muñeca de Alicia como una tenaza y la muchacha sintió que el mago tiraba de ella, arrastrándola sobre la cubierta resbaladiza del *Orpheus*. Alicia intentó librarse de la presa forcejeando con fuerza. Caín se volvió y, alzándola en el aire sin ningún esfuerzo, acercó su rostro a escasos centímetros del de Alicia, hasta que la muchacha pudo ver cómo las pupilas de aquellos ojos ardientes de rabia se dilataban y cambiaban de color, del azul al dorado.

—No te lo repetiré —amenazó el mago con voz metálica y carente de vida —. Estate quieta o te arrepentirás. ¿Me has entendido?

El mago incrementó dolorosamente la presión de sus dedos y Alicia temió que, de no detenerse, Caín le pulverizaría los huesos de la muñeca como si fueran de arcilla seca. La muchacha comprendió que era inútil oponer resistencia y asintió nerviosamente. Caín aflojó la presa y sonrió. No había compasión ni cortesía en aquella sonrisa, sólo odio. El mago la soltó y Alicia cayó de nuevo sobre la cubierta, golpeándose la frente contra el metal. Se palpó la piel y sintió el escozor punzante de un corte abierto por la caída. Sin concederle un instante de tregua, Caín la asió de nuevo por su brazo magullado y la arrastró hacia las entrañas del buque.

—Levántate —ordenó el mago, empujándola a través de un corredor que se extendía tras el puente del *Orpheus* y conducía a los camarotes de cubierta.

Las paredes estaban ennegrecidas y cubiertas de óxido y de una capa viscosa de algas oscuras. En el interior del *Orpheus* había un palmo de agua cenagosa que desprendía vapores nauseabundos. Decenas de despojos flotaban y se balanceaban con el fuerte vaivén del barco entre el oleaje. El doctor Caín agarró a Alicia por el pelo y abrió una de las compuertas que daba a un camarote. Una nube de gases y agua corrompida aprisionados en el interior durante veinticinco años llenaron el aire. Alicia contuvo la

respiración. El mago le tiró con fuerza del pelo y la arrastró hasta la puerta del camarote.

—La mejor suite del barco, querida. El camarote del capitán para mi invitada de honor. Disfruta de la compañía.

Caín la empujó brutalmente al interior y cerró la compuerta a su espalda. Alicia cayó de rodillas y palpó la pared tras ella, en busca de un punto de apoyo. El camarote estaba prácticamente sumido en la oscuridad y la única claridad que conseguía abrirse paso provenía de un estrecho ojo de buey que los años bajo las aguas habían cubierto de una gruesa costra semitransparente de algas y restos orgánicos. Las continuas sacudidas del barco en la tormenta la empujaban contra las paredes del camarote. Alicia se aferró a una tubería oxidada y escrutó la penumbra, luchando por apartar de su mente el hedor penetrante que reinaba en aquel lugar. Sus ojos tardaron un par de minutos en habituarse a las mínimas condiciones de luz y permitirle examinar la celda que Caín le había reservado. No había más salida a la vista que la compuerta que el mago había cerrado al irse. Alicia buscó desesperadamente una barra de metal o un objeto contundente con que intentar forzar esa compuerta, pero no pudo hallar nada. Mientras palpaba en la penumbra, en pos de una herramienta que le permitiese liberarse, sus manos rozaron algo que había estado apoyado contra la pared. Alicia se apartó, sobresaltada. Los restos irreconocibles del capitán del *Orpheus* cayeron a sus pies y Alicia comprendió a quién se refería Caín al hablar de su *compañía*. El destino no había jugado a favor del viejo holandés errante. El estruendo del mar y el temporal ahogaron sus gritos.

* * *

Por cada metro que Roland ganaba en su camino hasta el *Orpheus*, la furia del mar lo arrastraba bajo el agua y lo devolvía a la superficie en el rompiente de una ola, envolviéndolo en un torbellino de espuma cuya fuerza no podía combatir. Frente a él, el barco se debatía con los muros de oleaje que el temporal lanzaba contra el casco.

A medida que se aproximaba al buque, la violencia del mar le hacía más dificultoso controlar la dirección en que la corriente lo zarandeaba y Roland temió que un golpe repentino del oleaje pudiera estrellarlo contra el casco del *Orpheus* y hacerle perder el sentido. Si eso sucedía, el mar lo engulliría vorazmente y jamás volvería a la superficie. Roland se zambulló para

esquivar la cresta que se cernía sobre él y emergió de nuevo, comprobando que la ola se alejaba hacia la costa formando un valle de agua turbia y agitada.

El *Orpheus* se alzaba a menos de una docena de metros de donde se encontraba y al contemplar la pared de acero teñida de luz incandescente supo que le resultaría imposible trepar hasta la cubierta. El único camino viable era la brecha que las rocas habían abierto en el casco, provocando el hundimiento del barco veinticinco años atrás. La brecha se encontraba en la línea de flotación y aparecía y se sumergía bajo las aguas a cada embate del oleaje. Los jirones de metal del fuselaje que rodeaban el agujero negro semejaban las fauces de una gran bestia marina. La sola idea de introducirse por aquella trampa aterraba a Roland, pero era su única oportunidad de llegar hasta Alicia. Luchó por no ser arrastrado por la siguiente ola y, una vez la cresta hubo pasado sobre él, se lanzó hacia el agujero del casco y penetró en él como un torpedo humano hacia las tinieblas.

* * *

Víctor Kray atravesó sin aliento las hierbas salvajes que separaban la bahía del camino del faro. La lluvia y el viento caían con fuerza y frenaban su avance como manos invisibles empeñadas en alejarle de aquel lugar. Cuando consiguió llegar hasta la playa, el *Orpheus* se alzaba en el centro de la bahía, navegando en línea recta hacia el acantilado y envuelto en un aura de luz sobrenatural. La proa del barco rompía el oleaje que barría la cubierta y levantaba una nube de espuma blanca a cada nueva sacudida del océano. Una sombra de desesperación se abatió sobre él: sus peores temores se habían hecho realidad y había fracasado; los años habían debilitado su mente y el Príncipe de la Niebla le había engañado una vez más. Sólo pedía ya al cielo que no fuera demasiado tarde para salvar a Roland del destino que el mago tenía reservado para él. En aquel momento, Víctor Kray hubiera entregado gustoso su vida si con ello garantizase a Roland una mínima oportunidad de escapar. Sin embargo, una oscura premonición le hacía sospechar que había faltado a la promesa que hizo a la madre del niño.

Víctor Kray se encaminó hacia la cabaña de Roland, con la vana esperanza de encontrarlo allí. No había rastro de Max ni de la muchacha y la visión de la puerta de la cabaña derribada en la playa le hizo albergar los peores augurios. Entonces, una chispa de esperanza se encendió ante él al comprobar que había luz en el interior de la cabaña. El farero se apresuró

hacia la entrada, voceando el nombre de Roland. La figura de un lanzador de cuchillos de piedra pálida y viva salió a recibirle.

—Un poco tarde para lamentarse, abuelo —dijo, permitiendo al anciano reconocer la voz de Caín.

Víctor Kray dio un paso atrás, pero había alguien a su espalda y, antes de que pudiera reaccionar, sintió un golpe seco en la nuca. Después, cayó la oscuridad.

* * *

Max advirtió que Roland penetraba en el casco del *Orpheus* a través del agujero en el fuselaje y sintió que sus fuerzas flaqueaban a cada nueva sacudida de las olas. Él no era un nadador comparable a Roland y a duras penas conseguiría mantenerse a flote durante mucho más tiempo en medio de aquel temporal, a menos que encontrase el modo de subir a bordo del buque. Por otro lado, la certeza de que el peligro les esperaba en las entrañas del barco se le hacía más evidente a cada minuto que pasaba y comprendía que el mago les estaba llevando a su terreno como moscas a la miel.

Tras oír un estruendo ensordecedor, Max contempló cómo una inmensa pared de agua se alzaba por la popa del *Orpheus* y se aproximaba a gran velocidad al buque. En pocos segundos, el impacto de la ola arrastró al barco hasta el acantilado y la proa se incrustó en las rocas, provocando una violenta sacudida en todo el casco. El mástil que sostenía las señales luminosas del puente se desplomó al costado de la nave y su extremo cayó a unos metros de Max, que se sumergió en las aguas.

Max nadó trabajosamente hasta allí, se aferró al mástil y descansó unos segundos para recuperar el aliento. Cuando alzó la mirada, vio que la trayectoria del mástil abatido le tendía un puente hasta la cubierta del barco. Antes de que una nueva ola lo arrancase de allí y se lo llevara para siempre, Max empezó a trepar hacia el *Orpheus* sin advertir que, apoyada en la baranda de estribor del buque, una silueta le esperaba inmóvil.

* * *

El impulso de la corriente empujó a Roland a través de la sentina inundada del *Orpheus* y el muchacho se protegió la cara con los brazos para evitar los golpes que su avance entre los restos del naufragio le propinaba. Roland se

meció a merced del agua hasta que una sacudida en el casco lo lanzó contra la pared, donde pudo asirse a una escalerilla metálica que ascendía hacia la parte superior del barco.

Roland trepó por la angosta escalerilla y cruzó una escotilla que desembocaba en la oscura sala de máquinas que albergaba los motores destruidos del *Orpheus*. Atravesó los restos de la maquinaria hasta el corredor de ascenso a la cubierta y, una vez allí, cruzó a toda prisa el pasillo de camarotes hasta llegar al puente del buque. Con una sensación extraña, Roland reconocía cada rincón de la sala y todos los objetos que tantas veces había observado buceando bajo el agua. Desde aquel puesto de observación, Roland tenía una visión completa de la cubierta delantera del *Orpheus*, donde las olas barrían la superficie e iban a morir contra la plataforma del puente. Súbitamente, Roland sintió que el *Orpheus* era impulsado hacia adelante con una fuerza imparable y contempló atónito cómo, de entre las sombras, a proa del barco emergía el acantilado. Iban a chocar contra las rocas en cuestión de segundos.

Roland se apresuró a sujetarse a la rueda del timón pero sus pies resbalaron sobre la película de algas que recubría el piso. Rodó varios metros hasta golpearse con el antiguo aparato de radio y su cuerpo experimentó la tremenda vibración del impacto del casco contra los acantilados. Pasado el peor momento, se incorporó y oyó un sonido cercano, una voz humana en el fragor de la tormenta. El sonido se repitió y Roland lo reconoció: era Alicia pidiendo ayuda a gritos en algún lugar del buque.

* * *

Los diez metros que Max hubo de trepar por el mástil hasta la cubierta del *Orpheus* se le antojaron más de cien. La madera estaba prácticamente podrida y tan astillada que, al alcanzar finalmente la borda del buque, sus brazos y piernas estaban plagados de pequeñas heridas que le producían un fuerte escozor. Max juzgó más prudente no detenerse a examinar sus magulladuras y extendió una mano hasta la barandilla metálica.

Una vez estuvo sólidamente aferrado, saltó con torpeza sobre la cubierta y cayó de bruces. Una forma oscura cruzó frente a él y Max alzó la mirada, con la esperanza de ver a Roland. La silueta de Caín desplegó su capa y le mostró un objeto dorado que se balanceaba del extremo de una cadena. Max reconoció su reloj.

—¿Buscas esto? —preguntó el mago, arrodillándose junto al muchacho y meciendo el reloj que Max había perdido en el mausoleo de Jacob Fleischmann ante sus ojos.

—¿Dónde está Jacob? —interrogó Max, ignorando la mueca burlona que parecía fijada al rostro de Caín como una mascarilla de cera.

—Ésa es la pregunta del día —respondió el mago—, y tú me ayudarás a responderla.

Caín cerró su mano sobre el reloj y Max pudo oír el crujido del metal. Cuando el mago mostró de nuevo la palma abierta, del regalo que su padre le había hecho apenas quedaba un amasijo irreconocible de tornillos y tuercas aplastadas.

—El tiempo, querido Max, no existe; es una ilusión. Incluso tu amigo Copérnico hubiese adivinado eso si hubiese tenido precisamente tiempo. ¿Irónico, verdad?

Max calculó mentalmente las posibilidades que tenía de saltar por la borda y escapar del mago. El guante blanco de Caín se cerró sobre su garganta antes de que pudiera respirar.

—¿Qué es lo que va a hacer conmigo? —gimió Max.

—¿Qué harías contigo si estuvieses en mi lugar? —preguntó el mago.

Max sintió cómo la presa letal de Caín le cortaba la respiración y la circulación a la cabeza.

—Es una buena pregunta, ¿verdad?

El mago soltó a Max sobre la cubierta. El impacto del metal herrumbroso contra su cuerpo le nubló la visión por unos segundos y un espasmo de náusea se apoderó de él.

—¿Por qué persigue a Jacob? —balbuceó Max, tratando de ganar tiempo para Roland.

—Los negocios son los negocios, Max —respondió el mago—. Yo ya cumplí mi parte del trato.

—Pero ¿qué importancia puede tener la vida de un chico para usted? —espetó Max—. Además, ya se vengó matando al Dr. Fleischmann, ¿no es cierto?

El rostro del doctor Caín se iluminó, como si Max acabase de formularle la pregunta que ansiaba responder desde que habían iniciado su diálogo.

—Cuando no se salda un préstamo, hay que pagar intereses. Pero eso no anula la deuda. Es mi ley —siseó la voz del mago—. Y es mi alimento. La vida de Jacob y la de muchos como él. ¿Sabes cuántos años hace que recorro el mundo, Max? ¿Sabes cuántos nombres he tenido?

Max negó agradeciendo cada segundo que el mago perdía hablando con él.

—Dígamelo —respondió con un hilo de voz, fingiendo una temerosa admiración ante su interlocutor.

Caín sonrió eufórico. En aquel momento, sucedió lo que Max había estado temiendo. Entre el estruendo de la tormenta, resonó la voz de Roland llamando a Alicia. Max y el mago cruzaron una mirada; ambos lo habían oído. La sonrisa se desvaneció en el rostro de Caín y rápidamente recuperó la oscura faz de un depredador hambriento y sanguinario.

—Muy listo —murmuró.

Max tragó saliva, preparado para lo peor.

El mago desplegó una mano frente a él y Max contempló petrificado cómo cada uno de los dedos se transformaba en una larga aguja. A pocos metros de allí, Roland gritó de nuevo. Caín se volvió a mirar a sus espaldas y Max se abalanzó hacia la borda del buque. La garra del mago se cerró sobre su nuca y lo hizo girar lentamente, hasta enfrentarlo cara a cara con el Príncipe de la Niebla.

—Lástima que tu amigo no sea la mitad de hábil que tú. Quizá debería hacer los tratos contigo. Otra vez será —escupieron los labios del mago—. Hasta la vista, Max. Espero que hayas aprendido a bucear desde la última vez.

Con la fuerza de una locomotora, el mago lanzó a Max por los aires, de vuelta al mar. El cuerpo del chico trazó un arco de más de diez metros y cayó sobre el oleaje, sumergiéndose en la fuerte corriente helada. Max luchó por salir a flote y batió brazos y piernas con todas sus fuerzas para escapar de la letal fuerza de succión que parecía arrastrarle hacia la negra oscuridad del fondo. Nadando a ciegas, sintió que sus pulmones estaban a punto de estallar y finalmente emergió a pocos metros de las rocas. Inspiró una bocanada de aire y, peleando por mantenerse a flote, consiguió que poco a poco las olas lo llevaran hasta el borde de la pared rocosa, donde consiguió asirse a un saliente desde el que trepar y ponerse a salvo. Las aristas afiladas de las piedras le mordieron la piel y Max sintió cómo abrían pequeñas heridas en sus miembros, tan entumecidos por el frío que apenas podían sentir el dolor. Luchando por no desfallecer, ascendió unos metros hasta encontrar un recodo entre las rocas fuera del alcance del oleaje. Sólo entonces pudo tenderse sobre la dura piedra y descubrir que estaba tan aterrorizado que no era capaz de creer que había salvado su vida.

CAPÍTULO DIECISIETE

La puerta del camarote se abrió lentamente y Alicia, acurrucada en un rincón de las sombras, permaneció inmóvil y contuvo la respiración. La sombra del Príncipe de la Niebla se proyectó sobre el interior de la sala y sus ojos, encendidos como brasas, cambiaron de color, del dorado a un rojo profundo. Caín entró en el camarote y se acercó a ella. Alicia luchó por ocultar el temblor que se había apoderado de ella y encaró al visitante con una mirada desafiante. El mago mostró una sonrisa canina ante tal despliegue de arrogancia.

—Debe de ser algo de familia. Todos con vocación de héroe —comentó amablemente el mago—. Me estáis empezando a gustar.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo Alicia, impregnando su voz temblorosa de todo el desprecio que pudo reunir.

Caín pareció considerar la pregunta y se quitó los guantes con parsimonia. Alicia advirtió que sus uñas eran largas y afiladas como la punta de una daga. Caín la señaló con una de ellas.

—Eso depende. ¿Qué me sugieres tú? —ofreció el mago dulcemente, sin apartar sus ojos del rostro de Alicia.

—No tengo nada que darle —replicó ella, dirigiendo una mirada furtiva a la compuerta abierta del camarote.

Caín negó con el índice, leyendo sus intenciones.

—No sería una buena idea —sugirió—. Volvamos a lo nuestro. ¿Por qué no hacemos un trato? Una entente entre adultos, por así decirlo.

—¿Qué trato? —respondió Alicia, esforzándose por rehuir la mirada hipnótica de Caín, que parecía succionar su voluntad con la voracidad de un

parásito de almas.

—Así me gusta, que hablemos de negocios. Dime, Alicia, ¿te gustaría salvar a Jacob, perdón, a Roland? Es un muchacho apuesto, diría yo —dijo el mago paladeando cada una de las palabras de su oferta con infinita delicadeza.

—¿Qué quiere a cambio? ¿Mi vida? —repuso Alicia, cuyas frases brotaban de su garganta sin apenas darle tiempo a pensar.

El mago cruzó las manos y frunció el ceño, pensativo. Alicia advirtió que nunca parpadeaba.

—Yo tenía pensada otra cosa, querida —explicó el mago, acariciándose el labio inferior con la yema de su dedo índice—. ¿Qué hay de la vida de tu primer hijo?

Caín se aproximó lentamente a ella y acercó su rostro al de la muchacha. Alicia sintió un intenso hedor dulzón y nauseabundo que emanaba de Caín. Enfrentando su mirada, Alicia escupió en la cara del mago.

—Váyase al infierno —dijo, conteniendo la rabia.

Las gotas de saliva se evaporaron como si las hubiese lanzado a una plancha de metal ardiente.

—Querida niña, de allí vengo —replicó Caín.

Lentamente, el mago extendió su mano desnuda hacia el rostro de Alicia. La muchacha cerró los ojos y notó el contacto helado de sus dedos y las largas y afiladas uñas sobre su frente durante unos instantes. La espera se hizo interminable. Finalmente, Alicia oyó cómo sus pasos se alejaban y la compuerta del camarote se cerraba de nuevo. El hedor a podredumbre escapó por las junturas de la escotilla del camarote como el vapor desde una válvula a presión. Alicia sintió deseos de llorar y golpear las paredes hasta aplacar su furia, pero hizo un esfuerzo por no perder el control y mantener la mente clara. Tenía que salir de allí y no disponía de mucho tiempo para hacerlo.

Fue hasta la compuerta y palpó el contorno en busca de una brecha o algún resquicio por el que tratar de forzarla. Nada. Caín la había encerrado en un sarcófago de aluminio oxidado en compañía de los huesos del viejo capitán del *Orpheus*. En aquel momento, una fuerte conmoción sacudió el barco y Alicia cayó de bruces contra el suelo. A los pocos segundos, un sonido apagado empezó a hacerse audible desde las entrañas del barco. Alicia apoyó el oído en la compuerta y escuchó atentamente; era el siseo inconfundible del agua fluyendo. Gran cantidad de agua. Alicia, presa del pánico, comprendió lo que sucedía: el casco se inundaba y el *Orpheus* se

hundía de nuevo, empezando por las bodegas. Esta vez no pudo contener su alarido de terror.

* * *

Roland había recorrido todo el buque en busca de Alicia sin éxito. El *Orpheus* se había transformado en una laberíntica catacumba submarina de interminables corredores y compuertas atrancadas. El mago podía haberla ocultado en decenas de lugares. Volvió al puente y trató de deducir dónde podía estar atrapada. La sacudida que atravesó el barco le hizo perder el equilibrio y Roland cayó sobre el suelo húmedo y resbaladizo. De entre las sombras del puente apareció Caín, como si su silueta hubiese emergido del metal resquebrajado del piso.

—Nos hundimos, Jacob —explicó el mago con parsimonia, señalando a su alrededor—. Nunca has tenido sentido de la oportunidad, ¿verdad?

—No sé de qué está usted hablando. ¿Dónde está Alicia? —exigió Roland, dispuesto a lanzarse sobre su oponente.

El mago cerró los ojos y juntó las palmas de las manos como si fuese a entonar una oración.

—En algún lugar de este barco —respondió tranquilamente Caín—. Si has sido lo suficientemente estúpido como para llegar hasta aquí, no lo estropees ahora. ¿Quieres salvarle la vida, Jacob?

—Mi nombre es Roland —atajó el muchacho.

—Roland, Jacob… ¿Qué más da un nombre que otro? —rió Caín—. Yo mismo tengo varios. ¿Cuál es tu deseo, Roland? Quieres salvar a tu amiga. Es eso, ¿no?

—¿Dónde la ha metido? —repitió Roland—. ¡Maldito sea! ¿Dónde está?

El mago se frotó las manos, como si tuviera frío.

—¿Sabes lo que tarda un barco como éste en hundirse, Jacob? No me lo digas. Un par de minutos, como mucho. ¿Sorprendente, verdad? Dímelo a mí —rió Caín.

—Usted quiere a Jacob o como quiera que me llame —afirmó Roland—. Ya lo tiene; no voy a huir. Suéltela a ella.

—Qué original, Jacob —sentenció el mago, acercándose hacia el muchacho—. Se te acaba el tiempo, Jacob. Un minuto.

El *Orpheus* empezó a escorar lentamente a estribor. El agua que inundaba el barco rugía bajo sus pies y la debilitada estructura de metal vibraba

fuertemente ante la furia con que las aguas se abrían camino a través de las entrañas del buque, como ácido sobre un juguete de cartón.

—¿Qué tengo que hacer? —imploró Roland—. ¿Qué espera de mí?

—Bien, Jacob. Veo que vamos entrando en razón. Espero que cumplas la parte del trato que tu padre fue incapaz de cumplir —respondió el mago—. Nada más. Y nada menos.

—Mi padre murió en un accidente, yo… —empezó a explicar Roland con desesperación.

El mago colocó su mano paternalmente sobre el hombro del muchacho. Roland sintió el contacto metálico de sus dedos.

—Medio minuto, chico. Un poco tarde para las historias de familia —cortó Caín.

El agua golpeaba con fuerza la cubierta sobre la que se sostenía el puente y Roland dirigió una última mirada suplicante al mago. Caín se arrodilló frente a Roland y sonrió al muchacho.

—¿Hacemos un trato, Jacob? —susurró el mago.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Roland y lentamente el chico asintió.

—Bien, bien, Jacob —murmuró Caín—. Bienvenido a casa…

El mago se incorporó y señaló hacia uno de los pasillos que partían del puente.

—La última puerta de ese corredor —señaló Caín—. Pero escucha un consejo. Cuando consigas abrirla, ya estaremos bajo el agua y tu amiga no tendrá ni una gota de aire que respirar. Tú eres un buen buceador, Jacob. Sabrás lo que hacer. Recuerda tu trato…

Caín sonrió por última vez y, envolviéndose en su capa, se desvaneció en la oscuridad mientras pasos invisibles se alejaban sobre el puente y dejaban huellas de metal fundido en el casco del barco. El muchacho permaneció paralizado unos segundos, recuperando el aliento, hasta que una nueva sacudida del buque lo empujó contra la rueda petrificada del timón. El agua había empezado a inundar el nivel del puente.

Roland se lanzó hacia el pasillo que el mago le había indicado. El agua brotaba de las escotillas de ascenso a presión e inundaba el corredor mientras el *Orpheus* se hundía progresivamente en el mar. Roland golpeó en vano la compuerta con los puños.

—¡Alicia! —gritó, aunque era consciente de que ella apenas podría oírle al otro lado del grosor del acero—. Soy Roland. ¡Contén la respiración! ¡Voy a sacarte de ahí!

Roland aferró la rueda de la compuerta e intentó con todas sus fuerzas hacerla girar, hiriéndose las palmas de las manos en el empeño mientras el agua helada le cubría por encima de la cintura y seguía subiendo. La rueda apenas cedió un par de centímetros. Roland inspiró profundamente y la forzó de nuevo, consiguiendo que girara progresivamente hasta que el agua helada le cubrió el rostro e inundó finalmente todo el corredor. La oscuridad se apoderó del *Orpheus*.

Cuando la compuerta se abrió, Roland buceó en el interior del camarote tenebroso palpando a ciegas en busca de Alicia. Por un terrible momento, pensó que el mago lo había engañado y que allí no había nadie. Abrió los ojos bajo el agua y trató de vislumbrar algo entre la tiniebla submarina luchando contra el escozor. Finalmente, sus manos alcanzaron un jirón de tela del vestido de Alicia que se debatía frenéticamente entre el pánico y la asfixia. La abrazó y trató de tranquilizarla, pero la muchacha no podía saber quién o qué la había aferrado en la oscuridad. Consciente de que le quedaban apenas unos segundos, Roland la rodeó por el cuello y tiró de ella hacia el exterior del corredor. El buque seguía precipitándose en su descenso inexorable hacia las profundidades. Alicia forcejeaba inútilmente y Roland la arrastró hasta el puente a través del corredor por el que flotaban los despojos que el agua había arrancado de lo más profundo del *Orpheus*. Sabía que no podían salir del buque hasta que el casco hubiera tocado fondo porque, de intentarlo, la fuerza de succión los arrastraría a la corriente submarina sin remedio. Sin embargo, no ignoraba que habían transcurrido por lo menos treinta segundos desde que Alicia había respirado por última vez y que, a esas alturas y en su estado de pánico, habría empezado a inhalar agua. El ascenso a la superficie sería probablemente el camino a una muerte segura para ella. Caín había planeado cuidadosamente su juego.

La espera a que el *Orpheus* tocase fondo se hizo infinita y, cuando llegó el impacto, parte de la techumbre del puente se desplomó sobre Alicia y él. Un fuerte dolor ascendió por su pierna y Roland comprendió que el metal le había aprisionado un tobillo. El resplandor del *Orpheus* se desvanecía lentamente en las profundidades.

Roland luchó contra la punzante agonía que le atenazaba la pierna y buscó el rostro de Alicia en la penumbra. La muchacha tenía los ojos abiertos y se debatía al borde de la asfixia. Ya no podía contener la respiración ni un segundo más y sus últimas burbujas de aire se escaparon de entre sus labios como perlas portadoras de los últimos instantes de una vida que se extinguía.

Roland le tomó el rostro y trató de que Alicia lo mirase a los ojos. Sus miradas se unieron en las profundidades y ella comprendió al instante lo que él se proponía. Alicia negó con la cabeza, tratando de alejar a Roland de sí. Éste señaló el tobillo aprisionado bajo el abrazo mortal de las vigas metálicas del techo. Alicia nadó a través de las aguas heladas hacia la viga abatida y luchó por liberar a Roland. Ambos muchachos cruzaron una mirada desesperada. Nada ni nadie podría mover las toneladas de acero que retenían a Roland. Alicia nadó de vuelta hasta él y lo abrazó, sintiendo cómo su propia conciencia se desvanecía por la falta de aire. Sin esperar un instante, Roland tomó el rostro de Alicia y, posando sus labios sobre los de la muchacha, espiró en su boca el aire que había reservado para ella, tal como Caín había previsto desde el principio. Alicia aspiró el aire de sus labios y apretó con fuerza las manos de Roland, unida a él en aquel beso de salvación.

El muchacho le dirigió una mirada desesperada de adiós y la empujó contra su voluntad fuera del puente, donde, lentamente, Alicia inició su ascenso hacia la superficie. Aquélla fue la última vez que Alicia vio a Roland. Segundos después, la muchacha emergió en el centro de la bahía y pudo ver que la tormenta se alejaba despacio mar adentro, llevándose consigo todas las esperanzas que había puesto en el futuro.

* * *

Cuando Max vio aflorar el rostro de Alicia sobre la superficie, se lanzó de nuevo al agua y nadó apresuradamente hasta ella. Su hermana apenas podía mantenerse a flote y balbuceaba palabras incomprensibles, tosiendo violentamente y escupiendo el agua que había tragado en su ascenso desde el fondo. Max la rodeó por los hombros y la arrastró hasta que pudo hacer pie a un par de metros de la orilla. El viejo farero esperaba en la playa y corrió a socorrerlos. Juntos sacaron a Alicia del agua y la tendieron sobre la arena. Víctor Kray le buscó el pulso en la muñeca, pero Max retiró delicadamente la mano temblorosa del anciano.

—Está viva, señor Kray —explicó Max, acariciando la frente de su hermana—. Está viva.

El anciano asintió y dejó a Alicia al cuidado de Max. Tambaleándose, como un soldado tras una larga batalla, Víctor Kray caminó hasta la orilla y se adentró en el mar hasta que el agua le cubrió la cintura.

—¿Dónde está mi Roland? —murmuró el anciano, volviéndose a Max—. ¿Dónde está mi nieto?

Max lo miró en silencio, viendo cómo el alma del pobre viejo y la fuerza que lo había mantenido todos aquellos años en lo alto del faro se perdían igual que un puñado de arena entre los dedos.

—No volverá, señor Kray —respondió finalmente el muchacho, con lágrimas en los ojos—. Roland ya no volverá.

El viejo farero lo miró como si no pudiera comprender sus palabras. Luego asintió, pero volvió la vista al mar a la espera de que su nieto emergiese de allí para reunirse con él. Lentamente, las aguas recobraron la calma y una guirnalda de estrellas se encendió sobre el horizonte. Roland nunca volvió.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Al día siguiente a la tormenta que asoló la costa durante la larga noche del 23 de junio de 1943, Maximilian y Andrea Carver volvieron a la casa de la playa con la pequeña Irina, que ya estaba fuera de peligro, aunque tardaría unas semanas en recobrarse completamente. Los fuertes vientos que habían azotado el pueblo hasta poco antes del amanecer dejaron un rastro de árboles y postes eléctricos caídos, barcas arrastradas desde el mar hasta el paseo y ventanas rotas en buena parte de las fachadas del pueblo. Alicia y Max esperaban en silencio, sentados en el porche, y desde el instante en que Maximilian Carver descendió del coche que les había conducido desde la ciudad, pudo ver en sus rostros y en sus ropas raídas que algo terrible había sucedido.

Antes de que pudiese formular la primera pregunta, la mirada de Max le hizo comprender que las explicaciones, si alguna vez llegaban a producirse, tendrían que esperar a más adelante. Fuera lo que fuese lo que había acontecido, Maximilian Carver supo, del modo en que pocas veces en la vida se nos permite comprender sin necesidad de palabras o razones, que tras la mirada triste de sus dos hijos estaba el final de una etapa de sus vidas que nunca volvería.

Antes de entrar en la casa de la playa, Maximilian Carver miró en el pozo sin fondo de los ojos de Alicia, que contemplaba ausente la línea del horizonte como si esperase encontrar en ella la solución a todas las preguntas; preguntas que ni él ni nadie podrían ya contestar. De repente, y en silencio, se dio cuenta de que su hija había crecido y algún día, no muy lejano, emprendería un nuevo camino en busca de sus propias respuestas.

* * *

La estación del tren estaba sumida en la nube de vapor que exhalaba la máquina. Los últimos viajeros se apresuraban a subir a los vagones y a despedirse de los familiares y amigos que los habían acompañado hasta el andén. Max observó el viejo reloj que le había dado la bienvenida al pueblo y comprobó que, esta vez, sus agujas se habían parado para siempre. El mozo del tren se acercó a Max y a Víctor Kray, con la palma extendida y claras intenciones de conseguir una propina.

—Las maletas ya están en el tren, señor.

El viejo farero le tendió unas monedas y el mozo se alejó, contándolas. Max y Víctor Kray intercambiaron una sonrisa, como si la anécdota les resultara divertida y aquélla no fuese más que una despedida rutinaria.

—Alicia no ha podido venir porque… —empezó Max.

—No es necesario. Lo entiendo —atajó el farero—. Despídeme de ella. Y cuídala.

—Lo haré —respondió Max.

El jefe de estación hizo sonar su silbato. El tren estaba a punto de partir.

—¿No me va a decir adónde va? —preguntó Max, señalando el tren que esperaba en los raíles. Víctor Kray sonrió y tendió su mano al muchacho.

—Vaya a donde vaya —respondió el anciano—, nunca podré alejarme de aquí.

El silbato sonó de nuevo. Tan sólo Víctor Kray restaba para subir al tren. El revisor esperaba al pie de la puerta del vagón.

—Tengo que irme, Max —dijo el anciano.

Max lo abrazó con fuerza y el farero lo rodeó con sus brazos.

—Por cierto, tengo algo para ti.

Max aceptó una pequeña caja de manos del farero. La agitó suavemente; algo tintineaba en su interior.

—¿No vas a abrirla? —preguntó el anciano.

—Cuando usted se haya ido —respondió Max.

El farero se encogió de hombros.

Víctor Kray se dirigió hacia el vagón y el revisor le tendió la mano para ayudarle a subir. Cuando el farero estaba en el último escalón, Max corrió súbitamente hacia él.

—¡Señor Kray! —exclamó Max.

El anciano se volvió a mirarlo, con aire divertido.

—Me ha gustado conocerlo, señor Kray —dijo Max.

Víctor Kray le sonrió por última vez y se golpeó el pecho suavemente con el índice.

—A mí también, Max —respondió—. A mí también.

Lentamente, el tren arrancó y su rastro de vapor se perdió en la distancia para siempre. Max permaneció en el andén hasta que ya se hizo imposible distinguir aquel punto en el horizonte. Sólo entonces abrió la caja que el anciano le había entregado y descubrió que contenía un manojo de llaves. Max sonrió. Eran las llaves del faro.

EPÍLOGO

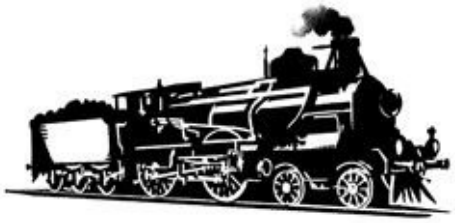
Las últimas semanas del verano trajeron nuevas noticias de aquella guerra que, según todos decían, tenía los días contados. Maximilian Carver había inaugurado su relojería en un pequeño local cerca de la plaza de la iglesia y, al poco tiempo, no quedaba habitante del pueblo que no hubiese visitado el pequeño bazar de las maravillas del padre de Max. La pequeña Irina se había recuperado completamente y no parecía recordar el accidente que había sufrido en la escalera de la casa de la playa. Ella y su madre acostumbraban a dar largos paseos por la playa en busca de conchas y pequeños fósiles con los que habían empezado una colección que aquel otoño prometía ser la envidia de sus nuevas compañeras de clase.

Max, fiel al legado del viejo farero, acudía con su bicicleta cada atardecer hasta la casa del faro y prendía la llama del haz de luz que habría de guiar a los barcos hasta el nuevo amanecer. Max subía a la atalaya y desde allí contemplaba el océano, tal como hizo Víctor Kray durante casi toda su vida.

Durante una de esas tardes en el faro, Max descubrió que su hermana Alicia solía volver a la playa donde se había alzado la cabaña de Roland. Iba sola y se sentaba junto a la orilla, extraviando su mirada en el mar y dejando pasar las horas en silencio. Ya nunca hablaban como lo habían hecho durante los días que habían compartido con Roland, y Alicia nunca mencionaba lo sucedido aquella noche en la bahía. Max había respetado su silencio desde el primer momento. Al llegar los últimos días de septiembre, que presagiaban el principio del otoño, el recuerdo del Príncipe de la Niebla parecía haberse desvanecido definitivamente de su memoria como un sueño a la luz del día.

A menudo, cuando Max observaba a su hermana Alicia abajo en la playa, evocaba las palabras de Roland cuando su amigo le había confesado el temor de que aquél fuera su último verano en el pueblo si era reclutado. Ahora, aunque los hermanos apenas cruzaban una palabra al respecto, Max sabía que el recuerdo de Roland y de aquel verano en que descubrieron juntos la magia permanecería con ellos y los uniría para siempre.

EL PALACIO DE LA MEDIANOCHE



Para MariCarmen

UNA NOTA DEL AUTOR

Amigo lector:

Soy una de esas personas que siempre se saltan los prólogos y las introducciones, puesto que prefieren ir directos al grano. Si éste es también tu caso, escapa ahora mismo de esta página y lánzate de lleno a la novela, que es lo que en realidad cuenta. Pero si eres de ese otro tipo de lectores (y yo confieso que, a veces, también lo soy) a los que les pica la curiosidad, permíteme que te cuente brevemente algo de esta novela que, confío, te ayudará a ponerla en perspectiva.

El Palacio de la Medianoche es la segunda novela que publiqué, allá por 1994, y que forma parte, junto con *El Príncipe de la Niebla*, *Las Luces de Septiembre* y *Marina*, de la serie de novelas «juveniles» que escribí antes de *La Sombra del Viento*. A decir verdad, nunca he sabido muy bien qué significa eso de «novela juvenil». Lo único que sé es que cuando las escribí yo era bastante más joven de lo que soy ahora y que mi idea al publicarlas era que, si había hecho mi trabajo correctamente, debían interesar a lectores jóvenes de edades comprendidas entre los nueve y los noventa años. Son historias de misterio y aventura, novelas que quizá el Julián Carax de *La Sombra del Viento* podría haber escrito desde su ático en el barrio latino de París, mientras pensaba en su amigo Daniel Sempere.

El Palacio de la Medianoche, después de muchos años de ediciones lamentables, ve hoy por fin la luz como a su autor le pareció que debería haberlo hecho cuando fue publicada por primera vez. Han pasado unos cuantos años, y un novelista se siente tentado de rehacer los pasos perdidos y corregir los muchos defectos que plagan una obra temprana para que dé la impresión de que uno poseía más talento del que en realidad tenía. Me ha parecido más honesto dejarla tal cual la escribí, con los recursos y el oficio de aquel momento.

Una de las mayores satisfacciones que me ha deparado esta profesión a lo largo de los años han sido los numerosos lectores jóvenes que se han acercado a estas cuatro novelas «juveniles» y que han tenido la amabilidad de

escribirme para contarme que se aficionaron a la lectura, y algunos incluso a la escritura, después de vivir sus aventuras.

A ellos, y a esos jóvenes y no tan jóvenes que hoy se aventuran por primera vez en estas novelas y sus misterios, el más sincero agradecimiento de este contador de historias. Feliz lectura.

CARLOS RUIZ ZAFÓN
Mayo de 2006.

Nunca podré olvidar la noche en que nevó sobre Calcuta. El calendario del orfanato St. Patrick's desgranaba los últimos días de mayo de 1932 y dejaba atrás uno de los meses más calurosos que recordaba la historia de la ciudad de los palacios.

Día a día esperábamos con tristeza y temor la llegada de aquel verano en que cumpliríamos los dieciséis años y que habría de significar nuestra separación y la disolución de la Chowbar Society, aquel club secreto y reservado a siete miembros exclusivos que había sido nuestro hogar durante nuestros años en el orfanato. Allí crecimos sin otra familia que nosotros mismos y sin otros recuerdos que las historias que contábamos al llegar la madrugada en torno al fuego, en el patio de la vieja casa abandonada que se alzaba en la esquina de Cotton Street y Brabourne Road, un caserón en ruinas al que habíamos bautizado como el Palacio de la Medianoche. No sabía entonces que aquélla sería la última vez que vería el lugar en cuyas calles me crié y cuyo embrujo me ha perseguido hasta hoy.

No volví a Calcuta después de aquel año, pero siempre fui fiel a la promesa que todos hicimos en silencio bajo la lluvia blanca a orillas del río Hooghly: no olvidar jamás lo que habíamos presenciado. Los años me han enseñado a atesorar en la memoria cuanto sucedió durante aquellos días, y a conservar las cartas que recibía desde la ciudad maldita y que han mantenido viva la llama de mi recuerdo. Supe así que nuestro antiguo Palacio fue derribado para alzar sobre sus cenizas un edificio de oficinas y que Mr. Thomas Carter, el director del St. Patrick's, falleció tras haber pasado los últimos años de su vida en la oscuridad, después de producirse el incendio que cerró sus ojos para siempre.

Lentamente, tuve noticia de la progresiva desaparición de los escenarios en que vivimos aquellos días. La furia de una ciudad que se devoraba a sí misma y el espejismo del tiempo acabaron por borrar el rastro de los miembros de la Chowbar Society.

De este modo, sin elección, tuve que aprender a vivir con el temor de que esta historia se perdiera para siempre por falta de un narrador.

La ironía del destino ha querido que sea yo, el menos indicado, el peor dotado para la tarea, quien emprenda la labor de relatarla y desvelar el secreto que hace ya tantos años nos unió y nos separó a la vez para siempre en la antigua estación de ferrocarril de Jheeter's Gate. Hubiera preferido que fuese otro el encargado de rescatar esta historia del olvido, pero una vez

más la vida me ha mostrado que mi papel era el de testigo, no el de protagonista.

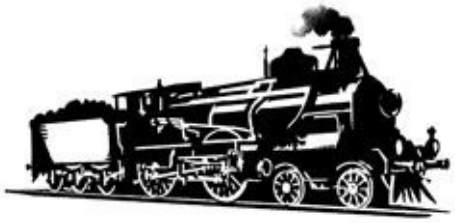
Durante todos estos años he guardado las escasas cartas de Ben y Roshan, atesorando los documentos que daban luz al destino de cada uno de los miembros de nuestra sociedad particular, releyéndolos una y otra vez en voz alta en la soledad de mi estudio. Quizá porque de algún modo intuía que la fortuna me había hecho depositario de la memoria de todos nosotros. Quizá porque comprendía que, de entre aquellos siete muchachos, yo siempre fui el más reticente al riesgo, el menos brillante y osado y, por tanto, el que más posibilidades tenía de sobrevivir.

Con ese espíritu, en la confianza de que no me traicionará el recuerdo, trataré de revivir los misteriosos y terribles sucesos que acontecieron durante aquellos cuatro ardientes días de mayo de 1932.

No será tarea fácil y apelo a la benevolencia de mis lectores hacia mi torpe pluma a la hora de rescatar del pasado aquel verano de tinieblas en la ciudad de Calcuta. He puesto todo mi empeño en reconstruir la realidad y en remontarme a los turbios episodios que habrían de trazar inexorablemente la línea de nuestro destino. No me queda ya más que desaparecer de la escena y permitir que sean los propios hechos los que hablen por sí mismos.

Nunca podré olvidar los rostros de aquellos muchachos asustados la noche en que nevó sobre Calcuta. Pero, como mi amigo Ben me enseñó que siempre debía hacerse, empezaré mi historia por el principio…

1. EL RETORNO DE LA OSCURIDAD



Calcuta, mayo de 1916

Poco después de la medianoche, una barcaza emergió de la neblina nocturna que ascendía de la superficie del río Hooghly como el hedor de una maldición. A proa, bajo la tenue claridad que proyectaba un candil agonizante asido al mástil, podía adivinarse la figura de un hombre envuelto en una capa bogando trabajosamente hacia la orilla lejana. Más allá, al oeste, el perfil de Fort William en el Maidán se erguía bajo un manto de nubes de ceniza a la luz de un infinito sudario de faroles y hogueras que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Calcuta.

El hombre se detuvo unos segundos para recuperar el aliento y contemplar la silueta de la estación de Jheeter's Gate, que se perdía definitivamente en la tiniebla que cubría la otra orilla del río. A cada metro que se adentraba en la bruma, la estación de acero y cristal se confundía con otros tantos edificios anclados en esplendores olvidados. Sus ojos vagaron entre aquella selva de mausoleos de mármol ennegrecido por décadas de abandono y paredes desnudas a las que la furia del monzón había arrancado su piel ocre, azul y dorada y las había desdibujado como acuarelas desvaneciéndose en un estanque.

Tan sólo la certeza de que apenas le quedaban unas horas de vida, quizá unos minutos, le permitió continuar la marcha, abandonando en las entrañas de aquel lugar maldito a la mujer a quien había jurado proteger con su propia vida. Aquella noche, mientras el teniente Peake emprendía su último viaje a Calcuta a bordo de una vieja barcaza, cada segundo de su vida se desvanecía bajo la lluvia que había llegado al amparo de la madrugada.

Al tiempo que luchaba por arrastrar la nave hacia la orilla, el teniente podía oír el llanto de los dos niños ocultos en el interior de la sentina. Peake

volvió la vista atrás y comprobó que las luces de la otra barcaza parpadeaban apenas un centenar de metros tras él, ganando terreno. Podía imaginar la sonrisa de su perseguidor, saboreando la caza, inexorable.

Ignoró las lágrimas de hambre y frío de los niños y dedicó todas las fuerzas que le restaban a pilotar la nave hasta el margen del río que venía a morir en el umbral del laberinto insondable y fantasmal de las calles de Calcuta. Doscientos años habían bastado para transformar la densa jungla que crecía alrededor del Kalighat en una ciudad donde Dios no se habría atrevido a entrar jamás.

En pocos minutos la tormenta se había cernido sobre la ciudad con la cólera de un espíritu destructor. A mediados de abril y hasta bien entrado el mes de junio, la ciudad se consumía en las garras del llamado verano indio. Durante esos días, la ciudad soportaba temperaturas de 40 grados y un nivel de humedad al filo de la saturación. Minutos después, bajo el influjo de violentas tormentas eléctricas que convertían el cielo en un lienzo de pólvora, los termómetros podían descender treinta grados en cuestión de segundos.

El manto torrencial de la lluvia velaba la visión de los raquíticos muelles de madera podrida que se balanceaban sobre el río. Peake no cejó en su empeño hasta sentir el impacto del casco contra los maderos del muelle de pescadores y, sólo entonces, caló la vara en el fondo fangoso y se apresuró a buscar a los niños, que yacían envueltos en una manta. Al tomarlos en sus brazos, el llanto de los bebés impregnó la noche como el rastro de sangre que guía al depredador hasta su presa. Peake los apretó contra su pecho y saltó a tierra.

A través de la espesa cortina de agua que caía con furia se podía observar la otra barcaza aproximándose lentamente a la orilla como una nave funeraria. Sintiendo el latigazo del pánico, Peake corrió hacia las calles que bordeaban el Maidán por el sur y desapareció en las sombras de aquel tercio de la ciudad al que sus privilegiados habitantes, europeos y británicos en su mayoría, denominaban la *ciudad blanca*.

Tan sólo albergaba una esperanza de poder salvar la vida de los niños, pero estaba aún lejos del corazón del sector Norte de Calcuta, donde se alzaba la morada de Aryami Bosé. Aquella anciana era la única que podía ayudarle ahora. Peake se detuvo un instante y oteó la inmensidad tenebrosa del Maidán en busca del brillo lejano de los pequeños faroles que dibujaban estrellas parpadeantes al Norte de la ciudad. Las calles oscuras y enmascaradas por el velo de la tormenta serían su mejor escondite. El teniente asió a los niños con

fuerza y se alejó de nuevo en dirección Este, en busca del cobijo de las sombras de los grandes edificios palaciegos del centro de la ciudad.

Instantes después, la barcaza negra que le había dado caza se detuvo junto al muelle. Tres hombres saltaron a tierra y amarraron la nave. La compuerta de la cabina se abrió lentamente y una oscura silueta envuelta en un manto negro recorrió la pasarela que los hombres habían tendido desde el muelle, ignorando la lluvia. Una vez en tierra firme, alargó su mano envuelta en un guante negro y, señalando hacia el punto donde Peake había desaparecido, esbozó una sonrisa que ninguno de sus hombres pudo ver bajo la tormenta.

* * *

La carretera oscura y sinuosa que cruzaba el Maidán y bordeaba la fortaleza se había transformado en un barrizal bajo los embates de la lluvia. Peake recordaba vagamente haber cruzado aquella parte de la ciudad durante sus tiempos de luchas callejeras a las órdenes del coronel Llewelyn, a plena luz del día y a las riendas de un caballo junto con un escuadrón del ejército sediento de sangre. El destino, irónicamente, le llevaba ahora a recorrer aquella extensión de campo abierto que Lord Clive había hecho arrasar en 1758 para que los cañones de Fort William pudieran disparar libremente en todas direcciones. Pero esta vez él era la presa.

El teniente corrió desesperadamente hacia la arboleda, mientras sentía sobre él las miradas furtivas de silenciosos vigilantes ocultos entre las sombras, habitantes nocturnos del Maidán.

Sabía que nadie saldría a su paso para asaltarle y tratar de arrebatarle la capa o los niños que lloraban en sus brazos. Los moradores invisibles de aquel lugar podían oler el rastro de la muerte pegada a sus talones y ninguna alma osaría interponerse en el camino de su perseguidor.

Peake saltó las verjas que separaban el Maidán de Chowringhee Road y se internó en la arteria principal de Calcuta. La majestuosa avenida se extendía sobre el antiguo trazado del camino que, apenas trescientos años antes, cruzaba la jungla bengalí en dirección Sur, hacia el templo de Kali, el Kalighat, que había dado origen al nombre de la ciudad.

El habitual enjambre nocturno que merodeaba en las noches de Calcuta se había retirado ante la lluvia, y la ciudad ofrecía el aspecto de un gran bazar abandonado y sucio. Peake sabía que la cortina de agua que ahogaba la visión y le servía de cobertura en la noche cerrada podía desvanecerse tan rápidamente como había aparecido. Las tempestades que se adentraban desde

el océano hasta el delta del Ganges se alejaban rápidamente hacia el Norte o hacia el Oeste tras descargar su diluvio purificador sobre la península de Bengala, dejando un rastro de brumas y calles anegadas por charcas ponzoñosas donde los niños jugaban sumergidos hasta la cintura y donde los carromatos se quedaban varados igual que buques a la deriva.

El teniente corrió rumbo al extremo Norte de Chowringhee Road hasta sentir que los músculos de sus piernas flaqueaban y que apenas era capaz de seguir sosteniendo el peso de los niños en sus brazos. Las luces del sector Norte parpadeaban en las proximidades bajo el telón aterciopelado de la lluvia. Peake era consciente de que no podría seguir manteniendo aquel ritmo mucho más tiempo y de que la casa de Aryami Bosé aún se encontraba lejos de allí. Precisaba hacer un alto en la marcha.

Se detuvo a recuperar el aliento oculto bajo la escalinata de un viejo almacén de telas cuyos muros estaban sembrados de carteles que anunciaban su pronto derribo por orden oficial. Recordaba vagamente haber inspeccionado aquel lugar años atrás bajo la denuncia de un rico comerciante que afirmaba que en su interior se ocultaba un importante fumadero de opio.

Ahora, el agua sucia se filtraba entre los escalones desvencijados, recordaba sangre negra brotando de una herida profunda. El lugar aparecía desolado y desierto. El teniente alzó a los niños hasta su rostro y contempló los ojos aturdidos de los bebés; ya no lloraban, pero se estremecían de frío. La manta que los cubría estaba empapada. Peake tomó las diminutas manos en las suyas con la esperanza de darles calor mientras oteaba entre las rendijas de la escalinata en dirección a las calles que emergían del Maidán. No recordaba cuántos asesinos había reclutado su perseguidor, pero sabía que sólo quedaban dos balas en su revólver, dos balas que debía administrar con tanta astucia como fuera capaz de conjurar; había disparado el resto en los túneles de la estación. Envolvió de nuevo a los niños en la manta con el extremo menos húmedo del tejido y los dejó unos segundos en un espacio de suelo seco que se adivinaba bajo una oquedad en la pared del almacén.

Peake extrajo su revólver y asomó la cabeza lentamente bajo los escalones. Al Sur, Chowringhee Road, desierta, semejaba un escenario fantasmal esperando el inicio de la representación. El teniente forzó la vista y reconoció la estela de luces lejanas al otro lado del río Hooghly. El sonido de unos pasos apresurados sobre el empedrado anegado por la lluvia le sobresaltó y se retiró de nuevo a las sombras.

Tres individuos emergieron de la oscuridad del Maidán, un oscuro reflejo de Hyde Park esculpido en plena jungla tropical. Las hojas de los cuchillos

brillaron en la penumbra como lenguas de plata candente. Peake se apresuró a tomar a los niños de nuevo en sus brazos e inspiró hondo, consciente de que, si huía en ese momento, los hombres caerían sobre él al igual que una jauría hambrienta en cuestión de segundos.

El teniente permaneció inmóvil contra la pared del almacén y vigiló a sus tres perseguidores, que se habían detenido un instante en busca de su rastro. Los tres asesinos a sueldo intercambiaron unas palabras ininteligibles y uno de ellos indicó a los otros que se separaran. Peake se estremeció al comprobar que uno de ellos, el que había dado la orden de desplegarse, se dirigía directamente hacia la escalera bajo la que se ocultaba. Por un segundo, el teniente pensó que el olor de su temor le conduciría hasta su escondite.

Sus ojos recorrieron desesperadamente la superficie del muro bajo la escalinata en busca de alguna abertura por la que huir. Se arrodilló junto a la oquedad donde había dejado reposar a los niños segundos antes y trató de forzar los tablones desclavados y reblandecidos por la humedad. La lámina de madera, herida por la podredumbre, cedió sin dificultad, y Peake sintió una exhalación de aire nauseabundo que emanaba del interior del sótano del edificio ruinoso. Volvió la vista atrás y observó al asesino, que apenas se encontraba a una veintena de metros del pie de la escalinata y blandía el cuchillo en sus manos.

Rodeó a los niños con su propia capa para protegerlos y reptó hacia el interior del almacén. Una punzada de dolor, a unos centímetros por encima de la rodilla, le paralizó súbitamente la pierna derecha. Peake se palpó con manos temblorosas y sus dedos rozaron el clavo oxidado que se hundía dolorosamente en su carne. Ahogando el grito de agonía, Peake asió la punta del frío metal, tiró de él con fuerza y sintió que la piel se desgarraba a su paso y que la tibia sangre brotaba entre sus dedos. Un espasmo de náusea y dolor le nubló la visión durante varios segundos. Jadeante, tomó de nuevo a los niños y se incorporó trabajosamente. Ante él se abría una fantasmal galería con cientos de estanterías vacías de varios pisos formando una extraña retícula que se perdía en las sombras. Sin dudarlo un instante, corrió hacia el otro extremo del almacén, cuya estructura herida de muerte crujía bajo la tormenta.

* * *

Cuando Peake emergió de nuevo al aire libre después de haber atravesado cientos de metros en las entrañas de aquel edificio ruinoso, descubrió que se

hallaba a un centenar escaso de metros del Tiretta Bazar, uno de los muchos centros de comercio del área Norte. Bendijo su fortuna y se dirigió hacia el complejo entramado de calles estrechas y sinuosas que componían el corazón de aquel abigarrado sector de Calcuta, en dirección a la morada de Aryami Bosé.

Empleó diez minutos en recorrer el camino hasta el hogar de la última dama de la familia Bosé. Aryami vivía sola en un antiguo caserón de estilo bengalí que se alzaba tras la espesa vegetación salvaje que había crecido en el patio durante años, sin la intervención de la mano del hombre, y que le confería el aspecto de un lugar abandonado y cerrado. Sin embargo, ningún habitante del Norte de Calcuta, un sector también conocido como la *ciudad negra*, hubiera osado traspasar los límites de aquel patio y adentrarse en los dominios de Aryami Bosé. Quienes la conocían la apreciaban y respetaban tanto como la temían. No había una sola alma en las calles del Norte de Calcuta que no hubiera oído hablar de ella y de su estirpe en algún momento de su vida. Entre las gentes de aquel lugar, su presencia era comparable a la de un espíritu: poderosa e invisible.

Peake corrió hasta el portón de lanzas negras que abría el sendero tomado por los arbustos en el patio y se apresuró hasta la escalinata de mármol quebrado que ascendía a la puerta de la casa. Sosteniendo a los dos niños con un brazo, llamó repetidamente a la puerta con el puño, esperando que el fragor de la tormenta no ahogase el sonido de su llamada.

El teniente golpeó la puerta por espacio de varios minutos, con la vista fija en las calles desiertas a su espalda y alimentando el temor de ver aparecer a sus perseguidores en cualquier momento. Cuando la puerta cedió ante él, Peake se volvió y la luz de un candil le cegó mientras una voz que no había oído en cinco años pronunciaba su nombre en voz baja. Peake se cubrió los ojos con una mano y reconoció el semblante impenetrable de Aryami Bosé.

La mujer leyó en su mirada y observó a los niños. Una sombra de dolor se extendió sobre su rostro. Peake bajó la mirada.

—Ella ha muerto, Aryami —murmuró Peake—. Ya estaba muerta cuando llegué…

Aryami cerró los ojos y respiró profundamente. Peake comprobó que la confirmación de sus peores sospechas se abría camino en el alma de la dama como una salpicadura de ácido.

—Entra —le dijo finalmente, cediéndole el paso y cerrando la puerta a sus espaldas.

Peake se apresuró a depositar a los niños sobre una mesa y a despojarlos de las ropas mojadas. Aryami, en silencio, tomó paños secos y envolvió a los niños mientras Peake avivaba el fuego para hacerles entrar en calor.

—Me siguen, Aryami —dijo Peake—. No puedo quedarme aquí.

—Estás herido —indicó la mujer señalando la punzada que el clavo del almacén le había producido.

—Es solamente un rasguño superficial —mintió Peake—. No me duele.

Aryami se acercó hasta él y tendió su mano para acariciar el rostro sudoroso de Peake.

—Tú siempre la quisiste…

Peake desvió la mirada hasta los pequeños y no respondió.

—Podrían haber sido tus hijos —dijo Aryami—. Quizá así hubiesen tenido mejor suerte.

—Debo irme ya, Aryami —concluyó el teniente—. Si me quedo aquí, no se detendrán hasta encontrarme.

Ambos intercambiaron una mirada derrotada, conscientes del destino que esperaba a Peake tan pronto volviese a las calles. Aryami tomó las manos del teniente entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Nunca fui buena contigo —le dijo—. Temía por mi hija, por la vida que podía tener junto a un oficial británico. Pero estaba equivocada. Supongo que nunca me lo perdonarás.

—Eso ya no tiene ninguna importancia —respondió Peake—. Debo irme. Ahora.

Peake se acercó un último instante a contemplar a los niños que descansaban al calor del fuego. Los bebés le miraron con curiosidad juguetona y ojos brillantes, sonrientes. Estaban a salvo. El teniente se dirigió hasta la puerta y suspiró profundamente. Tras aquel par de minutos en reposo, el peso de la fatiga y el dolor palpitante que sentía en la pierna cayeron sobre él implacablemente. Había apurado hasta el último aliento de sus fuerzas para conducir a los bebés hasta aquel lugar y ahora dudaba de su capacidad para hacer frente a lo inevitable. Afuera, la lluvia seguía azotando la maleza y no había señal de su perseguidor ni de sus esbirros.

—Michael… —dijo Aryami a sus espaldas.

El joven se detuvo sin volver la vista atrás.

—Ella lo sabía —mintió Aryami—. Lo supo desde siempre y estoy segura de que, de alguna manera, te correspondía. Fue por mi culpa. No le guardes rencor.

Peake asintió en silencio y cerró la puerta a sus espaldas. Permaneció unos segundos bajo la lluvia y después, con el alma en paz, reemprendió el camino al encuentro de sus perseguidores. Deshizo sus pasos hasta llegar al lugar por donde había salido del almacén abandonado para internarse de nuevo en las sombras del viejo edificio en busca de un escondite donde disponerse a esperar.

Mientras se ocultaba en la oscuridad, el agotamiento y el dolor que sentía se fundieron paulatinamente en una embriagadora sensación de abandono y paz. Sus labios dibujaron un amago de sonrisa. Ya no tenía ningún motivo, ni esperanza, para seguir viviendo.

* * *

Los dedos largos y afilados del guante negro acariciaron la punta ensangrentada del clavo que asomaba del madero roto, al pie de la entrada al sótano del almacén. Lentamente, mientras sus hombres esperaban en silencio a su espalda, la esbelta figura que ocultaba su rostro tras la capucha negra se llevó la yema del índice a los labios y lamió la gota de sangre oscura y espesa saboreándola como si se tratase de una lágrima de miel. Tras unos segundos, se volvió hacia aquellos hombres que había comprado horas antes por unas simples monedas y la promesa de un nuevo pago al término de su labor y señaló hacia el interior del edificio. Los tres esbirros se apresuraron a introducirse a través de la trampilla que Peake había abierto minutos antes. El encapuchado sonrió en la oscuridad.

—Extraño lugar has elegido para venir a morir, teniente Peake —murmuró para sí mismo.

Oculto tras una columna de cajas vacías en las entrañas del sótano, Peake observó a las tres siluetas introducirse en el edificio y, aunque no podía verle desde allí, tuvo la certeza de que su amo estaba esperando al otro lado del muro. Presentía su presencia. Peake extrajo su revólver e hizo girar el barrilete hasta situar una de las dos balas en la recámara, amortiguando el sonido del arma bajo la túnica empapada que le cubría. Ya no sentía reparos en emprender el camino hacia la muerte, pero no pensaba recorrerlo en solitario.

La adrenalina que corría por sus venas había mitigado el dolor punzante de su rodilla hasta convertirlo en un latido sordo y distante. Sorprendido ante su propia serenidad, Peake sonrió de nuevo y permaneció inmóvil en su escondite. Contempló el lento avance de los tres hombres a través de los

pasillos entre las estanterías desnudas, hasta que sus verdugos se detuvieron a una decena de metros. Uno de los hombres alzó la mano en señal de alto e indicó unas marcas en el suelo. Peake colocó su arma a la altura del pecho, apuntando hacia ellos, y tensó el gatillo del revólver.

A una nueva señal, los tres hombres se separaron. Dos de ellos rodearon lentamente el camino que conducía hasta la pila de cajas, y el tercero caminó en línea recta hacia Peake. El teniente contó mentalmente hasta cinco y, de súbito, empujó la columna de cajas sobre su atacante. Las cajas se desplomaron encima de su oponente y Peake corrió hacia la abertura por la que habían entrado.

Uno de los asesinos a sueldo salió a su encuentro en una intersección del corredor, blandiendo la hoja del cuchillo a un palmo de su rostro. Antes de que aquel criminal de alquiler pudiera sonreír victorioso, el cañón del revólver de Peake se clavó bajo su barbilla.

—Suelta el cuchillo —escupió el teniente.

El hombre leyó los ojos glaciales del teniente e hizo lo que se le ordenaba. Peake lo asió brutalmente del pelo y, sin retirar el arma, se volvió hacia sus aliados escudándose con el cuerpo de su rehén. Los otros dos matones se acercaron lentamente hacia él, acechantes.

—Teniente, ahórranos la escena y entréganos lo que buscamos —murmuró una voz familiar a su espalda—. Estos hombres son honrados padres de familia.

Peake volvió la vista al encapuchado que sonreía en la penumbra a escasos metros de él. Algún día no muy lejano había aprendido a apreciar aquel rostro como el de un amigo. Ahora apenas podía reconocer en él a su asesino.

—Voy a volar la cabeza de este hombre, Jawahal —gimió Peake.

Su rehén cerró los ojos, temblando.

El encapuchado cruzó las manos pacientemente y emitió un leve suspiro de fastidio.

—Hazlo si te complace, teniente —repuso Jawahal—, pero eso no te sacará de aquí.

—Hablo en serio —replicó Peake hundiendo la punta del cañón bajo la barbilla del matón.

—Claro, teniente —dijo Jawahal en tono conciliador—. Dispara si tienes el valor necesario para matar a un hombre a sangre fría y sin el permiso de su majestad. De lo contrario, suelta el arma y así podremos llegar a un acuerdo provechoso para ambas partes.

Los dos asesinos armados se habían detenido y permanecían inmóviles, dispuestos a saltar sobre él a la primera señal del encapuchado. Peake sonrió.

—Bien —dijo finalmente—. ¿Qué te parece este acuerdo?

Peake empujó a su rehén al suelo y se volvió hacia el encapuchado, con el revólver en alto. El eco del primer disparo recorrió el sótano. La mano enguantada del encapuchado emergió de la nube de pólvora con la palma extendida. Peake creyó ver el proyectil aplastado brillando en la penumbra y fundiéndose lentamente en un hilo de metal líquido que resbalaba entre los dedos afilados al igual que un puñado de arena.

—Mala puntería, teniente —dijo el encapuchado—. Vuélvelo a intentar, pero esta vez, más cerca.

Sin darle tiempo a mover un músculo, el encapuchado tomó la mano armada de Peake y llevó la punta de la pistola a su rostro, entre los ojos.

—¿No te enseñaron a hacerlo así en la academia? —le susurró.

—Hubo un tiempo en que fuimos amigos —dijo Peake.

Jawahal sonrió con desprecio.

—Ese tiempo, teniente, ha pasado —respondió el encapuchado.

—Que Dios me perdone —gimió Peake, presionando de nuevo el gatillo.

En un instante que le pareció eterno, Peake contempló cómo la bala perforaba el cráneo de Jawahal y le arrancaba la capucha de la cabeza. Durante unos segundos, la luz atravesó la herida sobre aquel rostro congelado y sonriente. Luego, el orificio humeante abierto por el proyectil se cerró lentamente sobre sí mismo y Peake sintió que su revólver le resbalaba entre los dedos.

Los ojos encendidos de su oponente se clavaron en los suyos y una lengua larga y negra asomó entre sus labios.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad, teniente? ¿Dónde están los niños?

No era una pregunta; era una orden.

Peake, mudo de terror, negó con la cabeza.

—Como quieras.

Jawahal atenazó su mano y Peake sintió que los huesos de sus dedos estallaban bajo la carne. El espasmo de dolor le derribó al suelo de rodillas, sin respiración.

—¿Dónde están los niños? —repitió Jawahal.

Peake trató de articular unas palabras, pero el fuego que ascendía del muñón ensangrentado que segundos antes había sido su mano le había paralizado el habla.

—¿Quieres decir algo, teniente? —murmuró Jawahal, arrodillándose frente a él.

Peake asintió.

—Bien, bien —sonrió su enemigo—. Francamente, tu sufrimiento no me divierte. Ayúdame a ponerle fin.

—Los niños han muerto —gimió Peake.

El teniente advirtió la mueca de disgusto que se dibujaba en el rostro de Jawahal.

—No, no. Lo estabas haciendo muy bien, teniente. No lo estropees ahora.

—Han muerto —repitió Peake.

Jawahal se encogió de hombros y asintió lentamente.

—Está bien —concedió—. No me dejas otra opción. Pero antes de que te vayas permíteme recordarte que, cuando la vida de Kylian estaba en tus manos, fuiste incapaz de hacer nada por salvarla. Hombres como tú fueron la causa de que ella muriera. Pero los días de esos hombres han acabado. Tú eres el último. El futuro es mío.

Peake alzó una mirada suplicante a Jawahal y, lentamente, advirtió que las pupilas de sus ojos se afilaban en un estrecho corte sobre dos esferas doradas. El hombre sonrió y con infinita delicadeza empezó a quitarse el guante que le cubría la mano derecha.

—Lamentablemente, tú no vivirás lo suficiente para verlo —añadió Jawahal—. No creas ni por un segundo que tu heroico acto ha servido de nada. Eres un estúpido, teniente Peake. Siempre me diste esa impresión, y a la hora de morir no haces más que confirmármela. Espero que haya un infierno para los estúpidos, Peake, porque ahí es adonde voy a enviarte.

Peake cerró los ojos y oyó el siseo del fuego a unos centímetros de su rostro. Luego, tras un instante interminable, sintió unos dedos ardientes que se cerraban sobre su garganta y segaban su último aliento de vida. Mientras, en la lejanía, oía el sonido de aquel tren maldito y las voces espectrales de cientos de niños aullando entre las llamas. Después, la oscuridad.

* * *

Aryami Bosé recorrió la casa y fue apagando una a una las velas que iluminaban su santuario. Dejó tan sólo la tímida lumbre del fuego, que proyectaba halos fugaces de luz sobre las paredes desnudas. Los niños dormían ya al calor de las brasas y apenas el repiqueteo de la lluvia sobre los postigos cerrados y el crujir de las briznas del fuego rompían el silencio

sepulcral que reinaba en toda la casa. Lágrimas silenciosas resbalaron sobre su rostro y cayeron sobre su túnica dorada mientras Aryami tomaba con manos temblorosas el retrato de su hija Kylian de entre los objetos que atesoraba en un pequeño cofre de bronce y marfil.

Un viejo fotógrafo itinerante procedente de Bombay había tomado aquella imagen un tiempo antes de la boda sin aceptar pago alguno a cambio. La imagen la mostraba tal y como Aryami la recordaba, envuelta en aquella extraña luminosidad que parecía emanar de Kylian y que embelesaba a cuantos la conocían, del mismo modo en que había embrujado al ojo experto del retratista, que la bautizó con el apodo con que todos la recordaban: la princesa de luz.

Por supuesto, Kylian nunca fue una verdadera princesa ni tuvo más reino que las calles que la habían visto crecer. El día que Kylian dejó la morada de los Bosé para vivir con su esposo, las gentes del Machuabazaar la despidieron con lágrimas en los ojos mientras veían pasar la carroza blanca que se llevaba para siempre a la princesa de la *ciudad negra*. Era apenas una chiquilla cuando el destino se la llevó y jamás volvió.

Aryami se sentó junto a los niños frente al fuego y apretó la vieja fotografía contra su pecho. La tormenta rugió de nuevo y Aryami rescató la fuerza de su ira para decidir qué debía hacer ahora. El perseguidor del teniente Peake no se contentaría con acabar con él. El valor del joven le había granjeado unos minutos preciosos que no podía desperdiciar bajo ningún concepto, ni siquiera para llorar la memoria de su hija. La experiencia ya le había enseñado que el futuro le reservaría más tiempo del tolerable para lamentarse de los errores cometidos en el pasado.

* * *

Dejó la fotografía de nuevo en el cofre y tomó la medalla que había hecho forjar para Kylian años atrás, una joya que jamás llegó a lucir. La medalla se componía de dos círculos de oro, un sol y una luna, que encajaban el uno con el otro formando una única pieza. Presionó en el centro de la medalla y ambas partes se separaron. Aryami engarzó cada una de las dos mitades de la medalla en sendas cadenas de oro y las colocó en torno al cuello de cada uno de los niños.

Mientras lo hacía, la dama meditaba en silencio las decisiones que debía tomar. Sólo un camino parecía apuntar hacia su supervivencia: debía separarlos y alejarlos el uno del otro, borrar su pasado y ocultar su identidad

al mundo y a sí mismos, por doloroso que ello pudiera resultar. No era posible mantenerlos juntos sin delatarse tarde o temprano. Aquél era un riesgo que no podía asumir a ningún precio. Y necesariamente debía afrontar aquel dilema antes del amanecer.

Aryami tomó a los dos bebés en sus brazos y los besó suavemente en la frente. Las manos diminutas acariciaron su rostro y sus dedos minúsculos palparon las lágrimas que cubrían sus mejillas mientras las miradas risueñas de ambos la escrutaban sin comprender. Los estrechó de nuevo en sus brazos y los devolvió a la pequeña cuna que había improvisado para ellos.

Tan pronto como los hubo dejado reposar, prendió la lumbre de un candil y tomó pluma y papel. El futuro de sus nietos estaba ahora en sus manos. Inspiró profundamente y empezó a escribir. A lo lejos podía oír la lluvia que ya amainaba y los sonidos de la tormenta que se alejaban hacia el Norte, tendiendo sobre Calcuta un infinito manto de estrellas.

* * *

Thomas Carter había creído que, al cumplir la cincuentena, la ciudad de Calcuta, su hogar durante los últimos treinta y tres años, ya no reservaría más sorpresas para él.

Al amanecer de aquel día de mayo de 1916, tras una de las tormentas más furiosas que recordaba fuera de la época del monzón, la sorpresa llegó a las puertas del orfelinato St. Patrick’s en forma de una cesta con un niño y una carta lacrada dirigida a su exclusiva atención personal.

La sorpresa venía por partida doble. En primer lugar, nadie se molestaba en abandonar a un niño en Calcuta a las puertas de un orfelinato; había callejones, vertederos y pozos por toda la ciudad para hacerlo más cómodamente. Y, en segundo lugar, nadie escribía misivas de presentación como aquélla, firmadas y sin duda posible respecto a su autoría.

Carter examinó sus lentes al trasluz y exhaló el vaho de su aliento sobre los cristales para facilitar su limpieza con un pañuelo de algodón crudo y envejecido que empleaba para tal tarea no menos de veinticinco veces al día, treinta y cinco durante los meses del verano indio.

El niño descansaba abajo, en el dormitorio de Vendela, la enfermera jefe, bajo su atenta vigilancia, tras haber sido reconocido por el doctor Woodward, que fue arrancado del sueño poco antes del alba y a quien, a excepción de su deber hipocrático, no se le dieron más explicaciones.

El niño estaba esencialmente sano. Mostraba ciertos signos de deshidratación, pero no parecía estar afectado por ninguna fiebre del amplio catálogo que acostumbraba a segar las vidas de miles de criaturas como aquélla y les negaba el derecho a alcanzar la edad necesaria para aprender a pronunciar el nombre de su madre. Todo cuanto venía con él era la medalla en forma de sol de oro que Carter sostenía entre sus dedos y aquella carta. Una carta que, si había de dar por verdadera, y le costaba encontrar una alternativa a esa posibilidad, le colocaba en una situación comprometida.

Carter guardó la medalla bajo llave en el cajón superior de su escritorio, y tomó de nuevo la misiva y la releyó por décima vez.

Apreciado Mr. Carter,

Me veo obligada a solicitar su ayuda en las más penosas circunstancias, apelando a la amistad que me consta le unió a mi difunto marido durante más de diez años. Durante ese período, mi esposo no escatimó elogios para con su honestidad y la extraordinaria confianza que usted siempre le inspiró. Por ello, hoy le ruego que atienda mi súplica, por extraña que pueda parecerle, con la mayor urgencia y, si cabe, con el mayor de los secretos.

El niño que me veo obligada a entregarle ha perdido a sus padres a manos de un asesino que juró matar a ambos y acabar igualmente con su descendencia. No puedo ni creo oportuno revelarle los motivos que le llevaron a cometer tal acto. Bastará con decirle que el hallazgo del niño debe ser mantenido en secreto y que bajo ningún concepto debe usted dar parte del mismo a la policía o a las autoridades británicas, puesto que el asesino dispone de conexiones en ambos organismos que no tardarían en llevarle hasta él.

Por motivos obvios, no puedo criar al niño a mi lado sin exponerle a sufrir el mismo destino que acabó con sus padres. Por ello le ruego que se haga cargo de él, le dé un nombre y le eduque en los rectos principios de su institución para hacer de él el día de mañana una persona tan honrada y honesta como lo fueron sus padres.

Soy consciente de que el niño no podrá conocer jamás su pasado, pero es de vital importancia que así sea.

No dispongo de mucho tiempo para brindarle más detalles, y me veo de nuevo en la obligación de recordarle la amistad y la confianza que tuvo usted en mi esposo para legitimar mi petición.

Le suplico que, al término de la lectura de esta misiva, la destruya, así como cualquier signo que pudiera delatar el hallazgo del niño. Siento no poder efectuar esta petición en persona, pero la gravedad de la situación me lo impide.

En la confianza de que sabrá tomar la decisión adecuada, reciba mi eterna gratitud.

ARYAMI BOSÉ

Una llamada a su puerta le arrancó de la lectura. Carter se quitó los lentes, dobló cuidadosamente la carta y la depositó en el cajón de su escritorio, que cerró con llave.

—Adelante —indicó.

Vendela, la enfermera jefe del St. Patrick's, se asomó a su despacho con su sempiterno semblante adusto y oficioso. Su mirada no inspiraba buenos augurios.

—Hay un caballero abajo que desea verle —dijo escuetamente.

Carter frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—No me ha querido dar detalles —respondió la enfermera, pero su expresión parecía insinuar claramente que su instinto olfateaba que tales detalles, de haberlos, resultaban vagamente sospechosos.

Tras una pausa, Vendela entró en el despacho y cerró la puerta a su espalda.

—Creo que se trata de lo del niño —dijo la enfermera con cierta inquietud —. No le he dicho nada.

—¿Ha hablado con alguien más? —inquirió Carter.

Vendela negó con la cabeza. Carter asintió y guardó la llave de su escritorio en el bolsillo de su pantalón.

—Puedo decirle que no está aquí en este momento —apuntó Vendela.

Carter consideró la opción por un instante y determinó que, si las sospechas de Vendela apuntaban en la dirección correcta (y solían hacerlo), aquello no haría más que reforzar la apariencia de que el St. Patrick's tenía algo que ocultar. La decisión se fraguó al instante.

—No. Le recibiré, Vendela. Hágale pasar y asegúrese de que nadie del personal habla con él. Discreción absoluta sobre este asunto. ¿De acuerdo?

—Comprendido.

Carter oyó alejarse por el pasillo los pasos de Vendela mientras limpiaba de nuevo sus lentes y comprobaba que la lluvia volvía a golpear en los cristales de su ventana con impertinencia.

* * *

El hombre vestía una larga capa negra y su cabeza estaba envuelta en un turbante sobre el que se apreciaba un medallón oscuro que emulaba la silueta de una serpiente. Sus estudiados ademanes sugerían los de un próspero comerciante del Norte de Calcuta y sus rasgos parecían vagamente hindúes, aunque su piel reflejaba una palidez enfermiza, la piel de alguien a quien nunca alcanzaran los rayos del sol. El mestizaje de razas nacido de Calcuta había fundido en sus calles a bengalíes, armenios, judíos, anglosajones, chinos, musulmanes e innumerables grupos llegados hasta el campo de Kali en busca de fortuna o refugio. Aquel rostro podría haber pertenecido a cualquiera de esas etnias y a ninguna.

Carter sintió los ojos penetrantes en su espalda, inspeccionándole cuidadosamente, mientras servía las dos tazas de té en la bandeja con que Vendela les había provisto.

—Siéntese, por favor —indicó Carter amablemente al desconocido—. ¿Azúcar?

—Lo tomaré como usted.

La voz del desconocido no mostraba acento ni expresión alguna. Carter tragó saliva, fijó una sonrisa cordial en sus labios y se volvió tendiendo la taza de té al sujeto. Dedos enfundados en un guante negro, largos y afilados como garras, se cerraron sobre la porcelana ardiente sin vacilación. Carter tomó asiento en su butaca y removió el azúcar en su propia taza.

—Siento importunarle en estos momentos, Mr. Carter. Imagino que tendrá usted mucho que hacer, por lo que seré breve —afirmó el hombre.

Carter asintió cortésmente.

—¿Cuál es entonces el motivo de su visita, señor…? —empezó Carter.

—Mi nombre es Jawahal, Mr. Carter —explicó el desconocido—. Le seré muy franco. Tal vez mi pregunta le parezca extraña, pero ¿han encontrado un niño, un bebé de apenas unos días, durante la noche pasada o durante el día de hoy?

Carter frunció el ceño y lució su mejor semblante de sorpresa. Ni demasiado obvio ni demasiado sutil.

—¿Un niño? Creo que no comprendo.

El hombre que afirmaba llamarse Jawahal sonrió ampliamente.

—Verá. No sé por dónde empezar. Lo cierto es que se trata de una historia un tanto embarazosa. Confío en su discreción, Mr. Carter.

—Cuente con ella, señor Jawahal —repuso Carter tomando un sorbo de su taza de té.

El hombre, que no había probado la suya, se relajó y se dispuso a aclarar sus demandas.

—Poseo un importante negocio textil en el Norte de la ciudad —explicó —. Soy lo que podríamos llamar un hombre de posición acomodada. Algunos me llaman rico y no les falta razón. Tengo muchas familias a mi cargo y me honra tratar de ayudarlas en cuanto está a mi alcance.

—Todos hacemos cuanto podemos, tal como están las cosas —añadió Carter, sin apartar su mirada de aquellos dos ojos negros e insondables.

—Claro —continuó el desconocido—. El motivo que me ha traído a su honorable institución es un penoso asunto al que quisiera poner solución cuanto antes. Hace una semana una muchacha que trabaja en uno de mis talleres dio a luz a un niño. El padre de la criatura es, al parecer, un bribón angloindio que la frecuentaba y cuyo paradero, una vez tuvo noticia del embarazo de la muchacha, es desconocido. Al parecer, la familia de la joven es de Delhi, musulmanes y gentes estrictas, que no estaban al corriente del asunto.

Carter asintió gravemente, mostrando su conmiseración por la historia referida.

—Hace dos días supe por uno de mis capataces que la muchacha, en un rapto de locura, huyó de la casa donde vivía con unos familiares con la idea de, al parecer, vender al niño —prosiguió Jawahal—. No la juzgue mal, es una muchacha ejemplar, pero la presión que pesaba sobre ella la desbordó. No debe extrañarle. Este país, al igual que el suyo, Mr. Carter, es poco tolerante con las debilidades humanas.

—¿Y cree usted que el niño puede estar aquí, señor Jawahal? —preguntó Carter, buscando reconducir el hilo de vuelta a la madeja.

—Jawahal —corrigió el visitante—. Verá. Lo cierto es que, una vez tuve conocimiento de los hechos, me sentí en cierto modo responsable. Después de todo, la muchacha trabajaba bajo mi techo. Yo y un par de capataces de confianza recorrimos la ciudad y averiguamos que la joven había vendido al niño a un despreciable criminal que comercia con criaturas para mendigar. Una realidad tan lamentable como habitual hoy día. Dimos con él pero, por circunstancias que ahora no vienen al caso, escapó en el último momento.

Esto sucedió anoche, en las inmediaciones de este orfelinato. Tengo motivos para pensar que, por miedo a lo que pudiera sucederle, este individuo quizá abandonó al niño en la vecindad.

—Comprendo —dictaminó Carter—. ¿Y ha puesto este asunto en conocimiento de las autoridades locales, señor Jawahal? El tráfico de niños está duramente castigado, como sabrá.

El desconocido cruzó las manos y suspiró levemente.

—Confiaba en poder solucionar el tema sin necesidad de llegar a ese extremo —dijo—. Francamente, si lo hiciese, implicaría a la joven y el niño quedaría sin padre, ni madre.

Carter calibró cuidadosamente la historia del desconocido y asintió lenta y repetidamente en señal de comprensión. No creía ni una sola coma de toda la narración.

—Siento no poder serle de ayuda, señor Jawahal. Por desgracia, no hemos encontrado a ningún niño ni hemos tenido noticia de que ello haya ocurrido en la zona —explicó Carter—. De todos modos, si me proporciona sus datos, me pondría en contacto con usted en caso de que hubiese cualquier noticia, aunque me temo que me vería obligado a informar a las autoridades en el caso de que un niño fuese abandonado en este hospital. Es la ley, y yo no puedo ignorarla.

El hombre contempló a Carter en silencio durante unos segundos, sin parpadear. Carter le sostuvo la mirada sin alterar su sonrisa un ápice, aunque sentía cómo se le encogía el estómago y su pulso se aceleraba igual que lo hubiese hecho de hallarse frente a una serpiente dispuesta a saltar sobre él. Finalmente, el desconocido sonrió con cordialidad y señaló la silueta del Raj Bhawan, el edificio del gobierno británico, de aspecto palaciego, que se alzaba en la distancia bajo la lluvia.

—Ustedes, los británicos, son admirablemente observadores de la ley y eso los honra. ¿No fue Lord Wellesley quien decidió cambiar la sede del gobierno en 1799 a ese magnífico enclave para darle nueva envergadura a su ley? ¿O fue en 1800? —inquirió Jawahal.

—Me temo que no soy un buen conocedor de la historia local —apuntó Carter, desconcertado por el extravagante giro que Jawahal había dado a la conversación.

El visitante frunció el ceño en señal de amable y pacífica desaprobación de su declarada ignorancia.

—Calcuta, con apenas doscientos cincuenta años de vida, es una ciudad tan desprovista de historia que lo menos que podemos hacer por ella es

conocerla, Mr. Carter. Volviendo al tema, yo diría que fue en 1799. ¿Sabe la razón del traslado? El gobernador Wellesley dijo que la India debía ser gobernada desde un palacio y no desde un edificio de contables; con las ideas de un príncipe y no las de un comerciante de especias. Toda una visión, diría yo.

—Sin duda —corroboró Carter, incorporándose con la intención de despedir al extraño visitante.

—Más, si cabe, en un imperio donde la decadencia es un arte y Calcuta su mayor museo —añadió Jawahal.

Carter asintió vagamente sin saber muy bien a qué.

—Siento haberle hecho perder su tiempo, Mr. Carter —concluyó Jawahal.

—Al contrario —repuso Carter—. Tan sólo lamento no poder serle de mayor ayuda. En casos así, todos tenemos que hacer cuanto esté en nuestra mano.

—Así es —corroboró Jawahal, incorporándose a su vez—. Le agradezco su amabilidad de nuevo. Tan sólo quisiera formularle una pregunta más.

—La contestaré con sumo gusto —replicó Carter, rogando internamente la llegada del momento en que poder librarse de la presencia de aquel individuo.

Jawahal sonrió maliciosamente, como si hubiese leído sus pensamientos.

—¿Hasta qué edad permanecen los muchachos que recogen con ustedes, Mr. Carter?

Carter no pudo ocultar su gesto de extrañeza ante la cuestión.

—Confío en no haber cometido ninguna indiscreción —se apresuró a matizar Jawahal—. Si así fuera, ignore mi cuestión. Es simple curiosidad.

—En absoluto. No es ningún secreto. Los internos del St. Patrick’s permanecen bajo nuestro techo hasta el día que cumplen los dieciséis años. Pasado ese plazo, concluye el período de tutela legal. Ya son adultos, o así lo cree la ley, y están en disposición de emprender su propia vida. Como verá, ésta es una institución privilegiada.

Jawahal le escuchó atentamente y pareció meditar sobre el tema.

—Imagino que debe de ser doloroso para usted verlos partir tras tenerlos todos esos años a su cuidado —observó Jawahal—. De algún modo, usted es el padre de todos esos chicos.

—Forma parte de mi trabajo —mintió Carter.

—Por supuesto. Sin embargo, perdone mi atrevimiento, pero ¿cómo saben ustedes cuál es la verdadera edad de un chico que carece de padres y familia? Un tecnicismo, supongo…

—La edad de cada uno de nuestros internos se fija en la fecha de su ingreso o por un cálculo aproximado que la institución aplica —explicó Carter, incómodo ante la perspectiva de discutir procedimientos del St. Patrick's con aquel desconocido.

—Eso le convierte en un pequeño Dios, Mr. Carter —comentó Jawahal.

—Es una apreciación que no comparto —respondió secamente Carter.

Jawahal saboreó el desagrado que había aflorado al rostro de Carter.

—Disculpe mi osadía, Mr. Carter —repuso Jawahal—. En cualquier caso, me alegra haberle conocido. Es posible que le visite en el futuro y pueda hacer una contribución a su noble institución. Tal vez vuelva dentro de dieciséis años y pueda así conocer a los muchachos que hoy mismo entrarán a formar parte de su gran familia…

—Será un placer recibirle entonces, si así lo desea —dijo Carter, acompañando al desconocido hasta la puerta de su despacho—. Parece que la lluvia arrecia otra vez. Tal vez prefiera usted esperar a que amaine.

El hombre se volvió hacia Carter y las perlas negras de sus ojos brillaron intensamente. Aquella mirada parecía haber estado calibrando cada uno de sus gestos y expresiones desde el momento en que había penetrado en su despacho, husmeando en las fisuras y analizando pacientemente sus palabras. Carter lamentó haber hecho aquel ofrecimiento de extender la hospitalidad del St. Patrick's.

En aquel preciso instante, Carter deseaba pocas cosas en el mundo con la misma intensidad con que ansiaba perder de vista a aquel individuo. Poco le importaba si un huracán estaba arrasando las calles de la ciudad.

—La lluvia cesará pronto, Mr. Carter —respondió Jawahal—. Gracias de todos modos.

Vendela, precisa como un reloj, estaba esperando en el pasillo el fin de la entrevista, y escoltó al visitante hasta la salida. Desde la ventana de su despacho, Carter contempló aquella silueta negra alejándose bajo la lluvia hasta verla desaparecer al pie de la colina entre las callejuelas. Permaneció allí, frente a su ventana, con la mirada fija en el Raj Bhawan, la sede del gobierno. Minutos después, la lluvia, tal como Jawahal había predicho, cesó.

Thomas Carter se sirvió otra taza de té y se sentó en su butaca a contemplar la ciudad. Se había criado en un lugar similar al que ahora dirigía, en las calles de Liverpool. Entre los muros de aquella institución había aprendido tres cosas que iban a presidir el resto de su vida: a apreciar el valor de lo material en su justa medida, a amar a los clásicos y, en último lugar pero

no por ello menos importante, a reconocer a un mentiroso a una milla de distancia.

Saboreó el té sin prisa y decidió empezar a celebrar su cincuenta aniversario, a la vista de que Calcuta todavía tenía sorpresas reservadas para él. Se acercó hasta su armario de vitrinas y extrajo la caja de cigarros que reservaba para las ocasiones memorables. Prendió un largo fósforo y encendió el valioso ejemplar con toda la parsimonia que requería el ceremonial.

Luego, aprovechando la llama providencial de aquella cerilla, extrajo la carta de Aryami Bosé del cajón de su escritorio y le prendió fuego. Mientras el pergamino se reducía a cenizas en una pequeña bandeja grabada con las iniciales del St. Patrick's, Carter se deleitó con el tabaco y, en honor a uno de sus ídolos de juventud, Benjamin Franklin, decidió que el nuevo inquilino del orfelinato St. Patrick's crecería con el nombre de Ben y que él personalmente pondría todo su empeño en que el muchacho encontrase entre aquellas cuatro paredes a la familia que el destino le había robado.

Antes de proseguir con mi narración y entrar a detallar los acontecimientos realmente significativos de este relato, que tuvieron lugar dieciséis años más tarde, debo detenerme brevemente para presentar a algunos de sus protagonistas. Baste decir que, mientras todo esto sucedía en las calles de Calcuta, algunos de nosotros aún no habíamos nacido y otros contábamos con apenas unos días de vida. Sólo una circunstancia nos era común y acabaría por unirnos bajo el techo del St. Patrick's: nunca tuvimos una familia ni un hogar.

Aprendimos a sobrevivir sin ninguna de las dos cosas o, mejor, inventando nuestra propia familia y creando nuestro propio hogar. Una familia y un hogar elegidos libremente, donde no cabían el azar ni la mentira. Ninguno de los siete conocía más padre que a Mr. Thomas Carter y sus discursos sobre la sabiduría que escondían las páginas de Dante y Virgilio, ni más madre que la ciudad de Calcuta, con los misterios que albergaban sus calles bajo las estrellas de la península de Bengala.

Nuestro club particular tenía un nombre pintoresco, cuyo origen verdadero sólo conocía Ben, que lo bautizó a su capricho, aunque algunos manteníamos la sospecha de que había tomado la denominación prestada de un viejo catálogo de importadores por correo de Bombay. Sea como fuere, la Chowbar Society se constituyó en algún momento de nuestras vidas, a partir del cual los juegos del orfanato ya no ofrecían desafíos tentadores. Por el contrario, nuestra astucia estaba lo suficientemente desarrollada como para lograr escabullirnos impunemente del edificio al filo de la madrugada, pasado el toque de queda de la venerable Vendela, rumbo a nuestra sede social, la muy secreta y rumoreadamente encantada casa abandonada que ocupó durante décadas la esquina de Cotton Street y Brabourne Road, en plena ciudad negra *y a tan sólo un par de bloques del río Hooghly.*

En honor a la verdad, debo decir que aquel caserón, al que nosotros denominábamos con orgullo el Palacio de la Medianoche (en consideración al horario de nuestras sesiones plenarias), nunca estuvo encantado. La fama de su embrujo, empero, no era ajena a nuestra labor subterránea. Uno de nuestros miembros fundadores, Siraj, asmático profesional y experto erudito en historias de fantasmas, aparecidos y encantamientos de la ciudad de Calcuta, tramó una leyenda convenientemente siniestra y verosímil respecto a un supuesto antiguo inquilino. Esto ayudaba a mantener limpio y libre de intrusos nuestro refugio secreto.

La historia, en breves palabras, versaba sobre un viejo comerciante que se aparecía envuelto en un manto blanco y recorría el caserón levitando sobre el suelo, con los ojos encendidos como brasas y largos colmillos lobunos asomando entre sus labios, sediento de almas incautas y fisgonas. El matiz de los ojos y los colmillos, por supuesto, era una aportación personal e intransferible de Ben, aficionado irredento a urdir tramas cuya truculencia colocaba a los clásicos de Mr. Carter, Sófocles y el sangriento Homero incluidos, a la altura del betún.

Pese a las resonancias jocosas de su nombre, la Chowbar Society era un club tan selecto y estricto como los que poblaban los edificios eduardianos del centro de Calcuta y emulaban a sus homónimos en Londres; salones donde vegetar, brandy en mano, era patrimonio de los más altos patricios sajones. Nuestro propósito, sin embargo, a falta de escenario más glorioso, era más noble.

La Chowbar Society había nacido con dos misiones irrenunciables. La primera, garantizar a cada uno de sus siete miembros la ayuda, la protección y el apoyo incondicional de los demás, bajo cualquier circunstancia, peligro o adversidad. La segunda, compartir los conocimientos que cada uno de nosotros iba adquiriendo y ponerlos al alcance de los otros, armándonos para el día en que cada uno tuviéramos que enfrentarnos al mundo en solitario.

Cada miembro había jurado por su nombre y su honor (no disponíamos de parientes próximos a los que hipotecar en juramentos) cumplir con estos dos propósitos y guardar el secreto de la sociedad. En los siete años de su existencia ininterrumpida, jamás se aceptó un nuevo miembro. Miento, hicimos una excepción, pero relatarla ahora sería adelantar acontecimientos…

Nunca hubo un club donde sus miembros estuviesen más unidos y donde la importancia del juramento tuviese tanto peso. A diferencia de los clubes de los caballeros adinerados de Mayfair, ninguno de nosotros tenía un hogar o una querida que nos esperaba a la salida del Palacio de la Medianoche. Y también en clara divergencia con los vetustos montepíos para exalumnos de Cambridge, la Chowbar Society admitía mujeres.

Empezaré pues por la primera mujer que suscribió el juramento como miembro fundador de la Chowbar Society, aunque cuando la ceremonia tuvo lugar, ninguno de nosotros (la aludida incluida, a sus nueve años) pensaba en ella como en una mujer. Su nombre era Isobel y, tal como ella decía, había nacido para las candilejas. Isobel soñaba con convertirse en la sucesora de

Sarah Bernhardt, seducir a los públicos desde Broadway a Shafestbury, y colocar en el desempleo a las divas de la naciente industria del cine en Hollywood y Bombay. Coleccionaba recortes y programas de teatro, escribía sus propios dramas («monólogos activos», decía ella) y los representaba para todos nosotros con notable éxito. Sobresalían sus excelentes composiciones de mujer fatal al borde del abismo. Bajo su talante extravagante y melodramático, Isobel poseía, con la probable excepción de Ben, el mejor cerebro del grupo.

Las mejores piernas, sin embargo, pertenecían a Roshan. Nadie corría como Roshan, que había crecido en las calles de Calcuta al cuidado de ladrones, mendigos y toda una suerte de fauna de aquella jungla de pobreza que eran los nacientes barrios en expansión al sur de la ciudad. A los ocho años, Thomas Carter lo trajo al St. Patrick's y, tras varias fugas y retornos, Roshan decidió quedarse con nosotros. Entre sus talentos estaba la cerrajería. No había en la Tierra un cerrojo que se resistiera a sus artes.

Ya he hablado de Siraj, nuestro especialista en casas encantadas. Siraj, amén de su asma, su complexión débil y su salud enfermiza, poseía una memoria enciclopédica, especialmente en lo tocante a historias tenebrosas de la ciudad (y las había a cientos). En los relatos fantasmales que adornaban nuestras veladas señaladas, Siraj era el documentalista y Ben el fabulador. Desde el fantasma cabalgante de Hastings House al espectro del líder revolucionario del motín de 1857, pasando por el horripilante suceso del llamado agujero negro de Calcuta (donde murieron más de cien hombres asfixiados tras ser apresados en un asedio al antiguo Fort William), no había cuento ni episodio macabro de la historia de la ciudad que escapase al control, análisis y archivo de Siraj. Huelga decir que, para los demás, su pasión era motivo de regocijo y celebración. Para su desgracia, sin embargo, Siraj sentía una adoración por Isobel rayana en lo enfermizo. No pasaban seis meses sin que sus propuestas de matrimonio futuro (invariablemente declinadas) fueran causa de tormenta romántica en el grupo y agudizasen el asma del pobre amante ignorado.

Los afectos de Isobel eran competencia exclusiva de Michael, un muchacho alto, delgado y taciturno que se entregaba a largas melancolías sin motivo aparente y que tenía el dudoso privilegio de haber llegado a conocer y recordar a sus padres, muertos en unas inundaciones en el delta del Ganges al volcar una barcaza sobreocupada. Michael hablaba poco y sabía escuchar. Sólo existía un modo de llegar a conocer sus pensamientos: observar las decenas de dibujos que hacía durante el día. Ben solía decir que,

si hubiese más de un Michael en el mundo, él invertiría su fortuna (por ganar, todavía) en acciones de compañías papeleras.

El mejor amigo de Michael era Seth, un muchacho bengalí fuerte y de semblante severo que sonreía unas seis veces al año y aun así con reparos. Seth era un estudioso de cuanto se pusiera en su línea de tiro, devorador incansable de los clásicos de Mr. Carter y aficionado a la Astronomía. Cuando no estaba con nosotros, dedicaba todos sus empeños a la construcción de un extraño telescopio con el que Ben solía decir que no llegaría a verse ni la punta de los pies. Seth nunca apreció el sentido del humor vagamente cáustico de Ben.

Tan sólo me queda Ben y, aunque le he dejado para el final, me resulta muy difícil hablar de él. Había un Ben diferente para cada día. Su humor cambiaba a la media hora y pasaba de largos silencios con el rostro triste a períodos de hiperactividad que acababan por agotarnos a todos. Un día quería ser escritor; al siguiente, inventor y matemático; al otro, navegante o buceador; y el resto, todo junto y algunas cosas más. Ben inventaba teorías matemáticas que ni él mismo conseguía recordar, y escribía historias de aventuras tan disparatadas que acababa por destruirlas a la semana de terminarlas, avergonzado de haberlas firmado. Ametrallaba constantemente a todos cuantos le rodeábamos con ocurrencias extravagantes y con enrevesados juegos de palabras que siempre se negaba a repetir. Ben era como un baúl sin fondo, lleno de sorpresas y también de misterios, de luces y sombras. Ben era, y supongo que sigue siéndolo, aunque haga décadas que no nos vemos, mi mejor amigo.

En cuanto a mí, hay poco que contar. Llamadme simplemente Ian. Sólo tuve un sueño, un sueño modesto: estudiar Medicina y llegar a ejercer como médico. La fortuna fue amable conmigo y me lo concedió. Como escribió una vez Ben en una de sus cartas, «yo pasaba por allí y vi lo que estaba sucediendo».

Recuerdo que, en los últimos días de aquel mes de mayo de 1932, los siete miembros de la Chowbar Society íbamos a cumplir los dieciséis años. Aquélla era una edad fatídica, temida y a la vez esperada con ansia por todos.

A los dieciséis años, el St. Patrick's nos devolvía, según rezaban sus estatutos, a la sociedad, para que creciéramos como hombres y mujeres y nos convirtiésemos en adultos responsables. Aquella fecha tenía otro significado que todos comprendíamos muy bien: significaba la disolución definitiva de la Chowbar Society. A partir de aquel verano, nuestros caminos se separaban, y

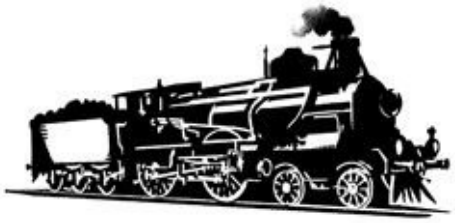
pese a nuestras promesas y a las amables mentiras que nos habíamos llegado a vender a nosotros mismos, sabíamos que el vínculo que nos había unido no tardaría en desvanecerse como un castillo de arena a la orilla del mar.

Son tantos los recuerdos que conservo de aquellos años en el St. Patrick's, que incluso hoy me sorprendo a mí mismo sonriendo ante las ocurrencias de Ben y las fantásticas historias que compartimos en el Palacio de la Medianoche. Pero quizá, de todas aquellas imágenes que se resisten a perderse en la corriente del tiempo, la que siempre he recordado con más intensidad era la de aquella figura que tantas veces creí ver al anochecer en el dormitorio que compartíamos casi todos los chicos del St. Patrick's, una larga estancia, oscura y de techos altos y abovedados que hacía pensar en la sala de un hospital. Supongo que, una vez más, el insomnio que siempre padecí hasta pasados dos años de mi viaje a Europa me convirtió en espectador de cuanto sucedía a mi alrededor mientras los demás dormían plácidamente.

Fue allí, en aquella sala desangelada, donde tantas veces me pareció ver aquella pálida luz cruzar la habitación. Sin saber cómo reaccionar, trataba de incorporarme y seguir el reflejo hasta el extremo de la estancia, y en ese momento la observaba de nuevo, del modo en que había soñado con verla en tantas otras ocasiones. La silueta evanescente de una mujer envuelta en mantos de luz espectral se inclinaba con lentitud sobre la cama en la que Ben dormía profundamente. Yo luchaba por mantener los ojos abiertos y creía ver a la dama de luz acariciar maternalmente a mi amigo. Contemplaba su rostro ovalado y transparente envuelto en un halo brillante y vaporoso. La dama alzaba los ojos y me miraba. Lejos de sentir miedo, yo me perdía en el pozo de aquella mirada triste y herida. La princesa de luz me sonreía y luego, tras acariciar de nuevo el rostro de Ben, su silueta se desvanecía en el aire en una lluvia de lágrimas de plata.

Siempre mantuve la fantasía de que aquella visión encarnaba la sombra de una madre que Ben nunca llegó a conocer y, en algún lugar de mi corazón, albergaba la esperanza infantil de que, si algún día lograba rendirme al sueño, una aparición como aquélla velara también por mí. Ése fue el único secreto que nunca compartí con nadie, ni siquiera con Ben.

2. LA ÚLTIMA NOCHE DE LA CHOWBAR SOCIETY



Calcuta, 25 de mayo de 1932

En todos los años que Thomas Carter había estado al frente del St. Patrick's, había impartido clases de Literatura, Historia y Aritmética con la destreza altanera del experto en nada y entendido en todo. La única materia en la que nunca fue capaz de preparar a sus alumnos fue en la de decir adiós. Año tras año, desfilaban ante él los rostros entre ilusionados y aterrados de aquellos a quienes la ley pronto pondría lejos de su influencia y de la protección de la institución que dirigía. Al verlos cruzar las puertas del St. Patrick's, Thomas Carter solía comparar a aquellos jóvenes con libros en blanco, en cuyas páginas él era el encargado de escribir los primeros capítulos de una historia que nunca se le permitiría acabar.

Bajo su semblante adusto y severo, poco proclive a los despliegues emotivos y a los discursos efectistas, nadie temía más que Thomas Carter la fecha fatídica en que aquellos *libros* escapaban para siempre de su *escritorio*. Pronto pasarían a manos desconocidas y plumas poco escrupulosas a la hora de escribir epílogos sombríos y alejados de los sueños y las expectativas con que sus pupilos alzaban el vuelo en solitario por las calles de Calcuta.

La experiencia le había forzado a renunciar a su deseo de conocer los pasos que sus alumnos emprendían una vez que a su mano ya no se le permitía guiarlos. Para Thomas Carter, el adiós solía venir acompañado del sabor amargo de la decepción, al comprobar, tarde o temprano, que cuando la vida había privado de pasado a aquellos muchachos, parecía haberles robado también su futuro.

Aquella calurosa noche de mayo, mientras oía las voces de los chicos en la modesta fiesta organizada en el patio delantero del edificio, Thomas Carter contempló desde la oscuridad de su despacho las luces de la ciudad brillando

bajo la bóveda de estrellas y las bandadas de nubes negras que se escapaban hacia el horizonte, manchas de tinta en una copa de agua cristalina.

Una vez más, había declinado la invitación a acudir a la fiesta y había permanecido en silencio postrado en su butaca, sin más lumbre que los reflejos multicolores de los faroles de velas y papel con que Vendela y los chicos habían decorado los árboles del patio y la fachada del St. Patrick's al modo de un buque engalanado para su botadura. Tiempo habría de pronunciar sus palabras de despedida en los días que restaban para el cumplimiento de la ordenanza oficial de devolver a los chicos a las calles de las que los había rescatado.

Tal como venía siendo costumbre en los últimos tiempos, Vendela no tardó en llamar a su puerta. Por una vez, entró sin esperar respuesta y cerró la puerta a sus espaldas. Carter observó el rostro excepcionalmente risueño de la enfermera jefe y sonrió en la penumbra.

—Nos hacemos viejos, Vendela —dijo el director del orfanato.

—Usted se hace viejo, Thomas —corrigió Vendela—. Yo maduro. ¿No piensa bajar a la fiesta? A los chicos les gustaría verle. Les he dicho que no era usted exactamente el alma de una fiesta… Pero si no me han escuchado en todos estos años, no iban a empezar a hacerlo hoy.

Carter encendió la lamparilla de su escritorio e invitó a Vendela a que tomara asiento con un gesto.

—¿Cuántos años llevamos juntos, Vendela? —preguntó Carter.

—Veintidós, Mr. Carter —precisó ella—. Más de lo que soporté a mi difunto esposo, que en gloria esté.

Carter rió la broma de Vendela.

—¿Cómo ha conseguido aguantarme todo este tiempo? —quiso saber Carter—. No se reprima. Hoy es fiesta y me siento benevolente.

Vendela se encogió de hombros y jugueteó con una tira de serpentina escarlata que se había enredado en sus cabellos.

—La paga no está mal y los chicos me agradan. ¿No piensa bajar, verdad?

Carter negó lentamente.

—No quiero aguar la fiesta a los muchachos —explicó Carter—. Además, no sería capaz de soportar ni un minuto las bromas extravagantes de Ben.

—Ben está calmado esta noche —dijo Vendela—. Triste, supongo. Los chicos ya le han entregado a Ian su billete.

El rostro de Carter se iluminó. Los miembros de la Chowbar Society (cuya existencia clandestina, contra todo pronóstico, había sido largamente conocida por Carter) llevaban meses reuniendo dinero para adquirir un billete

de barco a Southampton con el que se proponían obsequiar a su amigo Ian como despedida. Ian había manifestado su deseo de estudiar Medicina durante años, y Carter, a sugerencia de Isobel y Ben, había escrito a varias escuelas inglesas recomendando al muchacho y auspiciando la concesión de una beca. La notificación de la beca había llegado un año atrás, pero el costo del viaje hasta Londres excedía todas las previsiones.

Ante el problema, Roshan sugirió cometer un robo en las oficinas de una compañía naviera a dos bloques del orfanato. Siraj propuso organizar una rifa. Carter extrajo una suma de su parca fortuna personal y Vendela hizo lo propio. No era suficiente.

Por ello, Ben decidió escribir un drama en tres actos titulado *Los Espectros de Calcuta* (un fantasmagórico galimatías donde morían hasta los tramoyistas), el cual, con Isobel como primera figura en el papel de Lady Windmare, el resto del grupo en papeles secundarios y una puesta en escena subida de tono a cargo del propio Ben, se representó con notable éxito de público, aunque no de crítica, en diversas escuelas de la ciudad. Como resultado, se recaudó la suma restante para financiar el viaje de Ian. Tras el estreno, Ben se entregó a un encendido panegírico sobre el arte comercial y el infalible instinto del público para reconocer una obra maestra.

—Se le saltaban las lágrimas al recibirlo —explicó Vendela.

—Ian es un muchacho formidable, un tanto inseguro, pero formidable. Hará buen uso de ese billete y de la beca —afirmó Carter con orgullo.

—Preguntó por usted. Quería agradecerle su ayuda.

—¿No le habrá dicho que puse dinero de mi bolsillo? —preguntó Carter, alarmado.

—Lo hice, pero Ben lo desmintió alegando que se había gastado usted todo el presupuesto de este año en deudas de juego —apuntó Vendela.

La algarabía de la fiesta seguía chispeando en el patio. Carter frunció el ceño.

—Ese muchacho es el diablo. Si no se marchase de aquí ya, le echaría.

—Usted adora a ese muchacho, Thomas —rió Vendela, incorporándose —. Y él lo sabe.

La enfermera se dirigió hacia la puerta y se volvió al llegar al umbral. No se rendía fácilmente.

—¿Por qué no baja?

—Buenas noches, Vendela —atajó Carter.

—Es usted un viejo soso.

—No toquemos el tema de la edad o me veré obligado a perder mi condición de caballero…

Vendela murmuró unas palabras ininteligibles ante la inutilidad de su insistencia y dejó a solas a Carter. El director del St. Patrick's apagó de nuevo la luz de su escritorio y, sigilosamente, se acercó a la ventana a vislumbrar el escenario de la fiesta entre las rendijas de la persiana, un jardín de bengalas encendidas y la luz cobriza de los faroles que teñía rostros familiares y sonrientes bajo la luna llena. Carter suspiró. Aunque ninguno de ellos lo sabía, todos tenían un billete de ida a algún lugar, pero sólo Ian conocía el destino del suyo.

* * *

—Veinte minutos y será medianoche —anunció Ben.

Sus ojos brillaban mientras observaba las tracas de fuego dorado que esparcían una lluvia de briznas encendidas en el aire.

—Espero que Siraj tenga buenas historias para hoy —dijo Isobel examinando el fondo del vaso que sostenía a contraluz, como si esperase encontrar algo en él.

—Tendrá las mejores —aseguró Roshan—. Hoy es nuestra última noche. El fin de la Chowbar Society.

—Me pregunto qué será del Palacio —señaló Seth.

Ninguno de ellos se refería al caserón abandonado bajo otra denominación que aquélla desde hacía años.

—Adivina —sugirió Ben—. Una comisaría o un banco. ¿No es eso lo que construyen siempre que derriban algo en cualquier ciudad del mundo?

Siraj se había unido a ellos y consideró las funestas predicciones de Ben.

—Quizá abran un teatro —apuntó el enclenque muchacho mirando a su amor imposible, Isobel.

Ben puso los ojos en blanco y meneó la cabeza. En lo concerniente a adular a Isobel, Siraj no conocía los límites de la dignidad.

—Tal vez no lo toquen —dijo Ian, que había estado escuchando en silencio a sus amigos, disimulando sus ojeadas furtivas al dibujo que Michael estaba plasmando en una pequeña cuartilla.

—¿De qué va la lámina, Canaleto? —inquirió Ben sin malicia en el tono de voz.

Michael alzó por primera vez los ojos de su dibujo y miró a sus amigos, que le observaban como si acabase de caer del cielo. Sonrió tímidamente y

exhibió la lámina a su público.

—Somos nosotros —explicó el retratista residente del club de los siete muchachos.

Los seis miembros restantes de la Chowbar Society escrutaron el retrato durante cinco largos segundos envestidos en un silencio religioso. El primero en apartar sus ojos del dibujo fue Ben. Michael reconoció en el rostro de su amigo el impenetrable semblante que lucía cuando le azotaban sus extraños ataques de melancolía.

—¿Ésa es mi nariz? —preguntó Siraj—. ¡Yo no tengo esa nariz! ¡Parece un anzuelo!

—No tienes otra cosa —precisó Ben, esbozando una sonrisa que no engañó a Michael, pero sí a los demás—. No te quejes; si te hubiese sacado de perfil, sólo se vería una línea recta.

—Déjame ver —dijo Isobel, haciéndose con el dibujo y estudiándolo detalladamente a la luz de un farol parpadeante—. ¿Así es como nos ves?

Michael asintió.

—Te has dibujado a ti mismo mirando en otra dirección que los demás —observó Ian.

—Michael siempre mira lo que los demás no ven —dijo Roshan.

—¿Y qué has visto en nosotros que nadie más es capaz de observar, Michael? —preguntó Ben.

Ben se unió a Isobel y analizó el retrato. Los trazos del lápiz graso de Michael los habían situado juntos frente a un estanque donde se reflejaban sus rostros. En el cielo había una gran luna llena y, en la lejanía, un bosque que se perdía en la distancia. Ben examinó los rostros reflejados y difusos sobre la superficie del estanque y los comparó con los de las figuras que posaban frente a la pequeña laguna. Ni uno solo tenía la misma expresión que su reflejo. La voz de Isobel junto a él le rescató de sus pensamientos.

—¿Puedo quedármelo, Michael? —preguntó Isobel.

—¿Por qué tú? —protestó Seth.

Ben apoyó su mano sobre el hombro del fornido muchacho bengalí y le dirigió una mirada breve e intensa.

—Deja que se lo quede —murmuró.

Seth asintió y Ben le palmeó cariñosamente la espalda mientras observaba por el rabillo del ojo a una anciana dama elegantemente ataviada y acompañada por una joven de una edad similar a la suya y a la de sus amigos que cruzaba el umbral del patio del St. Patrick’s en dirección al edificio principal.

—¿Pasa algo? —preguntó Ian en voz baja junto a él.

Ben negó lentamente.

—Tenemos visita —apuntó sin apartar los ojos de aquella mujer y de la muchacha—. O algo parecido.

* * *

Cuando Bankim llamó a su puerta, Thomas Carter ya se había percatado de la llegada de aquella mujer y su acompañante a través de la ventana desde la cual contemplaba la fiesta del patio. Encendió la luz del escritorio y ordenó a su ayudante que entrase.

Bankim era un joven de rasgos acusadamente bengalíes y ojos vivos y penetrantes. Tras crecer en el St. Patrick's, había vuelto como maestro de Física y Matemáticas al orfanato después de varios años de trabajo en diversas escuelas de la provincia. La afortunada resolución de la historia de Bankim era una de las excepciones con las que Carter alimentaba su moral año tras año. Verle allí como adulto formando a otros jóvenes sentados en las aulas que él había compartido años atrás era la mejor recompensa que podía imaginar a su esfuerzo.

—Siento molestarle, Thomas —dijo Bankim—. Pero hay una dama abajo que afirma necesitar hablar con usted. Le he dicho que no estaba y que hoy celebrábamos una fiesta, pero no ha querido escucharme y ha insistido enérgicamente, por no decir otra cosa.

Carter miró a su ayudante con extrañeza y consultó su reloj.

—Es casi medianoche —dijo—. ¿Quién es esa mujer?

Bankim se encogió de hombros.

—No sé quién es, pero sé que no se marchará hasta que la reciba.

—¿No ha dicho qué quería?

—Sólo me ha dicho que le entregue esto —respondió Bankim tendiendo una pequeña cadena brillante a Carter—. Dijo que usted sabría lo que era.

Carter tomó la cadena en sus manos y la examinó bajo la lámpara de su escritorio. Era una medalla, un círculo que representaba una luna de oro. La imagen tardó unos segundos en encender su memoria. Carter cerró los párpados y sintió cómo un nudo se formaba lentamente en la boca del estómago. Poseía una medalla muy similar a aquélla, oculta en el cofre que guardaba bajo llave en la vitrina de su despacho. Una medalla que no había visto en dieciséis años.

—¿Algún problema, Thomas? —preguntó Bankim, visiblemente preocupado por el cambio de expresión que había advertido en Carter.

El director del orfanato sonrió débilmente y negó con la cabeza, guardando la cadena en el bolsillo de su camisa.

—Ninguno —contestó lacónicamente—. Hazla subir. La recibiré.

Bankim le observó con extrañeza y por un instante Carter creyó que su antiguo pupilo formularía la pregunta que no quería escuchar. Finalmente, Bankim asintió y salió del despacho cerrando la puerta con suavidad. Dos minutos después, Aryami Bosé entraba en el santuario privado de Thomas Carter y retiraba de su rostro el velo que lo cubría.

* * *

Ben observó detenidamente a la muchacha que esperaba pacientemente bajo la arcada de la entrada principal del St. Patrick's. Bankim había vuelto a aparecer y, tras indicar a la anciana dama que la acompañaba que le siguiera, ésta, con gestos inequívocamente autoritarios, había instruido a su vez a la chica para que permaneciese a la espera de su retorno junto a la puerta como una estatua de piedra. Era obvio que la anciana había acudido a visitar a Carter y, teniendo en cuenta la escasa frivolidad con que el director del orfanato sazonaba su vida social, se atrevió a suponer que las visitas a medianoche de bellezas misteriosas, cualquiera que fuese su edad, entraban de lleno en el capítulo de imprevistos. Ben sonrió y se concentró de nuevo en la muchacha. Alta y esbelta, vestía ropas sencillas aunque poco comunes, atavíos que se dirían tejidos por alguien con un estilo personal e intransferible y, obviamente, no adquiridos en cualquier bazar de la *ciudad negra*. Su rostro, que no alcanzaba a ver con claridad desde el lugar en que se encontraba, parecía cincelado en rasgos suaves, una piel pálida y brillante.

—¿Hay alguien ahí? —susurró Ian en su oído.

Ben señaló hacia la muchacha con la cabeza, sin pestañear.

—Es casi medianoche —añadió Ian—. Nos vamos a reunir en el Palacio dentro de unos minutos. Sesión de cierre, te recuerdo.

Ben asintió, ausente.

—Espera un segundo —dijo, y echó a caminar con pasos decididos hacia la muchacha.

—Ben —llamó Ian a sus espaldas—. Ahora, no, Ben…

Él ignoró la llamada de su amigo. La curiosidad por desvelar aquel enigma podía más que las exquisiteces protocolarias de la Chowbar Society.

Adoptó su sonrisa beatífica de alumno ejemplar y se dirigió en línea recta hacia la chica. La muchacha le vio acercarse y bajó la mirada.

—Hola. Soy el ayudante de Mr. Carter, rector del St. Patrick's —dijo Ben en tono exultante—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—En realidad, no. Tu… compañero ya ha llevado a mi abuela ante el director —dijo la muchacha.

—¿Tu abuela? —preguntó Ben—. Entiendo. Espero que no pase nada grave. Quiero decir que es medianoche y me preguntaba si ocurría algo.

La muchacha sonrió débilmente y negó con la cabeza. Ben le correspondió. No era presa fácil.

—Mi nombre es Ben —ofreció amablemente.

—Sheere —contestó la muchacha, mirando a la puerta, como si esperase que su abuela emergiese de nuevo en cualquier momento.

Ben se frotó las manos.

—Bien, Sheere —dijo—. Mientras mi colega Bankim conduce a tu abuela al despacho de Mr. Carter, tal vez yo pueda ofrecerte nuestra hospitalidad. El jefe siempre insiste en que debemos ser amables con los visitantes.

—¿No eres un poco joven para ser ayudante del rector? —inquirió Sheere, evitando los ojos del chico.

—¿Joven? —preguntó él—. Me halaga el cumplido, pero siento decirte que cumpliré los veintitrés muy pronto.

—Nunca lo habría dicho —repuso Sheere.

—Es algo de familia —explicó Ben—. Todos tenemos una piel resistente al envejecimiento. Mi madre, por ejemplo, cuando va conmigo por la calle, imagínate, la toman por mi hermana.

—¿De veras? —preguntó Sheere, reprimiendo una risa nerviosa; no había creído ni una sola palabra de su historia.

—¿Qué hay de lo de aceptar la hospitalidad del St. Patrick's? —insistió Ben—. Hoy celebramos una fiesta de despedida para algunos de los muchachos que nos van a dejar ya. Es triste, pero toda una vida se abre ante ellos. También es emocionante.

Sheere clavó sus ojos perlados en Ben y sus labios dibujaron lentamente una sonrisa de incredulidad.

—Mi abuela me ha pedido que la espere aquí.

Ben señaló la puerta.

—¿Aquí? —preguntó—. ¿Precisamente aquí?

Sheere asintió, sin comprender.

—Verás —empezó Ben, gesticulando con las manos—, siento decírtelo pero, bueno, pensaba que no sería necesario comentarlo. Estas cosas no son buenas para la imagen del centro, pero no me dejas opción: hay un problema de desprendimientos. En la fachada.

La joven le miró, atónita.

—¿Desprendimientos?

Ben asintió gravemente.

—Efectivamente —corroboró con semblante consternado—. Algo lamentable. Aquí, en este mismo punto en que te hallas, no hará hoy ni un mes en que Mrs. Potts, nuestra anciana cocinera a la que Dios guarde muchos años, recibió el impacto de un fragmento de ladrillo caído desde el altillo del segundo piso.

Sheere rió.

—No me parece que ese infortunado incidente sea motivo de chanza, si me permites la observación —dijo Ben con seriedad glacial.

—No creo nada de lo que me has dicho. Ni eres ayudante del rector, ni tienes veintitrés años ni la cocinera sufrió una lluvia de ladrillos hace un mes —desafió Sheere—. Eres un embustero y no has pronunciado una sola palabra cierta desde que has empezado a hablar.

Ben sopesó cuidadosamente la situación. La primera parte de su estratagema, tal como era previsible, hacía aguas, y se imponía un giro prudente pero ladino a su discurso.

—Bueno, admito que tal vez me haya dejado llevar por mi imaginación, pero no todo lo que he dicho era falso.

—¿Ah, no?

—No te he mentido respecto a mi nombre. Me llamo Ben. Y lo de ofrecerte nuestra hospitalidad también es cierto.

Sheere sonrió ampliamente.

—Me gustaría aceptarla, Ben, pero debo esperar aquí. En serio.

El muchacho se frotó las manos y adoptó un aire de flemática resignación.

—Bien. Esperaré contigo —anunció solemnemente—. Si ha de caer algún adoquín, que me caiga a mí.

Sheere se encogió de hombros con indiferencia y asintió, volviendo su mirada de nuevo a la puerta. Un largo minuto de silencio transcurrió sin que ninguno de los dos se moviese ni despegase los labios.

—Una noche calurosa —comentó Ben.

Sheere se volvió y le dedicó una mirada vagamente hostil.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —preguntó.

—Hagamos un pacto. Ven a tomar un vaso de deliciosa limonada helada conmigo y mis amigos y luego te dejaré en paz —ofreció él.

—No puedo, Ben. De verdad.

—Estaremos solamente a veinte metros de aquí —añadió Ben—. Podemos poner un cascabel en la puerta.

—¿Es tan importante para ti? —preguntó Sheere.

Ben asintió.

—Es mi última semana en este lugar. He pasado toda mi vida aquí y dentro de cinco días volveré a estar solo. Solo de verdad. No sé si podré pasar otra noche como ésta, entre amigos. Tú no sabes lo que es eso.

Sheere le observó un largo instante.

—Sí que lo sé —dijo finalmente—. Llévame hasta esa limonada.

* * *

Una vez Bankim le hubo dejado a solas en su despacho, no sin cierto reparo, Carter se sirvió una pequeña copa de brandy y ofreció otra a su visitante. Aryami declinó la invitación y esperó a que Carter tomase asiento en su butaca, de espaldas al ventanal bajo el cual los muchachos celebraban su fiesta ajenos al silencio glacial que flotaba en aquella habitación. Carter humedeció los labios en el licor y dirigió una mirada inquisitiva a la anciana. El tiempo no había mermado un ápice la autoridad de sus rasgos, y todavía podía advertirse en sus ojos el fuego interno que recordaba en la que había sido esposa de su mejor amigo, en una época que ahora se revelaba demasiado lejana. Ambos se miraron largamente en silencio.

—La escucho —dijo finalmente Carter.

—Hace dieciséis años me vi obligada a confiarle la vida de un muchacho, Mr. Carter —empezó Aryami en voz baja pero firme—. Fue una de las decisiones más difíciles de mi vida y me consta que durante estos años no ha defraudado usted la confianza que deposité en sus manos. En este tiempo nunca quise interferir en la vida del muchacho, consciente de que no estaría mejor en ningún lugar que aquí, bajo su protección. Nunca tuve la oportunidad de agradecerle lo que hizo por el chico.

—Me limité a cumplir con mi obligación —repuso Carter—. Pero no creo que sea ése el tema del que ha venido a hablarme hoy, de madrugada.

—Me gustaría poder decir que lo es, pero no es así —dijo Aryami—. He venido aquí porque la vida del muchacho está en peligro.

—Ben.

—Ése es el nombre que usted le dio. Cuanto sabe y cuanto es se lo debe a usted, Mr. Carter —dijo Aryami—. Pero hay algo de lo que ni usted ni yo podremos protegerle durante más tiempo: el pasado.

Las agujas del reloj de Thomas Carter se unieron en la vertical de la medianoche. Carter apuró el brandy que se había servido y dirigió una mirada desde la ventana hacia el patio. Ben hablaba con una muchacha a la que no conocía.

—Como le he dicho antes, la escucho —reiteró Carter.

Aryami se incorporó y, cruzando sus manos, inició su relato…

* * *

«Durante dieciséis años he recorrido este país en busca de refugios pasajeros y escondites. Hace dos semanas, cuando me detuve durante apenas un mes en el domicilio de unos familiares a restablecerme de una enfermedad, recibí una carta en mi residencia provisional en Delhi. Nadie sabía ni podía saber que mi nieta y yo estábamos allí. Cuando la abrí, comprobé que contenía una hoja de papel en blanco, sin una sola letra sobre ella. Pensé que se trataba de un error o tal vez de una broma, hasta que examiné el sobre. Llevaba el matasellos de la oficina postal de Calcuta. La tinta del sello estaba borrosa y resultaba difícil apreciar parte de lo que figuraba en él, pero fui capaz de descifrar la fecha. Era el 25 de mayo de 1916.

»Guardé la carta que según todo indicaba había tardado dieciséis años en cruzar la India hasta la puerta de aquella casa en un lugar al que sólo yo tengo acceso, y no volví a examinarla hasta aquella misma noche. Mi vista cansada no me había jugado una mala pasada: la fecha era la misma que había creído entrever en aquel sello desdibujado, pero algo había cambiado. La cuartilla que horas antes estaba en blanco contenía una frase, escrita en tinta roja y fresca, tanto que la caligrafía se esparcía sobre el papel poroso al simple roce de los dedos. “Ya no son niños, anciana. He vuelto a por lo que es mío. Apártate de mi camino”. Ésas eran las palabras que leí en aquella carta antes de lanzarla al fuego.

»Supe entonces quién había enviado la carta y supe también que había llegado el momento de desenterrar viejos recuerdos que había aprendido a ignorar durante estos últimos años. No sé si alguna vez le hablé de mi hija Kylian, Mr. Carter. No soy ahora más que una anciana que espera el fin de sus días, pero hubo un tiempo en que yo también fui una madre, la madre de la más maravillosa de las criaturas que han pisado esta ciudad.

»Recuerdo aquellos días como los más felices de mi vida. Kylian había contraído matrimonio con uno de los hombres más brillantes que había dado este país, y fue a vivir con él a la casa que él mismo había construido en el Norte de la ciudad, una casa como nunca se había conocido. El esposo de mi hija, Lahawaj Chandra Chatterghee, era ingeniero y escritor. Él fue uno de los primeros en diseñar la red telegráfica de este país, Mr. Carter, uno de los primeros en diseñar el sistema de electrificación que escribirá el futuro de nuestras ciudades, uno de los primeros en construir una red de ferrocarril en Calcuta… Uno de los primeros en todo aquello que se proponía.

»Pero la felicidad de ambos no duró mucho. Chandra Chatterghee perdió la vida en el terrible incendio que destruyó la antigua estación de Jheeter's Gate, al otro lado del Hooghly. Usted habrá visto ese edificio alguna vez. Hoy en día está abandonado, pero en su tiempo fue una de las más gloriosas construcciones que se alzaban en Calcuta. Una estructura de hierro revolucionaria, surcada por túneles, múltiples niveles y sistemas de conducción de aire y de conexión hidráulica a los raíles que ingenieros de todo el mundo venían a visitar y a admirar con asombro. Todo ello, creación del ingeniero Chandra Chatterghee.

»La noche de la inauguración oficial, Jheeter's Gate ardió inexplicablemente y un tren que transportaba a más de trescientos niños abandonados rumbo a Bombay prendió en llamas y quedó enterrado en las tinieblas de los túneles que se hundían en la tierra. Ninguno salió con vida de aquel tren, que sigue varado en las sombras de algún punto del laberinto de galerías subterráneas de la orilla oeste de Calcuta.

»La noche en que el ingeniero murió en aquel tren será recordada por las gentes de esta ciudad como una de las mayores tragedias que ha vivido Calcuta. Muchos lo consideraron un símbolo de que las sombras se cernían para siempre sobre esta ciudad. No faltaron los rumores de que el incendio había sido provocado por un grupo de financieros británicos a los que la nueva línea de ferrocarril podía perjudicar al demostrar que el transporte marítimo de mercancías, uno de los grandes negocios de Calcuta desde los tiempos de Lord Clive y la compañía colonial, estaba en vísperas de su caducidad. El tren era el futuro. Los raíles eran el camino sobre el cual algún día este país y esta ciudad podrían emprender el rumbo hacia un mañana libre de la invasión británica. La noche que ardió Jheeter's Gate, aquellos sueños se convirtieron en pesadillas.

»Días después de la desaparición del ingeniero Chandra, mi hija Kylian, que esperaba dar a luz a su primer hijo, fue objeto de las amenazas de un

extraño personaje salido de las tinieblas de Calcuta, un asesino que había jurado matar a la esposa y a la descendencia del hombre a quien acusaba de todas sus desgracias. Ese hombre, ese criminal, fue el causante del incendio donde Chandra perdió la vida. Un joven oficial del ejército británico, un antiguo pretendiente de mi hija, el teniente Michael Peake, se propuso detener a aquel loco, pero la tarea demostró ser mucho más compleja de lo que él había creído.

»La noche en que mi hija iba a dar a luz a su hijo, unos hombres entraron en la casa y se la llevaron de allí. Asesinos a sueldo. Gentes sin nombre ni conciencia que, por unas monedas, son fáciles de encontrar en las calles de esta ciudad. Durante una semana, el teniente —al borde de la desesperación —, recorrió todos los rincones de la ciudad en busca de mi hija. Tras aquella dramática semana, Peake tuvo una terrible intuición, que resultó ser cierta. El asesino había llevado a mi hija hasta las entrañas de las ruinas de Jheeter's Gate. Allí, entre la inmundicia —y los restos de la tragedia—, mi hija había dado a luz al muchacho al que usted ha convertido en un hombre, Mr. Carter.

»A él, Ben, y a su hermana, a quien yo he tratado de convertir en una mujer y a la que, al igual que usted, di un nombre, el nombre que su madre siempre soñó para ella: Sheere.

»El teniente Peake, poniendo en peligro su vida, consiguió arrebatar a los dos niños de las manos del asesino. Pero aquel criminal, ciego de rabia, juró perseguir su rastro y acabar con su vida tan pronto como alcanzaran la edad adulta para vengarse de su padre fallecido, el ingeniero Chandra Chatterghee. Tal era su único propósito: destruir cualquier vestigio de la obra y la vida de su enemigo, a cualquier precio.

»Kylian murió con la promesa de que su alma no descansaría hasta saber que sus hijos estaban a salvo. El teniente Peake, el hombre que la había amado en silencio tanto como su propio esposo, dio su vida por hacer que la promesa que selló sus labios pudiera hacerse realidad. El 25 de mayo de 1916 el teniente Peake consiguió cruzar el Hooghly y entregarme a los niños. Su destino, a día de hoy, me es todavía desconocido.

»Decidí que el único modo de salvar la vida de los niños era separarlos y ocultar su identidad y su paradero. El resto de la historia de Ben usted la conoce mejor que yo. En cuanto a Sheere, la tomé a mi cuidado y emprendí un largo viaje por todo el país y crié a la niña en la memoria del gran hombre que fue su padre y de la gran mujer que le dio la vida, mi hija. Nunca le conté más de lo que creí necesario. En mi ingenuidad llegué a pensar que la distancia en el espacio y en el tiempo borraría la huella del pasado, pero nada

puede cambiar nuestros pasos perdidos. Cuando recibí aquella carta, supe que mi huida había tocado fin y que era el momento de volver a Calcuta para advertirle de lo que estaba sucediendo. No fui sincera con usted aquella noche en la carta que le escribí, Mr. Carter, pero obré de corazón, creyendo en conciencia que aquello era lo que debía hacer.

»Tomé a mi nieta, incapaz de dejarla sola ahora que el asesino ya conocía nuestro paradero, y emprendimos el viaje de vuelta. Durante todo el trayecto, no podía apartar de mi mente una idea que cobraba una evidencia obsesiva a medida que nos acercábamos a nuestro punto de destino. Tenía la certeza de que ahora, en el momento en que Ben y Sheere dejaban atrás su infancia y se convertían en adultos, aquel asesino había despertado de la oscuridad de nuevo para cumplir su vieja promesa y supe, con la claridad que sólo la cercanía de la tragedia nos otorga, que esta vez no se detendría ante nada ni ante nadie…».

* * *

Thomas Carter permaneció en silencio durante un largo intervalo de tiempo, sin apartar los ojos de sus manos sobre el escritorio. Cuando alzó la vista, comprobó que Aryami seguía allí, que cuanto había escuchado no eran imaginaciones suyas, y resolvió que la única decisión razonable que se sentía capaz de tomar en aquel momento era la de escanciar de nuevo un chorro de brandy en su copa y brindar en solitario a su propia salud.

—No me cree…

—No he dicho eso —puntualizó Carter.

—No ha dicho nada —matizó Aryami—. Eso es lo que me preocupa.

Carter saboreó el brandy y se preguntó bajo qué infausto pretexto había tardado diez años en desentrañar los embriagadores encantos del licor espirituoso que guardaba en su vitrina con el celo reservado a una reliquia sin utilidad práctica.

—No es fácil creer lo que acaba de contarme, Aryami —respondió Carter —. Póngase en mi lugar.

—Sin embargo, usted se hizo cargo del muchacho hace dieciséis años.

—Me hice cargo de un niño abandonado, no de una historia improbable. Ése es mi deber y mi trabajo. Este edificio es un orfanato y yo su director. Eso es todo y no hay más.

—Sí lo hay, Mr. Carter —replicó Aryami—. Me tomé la molestia de hacer mis indagaciones en su día. Nunca denunció la aparición de Ben. Nunca

dio parte. No existen documentos que acrediten su ingreso en esta institución. Debía de haber algún motivo para que obrase así, habida cuenta de que lo que usted denomina una *historia improbable* no le merecía credibilidad alguna.

—Siento contradecirle, Aryami, pero existen esos documentos. Con otras fechas y otras circunstancias. Ésta es una institución oficial, no una casa de misterios.

—No ha respondido a mi pregunta —atajó Aryami—. O mejor dicho, no ha hecho más que darme más motivos para hacérsela de nuevo: ¿qué le llevó a falsear la historia de Ben si no creía en los hechos que le exponía en mi carta?

—Con todo respeto, no veo por qué he de responder a eso.

Los ojos de Aryami se posaron en los suyos y Carter trató de esquivar su mirada. Una amarga sonrisa afloró a los labios de la anciana.

—Usted le ha visto —dijo Aryami.

—¿Estamos hablando de un nuevo personaje en la historia? —preguntó él.

—¿Quién engaña a quién, Mr. Carter? —replicó Aryami.

La conversación parecía haber alcanzado un punto muerto. Carter se incorporó y anduvo unos pasos en torno al despacho mientras la anciana le observaba atentamente.

Carter se volvió hacia Aryami.

—Supongamos que diese crédito a su historia. Es una simple suposición. ¿Qué espera usted que haga yo en consecuencia?

—Alejar a Ben de este lugar —respondió tajantemente Aryami—. Hablar con él. Advertirle. Ayudarle. No le pido que haga nada con el muchacho que no haya hecho en los últimos años.

—Necesito meditar sobre este asunto detenidamente —dijo Carter.

—No se tome demasiado tiempo. Ese hombre ha esperado dieciséis años, quizá no le importe esperar un día más. O quizá sí.

Carter se derrumbó de nuevo en su butaca y esbozó un gesto de tregua.

—Recibí la visita de un hombre llamado Jawahal el día que encontramos a Ben —explicó Carter—. Me preguntó por el muchacho y le dije que no sabíamos nada al respecto. Poco después desapareció para siempre.

—Ese hombre utiliza muchos nombres, muchas identidades, pero tiene un solo fin, Mr. Carter —dijo Aryami con un brillo acerado en los ojos—. No he cruzado la India para sentarme a ver cómo los hijos de mi hija mueren por la falta de decisión de un par de viejos bobos, si me permite la expresión.

—Viejo bobo o no, necesito tiempo para pensar con calma. Tal vez sea necesario hablar con la policía.

Aryami suspiró.

—Ni hay tiempo, ni serviría de nada —replicó con dureza—. Mañana al atardecer abandonaré Calcuta con mi nieta. Mañana por la tarde, Ben debe dejar este lugar y marcharse lejos de aquí. Dispone usted de unas horas para hablar con el muchacho y prepararlo todo.

—No es tan sencillo —objetó Carter.

—Es tan sencillo como esto: si usted no habla con él, yo lo haré, Mr. Carter —amenazó Aryami dirigiéndose hacia la puerta del despacho—. Y rece para que ese hombre no le encuentre antes de que vea la luz del día.

—Mañana hablaré con Ben —dijo Carter—. No puedo hacer más.

Aryami le dirigió una última mirada desde el umbral del despacho.

—Mañana, Mr. Carter, es hoy.

* * *

—¿Una sociedad secreta? —preguntó Sheere con la mirada encendida de curiosidad—. Creí que las sociedades secretas sólo existían en los seriales.

—Aquí Siraj, nuestro experto en el tema, podría contradecirte durante horas —dijo Ian.

Siraj asintió gravemente corroborando la alusión a su erudición sin límites.

—¿Has oído hablar de los francmasones? —apuntó.

—Por favor —cortó Ben—, Sheere va a pensar que somos un atajo de brujos encapuchados.

—¿Y no lo sois? —rió la muchacha.

—No —repuso Seth solemnemente—. La Chowbar Society cumple dos propósitos enteramente positivos: ayudarnos entre nosotros y a los demás, y compartir nuestros conocimientos para construir un futuro mejor.

—¿No es eso lo que dicen pretender todos los grandes enemigos de la humanidad? —preguntó Sheere.

—Solamente durante los últimos dos o tres mil años —cortó Ben—. Cambiemos de tema. Esta noche es muy especial para la Chowbar Society.

—Hoy nos disolvemos —dijo Michael.

—Hablan los muertos —apuntó Roshan, sorprendido.

Sheere miró con extrañeza a aquel grupo de muchachos, ocultando el divertimento que le producía el fuego cruzado que se disparaban entre sí.

—Lo que Michael quiere decir es que hoy tendrá lugar la última reunión de la Chowbar Society —explicó Ben—. Después de siete años, cae el telón.

—Vaya —apuntó Sheere—, para una vez que doy con una sociedad secreta real, resulta que está a punto de disolverse. No tendré tiempo de ingresar como miembro.

—Nadie ha dicho que se acepten nuevos miembros —se apresuró a precisar Isobel, que había presenciado en silencio la conversación sin apartar los ojos de la intrusa—. Es más, si no fuera por estos bocazas, que han traicionado uno de los juramentos de la Chowbar, ni siquiera sabrías que existe. Ven unas faldas y se venden por una moneda.

Sheere ofreció una sonrisa conciliadora a Isobel y consideró la ligera hostilidad que la muchacha le demostraba. La pérdida de la exclusividad no era fácil de aceptar.

—Voltaire decía que los peores misóginos siempre son mujeres —afirmó casualmente Ben.

—¿Y quién demonios es Voltaire? —cortó Isobel—. Tamaña barbaridad sólo puede ser de tu cosecha.

—Habló la ignorancia —replicó Ben—. Aunque tal vez Voltaire no dijese exactamente eso…

—Parad la guerra —intervino Roshan—. Isobel tiene razón. No deberíamos haber hablado.

Sheere contempló con inquietud cómo el clima parecía cambiar de color en pocos segundos.

—No quisiera ser motivo de discusión. Lo mejor es que vuelva con mi abuela. Considero olvidado cuanto habéis dicho —dijo devolviendo el vaso de limonada a Ben.

—No tan rápido, princesa —exclamó Isobel a su espalda.

Sheere se volvió y se encaró con la muchacha.

—Ahora que sabes algo, tendrás que saberlo todo y guardar el secreto —dijo Isobel ofreciendo media sonrisa avergonzada—. Siento lo de antes.

—Buena idea —sentenció Ben—. Adelante.

Sheere alzó las cejas, atónita.

—Tendrá que pagar el precio de admisión —recordó Siraj.

—No tengo dinero…

—No somos una iglesia, querida, no queremos tu dinero —replicó Seth—. El precio es otro.

Sheere recorrió los rostros enigmáticos de los muchachos en busca de una respuesta. El semblante afable de Ian le sonrió.

—Tranquila, no es nada malo —le aclaró el chico—. La Chowbar Society se reúne en su local secreto pasada la madrugada. Todos pagamos nuestro

precio cuando ingresamos.

—¿Cuál es vuestro local secreto?

—Un palacio —respondió Isobel—. El Palacio de la Medianoche.

—Nunca he oído hablar de él.

—Porque nadie ha oído hablar de él excepto nosotros —añadió Siraj.

—¿Y cuál es ese precio?

—Una historia —respondió Ben—. Una historia personal y secreta que nunca hayas contado a nadie. La compartirás con nosotros y tu secreto jamás saldrá de la Chowbar Society.

—¿Tienes una historia así? —desafió Isobel mordiéndose el labio inferior.

Sheere observó de nuevo a los seis chicos y a la muchacha que la escrutaban cuidadosamente y asintió.

—Tengo una historia como nunca habéis podido oír —respondió finalmente.

—Entonces —dijo Ben frotándose las manos—, pongamos manos a la obra.

* * *

Mientras Aryami Bosé relataba la causa que las había llevado, a ella y a su nieta, de vuelta a Calcuta tras largos años de exilio, los siete miembros de la Chowbar Society escoltaban a Sheere a través de los arbustos que rodeaban las inmediaciones del Palacio de la Medianoche. A los ojos de la recién llegada, el Palacio no era más que un antiguo caserón abandonado a través de cuya techumbre quebrada podía contemplarse el cielo sembrado de estrellas, y entre cuyas sombras sinuosas afloraban los restos de gárgolas, columnas y relieves, vestigios de lo que algún día debía de haberse alzado como un señorial palacete de piedra, fugado de entre las páginas de un cuento de hadas.

Cruzaron el jardín a través de un estrecho túnel practicado entre la maleza que conducía directamente a la entrada principal de la casa. Una ligera brisa agitaba las hojas de los arbustos y silbaba entre las arcadas de piedra del Palacio. Ben se volvió y la contempló exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué te parece? —preguntó, visiblemente orgulloso.

—Diferente —ofreció Sheere, temerosa de enfriar el entusiasmo del muchacho.

—Sublime —corrigió Ben, siguiendo su camino sin molestarse en contrastar nuevas valoraciones respecto al encanto del cuartel general de la Chowbar Society.

Sheere sonrió para sus adentros y se dejó guiar, pensando en lo mucho que le hubiera gustado conocer aquel lugar y a aquellos muchachos en una noche parecida, durante los años en que les había servido de refugio y santuario. Entre ruinas y recuerdos, aquel lugar desprendía esa aura de magia e ilusión que sólo pervive en la memoria borrosa de los primeros años de la vida. No importaba que fuera tan sólo por una última noche; estaba deseando pagar el precio de admisión en la casi extinta Chowbar Society.

«Mi historia secreta es, en realidad, la historia de mi padre. Una y otra son inseparables. Nunca le conocí en persona ni guardo más recuerdos de él que lo que aprendí de labios de mi abuela y a través de sus libros y sus cuadernos, pero, por extraño que os pueda parecer, nunca me he sentido tan próxima a nadie en este mundo y, aunque él muriese antes de que yo llegara a nacer, estoy segura de que sabrá esperarme hasta el día en que me reúna con él y compruebe que siempre fue tal y como le imaginé: el mejor hombre que nunca hubo en el mundo.

»No soy tan diferente de vosotros. No me crié en un orfanato, pero nunca supe lo que era tener una casa o alguien con quien hablar durante más de un mes, que no fuese mi abuela. Vivíamos en los trenes, en casas de desconocidos, en la calle, sin rumbo, sin un lugar que pudiésemos llamar nuestro hogar y al que regresar. Durante todos esos años, el único amigo que tuve fue mi padre. Como os digo, aunque él nunca estaba allí, aprendí cuanto sé de sus libros y de los recuerdos que mi abuela conservaba de él.

»Mi madre murió al darme a luz, y he aprendido a vivir con el remordimiento de no poder recordarla ni conservar más imagen de su personalidad que la visión que mi padre reflejaba de ella en sus libros. De todos ellos, de los tratados de ingeniería y de los gruesos volúmenes que nunca llegué a entender, mi favorito siempre fue un pequeño libro de cuentos que él tituló *Las Lágrimas de Shiva*. Mi padre lo escribió cuando todavía no había cumplido los treinta y cinco años, y proyectaba la creación de la primera línea de ferrocarril en Calcuta y la construcción de una revolucionaria estación de acero que soñaba realizar en la ciudad. Un pequeño editor de Bombay imprimió no más de seiscientos ejemplares del libro, de los que mi padre nunca vio ni una rupia. Yo conservo uno. Es un pequeño tomo negro con letras grabadas en oro sobre el lomo que rezan: *Las Lágrimas de Shiva*, por L. Chandra Chatterghee.

»El libro tiene tres partes. La primera habla de su proyecto de una nueva nación construida sobre un espíritu de progreso basado en la tecnología, el ferrocarril y la electricidad. Él la llamaba *Mi país*. La segunda parte describe

una casa, un hogar maravilloso que proyectaba construir para él y su familia en el futuro, cuando consiguiera la fortuna que ansiaba poseer. Describe cada rincón de esa casa, cada estancia, cada color y cada objeto, todo con un detalle que ni los planos de un arquitecto podrían igualar. Él llamó a esa parte *Mi casa*. La tercera parte, titulada *Mi mente*, es sencillamente una recopilación de pequeños relatos y fábulas que mi padre había escrito desde su adolescencia. Mi favorito es el que da nombre al libro. Es muy breve y os lo contaré…».

En una ocasión, hace mucho tiempo, las gentes que vivían en Calcuta fueron azotadas por una terrible plaga que acababa con las vidas de los niños y hacía que, poco a poco, los habitantes envejeciesen progresivamente y las esperanzas en el futuro se desvanecieran. Para remediarlo, Shiva emprendió un largo viaje en busca de un remedio que curase la enfermedad. Durante su éxodo tuvo que enfrentarse a numerosos peligros. Eran tantas las dificultades con que se tropezaba en su camino que el viaje le mantuvo alejado muchos años y, cuando volvió a Calcuta, descubrió que todo había cambiado. En su ausencia, un brujo llegado del otro lado del mundo había traído un extraño remedio que había vendido a los habitantes de la ciudad a cambio de un precio muy alto: el alma de los niños que nacieran sanos a partir de aquel día.

Esto es lo que vieron sus ojos. Donde antes existía una jungla y chozas de adobe, ahora se levantaba una gran ciudad, tan grande que nadie la podía abarcar con una sola mirada y se perdía en el horizonte fuera cual fuera la dirección en que uno mirase. Una ciudad de palacios. Shiva, fascinado por el espectáculo, decidió encarnarse en hombre y recorrer sus calles ataviado como un mendigo para conocer a los nuevos habitantes de aquel lugar, los hijos que el remedio del brujo había permitido nacer y cuyas almas le pertenecían. Pero le esperaba una gran decepción.

Durante siete días y siete noches, el mendigo caminó por las calles de Calcuta y llamó a la puerta de los palacios, pero todas se le cerraron. Nadie quiso escucharle y fue objeto de las burlas y el desprecio de todos. Desesperado, vagando por las calles de aquella inmensa ciudad, descubrió la pobreza, la miseria y la negrura que se escondían en el fondo del corazón de los hombres. Fue tanta su

tristeza que la última noche decidió abandonar para siempre su ciudad.

Mientras lo hacía empezó a llorar y, sin darse cuenta, fue dejando tras de sí un rastro de lágrimas que se perdían en la jungla. Al amanecer, las lágrimas de Shiva se habían convertido en hielo. Cuando los hombres se dieron cuenta de lo que habían hecho, quisieron reparar su error atesorando las lágrimas de hielo en un santuario. Pero, una tras otra, las lágrimas se fundieron en sus manos y la ciudad no volvió nunca jamás a conocer el hielo.

Desde aquel día, la maldición de un terrible calor cayó sobre la ciudad y los dioses le volvieron la espalda para siempre, dejándola al amparo de los espíritus de la oscuridad. Los pocos hombres sabios y justos que en ella quedaban rezaban para que, algún día, las lágrimas de hielo de Shiva cayesen de nuevo desde el cielo y rompiesen aquella maldición que había convertido Calcuta en una ciudad maldita…

«Ésta fue siempre mi predilecta entre las historias de mi padre. Es quizá la más simple, pero ninguna como ella personifica la esencia de lo que mi padre siempre significó para mí y sigue significando todos los días de mi vida. Yo, como los hombres de la ciudad maldita que tienen que pagar el precio del pasado, también espero el día en que caigan las lágrimas de Shiva sobre mi vida y me liberen para siempre de mi soledad. Mientras tanto, sueño con esa casa que mi padre construyó primero en su mente y, años más tarde, en algún lugar del Norte de esta ciudad. Sé que existe, aunque mi abuela siempre me lo ha negado, y sin que ella lo sepa, creo que mi propio padre describió en el libro el enclave en que pensaba construirla algún día, aquí, en la *ciudad negra*. Todos estos años he vivido con la ilusión de recorrerla y reconocer todo lo que ya conozco de memoria: su biblioteca, sus habitaciones, su butaca de trabajo…

»Y ésta es mi historia. Nunca se la conté a nadie porque no tenía a quién hacerlo. Hasta hoy».

* * *

Cuando Sheere hubo finalizado su relato, la penumbra que reinaba en el Palacio ayudó a disimular las lágrimas que afloraban en los ojos de algún miembro de la Chowbar Society. Ninguno de ellos parecía dispuesto a romper

el silencio con que el fin de su historia había impregnado la atmósfera. Sheere rió nerviosamente y miró directamente a Ben.

—¿Merezco entrar en la Chowbar Society? —preguntó tímidamente.

—Por lo que a mí respecta —respondió él—, mereces ser miembro honorario.

—¿Existe esa casa, Sheere? —inquirió Siraj, fascinado con la idea.

—Estoy segura de que sí —respondió la chica—. Y pienso encontrarla. La clave está en algún lugar del libro de mi padre.

—¿Cuándo? —preguntó Seth—. ¿Cuándo empezamos a buscarla?

—Mañana mismo —aceptó Sheere—. Con vuestra ayuda, si lo deseáis…

—Necesitarás la ayuda de alguien que sepa pensar —apuntó Isobel—. Cuenta conmigo.

—Yo soy un experto cerrajero —dijo Roshan.

—Yo puedo encontrar mapas del archivo municipal desde el establecimiento del gobierno de 1859 —apuntó Seth.

—Yo puedo averiguar si existe algún misterio sobre ella —dijo Siraj—. Quizá esté embrujada.

—Yo puedo dibujarla tal y como es en realidad —dijo Michael—. Planos. A través del libro, quiero decir.

Sheere rió y miró a Ben y a Ian.

—Bien —dijo Ben—, alguien tiene que dirigir la operación. Acepto el cargo. Ian puede poner yodo a quien se clave una astilla.

—Supongo que no vais a aceptar un no —dijo Sheere.

—Tachamos la palabra *no* del diccionario de la biblioteca del St. Patrick's hace seis meses —declaró Ben—. Ahora eres miembro de la Chowbar Society. Tus problemas son nuestros problemas. Mandato corporativo.

—Creí que nos habíamos disuelto —recordó Siraj.

—Decreto una prórroga por circunstancias de gravedad insoslayable —respondió Ben dirigiendo una mirada fulminante a su compañero.

Siraj se perdió en la sombra.

—De acuerdo —concedió Sheere—, pero ahora debemos volver.

* * *

La mirada con que Aryami recibió a Sheere y al pleno de la Chowbar Society hubiera sido capaz de helar la superficie del Hooghly en pleno mediodía. La anciana dama aguardaba junto a la puerta de la fachada delantera en compañía de Bankim, cuyo semblante bastó para que Ben estimase prudente empezar a

elucubrar un discurso de disculpa con que amortiguar la reprimenda que a buen seguro le esperaba a su nueva amiga. Ben se adelantó ligeramente a los demás y blandió su mejor sonrisa.

—Ha sido culpa mía, señora. Tan sólo queríamos enseñarle a su nieta el patio de atrás del edificio —dijo Ben.

Aryami no se dignó mirarle y se dirigió directamente a Sheere.

—Te dije que esperases aquí y que no te movieras —dijo la anciana con el rostro encendido de ira.

—Apenas hemos ido a veinte metros de aquí, señora —apuntó Ian.

Aryami le fulminó con la mirada.

—No te he preguntado a ti, chico —cortó sin atisbo de cortesía alguno.

—Sentimos haberle causado alguna molestia, señora, no era nuestra intención… —insistió Ben.

—Déjalo, Ben —interrumpió Sheere—. Puedo hablar por mí misma.

El rostro hostil de la anciana se descompuso por un instante. El hecho no pasó inadvertido a ninguno de los muchachos. Aryami señaló a Ben y su semblante palideció a la tenue luz de los faroles del jardín.

—¿Tú eres Ben? —preguntó en voz baja.

El muchacho asintió, ocultando su extrañeza y sosteniendo la mirada impenetrable de la anciana. No había ira en sus ojos, tan sólo tristeza e inquietud. Aryami tomó del brazo a su nieta y bajó los ojos.

—Debemos irnos —dijo—. Despídete de tus amigos.

Los miembros de la Chowbar Society asintieron en señal de despedida y Sheere sonrió tímidamente mientras se alejaba asida del brazo de Aryami Bosé, perdiéndose de nuevo en las calles oscuras de la ciudad. Ian se acercó a Ben y observó a su amigo, pensativo y con la vista fija en las figuras casi invisibles de Sheere y Aryami, que se alejaban en la noche.

—Por un momento me ha parecido que esa mujer tenía miedo —dijo Ian.

Ben asintió sin pestañear.

—¿Quién no tiene miedo en una noche como ésta? —preguntó.

—Creo que lo mejor es que nos vayamos todos a dormir por hoy —indicó Bankim desde el umbral de la puerta.

—¿Es una sugerencia o una orden? —preguntó Isobel.

—Ya sabéis que mis sugerencias son órdenes para vosotros —afirmó Bankim, señalando hacia el interior del edificio—. Adentro.

—Tirano —murmuró Siraj por lo bajo—. Disfruta de los días que te quedan.

—Los reenganchados son los peores —añadió Roshan.

Bankim asistió risueño al desfile de los siete muchachos hacia el interior del edificio, ajeno a sus murmullos de protesta. Ben fue el último en cruzar la puerta, e intercambió una mirada de complicidad con Bankim.

—Por mucho que se quejen —dijo—, dentro de cinco días echarán de menos tu servicio de policía.

—Tú también lo echarás de menos, Ben —rió Bankim.

—Yo ya lo hago —murmuró Ben para sí mismo al enfilar la escalera que ascendía a los dormitorios del primer piso, consciente de que en menos de una semana ya no volvería a contar aquellos veinticuatro peldaños que conocía tan bien.

* * *

En algún momento de la madrugada, Ben despertó en la tenue penumbra azulada que flotaba en el dormitorio y creyó sentir una bocanada de aire helado sobre su rostro, un aliento invisible proveniente de alguien oculto en la oscuridad. Un haz de luz evanescente parpadeaba lentamente desde el estrecho ventanal anguloso y proyectaba mil sombras danzantes sobre los muros y la techumbre de la sala. Ben alargó la mano hasta la modesta mesilla de noche que flanqueaba su lecho y acercó la esfera de su reloj a la luz nocturna de la luna. Las agujas cruzaban el ecuador de la madrugada, las tres de la mañana.

Suspiró al sospechar que los últimos resabios de sueño se desvanecían de su mente como gotas de rocío al sol de la mañana, e intuyó que Ian le había prestado su fantasma del insomnio por una noche. Cerró los párpados de nuevo y conjuró las imágenes de la fiesta que había acabado hacía apenas unas horas, confiando en su poder balsámico y adormecedor. Justo en ese momento oyó por primera vez aquel sonido y se incorporó para escuchar la extraña vibración que parecía silbar entre las hojas del jardín del patio.

Apartó las sábanas y caminó lentamente hasta el ventanal. Podía apreciar desde allí el leve tintineo de los faroles apagados en las ramas de los árboles y el eco lejano de lo que se le antojaron voces infantiles que reían y hablaban al unísono, cientos de ellas. Apoyó la frente sobre el cristal de la ventana y adivinó a través del espectro de su propio vaho la silueta de una figura esbelta e inmóvil en el centro del patio, envuelta en una túnica negra que miraba directamente hacia él. Sobresaltado, se retiró un paso atrás, y ante sus ojos el cristal de la ventana se astilló lentamente a partir de una fisura que nació en el centro de la lámina transparente y se extendió al igual que una hiedra, una

telaraña de grietas tejida por cientos de garras invisibles. Sintió cómo los cabellos de la nuca se le erizaban y su respiración se aceleraba.

Miró a su alrededor. Todos sus compañeros yacían inmóviles y sumidos en un profundo sueño. Las voces distantes de los niños se oyeron de nuevo y Ben advirtió que una neblina gelatinosa se filtraba entre las fisuras del cristal, igual que una bocanada de humo azul atravesaría un paño de seda. Se acercó de nuevo hasta la ventana y trató de divisar el patio. La figura permanecía allí, pero esta vez extendió un brazo y le señaló, mientras sus dedos largos y afilados se escindían en llamas. Permaneció allí cautivado durante varios segundos, incapaz de apartar los ojos de aquella visión. Cuando la figura le dio la espalda y empezó a alejarse hacia la oscuridad, Ben reaccionó y se apresuró a salir del dormitorio.

El pasillo estaba desierto y apenas iluminado por un farol de gas de la antigua instalación del St. Patrick's que había sobrevivido a las obras de remodelación de los últimos años. Corrió a la escalera y descendió a toda prisa, cruzó las salas de comedores y salió al patio por la puerta lateral de las cocinas del orfanato justo a tiempo para ver cómo aquella figura se perdía en el callejón oscuro que rodeaba la parte trasera del edificio, enterrada en una espesa niebla que parecía ascender de las rejillas del alcantarillado. Se apresuró hacia la niebla y se sumergió en ella.

El muchacho recorrió un centenar de metros a través de aquel túnel de vapor frío y flotante hasta llegar al amplio descampado que se extendía al norte del St. Patrick's, una tierra baldía que servía de campo de chatarra y ciudadela de chabolas y escombros para los habitantes más desheredados del Norte de Calcuta. Sorteó los charcos cenagosos que plagaban el camino entre el retorcido laberinto de chozas de adobe incendiadas y deshabitadas y se internó en aquel lugar contra el que Thomas Carter siempre les había prevenido. Las voces de los niños provenían de algún lugar oculto entre las ruinas de aquella marisma de pobreza y suciedad.

Ben enfiló sus pasos hacia un estrecho corredor que se abría entre dos barracas derruidas y se detuvo en seco al comprobar que había encontrado lo que buscaba. Ante sus ojos se abría una planicie infinita y desierta de antiguas chabolas arrasadas y, en el centro de aquel escenario, la niebla azul parecía brotar como el aliento de un dragón invisible en la noche. El sonido de los niños brotaba a su vez del mismo punto, pero Ben ya no oía risas ni canciones infantiles, sino los terribles alaridos de pánico y terror de cientos de niños atrapados. Sintió que un viento frío le estrellaba con fuerza contra los muros

de la chabola y que, de entre la niebla palpitante, surgía el estruendo furioso de una gran máquina de acero que hacía temblar el suelo bajo sus pies.

Cerró los ojos y miró de nuevo, creyendo ser víctima de una alucinación. De entre la tiniebla emergía un tren de metal candente envuelto en llamas. Pudo contemplar los rostros de agonía de decenas de niños atrapados en su interior y la lluvia de fragmentos de fuego que salían desprendidos en todas direcciones formando una cascada de brasas. Sus ojos siguieron el recorrido del tren hasta la máquina, una majestuosa escultura de acero que parecía fundirse lentamente, como una figura de cera lanzada a una hoguera. En la cabina, inmóvil entre las llamas, le contemplaba la figura que había visto en el patio, mostrándole ahora los brazos abiertos en señal de bienvenida.

Sintió el calor de las llamas sobre su rostro y se llevó las manos a los oídos para enmascarar el enloquecedor aullido de los niños. El tren de fuego atravesó la llanura desolada y Ben comprobó con horror que se dirigía a toda velocidad hacia el edificio del St. Patrick's, con la furia y la rabia de un proyectil incendiario. Corrió tras él, sorteando la lluvia de chispas y lágrimas de hierro fundido que caían a su alrededor, pero sus pies eran incapaces de igualar la velocidad creciente con que el tren se precipitaba sobre el orfanato, mientras teñía el cielo de escarlata a su paso. Se detuvo sin aliento y gritó con todas sus fuerzas para alertar a quienes dormían apaciblemente en el edificio, ajenos a la tragedia que se cernía sobre ellos. Desesperado, vio cómo el tren reducía la distancia que le separaba del St. Patrick's por momentos y comprendió que, en cuestión de segundos, la máquina pulverizaría el edificio y lanzaría por los aires a sus habitantes. Cayó de rodillas y gritó por última vez contemplando con impotencia cómo el tren penetraba en el patio trasero del St. Patrick's y se dirigía sin remedio al gran muro de la fachada posterior del edificio.

Ben se preparó para lo peor, pero no podía imaginar lo que sus ojos iban a presenciar en apenas unas décimas de segundo.

La máquina enloquecida y envuelta en un tornado de llamas se estrelló contra el muro desvelando un fantasma de fuegos fatuos. Todo el tren se hundió a través de la pared de adoquines rojos como una serpiente de vapor, desintegrándose en el aire y llevándose consigo el terrible aullido de los niños y el ensordecedor rugido de la máquina.

Dos segundos después, la oscuridad nocturna volvía a ser absoluta y la silueta incólume del orfanato se recortaba en las luces lejanas de la *ciudad blanca* y el Maidán, centenares de metros al sur. La niebla se introdujo en los resquicios de la pared y al poco no quedaba a la vista evidencia alguna del

espectáculo que acababa de presenciar. Ben se acercó lentamente hasta el muro y posó la palma de su mano sobre la superficie intacta. Una sacudida eléctrica le recorrió el brazo y le lanzó al suelo, y Ben pudo ver cómo la huella negra y humeante de su mano había quedado grabada en la pared.

Cuando se levantó del suelo, comprobó que el pulso le latía aceleradamente y que las manos le temblaban. Respiró hondo y se secó las lágrimas que el fuego le había arrancado. Lentamente, cuando consideró que había recuperado la serenidad, o parte de ella, rodeó el edificio y se dirigió de vuelta a la puerta de las cocinas. Empleando el truco que Roshan le había enseñado para burlar el pestillo interno, la abrió con cautela y cruzó las cocinas y el corredor de la planta baja en la oscuridad hasta la escalera. El orfanato seguía sumido en el más profundo de los silencios, y Ben comprendió que nadie más que él había oído el estruendo del tren.

Volvió al dormitorio. Sus compañeros seguían durmiendo y no había señal del cristal astillado en la ventana. Recorrió la habitación y se tendió en su lecho, jadeando. Tomó de nuevo el reloj de la mesilla y consultó la hora. Hubiera jurado que había estado fuera del edificio durante casi veinte minutos. El reloj indicaba la misma hora que había mostrado cuando lo había consultado al despertar. Se llevó la esfera al oído y oyó el tintineo regular del mecanismo. El muchacho devolvió el reloj a su lugar y trató de ordenar sus pensamientos. Empezaba a dudar de lo que había presenciado o creído ver. Tal vez no se había movido de aquella habitación y había soñado el episodio completo. Las profundas respiraciones a su alrededor y el cristal intacto parecían avalar esa suposición. O quizá empezaba a ser víctima de su propia imaginación. Confundido, cerró los ojos y trató inútilmente de conciliar el sueño con la esperanza de que, si fingía dormirse, tal vez su cuerpo se dejaría llevar por el engaño.

Al alba, cuando el sol apenas se había insinuado sobre la *ciudad gris*, el sector musulmán al este de Calcuta, saltó del lecho y corrió hasta el patio trasero para examinar a la luz del día el muro de la fachada. No había rastros del tren. Ben estaba por concluir que todo había sido un sueño, de intensidad poco común pero sueño en definitiva, cuando una pequeña mancha oscura en la pared llamó su atención por el rabillo del ojo. Se acercó a ella y reconoció la palma de su mano claramente delineada sobre la pared de adoquines arcillosos. Suspiró y se apresuró de vuelta al dormitorio a despertar a Ian, que, por primera vez en semanas, había conseguido abandonarse en los brazos de Morfeo, liberado por una vez de su hábito de insomne contumaz.

* * *

A la luz del día, el embrujo del Palacio de la Medianoche palidecía y su condición de caserón nostálgico de mejores tiempos se evidenciaba sin piedad. Con todo, las palabras de Ben amortiguaron el efecto de contacto con la realidad que la contemplación de su escenario favorito podría haber provocado en los miembros de la Chowbar Society sin los adornos ni el misterio de las noches de Calcuta. Todos le habían escuchado con respetuoso silencio y con expresiones que iban desde el asombro a la incredulidad.

—¿Y desapareció en la pared, como si fuera de aire? —preguntó Seth.

Ben asintió.

—Es la historia más extraña que has contado en el último mes, Ben —apuntó Isobel.

—No es una historia. Es lo que vi —replicó él.

—Nadie lo duda, Ben —dijo Ian en tono conciliador—. Pero todos dormimos y no oímos nada. Ni siquiera yo.

—Eso sí que es increíble —señaló Roshan—. Tal vez Bankim puso algo en la limonada.

—¿Nadie va a tomárselo en serio? —preguntó Ben—. Habéis visto la huella de la mano.

Ninguno respondió. Ben concentró su mirada en el diminuto miembro asmático y víctima más propiciatoria en lo referente a historias de aparecidos.

—¿Siraj? —preguntó Ben.

El muchacho alzó la vista y miró al resto, calibrando la situación.

—No sería la primera vez que alguien ve algo parecido en Calcuta —declaró—. Está la historia de Hastings House, por ejemplo.

—No veo qué tiene que ver una cosa con la otra —objetó Isobel.

El caso de Hastings House, la antigua residencia del gobernador de la provincia al sur de Calcuta, era una de las predilectas de Siraj y probablemente la más emblemática historia de fantasmas de cuantas poblaban los anales de la ciudad, una historia densa y truculenta como pocas en este aspecto. Según la tradición local, durante las noches de luna llena el espectro de Warren Hastings, el primer gobernador de Bengala, cabalgaba en un carruaje fantasmal hasta el porche de su vieja mansión en Alipore, donde buscaba frenéticamente unos documentos desaparecidos en el transcurso de los tumultuosos días de su mandato en la ciudad.

—La gente de la ciudad ha estado viéndolo durante décadas —protestó Siraj—. Es tan cierto como que el monzón inunda las calles.

Los miembros de la Chowbar Society se enzarzaron en una acalorada discusión en torno a la visión de Ben, en la que sólo se abstuvo de participar el propio interesado. Minutos después, cuando todo diálogo razonable parecía descartado, los rostros participantes en la disputa se volvieron a observar la silueta vestida de blanco que los contemplaba callada desde el umbral de la sala sin techo que ocupaban. Uno a uno se entregaron al silencio.

—No quisiera interrumpir nada —dijo Sheere tímidamente.

—Bienvenida sea la interrupción —afirmó Ben—. Sólo discutíamos. Para variar.

—He escuchado el final —admitió Sheere—. ¿Viste algo anoche, Ben?

—Ya no lo sé —admitió el muchacho—. ¿Y tú? ¿Has conseguido huir del control de tu abuela? Me parece que anoche te pusimos en un aprieto.

Sheere sonrió y negó con la cabeza.

—Mi abuela es una buena mujer, pero en ocasiones se deja llevar por sus obsesiones y cree que los peligros me rondan en cada esquina —explicó Sheere—. No sabe que he venido. Por eso estaré poco tiempo.

—¿Por qué? Hoy habíamos pensado en ir a los muelles, podrías venir con nosotros —dijo Ben ante la sorpresa del resto, que oían por primera vez tales planes.

—No puedo ir con vosotros, Ben. He venido a despedirme.

—¿Qué? —exclamaron varias voces al unísono.

—Partimos mañana hacia Bombay —dijo Sheere—. Mi abuela dice que la ciudad no es lugar seguro y que debemos irnos. Me prohibió que os viera otra vez, pero no quería marcharme sin despedirme. En diez años sois los únicos amigos que he tenido, aunque sólo sea por una noche.

Ben la miró atónito.

—¿Iros a Bombay? —explotó—. ¿A qué? ¿Tu abuela quiere ser estrella de cine? ¡Es absurdo!

—Me temo que no lo es —confirmó Sheere con tristeza—. Me quedan sólo unas horas en Calcuta. Espero que no os importe que las comparta con vosotros.

—Nos encantaría que te quedases, Sheere —dijo Ian, hablando por todos.

—¡Un momento! —bramó Ben—. ¿Qué es todo este asunto de los adioses? ¿Unas horas en Calcuta? Imposible, señorita. Puedes pasarte cien años en esta ciudad y no haber entendido ni la mitad de lo que pasa. No puedes irte así. Y menos ahora que eres miembro de pleno derecho de la Chowbar Society.

—Tendrás que hablar con mi abuela —afirmó Sheere con resignación.

—Eso es lo que pienso hacer.

—Gran idea —comentó Roshan—. Anoche le caíste de maravilla.

—Poca fe veo en vosotros —se quejó Ben—. ¿Qué hay de los juramentos de la sociedad? Hay que ayudar a Sheere a encontrar la casa de su padre. Nadie saldrá de esta ciudad sin que hayamos encontrado esa casa y desentrañado sus misterios. Punto final.

—Yo me apunto —dijo Siraj—. ¿Pero cómo piensas conseguirlo? ¿Amenazarás a la abuela de Sheere?

—A veces, las palabras pueden más que las espadas —afirmó Ben—. Por cierto, ¿quién dijo eso?

—¿Voltaire? —insinuó Isobel.

Ben ignoró la ironía.

—¿Qué poderosas palabras serán ésas? —preguntó Ian.

—Las mías no, claro está —explicó Ben—. Las de Mr. Carter. Dejaremos que sea él quien hable con tu abuela.

Sheere bajó la mirada y negó lentamente.

—No funcionará, Ben —dijo la muchacha sin esperanza—. No conoces a Aryami Bosé. Nadie es más tozudo que ella. Lo lleva en la sangre.

Ben exhibió una sonrisa felina y sus ojos brillaron bajo el sol del mediodía.

—Yo lo soy más. Espera a verme en acción y cambiarás de parecer —murmuró.

—Ben, vas a meternos otra vez en un lío —dijo Seth.

Ben arqueó una ceja altivamente y repasó uno a uno los rostros de los presentes, pulverizando cualquier amago de rebelión que pudiera esconderse en su ánimo.

—El que tenga algo más que decir que hable ahora o calle para siempre —amenazó solemnemente.

No se alzaron voces de protesta.

—Bien. Aprobado por unanimidad. En marcha.

* * *

Carter introdujo su llave personal en la cerradura de su despacho y la hizo girar dos veces. El mecanismo de la cerradura crujió y Carter abrió la puerta. Entró en la estancia y cerró la puerta de nuevo. No tenía deseos de ver o hablar con nadie por espacio de una hora. Se desabrochó los botones del chaleco y se dirigió hacia su butaca. Fue entonces cuando advirtió la silueta

inmóvil sentada en el sillón enfrentado al suyo y comprendió que no estaba solo. La llave resbaló de entre sus dedos pero no llegó a tocar el suelo. Una mano ágil, enfundada en un guante negro, la atrapó al vuelo. El rostro afilado asomó tras la oreja de la butaca y exhibió una sonrisa canina.

—¿Quién es usted y cómo ha entrado aquí? —exigió Carter, sin poder reprimir el temblor de su voz.

El intruso se levantó y Carter sintió la sangre huir de sus mejillas al reconocer al hombre que le había visitado en aquel mismo despacho dieciséis años atrás. Su rostro no había envejecido un solo día y sus ojos conservaban la ardiente rabia que el rector recordaba. Jawahal. El visitante tomó la llave entre sus dedos, se acercó a la puerta y la cerró de nuevo. Carter tragó saliva. Las advertencias que le había realizado Aryami Bosé la noche anterior desfilaron a toda velocidad por su mente. Jawahal apretó la llave entre sus dedos y el metal se dobló con la facilidad de una horquilla de latón.

—No parece alegrarse de volver a verme, Mr. Carter —dijo Jawahal—. ¿No recuerda nuestra cita concertada hace ya dieciséis años? He venido para realizar mi contribución.

—Salga ahora mismo o me veré obligado a avisar a la policía —amenazó Carter.

—No se preocupe por la policía, de momento. Yo la avisaré cuando me vaya. Siéntese y otórgueme el placer de su conversación.

Carter se sentó en su butaca y luchó por no traicionar sus emociones y mantener un semblante sereno, autoritario. Jawahal le sonrió amigablemente.

—Imagino que sabe por qué estoy aquí —dijo el intruso.

—No sé lo que busca, pero no lo encontrará aquí —replicó Carter.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo Jawahal casualmente—. Busco a un niño que ya no lo es; ahora es un hombre. Usted sabe qué niño es. Lamentaría verme obligado a hacerle daño.

—¿Me está amenazando?

Jawahal rió.

—Sí —contestó fríamente—. Y cuando lo hago, lo hago en serio.

Carter consideró seriamente por primera vez la posibilidad de gritar pidiendo ayuda.

—Si lo que quiere es gritar antes de hora —sugirió Jawahal—, permítame darle motivos.

Tan pronto hubo pronunciado estas palabras, Jawahal extendió frente a su rostro su mano derecha y empezó a extraer el guante que la cubría con parsimonia.

* * *

Sheere y los demás miembros de la Chowbar Society apenas habían cruzado el umbral del patio del St. Patrick's cuando las ventanas del despacho de Thomas Carter en el primer piso estallaron con un terrible estruendo y el jardín se cubrió con una lluvia de astillas de cristal, madera y ladrillo. Los muchachos se quedaron paralizados un segundo y acto seguido se apresuraron a correr hacia el edificio, ignorando el humo y las llamas que afloraban de la oquedad que había quedado abierta en la fachada.

En el momento de la explosión, Bankim se encontraba en el otro extremo del pasillo, ojeando unos documentos de administración que se proponía entregar a Carter para su firma. La onda expansiva le derribó al suelo; cuando alzó la vista, pudo ver cómo la puerta del despacho del rector salía despedida entre la nube de humo que inundaba el corredor y se estrellaba contra la pared. Un segundo después, Bankim se incorporó y corrió hacia el origen de la explosión. Cuando apenas mediaban seis metros entre él y la puerta del despacho, Bankim vio una silueta negra que emergía envuelta en llamas, desplegaba una capa oscura y se alejaba por el corredor como un gran murciélago a velocidad inverosímil. La forma desapareció dejando tras de sí un rastro de cenizas y emitiendo un sonido que a Bankim le recordó el furioso siseo de una cobra dispuesta a saltar sobre su víctima.

Bankim encontró a Carter tendido en el interior del despacho. Su rostro estaba cubierto de quemaduras y sus ropas humeantes parecían haber escapado de un incendio. Bankim se lanzó junto a su mentor y trató de incorporarle. Las manos del rector temblaban y Bankim constató con alivio que aún respiraba, aunque con cierta dificultad. Bankim gritó pidiendo ayuda y, al poco, los rostros de varios de los muchachos asomaron por la puerta. Ben, Ian y Seth le ayudaron a asir a Carter y levantarle del suelo, mientras los demás apartaban los escombros del camino y preparaban un lugar en el pasillo donde colocar al rector del St. Patrick's.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Ben.

Bankim negó con la cabeza, incapaz de responder a la pregunta y visiblemente afectado todavía por los efectos de la conmoción que acababa de experimentar. Uniendo sus esfuerzos consiguieron sacar al herido al corredor mientras Vendela, con el rostro blanco como la porcelana y la mirada extraviada, corría a avisar al hospital más cercano.

Poco a poco, el resto del personal del St. Patrick's fue acudiendo hasta allí, sin acertar a comprender qué era lo que había provocado aquel estruendo

y a quién pertenecía aquel cuerpo chamuscado tendido en el suelo. Ian y Roshan formaron un cordón de contención e indicaron a todos cuantos se acercaban al lugar que se retirasen y no entorpeciesen el paso.

La espera de la ayuda prometida se hizo infinita.

* * *

Tras la confusión creada por la explosión y la ansiada llegada del furgón médico del hospital general de Calcuta, el St. Patrick's se sumergió en media hora de angustiosa incertidumbre. Finalmente, cuando empezaba a cundir el desánimo entre los presentes tras los primeros momentos de pánico, un médico del equipo se reunió con Bankim y los muchachos para tranquilizarlos mientras tres de sus colegas seguían atendiendo a la víctima.

Al verle aparecer, todos se congregaron en torno a él, expectantes y ansiosos.

—Ha sufrido importantes quemaduras y se aprecian varias fracturas, pero está fuera de peligro. Lo que más me preocupa ahora son sus ojos. No podemos garantizar que vuelva a recuperar la visión completa, pero es pronto para determinarlo. Va a ser necesario ingresarle y sedarle profundamente antes de efectuar las curas. Habrá que intervenirle con toda seguridad. Necesito alguien que pueda autorizar los documentos de ingreso —dijo el doctor, un joven pelirrojo de mirada intensa y aspecto resueltamente competente.

—Vendela puede hacerlo —dijo Bankim.

El doctor asintió.

—Bien. Todavía hay algo más —dijo el médico—. ¿Quién de ustedes es Ben?

Todos le miraron atónitos. Ben alzó la vista, sin comprender.

—Yo soy Ben —respondió—. ¿Qué ocurre?

—Quiere hablar contigo —dijo el doctor, con un tono de voz que evidenciaba que había tratado de disuadir a Carter de la idea y que desaprobaba su petición.

Ben asintió y se apresuró a entrar en el furgón del hospital donde los médicos habían colocado a Carter.

—Sólo un minuto, chico —advirtió el médico—. Ni un segundo más.

* * *

Ben se aproximó a la camilla donde yacía tendido Thomas Carter y trató de ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, pero al comprobar el estado en que se encontraba el director del orfanato, sintió que el estómago se le encogía y las palabras eran incapaces de llegar a sus labios. A su espalda, uno de los médicos le hizo una seña para que reaccionara. Ben inspiró profundamente y asintió.

—Hola, Mr. Carter. Soy Ben —dijo el muchacho preguntándose si Carter podía oírle.

El herido ladeó la cabeza lentamente y alzó una mano temblorosa. Ben la tomó entre las suyas y la apretó suavemente.

—Dile a ese hombre que nos deje solos —gimió Carter, que no había abierto los ojos.

El médico miró con severidad a Ben y esperó unos segundos antes de dejarlos en privado.

—Los médicos dicen que se pondrá bien… —dijo Ben.

Carter negó con la cabeza.

—Ahora no, Ben —cortó Carter, a quien cada palabra parecía suponerle un esfuerzo titánico—. Debes escucharme atentamente y no interrumpirme. ¿Me has entendido?

Ben asintió en silencio y tardó un breve lapso de tiempo en comprender que Carter no podía verle.

—Le escucho, señor.

Carter apretó sus manos.

—Hay un hombre que te busca y quiere matarte, Ben. Un asesino —articuló Carter trabajosamente—. Es necesario que me creas. Ese hombre se hace llamar Jawahal y parece creer que tú tienes algo que ver con su pasado. No sé por qué razón te busca; pero sé que es peligroso. Lo que ha hecho conmigo no es más que una muestra de lo que es capaz. Debes hablar con Aryami Bosé, la mujer que vino ayer al orfanato. Dile lo que te he dicho, lo que ha pasado. Ella quiso advertirme, pero no tomé en serio sus palabras. No cometas tú el mismo error. Búscala y habla con ella. Dile que Jawahal ha estado aquí. Ella te explicará lo que debes hacer.

Cuando los labios abrasados de Thomas Carter se sellaron, Ben sintió que todo el mundo se desplomaba a su alrededor. Cuanto el director del St. Patrick’s acababa de confiarle le resultaba de todo punto inverosímil. La conmoción de la explosión había dañado seriamente el razonamiento del rector y su delirio le llevaba a imaginar una conspiración contra su vida y sabe Dios qué otros peligros improbables. Contemplar cualquier otra

alternativa no le resultaba aceptable en aquel momento, más si cabe a la luz del propio episodio que había soñado la madrugada pasada. Aprisionado en la atmósfera claustrofóbica del furgón impregnado del frío hedor a éter, Ben se preguntó por un momento si los habitantes del St. Patrick's estaban empezando a perder la razón, él mismo incluido.

—¿Me has oído, Ben? —insistió Carter con voz agónica—. ¿Has comprendido lo que he dicho?

—Sí, señor —musitó el chico—. No debe preocuparse ahora, señor.

Carter abrió los ojos y Ben constató horrorizado el rastro que las llamas habían labrado en ellos.

—Ben —intentó gritar Carter con la voz quebrada por el tormento—. Haz lo que te he dicho. Ahora. Ve a ver a esa mujer. Júramelo.

Ben oyó los pasos del doctor pelirrojo a su espalda y sintió que el médico le asía del brazo y le arrastraba enérgicamente fuera del furgón. La mano de Carter resbaló entre las suyas y quedó suspendida en el aire.

—Ya está bien —dijo el médico—. Este hombre ya ha sufrido suficiente.

—¡Júramelo! —gimió Carter agitando la mano en el aire.

El chico contempló consternado cómo los médicos inyectaban una nueva dosis a Carter.

—Se lo juro, señor —dijo Ben sin saber a ciencia cierta si él podía oírle ya—. Se lo juro.

Bankim le esperaba al pie del furgón. En segundo término, todos los miembros de la Chowbar Society y cuantos estaban presentes en el St. Patrick's cuando había acontecido la desgracia le observaban con ojos ansiosos y el semblante abatido. Ben se aproximó a Bankim y le miró directamente a los ojos inyectados en sangre y enrojecidos por el humo y las lágrimas.

—Bankim, necesito saber una cosa —dijo Ben—. ¿Ha venido alguien llamado Jawahal a visitar a Mr. Carter?

Bankim le observó sin comprender.

—No ha venido nadie hoy —respondió el profesor—. Mr. Carter estuvo toda la mañana reunido con el Consejo Municipal y volvió aquí alrededor de las doce. Luego dijo que quería ir a su despacho a trabajar y que no deseaba que nadie le molestara, ni siquiera para almorzar.

—¿Estás seguro de que estaba solo en su despacho cuando se produjo la explosión? —preguntó Ben, rogando obtener una respuesta afirmativa.

—Sí. Creo que sí —respondió Bankim rotundamente, aunque su mirada albergaba una sombra de duda—. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué te ha

dicho?

—¿Estás completamente seguro, Bankim? —insistió Ben—. Piénsalo bien. Es importante.

El profesor bajó la mirada y se masajeó la frente, como si tratase de hallar las palabras capaces de describir lo que apenas acertaba a recordar.

—En un primer momento —dijo Bankim—, un segundo después de la explosión, creí ver algo o a alguien salir del despacho. Todo era muy confuso.

—¿Algo o alguien? —preguntó Ben—. ¿Qué era?

Bankim alzó la mirada y se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Nada que yo conozca puede moverse tan rápido.

—¿Un animal?

—No sé lo que vi, Ben. Lo más probable es que fuese mi propia imaginación.

El desprecio que las supersticiones y las historias de supuestos prodigios sobrenaturales despertaban en Bankim era familiar para Ben. El muchacho sabía que el profesor nunca admitiría haber presenciado nada que escapase a su capacidad de análisis o comprensión. Si su mente no podía explicarlo, sus ojos no podían verlo. Tan simple como eso.

—Y si así fue —preguntó Ben por última vez—, ¿qué más imaginaste?

Bankim dirigió la mirada hacia el boquete ennegrecido que ocupaba el lugar que horas antes estaba reservado al despacho de Thomas Carter.

—Me pareció que se reía —admitió Bankim en voz baja—. Pero no pienso repetirle eso a nadie.

Ben asintió y dejó a Bankim junto al furgón para dirigirse hasta sus amigos, que esperaban con ansiedad conocer la naturaleza de su conversación con Carter. Entre ellos, Sheere le observaba con marcada inquietud, como si en el fondo de su espíritu fuera la única capaz de intuir que las noticias que Ben traía estaban a punto de decantar los acontecimientos hacia una senda oscura y mortal, donde ninguno de ellos podría desandar sus pasos.

—Tenemos que hablar —dijo Ben pausadamente—. Pero no aquí.

Recuerdo aquella mañana de mayo como el primer signo de la tormenta que se cernía sobre nuestros destinos inexorablemente, tramándose a nuestras espaldas y creciendo a la sombra de nuestra completa inocencia, aquella bendita ignorancia que nos hacía creer merecedores de un estado de gracia propio de aquellos que, al carecer de pasado, nada deben temer del futuro.

Poco sabíamos entonces que los chacales de la desgracia no corrían tras el infortunado Thomas Carter. Sus colmillos ansiaban otra sangre más joven y teñida del estigma de una maldición que no podía ocultarse ni entre la multitud que se coagulaba en la algarabía de los mercados callejeros ni en las entrañas de ningún palacio sellado de Calcuta.

Seguimos a Ben hacia el Palacio de la Medianoche en busca de un lugar secreto donde escuchar lo que tenía que decirnos. Aquel día, ninguno de nosotros albergaba en su corazón el temor a que, tras aquel extraño accidente y aquellas palabras inciertas pronunciadas por los labios besados por el fuego de nuestro rector, pudiera medrar mayor amenaza que la de la separación y el vacío hacia el cual las páginas en blanco de nuestro futuro parecían conducirnos. Debíamos aprender todavía que el Diablo creó la juventud para que cometiésemos nuestros errores y que Dios instauró la madurez y la vejez para que pudiéramos pagar por ellos.

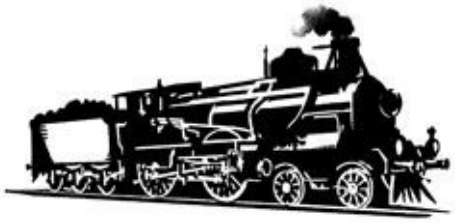
Recuerdo también que todos escuchamos el recuento que Ben hizo de su conversación con Thomas Carter y que supimos sin excepción que nos ocultaba algo de lo que el rector herido le había confiado. Y recuerdo la expresión de preocupación que los rostros de mis amigos, y el mío, iban adquiriendo al comprender que, por primera vez en años, nuestro compañero Ben había elegido mantenernos al margen de la verdad, cualesquiera que fuesen sus motivos.

Cuando minutos más tarde solicitó hablar a solas con Sheere, pensé que mi mejor amigo acababa de propinar la puñalada final que restaba para sentenciar los últimos días de la Chowbar Society. Los hechos habrían de demostrarme más adelante que, una vez más, había juzgado erróneamente a Ben y a la fidelidad que los juramentos de nuestro club inspiraban en su ánimo.

En aquel momento, empero, me bastó observar el rostro de mi amigo mientras hablaba con Sheere para intuir que la rueda de la fortuna había

invertido su giro y que había sobre la mesa una mano negra cuyas apuestas nos abocaban a una partida más allá de nuestras posibilidades.

3. LA CIUDAD DE LOS PALACIOS



A la luz neblinosa de aquel día húmedo y caluroso de mayo, los perfiles de los grabados y las gárgolas del refugio secreto de la Chowbar Society semejaban figuras de cera talladas a cuchillo por manos furtivas. El sol se había ocultado tras un espeso manto de nubes de color ceniza y una asfixiante calima que se coagulaba en las calles de la *ciudad negra* ascendía desde el río Hooghly, emulando los vapores letales de un pantano envenenado.

Ben y Sheere conversaban tras dos columnas derribadas en la sala central del caserón, mientras los demás esperaban a una docena de metros de allí, dedicando ocasionales miradas furtivas y recelosas a la pareja.

—No sé si he hecho bien ocultando esto a mis compañeros —confesó Ben a Sheere—. Sé que les disgustará y que va en contra de los principios de la Chowbar Society, pero si existe una remota posibilidad de que haya un asesino en las calles que pretende matarme, cosa que dudo, no tengo intención de complicarlos en ello. Tampoco quiero involucrarte a ti, Sheere. No puedo imaginar qué relación guarda tu abuela con todo esto, y hasta que no lo averigüe, lo mejor será mantener este secreto entre tú y yo.

Sheere asintió. Le disgustaba comprender que de algún modo aquel secreto que compartía con Ben se interponía entre el muchacho y sus compañeros, pero al mismo tiempo, consciente de que la gravedad del asunto podía ser mayor de la que contemplaban en aquel momento, saboreaba complacida la proximidad que aquel vínculo le procuraba con Ben.

—También yo debo decirte algo, Ben —empezó Sheere—. Esta mañana, cuando vine a despedirme de vosotros, no pensé que tuviese importancia, pero ahora las cosas han cambiado. Anoche, mientras volvíamos hacia la casa donde nos alojamos, mi abuela me hizo jurar que nunca más hablaría contigo. Me dijo que debía olvidarte y que cualquier intento por mi parte de acercarme a ti podría acabar en tragedia.

Ben suspiró ante la velocidad que aquel torrente de amenazas veladas, que florecían en todos los labios en relación a su persona, estaba adquiriendo. Todos, excepto él, aparentaban conocer algún secreto indecible que le convertía en una carta marcada y portadora de desgracias. Lo que al principio había sido incredulidad y más tarde inquietud empezaba a transformarse en abierta irritación e ira ante el secretismo que parecía moverse a sus espaldas.

—¿Qué razones dio para decir algo así? —preguntó Ben—. Jamás me había visto antes de anoche y no creo que mi comportamiento justificase semejantes barbaridades.

—No creo que tenga que ver con eso —apuntó Sheere—. Estaba asustada. No había rabia en sus palabras, sólo miedo.

—Pues vamos a tener que encontrar algo más que miedo si pretendemos averiguar qué es lo que está pasando —replicó Ben—. Vamos a ir a verla ahora.

El muchacho se dirigió hasta donde esperaban los demás miembros de la Chowbar Society. Sus rostros evidenciaban que habían estado discutiendo internamente el tema y que habían llegado a alguna resolución. Ben apostó por quién sería el portavoz de la inevitable protesta. Todos miraron a Ian y éste, al descubrir la conspiración, puso los ojos en blanco y suspiró.

—Ian tiene algo que decirte —puntualizó Isobel—. Y habla por todos nosotros.

Ben se encaró con sus compañeros y sonrió.

—Escucho.

—Bueno —empezó Ian—, la esencia de lo que queremos decir…

—Ve al grano, Ian —cortó Seth.

El chico se volvió, con toda la serena furia contenida que su flemático carácter le permitía.

—Si lo explico yo, lo haré como me dé la gana. ¿Está claro?

Nadie osó objetar más matices a su oratoria. Ian reemprendió su tarea.

—Como decía, lo esencial es que creemos que hay algo que no cuadra. Nos has dicho que Mr. Carter te ha contado que hay un criminal que ronda el orfanato y que le ha atacado. Criminal que nadie ha visto y cuyos motivos, según tus explicaciones, no entendemos. Como tampoco entendemos por qué ha pedido hablar contigo específicamente o por qué has estado hablando con Bankim y no nos has dicho de qué. Suponemos que tienes tus razones para guardar el secreto y compartirlo sólo con Sheere, o mejor dicho, crees que las tienes. Pero, en honor a la verdad, si en algo valoras esta sociedad y su propósito, deberías confiar en nosotros y no ocultarnos nada.

Ben consideró las palabras de Ian y repasó los rostros del resto de sus compañeros, que asintieron al discurso de su portavoz.

—Si he ocultado algo es porque pienso que de lo contrario podía poner en peligro la vida de los demás —explicó Ben.

—El principio básico de esta sociedad es ayudarnos unos a otros hasta el fin, y no simplemente escuchar historias de fantasmas y desaparecer a la primera de cambio en cuanto se huele a chamusquina —protestó Seth airadamente.

—Esto es una sociedad, no una orquesta de señoritas —añadió Siraj.

Isobel le propinó un cachete en el cogote.

—Tú calla —le espetó.

—De acuerdo —dictaminó Ben—. Todos para uno y uno para todos. ¿Eso es lo que queréis? ¿Los Tres Mosqueteros?

Todos le observaron de hito en hito y, lentamente, uno a uno, asintieron.

—Muy bien. Os diré todo lo que sé, que no es mucho —dijo Ben.

Durante los diez minutos siguientes, la Chowbar Society escuchó su relato en versión íntegra, incluyendo la conversación con Bankim y los temores de la abuela de Sheere. Finalizada la exposición, se abrió el turno de preguntas.

—¿Alguien ha oído hablar de ese tal Jawahal alguna vez? —preguntó Seth—. ¿Siraj?

El hombre enciclopedia no ofreció más respuesta que una negativa absoluta.

—¿Sabemos si Mr. Carter podía tener negocios con alguien así? ¿Tal vez haya en sus archivos algo al respecto? —preguntó Isobel.

—Podemos averiguarlo —dijo Ian—. Ahora lo fundamental es hablar con tu abuela, Sheere, y desentrañar este embrollo.

—Estoy de acuerdo —dijo Roshan—. Vayamos a verla y después decidiremos un plan de acción.

—¿Hay alguna objeción a la propuesta de Roshan? —preguntó Ian.

Una negativa general inundó los muros ruinosos del Palacio de la Medianoche.

—Bien, en marcha.

—Un momento —dijo Michael.

Los muchachos se volvieron a oír al perennemente taciturno virtuoso del lápiz y cronista gráfico de la historia de la Chowbar Society.

—¿Se te ha ocurrido pensar que todo esto podría tener relación con la historia que nos has contado esta mañana, Ben? —preguntó Michael.

Ben tragó saliva. Llevaba media hora haciéndose esa misma pregunta, pero era incapaz de hallar un nexo de conexión entre ambos sucesos.

—No veo la relación, Michael —dijo Seth.

Los demás meditaron sobre el tema, pero ninguno de ellos parecía inclinado a disentir del parecer de Seth.

—No creo que exista esa relación —corroboró Ben finalmente—. Supongo que lo soñé.

Michael le miró directamente a los ojos, algo que no solía hacer prácticamente nunca, y le mostró un pequeño dibujo que sostenía entre los dedos. Ben lo examinó e identificó la silueta de un tren cruzando una llanura devastada de chabolas y barracas. Una majestuosa locomotora acabada en cuña y coronada por grandes chimeneas que escupían vapor y humo lo arrastraba bajo un cielo sembrado de estrellas negras. El tren aparecía envuelto en llamas y a través de las ventanillas de los vagones se intuían cientos de rostros espectrales que extendían los brazos y aullaban en el fuego. Michael había traducido sus palabras al papel con absoluta fidelidad. Ben sintió que un escalofrío le recorría la espalda y miró a su amigo Michael.

—No entiendo, Michael —murmuró Ben—. ¿Adónde quieres ir a parar?

Sheere se acercó a ellos y su rostro palideció al contemplar el dibujo e intuir el nexo de unión entre la visión de Ben y el incidente en el St. Patrick's que Michael había puesto al descubierto.

—El fuego —murmuró la muchacha—. Es el fuego.

* * *

La morada de Aryami Bosé había permanecido clausurada durante años y el fantasma de miles de recuerdos prisioneros entre los muros impregnaba todavía el ambiente de aquella casa habitada por libros y cuadros.

De camino habían acordado unánimemente que lo más procedente era permitir que Sheere entrase primero en la casa, pusiera a Aryami al corriente de los hechos y le manifestara la voluntad de los muchachos de hablar con ella. Una vez asumida esa primera fase, los miembros de la Chowbar Society estimaron igualmente oportuno limitar el número de sus representantes en la reunión con la anciana, en la creencia de que la visión de siete adolescentes desconocidos ralentizaría su lengua ostensiblemente. Por ello, además de Sheere y Ben, se decidió que Ian también estuviese presente durante la conversación. Ian aceptó de nuevo el papel de embajador en funciones de la sociedad, no sin sospechar que la frecuencia con que le correspondía asumir

tal papel estaba menos relacionada con la confianza de sus compañeros en su ingenio y templanza que con su aspecto inofensivo e idóneo para granjearse la aprobación de adultos y funcionarios públicos. En cualquier caso, tras recorrer las calles de la *ciudad negra* y esperar durante unos minutos en el patio de carácter selvático que rodeaba la casa de Aryami Bosé, Ian se unió a Ben y ambos entraron en la casa a la señal de Sheere, mientras los demás aguardaban su regreso.

La muchacha los condujo hasta una sala pobremente iluminada por una docena de velas situadas en el interior de vasijas con agua. Sobre ellas, las gotas de cera derramada formaban flores congeladas y empañaban el reflejo de la llama. Los tres jóvenes tomaron asiento frente a la anciana, que los observaba silenciosamente desde su butaca, y examinaron la penumbra que velaba las paredes cubiertas de telas y los estantes sepultados bajo el polvo de años.

Aryami esperó a que los ojos de los tres jóvenes se posaran sobre los suyos y se inclinó hacia ellos, en actitud confidencial.

—Mi nieta me ha contado lo sucedido —dijo Aryami—. Y no puedo decir que me sorprenda. He vivido durante años con el temor de que algo semejante ocurriera, pero nunca llegué a pensar que sería así, de esta manera. Antes de nada, sabed que lo que hoy habéis presenciado no es más que el principio y que, tras escucharme, en vuestras manos estará dejar que siga su curso o evitarlo. Yo ya soy vieja y me faltan ánimos y salud para combatir fuerzas que me sobrepasan y que cada día me resultan más difíciles de comprender.

Sheere tomó la mano apergaminada de su abuela y la acarició suavemente. Ian observó cómo Ben mordisqueaba sus uñas y le propinó un discreto codazo.

—Hubo un tiempo en mi vida en que creí que nada tenía más fuerza que el amor. Y es cierto que la tiene, pero su fuerza es minúscula y palidece frente al fuego del odio —explicó Aryami—. Sé que estas revelaciones no son precisamente un regalo idóneo para vuestro decimosexto cumpleaños; normalmente se permite a los muchachos vivir en la ignorancia del verdadero rostro del mundo hasta bien entrada la juventud, pero temo que vosotros no tendréis ese dudoso privilegio. Sé también que, por el simple hecho de venir de una anciana, dudaréis de mis palabras y de mis juicios. He aprendido a reconocer esa mirada en los ojos de mi propia nieta durante todos estos años. Y es que nada es tan difícil de creer como la verdad y, por el contrario, nada tan seductor como la fuerza de la mentira cuanto mayor es su peso. Es ley de vida y a vuestro juicio quedará encontrar el equilibrio justo. Dicho esto,

permitidme explicaros que, además de años, esta vieja ha coleccionado historias y que nunca conoció una historia tan triste y terrible como la que voy a relataros y de la que, sin saberlo, habéis sido protagonistas por omisión hasta el día de hoy…

* * *

«Hubo un tiempo en que yo también fui joven y en el que hice todo aquello que se espera que hagan los jóvenes: casarse, tener hijos, contraer deudas, decepcionarse y renunciar a los sueños y principios que uno siempre juró respetar. Envejecer, en una palabra. Aun así, la fortuna fue generosa conmigo, al menos así me lo pareció en un principio, y unió mi vida a la de un hombre del que lo mejor y lo peor que podía decirse es que era bueno. Nunca fue un joven apuesto, para qué mentir. Recuerdo que, cuando venía a casa, mis hermanas se reían de él por lo bajo. Era un tanto torpe, tímido, y tenía el aspecto de haberse pasado los últimos diez años de su vida encerrado en una biblioteca: el sueño de cualquier jovencita de tu edad, Sheere.

»Mi galán trabajaba como maestro en una escuela pública del sur de Calcuta. Su sueldo era miserable y su vestuario no desmerecía de su paga. Todos los sábados venía a buscarme ataviado con el mismo traje, el único que tenía y que reservaba para sus reuniones en la escuela y para cortejarme. Tardó seis años en poder comprarse otro, pero nunca le sentaron bien los trajes; no tenía la hechura necesaria.

»Mis otras dos hermanas contrajeron matrimonio con dos relucientes y bien plantados galanes que trataban con displicencia a tu abuelo y que, a sus espaldas, me dirigían tórridas miradas que se suponía yo debía interpretar como la oportunidad de disfrutar de un hombre de verdad aunque fuera por unos minutos en mi vida.

»Con el tiempo, aquellos holgazanes habrían de vivir de la caridad de mi hombre y de sus favores, pero eso es otra historia. Pues él, aunque podía leer a través de aquellas sanguijuelas, porque siempre supo ver el alma de las personas a las que trataba, no les negó su apoyo y fingió olvidar las burlas y el desprecio con que había sido tratado en su juventud. Yo no lo hubiera hecho, pero mi hombre, como os digo, siempre fue bueno. Quizá demasiado.

»Su salud, lamentablemente, era frágil y me dejó pronto, al año de nacer nuestra única hija, Kylian. Tuve que criarla yo sola y tratar de enseñarle todo aquello que su padre hubiera querido que aprendiese. Kylian fue la luz que iluminó mi vida después de la muerte de tu abuelo. De él heredó su naturaleza

bondadosa y su instinto para ver a través del corazón de los demás. Pero, donde su padre reunía torpeza y timidez, ella rezumaba luminosidad y elegancia. Su belleza empezaba en sus gestos, en su voz, en sus movimientos. De niña, sus palabras embrujaban a los visitantes y a las gentes de la calle con la magia de un encantamiento. Recuerdo que, al contemplarla coquetear con los comerciantes de los bazares con apenas diez años, solía imaginar que aquella niña era como el cisne salido de las aguas de la memoria de mi hombre, un pato feo y torpe. Su espíritu vivía en ella, en sus gestos más insignificantes y en el modo en que, a veces, en silencio, se detenía a observar a las gentes desde el porche de esta casa y me miraba, toda ella seriedad, para preguntarme por qué había tantas personas desgraciadas en el mundo.

»Pronto todas las gentes de la *ciudad negra* empezaron a referirse a ella empleando el apodo con que un fotógrafo de Bombay la bautizó: la princesa de luz. Y, para tal princesa, no tardaron en aparecer de hasta debajo de las piedras los candidatos a príncipe. Fueron tiempos maravillosos, en que ella compartía conmigo las ridículas confidencias que sus engalanados pretendientes le hacían, los horripilantes poemas que le escribían y toda una galería de anécdotas que, de haberse prolongado, nos hubiera llevado a creer que todos los jóvenes de esta ciudad no eran más que unos pobres cretinos. Pero, como siempre, apareció en la escena alguien que habría de cambiarlo todo: tu padre, el hombre más inteligente y más extraño de cuantos he conocido en esta vida.

»En aquella época, como hoy, la inmensa mayoría de los matrimonios que se celebraban se acordaban entre las familias como un simple acuerdo comercial, donde la voluntad de los futuros esposos no tenía valor alguno. La mayoría de las tradiciones no son más que las enfermedades de una sociedad. Durante toda mi vida, me había jurado a mí misma que el día en que Kylian se casara lo haría con la persona que ella hubiese elegido libremente.

»Cuando tu padre llegó a esta puerta, encarnaba todo lo contrario de las docenas de moscones pavoneantes que rondaban a tu madre sin cesar. Hablaba poco, pero cuando lo hacía, sus palabras eran afiladas como un cuchillo y no invitaban a la réplica. Era amable y, cuando lo deseaba, poseedor de un extraño encanto que seducía lenta pero inexorablemente. Con todo, tu padre mantenía siempre un trato distante y frío con casi todos. Excepto con tu madre. En su compañía, se transformaba en otra persona, vulnerable y casi infantil. Nunca llegué a saber cuál de los dos era él en realidad y supongo que tu madre se llevó ese secreto a la tumba.

»Tu padre, en las contadas ocasiones en que se dignaba hablar conmigo, daba pocas explicaciones. Cuando por fin se decidió a solicitar mi consentimiento para contraer matrimonio con tu madre, le pregunté cómo pensaba mantenerla y cuál era su posición. Mis años al borde de la pobreza con tu abuelo me habían enseñado a proteger a mi hija de una experiencia como aquélla y me habían llevado al convencimiento de que no hay nada como un estómago vacío para desenmascarar el mito del efecto ennoblecedor del hambre de espíritu.

»Tu padre me miró guardando para sí sus verdaderos pensamientos, como hacía siempre, y respondió que su profesión era la de ingeniero y escritor. Dijo que estaba intentando conseguir una plaza en una compañía británica de construcción y que un editor de Delhi le había adelantado una suma por un manuscrito que él le había entregado. Todo aquello, desbrozado de la literatura con que tu padre aderezaba sus discursos cuando le convenía, me olía a miseria y privaciones. Así se lo expuse. Sonrió y, tomando dulcemente mi mano entre las suyas, me murmuró unas palabras que no olvidaré jamás: “Madre, ésta es la primera y la última vez que se lo diré. Mi futuro y el de su hija están ahora en nuestras manos, como lo está el sacarla adelante y el labrarme mi camino en la vida. Nadie, vivo o muerto, podrá nunca interferir en ello. Duerma tranquila a ese respecto y confíe en el amor que profeso a su hija. Pero si las preocupaciones no la dejan conciliar el sueño, guárdese de manchar con una sola palabra, gesto o acción el vínculo que, con o sin su consentimiento, nos unirá a ella y a mí para siempre, porque faltarán años en la eternidad para que se arrepienta de ello”.

»Tres meses después se casaron y jamás volví a hablar a solas con tu padre. El futuro le dio a él la razón y pronto fue haciéndose un nombre como ingeniero, sin abandonar su pasión por la literatura. Se trasladaron a una casa no muy alejada de aquí, que ya fue derribada hace años, mientras él diseñaba lo que había de ser su hogar de ensueño, un verdadero palacio que concibió milímetro a milímetro para retirarse a él con tu madre. Nadie imaginaba entonces lo que se avecinaba.

»Nunca llegué a conocerle en realidad. Él nunca me dio esa oportunidad, ni pareció sentir ningún interés en abrir sus puertas a nadie que no fuera tu madre. A mí su personalidad me intimidaba y en su presencia me sentía incapaz de abordarle o intentar congraciarme con él. Era imposible saber lo que pensaba. Solía leer sus libros, que tu madre me traía cuando acudía a visitarme, y los estudiaba con detalle tratando de encontrar en ellos las claves

ocultas para internarme en el laberinto de su mente. Nunca conseguí penetrar en él.

»Tu padre fue un hombre misterioso que jamás hablaba de su familia o de su pasado. Tal vez por eso nunca fui capaz de intuir la amenaza que se cernía sobre él y sobre mi hija, una amenaza nacida de ese pasado oscuro e insondable. Nunca me dio la oportunidad de ayudarle y, en la hora de la desgracia, estuvo tan solo como lo había estado durante toda su vida, en su fortaleza de soledad libremente elegida, cuyas llaves sólo sostuvo en sus manos una persona durante los años que compartió con él: Kylian.

»Pero tu padre, como todos nosotros, tenía un pasado y desde él emergió la figura que iba a traer la oscuridad y la tragedia a nuestra familia.

»Cuando tu padre era joven y recorría hambriento las calles de Calcuta soñando con números y fórmulas matemáticas, conoció a otro muchacho, un chico de su misma edad, huérfano y solo. Por aquel entonces tu padre vivía en la pobreza y, como tantísimos niños de esta ciudad, cayó víctima de las fiebres que todos los años segaban miles de vidas. Durante la época de las lluvias, el monzón descargaba con fuerza sus tormentas en la península de Bengala y todo el delta del Ganges experimentaba una crecida que inundaba el país. Año tras año, el lago de sal que aún se encuentra al este de la ciudad se desbordaba; al pasar las lluvias, los cadáveres de los peces muertos expuestos al sol, tras bajar de nuevo las aguas, producían una nube de vapores envenenados que, arrastrados por los vientos de las montañas del norte, arrasaban la ciudad y sembraban la enfermedad y la muerte como una plaga infernal.

»Aquel año tu padre fue víctima de los aires de muerte, y habría estado a punto de perecer, de no ser por un compañero, Jawahal, que cuidó de él durante veinte días en una barraca de adobe y maderos quemados al borde del Hooghly. Tu padre, al recuperarse, juró que siempre protegería a Jawahal y que compartiría con él todo lo que el futuro le deparase, porque ahora su vida también le pertenecía. Fue un juramento de niños. Un pacto de sangre y honor. Pero había algo que tu padre no sabía: Jawahal, aquel ángel salvador de apenas once años, llevaba en las venas una enfermedad mucho más terrible que la que había estado a punto de acabar con él. Una enfermedad que empezaría a manifestarse mucho después, primero de un modo casi imperceptible, más tarde con la fatalidad de una condena: la locura.

»Años más tarde, tu padre supo que la madre de Jawahal se había prendido en llamas frente a los ojos de su hijo en un sacrificio a la diosa Kali y que la madre de su madre había acabado sus días en una celda miserable de

un manicomio de Bombay. No eran más que eslabones en una larga cadena de sucesos que convertían la historia de aquella familia en un sendero de horror y desgracia. Pero tu padre era un hombre fuerte, incluso de muchacho, y asumió la responsabilidad de proteger a su amigo fuera cual fuese su terrible herencia.

»Todo fue sencillo hasta que, al cumplir los dieciocho años, Jawahal asesinó a sangre fría a un rico comerciante en el bazar porque se había negado a venderle un medallón que deseaba adquirir, aludiendo a su aspecto y dudando de su solvencia. Tu padre le ocultó en su casa durante meses y puso en peligro su vida y su futuro al protegerle de la justicia que le buscaba por toda la ciudad. Lo consiguió, pero aquél sólo había sido el primer paso. Un año después, en la noche del año nuevo hindú, Jawahal incendió una casa donde vivían una docena de ancianas y se sentó en la calle a ver las llamas hasta que las vigas cayeron convertidas en brasas. Esta vez ni las artes de tu padre pudieron salvarle de la justicia.

»Hubo un juicio, largo y terrible, donde Jawahal fue condenado por sus crímenes a cadena perpetua. Tu padre hizo cuanto pudo por ayudarle, gastó sus ahorros en pagarle abogados, enviarle ropa limpia a la cárcel donde le tenían preso y sobornar a sus guardianes para que no le atormentasen. El único agradecimiento que recibió de Jawahal fueron palabras de odio. Le acusó de haberle delatado, abandonado, y de haber querido deshacerse de él. Le recriminó el haber roto el juramento que ambos habían hecho años atrás y juró venganza porque, como le gritó airadamente desde el estrado cuando se leyó su sentencia condenatoria, la mitad de su vida le pertenecía.

»Tu padre enterró ese secreto en lo más profundo de su corazón y nunca quiso que tu madre supiera de ello. Los años borraron los signos externos de aquel recuerdo. Tras la boda y los primeros años de matrimonio y éxitos de tu padre, todo aquello no parecía más que un episodio enterrado en un pasado lejano.

»Me acuerdo de la época en que tu madre se quedó embarazada. Tu padre parecía otra persona, un desconocido. Compró un cachorro de perro guardián al que afirmó estar dispuesto a entrenar para que se convirtiera en la mejor de las niñeras para su futuro hijo, y no cesaba de hablar de la casa que iba a construir, de los planes que tenía para el futuro, de un nuevo libro…

»Un mes después, el teniente Michael Peake, uno de los antiguos pretendientes de tu madre, llamó a su puerta con una noticia que iba a sembrar de terror sus vidas: Jawahal había incendiado un pabellón de la prisión de criminales peligrosos en la que estaba confinado y había huido, no sin antes

escribir en los muros de su celda, con la sangre de su compañero degollado, la palabra *venganza*.

»Peake se comprometió personalmente a buscar a Jawahal y a protegerlos de cualquier posible amenaza. Pasaron dos meses sin novedades ni indicios de la presencia de Jawahal. Hasta el día del cumpleaños de tu padre.

»Al amanecer llegó un paquete entregado a su nombre por un mendigo. Contenía un medallón, la joya por la que había cometido su primer asesinato, y una nota. En ella, Jawahal explicaba que tras varias semanas de espiarlos en secreto y de comprobar que ahora era un hombre de éxito y que tenía una esposa radiante, quería desearles lo mejor y, tal vez, realizar alguna visita próxima para, como él decía, volver a compartir como hermanos lo que les pertenecía a ambos.

»Los días siguientes estuvieron sembrados de pánico. Uno de los centinelas que Peake había puesto a custodiar la casa por la noche apareció muerto. El perro de tu padre fue hallado en el fondo del pozo del patio. Y todas las noches, ante la impotencia de Peake y sus hombres, los muros de la casa amanecían con nuevas amenazas pintadas en sangre.

»Aquéllos fueron días difíciles para tu padre. Se acababa de construir su máxima obra, la estación de Jheeter’s Gate en la orilla Este del Hooghly. Era una estructura de acero impresionante y revolucionaria y constituía la culminación del proyecto largamente ansiado de tu padre de establecer una red de ferrocarril en todo el país que permitiese desarrollar el comercio propio y modernizar las provincias hasta llegar a superar el dominio británico. Aquélla siempre fue una de sus obsesiones, sobre la que podía hablar con vehemencia durante horas, como si se tratase de una misión divina que le hubiese sido encomendada.

»La inauguración oficial de Jheeter’s Gate tuvo lugar al final de aquella semana y, para celebrar la ocasión, se decidió fletar simbólicamente un tren que iba a transportar a 360 niños huérfanos a su nuevo hogar en el este del país. Eran hijos de los estratos más castigados por la pobreza, y el proyecto de tu padre significaba para ellos una nueva vida. Era un empeño en el que tu padre había estado comprometido desde el primer día y que constituía la ilusión de su vida.

»Tu madre insistió hasta la desesperación en acudir durante unas horas al acto, y le aseguró que la protección del teniente Peake y sus hombres bastaba para mantenerla segura.

»Cuando tu padre subió al tren y puso en marcha la máquina que debía conducir a los niños a su nuevo hogar, sucedió algo imprevisto y para lo cual

nadie estaba preparado. El fuego. Un terrible incendio se propagó por varios niveles de la estación y a lo largo de los vagones del tren que se internaba en el túnel convertido en un verdadero infierno rodante, una tumba de hierro candente para los niños que viajaban en su interior. Tu padre murió aquella noche intentando salvar inútilmente a los niños mientras sus sueños se desvanecían entre las llamas para siempre.

»Cuando tu madre recibió la noticia, estuvo a punto de perderte. Pero la fortuna, cansada de enviar desgracias a la familia, quiso salvarte. Tres días más tarde, cuando apenas le faltaban unos días para dar a luz, Jawahal y sus hombres irrumpieron en la casa y se llevaron a tu madre, no sin antes proclamar que la tragedia de Jheeter's Gate había sido obra suya.

»El teniente Peake logró sobrevivir y seguirlos hasta las entrañas de la estación, que ahora se había convertido en un lugar abandonado y maldito donde nadie había vuelto a entrar desde la noche de la tragedia. Jawahal dejó una nota en la casa jurando matar a tu madre y al niño que iba a dar a luz. Pero había algo que ni él mismo había previsto. No era un niño. Eran dos. Dos gemelos. Un niño y una niña. Vosotros dos…».

* * *

Aryami Bosé siguió relatando el resto de la historia: cómo Peake había conseguido salvarlos y llevarlos hasta su casa, cómo ella había decidido separarlos y ocultarlos del asesino de sus padres… Ni Sheere ni Ben la escuchaban ya. Ian observó en silencio el rostro blanco de su mejor amigo y el de Sheere. Apenas parpadeaban; las revelaciones que habían oído de labios de la anciana parecían haberlos transformado en estatuas. Ian suspiró profundamente y deseó no haber sido él el elegido para asistir a aquella extraña sesión familiar. Se sentía extremadamente incómodo al encarnar el papel de intruso en el drama de sus amigos.

Con todo, Ian se tragó su propia consternación por cuanto había averiguado y sus pensamientos se concentraron en Ben. Trataba de imaginar la tormenta interna que la historia de Aryami debía de haber desatado en él y maldecía la brusquedad con que el miedo y el cansancio habían llevado a la anciana a desvelar acontecimientos cuya trascendencia iba probablemente mucho más allá de lo aparente. Trató de apartar de su mente por el momento el suceso que Ben había relatado aquella misma mañana sobre su visión de un tren en llamas. Las piezas de aquel rompecabezas se multiplicaban a una velocidad escalofriante.

No podía olvidar las decenas de veces en que Ben había afirmado que ellos, los miembros de la Chowbar Society, eran personas sin pasado. Ian temía que el encuentro de Ben con su pasado en las penumbras de aquel caserón hubiera desgarrado su interior sin remedio. Se conocían desde niños e Ian sabía de las largas e impenetrables melancolías de Ben, de cómo era mejor apoyarle sin formular preguntas o tratar de leer sus pensamientos. Por lo que sabía de su amigo, la fachada altanera y arrolladora con que Ben solía escudarse habitualmente había encajado aquel golpe como una puñalada fatal, una herida de la que el propio Ben no querría hablar jamás.

Ian posó su mano suavemente sobre el hombro de Ben, pero su amigo no pareció advertirlo.

Ben y Sheere, que apenas unas horas antes se habían sentido unidos por un nexo de simpatía y afecto crecientes, parecían ahora incapaces de mirarse el uno al otro, como si las nuevas cartas que se habían repartido en el juego los hubiesen hecho conscientes de un extraño pudor, o de un temor elemental a intercambiar un simple gesto.

Aryami miró a Ian, inquieta. El silencio reinaba en la sala. Los ojos de la anciana parecían suplicar una disculpa, el perdón del mensajero portador de malas noticias. Ian ladeó la cabeza ligeramente, indicando a Aryami que abandonasen la sala. La anciana dudó unos instantes, e Ian se incorporó y le ofreció su mano. La anciana aceptó su ayuda y le siguió hasta la estancia contigua, dejando a Ben y a Sheere a solas. Ian se detuvo en el umbral y se volvió a mirar a su amigo.

—Estaremos fuera —murmuró.

Ben, sin alzar la mirada, asintió.

* * *

Los miembros de la Chowbar Society languidecían bajo el calor aplastante en el patio cuando comprobaron que Ian asomaba al portón de la casa acompañado de la anciana. Ambos intercambiaron unas palabras. Aryami asintió débilmente y buscó el resguardo de la sombra que facilitaba una vieja marquesina de piedra labrada. Ian, con el semblante pétreo y adusto, que sus compañeros interpretaron como presagio de malas noticias, se aproximó al grupo de muchachos y aceptó el espacio de sombra que los demás abrieron para él. Las miradas se precipitaron sobre él como las moscas a la miel. Aryami los observaba a pocos metros, abatida.

—¿Y bien? —preguntó Isobel, dando voz al pensamiento generalizado de la asamblea.

—No sé por dónde empezar —respondió Ian.

—Empieza por lo peor —sugirió Seth.

—Lo peor es todo —repuso Ian.

Los demás le observaron en silencio. Ian contempló a sus compañeros y sonrió débilmente.

—Diez orejas te escuchan —dijo Isobel.

Ian repitió fielmente cuanto Aryami acababa de revelarles en el interior de la casa, sin omitir detalle y dejando para el final de su relato un epílogo especialmente dedicado a Ben y Sheere, que seguían solos en la sala, y a la terrible espada que acababan de descubrir pendiendo sobre sus cabezas.

Cuando hubo finalizado, el pleno de la Chowbar Society ya había olvidado el calor sofocante que caía del cielo como un castigo infernal.

—¿Cómo se lo ha tomado Ben? —preguntó Roshan.

Ian se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Supongo que no muy bien —aventuró—. ¿Cómo te lo hubieras tomado tú?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Siraj.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Ian.

—Mucho —cortó Isobel—. Cualquier cosa menos dejar freír nuestros traseros al sol mientras un asesino trata de acabar con Ben. Y con Sheere.

—¿Alguien se opone? —preguntó Seth.

Todos negaron al unísono.

—Bien, coronel —dijo Ian dirigiéndose directamente a Isobel—. ¿Cuáles son las órdenes?

—En primer lugar, alguien debería averiguar todo lo posible sobre la historia de ese accidente de Jheeter’s Gate y sobre el ingeniero —indicó Isobel.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Seth—. Debe de haber recortes de prensa de la época en la biblioteca del museo indio. Y libros, probablemente.

—Seth tiene razón —dijo Siraj—. El incendio de Jheeter’s Gate fue sonado en su día. Mucha gente todavía lo recuerda. Existirá documentación al respecto. El cielo sabrá dónde, pero existirá.

—Pues habrá que buscarla —puntualizó Isobel—. Puede ser un punto de partida.

—Yo le ayudaré —añadió Michael.

Isobel asintió firmemente.

—Queremos saberlo todo sobre ese hombre, su vida, y sobre esa casa maravillosa que se supone está en algún lugar cerca de aquí —dijo Isobel—. Tal vez su rastro nos lleve hasta el de ese asesino.

—Nosotros buscaremos la casa —sugirió Siraj señalándose a sí mismo y a Roshan.

—Si existe, es nuestra —añadió Roshan.

—De acuerdo, pero no entréis en ella —advirtió Isobel.

—No hay problema —la tranquilizó Roshan mostrando las palmas abiertas.

—Y yo, ¿qué es lo que se supone que debo hacer? —preguntó Ian, a quien no se le ocurrían tareas acordes a sus habilidades con la misma facilidad que parecían disfrutar sus colegas.

—Tú quédate con Ben y con Sheere —indicó Isobel—. Por lo que sabemos, antes de que nos demos cuenta, Ben empezará a tener ideas disparatadas cada diez minutos. Quédate a su lado y vigila que no haga locuras. No es una buena idea que ande por las calles con Sheere.

Ian asintió, consciente de que su tarea era la más difícil del lote que Isobel había repartido.

—Nos encontraremos en el Palacio de la Medianoche antes del anochecer —concluyó Isobel—. ¿A alguien le ha quedado alguna duda?

Los muchachos se miraron entre sí y negaron repetidamente con la cabeza.

—Bien, andando —dijo Isobel.

Seth, Michael, Roshan y Siraj partieron sin más dilación rumbo a sus respectivos deberes. Isobel permaneció junto a Ian, observando su marcha en silencio, entre el espejismo que ascendía de las polvorientas calles ardientes bajo el sol.

—¿Qué piensas hacer tú, Isobel? —preguntó Ian.

Isobel se volvió hacia él y le sonrió enigmáticamente.

—Tengo una intuición —dijo.

—Temo tus intuiciones como temería a un terremoto —replicó Ian—. ¿Qué estás tramando?

—No debes preocuparte, Ian —murmuró Isobel.

—Cuando dices eso, es cuando más me preocupo —respondió Ian.

—Tal vez no esté al anochecer en el Palacio —explicó Isobel—. Si todavía no he vuelto, haz lo que debas. Tú siempre sabes lo que hay que hacer, Ian.

El muchacho suspiró, inquieto. Le disgustaba tanto misterio y el extraño brillo que advertía en la mirada de su amiga.

—Isobel, mírame —ordenó; la muchacha le obedeció—. Sea lo que sea, quítatelo de la cabeza.

—Sé cuidarme, Ian —repuso ella, sonriente.

Los labios de Ian, sin embargo, fueron incapaces de emular a los de la muchacha.

—No hagas nada que yo no haría —suplicó el chico.

Isobel rió.

—Haré sólo una cosa que tú no te atreverías a hacer nunca —murmuró.

Ian la observó perplejo y sin comprender. Luego, sin borrar de su mirada aquella chispa enigmática, Isobel se acercó a Ian y le besó suavemente sobre los labios, apenas rozándolos.

—Cuídate, Ian —le susurró al oído—. Y no te hagas ilusiones.

Aquélla era la primera vez que Isobel le había besado y, al verla partir entre la maleza del patio, Ian no pudo apartar de su mente un súbito e inexplicable temor a que tal vez también fuese la última.

* * *

Transcurrida casi una hora, Ben y Sheere emergieron a la luz del día con el semblante impenetrable y luciendo una extraña calma. Sheere se acercó a Aryami, que había permanecido todo aquel espacio de tiempo sola bajo la marquesina de la casa, ajena a los intentos de diálogo de Ian, y se sentó junto a ella. Ben caminó directamente en dirección a Ian.

—¿Dónde están todos? —preguntó.

—Pensamos que sería útil tratar de hacer algunas averiguaciones respecto a ese individuo, Jawahal —respondió Ian.

—¿Y tú te has quedado de niñera? —bromeó Ben, aunque su tono pretendidamente jocoso no engañaba a ninguno de los dos.

—Algo así. ¿Estás bien? —Quiso saber Ian, señalando a Sheere con la cabeza.

Su amigo asintió.

—Confundido, supongo —dijo finalmente—. Odio las sorpresas.

—Isobel dice que no es buena idea que tú y Sheere andéis por ahí. Y creo que tiene razón.

—Isobel siempre tiene razón, menos cuando discute conmigo —dijo Ben —. Pero tampoco creo que éste sea un lugar seguro para nosotros. Aunque

haya estado cerrada más de quince años, ésta sigue siendo la casa familiar. Y el St. Patrick's tampoco lo es, a la vista está.

—Creo que lo mejor será ir al Palacio y esperar a los demás —sugirió Ian.

—¿Ése es el plan de Isobel? —sonrió Ben.

—Adivínalo.

—¿Adónde ha ido ella?

—No ha querido decírmelo.

—¿Uno de sus presentimientos? —apuntó Ben, alarmado.

Ian asintió y Ben suspiró abatido.

—Dios nos ayude —dijo, palmeando la espalda de su amigo—. Voy a ir a hablar con las damas.

Ian se volvió a mirar a Sheere y a Aryami Bosé. La anciana parecía discutir acaloradamente con su nieta. Ben e Ian intercambiaron una mirada.

—Sospecho que la anciana mantiene sus planes de partir mañana hacia Bombay —comentó Ben.

—¿Vas a ir con ellas?

—No pienso irme de esta ciudad nunca. Y menos ahora.

Los dos amigos observaron cómo se desarrollaba la discusión entre abuela y nieta durante un par de minutos más, y finalmente Ben se dirigió hacia ellas.

—Espérame aquí —murmuró pausadamente.

* * *

Aryami Bosé entró de nuevo en la casa y dejó a solas a Ben y a Sheere en el umbral de su puerta. Sheere mostraba un rostro encendido de ira, y Ben aguardó a que fuese ella misma quien eligiese su momento para empezar a hablar. Cuando lo hizo, su voz tembló de rabia e impotencia y sus manos se entrelazaron en un nudo tenso y férreo.

—Dice que partiremos mañana y que no quiere hablar más del asunto —explicó—. Dice también que tú deberías venir con nosotras, pero que no puede obligarte.

—Supongo que cree que eso es lo mejor para ti —apuntó Ben.

—¿Tú no piensas eso?

—Mentiría si dijera que sí —admitió Ben.

—Yo he pasado toda mi vida huyendo de pueblo en pueblo, en trenes, en barcos y carromatos, sin tener una casa propia, amigos o un lugar que pudiera recordar como mío —dijo Sheere—. Estoy cansada, Ben. No puedo seguir huyendo toda la vida de alguien a quien ni siquiera conozco.

Los dos hermanos se miraron en silencio.

—Ella es una mujer anciana, Ben. Tiene miedo, porque su vida se acaba y se siente incapaz de protegernos durante más tiempo —añadió la chica—. Lo hace de corazón, pero huir ya no sirve de nada. ¿De qué serviría tomar mañana ese tren a Bombay? ¿Para tener que apearnos en cualquier estación, con otro nombre? ¿Para mendigar un techo en cualquier pueblo sabiendo que al día siguiente tendríamos que salir huyendo otra vez?

—¿Le has dicho eso a Aryami? —preguntó Ben.

—No quiere escucharme. Pero esta vez no pienso huir de nuevo. Ésta es mi casa, ésta es la ciudad de mi padre y aquí es donde pienso permanecer. Y si ese hombre viene a por mí, le plantaré cara. Si ha de matarme, que lo haga. Pero si he de vivir, no estoy dispuesta a hacerlo como una fugitiva que da gracias todos los días por poder ver el sol. ¿Me ayudarás, Ben?

—Por supuesto —repuso el muchacho.

Sheere le abrazó y se secó los ojos con un extremo del manto blanco que la cubría.

—¿Sabes, Ben? —dijo—. Anoche, con tus amigos en aquella vieja casa abandonada, vuestro Palacio de la Medianoche, mientras os contaba mi historia, pensé que nunca tuve la oportunidad de ser una niña como las demás. Crecí entre viejos, entre miedos y mentiras, con mendigos y viajeros sin nombre como única compañía. Me acordé de cómo inventaba compañeros invisibles y hablaba con ellos durante horas en las salas de las estaciones, en los carromatos. Los adultos me miraban y sonreían. A sus ojos, una niña que hablaba sola era una visión adorable. Pero no lo es, Ben. No es adorable estar solo, ni de niño, ni de viejo. Durante años me he preguntado cómo eran los demás niños, si tenían las mismas pesadillas que yo, si se sentían tan desgraciados como yo. Quien diga que la infancia es la época más feliz de la vida es un mentiroso o un estúpido.

Ben observó a su hermana y le sonrió.

—O ambas cosas —bromeó—. Suelen ir unidas.

Sheere se sonrojó.

—Lo siento —dijo—. Hablo por los codos, ¿verdad?

—No —negó Ben—. Me gusta escucharte. Además, creo que tenemos más en común de lo que piensas.

—Somos hermanos —rió Sheere, nerviosa—. ¿Te parece poco? ¡Gemelos! ¡Suena tan raro!

—Bueno, como suele decirse, sólo puedes escoger a tus amigos —bromeó Ben—; la familia viene de propina.

—Entonces prefiero que seas mi amigo —dijo Sheere.

Ian se aproximó hasta ellos y comprobó aliviado que ambos hermanos parecían estar de buen humor e incluso se permitían el lujo de intercambiar algunas bromas, lo cual, dada la coyuntura, no era poco.

—Tú sabrás lo que haces. Ian, esta dama quiere ser mi amiga.

—Yo no te lo aconsejaría —siguió la broma Ian—. Yo lo soy desde hace años y así me va. ¿Habéis tomado una decisión?

Ben asintió.

—¿Es lo que me imagino? —preguntó Ian.

Ben asintió de nuevo y esta vez Sheere se sumó a su gesto afirmativo.

—¿Qué es lo que habéis decidido? —preguntó amargamente la voz de Aryami Bosé a sus espaldas.

Los tres muchachos se volvieron y descubrieron la silueta de la anciana, inmóvil en las sombras tras el umbral. Un tenso silencio medió entre ellos.

—No tomaremos ese tren mañana, abuela —respondió serenamente Sheere—. Ni Ben, ni yo.

Los ojos de la anciana los recorrieron uno a uno, abrasadores.

—¿Las palabras de unos mocosos inconscientes te han hecho olvidar en unos minutos todo lo que te he enseñado en años? —recriminó Aryami.

—No, abuela. Es mi propia decisión. Y nada en el mundo la va a cambiar.

—Tú harás lo que yo diga —cortó Aryami, aunque el olor de la derrota impregnaba cada una de sus palabras.

—Señora… —empezó Ian cortésmente.

—Cállate, hijo —espetó Aryami con renovada frialdad.

Ian reprimió sus deseos de replicar y bajó la mirada.

—Abuela, no cogeré ese tren —dijo Sheere—. Y lo sabes.

Aryami contempló a su nieta desde las sombras, sin pronunciar una sola palabra.

—Os estaré esperando en la estación de Howrah, al amanecer —dijo finalmente la anciana.

Sheere suspiró y Ben advirtió cómo su semblante se encendía de nuevo. Ben le sujetó un brazo y le indicó que no continuase la discusión. Aryami se volvió y lentamente sus pasos se perdieron en el interior de la casa.

—No puedo dejar que se quede así —murmuró Sheere.

Ben asintió y soltó el brazo de su hermana, que siguió a Aryami hasta la sala, donde la anciana se había sentado frente a la lumbre de las velas. Aryami no se volvió y permaneció inmóvil, ignorando la presencia de su nieta. Sheere se acercó a ella y la rodeó suavemente con sus brazos.

—Pase lo que pase, abuela —dijo—, yo te quiero.

Aryami acató en silencio y oyó los pasos de Sheere alejarse de nuevo hacia el patio, mientras las lágrimas afloraban a sus ojos. En el exterior, Ben e Ian aguardaron la vuelta de Sheere y la recibieron con el semblante más optimista que lograron componer.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Sheere, sus ojos empañados por las lágrimas y las manos temblorosas.

—Al mejor rincón de Calcuta —respondió Ben—, el Palacio de la Medianoche.

* * *

Las últimas luces de la tarde empezaban a palidecer cuando Isobel vislumbró la estructura fantasmal y angulosa de la antigua Jheeter's Gate que emergía entre las brumas del río, como el espejismo de una siniestra catedral que hubiera perecido pasto de las llamas. La muchacha contuvo la respiración y se detuvo a contemplar la escalofriante visión del denso entramado de cientos de vigas de acero, arcos y bóvedas superpuestas, en un laberinto insondable de metal y cristal astillado por el fuego. Un antiguo puente en ruinas y totalmente en desuso cruzaba el río hasta el pórtico de la estación, en la otra orilla, abierto igual que las negras fauces de un dragón inmóvil y expectante, cuyas infinitas hileras de colmillos largos y afilados se desvanecían en las tinieblas de su interior.

Isobel caminó hacia el puente que conducía hasta Jheeter's Gate y sorteó los antiguos raíles que lo surcaban trazando una vía muerta hacia aquel mausoleo estigio. Los maderos que formaban el tendido de la vieja estación estaban ahora podridos y ennegrecidos, y la maleza salvaje avanzaba entre ellos. La estructura oxidada del puente crujía a su paso, e Isobel no tardó en advertir la presencia de carteles que prohibían la entrada y advertían del peligro de derribo que se cernía sobre él. Ningún tren había vuelto a cruzar el río sobre aquel puente y, a juzgar por su aspecto desolado y degradado, Isobel supuso que nadie había vuelto a repararlo o ni siquiera a recorrerlo a pie.

A medida que la orilla este de Calcuta iba quedando a su espalda y el fantasmagórico rompecabezas de acero y sombras de Jheeter's Gate se alzaba frente a ella bajo el manto escarlata del crepúsculo, Isobel empezó a barajar la idea de que tal vez su propósito de acudir a aquel lugar no fuera tan atinado como había estimado en un principio. Una cosa era representar el papel de aventurera indómita y resuelta ante las adversidades, y otra muy diferente,

sumergirse en aquel escenario sobrecogedor sin conocer ni una sola página del tercer acto.

Un aliento vaporoso e impregnado de ceniza y carbonilla que exhalaban a bocanadas los túneles ocultos en las entrañas de la estación llegó hasta su rostro. Era un hedor ácido y penetrante, un olor que sin motivo aparente Isobel asociaba con una vieja fábrica enterrada en gases letales y capas de suciedad y óxido. Isobel concentró la mirada en las primeras luces lejanas de las barcazas que surcaban el Hooghly y trató de conjurar la compañía de sus anónimos navegantes mientras recorría el tramo del puente que restaba hasta la entrada de la estación. Cuando llegó al extremo opuesto, se detuvo entre los raíles que se adentraban en la negrura y contempló el gran frontón de acero. Sobre él, empañadas por las manchas infligidas por las llamas, podían apreciarse las letras labradas que anunciaban el nombre de la estación; recordaba la entrada de un gran monumento funerario: JHEETER'S GATE.

Isobel respiró profundamente y se dispuso a acometer el acto que menos había deseado realizar en sus dieciséis años de vida: penetrar en aquel lugar.

* * *

Seth y Michael exhibieron su beatífica sonrisa de alumnos ejemplares ante los escrutadores ojos de Mr. De Rozio, bibliotecario jefe de la sala principal del museo indio, y soportaron su inmisericorde análisis durante varios segundos.

—Es la petición más absurda que he oído en mi vida —sentenció De Rozio—. Al menos desde la última vez que estuviste aquí, Seth.

—Verá, Mr. De Rozio —improvisó Seth—, sabemos que el horario es sólo de mañanas y que lo que mi amigo y yo le pedimos puede parecer un poco extravagante…

—Viniendo de ti, nada es extravagante, jovencito —cortó De Rozio.

Seth reprimió una sonrisa. En Mr. De Rozio, las ironías pretendidamente punzantes eran signo inequívoco de debilidad e interés. Su nombre de pila era ignorado por la totalidad de la humanidad, con las posibles excepciones de su madre y su esposa, si es que había en la India mujer con agallas suficientes para desposarse con semejante ejemplar, estandarte de lo variopinto que podía llegar a resultar el género humano. Bajo su aspecto de cancerbero bibliófilo, De Rozio poseía un terrible talón de Aquiles: una curiosidad y una propensión al cotilleo de corte académico, que relegaba a las mujeronas del bazar a la condición de simples aficionadas.

Seth y Michael se miraron por el rabillo del ojo y decidieron soltar toda la carnaza.

—Mr. De Rozio —empezó Seth en tono melodramático—, no debería decir esto, pero me veo obligado a confiar en su reconocida discreción: hay varios crímenes involucrados en este asunto y mucho nos tememos que puedan acontecer más si no ponemos coto a ello.

Los ojos diminutos y penetrantes del bibliotecario parecieron crecer por unos segundos.

—¿Estáis seguros de que Mr. Thomas Carter está al corriente de esto? —inquirió con severidad.

—Él nos envía —repuso Seth.

De Rozio los observó de nuevo, en busca de fisuras en su semblante que delatasen algún turbio tejemaneje.

—Y tu amigo —soltó De Rozio señalando a Michael—, ¿por qué no habla nunca?

—Es muy tímido, señor —explicó Seth.

Michael asintió débilmente, como si quisiera confirmar ese extremo. De Rozio carraspeó, dubitativo.

—¿Dices que hay crímenes de por medio? —dejó caer con estudiado desinterés.

—Asesinatos, señor —confirmó Seth—. Varios.

De Rozio miró su reloj y, tras meditar unos segundos y dirigir miradas alternativas a los muchachos y a la esfera, se encogió de hombros.

—Está bien —concedió—. Pero será la última vez. ¿Cómo se llama ese hombre del que queréis saber?

—Lahawaj Chandra Chatterghee, señor —se apresuró a responder Seth.

—¿El ingeniero? —preguntó De Rozio—. ¿No murió en el incendio de Jheeter’s Gate?

—Sí, señor —explicó Seth—. Pero había alguien con él que no murió. Alguien muy peligroso. Alguien que provocó el incendio. Alguien que sigue ahí, dispuesto a cometer nuevos crímenes…

De Rozio sonrió con malicia.

—Suena interesante —murmuró.

Repentinamente una sombra de alarma asaltó al bibliotecario. De Rozio inclinó su considerable masa hacia los dos muchachos y los señaló con gesto terminante.

—¿Todo esto no será un invento de ese amigo vuestro, no? —inquirió—. ¿Cómo se llama?

—Ben no sabe nada de esto, Mr. De Rozio —le tranquilizó Seth—. Hace meses que no le vemos.

—Mejor así —sentenció De Rozio—. Seguidme.

* * *

Isobel penetró con pasos temerosos en el interior de la estación y dejó que sus pupilas se aclimatasen a la tiniebla que enmascaraba el lugar. Sobre ella, a decenas de metros, se abría la bóveda principal, formada por largas arcadas de acero y cristal. La gran mayoría de las láminas de vidrio se habían fundido bajo las llamas o sencillamente habían estallado pulverizando una lluvia de fragmentos ardientes sobre toda la estación. La luz del atardecer se filtraba entre las rendijas de metal oscurecido y las astillas de cristal que habían sobrevivido a la tragedia. Los andenes se perdían en la oscuridad dibujando una suave curva bajo la gran bóveda, su superficie cubierta con los restos de los bancos quemados y las vigas desprendidas de la techumbre.

El gran reloj que un día se había alzado en el andén central al igual que un faro en la bocana de un puerto se erguía ahora como un centinela sombrío y mudo. Isobel cruzó bajo la esfera del reloj y advirtió que las agujas se habían doblegado gelatinosamente hacia el suelo y formaban lenguas de chocolate fundido que indicaban para siempre la hora del horror que había devorado la estación.

Nada parecía haber cambiado en aquel lugar, excepto por la huella de los años de suciedad y el efecto de las lluvias que el manto torrencial del monzón había filtrado a través de los respiraderos y las grietas de la bóveda.

Isobel se detuvo a contemplar la gran estación desde el centro y creyó estar en el interior de un gran templo sumergido, infinito e insondable.

Una nueva bocanada de aire caliente y húmedo cruzó la estación y agitó sus cabellos en el aire al tiempo que arrastraba pequeñas briznas de suciedad sobre los andenes. Isobel sintió un escalofrío y escrutó las negras bocas de los túneles que se adentraban en la tierra en el extremo de la estación. Hubiera deseado tener a los demás miembros de la Chowbar Society junto a ella ahora, justo cuando los acontecimientos adquirían un cariz poco recomendable y excesivamente parecido a las historias que Ben se complacía en inventar para sus veladas en el Palacio de la Medianoche. Isobel palpó en su bolsillo y extrajo el dibujo que Michael había realizado de todos los miembros de la Chowbar Society, posando ante un estanque donde sus rostros

se reflejaban. Isobel sonrió al verse retratada por el lápiz de Michael y se preguntó si era así como él la veía en realidad. Los echaba de menos.

Entonces lo oyó por primera vez, distante y enterrado en el murmullo de las corrientes de aire que recorrían aquellos túneles. Era el sonido de voces lejanas, semejante al que recordaba haber oído de la algarabía de una multitud cuando se había sumergido en el Hooghly años atrás, el día en que Ben le enseñó a bucear. Pero esta vez, Isobel tuvo la certeza de que no eran las voces de los peregrinos las que parecían acercarse desde lo más profundo de los túneles. Eran las voces de niños, cientos de ellos. Y aullaban de terror.

* * *

De Rozio acarició con precisión los tres rollos consecutivos que constituían su regia papada y examinó de nuevo la pila de documentos, recortes y papeles inclasificables que había reunido en varias expediciones al tracto digestivo de la alejandrina biblioteca del museo indio. Seth y Michael le observaban ansiosos y expectantes.

—Bien —empezó el bibliotecario—. Esto es más complicado de lo que parece. Hay mucha información respecto a ese tal Lahawaj Chandra Chatterghee bajo diferentes entradas. La mayoría de la documentación que he visto parecía reiterativa y poco significativa, pero haría falta por lo menos una semana para poner un poco de orden en los papeles de ese sujeto.

—¿Qué ha encontrado, señor? —preguntó Seth.

—De todo un poco, la verdad —explicó De Rozio—. Mr. Chandra era un brillante ingeniero, ligeramente adelantado a su tiempo, idealista y obsesionado por dejar a este país un legado que compensara a las gentes pobres de las desgracias que él atribuía al dominio y la explotación británicos. No muy original, francamente. En resumen: reunía todos los requisitos para convertirse en un auténtico desgraciado. Aun así, parece que sorteó el mar de envidias, complots y maniobras para acabar con su carrera y consiguió llegar a convencer al gobierno de que financiase lo que era su sueño dorado: la construcción de la línea de ferrocarril que uniría las principales capitales de la nación con el resto del continente.

»Chandra creía que, de este modo, el monopolio comercial y político que se había iniciado en tiempos de Lord Clive y la compañía, con el tráfico fluvial y marítimo, tendría los días contados, y que serían las gentes de la India las que lentamente recuperarían el control sobre la riqueza de su propio

país. Lo cierto es que no hacía falta ser ingeniero para comprender que eso no iba a ser así.

—¿Hay algo respecto a un personaje llamado Jawahal? —preguntó Seth —. Era un amigo de juventud del ingeniero. Se celebraron varios juicios contra él. Casos sonados, creo.

—Debe de estar en algún lugar, hijo, pero hay un mar de documentos por clasificar. ¿Por qué no volvéis de aquí a un par de semanas? Para entonces habré tenido la oportunidad de poner algo de orden en todo este galimatías.

—No podemos esperar dos semanas, señor —dijo Michael.

De Rozio observó sorprendido al muchacho.

—¿Una semana? —ofreció.

—Señor —dijo Michael—, es un asunto de vida o muerte. La vida de dos personas corre peligro.

De Rozio contempló la intensa mirada de Michael y asintió, vagamente aturdido. Seth no dejó escapar un segundo.

—Nosotros le ayudaremos a buscar y ordenar, señor —se ofreció.

—¿Vosotros? —preguntó—. No sé… ¿Cuándo?

—Ahora mismo —replicó Michael.

—¿Conocéis el código de cifrado de las fichas de la biblioteca? —interrogó De Rozio.

—Como el abecedario —mintió Seth.

* * *

El sol se sumergió como un gran globo sangrante tras las vidrieras destruidas del panel este de Jheeter’s Gate y en pocos segundos Isobel asistió al hipnótico espectáculo de cientos de cuchillas horizontales de luz escarlata taladrando la penumbra de la estación. El sonido de aquellas voces aullantes fue creciendo, y pronto Isobel las oyó resonar en el eco de la gran bóveda. El suelo empezó a vibrar bajo sus pies y la muchacha advirtió que algunas astillas de cristal se precipitaban desde la techumbre. Sintió una punzada en el antebrazo izquierdo y se llevó la mano al punto donde había recibido el impacto. Su sangre tibia le resbaló entre los dedos. Corrió hacia el extremo de la estación, protegiéndose el rostro con las manos.

Una vez bajo el abrigo de una escalinata que ascendía a los niveles superiores, descubrió ante sí una amplia sala de espera cuyos bancos de madera quemada yacían abatidos sobre el suelo. Los muros estaban recubiertos por extrañas pinturas trazadas crudamente con las manos, figuras

que parecían querer representar formas humanas deformadas y demoníacas que alzaban largas garras lobunas y poseían una mirada desorbitada. La vibración bajo sus pies era ahora muy intensa, e Isobel se aproximó a la entrada del túnel. Una fuerte bocanada de aire ardiente le abrasó el rostro y se frotó los ojos, incapaz de creer lo que estaba viendo.

Una locomotora de luz envuelta en llamas emergía de lo más profundo del túnel y escupía con furia círculos de fuego que lo recorrían como balas de cañón y estallaban en aros de gas incandescente. Isobel se lanzó al suelo y el tren de fuego cruzó la estación con un estruendo ensordecedor del metal contra el metal y de los alaridos de cientos de niños que gritaban atrapados entre las llamas. Se mantuvo tendida, con los ojos cerrados, paralizada por el terror, hasta que el sonido del tren se desvaneció en el aire.

Alzó la cabeza y miró a su alrededor. La estación estaba desierta y cubierta de una nube de vapor que ascendía lentamente y prendía en el color rojo intenso de las últimas luces del día. Frente a ella, a dos palmos escasos, se extendía un charco de una sustancia oscura y viscosa que brillaba a la lumbre del crepúsculo. Por un momento, la muchacha creyó ver sobre su superficie el reflejo del rostro luminoso y triste de una dama envuelta en luz que la llamaba. Alargó una mano hasta ella e impregnó la yema de sus dedos en aquel fluido espeso y cálido. Sangre. Retiró la mano repentinamente y se limpió los dedos sobre su propio vestido, mientras la visión de aquel rostro espectral se desvanecía. Jadeando, se arrastró hasta la pared y se recostó contra ella para recuperar el aliento.

Transcurrido un minuto, Isobel se incorporó y examinó la estación. Las luces del atardecer se estaban extinguiendo y pronto se abatiría la noche cerrada. En aquel preciso instante sólo había un pensamiento claro en su mente: no quería esperar aquel momento en el interior de Jheeter’s Gate. Empezó a caminar nerviosamente hacia el pórtico de salida y sólo entonces descubrió una silueta fantasmal que avanzaba hacia ella entre la neblina que cubría los andenes de la estación. La figura alzó una mano e Isobel vio que sus dedos se prendían en llamas, iluminando su paso. En aquel momento comprendió que no iba a salir de allí tan fácilmente como había entrado.

* * *

A través del tejado caído del Palacio de la Medianoche podía contemplarse el cielo nocturno sembrado de estrellas, un mar infinito de pequeñas velas blancas. El anochecer se había llevado consigo parte del calor abrasador que

había castigado la ciudad desde el amanecer, pero la brisa que acariciaba tímidamente las calles de la *ciudad negra* era apenas un suspiro tibio e impregnado de la humedad nocturna que exhalaba el río Hooghly.

Mientras esperaban la llegada de los restantes miembros de la Chowbar Society, Ian, Ben y Sheere aniquilaban los minutos lánguidamente, entre las ruinas del viejo caserón, cada cual perdido en sus propios pensamientos.

Ben había optado por auparse a su retiro predilecto, una viga desnuda que cruzaba horizontalmente el frontón delantero de la estructura del Palacio. Sentado en el centro exacto de su recorrido, con las piernas colgando, Ben acostumbraba a subir hasta su atalaya solitaria a contemplar las luces de la ciudad y las siluetas de los palacios y los cementerios que flanqueaban el sinuoso recorrido del Hooghly a través de Calcuta. Solía pasar horas allí arriba, sin hablar o molestarse en volver la vista a tierra firme apenas por un segundo. Los miembros de la Chowbar Society respetaban este hábito, uno más en la peregrina colección de rarezas con que Ben aderezaba su conducta, y habían aprendido a convivir con las prolongadas melancolías que venían asociadas inequívocamente a su descenso de los cielos.

Ian observó de refilón a su amigo desde el patio del Palacio y decidió permitirle disfrutar de uno de sus últimos retiros espirituales; mientras, él regresó a la tarea con la que había estado ocupando su tiempo y el de Sheere durante la última hora: tratar de explicarle a la muchacha los rudimentos del ajedrez haciendo uso de un tablero del que la Chowbar Society disponía en su sede central. Las piezas estaban reservadas a los campeonatos anuales que se celebraban en diciembre, los cuales, invariablemente, ganaba Isobel, haciendo gala de una superioridad rayana en lo insultante.

—Hay dos teorías respecto a la estrategia del ajedrez —explicó Ian—. En realidad hay miles, pero sólo hay un par que realmente cuenten. La primera dice que la clave del juego está en la segunda hilera de piezas: rey, caballo, torre, reina, etc. Según esta teoría, los peones no son más que piezas que se han de sacrificar mientras se desarrolla la táctica. La segunda teoría, en cambio, defiende que los peones pueden y deben ser las más letales piezas de ataque, y que una estrategia inteligente debe emplearlos como tales si quiere salir victoriosa. A mí, la verdad, no me funciona ninguna de las dos teorías, pero Isobel es una ardiente defensora de la segunda.

La mención a su compañera trajo de nuevo a su pensamiento la inquietud respecto a su paradero. Sheere advirtió su expresión perdida y le rescató con una nueva cuestión respecto al juego.

—¿Cuál es la diferencia entre táctica y estrategia? —preguntó—. ¿Es una cuestión puramente técnica?

Ian calibró la pregunta de Sheere y sospechó que no tenía respuesta.

—Es una diferencia literaria, no real —afirmó la voz de Ben desde las alturas—. La táctica es el conjunto de pequeños pasos que das para llegar a algún sitio. La estrategia son los pasos que das cuando ya no hay ningún lugar al que ir.

Sheere alzó la vista y sonrió a Ben.

—¿Juegas al ajedrez, Ben? —preguntó Sheere.

Ben no respondió.

—Ben deplora el ajedrez —explicó Ian—. Según él, es la segunda forma más inútil de desperdiciar la inteligencia humana.

—¿Y cuál es la primera? —preguntó Sheere, divertida.

—La filosofía —respondió Ben desde su atalaya.

—Ben *dixit* —sentenció Ian—. ¿Por qué no bajas ya? Los demás deben de estar al llegar.

—Esperaré —dijo él, regresando a su lugar entre las nubes.

Ben no descendió hasta media hora más tarde, cuando Ian estaba enfrascado en la explicación del salto del caballo y Roshan y Siraj aparecieron por el umbral del patio del Palacio de la Medianoche. Poco después, Seth y Michael hicieron lo propio y todos se reunieron en círculo a la lumbre de una pequeña hoguera que improvisó Ian con los últimos restos de leña seca que guardaban en una nave cubierta y protegida de las lluvias en la parte trasera del Palacio. Los rostros de los siete muchachos adquirieron un tinte cobrizo al fuego mientras Ben pasaba una botella con agua que, si no estaba fresca, al menos no era portadora de fiebres letales.

—¿No esperamos a Isobel? —preguntó Siraj, visiblemente inquieto por la ausencia del objeto de su encandilamiento unidireccional.

—Tal vez no venga —dijo Ian.

Todos le miraron al unísono, perplejos. Ian explicó sucintamente su conversación con Isobel aquella misma tarde y comprobó que los rostros de sus amigos se iban ensombreciendo. Cuando hubo finalizado, les recordó que la chica había indicado que, con o sin su presencia, debían poner en común sus averiguaciones y pasó a ofrecer el primer turno a quien deseara hacer uso de él.

—Está bien —dijo Siraj, nervioso—. Os contaré lo que nosotros hemos averiguado y un segundo después saldré a buscar a Isobel. Sólo a esa cabezota

se le podría ocurrir salir de excursión esta noche, sola y sin decir adónde iba. ¿Cómo has podido dejarla, Ian?

Roshan salió en ayuda de Ian y colocó su mano sobre el hombro de Siraj.

—No se discute con Isobel —recordó Roshan—. Se escucha. Cuenta lo del jeroglífico y luego nos vamos los dos a por ella.

—¿Jeroglífico? —preguntó Sheere.

Roshan asintió.

—Hemos encontrado la casa, Sheere —explicó Siraj—. Mejor dicho, sabemos dónde está.

El rostro de Sheere se iluminó súbitamente y su corazón empezó a latir con fuerza. Los muchachos se acercaron al fuego y Siraj extrajo una hoja de papel en la que aparecían copiados unos versos en la inconfundible caligrafía del endeble muchacho.

—¿Y eso? —preguntó Seth.

—Un poema —repuso Siraj.

—Léelo —indicó Roshan.

La ciudad que amo es oscura y profunda
casa de miserias, hogar de espíritus malditos
a quien nadie abre sus puertas ni su corazón.
La ciudad que amo vive en el crepúsculo,
sombra de maldad y glorias olvidadas,
de fortunas vendidas y almas en penuria.
La ciudad que amo no ama a nadie ni conoce reposo,
torre izada al infierno incierto de nuestro destino,
del embrujo de una condenación escrita en sangre,
gran baile de engaños e infamias,
bazar de mi tristeza…

Los siete muchachos guardaron silencio tras la lectura del poema y por un segundo sólo el sonido del fuego y la voz lejana de la ciudad silbaron en el viento.

—Conozco esos versos —murmuró Sheere—. Pertenecen a uno de los libros de mi padre. Vienen al final de mi cuento favorito, la historia de las lágrimas de Shiva.

—Exacto —corroboró Siraj—. Hemos pasado la tarde entera en el Instituto Bengalí de Industria. Es un edificio increíble, casi en ruinas, que apila pisos y pisos de archivos y salas enterradas en polvo y basura. Había

ratas, y estoy seguro de que si fuésemos de noche podríamos averiguar que algo se esconde…

—Ciñámonos a lo esencial, Siraj —cortó Ben—. Por favor.

—De acuerdo —convino Siraj dejando para otro momento su entusiasmo por el misterioso lugar—. En esencia, tras horas de investigación (que no voy a contar, visto el clima), hemos dado con un legajo de documentos que perteneció a tu padre y que estaba bajo la custodia del Instituto desde 1916, fecha del accidente de Jheeter's Gate. Entre ellos había un libro autografiado por él y, aunque no nos han permitido llevárnoslo, sí hemos podido examinarlo. Y hemos tenido suerte.

—No veo en qué —objetó Ben.

—Tú deberías ser quien antes lo viese. Junto al poema, alguien, supongo que el padre de Sheere, dibujó a pluma una casa —replicó Siraj con una sonrisa misteriosa mientras le tendía el papel con el poema.

Ben examinó los versos y se encogió de hombros.

—No veo más que palabras —dijo finalmente.

—Estás perdiendo facultades, Ben. Lástima que Isobel no esté aquí para verlo —bromeó Siraj—. Lee de nuevo. Con atención.

Ben siguió las instrucciones y frunció el ceño.

—Me rindo. Estos versos no tienen cuadratura o estructura aparente. Es sólo prosa cortada a capricho.

—Exacto —corroboró Siraj—. ¿Y cuál es la norma de ese capricho? Dicho de otro modo, ¿por qué corta los versos en el punto en que lo hace si podría elegir cualquier otro?

—¿Para separar palabras? —aventuró Sheere.

—O para unirlas… —murmuró Ben para sí.

—Toma la primera palabra de cada verso y construye una frase —indicó Roshan.

Ben observó de nuevo el poema y miró a sus compañeros.

—Lee sólo la primera palabra —indicó Siraj.

—«La casa a la sombra de la torre del gran bazar» —leyó Ben.

—Existen por lo menos seis bazares sólo en el norte de Calcuta —señaló Ian.

—¿Cuántos de ellos tienen una torre capaz de proyectar una sombra que llegue hasta las casas edificadas alrededor? —preguntó Siraj.

—No lo sé —respondió Ian.

—Yo sí —repuso Siraj—. Dos: el Syambazaar y el Machuabazaar, al norte de la *ciudad negra*.

—Aun así —dijo Ben—, la sombra que una torre puede dibujar durante un día se esparciría a lo largo de un abanico de un mínimo de 180 grados, cambiando a cada minuto. Esa casa podría estar en cualquier lugar del norte de Calcuta, que es lo mismo que decir en cualquier lugar de la India.

—Un momento —interrumpió Sheere—. El poema habla del crepúsculo. Dice textualmente «la ciudad que amo vive en el crepúsculo».

—¿Habéis comprobado eso? —preguntó Ben.

—Por supuesto —respondió Roshan—. Siraj fue al Syambazaar y yo al Machuabazaar, unos minutos antes de que se pusiera el sol.

—¿Y bien? —apremiaron todos.

—La sombra de la torre del Machuabazaar se pierde en un antiguo almacén abandonado —explicó Siraj.

—¿Roshan? —preguntó Ian.

El muchacho sonrió, tomó un palo a medio quemar de la hoguera y trazó la silueta de una torre sobre los restos de ceniza.

—Como la aguja de un reloj, la sombra de la torre del Syambazaar acaba a las puertas de una amplia verja metálica tras la que hay un espeso patio de palmeras y maleza. Sobre las copas de las palmeras pude entrever la atalaya de una casa.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Sheere.

Ben, sin embargo, no dejó de advertir la expresión inquieta que parecía haberse apoderado del rostro de Roshan.

—¿Cuál es el problema, Roshan? —preguntó Ben.

Roshan negó lentamente con la cabeza y se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Había algo en esa casa que no me gustó.

—¿Viste algo? —preguntó Seth.

Roshan negó. Ian y Ben se miraron a un tiempo, sin pronunciar palabra.

—¿Se le ha ocurrido a alguien pensar que todo esto podría no ser más que una trampa? —preguntó Roshan.

Ian y Ben intercambiaron de nuevo una mirada tácita y asintieron. Ambos estaban pensando lo mismo.

—Nos arriesgaremos —dijo Ben, vistiendo su voz con todo el convencimiento que fue capaz de fingir.

* * *

Aryami Bosé encendió de nuevo el fósforo y lo aproximó al extremo de la vela blanca que yacía frente a ella. La luz parpadeante de la llama tiñó de

contornos inciertos la oscura sala mientras sus manos temblorosas la acercaban al cirio. La vela prendió lentamente y un aura de claridad se esparció en torno a ella. La anciana sopló sobre el fósforo y la pequeña vara de madera se extinguió desprendiendo un espectro de humo azulado que ascendió lentamente hacia la penumbra. El suave roce de una corriente de aire le acarició los cabellos de la nuca y Aryami se volvió. Una bocanada de aire, fría e impregnada de un hedor ácido y penetrante, agitó su manto y extinguió la llama de la vela. La oscuridad la envolvió de nuevo y la anciana oyó dos golpes secos en la puerta de la casa. Aryami apretó los puños y observó que los contornos del umbral filtraban una tenue claridad rojiza. La llamada se repitió, esta vez con más fuerza. La anciana sintió cómo una película de sudor frío afloraba a los poros de su frente.

—¿Sheere? —llamó débilmente.

El sonido de su voz se extravió en un eco mortecino en la oscuridad de la casa. No hubo respuesta y, segundos después, los dos golpes se repitieron una vez más.

Aryami tanteó a ciegas la repisa sobre el hogar en el que los restos moribundos de algunas brasas desprendían la única claridad que le servía de guía. Derribó varios objetos hasta que sus dedos palparon la larga funda metálica del puñal que guardaba allí. Extrajo el arma y observó el brillo dorado de la hoja serpenteante a la lumbre de las brasas. Una cuchilla de luz asomó bajo la puerta de la casa. Aryami inspiró profundamente y se dirigió poco a poco hacia allí. Se detuvo frente a la puerta y oyó el sonido del viento entre las hojas de la maleza del patio en el exterior.

—¿Sheere? —susurró de nuevo, sin obtener respuesta.

Aferró con fuerza el mango del puñal y, suavemente, posó su mano izquierda sobre el pomo de la puerta y lo hizo girar hacia abajo. Los quejidos herrumbrosos del mecanismo de la cerradura despertaron después de años de letargo. La puerta se abrió lentamente y la claridad azulada del cielo nocturno dibujó un abanico de luz en el interior de la casa. No había nadie allí afuera. La maleza se agitaba en un mar de cientos de pequeñas hojas secas, emitiendo un murmullo hipnótico. Aryami se asomó lentamente a mirar a uno y otro lado de la puerta, pero el patio estaba desierto. Fue entonces cuando sus piernas toparon con algo y la anciana bajó su mirada, para descubrir un pequeño cesto a sus pies. Examinó el cesto, cubierto con un velo opaco que, sin embargo, permitía observar la claridad que emanaba de su interior. Aryami se arrodilló junto a él y apartó suavemente el velo que lo cubría.

En su interior encontró dos pequeñas figuras de cera que representaban los cuerpos desnudos de dos bebés. De sus cabezas emergía la punta de un filamento de tela encendido y ambas efigies se fundían al igual que velas en un templo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aryami empujó el cesto y lo dejó caer por los escalones de piedra quebrada. Se incorporó, y se disponía a entrar de nuevo en la casa cuando advirtió que, desde el largo corredor que conducía al otro extremo de su morada, pisadas invisibles en llamas se acercaban a ella. La anciana sintió que el puñal se le escapaba de entre los dedos y cerró la puerta con fuerza.

Descendió los escalones atropelladamente, sin atreverse a dar la espalda a la puerta, y tropezó con el cesto que segundos antes había lanzado. Abatida en el suelo, Aryami contempló boquiabierta que una lengua de llamas emergía bajo el umbral de la puerta y la madera envejecida prendía como un pergamino. La anciana se arrastró unos metros hasta la maleza y se incorporó trabajosamente, mientras observaba impotente que las llamas iban asomando por las ventanas de la casa y envolvían la estructura en un lazo letal.

Aryami corrió hacia la calle y no se detuvo a mirar atrás hasta que se encontró a un centenar de metros de la que había sido su casa. Una pira de llamas se alzaba, escupiendo al cielo brasas y cenizas candentes con furia. Lentamente, las gentes del barrio se asomaron a sus ventanas y salieron a las calles, alarmados, para contemplar la magnitud del incendio que en apenas unos segundos había cobrado vida. Aryami oyó el estruendo de la techumbre al colapsarse y caer, pasto del fuego. Los rostros del gentío congregado se iluminaron con la fuerza de un relámpago escarlata mientras se miraban atónitos unos a otros, sin comprender qué había sucedido.

Aryami Bosé derramó lágrimas de amargura por el que había sido su hogar de juventud, el hogar donde había dado a luz a su hija y, perdiéndose en la confusión de las calles de Calcuta, le dijo adiós para siempre.

* * *

Determinar la localización exacta de la casa no resultó complicado siguiendo las instrucciones que ofrecía el criptograma que Siraj había descifrado. Según tales indicaciones, convenientemente cotejadas con la observación de campo que Roshan había procedido a efectuar, la casa del ingeniero Chandra Chatterghee estaba situada en una tranquila calle que unía Jatindra Mohan Avenue y Acharya Profullya Road, aproximadamente una milla al norte del Palacio de la Medianoche.

Tan pronto como Siraj hubo comprobado que el fruto de sus investigaciones había sido correctamente asimilado por sus compañeros, manifestó su urgente deseo de no perder un minuto más y salir en busca de Isobel. Los intentos que todos hicieron por tranquilizarle y sugerirle que esperase a la segura vuelta de la muchacha no surtieron efecto alguno y, finalmente, cumpliendo su promesa, Roshan se ofreció a acompañarle. Ambos partieron en la noche tras haber acordado encontrarse de nuevo en la casa del ingeniero Chandra Chatterghee en cuanto tuviesen noticias de Isobel.

—¿Qué habéis podido averiguar vosotros dos? —preguntó Ian dirigiéndose a Seth y Michael.

—Me gustaría poder ofrecer resultados tan espectaculares como Siraj, pero lo cierto es que nos hemos encontrado con un auténtico mar de cabos por atar —respondió Seth, y procedió a explicar su visita a Mr. De Rozio, a quien habían dejado investigando en el museo bajo la promesa de volver al cabo de un par de horas para continuar ayudándole.

—Lo que hemos averiguado hasta ahora no hace más que confirmar la historia que la abuela de Sheere, perdón, vuestra abuela, relató. Al menos en parte —explicó Seth.

—Hay lagunas en la historia del ingeniero que no será fácil cubrir —dijo Michael.

—Exacto —corroboró Seth—. Es más, creo que lo más interesante no es lo que hemos averiguado, sino lo que no hemos podido averiguar.

—Explícate —solicitó Ben.

—Veréis —continuó Seth frotándose las manos frente al fuego—. La historia del ingeniero Chandra empieza a estar documentada con su ingreso en el Instituto Oficial de Industria. Hay documentos que confirman que rechazó varias ofertas del gobierno británico para trabajar al servicio del ejército en la construcción de puentes militares y de una línea de ferrocarril que había de unir Bombay y Delhi para uso exclusivo de la armada.

—Aryami explicó la aversión que sentía hacia los británicos —comentó Ben—. Los culpaba de buena parte de los males que asolaban el país.

—Así es —confirmó Seth—. Pero lo curioso es que, pese a su abierta antipatía, de la que no faltan manifestaciones públicas, Chandra Chatterghee participó en un extraño proyecto del gobierno militar británico entre los años 1914 y 1915, un año antes de morir en la tragedia de Jheeter’s Gate. Se trataba de un asunto oscuro que respondía a un nombre curioso: el *Pájaro de Fuego*.

Sheere enarcó las cejas y se aproximó a Seth con gesto consternado.

—¿Qué era el Pájaro de Fuego? —preguntó.

—Es difícil determinarlo —respondió Seth—. Mr. De Rozio opina que tal vez podría tratarse de un experimento militar. Parte de la correspondencia oficial que aparecía en los documentos del ingeniero venía firmada por un tal coronel Sir Arthur Llewelyn que, según De Rozio, ostentó el dudoso honor de ser el jefe de las fuerzas responsables de reprimir las movilizaciones pacíficas en demanda de independencia en el período de 1905 a 1915.

—¿Ostentó? —intervino Ben.

—Eso es lo más curioso —aclaró Seth—. Sir Arthur Llewelyn, carnicero oficial de Su Majestad, pereció en el incendio de Jheeter's Gate. Qué es lo que hacía allí es un misterio.

Los cinco muchachos se miraron entre sí, perdidos en un mar de confusión.

—Tratemos de poner algo de orden —sugirió Ben—. Tenemos por un lado a un brillante ingeniero que rechaza repetidamente generosas ofertas del gobierno británico para trabajar a su servicio en obras públicas, debido a su manifiesto odio hacia el dominio colonial. Hasta ahí todo tiene sentido. Pero de pronto aparece este misterioso coronel y lo involucra en una operación que, a todas luces, debería haberle revuelto las entrañas de asco: un arma secreta, un experimento para reprimir multitudes. Y él acepta. No encaja. A menos…

—A menos que el tal Llewelyn poseyera un poder persuasivo fuera de lo común —completó Ian.

Sheere alzó las manos en señal de protesta.

—Es imposible que mi padre aceptase participar en un proyecto militar de ninguna clase. Ni al servicio de los británicos ni al servicio de los bengalíes. Mi padre detestaba a los militares y los consideraba meros matones a sueldo de gobiernos corruptos. Nunca hubiese prestado su talento a algo dirigido a matar en masa a su propia gente.

Seth la observó en silencio y calibró cuidadosamente sus palabras.

—Sin embargo, Sheere, hay documentos que acreditan que de algún modo participó —dijo Seth.

—Debe de haber otra explicación —replicó Sheere—. Mi padre construía cosas y escribía libros; no era un asesino de inocentes.

—Idealismos aparte, seguro que hay otra explicación —matizó Ben—, y eso es lo que estamos intentando encontrar. Volvamos al tema de los poderes persuasivos de Llewelyn. ¿Qué podría haber hecho él para obligar al ingeniero a colaborar?

—Probablemente su fuerza no estaba en lo que podía hacer —explicó Seth—, sino en lo que podía dejar de hacer.

—No comprendo —dijo Ian.

—Ésta es mi teoría —expuso Seth—. En todo el historial del ingeniero no hemos encontrado una sola mención a Jawahal, su amigo de juventud, excepto en una carta del coronel Llewelyn dirigida al ingeniero Chandra y sellada en noviembre de 1911. En ella nuestro amigo el coronel añade una posdata en la que sucintamente sugiere que, si Chandra declina la invitación a participar en el proyecto, se verá obligado a ofrecerle el puesto a su viejo amigo Jawahal. Lo que yo pienso es lo siguiente: el ingeniero había conseguido ocultar su relación de juventud con Jawahal, ahora encarcelado, y desarrollar su carrera sin que nadie supiese del encubrimiento que él le había ofrecido. Pero supongamos que el tal Llewelyn se hubiera encontrado con Jawahal en la prisión y éste le hubiese revelado la verdadera naturaleza de su relación. Esto le pondría en una excelente situación para chantajearle y obligarle a colaborar.

—¿Cómo sabemos que Llewelyn y Jawahal se conocían? —cuestionó Ian.

—Es solamente una suposición, pero no muy aventurada —sugirió Seth —. Sir Arthur Llewelyn, coronel del ejército británico, decide recabar la ayuda de un brillante ingeniero. Éste se niega. Llewelyn le investiga y descubre un turbio juicio en el pasado que le involucra. Decide ir a visitar a Jawahal y éste le cuenta lo que desea oír. Es sencillo.

—No puedo creerlo —dijo Sheere.

—A veces la verdad es lo más difícil de creer. Recuerda lo que dijo Aryami —comentó Ben—. Pero no nos precipitemos. ¿Sigue De Rozio investigando el tema?

—En este mismo momento, sí —replicó Seth—. La cantidad de papeles es tal que se necesitaría un ejército de ratas de biblioteca para sacar algo en claro.

—Os habéis defendido bastante bien —señaló Ian.

—No esperábamos menos —indicó Ben—. Volved con el bibliotecario y no le perdáis de vista ni un segundo. Hay algo en todo esto que se nos escapa.

—¿Qué vais a hacer vosotros? —preguntó Michael, conociendo la respuesta de antemano.

—Iremos a la casa del ingeniero —repuso Ben—. Tal vez lo que buscamos esté allí.

—Tal vez haya otra cosa… —apuntó Michael.

Ben sonrió.

—Como he dicho, correremos el riesgo.

* * *

Sheere, Ian y Ben llegaron al pie de la verja que custodiaba la casa del ingeniero Chandra Chatterghee poco antes de la medianoche. Mirando hacia el este, la silueta angulosa de la estrecha torre del Syambazaar se recortaba en la esfera de la luna y proyectaba su sombra dibujando una aguja negra y afilada hacia el insondable jardín de palmeras y arbustos salvajes que ocultaba aquella enigmática estructura.

Ben se apoyó sobre las lanzas metálicas que tejían la verja y examinó las puntas afiladas y amenazadoras.

—Habrá que saltar —comentó—. Y no parece fácil.

—No será necesario —dijo Sheere junto a él—. Nuestro padre describió cada milímetro de esta casa en su libro antes de construirla y yo he pasado años memorizando cada rincón de ella. Si lo que escribió es cierto, y no tengo duda alguna al respecto, tras esos arbustos hay una pequeña laguna y, más allá, se alza la casa.

—¿Y qué me dices de estas lanzas? —inquirió Ben—. ¿Hablaba también de ellas? No quisiera acabar la noche con un zurcido.

—Hay otro modo de entrar en esta casa sin necesidad de salvar esta verja —dijo Sheere.

—¿A qué estamos esperando? —preguntaron Ian y Ben al mismo tiempo.

Sheere los condujo a través de un estrecho callejón, apenas una brecha entre la verja de la casa y los muros de un edificio de aspecto arábigo colindante, hasta una abertura circular que parecía servir de desagüe o colector principal de las tuberías de la casa. Un hedor agrio y mordiente exhalaba del interior.

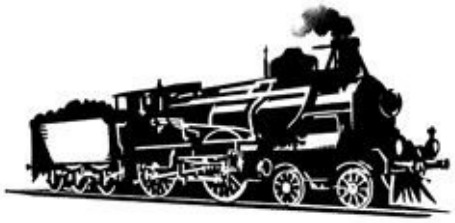
—¿Por ahí? —preguntó Ben, incrédulo.

—¿Qué esperabas? —espetó Sheere—. ¿Alfombras persas?

Ben oteó el interior del túnel de alcantarillado y lo olfateó de nuevo.

—Divino —concluyó dirigiéndose a Sheere—. Tú primero.

4. EL PÁJARO DE FUEGO



La boca del túnel emergía al aire libre bajo la arcada de un pequeño puente de madera, tendido sobre la laguna que se extendía formando un oscuro manto de terciopelo frente a la casa del ingeniero Chandra Chatterghee. Sheere condujo a los dos muchachos a través de una angosta orilla arcillosa que cedía bajo sus pies hasta el extremo del estanque y se detuvo a contemplar el edificio con el que había soñado durante toda su vida. Aquella noche podía verlo con sus propios ojos por primera vez bajo la bóveda de estrellas y nubes en tránsito que dibujaban una fuga al infinito. Ian y Ben se unieron a ella en silencio.

La construcción era un edificio de dos plantas flanqueado por dos torres que se alzaban a cada extremo. Su fisonomía fundía rasgos de varios estilos arquitectónicos, desde los perfiles eduardianos a las extravagancias paladinescas y las siluetas que se dirían prestadas de un castillo perdido en los montes de Baviera. El conjunto, sin embargo, conservaba una serena elegancia que desafiaba la mirada crítica del observador. La casa parecía proyectar un embrujo seductor que, tras la primera impresión de perplejidad, sugería que aquella imposible disparidad de estilos y trazos había sido concebida para que conviviesen en armonía. Oculta en la densa jungla de vegetación salvaje que la camuflaba en el corazón de la *ciudad negra*, la morada del ingeniero ofrecía un sólido aspecto palaciego y se erguía altiva frente a la laguna, como un gran cisne negro contemplando su reflejo en un estanque de obsidiana.

—¿Es así como la describió tu padre? —preguntó Ian.

Sheere asintió, maravillada, y se dirigió hacia el umbral de los escalones que ascendían hasta la puerta de la casa. Ben e Ian la observaron con reservas, preguntándose cómo pensaba entrar en aquella fortaleza. Sheere, por su parte, parecía desenvolverse en aquel enigmático entorno como si hubiera sido su

morada desde la infancia. La naturalidad con que rodeaba obstáculos que aparecían velados por el manto de la noche inspiraba en los dos muchachos una extraña sensación de saberse intrusos, invitados accidentales al encuentro entre Sheere y el sueño que había alimentado en sus años nómadas. Al contemplarla ascender aquellos peldaños, Ben e Ian comprendieron que aquel lugar desierto y envuelto en un halo fantasmal era el único y verdadero hogar que la muchacha había tenido.

—¿Vais a quedaros ahí toda la noche? —dijo Sheere desde lo alto de la escalinata.

—Nos estábamos preguntando por dónde íbamos a entrar —apuntó Ben, e Ian asintió suscribiendo la duda de su amigo.

—Yo tengo la llave —dijo la muchacha.

—¿La llave? —preguntó Ben—. ¿Dónde?

—Aquí —respondió Sheere señalando su cabeza con el dedo índice—. Las cerraduras de esta casa no pueden abrirse con una llave convencional. Existe una clave.

Ben e Ian se aproximaron, intrigados. Al llegar a la puerta, ambos pudieron comprobar que en el centro se encontraba una serie de cuatro ruedas superpuestas sobre un eje, de mayor a menor diámetro a medida que se encontraban más alejadas de la superficie. En el perímetro de las ruedas se podían distinguir diferentes signos labrados sobre el metal, igual que las horas en la esfera de un reloj.

—¿Qué significan esos símbolos? —preguntó Ian tratando de desvelarlos en la penumbra.

Ben extrajo un fósforo de la caja de cerillas que siempre llevaba encima como medida de precaución y lo prendió frente a las ruedas dentadas del mecanismo de cerradura. El metal brilló a los ojos de los tres muchachos.

—¡Alfabetos! —exclamó Ben—. Cada rueda tiene un alfabeto grabado. Griego, latino, arábigo y sánscrito.

—Fabuloso —suspiró Ian—. Esto será pan comido…

—No desesperéis —intervino Sheere—. La clave es sencilla. Basta componer una palabra de cuatro letras con los diferentes alfabetos.

Ben la observó detenidamente.

—¿Cuál es esa palabra?

—Dido —respondió la muchacha.

—¿Dido? —preguntó Ian—. ¿Qué significado tiene?

—Es el nombre de una reina de la mitología fenicia —explicó Ben.

Sheere asintió e Ian sintió celos del brillo que parecía fluir entre las miradas de ambos hermanos.

—Sigo sin entenderlo —objetó Ian—. ¿Qué pintan los fenicios en Calcuta?

—La reina Dido se lanzó a una pira funeraria ardiente para apaciguar la ira de los dioses, en Cartago —explicó Sheere—. Es el poder purificador del fuego… También los egipcios tenían su mito, el ave fénix.

—El mito del pájaro de fuego —añadió Ben.

—¿No es ése el nombre del proyecto militar del que hablaba Seth? —preguntó Ian.

Su amigo asintió.

—Este asunto me está empezando a poner los pelos de punta —afirmó Ian —. ¿No pensaréis en serio entrar ahí dentro? ¿Qué vamos a hacer ahora?

Ben y Sheere intercambiaron una mirada decidida.

—Muy simple —contestó Ben—. Vamos a abrir esta puerta.

* * *

Los párpados del orondo bibliotecario Mr. De Rozio empezaban a tener la consistencia de losas de mármol ante los cientos de documentos que le rodeaban. El océano de palabras y cifras que había rescatado de los archivos del ingeniero Chandra Chatterghee había emprendido una sinuosa danza caprichosa que parecía susurrarle una irresistible canción de cuna.

—Chicos, creo que habría que dejarlo hasta mañana por la mañana —empezó Mr. De Rozio.

Seth, que había estado temiendo ese anuncio durante largo rato, afloró en el acto de entre el maremágnum de carpetas y exhibió una sonrisa sacramental.

—¿Dejarlo ahora, Mr. De Rozio? —objetó amablemente—. ¡Imposible! No podemos abandonar ahora.

—Es sólo cuestión de segundos que me desplome sobre la mesa, hijo —replicó De Rozio—. Y Shiva, en su infinita bondad, me ha otorgado un peso que, en la última comprobación efectuada el pasado mes de febrero, oscilaba entre las 250 y 260 libras. ¿Sabes lo que es eso?

Seth sonrió jovialmente.

—Unos 120 kilogramos —calculó.

—Exacto —confirmó De Rozio—. ¿Has intentado mover alguna vez a un adulto de 120 kilos, hijo?

Seth meditó la cuestión.

—No tengo constancia de ello en este momento, sin embargo…

—¡Un momento! —exclamó Michael desde algún punto invisible de la sala atestada de carpesanos, cajas y pilas de papel amarillento—. ¡He encontrado algo!

—Espero que sea una almohada —protestó De Rozio, incorporando su imponente masa con fastidio.

Michael apareció tras una columna de estanterías polvorientas portando una caja repleta de pliegos de papel y sellos timbrados que el tiempo había descolorido sin piedad. Seth alzó las cejas y rogó por que el hallazgo valiese la pena.

—Creo que es el sumario de un juicio por una serie de asesinatos —dijo Michael—. Estaba bajo un pliego de citaciones a nombre del ingeniero Chandra Chatterghee.

—¿El juicio a Jawahal? —saltó Seth, visiblemente excitado.

—Déjame ver —ordenó De Rozio.

Michael depositó la caja sobre el escritorio del bibliotecario. Una nube de polvo amarillento inundó el cono de luz dorada que proyectaba la lamparilla eléctrica. Los gruesos dedos del bibliotecario repasaron cuidadosamente los documentos, mientras sus ojos diminutos escrutaban su contenido. Seth observó el rostro del bibliotecario con el corazón encogido a la espera de alguna palabra o signo clarificador. De Rozio se detuvo en una hoja que parecía llevar diversos sellos y la acercó a la luz.

—Vaya, vaya —murmuró para sí.

—¿Qué es, señor? —suplicó Seth—. ¿Qué ha encontrado?

De Rozio alzó la mirada y blandió una amplia sonrisa felina.

—Tengo en mis manos un documento firmado por el coronel Sir Arthur Llewelyn. En él, alegando razones de estado mayor y secreto militar, ordena sobreseer el procedimiento judicial N.º 089861/A de la sala cuarta del Tribunal Mayor de Justicia de la ciudad de Calcuta, en el que se inculpa al ciudadano Lahawaj Chandra Chatterghee, ingeniero, de presunta implicación, encubrimiento y/o ocultamiento de pruebas en una investigación de asesinato, y trasladarlo a la corte suprema de justicia militar del ejército de Su Majestad, quedando anuladas todas las resoluciones previas, así como las pruebas aportadas por la defensa y el ministerio fiscal en la vista. Fecha: 14 de septiembre de 1911.

Michael y Seth contemplaron atónitos a Mr. De Rozio, sin acertar a pronunciar palabra.

—Bien, hijos —concluyó el bibliotecario—. ¿Quién de vosotros sabe hacer café? Ésta puede ser una noche muy larga…

* * *

La cerradura de las cuatro ruedas de alfabetos emitió un crujido casi inaudible y, tras unos segundos, la masa férrea de la puerta se abrió lentamente en dos láminas, dejando escapar con una exhalación el aire que había permanecido atrapado en el interior de la casa durante años. Ian palideció en la sombra.

—Se ha abierto —susurró tembloroso.

—Siempre el gran observador —comentó Ben.

—No es momento para bromas —replicó Ian—. No sabemos lo que hay ahí dentro.

Ben extrajo su caja de fósforos y la agitó en el aire, haciéndolos sonar.

—Eso es sólo una cuestión de tiempo —afirmó—. ¿Quieres ser el primero en entrar?

Ian le ofreció una sonrisa recalcitrante.

—Te cedo los honores —replicó.

—Yo iré primero —dijo Sheere, adentrándose en la casa sin esperar la respuesta de los dos amigos.

Ben se apresuró a prender otro fósforo y seguir sus pasos. Ian echó un último vistazo al cielo nocturno, como si temiese que aquélla fuese su última oportunidad para contemplarlo, y tras inspirar profundamente, se sumergió en el interior de la casa del ingeniero. Un instante después, la puerta se cerró a sus espaldas con la misma suavidad y precisión con que les había franqueado el paso.

Los tres muchachos se detuvieron el uno junto al otro y Ben alzó la cerilla en alto. Ante sus ojos se desplegó un impresionante espectáculo que excedía las ensoñaciones que ninguno de ellos había albergado respecto a aquel lugar.

Se encontraban en una sala sostenida por gruesas columnas bizantinas y coronada por una bóveda cóncava cubierta por un fresco monumental. En él se podían apreciar cientos de figuras de la mitología hindú formando una interminable crónica en imágenes que constituían círculos concéntricos alrededor de una figura central esculpida en relieve sobre la pintura: la diosa Kali.

Las paredes de la sala estaban formadas por estantes atestados de libros que dibujaban dos semicírculos de más de tres metros de altura. El suelo estaba cubierto por un mosaico de brillantes esmaltes negros y puntas de

cristal de roca, lo que conseguía crear la ilusión de un firmamento de constelaciones y estrellas. Ian observó detenidamente el trazado a sus pies y reconoció la configuración de las varias figuras celestes de las que Bankim les había hablado en el St. Patrick's.

—Seth tendría que ver esto… —susurró Ben.

En el extremo de la sala, más allá de aquella alfombra de estrellas que representaba el universo conocido, una escalera de caracol ascendía en espiral al segundo piso de la casa.

Antes de que pudiera advertirlo, la llama del fósforo le quemó los dedos a Ben y los tres muchachos quedaron de nuevo en la oscuridad absoluta. Los caminos de constelaciones a sus pies, sin embargo, seguían brillando como el firmamento nocturno.

—Es increíble —murmuró Ian para sí.

—Espera a ver el piso de arriba —replicó la voz de Sheere a unos metros de él.

Ben encendió una nueva cerilla y los dos amigos comprobaron que la muchacha ya los esperaba junto a la escalera en espiral. Sin mediar palabra, Ben e Ian la siguieron.

La escalera de caracol se izaba en el centro de un conducto que parecía formar una linterna similar a las que habían estudiado en grabados de ciertos castillos franceses construidos a orillas del río Loira. Alzando la vista, los muchachos podían experimentar la sensación de encontrarse en el interior de un gran calidoscopio, coronado por un rosetón catedralicio de cristales multicolores que transformaba la luz de la luna y la descomponía en cientos de haces azules, escarlatas, amarillos, verdes y ámbar.

Al llegar al primer piso, comprobaron que las agujas de luz que emergían de la corona de la linterna proyectaban dibujos y figuras cambiantes, que recorrían lentamente las paredes de la sala como imágenes de un primitivo cinematógrafo espectral.

—Mirad eso —dijo Ben señalando una gran superficie que se extendía a una altura de un metro sobre el suelo y ocupaba un rectángulo de casi cuarenta metros cuadrados.

Los tres se acercaron hasta ella y descubrieron lo que parecía ser una inmensa maqueta de Calcuta, reproducida con un grado de detalle y realismo que, al contemplarla de cerca, producía la ilusión de estar sobrevolando la verdadera ciudad. Pudieron reconocer el trazado del Hooghly, el Maidán, Fort William, la *ciudad blanca*, el templo de Kali al sur de Calcuta, la *ciudad negra*, e incluso los bazares. Sheere, Ian y Ben contemplaron maravillados

aquella extraordinaria miniatura durante un largo espacio de tiempo, cautivados por la belleza y el encantamiento que producía su observación.

—Ahí está la casa —señaló Ben.

Todos se unieron a él y comprobaron que en el corazón de la *ciudad negra* se alzaba una fiel reproducción de la casa en la que se encontraban. Las luces multicolores de la linterna barrían las calles de aquella miniatura como haces caídos del cielo a cuyo paso se revelaban los secretos ocultos de Calcuta.

—¿Qué es lo que hay detrás de la casa? —preguntó Sheere.

—Parece una vía de tren —apuntó Ian.

—Lo es —confirmó Ben, siguiendo su trazado hasta que su mirada descubrió la silueta angulosa y majestuosa de Jheeter's Gate, tras un puente de metal que cruzaba el Hooghly.

—Esa vía lleva hasta la estación del incendio —dijo Ben—. Es una vía muerta.

—Hay un tren parado en el puente —observó Sheere.

Ben rodeó la maqueta para aproximarse hasta la reproducción del ferrocarril y lo examinó detenidamente. Un incómodo cosquilleo le recorrió la espalda. Reconocía aquel tren. Lo había visto la noche anterior, aunque él lo había tomado por una pesadilla. Sheere se acercó a él en silencio y Ben advirtió que había lágrimas en sus ojos.

—Ésta es la casa de nuestro padre, Ben —murmuró Sheere—. La construyó para nosotros, para que fuera nuestra.

Ben rodeó a Sheere con los brazos y la apretó contra sí. Ian le observaba desde el otro extremo de la sala y desvió la mirada. Ben acarició el rostro de Sheere y la besó en la frente.

—De ahora en adelante —dijo—, siempre será nuestra casa.

En ese momento el pequeño tren detenido sobre el puente encendió sus luces y, lentamente, sus ruedas empezaron a girar sobre los raíles.

* * *

Mientras Mr. De Rozio consagraba en silencio sepulcral todos sus poderes de análisis y su astucia de zorro documentalista a los informes del juicio que el coronel Llewelyn había puesto tanto empeño en sepultar, Seth y Michael hacían lo propio con una extraña carpeta que contenía planos y numerosas anotaciones a mano del propio Chandra. Seth la había encontrado en el fondo de una de las cajas que contenían los efectos del ingeniero. Tras su

desaparición, en vista de que ningún familiar o institución los había reclamado, y atendiendo a la relevancia pública del personaje, habían ido a perderse en el limbo de los archivos del museo, cuya biblioteca estaba compartida en consorcio con diversas instituciones científicas y académicas de Calcuta, entre ellas, el Instituto de Ingeniería Superior, del que Chandra Chatterghee había sido uno de los más ilustres y controvertidos miembros. La carpeta estaba encuadernada con sencillez y respondía a una única leyenda caligrafiada en tinta azul sobre la portada: *El Pájaro de Fuego*.

Seth y Michael habían obviado el hallazgo para no distraer al orondo bibliotecario de la tarea que acaparaba sus talentos y para la cual su pericia de viejo diablo archivador era insustituible. Con tal espíritu, se habían retirado al otro extremo de la sala y se habían entregado al análisis de los documentos en silencio.

—Estos dibujos son formidables —susurró Michael, admirando el trazo del ingeniero en diversos grabados que mostraban objetos mecánicos cuya función concreta le resultaba arcana e insondable.

—Estemos por lo que tenemos que estar —reprendió Seth—. ¿Qué dice del Pájaro de Fuego?

—Las ciencias no son mi fuerte —empezó Michael—, pero que me maten si todo esto no es el despiece de una gran maquinaria incendiaria.

Seth observó los planos sin comprender un ápice de lo que significaban. Michael se anticipó a sus cuestiones.

—Esto es un tanque de aceite o algún tipo de combustible —señaló Michael sobre los planos—. A él está unido este mecanismo de succión. No es más que una bomba de alimentación, como la de un pozo. La bomba suministra el combustible para mantener este círculo de llamas. Una especie de piloto de fuego.

—Pero esas llamas no deben de medir más que unos centímetros —objetó Seth—. No veo el poder incendiario por ningún sitio.

—Observa esta conducción.

Seth vio a lo que se refería su amigo: una especie de tubería similar al cañón de un fusil.

—Las llamas afloran en el perímetro de la boca del cañón.

—¿Y?

—Mira este otro extremo —dijo Michael—. Es un tanque, un tanque de oxígeno.

—Química elemental —murmuró Seth, atando cabos.

—Imagínate lo que sucedería si ese oxígeno saliese escupido a presión por el conducto y atravesara el círculo de llamas —sugirió Michael.

—Un cañón de fuego —corroboró Seth.

Michael cerró la carpeta y miró a su amigo.

—¿Qué clase de secreto tenía que ocultar Chandra para diseñar un juguete así para un carnicero como Llewelyn? Es como regalarle un cargamento de pólvora al emperador Nerón…

—Eso es lo que tenemos que averiguar —dijo Seth—. Y pronto.

* * *

Sheere, Ben e Ian siguieron en silencio el recorrido del tren a través de la maqueta, hasta que la pequeña locomotora se detuvo justo tras la miniatura que reproducía la casa del ingeniero. Las luces se extinguieron lentamente y los tres amigos permanecieron inmóviles y expectantes.

—¿Cómo demonios se mueve este tren? —preguntó Ben—. Tiene que sacar la energía de algún sitio. ¿Existe algún generador de electricidad en esta casa, Sheere?

—No, que yo sepa —repuso su hermana.

—Tiene que haberlo —afirmó Ian—. Busquémoslo.

Ben negó con la cabeza.

—No es eso lo que me preocupa —dijo—. Suponiendo que lo haya, no conozco ningún generador que se conecte solo. Y menos aún después de años de inactividad.

—Tal vez esta maqueta funcione con otro tipo de mecanismo —sugirió Sheere sin demasiada convicción.

—Tal vez haya alguien más en la casa —repuso Ben.

Ian maldijo su suerte mentalmente.

—Lo sabía… —murmuró, abatido.

—¡Espera! —exclamó Ben.

Ian miró a su amigo y vio que señalaba de nuevo hacia la maqueta. El tren había reemprendido el movimiento y rehacía su camino en dirección inversa.

—Está volviendo a la estación —observó Sheere.

Ben se acercó lentamente hasta el extremo de la maqueta y se detuvo junto al tramo de vía que el tren empezaba a enfilar.

—¿Qué te propones? —preguntó Ian.

Su amigo no respondió y extendió su brazo progresivamente hacia la vía, mientras la locomotora se aproximaba por momentos. Cuando el tren cruzó

frente a él, asió la locomotora y la alzó en el aire, desenganchándola de los vagones. El resto del convoy fue perdiendo velocidad paulatinamente hasta detenerse en la vía. Ben se acercó a la luz de la linterna y examinó la pequeña locomotora. Sus diminutas ruedas giraban cada vez más lentamente.

—Alguien tiene un sentido del humor bastante extraño —comentó Ben.

—¿Por qué? —inquirió Sheere.

—Hay tres figuras de plomo dentro de la locomotora —dijo Ben—, y se parecen a nosotros más allá de posibles coincidencias.

Sheere se aproximó a Ben y tomó la pequeña locomotora entre sus manos. Las danzantes líneas de luz dibujaron un arco iris sobre su rostro y sus labios formaron una sonrisa serena y resignada.

—Sabe que estamos aquí —dijo la muchacha—. No tiene sentido que sigamos ocultándonos.

—¿Quién lo sabe? —preguntó Ian.

—Jawahal —respondió Ben—. Está esperando. Lo que no sé es qué espera.

* * *

Siraj y Roshan se detuvieron frente a la silueta espectral del puente de metal que se perdía en la niebla que cubría el río Hooghly y se dejaron caer contra un muro, agotados después de recorrer la ciudad en vano tras el rastro de Isobel. Las cúspides de las torres de Jheeter’s Gate asomaban entre la niebla dibujando la cresta de un dragón dormido en una nube de su propio aliento.

—Falta muy poco para el amanecer —dijo Roshan—. Deberíamos volver. Tal vez Isobel esté esperándonos desde hace horas.

—No lo creo —repuso Siraj.

La carrera nocturna se dejaba sentir en la voz del muchacho, pero por primera vez en años, Roshan no le había oído quejarse ni una sola vez de su asma.

—Hemos buscado en todas partes —replicó Roshan—. No podemos hacer más. Al menos vayamos a buscar más ayuda.

—Nos queda un sitio por visitar…

Roshan contempló la siniestra estructura de Jheeter’s Gate entre la niebla y suspiró.

—Isobel no se metería ahí ni loca —dijo—. Y yo tampoco.

—Iré solo entonces —respondió Siraj, incorporándose de nuevo.

Roshan le oyó jadear y cerró los ojos, abatido.

—Siéntate —le ordenó, adivinando los pasos de Siraj alejándose hacia el puente.

Cuando abrió los ojos, la escuálida silueta de Siraj se sumergía en la niebla.

—Maldita sea —murmuró para sí, y se levantó para seguir a su amigo.

Siraj se detuvo al final del puente y contempló el pórtico de Jheeter's Gate que se alzaba frente a él. Roshan se acercó hasta su compañero y ambos examinaron el lugar. Una corriente de aire frío emergía de los túneles de la estación y el hedor a madera quemada y suciedad se hacía cada vez más perceptible. Los dos muchachos trataron de dilucidar algo en el pozo de negrura que se abría tras el umbral de la gran bóveda de la estación. El eco lejano de una llovizna repiqueteaba sobre los carteles caídos.

—Esto parece la boca del infierno —dijo Roshan—. Larguémonos, ahora que podemos.

—Es todo mental —dijo Siraj—. Piensa que no es más que una estación abandonada. No hay nadie aquí dentro. Sólo nosotros.

—Si no hay nadie, ¿por qué tenemos que entrar en ella? —protestó Roshan.

—No tienes por qué entrar si no quieres —repuso Siraj sin ningún asomo de reproche.

—Ya —atajó Roshan—. ¿Y tú entrarás solo, no? Olvídalo. Andando.

Los dos miembros de la Chowbar Society se adentraron en la estación siguiendo el rastro de los raíles que cruzaban el puente y dibujaban la ruta del andén central. La oscuridad en el interior de la bóveda era mucho más densa que en el exterior y apenas podían distinguirse los contornos de los objetos entre manchas de claridad grisácea y acuosa. Roshan y Siraj caminaron lentamente, separados apenas por un metro de distancia, mientras el eco de sus pasos formaba una letanía recurrente entre el susurro de las corrientes de aire, que parecían rugir en algún lugar del interior de los túneles con la voz de un mar lejano y enfurecido.

—Es mejor que subamos al andén —apuntó Roshan.

—Hace años que no pasan trenes por aquí. ¿Qué más da?

—A mí me importa, ¿de acuerdo? —replicó Roshan, que no podía apartar de su mente la imagen de un tren penetrando en la vía desde la boca del túnel y arrollándolos bajo sus ruedas.

Siraj murmuró algo ininteligible pero revestido de un tono de aceptación, y se disponía a trepar hasta el andén cuando algo emergió desde los túneles, flotando en el aire y dirigiéndose hacia los dos muchachos.

—¿Qué es eso? —murmuró Roshan, alarmado.

—Parece un trozo de papel —acertó a decir Siraj—. El viento arrastra la basura, eso es todo.

La lámina blanca rodó sobre el suelo hasta sus pies y se detuvo junto a Roshan. El muchacho se arrodilló y la tomó en sus manos. Siraj vio cómo se descomponía el rostro de su amigo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, sintiendo que el temor de Roshan empezaba a resultar contagioso.

Su amigo le tendió la lámina en silencio y Siraj la reconoció al instante. Era el dibujo de ellos que Michael había hecho frente a aquel estanque y del que Isobel se había apropiado. Siraj le devolvió el dibujo a su compañero y, por primera vez desde que habían empezado la búsqueda, contempló la posibilidad de que Isobel estuviera en verdadero peligro.

—¿Isobel? —gritó Siraj hacia los túneles.

El eco de su voz se perdió en las entrañas de aquel lugar y le heló la sangre. Siraj trató de concentrarse en no perder el control de su respiración, que cada vez le resultaba más dificultosa. Dejó que el reflejo de su voz se desvaneciese y, templando sus nervios, llamó de nuevo:

—¿Isobel?

Un fuerte impacto metálico resonó desde algún lugar de la estación. Roshan reaccionó de un salto y miró a su alrededor. El viento de los túneles les azotó el rostro y los dos muchachos retrocedieron unos pasos.

—Hay algo ahí dentro —murmuró Siraj señalando hacia el túnel con una serenidad que su compañero no acababa de comprender.

Roshan concentró la mirada en la boca negra del túnel y, entonces, él también pudo verlo. Las luces lejanas de un tren se aproximaban. Sintió los raíles vibrar bajo sus pies y miró a Siraj, aterrado. Siraj sonreía extrañamente.

—Yo no voy a poder correr tan deprisa como tú, Roshan —dijo pausadamente—. Los dos lo sabemos. No me esperes y ve a buscar ayuda.

—¿De qué demonios estás hablando? —exclamó Roshan, perfectamente consciente de lo que su amigo insinuaba.

Las luces del tren penetraron en la bóveda de la estación como un rayo en la tormenta.

—Corre —ordenó Siraj—. Ahora.

Roshan se perdió en los ojos de su amigo y sintió el estruendo de la locomotora cada vez más próximo. Siraj asintió. Roshan reunió todas sus fuerzas y echó a correr desesperadamente hacia el extremo del andén, en busca de un lugar en el que saltar fuera de la trayectoria del tren. Corrió tan de

prisa como pudo, sin detenerse a mirar atrás, con la certeza de que se encontraría con la cuña de aluminio de la locomotora a tan sólo un palmo de su rostro si osaba hacerlo. Los quince metros que le separaban del fin del andén se convirtieron en ciento cincuenta y, presa del pánico, creyó ver cómo la vía se alargaba ante sus ojos en una fuga vertiginosa. Cuando se lanzó al suelo y rodó sobre los escombros, sintió el rugido del tren atronando a escasos centímetros del lugar donde había caído. Oyó el aullido ensordecedor de los niños y percibió en su piel la mordedura de las llamas durante diez terribles segundos en los que imaginó que la estructura de la estación se desplomaría sobre él.

Luego, súbitamente se hizo el silencio. Roshan se incorporó y abrió los ojos por primera vez desde que había saltado. La estación estaba de nuevo desierta y no había más rastro del tren que dos hileras de llamas que se extinguían a lo largo de los raíles. Notó que las entrañas se le inundaban de agua helada y corrió de vuelta hacia el punto donde había visto por última vez a Siraj. Maldiciendo su cobardía, lloró de rabia y comprobó que estaba solo en la estación.

El amanecer, a lo lejos, le mostraba el camino de salida.

* * *

El preludio del alba se insinuaba tímidamente a través de los postigos cerrados de la sala de la biblioteca del museo indio. Seth y Michael, exhaustos, dormitaban sobre la mesa al borde de la inconsciencia. Mr. De Rozio suspiró profundamente y retiró su silla del escritorio frotándose los ojos. Llevaba horas enfrascado en el océano de documentos tratando de desentrañar aquel monstruoso sumario judicial; su estómago le reclamaba atenciones, amén de una clara moratoria en la ingestión de café si se esperaba de él que siguiera cumpliendo sus funciones con cierta dignidad.

—Me rindo, bellas durmientes —atronó.

Seth y Michael levantaron la cabeza de un respingo y comprobaron que el día había madrugado más que ellos.

—¿Qué ha podido encontrar, señor? —preguntó Seth, reprimiendo un bostezo.

Su estómago crujía y su cabeza parecía estar repleta de un potaje de manzanas cocidas.

—¿Bromeas, hijo? —dijo el bibliotecario—. Me parece que me habéis tomado el pelo.

—No comprendo, señor —adujo Michael.

De Rozio bostezó airosamente mostrando unas fauces cavernosas y emitió un sonido que despertó en los muchachos la imagen mental de un hipopótamo retozando en un río.

—Muy simple —dijo—. Vinisteis aquí con una historia de asesinatos y crímenes y con ese absurdo enredo del tal Jawahal.

—Pero todo eso es cierto. Tenemos información de primera mano.

De Rozio rió con sorna.

—A lo mejor es a vosotros a quienes han tomado por tontos —replicó—. En toda esa pila de papeles no he encontrado una sola mención a vuestro amigo Jawahal. Ni una letra. Cero.

Seth sintió que su desinflado estómago se deslizaba hasta sus pies por la pernera del pantalón.

—Pero eso es imposible, señor. Jawahal fue condenado e ingresó en la prisión, de la que huyó años después. Tal vez podríamos empezar de nuevo por ahí. Por la fuga. Debe de constar en algún lugar…

De Rozio le escrutó con escepticismo con sus ojos porcinos y penetrantes. Su rostro delataba claramente que no había segunda oportunidad.

—Si yo fuera vosotros, chicos —sugirió el bibliotecario—, volvería a donde hubiese conseguido esa historia y me aseguraría de que esta vez me la contaran entera. Y respecto a ese Jawahal, que según vuestro informante misterioso estaba en prisión, me parece que es más escurridizo de lo que vosotros o yo podemos manejar.

De Rozio examinó a los dos muchachos. Estaban pálidos como el mármol. El orondo erudito les ofreció una sonrisa de conmiseración.

—Mis condolencias —murmuró—. Habéis estado olfateando en el agujero equivocado…

Poco después, Seth y Michael contemplaban el amanecer sentados en los escalones de la fachada principal del museo indio. Una ligera llovizna había impregnado las calles de una capa brillante que formaba una lámina de oro líquido a la luz del sol ascendente entre las brumas del este. Seth miró a su compañero y le mostró una moneda.

—Cara, yo voy a ver a Aryami y tú vas a la prisión —dijo—. Cruz, al revés.

Michael asintió con los ojos entrecerrados. Seth lanzó la moneda al aire y el círculo de bronce describió una trayectoria de brillos parpadeantes, hasta detenerse de nuevo sobre la muñeca del chico. Michael se inclinó para comprobar el resultado.

—Recuerdos a Aryami… —murmuró Seth.

* * *

La luz del día llegó finalmente a la casa del ingeniero Chandra tras una noche que parecía no querer acabar jamás. Ian bendijo por primera vez en su vida el sol de Calcuta cuando sus rayos velaron el manto de oscuridad que los había envuelto durante horas.

El día se llevó consigo el aspecto amenazador de la casa, y Ben y Sheere también agradecieron visiblemente la llegada de la claridad con un gesto relajado y de sincero cansancio. Les costaba recordar la última vez que habían dormido, aunque apenas hubiera sido unas horas antes. El peso del sueño y el agotamiento que el ritmo de los acontecimientos les había deparado les permitían afrontar la situación ahora con una serenidad que, en la oscuridad de la noche, no hubieran osado considerar.

—Bien —dijo Ben—. Si hay algo que esta casa tiene, es que resulta segura. Si nuestro amigo Jawahal hubiese podido entrar aquí, ya lo hubiese hecho. Nuestro padre tendría aficiones excéntricas, pero sabía proteger una casa. Propongo que tratemos de dormir un poco. Tal como están las cosas, prefiero dormir a la luz del día y estar bien despierto al anochecer.

—No puedo estar más de acuerdo —convino Ian—. ¿Dónde podríamos dormir?

—Hay varias habitaciones en las torres —explicó Sheere—, podemos elegir.

—Sugiero utilizar habitaciones contiguas —apuntó Ben.

—De acuerdo —dijo Ian—. Y tampoco estaría de más comer algo.

—Eso tendrá que esperar —repuso Ben—. Más tarde saldremos a buscar algo.

—¿Cómo podéis tener hambre? —preguntó Sheere.

Ben e Ian se encogieron de hombros.

—Fisiología elemental —repuso Ben—. Pregúntale a Ian. Él es el médico.

—Como me dijo una vez una maestra que daba clases de lectura en una escuela de Bombay —dijo Sheere—, la principal diferencia entre un hombre y una mujer es que un hombre siempre antepone su estómago a su corazón. Una mujer siempre hace lo contrario.

Ben sopesó aquella teoría y no dudó en contraatacar.

—Cito textualmente a nuestro misógino favorito, Mr. Thomas Carter, soltero profesional y vocacional: «La verdadera diferencia es que, mientras

los hombres tienen el estómago mucho mayor que el cerebro y el corazón, el corazón de las mujeres es tan pequeño que siempre se les escapa por la boca».

Ian asistió al cruce de citas ilustres presa de un absoluto asombro.

—Filosofía barata —sentenció Sheere.

—La barata, querida Sheere —declaró Ben—, es la única filosofía que vale algo.

Ian alzó una mano en señal de tregua.

—Buenas noches, pareja —dijo dirigiéndose directamente hacia la torre.

Diez minutos después los tres estaban sumidos en un profundo sueño del que nadie podría haberlos despertado. La fatiga pudo más que el miedo.

* * *

Seth descendió media milla hacia el Sur desde la escalinata del museo indio en Chowringhee Road y torció en Park Street hacia el Este, en dirección al área del Beniapukur, donde las ruinas de la antigua penitenciaría de Curzon Fort se alzaban en las inmediaciones del cementerio escocés. El deteriorado camposanto de los escoceses había sido construido en lo que antiguamente suponían los límites oficiales de la ciudad. En aquella época, la elevada tasa de mortalidad y la velocidad con que los cadáveres se descomponían obligaron a trasladar todos los terrenos funerarios fuera de Calcuta por motivos de salud pública. Los escoceses, irónicamente, aunque habían controlado con mano firme durante décadas toda la actividad mercantil de Calcuta, descubrieron que no podían pagarse un entierro entre las tumbas de sus vecinos británicos, y se vieron obligados a levantar su propio cementerio. En Calcuta los ricos se negaban a ceder su suelo a los más pobres, incluso después de muertos.

Al aproximarse a los restos de la penitenciaría de Curzon Fort, Seth comprendió por qué motivo todavía no había sido víctima de los sangrientos derribos habituales en la ciudad. La estructura del edificio parecía pender de un hilo invisible dispuesto a desplomarse sobre el gentío al menor intento de alterar su equilibrio. El incendio parecía haber devorado la prisión como si de una maqueta de cartón se tratara, abriendo brechas y destrozando vigas y puntales con ferocidad inusitada. Las techumbres carbonizadas podían entreverse a través de los ventanales, como las encías enfermas de un viejo animal.

Seth se acercó al umbral del edificio y se preguntó de qué modo iba a averiguar algo en aquella pila de maderos y ladrillos quemados. A buen

seguro, no permanecería allí más memoria del pasado que los barrotes de metal y las celdas que acabaron sus días transformadas en hornos mortales y sin escapatoria.

—¿Vienes de visita, muchacho? —susurró una voz quebrada a su espalda.

Seth se volvió, sobresaltado, y comprobó que las palabras que había oído provenían de los labios de un anciano harapiento cuyos pies y manos lucían amplias llagas en avanzado estado de infección. Sus ojos oscuros le observaban nerviosamente tras un rostro enmascarado por la mugre y una barba cana y rala que se diría cortada a cuchillo.

—¿Es ésta la penitenciaría de Curzon Fort, señor? —preguntó Seth.

Los ojos del mendigo se agrandaron al oír el insólito tratamiento que le dedicaba el muchacho, y una sonrisa desdentada afloró a sus labios apergaminados.

—Lo que queda de ella —contestó—. ¿Buscas acomodo, hijo?

—Busco información —repuso Seth, tratando de corresponder al mendigo con una sonrisa amable y cortés.

—Éste es un mundo de ignorantes; nadie busca información. Excepto tú. ¿Y qué quieres saber, muchacho?

—¿Conoce usted este lugar? —preguntó Seth.

—Vivo en él —replicó el mendigo—. Un día fue mi cárcel; hoy es mi casa. La providencia ha sido generosa conmigo.

—¿Estuvo usted preso en Curzon Fort? —preguntó Seth, sin poder ocultar su asombro.

—Hubo un tiempo en que cometí grandes errores… y tuve que pagar por ellos —ofreció el mendigo como respuesta.

—¿Hasta cuándo permaneció en esta prisión, señor? —preguntó Seth.

—Hasta el final.

—¿Estaba aquí la noche del incendio?

El mendigo se apartó los harapos que le cubrían el cuerpo y el chico contempló horrorizado la cicatriz púrpura de la extensa quemadura que le cubría el pecho y el cuello.

—Entonces, tal vez usted pueda ayudarme —dijo Seth—. Dos amigos míos corren peligro. ¿Recuerda usted haber conocido a un interno llamado Jawahal?

El mendigo cerró los ojos y negó lentamente con la cabeza.

—Ninguno de nosotros nos llamábamos por nuestros verdaderos nombres aquí, hijo —explicó—. El nombre, como la libertad, era algo que todos dejábamos en la puerta al entrar y confiábamos en que, si lo manteníamos

alejado del horror de este lugar, tal vez lo podríamos recuperar al salir, limpio y sin recuerdos. Nunca era así, por supuesto…

—El hombre al que me refiero fue condenado por asesinato —añadió Seth —. Era joven. Él fue quien provocó el incendio que destruyó la prisión y huyó.

El mendigo le observó entre sorprendido y divertido.

—¡Que provocó el incendio! —exclamó con incredulidad—. El incendio empezó en las calderas. Una válvula de aceite explotó. Yo estaba fuera de mi celda, en mi turno de trabajo. Eso me salvó.

—Ese hombre preparó el incendio —insistió Seth—, y ahora quiere matar a mis amigos.

El mendigo ladeó la cabeza, escéptico, pero asintió.

—Tal vez, hijo, pero ¿qué importa ya? —concedió—. En cualquier caso, yo no me preocuparía por tus amigos. Ese hombre, Jawahal, poco podrá hacerles ya.

Seth frunció el ceño.

—¿Por qué dice eso, señor? —inquirió Seth, confundido.

El mendigo rió.

—Hijo, la noche del incendio yo no tenía ni tu edad. Y era el más joven de la prisión —respondió—. Ese hombre, fuera quien fuese, debe de tener ahora más de cien años.

Seth se llevó las manos a las sienes, absolutamente desconcertado.

—Un momento —dijo—, ¿no ardió la prisión en 1916?

—¿1916? —rió de nuevo el mendigo—. Hijo, ¿de dónde sales tú? Curzon Fort ardió la madrugada del 26 de abril de 1857. Hace exactamente setenta y cinco años.

Seth contempló boquiabierto al mendigo, que estudiaba su rostro con curiosidad y cierta consideración por la consternación que parecía haberse apoderado de él.

—¿Cuál es tu nombre, hijo? —preguntó el hombre.

—Seth, señor —respondió el muchacho, lívido.

—Siento no haberte sido de ayuda, Seth.

—Lo ha hecho —repuso el muchacho—. ¿Puedo yo ayudarle en algo, señor?

Los ojos del mendigo brillaron al sol y una amarga sonrisa afloró a sus labios.

—¿Puedes volver el tiempo atrás, Seth? —preguntó el mendigo mirando la palma de sus manos.

Seth negó lentamente con la cabeza.

—Entonces no puedes ayudarme. Vete ahora con tus amigos, Seth. Pero nunca te olvides de mí.

—No lo haré, señor.

El mendigo sonrió por última vez y, alzando su mano en señal de despedida, se volvió y se internó en las ruinas de la prisión destruida. Seth le observó desaparecer entre las sombras y reemprendió su camino bajo el sol ardiente de la mañana. Un velo de nubes negras parecía acercarse serpenteando en el horizonte, como una mancha de sangre esparciéndose lentamente en un estanque.

* * *

Michael se detuvo al pie de la calle que conducía hasta la casa de Aryami Bosé y contempló atónito los restos humeantes de la que había sido la vivienda de la anciana. Las gentes de la calle observaban silenciosamente desde el patio a los miembros de la policía que rastreaban entre los escombros e interrogaban a los vecinos. Rápidamente, se aproximó hasta el lugar y se abrió camino entre el círculo de curiosos y vecinos consternados por el incendio. Un oficial de la policía le detuvo.

—Lo siento, muchacho. No se puede pasar —le informó tajantemente.

Michael oteó sobre su hombro y comprobó cómo dos de sus colegas levantaban una viga caída que todavía desprendía briznas de brasa.

—¿Y la mujer que vive en la casa? —preguntó Michael.

El policía le dirigió una mirada a medio camino entre la sospecha y el fastidio.

—¿La conocías?

—Es la abuela de unos amigos —respondió Michael—. ¿Dónde está? ¿Ha muerto?

El oficial le observó sin aflojar la compostura durante unos segundos y finalmente negó con la cabeza.

—No hay rastro de ella —dijo—. Uno de los vecinos dice que vio a alguien correr calle abajo poco después de que las llamas asomaron por el techo. Ahora, lárgate. Ya te he dicho más de lo que debería.

—Gracias, señor —dijo Michael, retirándose entre la masa humana que se apilaba en pos de eventuales descubrimientos macabros.

Una vez libre de la turba de curiosos y vecinos, Michael examinó las viviendas colindantes en busca de posibles indicios que sugiriesen adónde

podía haber huido la anciana que guardaba con ella el secreto que Seth y él apenas habían conseguido desentrañar. Los dos extremos de la calle se perdían en el amasijo de edificios, bazares y palacios de la *ciudad negra*. Aryami Bosé podía estar en cualquier lugar.

El joven consideró durante unos instantes varias posibilidades y finalmente se decidió por emprender rumbo hacia el Oeste, en dirección a las orillas del río Hooghly. Allí, miles de peregrinos se sumergían en las aguas sagradas del delta del Ganges buscando la purificación del cielo y obteniendo la mayoría de las veces a cambio fiebres y enfermedades.

Sin volverse a contemplar las ruinas de la casa derribada por las llamas, Michael emprendió el camino a pleno sol, sorteando el gentío que poblaba las calles y las sumergía en una algarabía de mercaderes, riñas y rezos no escuchados. La voz de Calcuta. A su espalda, a una veintena de metros, una figura envuelta en un manto oscuro asomó entre los recodos de un callejón y empezó a seguirle entre la multitud.

* * *

Ian abrió los ojos a la luz del mediodía con la clara certeza de que su insomnio perenne no parecía estar dispuesto a concederle más que unas horas de tregua en honor a la fatiga que sentía tras los acontecimientos de las últimas horas. A juzgar por la consistencia de la luz que bañaba la habitación en la torre oeste de la casa del ingeniero Chandra, calculó que debían de estar cruzando el meridiano de media tarde. El apetito contumaz que le había asaltado al amanecer volvió a hacer rechinar sus dientes con toda su saña. Como solía bromear Ben, parodiando las palabras del maestro Tagore, cuyo castillo se encontraba a pocos metros de allí, cuando el estómago habla, el hombre sabio escucha.

Ian salió de la habitación con sigilo y comprobó que Sheere y Ben seguían disfrutando de un envidiable descanso en brazos de Morfeo. Y sospechó que, al despertar, incluso Sheere estaría dispuesta a dar cuenta del primer objeto comestible que se pusiera a tiro. Por lo que respectaba a Ben, no le cabía duda. En esos momentos, su mejor amigo debía de estar soñando con una bandeja repleta de delicias culinarias y un suntuoso postre de dulces de *Chhana*, una mezcla de jugo de lima y leche hirviendo que enloquecía a los golosos bengalíes.

Consciente de que el sueño ya había sido más caritativo con él de lo que cabía esperar, decidió aventurarse al exterior en busca de provisiones con que

aplacar su apetito y el de sus compañeros. Con algo de fortuna, pensó, estaría de vuelta antes de que ambos hubiesen tenido tiempo de bostezar.

Atravesó la sala de la gran maqueta y se dirigió hasta la escalera en espiral, comprobando satisfecho que a la luz del día el aspecto de la casa resultaba considerablemente menos inquietante. La primera planta permanecía imperturbable e Ian constató que la casa aislaba el interior de la temperatura externa con prodigiosa efectividad. No le costaba imaginar el sofocante calor que debía de imponer su ley tras aquellos muros y, sin embargo, la casa del ingeniero se diría situada en el país de la eterna primavera. Cruzó varias galaxias a paso ligero sobre el mosaico a sus pies y abrió la puerta al exterior, confiando en no olvidar la combinación de la excéntrica cerradura que sellaba el santuario privado de Chandra Chatterghee.

El sol caía inmisericorde sobre el espeso jardín y la laguna que la noche anterior le había parecido una lámina de ébano pulido desprendía ahora intensos destellos sobre la fachada de la casa. Ian se dirigió a la boca de salida del túnel secreto bajo el puente de madera y por un momento se dejó llevar por la ilusión de que, a la luz de un día resplandeciente y abrasador de verano como aquél, las amenazas que durante la noche los habían atormentado parecían desvanecerse con la misma facilidad que una figura de hielo en el desierto.

Disfrutando de aquel paréntesis de tranquilidad, se introdujo en el pasillo y, antes de que el hedor acre de su interior invadiese sus pulmones, salió de nuevo por la brecha que conducía a la calle. Una vez allí, lanzó mentalmente una moneda al aire, y decidió emprender su búsqueda alimentaria hacia el oeste.

Mientras se alejaba canturreando por la calle desierta, poco podía imaginar que los cuatro círculos concéntricos de la cerradura de la casa habían empezado a girar de nuevo con infinita lentitud y que esta vez la palabra de cuatro letras que compondrían al fijarse en la vertical no era el nombre de Dido, sino el de otra diosa mucho más próxima: Kali.

* * *

Ben creyó oír un estruendo en sueños y despertó a la oscuridad absoluta de la habitación en que había estado descansando. Su primera impresión, en el aturdimiento de los segundos que siguen al brusco despertar de un largo y profundo sueño, fue de perplejidad al comprobar que ya había anochecido y que debían de haber dormido durante más de doce horas. Un instante después,

al oír de nuevo el impacto seco que creía haber oído en su sueño, comprendió que no era la noche lo que impedía que la luz del día penetrase en la habitación. Algo estaba sucediendo en la casa. Los postigos se estaban cerrando con fuerza, como las compuertas de una esclusa, herméticamente. Ben saltó de la cama y corrió hacia la puerta en busca de sus amigos.

—¡Ben! —Oyó gritar a Sheere.

Corrió hasta la puerta de su habitación y la abrió. Su hermana, inmóvil, estaba al otro lado de la puerta, temblando. La abrazó y la sacó de la estancia mientras contemplaba aterrado cómo, uno a uno, los ventanales de la casa se cerraban al igual que párpados de piedra.

—Ben —gimió Sheere—. Algo ha entrado en la habitación mientras dormía y me ha tocado.

Ben sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y condujo a Sheere hasta el centro de la sala de la maqueta de la ciudad. En un segundo, se hizo la oscuridad absoluta en torno a ellos. Ben rodeó a Sheere con sus brazos y le susurró que guardase silencio mientras trataba de escrutar en la oscuridad algún signo de movimiento. Sus ojos no consiguieron discernir forma alguna entre las sombras, pero ambos pudieron oír aquel rumor que parecía invadir los muros de la casa y hacía pensar en cientos de pequeños animales correteando bajo el suelo y entre las paredes.

—¿Qué es eso, Ben? —susurró Sheere.

Su hermano trataba de encontrar una respuesta cuando un nuevo acontecimiento le robó las palabras. Las luces de la maqueta de la ciudad se estaban encendiendo lentamente, y los dos muchachos asistieron al nacimiento de una Calcuta nocturna frente a ellos. Ben tragó saliva y sintió que Sheere se aferraba con fuerza a él. En el centro de la maqueta, el pequeño tren prendió sus faroles y sus ruedas empezaron a girar lentamente.

—Salgamos de aquí —murmuró Ben conduciendo a tientas a su hermana en dirección a la escalera que descendía al piso inferior—. Ahora.

Antes de que pudieran recorrer unos pasos en dirección a la escalinata, Ben y Sheere vieron que un círculo de fuego abría un orificio en la puerta de la habitación que había ocupado la muchacha y, en menos de un segundo, la consumía como una brasa que atravesase una hoja de papel. Ben sintió que sus pies se clavaban en el suelo y observó unas pisadas de llamas que se acercaban a grandes zancadas desde el umbral de la puerta.

—¡Corre abajo! —gritó, empujando a su hermana hacia el pie de la escalera—. ¡Hazlo!

Sheere se precipitó escaleras abajo presa del pánico y Ben permaneció inmóvil en la trayectoria de aquellas huellas llameantes que se abrían camino hacia él a toda velocidad. Una bocanada de aire caliente e impregnado de un hedor a queroseno quemado le escupió en el rostro, al tiempo que una pisada de llamas caía a dos palmos de sus pies. Dos pupilas rojas como hierro candente se encendieron en la oscuridad y Ben sintió que una garra de fuego se cerraba sobre su brazo derecho. Al instante notó que aquella tenaza pulverizaba la tela de su camisa hasta quemar su piel.

—Todavía no ha llegado la hora de nuestro encuentro —murmuró una voz metálica y cavernosa frente a él—, apártate.

Antes de que pudiera reaccionar, la férrea mano que le asía le impulsó con fuerza a un lado y le derribó al suelo. Ben cayó sobre un costado y se palpó el brazo herido. Entonces logró ver a un espectro incandescente que descendía por la escalera de caracol, destruyéndola a su paso.

Los alaridos de terror de Sheere en el piso inferior le proporcionaron las fuerzas para ponerse de nuevo en pie. Corrió hacia aquella escalera que apenas era ya un esqueleto de barras de metal vestidas de llamas, y comprobó que los escalones habían desaparecido. Se lanzó por el hueco de la escalerilla. Su cuerpo impactó contra el mosaico de la primera planta y una sacudida de dolor le recorrió el brazo lacerado por el fuego.

—¡Ben! —gritó Sheere—. ¡Por favor!

El chico alzó la mirada y vio cómo Sheere era arrastrada sobre el suelo de estrellas encendidas envuelta en un manto de llamas traslúcido, como la crisálida de una mariposa infernal. Se incorporó y corrió tras ella, siguiendo el rastro que su raptor dejaba en dirección a la parte trasera de la casa y tratando de esquivar el impacto furioso de los cientos de libros de la biblioteca circular que salían despedidos ardiendo desde los estantes y se descomponían en una lluvia de páginas en combustión. Uno de los impactos le derribó de nuevo, cayó de bruces y se golpeó en la cabeza.

Su visión se nubló lentamente mientras observaba al visitante ígneo que se detenía y se volvía a contemplarle. Sheere aullaba de pánico, pero sus gritos ya no eran audibles. Ben luchó por arrastrarse unos centímetros por el suelo cubierto de brasas y trató de no ceder a aquel impulso de dejarse vencer por el sueño y abandonar la resistencia. Una sonrisa cruel y canina se dibujó frente a él, y entre la masa borrosa que convertía su campo de visión en un cuadro de acuarelas frescas, reconoció al hombre que había visto en la locomotora de aquel tren fantasmal que cruzaba la noche. Jawahal.

—Cuando estés listo, ven a por mí —le susurró el espíritu de fuego—. Ya sabes dónde estoy…

Un instante después, Jawahal asió de nuevo a Sheere y atravesó con ella la pared trasera de la casa como si fuese una cortina de humo. Antes de perder el sentido, Ben oyó el eco del tren que se alejaba en la distancia.

* * *

—Está volviendo en sí —murmuró una voz a cientos de kilómetros de allí.

Ben trató de dilucidar las manchas borrosas que se agitaban frente a su rostro y pronto reconoció algunos rasgos familiares. Unas manos le acomodaron suavemente y colocaron un objeto blando y confortable bajo su cabeza. El muchacho parpadeó repetidamente. Los ojos de Ian, enrojecidos y desesperados, le observaban ansiosos. Junto a él estaban Seth y Roshan.

—Ben, ¿puedes oírnos? —preguntó Seth, cuyo rostro parecía sugerir que no había dormido en una semana.

Ben recordó de pronto y quiso incorporarse bruscamente. Las manos de los tres muchachos le devolvieron a su posición de reposo.

—¿Dónde está Sheere? —consiguió articular.

Ian, Seth y Roshan intercambiaron una mirada sombría.

—No está aquí, Ben —contestó Ian finalmente.

Ben sintió que el cielo se desprendía a trozos sobre él y cerró los ojos.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó al cabo, más sereno.

—Me desperté antes que vosotros —explicó Ian— y decidí salir a buscar algo para comer. Por el camino me encontré a Seth, que venía hacia la casa. De vuelta vimos que todas las ventanas estaban cerradas y que salía humo del interior. Vinimos corriendo y te encontramos sin sentido. Sheere ya no estaba.

—Jawahal se la ha llevado.

Ian y Seth se miraron de reojo.

—¿Qué pasa? ¿Qué has averiguado?

Seth se llevó las manos a su espesa mata de pelo y lo apartó de su frente. Sus ojos le delataban.

—No estoy seguro de que ese Jawahal exista, Ben —declaró el robusto muchacho—. Creo que Aryami nos mintió.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Ben—. ¿Por qué iba a mentirnos?

Seth resumió sus averiguaciones en el museo con Mr. De Rozio y explicó que no existía mención alguna a Jawahal en toda la documentación del juicio, excepto en una misiva particular firmada por el coronel Llewelyn, encubridor

del asunto por oscuras razones, dirigida al ingeniero. Ben escuchó las revelaciones con incredulidad.

—Eso no prueba nada —objetó—. Jawahal fue condenado y encarcelado. Se fugó hace dieciséis años y entonces empezaron sus crímenes.

Seth suspiró, negando con la cabeza.

—Estuve en la prisión de Curzon Fort, Ben —dijo con tristeza—. No hubo ninguna fuga ni ningún incendio hace dieciséis años. La penitenciaría ardió en 1857. Jawahal nunca pudo haber estado allí ni fugarse de una prisión que ya no existía desde décadas antes de que se celebrase su juicio. Un juicio donde ni se le menciona. Nada encaja.

Ben le miró, boquiabierto.

—Nos mintió, Ben —dijo Seth—. Tu abuela nos mintió.

—¿Dónde está ella ahora?

—Michael está buscándola —aclaró Ian—. Cuando la encuentre, la traerá aquí.

—¿Y dónde están los demás? —inquirió de nuevo Ben.

Roshan miró con indecisión a Ian. Éste asintió gravemente.

—Díselo —pidió.

* * *

Michael se detuvo a contemplar la bruma crepuscular que cubría la orilla oeste del Hooghly. Decenas de siluetas envueltas parcialmente en sus mantos blancos y raídos se sumergían en las aguas del río y la suma de sus voces se perdía en el murmullo de la corriente. El sonido de las palomas que batían sus alas al viento elevándose en la jungla de palacios y cúpulas descoloridas y alineadas frente a la lámina de luz del Hooghly recordaba una Venecia de las tinieblas.

—¿Eres tú quien me busca? —dijo la anciana, que yacía sentada a unos metros de él, su rostro oculto en un velo.

Michael la miró y la anciana alzó su velo. Los ojos tristes y profundos de Aryami Bosé palidecieron al crepúsculo.

—No tenemos mucho tiempo, señora —dijo Michael—. Ya no.

Aryami asintió y se incorporó lentamente. Michael le ofreció su brazo y ambos partieron rumbo a la casa del ingeniero Chandra Chatterghee al amparo del ocaso.

* * *

Los cinco muchachos se reunieron en silencio en torno a Aryami Bosé. Esperaron pacientemente a que la anciana se acomodara y encontrara el instante oportuno en que saldar la deuda que había contraído con ellos al ocultarles la verdad. Ninguno osó pronunciar palabra antes que ella. La angustiosa urgencia que los consumía interiormente se transformó por un momento en una tensa calma, una sombra de incertidumbre ante la sospecha de que el secreto que la dama había guardado con tanto celo supusiera un desafío insalvable.

Aryami observó los rostros de los muchachos con profunda tristeza y esbozó un amago de sonrisa que apenas afloró a sus labios. Al fin, bajando la mirada, suspiró débilmente y, examinando las palmas de sus manos pequeñas y nerviosas, empezó a hablar. Esta vez, sin embargo, su voz les pareció desposeída de la autoridad y la determinación que habían aprendido a esperar de ella. Al final del camino, el miedo había borrado la fortaleza de ánimo que emanaba de su persona, y los muchachos comprobaron que quien les hablaba no era más que una anciana débil y mortalmente asustada, una niña que había vivido demasiado.

* * *

«Antes de empezar, permitidme decir que, si alguna vez en mi vida he mentido, y me he visto obligada a hacerlo en numerosas ocasiones, siempre ha sido para proteger a alguien. Si esta vez os mentí a vosotros, fue con la certeza de que de este modo os protegería a ti, Ben, y a tu hermana Sheere de algo que quizá pudiera dañaros más que las estratagemas de un criminal enloquecido. Nadie sabe el dolor que me ha causado tener que llevar esta carga en solitario desde el día de vuestro nacimiento. Todo cuanto os diga ahora será la verdad hasta donde yo la conozco. Escuchadme bien y dad por cierto cuanto salga de mis labios, aunque nada hay tan terrible y difícil de creer como la pura y desnuda realidad de los hechos…

»Parece que hayan transcurrido años desde el día en que os narré la historia de mi hija Kylian. Os hablé de ella, de su maravillosa luminosidad y de cómo, de entre todos cuantos la pretendían, el elegido para ser su esposo fue un hombre de origen sencillo y de gran talento, un joven ingeniero en quien todo eran promesas, pero que llevaba desde la infancia una pesada

carga sobre sus espaldas, un secreto que habría de llevarle a la muerte a él y a otros muchos. Y aunque os parezca paradójico, permitidme que por una vez empiece este relato por el final y no por el principio, en respuesta a los hallazgos que sagazmente habéis desentrañado.

»Chandra Chatterghee fue siempre un soñador, un hombre poseído por una visión de un futuro mejor y más justo para su gente, a la que veía morir en la miseria en las calles de esta ciudad. Mientras, tras los muros de sus opulentas casas, aquellos a quienes él consideraba como invasores y explotadores del legado natural de nuestro pueblo se enriquecían y vivían una vida de lujo y frivolidad a costa de la miseria de millones de almas condenadas a la pobreza en el gran orfanato sin techo que es este país.

»Su sueño era poder dotar de un instrumento de progreso y de riqueza a la nación que él siempre creyó que llegaría a romper el yugo opresor de la corona; un instrumento para abrir nuevas rutas entre las ciudades, nuevos enclaves y nuevos caminos hacia el futuro de las familias de la India. Él siempre soñó con un invento de hierro y fuego: el ferrocarril. Para Chandra, los raíles del ferrocarril eran las arterias que tenían que llevar la nueva sangre del progreso por toda esta tierra, y para ellas proyectó un corazón del cual brotaría toda esa energía: su obra cumbre, la estación de Jheeter's Gate.

»Pero la línea que separa los sueños de las pesadillas es tan fina como un alfiler y, muy pronto, las sombras del pasado volvieron a cobrarse su precio. Un alto mandatario del ejército británico, el coronel Arthur Llewelyn, había realizado una meteórica carrera, edificada sobre sus hazañas y matanzas de inocentes, ancianos y niños, hombres desarmados y mujeres aterrorizadas en pueblos y aldeas de toda la península de Bengala. Allí donde llegaba el mensaje de paz y unión de la nueva India, llegaban sus fusiles y sus bayonetas. Un hombre de gran talento y futuro, como proclamaban sus superiores con orgullo. Un asesino con la bandera de la corona y el poder de su ejército en las manos. Uno entre tantos.

»Llewelyn no tardó en reparar en el talento de Chandra, y sin excesivos problemas trazó un círculo negro en torno a él, bloqueando todos sus proyectos. Al cabo de unas semanas, no había una sola puerta en Calcuta o en toda la provincia que se le abriera. Excepto, claro está, la de Llewelyn. Éste le propuso realizar obras para el ejército, puentes, líneas férreas… Todos estos ofrecimientos fueron rechazados por tu padre, que prefirió mantenerse con el mísero sueldo que los editores de Bombay se complacían en enviarle como limosna a cambio de sus manuscritos. Con el tiempo, el círculo de Llewelyn se relajó y Chandra empezó a trabajar de nuevo en su obra cumbre.

»Al pasar los años, Llewelyn retomó su cólera. Su carrera estaba en peligro y necesitaba urgentemente un golpe de efecto, un baño de sangre fresca con que renovar el interés de la jerarquía de Londres en sus hazañas y restaurar su reputación como la pantera de Bengala. Su solución era clara: presionar a Chandra, pero esta vez con otras armas.

»Durante años le había estado investigando y sus esbirros terminaron por olfatear el rastro de los crímenes asociados con Jawahal. Llewelyn permitió que el caso casi aflorase a la luz pública y, cuando tu padre estaba más comprometido que nunca en su proyecto de Jheeter's Gate, intervino, ocultándolo y amenazándole con revelar la verdad si no creaba para él un arma nueva, un instrumento de represión mortífero y capaz de acabar con todos los disturbios que pacifistas e independentistas sembraban en el camino de Llewelyn. Él tuvo que claudicar, y ése fue el nacimiento del Pájaro de Fuego, una máquina que podría convertir una ciudad o una aldea en un océano de llamas en cuestión de segundos.

»Chandra desarrolló paralelamente los proyectos del ferrocarril y del Pájaro de Fuego, con la constante presión de Llewelyn, a quien la codicia y la desconfianza que empezaba a inspirar en sus superiores amenazaban con ponerle en evidencia. El que otrora todos habían considerado un hombre sereno, ecuánime y cumplidor de su deber se revelaba ahora como un maníaco enfermizo, cuya necesidad de éxito y reconocimiento cegaba día a día sus posibilidades de sobrevivir.

»Chandra comprendió que la caída de Llewelyn por su propio peso era sólo cuestión de tiempo y jugó con él. Le hizo creer que le entregaría el proyecto antes de lo previsto. Pero esa actitud sólo exacerbó la crispación de Llewelyn y pulverizó la poca cordura que todavía albergaba en su interior.

»En 1915, un año antes de la inauguración de Jheeter's Gate y la línea que partía de ella, Llewelyn ordenó una matanza de gentes desarmadas sin justificación posible y fue expulsado del ejército británico tras un escándalo que llegó hasta los oídos de la Cámara de los Comunes. Su estrella ya no brillaría nunca más.

»Ése fue el principio de su locura. Reunió a un grupo de oficiales que le eran fieles y que habían sido despojados de su graduación como él y conminados a abandonar las armas. Con semejante banda de matarifes organizó un siniestro grupo paramilitar que operaba clandestinamente. Todos lucían sus viejos uniformes y sus condecoraciones de un modo grotesco y se reunían en la antigua residencia de Llewelyn, manteniendo la ficción de que componían una unidad secreta de élite que no tardaría en expulsar de sus

cargos a quienes habían firmado sus actas de expulsión. Huelga decir que Llewelyn nunca admitió que hubiera sido degradado y expedientado. Según él y sus colaboradores, habían dimitido para fundar una nueva orden militar.

»Pronto tu padre recibió amenazas de muerte para él y su esposa embarazada si no les entregaba el Pájaro de Fuego. Al tratarse ya de un asunto clandestino, Chandra tenía que manejarlo con sumo cuidado. Si solicitaba la ayuda del ejército, su pasado acabaría por salir al descubierto. No le quedaba más remedio que pactar con Llewelyn y sus hombres.

»En aquel clima de tensión, dos días antes de la fecha prevista para la inauguración de la estación, y no después, como yo os había dicho, Kylian dio a luz a dos hijos gemelos. Un niño y una niña. Tu hermana Sheere y tú, Ben.

»Para la noche de la inauguración de Jheeter's Gate se había proyectado realizar un viaje simbólico. El primer tren en cruzar la línea Calcuta-Bombay transportaría a 360 niños sin familia, uno por cada día del año, rumbo a los orfelinatos de aquella ciudad. Chandra propuso a Llewelyn y sus hombres lo siguiente: cargaría el Pájaro de Fuego a bordo del tren y, aprovechando una parada técnica que él decretaría cincuenta kilómetros después de la partida, a la altura de Bishnupur, los militares podrían descargarlo y hacerse con él. Llewelyn aceptó. Chandra planeaba inutilizar la maquinaria y deshacerse de Llewelyn y sus hombres antes de que el tren hiciese sonar su silbato. Pero Llewelyn, secretamente, desconfiaba del trato, y ordenó a sus hombres que se adelantasen.

»Tu padre había emplazado a los militares en la estación, un verdadero laberinto que sólo él conocía, y bajo el pretexto de mostrarles el Pájaro de Fuego, los introdujo en los túneles. Llewelyn, que ya había sospechado algo parecido, había tomado sus propias precauciones y, antes de acudir a su cita con el ingeniero, secuestró a vuestra madre y, con ella, a vosotros. Cuando Chandra se disponía a aniquilar a sus chantajistas, Llewelyn le reveló que vosotros y vuestra madre estabais en su poder y amenazó con mataros a menos que le entregase el Pájaro de Fuego. Chandra no tuvo más remedio que rendirse. Pero eso no le bastó a Llewelyn. Hizo encadenar a Chandra a la locomotora del tren a la espera de despedazarle al iniciar su viaje y, allí mismo, frente a los ojos de tu padre, hundió un cuchillo en la garganta de Kylian a sangre fría. Luego la dejó desangrarse lentamente colgándola de una soga en la bóveda central de la estación. Mientras lo hacía, le prometió que os abandonaría en los túneles para que fueseis devorados por las ratas.

»Tras abandonar a Chandra encadenado a la locomotora, ordenó a sus hombres que pusieran en marcha el tren y se llevaran de allí el Pájaro de

Fuego. Mientras, él iba a ocultaros en un túnel donde nadie podría encontraros jamás. Sin embargo, algo no resultó como él había planeado. Sobrestimando su astucia, el necio de Llewelyn supuso que Chandra Chatterghee iba a poner en manos de un asesino como él una maquinaria del poder destructor del Pájaro de Fuego sin más. Chandra había llevado sus precauciones hasta el extremo y había dotado al Pájaro de Fuego de un mecanismo secreto de relojería que sólo él conocía. Un mecanismo que liberaría sobre sí mismo todo el poder destructor del artilugio a los pocos segundos de que cualquier mano ajena a la suya tratase de emplearlo.

»Cuando Llewelyn y su cohorte de esbirros subieron a bordo, el líder de la banda decidió que, como despedida y avance de la venganza a la que pensaba someter a la ciudad una vez controlase el poder de aquella mortal invención, destruiría aquella estación y permitiría que el fuego arrasara la obra de Chandra y las vidas de cuantos se habían congregado a presenciar la inauguración del prodigio. Así, cuando Llewelyn encendió el Pájaro de Fuego, firmó la sentencia de muerte de todos cuantos se encontraban a bordo de aquel tren, la suya incluida. Cinco minutos más tarde, el infierno se desató en la estación y se llevó con él los cuerpos y las almas de inocentes y culpables sin distinción.

»Os preguntaréis dónde están las respuestas y por qué os mentí sobre la prisión donde fue encarcelado Jawahal o por qué su nombre nunca fue mencionado. Antes de continuar, y esto es lo más importante que voy a deciros, quiero que comprendáis que, oigáis lo que oigáis, Chandra fue un gran hombre. Un hombre que amó a su esposa y que hubiera amado a sus hijos si hubiese tenido la oportunidad que nunca se le dio. Dicho esto, conoced la verdad…

»Cuando tu padre era joven y cayó enfermo por las fiebres, no fue a parar a una cabaña en el río, donde un muchacho le cuidó hasta que sanó, tal como os dije la primera vez. Tu padre se crió en una institución que aún existe al sur de Calcuta y que lleva por nombre Grant House. Vosotros sois muy jóvenes para haber oído ese nombre, pero hubo un tiempo en que fue tristemente célebre. Grant House fue el lugar al que vuestro padre llegó después de presenciar algo terrible cuando apenas tenía seis años. Su madre, una mujer enferma que vivía de vender su cuerpo por míseras limosnas, se prendió fuego a sí misma ante sus ojos ofreciéndose en sacrificio a la diosa Kali. Grant House, el hogar donde creció Chandra, era una casa de salud, lo que vosotros llamaríais un manicomio…

»Durante años, vivió confinado en las galerías de aquel lugar, sin más padres ni amigos que gentes que vivían en el delirio y el sufrimiento. Gentes que decían ser demonios, dioses o ángeles para olvidar su nombre al día siguiente. Cuando, como vosotros, tuvo edad para salir de allí, Chandra no había tenido otra infancia que el horror y la miseria más profunda que los ojos de un hombre pudieron contemplar jamás en la ciudad de Calcuta.

»No será necesario que os diga que nunca hubo un amigo siniestro que cometiera aquellos crímenes y que nunca hubo más sombra en la vida de tu padre que la de aquel parásito que se había infiltrado en su mente. Fueron sus propias manos las que cometieron aquellos crímenes, cuyo remordimiento le perseguía y cuya vergüenza caía sobre él como una maldición.

»Sólo la bondad y la luminosidad de Kylian le curaron y le devolvieron la capacidad de recuperar su propio destino. Junto a ella escribió los libros que conocéis, planeó las obras que le hicieron inmortal y alejó aquel fantasma de su doble vida. Pero la codicia de los hombres no quiso concederle una oportunidad, y la que podría haber sido una vida feliz y próspera se precipitó de nuevo a las tinieblas. Pero esta vez para siempre.

»La noche en que Lahawaj Chandra Chatterghee contempló cómo su esposa era asesinada ante sus propios ojos, los años de horror de su infancia se volvieron tras él como perros rastreros y le catapultaron de nuevo a su propio infierno. Había construido toda una vida sobre aquel pedestal que ahora veía desmoronarse. Y mientras las llamas le devoraban, murió en el convencimiento de que el único culpable de aquella tragedia era él y que merecía ser castigado.

»Por ese motivo, cuando Llewelyn encendió el Pájaro de Fuego y las llamas inundaron los túneles y la estación, una sombra oscura en el alma de Chandra juró volver de la muerte. Volver como un ángel de fuego. Un ángel destructor y portador de venganza. Un ángel que encarnaría el reverso oscuro de su propia personalidad. No os persigue un asesino. Ni un hombre. Es un espectro. Un espíritu. O, si lo preferís, un demonio.

»Tu padre siempre fue amigo de los rompecabezas, hasta el fin. Me hablasteis de un dibujo que vuestro amigo Michael hizo de todos vosotros, el retrato en el que aparecéis reflejados en el estanque. Allí la imagen de vuestros rostros sobre el agua está invertida. Parece que la profecía guió el lápiz de Michael. Si escribieseis el nombre que su madre le dio al nacer, Lahawaj, sobre él, el reflejo en el estanque os devolvería otra palabra: Jawahal.

»El espíritu atormentado de Jawahal vive desde aquel día unido a la máquina infernal que él mismo creó y que, en la hora de la muerte, le dio vida eterna como un espectro de la oscuridad. Él y el Pájaro de Fuego son uno solo. Ésa es su maldición: una unión de espíritu de rabia y máquina de destrucción. Un alma de fuego atrapada en el interior de las calderas de ese tren en llamas. Y ahora esa alma busca un nuevo hogar.

»Por eso os busca, porque en el momento en que alcanzáis la edad adulta, el espíritu de Jawahal necesita a uno de sus hijos para seguir viviendo, para habitar en su cuerpo y extender así su poder hasta el mundo de los vivos. Sólo uno de vosotros puede sobrevivir. El otro, aquel en cuya alma no tenga cabida el espíritu de Jawahal, debe morir para que él pueda seguir viviendo. Hace dieciséis años juró que os buscaría y os haría suyos. Y él siempre cumplió sus promesas. En vida y después de ella. Sed conscientes de que, mientras os desvelo estos hechos, Jawahal ya ha elegido a uno de los dos para que albergue su alma maldita. Sólo él sabe a quién.

»La providencia quiso concederos una oportunidad cuando hace dieciséis años el teniente Peake se introdujo en el laberinto de túneles de Jheeter's Gate y descubrió el cuerpo sin vida de Kylian suspendido en el vacío sobre su propia sangre derramada. Vuestro llanto llegó a sus oídos y el teniente, tragándose su dolor, os buscó y os arrebató de las manos del espíritu de vuestro padre. Pero no pudo llegar muy lejos. Sus pasos le llevaron hasta mi puerta, donde os entregó y huyó de nuevo.

»Cuando algún día debas contarle esta historia a tu hermana Sheere, no olvides nunca, nunca jamás, que el espíritu de venganza que volvió de las llamas de Jheeter's Gate aquella noche y acabó con el teniente Peake cuando trataba de salvaros a vosotros dos no era tu padre. Tu padre murió en el incendio, entre las almas inocentes de los niños. Quien volvió del infierno para destruirse a sí mismo, al fruto de su matrimonio y su obra no fue más que un espectro. Un espíritu consumido por el diablo del rencor, el odio y el horror que los hombres sembraron en su corazón. Ésa es la verdad y nada ni nadie podrá cambiarla.

»Si existe un Dios, o cientos de ellos, que me perdonen por el daño que os he podido infligir al narrar los hechos tal y como sucedieron…».

Qué puedo decir? ¿Qué palabras podría encontrar para expresar la tristeza que leí aquel anochecer de mayo en los ojos de Ben, mi mejor amigo? La búsqueda en el pasado nos había desvelado una cruel lección y nos había revelado la vida como un libro en el que era preferible no volver las páginas atrás; un camino en el que no importaba la dirección que tomásemos, nunca podríamos elegir nuestro propio destino. Y deseé haber tomado ya aquel barco que había de llevarme lejos de allí y que partiría al día siguiente. La cobardía se fundía en mí con el dolor que sentía por mi amigo y con el amargo sabor de la verdad.

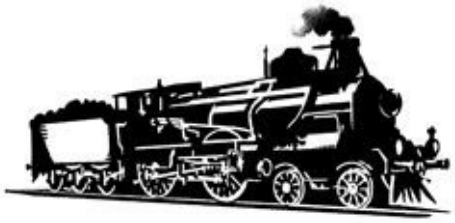
Todos escuchamos en silencio el relato de Aryami y ninguno de nosotros osó formular una sola pregunta, aunque cientos de ellas bullían en nuestras mentes. Sabíamos que por fin todas las líneas de nuestro destino confluían en un lugar, una cita que nos esperaba ineludiblemente al caer la noche en las tinieblas de Jheeter's Gate.

Cuando salimos a cielo abierto, las últimas luces del día se extinguían en una cinta escarlata tendida sobre el azul profundo de las nubes de Bengala. Una tenue llovizna impregnó nuestros rostros mientras enfilábamos aquella vía muerta que partía del patio trasero de la casa de Lahawaj Chandra Chatterghee hacia la gran estación al otro lado del río Hooghly, atravesando el Oeste de la ciudad negra.

Recuerdo que, poco antes de cruzar el puente de metal sobre el Hooghly que conducía directamente a las fauces de Jheeter's Gate, Ben nos hizo prometer con lágrimas en los ojos que nunca, bajo ninguna circunstancia, revelaríamos lo que habíamos oído aquella noche. Juró que si él tenía noticia de que Sheere había llegado a averiguar la verdad sobre su padre, sobre aquel espejismo que había alimentado su vida desde la niñez, por boca de uno de nosotros, le mataría con sus propias manos. Todos nos comprometimos a guardar el secreto.

Sólo quedaba ya una pieza para completar nuestra historia: la guerra…

5. EL NOMBRE DE LA MEDIANOCHE



Calcuta, 29 de mayo de 1932

La sombra del temporal precedió la llegada de la medianoche y tendió lentamente un extenso y plomizo manto sobre Calcuta que resplandecía como un sudario ensangrentado a cada estallido de la furia eléctrica que albergaba en su seno. El fragor de la tormenta que se avecinaba dibujaba en el cielo una inmensa araña de luz que parecía tejer su red sobre la ciudad. Mientras, la fuerza del viento del Norte barría la neblina sobre el río Hooghly y desnudaba a la noche cerrada el esqueleto devastado del puente de metal.

La silueta de Jheeter's Gate se irguió entre la niebla fugaz. Un rayo descendió del cielo hasta la aguja de la cúpula de la bóveda central de la estación y se escindió en una hiedra de luz azul que recorrió la retícula de arcos y vigas de acero hasta los cimientos.

Los cinco muchachos se detuvieron frente al umbral del puente; sólo Ben y Roshan se adelantaron unos pasos en dirección a la estación. Los dos raíles dibujaban una senda recta flanqueada por dos líneas plateadas que se hundían directamente en la boca de la estación. La luna se ocultó tras el manto de nubes y la ciudad pareció quedar al amparo de la lumbre de una lejana vela azul.

Ben examinó con cautela el recorrido del puente en busca de fisuras o grietas que pudieran enviarlos directamente a la corriente nocturna del río, pero apenas era posible vislumbrar más que la guía resplandeciente de los raíles entre la maleza y los escombros. El viento arrastraba un rumor enmascarado desde la otra orilla del río. Ben miró a Roshan, que observaba nerviosamente las fauces oscuras de la estación. Éste se acercó hasta los raíles y se agachó junto a ellos, sin apartar la mirada de Jheeter's Gate. El

muchacho posó la palma de la mano sobre la superficie de uno de los raíles y la retiró súbitamente, como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—Está vibrando —dijo, atemorizado—. Como si se acercase un tren.

Ben se acercó y palpó la larga estría de metal. Roshan le miró, ansioso.

—Es la vibración del río contra el puente —le tranquilizó—. No hay ningún tren.

Seth y Michael se aproximaron a ellos mientras Ian se arrodillaba para asegurarse los zapatos con un doble nudo, un ritual que reservaba para las situaciones en que sus nervios se convertían en cables de acero.

Ian alzó la vista y le sonrió tímidamente, sin mostrar ni un ápice del temor que Ben sabía que rezumaba, al igual que en los demás y que en él mismo.

—Yo esta noche haría un nudo triple —bromeó Seth.

Ben sonrió y los miembros en activo de la Chowbar Society intercambiaron una mirada abierta y expectante. Un segundo después, todos procedieron a imitar a Ian y a reforzar los nudos de sus zapatos, conjurando aquel talismán que tan buen resultado había dado a su compañero en otros lances.

Poco después formaron una fila india abierta por Ben y cerrada por Roshan en la retaguardia y se adentraron con precaución en el puente. Ben, aconsejado por Seth, puso esmero en pisar cerca del raíl, donde la estructura del puente era más sólida. A pleno día resultaba sencillo sortear los maderos rotos y ver con antelación las zonas que habían cedido al paso del tiempo y pendían como toboganes directos al centro del río, pero a medianoche y bajo las nubes del temporal que se aproximaba, el trazado se transformaba en un bosque plagado de trampas en el que casi había que avanzar paso a paso, palpando el terreno.

No habían completado apenas una cincuentena de metros, una cuarta parte del recorrido, cuando Ben se detuvo y alzó la mano en señal de alto. Sus compañeros miraron al frente sin comprender. Por un instante permanecieron en silencio, inmóviles sobre las vigas que basculaban gelatinosamente bajo el continuo embate del río que rugía a sus pies.

—¿Qué pasa? —preguntó Roshan desde el final de la formación—. ¿Por qué nos detenemos?

Ben señaló hacia Jheeter’s Gate y todos pudieron ver dos arterias de fuego que se abrían camino hacia ellos sobre los raíles a gran velocidad.

—¡A un lado! —gritó Ben.

Los cinco muchachos se lanzaron al suelo y las dos paredes de fuego cortaron el aire junto a ellos, con la rabia de dos cuchillas de gas encendido.

Su paso produjo un intenso efecto de succión, arrastró consigo trozos del tendido y sembró un rastro de llamas sobre el puente.

—¿Todo el mundo está bien? —preguntó Ian, incorporándose y comprobando que parte de sus ropas humeaban y desprendían vapor.

Los demás asintieron en silencio.

—Aprovechemos para cruzar antes de que se extingan las llamas —sugirió Ben.

—Ben, creo que hay algo debajo del puente —apuntó Michael.

Los demás tragaron saliva. Un extraño sonido repiqueteaba bajo la plancha de metal a sus pies. La visión de unas garras de acero arañando la lámina se iluminó en la mente de Ben.

—Pues no nos quedaremos aquí para comprobarlo —replicó el muchacho —. Rápido.

Los miembros de la Chowbar Society aligeraron el paso y siguieron a Ben serpenteando por el puente hasta su extremo, sin detenerse a mirar atrás. Al pisar de nuevo tierra firme a escasos metros de la entrada a la estación, Ben se volvió e indicó a sus compañeros que se alejasen del entramado metálico.

—¿Qué era eso? —preguntó Ian a su espalda.

Ben se encogió de hombros.

—¡Mirad! —exclamó Seth—. ¡En el centro del puente!

Las miradas de todos se concentraron en aquel punto. Los raíles estaban adquiriendo una tonalidad rojiza que irradiaba en ambas direcciones y desprendía un ligero halo humeante. Al cabo de pocos segundos, ambos raíles empezaron a combarse. La estructura entera del puente empezó a gotear gruesas lágrimas de metal fundido que caían sobre el Hooghly y producían explosiones violentas al impactar con la fría corriente.

Los cinco muchachos asistieron paralizados al sobrecogedor espectáculo de una estructura de acero de más de doscientos metros que se fundía ante sus ojos, como un bloque de manteca en una sartén ardiente. La luz ámbar del metal líquido se sumergió en el río y dibujó una densa pincelada sobre los rostros de los cinco amigos. Finalmente, el rojo incandescente dio paso a un tono metálico opaco, sin brillo, y los dos extremos se abatieron sobre el río como dos sauces de acero que hubieran quedado atrapados en la contemplación de su propia imagen.

El sonido furioso del acero chispeando en el agua se apaciguó lentamente. Entonces los cinco amigos pudieron oír a sus espaldas que la voz de la antigua sirena de Jheeter’s Gate rasgaba la noche de Calcuta por primera vez en dieciséis años. Sin mediar palabra, se volvieron y cruzaron la frontera que

los separaba del fantasmagórico escenario de la partida que se disponían a jugar.

* * *

Isobel abrió los ojos ante el alarido de la sirena que recorrió los túneles imitando la advertencia de un bombardeo. Sus pies y manos estaban sujetos firmemente a dos largas barras de metal herrumbrosas. La única claridad que percibía se filtraba desde la rejilla de un respiradero situado sobre ella. El eco de la sirena se perdió lentamente…

De pronto oyó que algo se arrastraba hacia el orificio de la trampilla. Miró hacia las rendijas de luz y observó que el rectángulo de claridad se oscurecía y la trampilla se abría. Cerró los ojos y contuvo la respiración. El cierre de los ganchos metálicos que la inmovilizaban de pies y manos saltó con un chasquido y sintió una mano de largos dedos que la asía por la base del cuello y la alzaba en vertical a través de la trampilla. La muchacha no pudo evitar gritar de terror y su secuestrador la lanzó contra la superficie del túnel como un peso muerto.

Abrió los ojos y contempló una silueta alta y negra, inmóvil, frente a ella, una figura sin rostro.

—Alguien ha venido por ti —murmuró la faz invisible—. No les hagamos esperar.

Al instante, dos pupilas ardientes se encendieron sobre aquel rostro, fósforos prendiendo en la oscuridad. La figura la agarró por el brazo y la arrastró a través del túnel. Tras lo que le parecieron horas de agónica caminata en la oscuridad, Isobel distinguió la silueta fantasmal de un tren detenido en las sombras. Se dejó arrastrar hasta el vagón de cola y no opuso resistencia cuando fue empujada al interior con fuerza, donde quedó encerrada.

Isobel había caído de bruces sobre la superficie carbonizada del vagón y notó una profunda punzada de dolor en el vientre. Un objeto le había abierto un corte de varios centímetros. Gimió. El terror se apoderó de ella totalmente al percibir unas manos que la aferraban y trataban de darle la vuelta. Gritó y se enfrentó al rostro sucio y exhausto de lo que parecía ser un muchacho todavía más asustado que ella.

—Soy yo, Isobel —murmuró Siraj—. No tengas miedo.

Por primera vez en su vida, Isobel dejó que sus lágrimas fluyesen sin freno frente a Siraj y abrazó el cuerpo huesudo y débil de su amigo.

* * *

Ben y sus compañeros se detuvieron al pie del reloj, con sus agujas caídas, que se alzaba en el andén principal de Jheeter's Gate. A su alrededor se desplegaba un amplio e insondable escenario de sombras y luces angulosas que entraban desde la claraboya de acero y cristal, y que dejaban entrever los rastros de lo que algún día había sido la más suntuosa estación de tren jamás soñada, una catedral de hierro erigida al dios del ferrocarril.

Al contemplarla desde allí, los cinco muchachos pudieron imaginar el semblante que Jheeter's Gate había lucido antes de la tragedia: una majestuosa bóveda luminosa tendida por arcos invisibles que parecían suspendidos del cielo y cubrían hileras e hileras de andenes alineados en curva, en forma de ondas dibujadas por una moneda en un estanque. Grandes carteles que anunciaban las salidas y llegadas de los trenes. Lujosos quioscos de metal labrado y relieves victorianos. Escalinatas palaciegas que ascendían por conductos de acero y cristal hacia los niveles superiores y creaban pasillos suspendidos en el aire. Las multitudes deambulando por sus salas y abordando largos expresos que habrían de llevarlos a todos los puntos del país… De todo aquel esplendor apenas quedaba más que un oscuro reflejo truncado, convertido en el amago de antesala al infierno que sus túneles parecían prometer.

Ian se fijó en las agujas del reloj, deformadas por las llamas, y trató de imaginar la magnitud del incendio. Seth se unió a él; ambos evitaron comentarios.

—Deberíamos separarnos en grupos de dos para esta búsqueda. El lugar es inmenso —indicó Ben.

—No creo que sea una buena idea —replicó Seth, que no podía borrar de su mente la imagen del puente derrumbándose sobre las aguas.

—Aunque lo hiciéramos así, solamente somos cinco —apuntó Ian—. ¿Quién irá solo?

—Yo —respondió Ben.

Los demás le observaron con una mezcla de alivio y preocupación.

—Sigue sin parecerme una buena idea —insistió Seth.

—Ben tiene razón —repuso Michael—. Por lo que hemos visto hasta ahora, poco importa si somos cinco o cincuenta.

—Hombre de pocas palabras, pero siempre llenas de ánimo —comentó Roshan.

—Michael —sugirió Ben—, tú y Roshan podéis registrar los niveles. Ian y Seth se ocuparán de este nivel.

Nadie parecía dispuesto a discutir el reparto de destinos. Tan poco apetecible parecía uno como otro.

—Y tú, ¿dónde piensas buscar? —preguntó Ian, intuyendo la respuesta.

—En los túneles.

—Con una condición —indicó Seth, tratando de imponer el sentido común.

Ben asintió.

—Sin heroísmos ni estupideces —explicó Seth—. El primero que vea un indicio de algo se para, marca el lugar y vuelve a buscar al resto.

—Suena razonable —convino Ian.

Michael y Roshan asintieron de buen grado.

—¿Ben? —solicitó Ian.

—De acuerdo —murmuró el chico.

—No lo hemos oído —insistió Seth.

—Prometido —dijo Ben—. Nos encontraremos aquí dentro de media hora.

—El cielo te oiga —dijo Seth.

* * *

En la memoria de Sheere, las últimas horas se transformaron en apenas unos segundos, durante los que su mente parecía haber sucumbido a los efectos de una poderosa droga que había nublado sus sentidos y la había precipitado a un abismo sin fondo. Recordaba vagamente sus esfuerzos vanos por zafarse de la presión implacable de aquella silueta ígnea que la había arrastrado a través de una interminable retícula de conductos, más oscuros que la noche cerrada. Recordaba también, como una escena extraída de un episodio lejano y confuso, el rostro de Ben debatiéndose en el suelo de una casa cuyos contornos le resultaban familiares, aunque ignoraba cuánto tiempo había transcurrido desde entonces. Tal vez una hora, una semana o un mes.

Cuando recobró la conciencia de su propio cuerpo y de las magulladuras que la lucha había dejado en él, Sheere comprendió que llevaba ya despierta unos segundos y que el escenario que la rodeaba no formaba parte de su pesadilla. Se encontraba en el interior de una estancia larga y profunda, flanqueada por dos hileras de ventanales a través de los cuales se aventuraba cierta claridad lejana que permitía adivinar los restos de lo que parecía un

estrecho salón. Los esqueletos destrozados de tres pequeñas lámparas de cristal pendían del techo igual que arbustos secos. Los restos de un espejo astillado brillaban en la penumbra tras un mostrador que sugería el aspecto de un bar de lujo. Un bar de lujo, sin embargo, devorado por una furia incendiaria inmisericorde.

Trató de incorporarse y, al tiempo que comprobaba que la cadena que le sujetaba las muñecas a la espalda estaba trabada en una estrecha tubería, comprendió instintivamente dónde se hallaba: en el interior de un tren varado en las galerías subterráneas de Jheeter's Gate. La oscura certidumbre de su paradero dejó caer sobre ella una lluvia de agua helada que la despertó del sopor y el aturdimiento que pesaban sobre su mente.

Forzó la vista y trató de encontrar, entre la masa oscura de mesas caídas y restos del incendio, alguna herramienta que pudiera servirle para liberarse de sus ataduras. El interior del vagón devastado no parecía contener más que vestigios carbonizados e inservibles que habían sobrevivido milagrosamente. Forcejeó exasperada sin obtener más resultado que un endurecimiento en las ataduras que la retenían.

Dos metros frente a ella, una masa negra que había tomado desde el principio por una pila de escombros se volvió repentinamente, con la celeridad de un gran felino que hubiera permanecido inmóvil. Una sonrisa luminosa se encendió sobre un rostro invisible en la sombra. Su corazón dio un vuelco y la figura se acercó hasta un palmo escaso de su rostro. Los ojos de Jawahal resplandecieron como brasas al viento, y Sheere percibió el hedor ácido y penetrante de la gasolina quemada.

—Bien venida a lo que queda de mi hogar, Sheere —murmuró Jawahal fríamente—. ¿Es así como te llamas, no?

Sheere asintió, paralizada por el terror que le inspiraba aquella presencia.

—No debes temer nada de mí —dijo Jawahal.

La chica reprimió las lágrimas que pugnaban por escapar a su control; no pensaba rendirse tan pronto. Cerró los ojos con fuerza y respiró entrecortadamente.

—Mírame cuando te hablo —dijo Jawahal en un tono que le heló la sangre.

Sheere abrió los ojos lentamente y comprobó con horror que la mano de Jawahal se acercaba a su rostro. Sus largos dedos, protegidos por un guante negro, acariciaron su mejilla y le apartaron los mechones de cabello que caían sobre su frente con suma delicadeza. Los ojos de su secuestrador parecieron palidecer por un segundo.

—Te pareces tanto a ella… —susurró Jawahal.

Repentinamente, la mano se retiró al igual que un animal asustado, y Jawahal se incorporó. Sheere notó que las ligaduras a su espalda cedían y sus manos quedaban libres.

—Levántate y sígueme —ordenó.

Sheere obedeció dócilmente y dejó que Jawahal abriera el paso. En cuanto la oscura silueta se hubo adelantado un par de metros entre los escombros del vagón, echó a correr en dirección opuesta tan rápidamente como sus músculos entumecidos se lo permitieron. La muchacha atravesó el vagón atropelladamente y se lanzó contra la puerta que separaba los coches del convoy y los conectaba a través de una pequeña plataforma al aire libre. Posó su mano sobre la manilla de acero ennegrecido y presionó con fuerza. El metal cedió como arcilla de moldear y Sheere contempló atónita cómo se convertía en cinco afilados dedos que la asieron por la muñeca. Lentamente, la lámina de la puerta se dobló sobre sí misma y adquirió la forma de una estatua brillante de cuyo rostro liso emergieron los rasgos de Jawahal. Sus rodillas flaquearon y cayó postrada frente a él. Jawahal la alzó en el aire y la muchacha leyó la ira contenida en sus ojos.

—No trates de huir de mí, Sheere. Muy pronto, tú y yo seremos un solo ser. Yo no soy tu enemigo. Soy tu futuro. Cruza a mi lado o, de lo contrario, esto es lo que sucederá contigo.

Jawahal tomó del suelo los restos de una copa de cristal rota, los rodeó con sus dedos y presionó con fuerza. El cristal se fundió bajo su puño y derramó entre los dedos gruesas gotas de vidrio líquido que cayeron sobre la superficie del vagón formando un espejo de llamas entre los escombros. Jawahal soltó a Sheere y la dejó caer a escasos centímetros del cristal humeante.

—Ahora, haz lo que te he dicho.

* * *

Seth se arrodilló frente a lo que parecía una lámina brillante sobre el suelo en la sección central de la estación y la palpó con la yema de los dedos. El líquido estaba tibio, era espeso y tenía la textura del aceite derramado.

—Ian, ven a ver esto —llamó Seth.

El joven se acercó y se arrodilló junto a él. Seth le mostró sus dedos impregnados en aquella sustancia viscosa. Ian humedeció la punta de su dedo

índice y, tras comprobar la consistencia frotándola con el pulgar, olfateó la sustancia.

—Es sangre —dictaminó el aspirante a médico.

Seth palideció súbitamente y se limpió los dedos en la pernera del pantalón con impaciencia.

—¿Isobel? —preguntó Seth apartándose del charco y reprimiendo las náuseas que ascendían desde la boca de su estómago.

—No lo sé —respondió Ian, desconcertado—. Es reciente o eso parece.

El muchacho se incorporó y miró alrededor de la amplia mancha oscura.

—No hay marcas alrededor. Ni huellas —murmuró.

Seth le miró, sin comprender el alcance de aquella apreciación.

—Quienquiera que hubiera perdido toda esa sangre no podría ir muy lejos sin dejar un rastro —explicó Ian—, aunque lo hubiesen arrastrado. No tiene sentido.

Seth sopesó la teoría de su amigo y rodeó los restos de sangre, corroborando la observación de que no había marcas o señales que partiesen de él en varios metros a la redonda. Ambos amigos se reunieron de nuevo e intercambiaron una mirada de extrañeza. Repentinamente, una sombra de incertidumbre asomó en los ojos de Ian y Seth cazó al vuelo la idea que acababa de cruzar la mente de su amigo. Despacio, ambos alzaron la cabeza y miraron en dirección a la bóveda que se elevaba en la oscuridad.

Ian y Seth escrutaron las sombras superiores de la gran sala y su mirada se detuvo sobre la estructura de una gran araña de cristal que pendía de su centro. Desde uno de los extremos, una soga blanca sujetaba un cuerpo envuelto en un manto brillante que se balanceaba lentamente en el vacío. Ambos tragaron saliva.

—¿Está muerto? —preguntó tímidamente Seth.

Ian mantuvo la mirada fija en el macabro hallazgo y se encogió de hombros.

—¿No deberíamos avisar a los demás? —apuntó Seth nerviosamente.

—Tan pronto como averigüemos quién es —replicó Ian—. Si la sangre es suya, y todo parece indicar que así es, puede que aún viva. Vamos a descolgarlo.

Seth entornó los ojos. Había esperado que algo semejante sucediese tan pronto como habían cruzado el puente, pero constatar que su predicción era cierta reforzó la náusea que le bailaba en la garganta. El muchacho respiró profundamente y optó por no meditar más al respecto.

—De acuerdo —convino Seth, resignado—. ¿Cómo?…

Ian examinó la parte superior de la sala y advirtió que existía una plataforma metálica que rodeaba su perímetro a unos quince metros de altura. Desde allí partía un estrecho conducto hasta la araña de cristal, apenas una pasarela, probablemente destinada al mantenimiento y limpieza de la estructura.

—Subiremos hasta ese pasillo y lo descolgaremos —señaló Ian.

—Uno de nosotros tendría que quedarse aquí para atenderlo —precisó Seth—, y creo que deberías ser tú.

Ian observó detenidamente a su compañero.

—¿Estás seguro de que quieres subir solo?

—Me muero de ganas… —replicó Seth—. Espera aquí. Y no te muevas.

Ian asintió y vio partir a Seth en dirección a la escalinata que ascendía al nivel superior de Jheeter's Gate. Tan pronto como las sombras engulleron a su compañero y el sonido de sus pasos se alejó escaleras arriba, examinó la oscuridad a su alrededor.

Las brisas que escapaban de los túneles siseaban en sus oídos y arrastraban pequeños fragmentos de escombros sobre el suelo. Ian alzó de nuevo la vista y trató de reconocer aquella figura que giraba suspendida sin conseguirlo. La sola idea de que pudiera tratarse de Isobel, Siraj o Sheere no osaba insinuarse en su mente. De súbito, un reflejo fugaz pareció iluminar la superficie del charco a sus pies, pero cuando Ian bajó la mirada, ya no había nada.

* * *

Jawahal arrastró a Sheere a través del pasadizo fantasmal que formaba aquel tren detenido en el túnel hasta el vagón de cabeza, que precedía a la locomotora. Una intensa lumbre anaranjada asomaba bajo las compuertas del vagón, y el rumor furioso de una caldera rugía en su interior. Sheere sintió que la temperatura aumentaba vertiginosamente a su alrededor y que todos los poros de su piel se abrían al contacto del aire ardiente y abrasador que exhalaba aquel lugar.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Sheere, alarmada.

Jawahal cerró sus dedos sobre su brazo como un grillete y tiró de ella con fuerza.

—La máquina de fuego —respondió Jawahal abriendo la puerta y empujando a la muchacha al interior—. Ésta es mi casa y mi cárcel. Pero muy

pronto todo eso cambiará gracias a ti, Sheere. Después de todos estos años, nos hemos reunido de nuevo. ¿No es eso lo que siempre has deseado?

Sheere se protegió el rostro de la bocanada de calor mordiente que le asaltó súbitamente y observó entre sus dedos el interior de aquel vagón. Una gigantesca maquinaria formada por grandes calderas metálicas unidas a un interminable alambique de tuberías y válvulas rugía frente a ella amenazando con estallar por los aires. De entre las junturas de aquel monstruoso ingenio exhalaban furiosos escapes de vapor y gas, que adquirían el intenso tinte cobrizo que revestía las paredes del vagón. Sobre una plancha de metal que sostenía todo un juego de llaves de presión y manómetros, Sheere reconoció una figura labrada en el hierro que representaba una águila alzándose majestuosamente de entre las llamas. Bajo la efigie del ave, Sheere advirtió unas palabras grabadas en un alfabeto que desconocía.

—El Pájaro de Fuego —dijo Jawahal junto a ella—, mi álter ego.

—Mi padre construyó esta máquina… —murmuró Sheere—. Usted no tiene ningún derecho a utilizarla. No es más que un ladrón y un asesino.

Jawahal la observó pensativo y se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué mundo hemos construido donde ya ni los ignorantes pueden ser felices? —preguntó—. Despierta, Sheere.

La muchacha se volvió a contemplar con desprecio a Jawahal.

—Usted le mató… —dijo dirigiéndole una intensa mirada de odio.

Los labios de Jawahal se encogieron en una mueca silenciosa y grotesca. Segundos más tarde, Sheere comprendió que se estaba riendo. Mientras lo hacía, Jawahal la empujó suavemente contra la pared ardiente del vagón y la señaló con un dedo acusador.

—Quédate ahí y no te muevas —ordenó.

Sheere observó a Jawahal acercarse a la palpitante maquinaria del Pájaro de Fuego y vio que posaba las palmas de las manos sobre el metal ardiente de las calderas. Sus manos se adhirieron a la plancha y la chica pudo oler el hedor a piel chamuscada entre el espeluznante sonido que producía la carne al quemarse. Jawahal entreabrió lentamente los labios y las nubes de vapor que flotaban en el vagón parecieron adentrarse en sus entrañas. Luego se volvió y sonrió ante el rostro horrorizado de la joven.

—¿Te asusta jugar con fuego? Entonces jugaremos a otra cosa. No podemos decepcionar a tus amigos.

Sin esperar réplica, Jawahal se apartó de las calderas y se dirigió hasta el extremo del vagón, donde cogió un gran cesto de mimbre con el que se acercó a Sheere sosteniendo una inquietante sonrisa en los labios.

—¿Sabes cuál es el animal que más se parece al hombre? —le preguntó amablemente.

Sheere negó con la cabeza.

—Veo que la educación que te ha proporcionado tu abuela es más pobre de lo que cabría suponer. La ausencia de un padre es irreparable…

Abrió el cesto e introdujo el puño en el interior. Sus ojos despidieron un brillo malicioso. Cuando lo extrajo, sostenía en sus manos el cuerpo sinuoso y brillante de una serpiente. Un áspid.

—Éste es el animal más parecido al hombre. Se arrastra y cambia de piel a conveniencia. Roba y se come las crías de otras especies en sus propios nidos, pero es incapaz de enfrentarse a ellos en una lucha limpia. Su especialidad, con todo, es aprovechar la menor oportunidad para asestar su picadura letal. Sólo tiene veneno para una mordedura y necesita horas para rehacerse, pero aquel que lleva su marca está condenado a una muerte lenta y segura. Mientras el veneno penetra por las venas, el corazón de la víctima late cada vez más despacio, hasta detenerse. Incluso esta pequeña bestia, en su mezquindad, dispone de un cierto gusto por la poesía, como el hombre. Aunque ella, a diferencia de éste, nunca mordería a sus semejantes. Un fallo, ¿no crees? Tal vez por eso hayan acabado sirviendo de divertimento callejero de faquires y curiosos. Todavía no está a la altura del rey de la creación.

Jawahal acercó el reptil a Sheere y la muchacha se apretó contra la pared. De inmediato sonrió complacido ante la mirada de terror que advirtió en sus ojos.

—Siempre tememos a lo que más se nos parece. Pero no te preocupes —la tranquilizó Jawahal—, no es para ti.

Luego tomó una pequeña caja de madera roja e introdujo la serpiente en su interior. Sheere respiró con más calma una vez que el reptil estuvo fuera de su campo de visión.

—¿Qué piensa hacer con ella?

—Como he dicho, es para llevar a cabo un pequeño juego —explicó Jawahal—. Esta noche tenemos invitados y debemos procurarles toda suerte de entretenimientos.

—¿Qué invitados? —preguntó la chica, rogando que Jawahal no confirmase sus peores temores.

—Una cuestión superflua, querida Sheere. Reserva tus preguntas para los verdaderos interrogantes. Como, por ejemplo, ¿verán nuestros amigos la luz del día?, o, ¿cuánto tarda el beso de nuestra pequeña amiga en templar un corazón sano y joven, rebosante de la salud de los dieciséis años? La retórica

nos enseña que eso son preguntas con sentido y estructura. Si no sabes expresarte, Sheere, no sabes pensar. Y si no sabes pensar, estás perdida.

—Esas palabras pertenecen a mi padre —acusó Sheere—. Él las escribió.

—Entonces veo que ambos leemos los mismos libros. ¿Qué mejor principio para una amistad eterna, querida Sheere?

La chica asistió en silencio al pequeño discurso de Jawahal sin apartar la vista de la caja de madera roja que cobijaba al áspid, imaginando su cuerpo escamoso retorciéndose en el interior. Jawahal alzó las cejas.

—Bien —concluyó—, ahora deberás disculparme si me ausento unos momentos para ultimar el recibimiento de nuestros huéspedes. Ten paciencia y espérame. Valdrá la pena.

Acto seguido, Jawahal asió de nuevo a Sheere y la condujo hasta un minúsculo cubículo al que se accedía por una estrecha puerta practicada en uno de los muros del túnel y que en otro momento había hecho las veces de cuarto para cobijar las clavijas de seguridad del cambio de vías. Empujó a la muchacha al interior y depositó la caja roja a sus pies. Sheere le miró suplicante, pero Jawahal cerró la puerta frente a ella y la dejó en la más absoluta de las oscuridades.

—Sáqueme de aquí, por favor —suplicó.

—Te sacaré muy pronto, Sheere —susurró la voz de Jawahal al otro lado de la puerta—. Y entonces nadie nos separará.

—¿Qué quiere hacer conmigo?

—Voy a vivir dentro de ti, Sheere. En tu mente, en tu alma y en tu cuerpo —respondió Jawahal—. Antes de que amanezca, tus labios serán los míos y tus ojos verán lo que yo vea. Mañana serás inmortal, Sheere. ¿Quién podría pedir más?

La muchacha gimió en la oscuridad.

—¿Por qué hace usted todo esto? —suplicó.

Jawahal guardó silencio unos instantes.

—Porque te quiero, Sheere… —respondió—. Y ya conoces el dicho: siempre matamos aquello que más amamos.

* * *

Tras una interminable espera, Seth apareció finalmente al pie de la plataforma que rodeaba la parte superior de la sala. Ian suspiró, aliviado.

—¿Dónde te habías metido? —exigió.

Su voz rebotó en la sala, formando un extraño diálogo con su propio eco. Sus escasas esperanzas de pasar desapercibidos durante el registro se estaban esfumando a toda prisa.

—No es fácil llegar hasta aquí —voceó Seth—. Este lugar es el peor nido de corredores y pasillos oscuros, quitando las pirámides de Egipto. Da gracias que no me haya perdido.

Ian asintió e indicó a Seth que se dirigiera al conducto que se internaba en el corazón de la araña de cristal. Seth recorrió la plataforma y se detuvo a su inicio.

—¿Algo va mal? —preguntó Ian observando a su compañero, situado a unos diez metros sobre él.

Seth negó con la cabeza y siguió caminando sobre la estrecha pasarela hasta detenerse de nuevo a dos metros del cuerpo que pendía de la soga. Se aproximó lentamente hasta el borde y se inclinó a examinar el cuerpo. Ian observó que el rostro de su compañero se desencajaba.

—¿Seth? ¿Qué ocurre, Seth?

Los cinco segundos siguientes transcurrieron a velocidad vertiginosa e Ian no pudo sino asistir al terrible espectáculo que se desplegaba ante sus ojos y registrar cada uno de sus detalles sin disponer de tiempo para reaccionar. Seth se arrodilló para desatar la soga que sujetaba el cuerpo, pero, al asirla, la cuerda se enroscó entre sus piernas como una serpiente y el cuerpo inerte se precipitó al vacío. Ian contempló que la cuerda que había sostenido el cuerpo tiraba de su amigo con una violenta sacudida y le arrastraba hacia las tinieblas de la bóveda, como a un títere indefenso. Seth, sujeto por la pierna, forcejeaba inútilmente y gritaba pidiendo ayuda mientras su cuerpo se elevaba en vertical a escalofriante velocidad y desaparecía de la vista.

Mientras eso sucedía, el cuerpo que había caído al vacío se precipitó sobre el charco de sangre. Ian observó que, bajo el manto brillante que lo envolvía, apenas quedaban los restos de un esqueleto cuyos huesos estallaron al impactar con el suelo y se disolvieron en polvo; el manto cubrió la mancha oscura y la absorbió. Ian reaccionó y se aproximó a él. Al examinarlo, reconoció aquel manto que había creído ver tantas ocasiones en el St. Patrick’s durante sus noches de insomnio, sobre los hombros de aquella dama de luz que visitaba a su amigo Ben en sueños.

Alzó de nuevo la mirada en busca de algún rastro de su amigo Seth, pero la oscuridad impenetrable lo había devorado y no quedaba más vestigio de su presencia que el eco moribundo de sus gritos recorriendo los recovecos de la bóveda catedralicia.

* * *

—¿Has oído eso? —preguntó Roshan deteniéndose a escuchar los gritos que parecían provenir de las entrañas de la gigantesca estructura.

Michael asintió. El eco de los gritos se desvaneció y pronto ambos quedaron de nuevo envueltos en el intermitente tintineo que producían las gotas de la llovizna al impactar contra la parte superior de la bóveda bajo la que se encontraban. Habían ascendido hasta el último nivel de Jheeter's Gate, y una vez allí habían descubierto el insólito espectáculo de la gran estación desde las alturas. Los andenes y las vías aparecían lejanos y el preciosista entramado de arcos y niveles superpuestos se apreciaba con mucha mayor claridad desde aquel punto.

Michael se detuvo al borde de una balaustrada metálica que se adentraba en el vacío sobre la vertical del gran reloj bajo el que habían cruzado al penetrar en la estación. Su percepción pictórica le permitió apreciar el hipnótico efecto óptico que insinuaba la fuga de cientos de vigas combadas desde el centro geométrico de la cúpula y que parecían perderse en una curva infinita que jamás llegaba al suelo. Desde aquella atalaya privilegiada, el espectador experimentaba la sensación de que la estación ascendía hacia el cielo, trazando una insondable torre de Babel que se adentraba en las nubes y se retorcía entre ellas como una columna bizantina. Roshan se unió a él y echó un breve vistazo a la vertiginosa visión que parecía embrujar a su amigo.

—Te vas a marear. Venga, sigamos.

Michael alzó la mano en señal de protesta.

—No, espera. Ven aquí.

Roshan se asomó fugazmente al borde de la balaustrada.

—Si miro otra vez, me caeré.

Una enigmática sonrisa afloró a los labios de Michael. Roshan observó a su compañero, preguntándose qué era lo que sus ojos habrían descubierto.

—¿No te das cuenta, Roshan? —preguntó Michael.

Su amigo negó con la cabeza.

—Explícamelo.

—Esta estructura —indicó Michael—. Si observas la fuga desde ese punto de la cúpula, te darás cuenta.

Roshan trató de seguir las indicaciones de Michael, pero el objeto de sus observaciones ni siquiera se le insinuaba.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Es muy sencillo. Esta estación, toda la estructura de Jheeter's Gate, no es más que una inmensa esfera de la que sólo vemos la parte que emerge de la superficie. La torre del reloj está situada directamente en la vertical del centro de la cúpula, como un asomo del radio.

Roshan absorbió las palabras de Michael con parsimonia.

—Bien. Es una condenada pelota —admitió—. ¿Y qué?

—¿Sabes la dificultad técnica que entraña construir una estructura como ésta? —preguntó Michael.

Su compañero negó de nuevo con la cabeza.

—Deduzco que considerable —dijo.

—Radical —sentenció Michael, desempolvando el adjetivo que reservaba al súmmum de los superlativos—. ¿Por qué motivo alguien diseñaría una estructura como ésta?

—No estoy muy seguro de querer saber la respuesta —replicó Roshan—. Bajemos al nivel inferior. Aquí no hay nada.

Michael asintió, ausente, y siguió a Roshan en dirección a la escalinata.

El subnivel inferior que se extendía bajo la plataforma de observación de la cúpula apenas medía metro y medio de altura y estaba virtualmente inundado por las aguas filtradas de las lluvias que habían empezado a caer sobre Calcuta desde inicios de mayo. La superficie del suelo, casi bajo un palmo de agua estancada y corrompida que emitía un vapor fétido y nauseabundo, estaba cubierta por una masa de fango y escombros, descompuestos por la acción de las filtraciones durante más de una década. Michael y Roshan, agachados para poder introducirse en el angosto subnivel, avanzaban trabajosamente entre el lodo que los cubría hasta el tobillo.

—Este lugar es peor que las catacumbas —comentó Roshan—. ¿Por qué demonios este piso es tan condenadamente bajo? Hace siglos que la gente no mide metro y medio.

—Probablemente ésta era una zona restringida —respondió Michael—. Quizá albergue parte del sistema de pesos que compensan la bóveda. Procura no tropezar. A lo mejor se viene todo abajo.

—¿Eso es una broma?

—Sí —repuso escuetamente Michael.

—Es el tercer chiste que te oigo contar en seis años —comentó Roshan—. Y es el peor.

Michael no se molestó en contestar y siguió avanzando lentamente a través de aquel paradójico pantano elevado en las alturas. El hedor de las aguas corrompidas empezaba a martillearle el cerebro y comenzó a

contemplar la posibilidad de sugerir que diesen la vuelta de nuevo y descendiesen a otro nivel, puesto que dudaba que nada ni nadie se ocultase en aquel lodazal inexpugnable.

—¿Michael? —preguntó la voz de Roshan, perdida unos metros más atrás.

El joven se volvió y advirtió la silueta de Roshan encorvada junto a un tramo oblicuo de una gran viga metálica.

—Michael —dijo Roshan en tono desconcertado—, ¿puede ser que esta viga se esté moviendo o son imaginaciones mías?

Michael supuso que su amigo también había inhalado aquellos vapores putrefactos demasiado tiempo y se dispuso a abandonar definitivamente el subnivel cuando oyó un fuerte estruendo en el otro extremo del piso. Ambos se volvieron al unísono y clavaron los ojos el uno en el otro. El sonido estalló de nuevo, esta vez con movimiento, y los dos muchachos observaron que algo avanzaba hacia ellos a gran velocidad, sumergido en el fango y levantando a su paso una estela de desperdicios y agua sucia que se estrellaban contra el techo bajo. Los dos muchachos, sin esperar un segundo, se lanzaron a toda prisa hacia la puerta de salida, avanzando tan rápidamente como podían hacerlo, agachados y sorteando una capa de barro y agua de treinta centímetros.

Antes de que pudieran alejarse más de unos pocos metros de allí, el objeto sumergido los rebasó a toda velocidad, describió una curva cerrada a su alrededor y enfiló de nuevo en línea recta en dirección a ellos. Roshan y Michael se separaron y cada uno corrió en direcciones opuestas, tratando de distraer la atención de lo que fuera que les estaba dando caza implacablemente. La criatura oculta bajo el lodo se dividió en dos mitades y cada una de ellas se lanzó en una vertiginosa persecución tras los muchachos.

Michael, jadeante y perdiendo el resuello, se volvió medio segundo para comprobar si aún le seguían y sus pies impactaron con un escalón sumergido en el barro. Su cuerpo cayó sobre la superficie cenagosa y las aguas fétidas le engulleron. Cuando emergió y abrió los ojos mordidos por el escozor, una columna de lodo se alzaba lentamente frente a él, semejante a una figura de chocolate caliente vertida desde una jarra invisible. Michael se arrastró entre el barro y sus manos resbalaron de nuevo, dejándole tendido sobre el lodo.

La figura de barro desplegó dos largos brazos, en cuyo extremo brotaron dedos largos y combados en grandes anzuelos de metal. Michael asistió aterrado a la formación de aquel siniestro golem y contempló que del tronco se alzaba una cabeza, en cuyo rostro se dibujaron unas grandes fauces

surcadas de colmillos largos y afilados como cuchillos de caza. La figura se solidificó al instante y la arcilla seca desprendió una cortina de vaho. Michael se incorporó y oyó que la estructura de lodo crujía, mientras cientos de grietas se extendían sobre ella. Las fisuras del rostro se expandieron lentamente y los ojos de fuego de Jawahal se encendieron sobre él. La arcilla seca se desplomó en un mosaico de infinitas piezas. Jawahal asió a Michael por la garganta y acercó al muchacho a su rostro.

—¿Eres tú el dibujante? —preguntó alzando a Michael en el aire.

Él asintió.

—Bien —dijo Jawahal—. Tienes suerte, hijo. Hoy verás cosas que mantendrán tu lápiz ocupado durante el resto de tu vida. Suponiendo, claro está, que vivas para dibujarlas.

Roshan corrió hacia la puerta de salida sintiendo el latigazo de la adrenalina por sus venas como un reguero de gasolina encendida. Cuando apenas le separaban dos metros de la vía de escape, saltó y cayó de bruces sobre la superficie nítida y libre de barro de la galería de distribución. Al incorporarse, su primer impulso fue el de seguir corriendo hasta que su corazón se deshiciese como la mantequilla. El instinto adquirido en sus años previos a ingresar en el St. Patrick's como ladronzuelo callejero en la jungla de Calcuta no se había extinguido.

Sin embargo, algo le detuvo. Había perdido el rastro de Michael cuando ambos se habían separado en el interior del subnivel y ahora ni siquiera oía los gritos de su amigo corriendo desesperadamente por su vida. Roshan ignoró las advertencias que profería su sentido común y se acercó de nuevo hasta la entrada del subnivel. No había señal de Michael ni de la criatura que los había perseguido. Roshan sintió algo parecido al impacto de un puño de acero en el estómago al comprender que su perseguidor había ido tras Michael y que, gracias a eso, él estaba ahora sano y salvo. Se asomó al interior y trató de encontrar de nuevo a su amigo.

—¡Michael! —gritó con fuerza.

Sus palabras se perdieron sin respuesta.

Roshan suspiró abatido mientras se preguntaba cuál sería su siguiente paso: ir a buscar a los demás y abandonar a Michael en aquel lugar o entrar a por él. Ninguna de las alternativas parecía ofrecer grandes visos de éxito, pero alguien había decidido ya por él. Dos largos brazos de lodo emergieron de la puerta a ras de suelo, dos proyectiles dirigidos a sus pies. Las garras se cerraron sobre sus tobillos. Roshan intentó liberarse de la presa, pero los dos

brazos tiraron de él con fuerza, consiguieron derribarle y lo arrastraron de nuevo al interior del subnivel como un niño haría con un juguete roto.

* * *

De los cinco muchachos que habían prometido reunirse bajo el reloj al cabo de media hora, el único en acudir a la cita fue Ian. Nunca la estación le había parecido tan desierta como en aquel momento. La angustia que le producía la incertidumbre del destino de Seth y de sus amigos le asfixiaba sin remedio. Aislado en aquel lugar fantasmal no era difícil imaginar que él era el único que todavía no había caído en las garras de su siniestro anfitrión.

Ian escrutó nerviosamente la estación desolada en todas direcciones, preguntándose qué debía hacer: esperar allí inmóvil o ir en busca de ayuda en mitad de la noche. La llovizna que se filtraba empezaba a formar pequeñas goteras que caían desde alturas insondables. Ian tuvo que hacer una llamada a la serenidad para apartar de su mente la idea de que aquellas gotas que se estrellaban sobre los raíles no eran sino la sangre de su amigo Seth, que se balanceaba en la oscuridad.

Por enésima vez, alzó la vista hacia la bóveda con la vana esperanza de adivinar algún indicio del paradero de Seth. Las agujas del reloj mostraban su sonrisa fláccida y las gotas de la lluvia se deslizaban lentamente sobre la esfera, formando canalillos brillantes entre las cifras en relieve. Ian suspiró. Sus nervios empezaban a traicionarle y supuso que, si no obtenía un signo inmediato de la presencia de sus amigos, se internaría él mismo en la red subterránea tras los pasos de Ben. No se le antojaba una idea particularmente inteligente, pero la baraja de alternativas estaba más desprovista de ases que nunca. Fue entonces cuando oyó el chasquido de algo que se acercaba desde la boca de uno de los túneles y respiró aliviado, al comprobar que no estaba solo.

Se aproximó al extremo del andén y observó la forma incierta que afloraba bajo el dintel del túnel. Un incómodo cosquilleo le recorrió la nuca. Una vagoneta se acercaba lentamente, impulsada por la inercia. Sobre ella se distinguía una silla y en ella, inmóvil, una silueta con la cabeza oculta en una capucha negra. Ian tragó saliva. La vagoneta desfiló lentamente frente a él hasta detenerse por completo. Permaneció clavado en el suelo contemplando la figura paralizada y se sorprendió dando voz temblorosa a la sospecha que albergaba en su corazón.

—¿Seth? —gimió.

La figura sobre la silla no movió un músculo. Ian se acercó hasta el extremo de la vagoneta y saltó al interior. No había señal de movimiento alguno en su ocupante. Recorrió con lentitud agónica la distancia que le separaba de él hasta detenerse a unos centímetros de la silla.

—¿Seth? —murmuró de nuevo.

Un extraño sonido emergió bajo la capucha, similar a un rechinar de dientes. Ian sintió que el estómago se le encogía hasta el tamaño de una pelota de críquet. El sonido amortiguado se repitió de nuevo. Asió la capucha y contó mentalmente hasta tres; luego cerró los ojos y tiró de ella.

Cuando los abrió de nuevo, un rostro sonriente e histriónico le observaba con una mirada desorbitada. La capucha se le cayó de las manos. Era un muñeco de rostro blanco como la porcelana y dos grandes rombos negros pintados sobre los ojos, cuyo vértice inferior descendía por las mejillas en una lágrima de alquitrán.

El muñeco rechinó los dientes mecánicamente. Ian examinó la grotesca figura de aquel arlequín de feria ambulante y trató de dilucidar qué se ocultaba tras aquella excéntrica maniobra. Con cautela, alargó su mano hasta el rostro de la figura y trató de examinarla en busca del mecanismo que parecía sustentar su movimiento.

Con celeridad felina, el brazo derecho del autómata cayó sobre el suyo y, antes de que pudiera reaccionar, Ian comprobó que su muñeca izquierda estaba presa de la anilla de unas esposas. La otra anilla rodeaba el brazo del muñeco. El muchacho tiró con fuerza, pero el muñeco estaba asido a la vagoneta y se limitó a rechinar los dientes de nuevo. Forcejeó desesperadamente y, cuando comprendió que no se libraría de aquella atadura por sí solo, la vagoneta ya había empezado a moverse; esta vez, sin embargo, de vuelta a la oscura boca del túnel.

* * *

Ben se detuvo en una intersección entre dos túneles y por un segundo estimó la posibilidad de que tal vez había cruzado dos veces por el mismo sitio. Desde el momento en que se había adentrado en los túneles de Jheeter’s Gate, aquélla estaba empezando a resultar una sensación recurrente e intranquilizadora. Extrajo uno de los fósforos que economizaba con criterio espartano y lo encendió arañando suavemente la pared con la punta. La débil penumbra a su alrededor se tiñó con la cálida luz de la lumbre. Ben examinó

la unión del túnel surcado por los raíles y el amplio respiradero que lo atravesaba perpendicularmente.

Una bocanada de aire polvoriento apagó la llama del fósforo y Ben regresó a aquel mundo de penumbras en el que, por mucho que caminase en una u otra dirección, nunca parecía llegar a ninguna parte. Empezaba a sospechar que tal vez se había extraviado y que, si persistía en adentrarse más en aquel complejo mundo subterráneo, podía llegar a tardar horas, o días, en salir. El sentido común le aconsejaba con prudencia deshacer sus pasos y volver en dirección a la sección principal de la estación. Por más que trataba de visualizar mentalmente el laberinto de túneles y el enrevesado sistema de ventilación e intercomunicación entre las galerías adyacentes, no conseguía eludir la absurda sospecha de que aquel lugar se movía a su alrededor; ensamblar en la oscuridad nuevos caminos sólo le conduciría al punto de partida.

Resuelto a no dejarse aturdir por la confusa red de galerías, dio la vuelta y apretó el paso, preguntándose si ya se habría cumplido el plazo de tiempo que habían acordado para reunirse de nuevo bajo el reloj de la estación. Mientras deambulaba por los interminables conductos de Jheeter’s Gate, imaginó que tal vez existía una extraña ley física que demostraba que, en la ausencia de luz, el tiempo corría más deprisa.

Ben empezaba a tener la sensación de haber recorrido millas enteras en la oscuridad cuando la diáfana claridad que emanaba del espacio abierto bajo la gran cúpula de Jheeter’s Gate se insinuó al límite de la galería. Respiró aliviado y corrió hacia la luz con la certeza de haber escapado de la pesadilla del laberinto tras un interminable peregrinaje.

Pero cuando rebasó finalmente la boca del túnel y enfiló el estrecho canal que se prolongaba entre los dos andenes colindantes, su inyección de optimismo se le reveló fugaz y pronto una nueva sombra de inquietud se abatió sobre él. La estación aparecía desolada y no había rastro alguno de los restantes miembros de la Chowbar Society.

Se aupó de un salto hasta el andén y recorrió la cincuentena escasa de metros que le separaban de la torre del reloj con la sola compañía del eco de sus propios pasos y el rumor amenazador de la tormenta eléctrica. Rodeó la torre y se detuvo al pie de la gran esfera, con sus agujas deformadas. No necesitaba reloj para intuir que el período que habían determinado sus compañeros para reunirse en aquel punto había prescrito ampliamente.

Se apoyó contra la pared de ladrillo ennegrecido de la torre y constató que su idea de separar al grupo en pos de una mayor eficacia en la búsqueda no

parecía haber dado el fruto esperado. La única diferencia entre aquel instante y el momento en que había cruzado el umbral de Jheeter's Gate era que ahora estaba solo; al igual que a Sheere, había perdido al resto de sus compañeros.

La tormenta lanzó un furioso rugido como si hubiese partido el cielo en dos de una dentellada. Ben decidió empezar a buscar a sus amigos. Poco le importaba si necesitaba una semana o un mes para dar con su paradero; a la vista de las cartas servidas, aquélla era la única jugada que podía contemplar. Se dirigió al andén central, en dirección al ala trasera de Jheeter's Gate, donde se albergaban las antiguas oficinas, las salas de espera y la pequeña ciudadela de bazares, cafeterías y restaurantes carbonizados tras apenas unos minutos de vida útil. Fue entonces cuando divisó un manto brillante caído sobre el suelo en el interior de una de las zonas de espera. Su memoria le insinuó que la última vez que había visto aquel lugar, antes de adentrarse en los túneles, aquel pedazo de tela satinada no estaba allí. Apresuró el paso y, en su nervioso avance, no advirtió que alguien le esperaba en las sombras, inmóvil.

Ben se arrodilló frente al manto y extendió una mano furtiva hasta él. La tela estaba impregnada de un líquido oscuro y tibio, cuyo tacto le resultaba vagamente familiar y le producía una repulsión instintiva. Bajo el manto se adivinaban las formas de lo que a Ben se le antojó como las piezas sueltas de algún objeto. Extrajo la caja de cerillas que guardaba y se dispuso a encender una para examinar detenidamente el hallazgo, pero comprobó que sólo le quedaba un último fósforo. Resignado, lo guardó para mejor ocasión y forzó la vista, intentando recoger el mayor número de detalles en pos de una pista que diese luz sobre el paradero de alguno de sus amigos.

—Toda una experiencia, contemplar tu propia sangre derramada, ¿no es así, Ben? —dijo Jawahal a su espalda—. La sangre de tu madre, al igual que yo, no encuentra descanso.

Ben sintió que el temblor se apoderaba de sus manos y se volvió lentamente. Jawahal reposaba sentado en el extremo de un banco de metal, un siniestro rey de las sombras en su trono erigido entre escombros y destrucción.

—¿No vas a preguntarme dónde están tus amigos, Ben? —ofreció Jawahal—. Tal vez temas obtener una respuesta poco esperanzadora.

—¿Me respondería si lo hiciera? —replicó el chico, inmóvil junto al manto ensangrentado.

—Tal vez —sonrió Jawahal.

Ben trató de no descansar su mirada en los ojos hipnóticos de Jawahal y, sobre todo, de alejar de su mente aquella absurda idea que alguien parecía

gritar desde el interior de su cerebro intentando convencerle de que aquella sombra funesta con la que conversaba en un escenario robado del mismo infierno era su padre, o lo que quedaba de él.

—¿Las dudas te asaltan, Ben? —preguntó Jawahal, que parecía estar disfrutando de la conversación.

—Usted no es mi padre. Él nunca haría daño a Sheere —espetó Ben nerviosamente.

—¿Quién te ha dicho que voy a hacerle daño?

Ben enarcó las cejas y observó cómo Jawahal alargaba su mano enfundada en un guante y la impregnaba de la sangre que yacía a sus pies. Luego se llevó los dedos tintos en sangre al rostro y la esparció sobre sus rasgos angulosos.

—Una noche, hace muchos años, Ben —dijo Jawahal—, la mujer cuya sangre fue derramada aquí mismo fue mi esposa y la madre de mis hijos, uno de los cuales se llamaba como tú. Es curioso pensar cómo los recuerdos se convierten a veces en pesadillas. Aún la añoro. ¿Te sorprende? ¿Quién crees que es tu padre, ese hombre que vive en mis recuerdos o esta sombra sin vida que tienes frente a ti? ¿Qué te hace creer que existe alguna diferencia entre ambos?

—La diferencia es obvia —replicó Ben—. Mi padre era un buen hombre. Usted no es más que un asesino.

Jawahal bajó la cabeza y asintió lentamente. Ben le dio la espalda.

—Nuestro tiempo se agota —dijo Jawahal—. Es hora de que nos enfrentemos a nuestro destino. Cada cual al suyo. Ahora ya somos todos adultos, ¿no es así? ¿Sabes cuál es el significado de la madurez, Ben? Deja que tu padre te lo explique. Madurar no es más que el proceso de descubrir que todo aquello que creías cuando eras joven es falso y que, a su vez, todo cuanto rechazabas creer en tu juventud resulta ser cierto. ¿Cuándo piensas madurar tú, hijo mío?

—No creo que me interese su filosofía —insinuó el muchacho con desprecio.

—El tiempo te la recordará, hijo.

Ben se volvió a contemplar a Jawahal con odio.

—¿Qué es lo que quiere? —exigió.

—Quiero cumplir una promesa, la promesa que mantiene viva mi llama.

—¿Cuál es? —preguntó Ben—. ¿Cometer un crimen? ¿Ésa es su hazaña de despedida?

Jawahal entornó los ojos pacientemente.

—La diferencia entre un crimen y una hazaña suele depender de la perspectiva del observador, Ben. Mi promesa no es otra que la de encontrar un nuevo hogar para mi alma. Y ese hogar me lo proporcionaréis vosotros. Mis hijos.

Ben apretó los dientes y sintió que la sangre le hervía en las sienes.

—Usted no es mi padre —dijo con serenidad—. Y si alguna vez lo fue, me avergüenzo de ello.

Jawahal sonrió paternalmente.

—Hay dos cosas en la vida que no puedes elegir, Ben. La primera son tus enemigos. La segunda, tu familia. A veces la diferencia entre unos y otra es difícil de apreciar, pero el tiempo te enseña que, al fin y al cabo, tus cartas siempre podrían haber sido peores. La vida, hijo mío, es como la primera partida de ajedrez. Cuando empiezas a entender cómo se mueven las piezas, ya has perdido.

Ben se abalanzó súbitamente sobre Jawahal con toda la fuerza de su rabia contenida. Jawahal permaneció inmóvil en el extremo del banco y, cuando el chico atravesó su imagen, la silueta se desvaneció en el aire en una escultura de humo. Ben se precipitó contra el suelo y sintió que uno de los tornillos oxidados que asomaban bajo el banco le abría un corte en la frente.

—Una de las cosas que aprenderás pronto —dijo la voz de Jawahal a su espalda— es que, antes de combatir a tu enemigo, debes saber cómo piensa.

Ben se limpió la sangre que le caía por el rostro y se volvió en busca de aquella voz en la penumbra. La silueta de Jawahal se recortaba claramente sentada en el extremo opuesto del mismo banco. Por unos segundos el muchacho experimentó la desconcertante sensación de haber intentado atravesar un espejo y haber sido víctima de un enrevesado truco de geometría bizantina.

—Nada es lo que parece —dijo Jawahal—. Ya deberías haberlo advertido en los túneles. Cuando diseñé este lugar, me guardé varias sorpresas que sólo yo conozco. ¿Te gustan las matemáticas, Ben? La matemática es la religión de las gentes con cerebro, por eso tiene tan pocos adeptos. Es una lástima que ni tú ni tus ingenuos compañeros vayáis a salir jamás de aquí, porque podrías revelar al mundo algunos de los misterios que oculta esta estructura. Con un poco de suerte, obtendríais a cambio las mismas burlas, envidias y desprecios que coleccionó quien los inventó.

—El odio le ha cegado, le cegó hace mucho tiempo.

—Lo único que el odio ha hecho conmigo —replicó Jawahal— es abrirme los ojos. Y ahora más vale que abras bien los tuyos porque, aunque me tomas

por un simple asesino, vas a comprobar que tú dispondrás de una oportunidad para salvarte y salvar a tus amigos. Algo que yo nunca tuve.

La figura de Jawahal se alzó y se acercó a Ben. El muchacho tragó saliva y se aprestó a echar a correr. Jawahal se detuvo a dos metros de él, cruzó las manos con parsimonia y le ofreció una leve reverencia.

—Me ha gustado esta conversación, Ben —dijo amablemente—. Ahora, prepárate y búscame.

Antes de que Ben pudiese articular una palabra o mover un solo músculo, la silueta de Jawahal se escindió en un torbellino de fuego y se proyectó a velocidad vertiginosa a través de la bóveda de la estación, describiendo un arco de llamas. Al cabo de pocos segundos, el haz de fuego se sumergió en los túneles como una flecha ardiente y dejó tras de sí una guirnalda de briznas ardientes que se desvanecían en la oscuridad, indicando así al muchacho el camino de su destino.

Ben dirigió una última mirada al manto ensangrentado y penetró de nuevo en los túneles con la certeza de que esta vez, tomase el camino que tomase, todas las galerías convergirían en un mismo punto.

* * *

La silueta del tren emergió de las tinieblas. Ben contempló el interminable convoy de vagones que exhibían la cicatriz de las llamas y, por un momento, creyó haber encontrado el cadáver de una gigantesca serpiente mecánica huida de la diabólica imaginación de Jawahal. Le bastó con aproximarse para reconocer el tren que había creído ver atravesar los muros del orfanato noches atrás, envuelto en llamas y transportando en su interior las almas atrapadas de cientos de niños que pugnaban por escapar de aquel infierno perpetuo. El tren yacía ahora inerte y oscuro, sin ofrecer indicio alguno que le permitiese suponer que sus compañeros pudieran estar en su interior.

Una corazonada, sin embargo, le llevaba a creer lo contrario. Dejó atrás la locomotora y recorrió lentamente el convoy de vagones en busca de sus amigos.

A medio camino, se detuvo a mirar a su espalda y comprobó que la cabeza del tren se había perdido ya en las sombras. Al disponerse a reanudar la marcha, advirtió que un rostro pálido y mortecino le observaba desde una de las ventanas del vagón más próximo.

Ben giró la cabeza bruscamente y sintió que el corazón le daba un vuelco. Un niño de no más de siete años le observaba atentamente, sus profundos ojos

negros clavados en él. Tragó saliva y avanzó un paso en su dirección. El niño abrió los labios y las llamas asomaron entre ellos y prendieron su imagen como una hoja de papel seco que se deshizo ante sus ojos. Ben sintió un frío glacial en la nuca y continuó caminando, ignorando el espeluznante murmullo de voces que parecía provenir de algún lugar oculto en las entrañas del tren.

Finalmente, cuando alcanzó el vagón de cola del convoy, se acercó a la puerta de entrada y empujó la manija. La lumbre de cientos de velas ardía en el interior del vagón. Ben se adentró y los rostros de Isobel, Ian, Seth, Michael, Siraj y Roshan se iluminaron de esperanza. Ben suspiró de alivio.

—Ahora ya estamos todos. Tal vez podamos empezar a jugar —dijo una voz familiar junto a él.

El chico se giró lentamente, los brazos de Jawahal rodeaban a su hermana Sheere. La puerta del vagón se selló como una compuerta acorazada y Jawahal soltó a Sheere. La muchacha corrió hasta Ben y él la abrazó.

—¿Estás bien? —preguntó Ben.

—Por supuesto que está bien —objetó Jawahal.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Ben a los miembros de la Chowbar Society, que permanecían atados en el suelo, ignorando a Jawahal.

—Perfectamente —confirmó Ian.

Ambos intercambiaron una mirada que explicaba más que mil palabras. Ben asintió.

—Si alguno luce un rasguño —aclaró Jawahal—, se lo ha infligido su propia torpeza.

Ben se volvió hacia Jawahal y apartó a Sheere a un lado.

—Diga lo que quiere claramente.

Jawahal mostró una mueca de extrañeza.

—¿Nervioso, Ben, o con prisa por acabar? Yo he esperado dieciséis años este momento y puedo esperar un minuto más. Especialmente desde que Sheere y yo gozamos de nuestra nueva relación.

La idea de que Jawahal hubiese revelado su identidad a Sheere pendía sobre Ben como la espada de Damocles. Jawahal parecía haber leído su mente y disfrutar de la situación.

—No le escuches, Ben —dijo Sheere—. Este hombre mató a nuestro padre. Cuanto diga o pretenda hacernos creer no tiene más valor que la porquería que cubre este agujero.

—Duras palabras para pronunciarlas sobre un amigo —comentó Jawahal pacientemente.

—Moriría antes que ser su amiga…

—Nuestra amistad, Sheere, es cuestión de tiempo —murmuró Jawahal.

La sonrisa ecuánime de Jawahal se desvaneció al instante. A un gesto de su mano, Sheere salió proyectada contra el otro extremo del vagón, embestida por un ariete invisible.

—Ahora descansa. Muy pronto estaremos juntos para siempre…

Sheere impactó contra la pared de metal y cayó al suelo, inconsciente. Ben se lanzó tras ella, pero la férrea presión de Jawahal le retuvo.

—Tú no vas a ninguna parte —dijo Jawahal y después, dirigiendo una mirada helada a los demás, añadió—: El próximo que tenga algo que decir verá sus labios sellados por el fuego.

—Suélteme —gimió Ben sintiendo que la mano que le asía el cuello estaba a punto de descoyuntarle las vértebras.

Jawahal le soltó instantáneamente y Ben se desplomó al suelo.

—Levántate y escucha —ordenó Jawahal—. Tengo entendido que formáis una especie de fraternidad en la que habéis jurado ayudaros y protegeros hasta la muerte. ¿Es cierto?

—Lo es —dijo Siraj desde el suelo.

Un puño invisible golpeó con fuerza al muchacho y lo derribó como a un muñeco de trapo.

—No te he preguntado a ti, chico —dijo Jawahal—. Ben, ¿piensas responder o experimentamos con el asma de tu amigo?

—Déjele en paz. Es cierto —respondió Ben.

—Bien. Entonces permíteme felicitarte por la fabulosa labor que has desempeñado al traer a tus amigos hasta aquí. Protección de primera clase.

—Dijo que nos concedería una oportunidad —recordó Ben.

—Sé lo que dije. ¿En cuánto valoras la vida de cada uno de tus amigos, Ben?

El muchacho palideció.

—¿No entiendes la pregunta o quieres que averigüe la respuesta de otro modo?

—La valoro como la mía.

Jawahal sonrió lánguidamente.

—Me cuesta creerlo —afirmó.

—Lo que usted crea o deje de creer me trae sin cuidado.

—Entonces vamos a comprobar si tus bonitas palabras se corresponden con la realidad, Ben —indicó Jawahal—. Éste es el trato. Sois siete, sin contar a Sheere. Ella queda fuera de este juego. Por cada uno de vosotros siete, hay una caja cerrada que contiene… un misterio.

Jawahal señaló una hilera de cajas de madera pintadas en diferentes colores y que se alineaban una junto a la otra como una fila de pequeños buzones.

—Cada una de ellas tiene un orificio en la parte delantera que permite meter la mano, pero no sacarla hasta después de unos segundos. Es como una pequeña trampa para curiosos. Imagina que cada una de esas cajas contiene la vida de uno de tus amigos, Ben. De hecho, así es, pues en cada una hay una pequeña placa de madera con el nombre de todos vosotros. Puedes introducir tu mano y sacarla. Por cada caja en la que metas tu mano y extraigas su pasaporte, liberaré a uno de tus amigos. Pero, por supuesto, hay un riesgo. Una de las cajas, en vez de la vida, contiene la muerte.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Ben.

—¿Has visto alguna vez un áspid, Ben? Una pequeña bestia de temperamento volátil. ¿Sabes algo de serpientes?

—Sé lo que es un áspid —replicó Ben, sintiendo que las rodillas le flojeaban.

—Entonces te ahorraré los detalles. Te basta con saber que una de las cajas oculta un áspid.

—Ben, no lo hagas —dijo Ian.

Jawahal le dirigió una mirada maliciosa.

—Ben. Estoy esperando. No creo que nadie te ofrezca un trato más generoso en toda la ciudad de Calcuta. Siete vidas y sólo una posibilidad de error.

—¿Cómo sé que no miente? —preguntó Ben.

Jawahal alzó un largo dedo índice y negó lentamente con la cabeza frente al rostro de Ben.

—Mentir es una de las pocas cosas que no hago, Ben. Y lo sabes. Ahora decídete o, si no tienes valor para afrontar el juego y demostrar que tus amigos te son tan caros como nos quieres hacer creer, dilo claramente y le pasaremos el turno a otro con más agallas.

Ben sostuvo la mirada de Jawahal y asintió finalmente.

—Ben, no —repitió Ian.

—Dile a tu amigo que se calle, Ben —indicó Jawahal—, o lo haré yo.

El chico dirigió una mirada suplicante a Ian.

—No lo hagas más difícil, Ian.

—Ian tiene razón, Ben —dijo Isobel—. Si nos quiere matar, que lo haga él. No te dejes engañar.

Ben alzó una mano pidiendo silencio y se encaró con Jawahal.

—¿Tengo su palabra?

Jawahal le miró largamente y, por fin, asintió.

—No perdamos más tiempo —concluyó Ben dirigiéndose hacia la hilera de cajas que le aguardaban.

* * *

Ben contempló detenidamente las siete cajas de madera pintadas en diferentes colores y trató de imaginar en cuál de ellas Jawahal podía haber ocultado la serpiente. Intentar descifrar la mentalidad con la cual habían sido dispuestas era como tratar de reconstruir un puzle sin conocer la imagen que componía. El áspid podía estar oculto en una de las cajas del extremo o en las del centro, en una de las pintadas en colores vivos o la que lucía una brillante capa negra. Cualquier suposición era superflua, y Ben descubrió que su mente se quedaba en blanco ante la decisión que había de tomar inmediatamente.

—La primera es la más difícil —susurró Jawahal—. Escoge sin pensar.

Ben examinó su mirada insondable y no apreció en ella más que el reflejo de su rostro pálido y asustado. Contó mentalmente hasta tres, cerró los ojos e introdujo la mano en una de las cajas bruscamente. Los dos segundos que siguieron se hicieron interminables, mientras Ben esperaba sentir el contacto rugoso de un cuerpo escamoso y la punzada letal de los colmillos del áspid. Nada de eso sucedió; tras ese lapso de espera agónica, sus dedos palparon una placa de madera y Jawahal le ofreció una sonrisa deportiva.

—Buena elección. El negro. El color del futuro.

Ben extrajo la tablilla y leyó el nombre que había escrito sobre ella. Siraj. Dirigió una mirada inquisitiva a Jawahal y éste asintió. El crujido de las esposas que sujetaban al endeble muchacho se oyó claramente.

—Siraj —ordenó Ben—. Baja de este tren y aléjate.

Siraj se frotó las muñecas doloridas y miró a sus compañeros, abatido.

—No pienso irme de aquí —replicó.

—Haz lo que Ben te ha dicho, Siraj —indicó Ian tratando de contener el tono de su voz.

Siraj negó con la cabeza. Isobel le sonrió débilmente.

—Siraj, vete de aquí —suplicó la muchacha—. Hazlo por mí.

El chico dudó, desconcertado.

—No tenemos toda la noche —dijo Jawahal—. Te vas o te quedas. Sólo los tontos desprecian la suerte. Y esta noche tú has agotado tu reserva de suerte para el resto de tu vida.

—¡Siraj! —ordenó Ben, terminante—. Lárgate ahora. Ayúdame un poco.

Siraj dirigió una mirada desesperada a Ben, pero su amigo no cedió un milímetro en su expresión severa e imperativa. Finalmente, asintió cabizbajo y se dirigió hacia la compuerta del vagón.

—No te detengas hasta llegar al río —indicó Jawahal—, o te arrepentirás.

—No lo hará —respondió Ben por él.

—Os esperaré —gimió Siraj desde el escalón del vagón.

—Hasta pronto, Siraj —dijo Ben—. Márchate ya.

Los pasos del muchacho se alejaron por el túnel y Jawahal alzó las cejas señalando que el juego continuaba.

—He cumplido mi promesa, Ben. Ahora te toca a ti. Hay menos cajas. Es más fácil elegir. Decídete rápido y otro de tus amigos salvará su vida.

Ben posó sus ojos sobre la caja contigua a la que había elegido en primer lugar. Era tan buena como cualquier otra. Lentamente, extendió la mano hasta ella y se detuvo a un centímetro de la trampilla.

—¿Seguro, Ben? —preguntó Jawahal.

El muchacho le miró, exasperado.

—Piénsalo dos veces. Tu primera elección ha sido perfecta; no lo vayas a estropear ahora.

Ben le ofreció una sonrisa despectiva y, sin apartar sus ojos de los de Jawahal, introdujo la mano en la caja que había escogido. Las pupilas de Jawahal se contrajeron como las de un felino hambriento. Ben extrajo la tablilla y leyó el nombre.

—Seth —indicó—. Sal de aquí.

Las esposas de Seth se abrieron al instante y el muchacho se incorporó, nervioso.

—Esto no me gusta, Ben —dijo.

—A mí me gusta menos que a ti —replicó Ben—. Sal ahí afuera y asegúrate de que Siraj no se pierde.

Seth asintió gravemente, consciente de que cualquier otra alternativa en lugar de seguir las instrucciones de Ben pondría en peligro la vida de todos. Seth dirigió una mirada de despedida a sus amigos y se encaminó hacia la puerta. Una vez allí, se volvió y miró de nuevo a los miembros de la Chowbar Society.

—Saldremos de ésta, ¿de acuerdo?

Sus amigos asintieron con tanta voluntad como la ley de las probabilidades parecía recomendar.

—En cuanto a usted —dijo Seth señalando a Jawahal—, no es más que un montón de estiércol.

Jawahal se relamió y asintió.

—Es fácil ser un héroe cuando sales por piernas y abandonas a tus amigos a una muerte segura, ¿verdad, Seth? Puedes insultarme de nuevo si lo deseas, chico. No te voy a hacer nada. Seguramente te ayudará a dormir mejor cuando recuerdes esta noche y varios de los que están aquí sirvan de alimento a los gusanos. Siempre podrás contarle a la gente que tú, el valiente Seth, insultaste al villano, ¿no es así? Pero, en el fondo, tú y yo sabremos la verdad, ¿eh, Seth?

El rostro de Seth se encendió de ira y una mirada de odio ciego asomó a sus ojos. El muchacho empezó a caminar en dirección a Jawahal, pero Ben se interpuso violentamente en su camino y le detuvo.

—Por favor, Seth —le murmuró al oído—. Vete ahora. Por favor.

Seth dirigió una última mirada a Ben y asintió, apretándole fuertemente el brazo. Ben esperó a que el muchacho hubiese descendido del vagón y se encaró de nuevo a Jawahal.

—Esto no estaba en el trato —recriminó Ben—. No pienso continuar si no promete dejar de martirizar a mis amigos.

—Lo harás te guste o no. No tienes otra alternativa. Pero, como muestra de buena voluntad, me guardaré mis comentarios sobre tus amigos. Y ahora, continúa.

Ben observó las cinco cajas restantes y situó la mirada sobre la que se encontraba en el extremo derecho. Sin más preámbulos, introdujo la mano en ella y palpó en su interior. Una nueva tablilla. Ben respiró profundamente y oyó el suspiro de alivio de sus amigos.

—Un ángel vela por ti, Ben —dijo Jawahal. El chico examinó el rectángulo de madera.

—Isobel.

—La dama tiene suerte —señaló Jawahal.

—Cállese —murmuró Ben, harto ya de los comentarios con que Jawahal se complacía en apostillar cada nuevo paso de aquel macabro juego.

»Isobel —dijo—, hasta pronto.

La chica se incorporó y cruzó frente a sus compañeros con la mirada baja y arrastrando cada paso como si sus pies estuviesen cosidos al suelo.

—¿No tienes una última palabra para Michael, Isobel? —preguntó Jawahal.

—Déjelo ya —pidió Ben—. ¿Qué es lo que espera sacar de todo esto?

—Elige otra caja —replicó Jawahal—. Así verás lo que espero sacar.

Isobel descendió del vagón y Ben barajó mentalmente las cuatro cajas restantes.

—¿Lo tienes ya, Ben? —preguntó Jawahal.

El muchacho asintió y se situó frente a la caja pintada de rojo.

—El rojo. El color de la pasión —comentó Jawahal—. Y del fuego. Adelante, Ben. Creo que hoy es tu noche.

* * *

Sheere entreabrió los ojos y vio que Ben se acercaba a la caja roja con el brazo extendido. Una punzada de pánico le recorrió el cuerpo. La muchacha se incorporó bruscamente y se lanzó hacia Ben con todas sus fuerzas. No podía permitir que su hermano introdujese la mano en aquella caja. Las vidas de aquellos muchachos no tenían ningún valor para Jawahal. No eran para él más que comodines con los que empujar a Ben a su autodestrucción. Jawahal necesitaba que fuese él quien le sirviera en bandeja su propia muerte, limpiándole el camino. De ese modo, aquel espectro maldito entraría en ella y saldría de aquellos túneles encarnado en un ser de carne y hueso. Un ser joven que le devolviese al mundo de aquéllos a quienes deseaba destruir.

Antes de mover un solo músculo, Sheere comprendió que únicamente quedaba una alternativa, una única pieza capaz de desbaratar el complejo rompecabezas que Jawahal había tramado alrededor de ellos. Sólo ella podía alterar el rumbo de los acontecimientos haciendo la única cosa en el universo que Jawahal no había previsto.

Los instantes que transcurrieron a continuación se grabaron en su mente con la precisión de una colección de láminas cuidadosamente detalladas.

Sheere recorrió vertiginosamente los seis metros que la separaban de su hermano, sorteando a los tres miembros restantes de la Chowbar Society que yacían apresados. Ben se volvió lentamente y el primer gesto de perplejidad y sorpresa se tornó en una mueca de horror al observar que Jawahal se incorporaba y cada uno de los dedos de su mano derecha se prendía en llamas y formaba una garra de fuego. Sheere oyó perderse el grito de Ben en un eco lejano e impactó contra él, le derribó al suelo y arrancó así su mano de la trampilla de la caja roja. Ben cayó sobre el vagón y Sheere contempló la silueta fantasmal de Jawahal alzarse frente a ella y alargar su garra incandescente hacia su rostro. Clavó sus ojos en los de aquel asesino y leyó la

negativa desesperada que empezaba a dibujarse en sus labios. El tiempo pareció detenerse a su alrededor como un viejo carrusel.

Décimas de segundo más tarde, Sheere atravesaba la trampilla de la caja escarlata con el puño. Sintió las láminas de la escotilla cerrarse sobre su muñeca como una flor envenenada. Ben gritó a sus pies y el puño ígneo de Jawahal se cerró frente a su rostro. Pero Sheere sonrió triunfante y, en algún momento, sintió cómo el áspid le asestaba su beso mortal y el estallido ardiente del veneno encendía la sangre que corría por sus venas como una bengala lo haría con una estela de gasolina.

* * *

Ben rodeó a su hermana con los brazos y arrancó su mano de la caja roja, pero ya era demasiado tarde. Dos punzadas sangrantes brillaban sobre la pálida piel del dorso de su muñeca. Sheere le sonrió, desvaneciéndose.

—Estoy bien —murmuró la muchacha, pero antes de que pudiera acabar de pronunciar la última sílaba, sus piernas sucumbieron a una sacudida invisible y se desplomó sobre él.

—¡Sheere! —gritó Ben.

Sintió que una náusea indescriptible se apoderaba de todo su ser y que las fuerzas parecían escaparse de su cuerpo como el tiempo en un reloj de arena. Sujetó a Sheere y la acomodó sobre su regazo, acariciando su rostro.

Sheere abrió los ojos y le sonrió débilmente. Su rostro se adivinaba blanco como la cal.

—No me duele, Ben —gimió.

El chico encajó cada palabra como un puntapié en el estómago y alzó la mirada en busca de Jawahal. El espectro contemplaba la escena inmóvil y su rostro resultaba impenetrable. Los ojos de ambos se encontraron.

—Nunca lo planeé así, Ben —dijo Jawahal—. Esto va a hacer las cosas más difíciles.

Ben sintió el odio crecer en su interior; igual que una gran grieta, sesgaba su alma en dos.

—Es usted un asqueroso asesino —murmuró entre dientes.

Jawahal dirigió una última mirada a Sheere, que temblaba en brazos de Ben, y meneó la cabeza. Sus pensamientos parecían muy lejos de allí.

—Ahora sólo quedamos tú y yo, Ben —dijo Jawahal—. Cara o cruz. Despídete de ella y ven en busca de tu venganza.

El rostro de Jawahal se enmascaró en un velo de llamas y su silueta encendida se volvió y atravesó la puerta del vagón, lo que dejó una brecha abierta en el metal, que goteaba acero candente.

Ben oyó el crujido de apertura de los cerrojos que mantenían presos a Ian, Michael y Roshan. Ian corrió hasta ellos y, asiendo el brazo de Sheere, llevó la herida a sus labios. Succionó con fuerza y escupió la sangre impregnada de veneno que le quemaba la lengua. Michael y Roshan se arrodillaron frente a la chica y dirigieron una mirada desesperada a Ben, que se maldecía a sí mismo por haber dejado transcurrir aquellos segundos preciosos sin comprender que él debería haber hecho lo que su amigo se había apresurado a realizar.

Ben alzó la vista y observó el rastro de llamas que Jawahal dejaba a su paso fundiendo el metal al igual que la punta de un cigarro atravesaría unas láminas de papel. El tren sufrió una fuerte sacudida y, lentamente, empezó a desplazarse a través del túnel. El fragor de la locomotora inundó las galerías subterráneas del laberinto de Jheeter's Gate con su estruendo. Ben se volvió hacia sus compañeros y dirigió una intensa mirada a Ian.

—Cuida de ella —ordenó.

—No, Ben —suplicó Ian leyendo los pensamientos que anegaban su mente—. No vayas.

Ben abrazó a su hermana y la besó en la frente.

—¿Volverás a decirme adiós, Ben? —preguntó la muchacha con voz temblorosa.

El chico sintió que las lágrimas inundaban sus ojos.

—Te quiero, Ben —murmuró Sheere.

—Te quiero —replicó, comprendiendo que nunca había dirigido esas palabras a nadie.

El tren aceleró con rabia, arrastrándolos por el túnel. Ben corrió hacia la puerta del vagón y sorteó la herida fresca en la plancha de metal en pos de Jawahal.

Al atravesar el siguiente vagón advirtió que Michael y Roshan corrían tras él. Rápidamente, se detuvo en la plataforma que separaba los vagones para arrancar la llave que unía los dos últimos coches y la lanzó al vacío. Los dedos de Roshan rozaron sus manos durante una décima de segundo, pero cuando Ben alzó la vista de nuevo, las miradas desesperadas de sus amigos se quedaban atrás, mientras el tren los arrastraba a él y a Jawahal a toda velocidad hacia el corazón de las tinieblas de Jheeter's Gate. Ahora sólo quedaban ellos dos.

* * *

A cada paso que Ben daba en dirección a la locomotora, el tren adquiría mayor velocidad en su carrera infernal a través de los túneles. La vibración que sacudía el metal le hacía tambalearse en su camino entre los escombros tras el rastro luminoso de las huellas hundidas en el metal que Jawahal había dejado. Ben consiguió llegar hasta una nueva plataforma y se asió con fuerza a la barra que servía de agarradero mientras el tren enfilaba una curva en forma de media luna y se sumergía en una pendiente que parecía conducir a las entrañas de la Tierra. Luego, en una nueva sacudida, el tren aceleró aún más y la bola de fuego desapareció en la oscuridad. Ben se incorporó y corrió de nuevo tras el rastro de Jawahal, mientras las ruedas del tren arrancaban a los raíles estelas de metal encendido, del mismo modo que las cuchillas sobre el hielo.

Sintió un estallido bajo sus pies y pronto advirtió que espesas lenguas de fuego envolvían todo el esqueleto del tren y hacían saltar en pedazos los restos de madera carbonizada que todavía permanecían adheridos a la estructura. Las llamas también hicieron estallar los dientes de cristal que rodeaban los huecos de las ventanillas como colmillos emergiendo de las fauces de una bestia mecánica. Ben tuvo que lanzarse al suelo para evitar la tormenta de astillas de vidrio que se estrellaron contra las paredes del túnel, igual que salpicaduras de sangre tras un disparo a bocajarro.

Cuando consiguió levantarse, pudo distinguir a lo lejos la silueta de Jawahal que avanzaba entre las llamas, y comprendió que estaba muy próximo a la máquina. Jawahal se volvió y Ben apreció su sonrisa criminal incluso entre los estallidos de gas que formaban anillos de fuego azul y atravesaban el tren trazando un tornado de pólvora enloquecida.

—Ven por mí —oyó en su mente.

El rostro de Sheere se encendió en su memoria y Ben emprendió lentamente el trayecto hacia el último vagón que le restaba por recorrer. Cuando cruzó la plataforma externa, notó una bocanada de aire fresco; el tren debía de estar a punto de dejar atrás los túneles y se dirigían, a toda velocidad hacia la estación central de Jheeter’s Gate.

* * *

Ian no cesó de hablar a Sheere durante todo el trayecto de vuelta. Sabía que si se abandonaba al sueño letal que la acosaba, apenas viviría para ver de nuevo la luz que existía más allá de aquellos túneles. Michael y Roshan le ayudaban a sostenerla, pero ninguno de los dos conseguía arrancarle una sílaba. Ian, enterrando en lo más profundo de su alma el sentimiento que le carcomía por dentro, contaba anécdotas absurdas y toda suerte de ocurrencias, dispuesto si era preciso a desenterrar hasta la última palabra que quedase en su mente para mantenerla despierta. Sheere le escuchaba y asentía vagamente, entreabriendo sus ojos idos y soñolientos. Ian sostenía la mano de la chica entre las suyas, sintiendo cómo su pulso se apagaba lenta pero inexorablemente.

—¿Dónde está Ben? —preguntó.

Michael miró a Ian y éste sonrió abiertamente.

—Ben está a salvo, Sheere —contestó con serenidad—. Ha ido a buscar un médico, lo cual, dadas las circunstancias, me parece una grosería. Se supone que yo soy el médico. O lo seré algún día. ¿Qué clase de amigo es ése? Menudos ánimos me da. A la primera de cambio, desaparece en busca de un doctor. Menos mal que médicos como yo hay pocos. Se nace con ello, eso es todo. Por eso sé, por instinto, que te pondrás bien. Con una condición: no te duermas. ¿No te habrás dormido, verdad? ¡Ahora no te puedes dormir! Tu abuela nos espera a doscientos metros de aquí y yo soy incapaz de explicarle lo que ha pasado. Si lo intento, me lanzará al Hooghly y tengo que coger un barco dentro de unas horas. Así que mantente despierta y ayúdame con tu abuela. ¿De acuerdo? Di algo.

Sheere empezó a jadear pesadamente. El color se desvaneció del rostro de Ian y el muchacho la zarandeó. Los ojos de Sheere se abrieron de nuevo.

—¿Dónde está Jawahal? —preguntó.

—Ha muerto —mintió Ian.

—¿Cómo murió? —consiguió articular Sheere.

Ian dudó un segundo.

—Cayó bajo las ruedas del tren. No se pudo hacer nada.

Sheere pareció sonreír.

—No sabes mentir, Ian —susurró, luchando por pronunciar cada palabra.

Ian sintió que no podría continuar mucho más tiempo representando su papel.

—El mentiroso del grupo es Ben —dijo—. Yo siempre digo la verdad. Jawahal ha muerto.

Sheere cerró los ojos e Ian indicó a Michael y a Roshan que se apresurasen. Medio minuto después, la luz al final del túnel iluminó sus

rostros y la silueta del reloj de la estación se recortó a lo lejos. Cuando llegaron allí, Siraj, Isobel y Seth los esperaban. Las primeras luces del alba asomaban en una línea escarlata en el horizonte, más allá de las grandes arcadas de metal de Jheeter's Gate.

* * *

Ben se detuvo frente a la entrada del último vagón y posó sus manos sobre la llave giratoria que aseguraba su cierre. La anilla estaba ardiendo. La hizo girar lentamente, sintiendo el metal que mordía cruelmente su piel. Una nube de vapor emergió del interior. Ben empujó la puerta de un puntapié. La silueta de Jawahal, inmóvil entre una densa masa de vapor de las calderas, le contemplaba silenciosamente. Ben observó la diabólica maquinaria que atronaba junto a él e identificó el símbolo de un ave ascendiendo entre las llamas que estaba grabado sobre el metal. La mano de Jawahal estaba apoyada sobre la lámina palpitante de la caldera y parecía absorber la fuerza que ardía en su interior. Ben examinó el complejo entramado de tuberías, válvulas y tanques de gas que se estremecía junto a ellos.

—En otra vida fui un inventor, hijo mío —dijo Jawahal—. Mis manos y mi mente podían crear cosas. Ahora sólo sirven para destruirlas. Ésta es mi alma, Ben. Acércate y contempla cómo late el corazón de tu padre. Yo mismo lo creé. ¿Sabes por qué lo llamé Pájaro de Fuego?

Ben contempló a Jawahal sin responder.

—Hace miles de años existió una ciudad maldita, casi tanto como Calcuta —explicó Jawahal—. Su nombre era Cartago. Cuando fue conquistada por los romanos, era tanto el odio que despertaba en ellos el espíritu de los fenicios que no les bastó con arrasarla ni con asesinar a sus mujeres, hombres y niños. Tuvieron que destruir cada piedra hasta reducirla a polvo. Pero tampoco eso fue suficiente para aplacar su odio. Por eso Catón, el general que mandaba sus tropas, ordenó que sus soldados sembrasen de sal cada resquicio de aquella ciudad, para que jamás un solo brote de vida pudiese crecer en aquel suelo maldito.

—¿Por qué me cuenta todo eso? —preguntó Ben mientras sentía que el sudor recorría su cuerpo y se secaba casi al instante ante el asfixiante calor que escupían las calderas.

—Aquella ciudad fue el hogar de una divinidad, Dido, una princesa que entregó su cuerpo al fuego para aplacar la ira de los dioses y purgar sus pecados. Pero ella volvió y se convirtió en diosa. Es el poder del fuego. Igual

que el ave fénix, un poderoso pájaro de fuego bajo cuyo vuelo crecían las llamas.

Jawahal acarició la maquinaria de su letal creación y sonrió.

—Yo también he renacido de mis cenizas y, como Catón, he vuelto para sembrar de fuego el destino de mi sangre, para borrarlo para siempre.

—Está usted loco —cortó Ben—. Especialmente si cree que podrá entrar en mí para mantenerse vivo.

—¿Quiénes son los locos? —preguntó Jawahal—. ¿Aquellos que ven el horror en el corazón de sus semejantes y buscan la paz a cualquier precio? ¿O son aquellos que fingen no ver cuanto sucede a su alrededor? El mundo, Ben, es de los locos o de los hipócritas. No existen más razas en la faz de la Tierra que esas dos. Y tú debes elegir una de ellas.

Ben contempló largamente a aquel hombre y, por primera vez, creyó ver en él la sombra de quien algún día había sido su padre.

—¿Y cuál elegiste tú, padre? ¿Cuál elegiste tú al regresar para sembrar la muerte entre los pocos que te amaban? ¿Has olvidado tus propias palabras? ¿Has olvidado el relato que escribiste sobre las lágrimas de aquel hombre que se convirtieron en hielo cuando comprobó, al volver a su hogar, que todos se habían vendido a aquel brujo itinerante? Tal vez puedas acabar con mi vida también, como lo has hecho con la de todos los que se han cruzado en tu camino. No creo ya que eso suponga una gran diferencia. Pero antes de hacerlo, dime a la cara que tú no vendiste también tu alma a ese brujo. Dímelo, con la mano en este corazón de fuego en el que te escondes, y te seguiré hasta el mismísimo infierno.

Jawahal dejó que los párpados de sus ojos cayeran pesadamente y asintió despacio. Una lenta transformación pareció apoderarse de su rostro, y su mirada palideció entre las brumas ardientes, derrotada y abatida. La mirada de un gran depredador herido que se retira a morir en la sombra. Aquella visión, aquella súbita imagen de vulnerabilidad que Ben vislumbró durante apenas unos segundos, se le antojó más estremecedora y terrorífica que cualquiera de las previas apariciones fantasmales de aquel espectro atormentado. Porque en ella, en aquel rostro consumido por el dolor y el fuego, Ben ya no podía ver a un espíritu asesino, sino sólo el triste reflejo de su padre.

Por un instante ambos se observaron mutuamente como viejos conocidos perdidos en la niebla del tiempo.

—Ya no sé si yo escribí esa historia o lo hizo otro hombre, Ben —dijo finalmente Jawahal—. Ya no sé si esos recuerdos son míos o los soñé. Ni sé si mis crímenes los cometí yo o fueron obra de otras manos. Cualquiera que sea

la respuesta a estas preguntas, sé que ya nunca podré volver a escribir una historia como la que tú recuerdas ni llegar a comprender su significado. Yo no tengo futuro, Ben. Ni vida alguna. Lo que ves no es más que la sombra de un alma muerta. No soy nada. El hombre que fui, tu padre, murió hace mucho tiempo y se llevó consigo todo cuanto yo podría soñar. Y si no vas a darme tu alma para que viva en ella durante toda la eternidad, dame entonces la paz. Porque ahora sólo tú puedes devolverme la libertad. Has venido a matar a alguien que ya está muerto, Ben. Cumple con tu palabra o únete conmigo en las tinieblas…

En ese momento el tren emergió del túnel y atravesó el carril central de Jheeter's Gate a toda velocidad, proyectando su manto de llamas que se alzaban hacia el cielo. La locomotora cruzó el umbral de las grandes arcadas de la estructura metálica y recorrió los raíles que conducían a un camino esculpido sobre la luz del amanecer hacia el horizonte.

Jawahal abrió los ojos y Ben reconoció en ellos el horror y la profunda soledad que encarcelaban aquella alma maldita.

Mientras el tren recorría los últimos metros que lo separaban del puente desaparecido, Ben palpó su bolsillo y extrajo la caja que contenía aquel último fósforo que había guardado. Jawahal hundió su mano en la caldera de gas y una nube de oxígeno puro le envolvió en una cascada de vapor. Su espectro se fundió lentamente en la maquinaria que albergaba su alma y el gas tiñó su silueta en un espejismo de cenizas. Los ojos de Jawahal le dirigieron una última mirada, y Ben creyó vislumbrar en ellos el brillo de una lágrima solitaria deslizándose por su rostro.

—Libérame, Ben —murmuró la voz en su mente—. Ahora o nunca.

El muchacho extrajo el fósforo y lo prendió.

—Adiós, padre —susurró.

Lahawaj Chandra Chatterghee bajó la cabeza y Ben lanzó el fósforo encendido a sus pies.

—Adiós, Ben.

En ese momento, durante un instante fugaz, el chico sintió junto a él la presencia de un rostro envuelto en un velo de luz. Mientras las llamas prendían como un río de pólvora hasta su padre, aquellos dos profundos ojos tristes le miraron por última vez. Ben pensó que su mente jugaba con él y reconoció en ellos la misma mirada herida de Sheere. Luego, la silueta de la princesa de luz se sumergió para siempre en las llamas con la mano en alto y una débil sonrisa en los labios, sin que Ben llegase a sospechar a quién había visto desvanecerse entre el fuego.

* * *

La explosión empujó su cuerpo hasta el extremo del vagón al igual que una corriente de aguas invisibles y le proyectó fuera de aquel tren en llamas. Al caer, su cuerpo rodó entre la maleza que había crecido al amparo de los raíles del puente. El convoy se alejó y Ben corrió tras él siguiendo el camino letal al que conducían las vías dirigidas al vacío. Segundos después, el vagón que albergaba a su padre volvió a estallar con tal fuerza que las vigas de metal que formaban el tendido del puente colgante salieron proyectadas hacia el cielo. Una pira de llamas ascendió hasta las nubes de la tormenta dibujando el haz de un rayo de fuego y quebró el cielo en un espejo de luz.

El tren saltó al vacío y la serpiente de acero y llamas se precipitó sobre las aguas negras del Hooghly. Un estallido ensordecedor conmovió el cielo sobre Calcuta e hizo temblar el suelo bajo sus pies.

El último aliento del Pájaro de Fuego se extinguió llevándose consigo para siempre el alma de Lahawaj Chandra Chatterghee, su creador.

Ben se detuvo y cayó de rodillas entre las vías mientras sus amigos corrían hacia él desde el umbral de Jheeter’s Gate. Sobre ellos, cientos de pequeñas lágrimas blancas parecían llover del cielo. Ben alzó la mirada y las sintió sobre su rostro. Estaba nevando.

* * *

Los miembros de la Chowbar Society se reunieron por última vez aquel amanecer de mayo de 1932 junto al puente desaparecido a orillas del río Hooghly, frente a las ruinas de Jheeter’s Gate. Una cortina de nieve despertó a la ciudad de Calcuta, donde nunca nadie había visto aquel manto blanco que empezó a recubrir las cúpulas de los viejos palacios, los callejones y la inmensidad del Maidán.

Mientras los habitantes de la ciudad salían a las calles a contemplar aquel milagro que jamás volvería a producirse, los miembros de la Chowbar Society se retiraron hasta el puente y dejaron a solas a Sheere en brazos de Ben. Todos habían sobrevivido a los acontecimientos de aquella noche. Habían presenciado cómo aquel tren en llamas se precipitaba al vacío y una explosión de fuego ascendía al cielo y rasgaba la tormenta como una cuchilla infernal. Sabían que tal vez nunca volverían a hablar de los acontecimientos de aquella noche y que, si algún día lo hacían, nadie les creería. Sin embargo, aquel

amanecer, todos comprendieron que no habían sido más que invitados, pasajeros ocasionales de aquel tren venido del pasado. Poco después, contemplaron en silencio el abrazo de Ben a su hermana, bajo la nieve. Paulatinamente, el día desvanecía las tinieblas de aquella noche interminable.

* * *

Sheere sintió el contacto frío de la nieve sobre sus mejillas y abrió los ojos. Su hermano Ben la sostenía y le acariciaba suavemente el rostro.

—¿Qué es esto, Ben?

—Es nieve —respondió el chico—. Está nevando sobre Calcuta.

El rostro de la muchacha se iluminó por un instante.

—¿Te he hablado alguna vez de mi sueño? —preguntó.

—Ver nevar sobre Londres —dijo Ben—. Lo recuerdo. El año que viene iremos juntos allí. Visitaremos a Ian mientras esté estudiando Medicina. Nevará todos los días. Te lo prometo.

—¿Recuerdas el cuento de nuestro padre, Ben? ¿El que os conté la noche que fuimos al Palacio de la Medianoche?

Ben asintió.

—Éstas son las lágrimas de Shiva, Ben —dijo Sheere trabajosamente—. Se fundirán cuando salga el sol y nunca más volverán a caer sobre Calcuta.

Ben incorporó suavemente a su hermana y le sonrió. Los profundos ojos perlados de Sheere le observaban atentamente.

—¿Voy a morirme, verdad?

—No —respondió Ben—. No vas a morirte hasta dentro de muchos años. Tu línea de la vida es muy larga. ¿Ves?

—Ben —gimió Sheere—, era lo único que podía hacer. Lo hice por nosotros.

Él la abrazó con fuerza.

—Lo sé —murmuró.

La muchacha trató de incorporarse y acercó sus labios al oído de Ben.

—No me dejes morir sola —susurró.

Ben ocultó su rostro de la mirada de su hermana y la apretó contra sí.

—Nunca.

Permanecieron juntos, así, abrazados bajo la nieve y en silencio, hasta que el pulso de Sheere se apagó lentamente como una vela al viento. Poco a poco, las nubes se alejaron hacia el oeste, mientras la luz del amanecer desvanecía para siempre aquel lienzo de lágrimas blancas que había cubierto la ciudad.

Los lugares que albergan la tristeza y la miseria son el hogar predilecto de las historias de fantasmas y aparecidos. Calcuta guarda en su cara oscura cientos de esas historias, historias que nadie reconoce creer y que, sin embargo, perviven en la memoria de generaciones como la única crónica del pasado. Se diría que, iluminadas por una extraña sabiduría, las gentes que pueblan sus calles comprenden que la verdadera historia de esta ciudad fue siempre escrita en las páginas invisibles de sus espíritus y sus maldiciones calladas y ocultas.

Tal vez fuera esa misma sabiduría la que, en sus últimos minutos, iluminó el camino de Lahawaj Chandra Chatterghee y le permitió entender que había caído irremisiblemente en el laberinto de su propia maldición. Tal vez comprendiese, desde la profunda soledad de un alma condenada a recorrer una y otra vez las heridas de su pasado, el verdadero valor de las vidas que había destruido y el de las que todavía podía salvar. Es difícil saber qué vio en el rostro de su hijo Ben segundos antes de permitir que éste apagase para siempre las llamas del rencor que ardían en las calderas del Pájaro de Fuego. Tal vez él, en su locura, fue capaz, por un segundo, de reunir la cordura que todos sus verdugos le habían arrebatado desde los días de Grant House.

Todas las respuestas a estas preguntas, al igual que sus secretos, sus descubrimientos, sus sueños y sus anhelos, desaparecieron para siempre en la terrible explosión que abrió el cielo sobre Calcuta al alba de aquel 30 de mayo de 1932, como aquellos copos de nieve que se fundieron al besar el suelo.

Cualquiera que sea la verdad, me basta con recordar que, poco después de que aquel tren en llamas se sumergiese en las aguas del Hooghly, el charco de sangre fresca que había albergado el espíritu atormentado de la mujer que dio a luz a los dos gemelos se evaporó para siempre. Supe entonces que el alma de Lahawaj Chandra Chatterghee y de la que había sido su compañera descansarían en paz eternamente. Nunca más volvería a ver en sueños la mirada triste de la princesa de luz inclinándose sobre mi amigo Ben.

No he vuelto a ver a mis compañeros en todos estos años desde que subí a bordo de aquel buque que habría de llevarme rumbo a mi destino en Inglaterra al atardecer de aquel mismo día. Recuerdo los rostros de aquellos muchachos asustados despidiéndome desde los muelles a orillas del río

Hooghly mientras el barco levaba anclas. Recuerdo las promesas que hicimos de mantenernos unidos y no olvidar jamás lo que habíamos presenciado. No negaré que, en ese mismo momento, me di cuenta de que aquellas palabras se perderían para siempre en el rastro de aquel buque que partió bajo el crepúsculo encendido de Bengala.

Todos estaban allí, a excepción de Ben. Pero ninguno como él estaba tan presente en el corazón de todos nosotros.

Al volver ahora la memoria hasta aquellos días, siento que todos y cada uno de ellos perviven en un lugar sellado de mi alma que cerró para siempre sus puertas aquel atardecer en Calcuta. Un lugar donde todos seguimos siendo apenas unos jóvenes de dieciséis años y donde el espíritu de la Chowbar Society y el Palacio de la Medianoche permanecerán vivos mientras yo lo esté.

En cuanto a lo que el destino nos reservaba a cada uno de nosotros, el tiempo ha borrado las huellas de muchos de mis compañeros. Supe que Seth, con los años, sucedió al orondo Mr. De Rozio como jefe de Bibliotecas y Documentación del museo hindú, con lo que se convirtió en el hombre más joven que ocupaba aquel cargo en la historia de la institución.

Tuve también noticias de Isobel, que años más tarde contrajo matrimonio con Michael. Su unión duró cinco años y tras su separación Isobel marchó a recorrer el mundo con una modesta compañía de teatro. Los años no le impidieron mantener vivos sus sueños. No sé qué habrá sido de ella. Michael, que todavía vive en Florencia, donde da clases de dibujo en un instituto, no ha vuelto a verla jamás. Todavía hoy espero encontrar algún día su nombre en grandes titulares.

Siraj falleció en 1946 tras haber pasado los últimos cinco años de su vida en una prisión de Bombay acusado de un robo que hasta el último día juró no haber cometido. Como predijo Jawahal, la poca suerte que había tenido le abandonó para siempre.

Roshan es hoy un próspero y poderoso comerciante, dueño de buena parte de las antiguas calles de la ciudad negra, *donde se crió como un mendigo sin techo. Él es el único que, año tras año, cumple con el ritual de enviarme una carta de felicitación en la fecha de mi cumpleaños. Sé por sus cartas que se casó y que el número de nietos que corretean por sus propiedades sólo es comparable al de las cifras que componen su fortuna.*

Por lo que a mí respecta, la vida ha sido generosa conmigo y me ha permitido recorrer este extraño pasaje a ninguna parte en paz y sin privaciones. Poco después de finalizar mis estudios, la clínica del doctor

Walter Hartley en Whitechapel me ofreció un puesto, y fue allí donde realmente aprendí el oficio con el que siempre soñé y del que todavía vivo. Hace veinte años, tras la muerte de mi esposa Iris, me trasladé a Bournemouth, donde mi hogar y mi consulta comparten una pequeña y confortable casa desde la que se divisa la marisma de Poole Bay. Mi única compañía desde que Iris me dejó han sido su recuerdo y el secreto que un día compartí con mis compañeros de la Chowbar Society.

Una vez más, he dejado a Ben para el final. Incluso hoy, cuando hace ya más de cincuenta años que no le veo, me resulta difícil hablar del que fue y siempre será mi mejor amigo. Me enteré, gracias a Roshan, de que Ben se fue a vivir a la que había sido la casa de su padre, el ingeniero Chandra Chatterghee, en compañía de la anciana Aryami Bosé, cuya fortaleza de ánimo nunca se sobrepuso al impacto de la muerte de Sheere, lo que la arrastró sin remedio a una larga melancolía que habría de sellar sus ojos para siempre en octubre de 1941. Desde aquel día, Ben vivió y trabajó solo en la casa que su padre había construido. Fue allí donde escribió todos sus libros hasta el año en que desapareció para siempre sin dejar rastro.

Una mañana de diciembre, años después de que todos, incluso Roshan, le dieron por muerto, recibí un pequeño paquete mientras contemplaba la marisma desde el pequeño muelle que se alza frente a mi casa. El envoltorio llevaba estampado un matasellos de la oficina postal de Calcuta y mi nombre aparecía dibujado en una caligrafía que no podría olvidar aunque viviese cien años. En su interior, envuelta entre varias capas de papel, encontré la mitad de la medalla en forma de sol que Aryami Bosé dividió en dos partes cuando separó a Ben y a Sheere aquella trágica noche de 1916.

Esta mañana, mientras escribía al amanecer las últimas líneas de esta memoria, las primeras nieves del año han tendido su manto blanco frente a mi ventana y el recuerdo de Ben ha vuelto a mí como el eco de un susurro después de todos estos años. Le he imaginado recorriendo las turbulentas calles de Calcuta entre la multitud, entre mil historias desconocidas como la suya y, por primera vez, he comprendido que mi compañero, al igual que yo, ya es un hombre viejo y que su reloj está a punto de completar su círculo. Es tan extraño sentir cómo la vida se nos ha escapado de las manos…

No sé si volveré a saber de mi amigo Ben. Pero sé que, en algún punto de la misteriosa ciudad negra, *el muchacho de quien me despedí para siempre aquel amanecer en que nevó sobre Calcuta sigue vivo y mantiene encendida la llama del recuerdo de Sheere, soñando con el momento de reunirse con ella en un mundo donde ya nada ni nadie los pueda separar jamás.*

Espero que la encuentres, amigo.

LAS LUCES DE SEPTIEMBRE

UNA NOTA DEL AUTOR

Amigo lector:

A veces, los lectores recuerdan mejor una obra que su propio autor. Recuerdan sus personajes, sus conflictos, su lenguaje y sus imágenes con una benevolencia que desarma al novelista, que empieza a olvidar tramas y escenas que escribió hace ya quizá más años de los que desearía. Eso me sucede a mí a veces con las tres primeras novelas «juveniles» que escribí y publiqué durante la década de los noventa, *El Príncipe de la Niebla, El Palacio de la Medianoche* y esta *Las Luces de Septiembre* que ahora sostienes en las manos. Siempre me ha parecido que estos tres libros formaban un ciclo de historias con muchas cosas en común y que, de alguna manera, intentaban parecerse a los libros que a mí me hubiese gustado leer en mi adolescencia.

Escribí *Las Luces de Septiembre* en Los Ángeles entre 1994 y 1995, con la intención de rematar algunos elementos que me parecía que no había sabido resolver tal como me hubiese gustado en *El Príncipe de la Niebla*. Revisándola hoy me doy cuenta de que la novela tiene más elementos de construcción cinematográficos que literarios, y que para mí siempre estará vinculada a las largas horas que pasé en compañía de sus personajes frente a un escritorio que miraba desde un tercer piso en Melrose Avenue y desde el que veía las letras de Hollywood en las colinas.

La novela está concebida como una historia de misterio y aventura para lectores que, como los espectadores de la mayoría de las películas que me rondaban la cabeza por entonces, eran jóvenes de espíritu y, con suerte, también de años. Nada de eso ha cambiado después de todo este tiempo.

Lo que sí ha cambiado, y ya era hora de que así fuera, es que por primera vez desde 1995 esta novela aparece publicada en una edición digna y en condiciones de honradez y decoro que lamentablemente nunca tuvo.

Confío en que la disfrutes, ya seas un lector joven o estés deseando volver a serlo. Me gusta pensar que, con tu ayuda, seré capaz de recordar ahora mejor esta novela y las dos que la precedieron y que podré permitirme el lujo de volver a vivir la aventura de *Las Luces de Septiembre* y de aquellos años

en que yo también me creía joven y las imágenes y las palabras parecían ser capaces de todo.

Buena lectura y hasta la vista.

CARLOS RUIZ ZAFÓN
Mayo de 2007.

Querida Irene:

Las luces de septiembre me enseñaron a recordar tus pasos desvaneciéndose en la marea. Sabía ya entonces que la huella del invierno no tardaría en borrar el espejismo del último verano que pasamos juntos en Bahía Azul. Te sorprendería comprobar lo poco que ha cambiado todo desde entonces. La torre del faro sigue alzándose como un centinela entre las brumas, y la carretera que bordea la Playa del Inglés es apenas ya un pálido sendero que serpentea entre la arena hacia ninguna parte.

Las ruinas de Cravenmoore se insinúan sobre la arboleda del bosque, silenciosas y envueltas en un manto de oscuridad. En las cada día menos frecuentes ocasiones en que me aventuro bahía adentro en el velero, todavía puedo ver los cristales agrietados en los ventanales del ala oeste, brillando como señales fantasmagóricas entre la niebla. A veces, embrujado por la memoria de aquellos días en que surcábamos la bahía de vuelta al puerto al caer la tarde, me parece volver a ver las luces parpadeando en la oscuridad. Pero sé que ya no hay nadie allí. Nadie.

Te preguntarás qué ha sido de la Casa del Cabo. Pues bien, sigue allí, aislada, enfrentándose al océano infinito desde el vértice del cabo. El pasado invierno un temporal desguazó lo que quedaba del pequeño embarcadero de la playa. Un acaudalado joyero venido de alguna ciudad sin nombre se vio tentado a adquirirla por una suma irrisoria, pero los vientos de poniente y el embate de las olas en los acantilados se encargaron de disuadirlo. El salitre ha hecho su mella en la madera blanca. La senda secreta que conducía hasta la laguna es ahora una jungla impenetrable, repleta de arbustos salvajes y ramas caídas.

De tarde en tarde, cuando el trabajo en el muelle me lo permite, cojo la bicicleta y me acerco hasta el cabo para contemplar el crepúsculo desde el porche suspendido en los acantilados: solos yo y una bandada de gaviotas, que parecen haberse adjudicado el papel de nuevos inquilinos sin pasar por el despacho de notario alguno. Desde allí todavía puede verse cómo la luna dibuja una guirnalda de plata hacia la Cueva de los Murciélagos al alzarse sobre el horizonte.

Recuerdo que una vez te hablé de esta cueva y yo te conté la fabulosa historia de un siniestro pirata corso cuyo buque fue engullido por la gruta una noche de 1746. Mentí. Nunca hubo ningún contrabandista ni bucanero pendenciero que se aventurara en las tinieblas de aquella gruta. En mi

defensa puedo decir que ésa fue la única mentira que oíste de mis labios. Aunque probablemente lo supiste desde el principio.

Esta mañana, mientras enhebraba un manojo de redes prendidas en el arrecife, ha sucedido otra vez. Por un segundo creí verte en el porche de la Casa del Cabo, mirando hacia el horizonte en silencio, como te gustaba hacerlo. Cuando las gaviotas han alzado el vuelo, he comprobado que no había nadie allí. Más allá, cabalgando sobre las brumas, se alzaba el monte Saint Michel, como una isla fugitiva varada en la marea.

A veces pienso que todos se han ido a algún lugar lejos de Bahía Azul y que yo me he quedado atrapado en el tiempo, esperando en vano que la marea púrpura de septiembre me devuelva algo más que recuerdos. No me hagas mucho caso. El mar tiene estas cosas; todo lo devuelve después de un tiempo, especialmente los recuerdos.

Creo que, si cuento ésta, ya son cien las cartas que te he enviado a la última dirección tuya que pude conseguir en París. A veces me pregunto si has recibido alguna de ellas, si todavía te acuerdas de mí y de aquel amanecer en la Playa del Inglés. Tal vez así sea, tal vez la vida te ha llevado lejos de aquí, lejos de todos los recuerdos de la guerra.

La vida era mucho más sencilla entonces, ¿recuerdas? ¿Qué digo? Seguro que no. Empiezo a pensar que sólo soy yo, pobre tonto, el que todavía vive del recuerdo de todos y cada uno de aquellos días de 1937, cuando aún estabas aquí, a mi lado…

1. EL CIELO SOBRE PARÍS

París, 1936

Quienes recuerdan la noche en que murió Armand Sauvelle juran que un destello púrpura atravesó la bóveda del cielo, trazando un rastro de cenizas encendidas que se perdía en el horizonte; un destello que su hija Irene jamás pudo ver, pero que embrujaría sus sueños por muchos años.

Era un frío amanecer de invierno, y los cristales de la sala número catorce del hospital Saint George estaban teñidos por una fina película de hielo que dibujaba unas acuarelas fantasmales de la ciudad en la tiniebla dorada del alba.

La llama de Armand Sauvelle se apagó en silencio, sin apenas un suspiro. Su esposa Simone y su hija Irene alzaron la mirada cuando los primeros destellos que quebraban la línea de la noche trazaron agujas de luz a lo largo de la sala del hospital. Dorian, su hijo menor, descansaba dormido sobre una de las sillas. Un silencio sobrecogedor invadió la sala. No fue necesario cruzar ninguna palabra para comprender lo que había sucedido. Tras seis meses de sufrimiento, el fantasma negro de una enfermedad cuyo nombre jamás fue capaz de pronunciar había arrancado la vida a Armand Sauvelle. Sin más.

Ése fue el principio del peor año que recordaría la familia Sauvelle.

* * *

Armand Sauvelle se llevó a la tumba su magia y su risa contagiosa, pero sus numerosas deudas no lo acompañaron en el último viaje. Pronto, una cohorte de acreedores y toda suerte de criaturas carroñeras con levita y título honorífico tomaron por costumbre dejarse caer por la vivienda de los Sauvelle, en el bulevar Haussmann. Las frías visitas de cortesía legal dieron paso a las amenazas veladas. Y éstas, con el tiempo, a los embargos.

Colegios de prestigio y ropas de impecable acabado fueron sustituidos por empleos a tiempo parcial y atuendos más modestos para Irene y Dorian. Era el inicio del vertiginoso descenso de los Sauvelle al mundo real. La peor parte del viaje, sin embargo, cayó sobre Simone. Retomar su empleo como maestra no bastaba para hacer frente al torrente de deudas que devoraban sus escasos recursos. En cada rincón aparecía un nuevo documento que Armand había firmado, una nueva suscripción de deuda impagada, un nuevo agujero negro sin fondo…

Fue por entonces cuando el pequeño Dorian empezó a sospechar que la mitad de la población de París la componían abogados y contables, una clase de ratas que habitaban en la superficie. Fue también entonces cuando Irene, sin que su madre tuviese conocimiento de ello, aceptó un empleo en un salón de baile. Danzaba con los soldados, apenas unos adolescentes asustados, por unas monedas (monedas que, de madrugada, introducía en la caja que Simone guardaba bajo el fregadero de la cocina).

Del mismo modo, los Sauvelle descubrieron que la lista de quienes se declaraban sus amigos y benefactores se reducía como la escarcha al amanecer. Con todo, llegado el verano, Henri Leconte, un antiguo amigo de Armand Sauvelle, ofreció a la familia la posibilidad de instalarse en el pequeño apartamento situado sobre la tienda de artículos de dibujo que regentaba en Montparnasse. El precio del alquiler lo dejaba a cuenta de futuras bonanzas y a cambio de que Dorian lo ayudase como chico de los recados, porque sus rodillas ya no eran lo que habían sido de joven. Simone nunca tuvo palabras suficientes para agradecer la bondad del viejo monsieur Leconte. El comerciante nunca las pidió. En un mundo de ratas, habían tropezado con un ángel.

Cuando los primeros días del invierno se insinuaron sobre las calles, Irene cumplió catorce años, aunque a ella le pesaron como veinticuatro. Por un día, las monedas que ganó en el salón de baile las empleó en comprar un pastel para celebrar su cumpleaños con Simone y Dorian. La ausencia de Armand pendía sobre todos como una opresora sombra. Juntos apagaron las velas del pastel en el angosto salón del apartamento de Montparnasse, rogando que, con

las llamas, se extinguiese el espectro de la mala fortuna que los había perseguido durante meses. Por una vez, su deseo no fue ignorado. No lo sabían aún, pero aquel año de sombras estaba llegando a su fin.

* * *

Semanas más tarde, una luz de esperanza se abrió inesperadamente en el horizonte de la familia Sauvelle. Gracias a las artes de monsieur Leconte y su red de conocidos, apareció la promesa de un buen empleo para su madre en un pequeño pueblo de la costa, Bahía Azul, lejos de la tiniebla grisácea de París, lejos de los tristes recuerdos de los últimos días de Armand Sauvelle. Al parecer, un adinerado inventor y fabricante de juguetes, llamado Lazarus Jann, necesitaba una ama de llaves que se hiciera cargo del cuidado de su palaciega residencia en el bosque de Cravenmoore.

El inventor vivía en la inmensa mansión, contigua a su vieja fábrica de juguetes, ya cerrada, con la única compañía de su esposa Alexandra, gravemente enferma y postrada en una habitación de la gran casa desde hacía veinte años. La paga era generosa y, además, Lazarus Jann les ofrecía la posibilidad de instalarse en la Casa del Cabo, una modesta residencia construida sobre los acantilados en el vértice del cabo, al otro lado del bosque de Cravenmoore.

A mediados de junio de 1937, monsieur Leconte despidió a la familia Sauvelle en el andén seis de la estación de Austerlitz. Simone y sus dos hijos subieron a bordo de un tren que habría de llevarlos rumbo a la costa de Normandía.

Mientras el viejo Leconte observaba cómo se perdía el rastro del convoy, sonrió para sí y, por un instante, tuvo el presentimiento de que la historia de los Sauvelle, su verdadera historia, apenas había empezado.

2. GEOGRAFÍA Y ANATOMÍA

Normandía, verano de 1937

En su primer día en la Casa del Cabo, Irene y su madre trataron de poner algo de orden en el que habría de ser su nuevo hogar. Dorian, por su parte, descubrió mientras tanto su nueva pasión: la geografía o, más concretamente, dibujar mapas. Pertrechado con los lápices y un cuaderno que Henri Leconte le había regalado al partir, el hijo menor de Simone Sauvelle se retiró a un pequeño santuario entre los acantilados, una privilegiada atalaya desde la que gozaba de una vista espectacular.

El pueblo y su pequeño muelle de pescadores presidían el centro de la gran bahía. Hacia el este se extendía una playa infinita de arenas blancas, un desierto de perlas frente al mar, conocida como la Playa del Inglés. Más allá, la aguja del cabo se adentraba en el mar como una garra afilada. La nueva casa de los Sauvelle estaba construida sobre su extremo, que separaba Bahía Azul del amplio golfo que los lugareños denominaban Bahía Negra, por sus aguas oscuras y profundas.

Mar adentro, alzándose entre la calima evanescente, Dorian divisaba el islote del faro, a media milla de la costa. La torre del faro se erguía oscura y misteriosa, fundiéndose en las brumas. Si volvía la vista a tierra, Dorian podía ver a su hermana Irene y a su madre en el porche de la Casa del Cabo.

Su nueva morada era una construcción de dos pisos de madera blanca, enclavada sobre los acantilados: una terraza suspendida en el vacío. Tras la casa se levantaba la espesura del bosque y, alzándose sobre las copas de los árboles, se distinguía la majestuosa residencia de Lazarus Jann, Cravenmoore.

Cravenmoore semejaba más bien un castillo, una invención catedralicia, producto de una imaginación extravagante y torturada. Un laberinto de arcos, arbotantes, torres y cúpulas sembraba su angulosa techumbre. La construcción respondía a una planta cruciforme de la que brotaban diferentes alas. Dorian observó atentamente la siniestra silueta de la morada de Lazarus Jann. Un ejército de gárgolas y ángeles esculpidos sobre la piedra guardaba el friso de la fachada cual bandada de espectros petrificados a la espera de la noche. Mientras cerraba su cuaderno y se disponía a regresar a la Casa del Cabo, Dorian se preguntó qué clase de persona elegiría un lugar como aquél para vivir. No tardaría en averiguarlo: aquella noche estaban invitados a cenar en Cravenmoore. Cortesía de su nuevo benefactor, Lazarus Jann.

* * *

La nueva habitación de Irene estaba orientada hacia el noroeste. Desde su ventana podía contemplar el islote del faro y las manchas de luz que el sol dibujaba sobre el océano, lagunas de plata encendida. Tras meses de encierro en el reducido piso de París, el disfrutar de una habitación para ella sola se le antojaba un lujo casi ofensivo. La posibilidad de cerrar la puerta y gozar de un espacio reservado a su intimidad era una sensación embriagadora.

Mientras contemplaba cómo el sol poniente teñía de cobre el mar, Irene afrontó el dilema de qué indumentaria lucir para su primera cena con Lazarus Jann. Apenas conservaba una pequeña parte del que había sido un extenso vestuario. Ante la idea de ser recibidos en la gran casa de Cravenmoore, todos sus vestidos le parecían despojos harapientos y vergonzantes. Tras probarse los dos únicos atavíos que podrían reunir las condiciones para semejante ocasión, Irene se percató de la existencia de un nuevo problema con el que no había contado.

Desde que había cumplido los trece años, su cuerpo parecía empeñado en adquirir volumen en determinados lugares y perderlo en otros. Ahora, al borde de los quince y enfrentándose al espejo, los caprichos de la naturaleza se hacían más evidentes que nunca para Irene. Su nuevo perfil curvilíneo no casaba con el severo corte de su polvoriento guardarropía.

Una guirnalda de reflejos escarlatas se extendía sobre Bahía Azul cuando, poco antes del anochecer, Simone Sauvelle llamó suavemente a su puerta.

—Adelante.

Su madre cerró la puerta a sus espaldas y realizó una rápida radiografía de la situación. Todos los vestidos de Irene estaban tendidos sobre el lecho. Su

hija, ataviada con una simple camiseta blanca, contemplaba desde la ventana las luces lejanas de los barcos en el canal. Simone observó el esbelto cuerpo de Irene y sonrió para sí.

—El tiempo pasa y no nos damos cuenta, ¿eh?

—No me entra ni uno solo. Lo siento —repuso Irene—. Y lo he intentado.

Simone se acercó hasta la ventana y se arrodilló junto a su hija. Las luces del pueblo en el centro de la bahía dibujaban acuarelas de luz sobre las aguas. Por un instante, ambas contemplaron el espectáculo sobrecogedor del crepúsculo sobre Bahía Azul. Simone acarició el rostro de su hija y sonrió.

—Creo que este sitio nos va a gustar. ¿Tú qué dices? —preguntó.

—¿Y nosotros? ¿Vamos a gustarle nosotros a él?

—¿A Lazarus?

Irene asintió.

—Somos una familia encantadora. Nos adorará —respondió Simone.

—¿Estás segura?

—Más nos vale, jovencita.

Irene señaló su vestuario.

—Ponte uno de los míos —sonrió Simone—. Me parece que te sentarán mejor que a mí.

Irene se sonrojó ligeramente.

—Exagerada —le recriminó a su madre.

—Tiempo al tiempo.

* * *

La mirada que Dorian dedicó a su hermana cuando la vio aparecer al pie de la escalera, envuelta en un vestido de Simone, hubiera ganado concursos. Irene clavó sus ojos verdes en Dorian y, alzando un dedo índice amenazador, le dirigió una velada advertencia:

—Ni una palabra.

Dorian, mudo, asintió, incapaz de despegar los ojos de aquella desconocida que hablaba con la misma voz que su hermana Irene y lucía su mismo rostro. Simone advirtió su semblante y reprimió una sonrisa. Luego, con solemne seriedad, colocó una mano sobre el hombro del muchacho y se arrodilló frente a él para arreglar su pajarita morada, herencia de su padre.

—Vives rodeado de mujeres, hijo. Ve acostumbrándote.

Dorian asintió de nuevo, entre la resignación y el asombro. Cuando el reloj de la pared anunció las ocho de la noche, todos estaban listos para la

gran cita y enfundados en sus mejores galas. Por lo demás, muertos de miedo.

* * *

Una tenue brisa soplaba desde el mar y agitaba la espesura en el bosque que rodeaba Cravenmoore. El siseo invisible de las hojas acompañaba el eco de los pasos de Simone y sus hijos en la senda que atravesaba la arboleda, un verdadero túnel tallado entre una jungla oscura e insondable. La pálida tez de la luna pugnaba por atravesar el sudario de sombras que cubría el bosque. Las voces invisibles de los pájaros que anidaban en las copas de aquellos gigantes centenarios formaban una inquietante letanía.

—Este sitio me da escalofríos —apuntó Irene.

—Tonterías —se apresuró a atajar su madre—. Es simplemente un bosque. Andando.

Dorian contemplaba en silencio las sombras de la floresta desde su posición de retaguardia. La oscuridad creaba siniestras siluetas y catapultaba su imaginación a dilucidar docenas de criaturas diabólicas al acecho.

—A la luz del día todo esto no son más que matojos y árboles —matizó Simone Sauvelle, pulverizando el hechizo fugaz con que Dorian se estaba deleitando.

Unos minutos más tarde, tras una travesía nocturna que a Irene se le antojó interminable, la imponente y angulosa silueta de Cravenmoore se alzó frente a ellos como un castillo de leyenda que emergía en la niebla. Haces de luz dorada parpadeaban tras los grandes ventanales de la inmensa residencia de Lazarus Jann. Un bosque de gárgolas se recortaba contra el cielo. Más allá podía distinguirse la fábrica de juguetes, un anexo de la mansión.

Rebasado el umbral de la floresta, Simone y sus hijos se detuvieron a contemplar la sobrecogedora inmensidad de la residencia del fabricante de juguetes. En ese momento, un pájaro semejante a un cuervo emergió de la maleza, aleteando, y trazó una curiosa trayectoria sobre el jardín que rodeaba Cravenmoore. El ave voló en círculos sobre una de las fuentes de piedra y fue a posarse a los pies de Dorian. Al cesar el batir de sus alas, el cuervo se tendió sobre uno de sus costados y se abandonó a un lento balanceo hasta quedar inerte. El muchacho se arrodilló y aproximó lentamente su mano derecha al animal.

—Ten cuidado —le advirtió Irene.

Dorian, ajeno a su consejo, acarició el plumaje del cuervo. El pájaro no dio señales de vida. El chico lo tomó en sus manos y desplegó sus alas. Un

gesto de perplejidad oscureció su rostro. Segundos después, se volvió hacia Irene y Simone:

—Es de madera —murmuró—. Es una máquina.

Los tres intercambiaron una mirada en silencio. Simone suspiró e invitó a sus hijos:

—Vamos a causar una buena impresión. ¿De acuerdo?

Ellos asintieron. Dorian devolvió el pájaro de madera al suelo. Simone Sauvelle sonrió débilmente y, a su señal de asentimiento, los tres enfilaron la escalinata de mármol blanco que serpenteaba hacia el gran portón de bronce, tras el cual se ocultaba el mundo secreto de Lazarus Jann.

Las puertas de Cravenmoore se abrieron ante ellos sin necesidad de utilizar el extraño llamador forjado en bronce a imagen y semejanza del rostro de un ángel. Un intenso halo de luz áurea emanaba del interior de la casa. Una silueta inmóvil aparecía recortada en el haz de claridad. La figura cobró vida súbitamente ladeando la cabeza, al tiempo que se oía un ligero traqueteo mecánico. El rostro afloró a la luz. Ojos sin vida, simples esferas de cristal, enclaustrados en una máscara sin más expresión que una escalofriante sonrisa, los contemplaban.

Dorian tragó saliva. Irene y su madre, más impresionables, dieron un paso atrás. La figura tendió una mano hacia ellos y permaneció inmóvil de nuevo.

—Confío en que *Christian* no los haya asustado. Es una creación antigua y torpe.

Los Sauvelle se volvieron hacia la voz que les hablaba desde el pie de la escalinata. Un rostro amable, de camino a una afortunada madurez, les sonreía no sin cierta picardía. Los ojos del hombre eran azules y brillaban bajo una espesa mata de cabellos plateados y cuidadosamente peinados. El hombre, pulcramente trajeado, con un bastón de ébano policromado, se acercó a ellos y les dedicó una respetuosa reverencia.

—Mi nombre es Lazarus Jann, y creo que les debo una disculpa —dijo.

Su voz era cálida, confortante, una de esas voces dotadas de un poder tranquilizador y una rara serenidad. Sus grandes ojos azules observaron detenidamente a cada uno de los miembros de la familia y, finalmente, se posaron en el rostro de Simone.

—Estaba dando mi habitual paseo nocturno por el bosque y me he retrasado. Madame Sauvelle, si no me equivoco…

—Es un placer, señor.

—Por favor, llámeme Lazarus.

Simone asintió.

—Ésta es mi hija Irene. Y éste es Dorian, el benjamín de la familia.

Lazarus Jann estrechó cuidadosamente las manos de ambos. Su tacto era firme y agradable; su sonrisa, contagiosa.

—Bien. Respecto a *Christian*, no deben temerlo en absoluto. Lo mantengo como un recuerdo de mi primera época. Es torpe y su aspecto dista de ser amigable, lo sé.

—¿Es una máquina? —se apresuró a preguntar Dorian, fascinado.

La mirada de censura de Simone llegó tarde. Lazarus sonrió al muchacho.

—Podríamos llamarlo así. Técnicamente, *Christian* es lo que denominamos un autómata.

—¿Lo construyó usted, señor?

—Dorian —recriminó su madre.

Lazarus sonrió de nuevo. Evidentemente, la curiosidad del muchacho no le molestaba en absoluto.

—Sí. A él y a otros muchos. Ése es, mejor dicho, ése era mi trabajo. Pero creo que la cena nos espera. ¿Qué tal si discutimos todo esto frente a un buen plato y así nos vamos conociendo mejor?

El aroma de un delicioso asado llegó hasta ellos como un elixir encantado. Incluso una piedra les hubiese leído el pensamiento.

* * *

Ni el sorprendente recibimiento del autómata ni el sobrecogedor aspecto del exterior de Cravenmoore podían presagiar el impacto que el interior de la mansión de Lazarus Jann causó en los Sauvelle. Tan pronto rebasaron el umbral de sus puertas, los tres se vieron sumergidos en un mundo fantástico que iba mucho más allá de lo que sus tres imaginaciones juntas podían llegar a concebir.

Una suntuosa escalera parecía ascender en espiral hacia el infinito. Alzando la vista, los Sauvelle contemplaron una fuga que conducía a la torre central de Cravenmoore, coronada por una linterna mágica que bañaba la atmósfera interna de la casa con una luz espectral y evanescente. Bajo ese manto de claridad fantasmal se descubría una interminable galería de criaturas mecánicas. Un gran reloj de pared, dotado de ojos y una mueca caricaturesca, sonreía a los visitantes. Una bailarina envuelta en un velo transparente giraba sobre sí misma en el centro de una sala ovalada, donde cada objeto, cada detalle, formaba parte de la fauna creada por Lazarus Jann.

Los pomos de las puertas eran rostros risueños que guiñaban sus ojos al girar. Un gran búho de magnífico plumaje dilataba sus pupilas de cristal y aleteaba lentamente en las brumas. Decenas o quizá cientos de miniaturas y juguetes ocupaban una inmensidad de muros y vitrinas que hubiera llevado toda una vida explorar. Un pequeño y juguetón cachorro mecánico movía la cola y ladraba al paso de un ratoncillo de metal. Suspendido del techo invisible, un carrusel de hadas, dragones y estrellas danzaba en el vacío, en torno a un castillo que flotaba entre nubes de algodón al son del tintineo distante de una caja de música…

Dondequiera que dirigieran su mirada, los Sauvelle descubrían nuevos prodigios, nuevos artefactos imposibles que desafiaban todo lo que habían visto antes. Bajo la divertida mirada de Lazarus, los tres permanecieron así, presos de aquel estado de absoluto encantamiento, durante minutos.

—¡Es… es maravilloso! —dijo Irene, incapaz de creer cuanto sus ojos le transmitían.

—Bien, esto es sólo el vestíbulo. Pero celebro que les guste —asintió Lazarus, guiándolos hacia el gran comedor de Cravenmoore.

Dorian, desprovisto de palabras, lo contemplaba todo con unos ojos como platos. Simone e Irene, no menos impresionadas, hacían lo posible por no caer en el hipnótico estado de ensueño que la casa producía.

La sala donde se servía la cena estaba a la altura de lo que el vestíbulo auguraba. Desde las copas hasta los cubiertos, los platos o las lujosas alfombras que cubrían el suelo, todo llevaba el sello de Lazarus Jann. Ni un solo objeto en la casa parecía pertenecer al mundo real, gris y aborreciblemente normal que habían dejado atrás al internarse en aquella vivienda. Con todo, a los ojos de Irene no escapó el inmenso retrato que reposaba sobre la chimenea, cuyas llamas brotaban de las fauces de unos dragones. Una dama de belleza deslumbrante lucía un vestido blanco. El poder de su mirada había rebasado la frontera entre la realidad y los pinceles del artista. Por unos segundos, Irene se perdió en aquella mirada mágica y embriagadora.

—Mi esposa, Alexandra… Cuando todavía gozaba de buena salud. Días maravillosos, aquéllos —dijo la voz de Lazarus a sus espaldas, envuelta en un halo de melancolía y resignación.

* * *

La cena transcurrió agradablemente a la luz de las llamas. Lazarus Jann se reveló como un excelente anfitrión que pronto supo ganarse las simpatías de Dorian e Irene con bromas y narraciones sorprendentes. En el curso de la velada les explicó que los deliciosos platos que estaban degustando eran obra de Hannah, una muchacha de la edad de Irene que trabajaba para él como cocinera y doncella. A los pocos minutos, la tirantez inicial desapareció y todos se sumaron a la distendida conversación que el fabricante de juguetes sabía tejer con una habilidad imperceptible.

Cuando empezaron a degustar el segundo plato, el asado de pavo especialidad de Hannah, los Sauvelle se sentían en la presencia de un viejo conocido. Para su tranquilidad, Simone advirtió que la corriente de simpatía entre sus hijos y Lazarus era mutua, y que ella misma no era ajena a su encanto.

Entre anécdota y anécdota, Lazarus les facilitó cumplidas explicaciones acerca de la casa y la naturaleza de las obligaciones a las que su nuevo empleo los comprometía. El viernes era la noche libre de Hannah y la pasaba con su humilde familia en Bahía Azul. Pero Lazarus les informó de que tendrían oportunidad de conocerla tan pronto se incorporase de nuevo a su labor. Hannah era la única persona, sin contar a Lazarus y a su esposa, que vivía en Cravenmoore. Ella los ayudaría a aclimatarse y solventaría cuantas dudas tuviesen en relación con la casa.

Llegados los postres, una irresistible tarta de frambuesas, Lazarus pasó a explicar lo que esperaba de ellos. Pese a estar ya retirado, seguía trabajando ocasionalmente en el taller de juguetes, localizado en una ala contigua a Cravenmoore. Tanto la fábrica como las habitaciones de los pisos superiores estaban vedadas a su paso. No debían entrar en ellas bajo ningún concepto. Sobre todo en el ala oeste de la casa, que albergaba las habitaciones de su esposa.

Alexandra Jann padecía, desde hacía más de veinte años, una extraña e incurable enfermedad que la obligaba a guardar reposo absoluto en cama. La esposa de Lazarus vivía retirada en su habitación del tercer piso en el ala oeste, donde sólo su marido entraba para atenderla y proporcionarle cuantos cuidados precisaba en su precario estado. El fabricante de juguetes les contó cómo su esposa, por entonces una joven llena de vitalidad y belleza, contrajo la misteriosa enfermedad en un viaje que realizaron por tierras centroeuropeas.

El virus, al parecer incurable, fue apoderándose de ella poco a poco. Pronto, casi ni podía caminar o sostener un objeto en las manos. En el plazo

de seis meses, su estado empeoró hasta convertirla en una inválida, un triste reflejo de la persona con quien se había casado tan sólo unos años antes. Al año de contraer la enfermedad, la memoria de la enferma empezó a desvanecerse, y en cuestión de semanas apenas era capaz de reconocer a su propio esposo. Desde entonces dejó de hablar y su mirada se convirtió en un pozo sin fondo. Alexandra Jann tenía entonces veintiséis años. Desde ese día jamás había vuelto a salir de Cravenmoore.

Los Sauvelle escucharon el triste relato de Lazarus en respetuoso silencio. El fabricante, obviamente consternado por el recuerdo y por dos décadas de vida en soledad y dolor, quiso quitar importancia al hecho derivando la conversación hacia la exquisita tarta de Hannah. La triste amargura de su mirada, sin embargo, no pasó desapercibida para Irene.

No le costaba imaginar la huida a ninguna parte de Lazarus Jann. Desprovisto de aquello que más amaba, Lazarus se había refugiado en su mundo de fantasía y había creado cientos de seres y objetos con los que llenar la profunda soledad que lo rodeaba.

Al oír las palabras del fabricante de juguetes, Irene comprendió que ya nunca podría volver a ver aquel universo de imaginación desbordante que poblaba Cravenmoore como una espectacular e impactante pirueta del genio que lo había creado. Para ella, que había aprendido a reconocer en carne propia el vacío de la pérdida, Cravenmoore no era más que el oscuro reflejo del laberinto de soledad en el que Lazarus Jann había vivido en los últimos veinte años. Cada habitante de aquel mundo maravilloso, cada creación, constituía simplemente una lágrima derramada en silencio.

Finalizada la cena, Simone Sauvelle tenía muy claras sus obligaciones y responsabilidades en la casa. Sus funciones eran similares a las de una ama de llaves, un trabajo que poco tenía que ver con su empleo original, el de maestra, pero que estaba dispuesta a desempeñar tan bien como pudiese para garantizar un futuro de bienestar a sus hijos. Simone supervisaría el trabajo de Hannah y de los sirvientes ocasionales, se haría cargo de las tareas de administración y mantenimiento de la propiedad de Lazarus Jann, del trato con los proveedores y los comerciantes del pueblo, de la correspondencia, de las provisiones y de garantizar que nada ni nadie importunara al fabricante en su deseado retiro del mundo exterior. Igualmente, su trabajo contemplaba la adquisición de libros para la biblioteca de Lazarus. A tal efecto, su patrón insinuó claramente que su pasado como educadora había sido determinante a la hora de elegirla entre otras candidatas más versadas en el área del servicio.

Lazarus insistió en que este cometido era uno de los más importantes de su posición.

A cambio de estas tareas, Simone y sus hijos podían ocupar la Casa del Cabo y gozar de un sueldo más que razonable. Lazarus se haría cargo de los gastos de escolarización de Irene y Dorian para el próximo curso, tras el verano. Igualmente, se comprometía a pagar los estudios universitarios de ambos si los jóvenes presentaban aptitudes y voluntad para ello. Irene y Dorian, por su parte, podían colaborar con su madre en las tareas que ella les asignase en la casa, siempre y cuando respetaran las reglas de oro: no traspasar los límites especificados por su propietario.

Teniendo en cuenta los meses anteriores, de deudas y miseria, la oferta de Lazarus se le antojaba a Simone Sauvelle como una bendición del cielo. Bahía Azul era un escenario paradisíaco para empezar una nueva vida con sus hijos. El empleo era más que deseable, y Lazarus ofrecía todos los visos de ser un patrón magnánimo y bondadoso. Tarde o temprano, la suerte tenía que sonreírles. El destino había querido que fuese en ese lugar alejado, y por primera vez en mucho tiempo, Simone estaba dispuesta a aceptar sus designios con agrado. Es más, si su instinto no la engañaba, y no solía hacerlo, adivinaba una sincera corriente de simpatía hacia ella y su familia. No le costaba esfuerzo suponer que su compañía y su presencia en Cravenmoore podían constituir un bálsamo para paliar la inmensa soledad que parecía rodear a su propietario.

La cena finalizó con una taza de café y la promesa de Lazarus de que, algún día, iniciaría al absolutamente cautivado Dorian en los misterios de la construcción de autómatas. Los ojos del muchacho se encendieron de ilusión ante la oferta y, por un breve instante, las miradas de Lazarus y Simone se encontraron de manera fugaz al trasluz de las velas. Simone reconoció en ellos el rastro de años de soledad, una sombra que conocía bien. Buques a la deriva que se cruzan en la noche. El fabricante de juguetes entornó los ojos y se alzó en silencio, señalando el fin de la velada.

Luego los guió hasta la puerta principal, deteniéndose brevemente para explicar alguno de los prodigios que poblaban el camino. Dorian e Irene asistían boquiabiertos a cuantos detalles les revelaba. Cravenmoore albergaba suficientes maravillas para iluminar cien años de asombro. Poco antes de enfilar el vestíbulo que conducía a la puerta, Lazarus se detuvo ante lo que aparentaba ser un complejo mecanismo de espejos y lentes, y dirigió una mirada enigmática a Dorian. Sin mediar palabra, introdujo el brazo entre un

pasillo de espejos. Lentamente, el reflejo de su mano se desvaneció hasta hacerse invisible. Lazarus sonrió.

—No debes creer todo aquello que ves. La imagen de la realidad que nos brindan nuestros ojos es sólo una ilusión, un efecto óptico —dijo—. La luz es una gran mentirosa. Dame tu mano.

Dorian siguió las instrucciones del fabricante de juguetes y dejó que éste la guiase por el pasillo de espejos. La imagen de su mano se desintegró ante sus propios ojos. Dorian, con un interrogante mudo en la mirada, se volvió hacia Lazarus.

—¿Conoces las leyes de la óptica y de la luz? —preguntó el hombre.

Dorian negó con la cabeza. En ese momento no sabía ni dónde tenía su mano derecha.

—La magia es tan sólo una extensión de la física. ¿Qué tal se te dan las matemáticas?

—Excepto la trigonometría, así, así…

Lazarus sonrió.

—Por ahí empezaremos. La fantasía son números, Dorian. Ése es el truco.

El muchacho asintió, sin saber muy bien de qué estaba hablando Lazarus. Finalmente, éste señaló la puerta y los acompañó hasta el umbral. Fue entonces cuando, casi por casualidad, Dorian creyó ver lo imposible. Al pasar frente a uno de los faroles parpadeantes, las siluetas que proyectaban sus cuerpos se dibujaron sobre los muros. Todas menos una: la de Lazarus, cuyo rastro en la pared era invisible, como si su presencia no fuese más que un espejismo.

Cuando se volvió, Lazarus lo observaba detenidamente. El chico tragó saliva. El fabricante de juguetes le pellizcó cariñosamente la mejilla, burlón.

—No creas todo lo que vean tus ojos…

Y Dorian siguió a su madre y a su hermana al exterior.

—Gracias por todo y buenas noches —concluyó Simone.

—Ha sido un placer. Y no es un cumplido —dijo Lazarus cordialmente; les sonrió amablemente y alzó la mano en señal de despedida.

* * *

Los Sauvelle se adentraron en el bosque poco antes de la medianoche, de vuelta a la Casa del Cabo.

Dorian, silencioso, permanecía todavía bajo los efectos de la prodigiosa residencia de Lazarus Jann. Irene andaba perdida en sus propios

pensamientos, lejos del mundo. Y Simone, por su parte, respiró tranquila y dio gracias a Dios por la suerte que les había enviado.

Justo antes de que la silueta de Cravenmoore se perdiese a sus espaldas, Simone se volvió a contemplarla una última vez. Una sola ventana permanecía iluminada en el segundo piso del ala oeste. Una figura se erguía inmóvil tras los cortinajes. En ese preciso momento, la luz se extinguió y el amplio ventanal se sumergió en las sombras.

* * *

De vuelta a su habitación, Irene se quitó el vestido que su madre le había prestado y lo plegó cuidadosamente sobre la silla. Las voces de Simone y Dorian se oían en la cámara contigua. La joven apagó la luz y se tendió sobre el lecho. Sombras azules danzaban sobre el cielo raso como una cabalgata de espectros saltarines en la aurora boreal. El susurro de las olas rompiendo en los acantilados acariciaba el silencio. Irene cerró los ojos y trató de conciliar el sueño en vano.

Era difícil aceptar que desde aquella noche no volvería a ver su viejo piso de París, ni habría de regresar al salón de baile para ganarse las pocas monedas que aquellos soldados llevaban consigo. Sabía que las sombras de la gran ciudad no podían alcanzarla allí, pero la huella del recuerdo no conocía fronteras. Se incorporó de nuevo y se acercó hasta la ventana.

La torre del faro se alzaba en las tinieblas. Concentró la vista en el islote entre las brumas incandescentes. Un reflejo fugaz pareció brillar, como el guiño de un espejo en la distancia. Segundos después, el destello brilló de nuevo para desvanecerse definitivamente. Irene frunció el ceño y advirtió la presencia de su madre abajo, en el porche. Simone, envuelta en un grueso jersey, contemplaba el mar en silencio. Sin necesidad de ver su rostro en la oscuridad, Irene supo que estaba llorando y que ambas tardarían en conciliar el sueño. En aquella primera noche en la Casa del Cabo, tras aquel primer paso hacia lo que parecía un horizonte de felicidad, la ausencia de Armand Sauvelle se hacía más dolorosa que nunca.

3. BAHÍA AZUL

De todos los amaneceres de su vida, ninguno habría de parecerle más luminoso a Irene que aquel del 22 de junio de 1937. El mar resplandecía como un manto de diamantes bajo un cielo cuya transparencia jamás hubiese creído posible durante los años que había vivido en la ciudad. Desde su ventana, el islote del faro podía contemplarse ahora con toda claridad, al igual que las pequeñas rocas que emergían en el centro de la bahía como la cresta de un dragón submarino. La ordenada hilera de casas en el paseo del pueblo, más allá de la Playa del Inglés, dibujaba una acuarela danzante entre la calima que ascendía del muelle de pescadores. Si entornaba los ojos, podía ver el paraíso según Claude Monet, el pintor predilecto de su padre.

Irene abrió la ventana de par en par y dejó que la brisa del mar, impregnada del aroma del salitre, inundase la habitación. La bandada de gaviotas que anidaba en los acantilados se volvió a observarla con cierta curiosidad. Nuevos vecinos. No muy lejos de ellas, Irene advirtió que Dorian ya estaba instalado en su refugio favorito entre las rocas, catalogando espejismos, musarañas…, o enfrascado en lo que fuera que hacía en sus solitarias excursiones.

Andaba Irene ya concentrada en decidir qué ropa ponerse para salir a disfrutar de aquel día robado de algún sueño, cuando una voz desconocida, acelerada y zumbona llegó a sus oídos desde el piso inferior. Dos segundos de atenta escucha revelaron el timbre calmado y templado de su madre

conversando o, mejor dicho, intentando colocar monosílabos entre los escasos resquicios que su interlocutora dejaba escapar.

Mientras se vestía, Irene trató de dilucidar el aspecto de aquella persona a través de su voz. Desde pequeña, éste había sido uno de sus pasatiempos predilectos. Escuchar una voz con los ojos cerrados y tratar de imaginar a quién pertenecía: determinar su estatura, su peso, su rostro, su carácter…

Esta vez su instinto dibujaba una mujer joven, de poca estatura, nerviosa y saltarina, morena y probablemente de ojos oscuros. Con tal retrato en mente, decidió bajar al piso inferior con dos objetivos: saciar su apetito matutino con un buen desayuno y, lo más importante, saciar su curiosidad respecto a la dueña de aquella voz.

Tan pronto puso los pies en la sala de la planta baja, comprobó que sólo había cometido un error: los cabellos de la muchacha eran pajizos. El resto, clavado en la diana. Así fue como Irene conoció a la pintoresca y dicharachera Hannah; por puro oído.

* * *

Simone Sauvelle hizo lo posible por corresponder con un delicioso desayuno a la cena que la noche anterior Hannah les había dejado preparada para su encuentro con Lazarus Jann. La joven devoraba la comida a una velocidad todavía mayor de la que empleaba al hablar. El torrente de anécdotas, chismes e historias de todo tipo acerca del pueblo y sus habitantes, que desgranaba con celeridad, hizo que a los pocos minutos de disfrutar de su compañía Simone e Irene tuviesen la sensación de conocerla de toda la vida.

Entre tostada y tostada, Hannah les resumió su biografía en fascículos acelerados. Cumpliría los dieciséis en noviembre; sus padres tenían una casa en el pueblo: él, pescador, y ella, panadera; con ellos vivía también su primo Ismael, que había perdido a sus padres años atrás y que ayudada a su tío, o sea, a su padre, en el barco. Ya no iba a la escuela porque la arpía de Jeanne Brau, rectora del colegio público, la tenía catalogada como lerda y de pocas luces. Con todo, Ismael le estaba enseñando a leer, y su conocimiento de las tablas de multiplicar mejoraba por semanas. Adoraba el color amarillo y coleccionaba conchas que recogía en la Playa del Inglés. Su pasatiempo predilecto era escuchar seriales radiofónicos y asistir a los bailes de verano en la plaza mayor, cuando bandas itinerantes acudían al pueblo. No usaba perfume, pero le gustaban las barras de labios…

Escuchar a Hannah era una experiencia a medio camino entre la diversión y el agotamiento. Tras pulverizar su desayuno y todo lo que Irene no pudo acabar del suyo, Hannah detuvo su discurso por unos segundos. El silencio que se formó en la casa pareció sobrenatural. Pero duró poco, por supuesto.

—¿Qué tal si damos un paseo las dos y te enseño el pueblo? —preguntó Hannah, súbitamente entusiasmada ante la perspectiva de hacer de guía de Bahía Azul.

Irene y su madre intercambiaron una mirada.

—Me encantaría —respondió finalmente la joven.

Una sonrisa de oreja a oreja cruzó el rostro de Hannah.

—No se preocupe, madame Sauvelle. Se la devolveré sana y salva.

De este modo, Irene y su nueva amiga salieron disparadas por la puerta rumbo a la Playa del Inglés, mientras la calma regresaba lentamente a la Casa del Cabo. Simone tomó su taza de café y salió al porche a saborear la tranquilidad de aquella mañana. Dorian la saludó desde los acantilados.

Simone le devolvió el saludo. Curioso muchacho. Siempre solo. No parecía interesado en hacer amigos o no sabía cómo hacerlos. Perdido en su mundo y sus cuadernos, sólo el cielo sabía qué pensamientos ocupaban su mente. Apurando su café, Simone echó un último vistazo a Hannah y a su hija camino del pueblo. Hannah seguía parloteando incansablemente. Unos tanto y otros tan poco.

* * *

La educación de la familia Sauvelle en los misterios y las sutilezas de la vida en un pequeño pueblo costero ocupó la mayor parte de aquel primer mes de julio en Bahía Azul. La primera fase, de choque cultural y desconcierto, duró una semana larga. Durante esos días, la familia descubrió que, a excepción del sistema métrico decimal, los usos, normas y peculiaridades de Bahía Azul no tenían nada que ver con los de París. En primer lugar estaba el tema del horario. En París no sería aventurado afirmar que por cada mil habitantes podían encontrarse otros tantos miles de relojes, tiranos que organizaban la vida con capricho militar. En Bahía Azul, sin embargo, no había más hora que la del sol. Ni más coches que el del doctor Giraud, el de la gendarmería y el de Lazarus. Ni más… La sucesión de contrastes era infinita. Y en el fondo, las diferencias no radicaban en los números, sino en los hábitos.

París era una ciudad de desconocidos, un lugar donde era posible vivir durante años sin conocer el nombre de la persona que vivía al otro lado del

rellano. En Bahía Azul, en cambio, era imposible estornudar o rascarse la punta de la nariz sin que el acontecimiento tuviese amplia cobertura y repercusión en toda la comunidad. Ése era un pueblo donde los resfriados eran noticia y donde las noticias eran más contagiosas que los resfriados. No había diario local, ni falta que hacía.

Fue misión de Hannah la de instruirlos en la vida, historia y milagros de la comunidad. La velocidad vertiginosa con que la muchacha ametrallaba las palabras consiguió comprimir en unas cuantas sesiones repartidas suficiente información y chismes como para volver a escribir la enciclopedia de corrido y del derecho. Supieron así que Laurent Savant, el párroco local, organizaba campeonatos de inmersión y carreras de maratón, y que además de tartamudear en sus sermones sobre la holgazanería y la falta de ejercicio, había recorrido más millas en su bicicleta que Marco Polo. Supieron también que el concejo local se reunía los martes y los jueves a la una del mediodía para discutir los asuntos municipales, durante los que Ernest Dijon, alcalde virtualmente vitalicio cuya edad desafiaba a la de Matusalén, se entretenía en pellizcar con picardía los cojines de su butaca bajo la mesa, con el convencimiento de que exploraba el fornido muslo de Antoinette Fabré, tesorera del ayuntamiento y soltera feroz como pocas.

Hannah los acribillaba con una media de doce historias de este calibre por minuto. Esto no era ajeno al hecho de que su madre, Elisabet, trabajara en la panadería local, que hacía las veces de agencia de información, servicio de espionaje y gabinete de consultas sentimentales de Bahía Azul.

Los Sauvelle no tardaron en comprender que la economía del pueblo se decantaba hacia una versión peculiar del capitalismo parisino. El horno vendía barras de pan, aparentemente, pero la era de la información ya había empezado en la trastienda. Monsieur Safont, el zapatero, arreglaba correas, cremalleras y suelas, pero su fuerte y el gancho para sus clientes era su doble vida como astrólogo y sus cartas astrales…

El esquema se repetía una y otra vez. La vida parecía tranquila y sencilla, pero al mismo tiempo tenía más dobleces que un visillo bizantino. La clave estaba en abandonarse al ritmo peculiar del pueblo, escuchar a sus gentes y dejar que ellas los guiasen a través de los ceremoniales que todo recién llegado debía completar, antes de poder afirmar que residía en Bahía Azul.

Por ello, cada vez que Simone acudía al pueblo a recoger el correo y los envíos de Lazarus, se dejaba caer por la panadería y tomaba conocimiento del pasado, el presente y el futuro. Las damas de Bahía Azul la acogieron de buen grado, y no tardaron en bombardearla con preguntas acerca de su misterioso

patrón. Lazarus llevaba una vida retirada y raramente se dejaba ver por Bahía Azul. Esto, junto con el torrente de libros que recibía todas las semanas, lo convertía en un foco de misterios sin fin.

—Imagínese usted, amiga Simone —le confió en una ocasión Pascale Lelouch, la esposa del boticario—, un hombre solo, bueno, prácticamente solo…, en esa casa, con todos esos libros…

Simone acostumbraba a asentir sonriendo ante semejantes despliegues de sagacidad, sin soltar prenda. Como su difunto marido había dicho en una ocasión, no valía la pena perder el tiempo en intentar cambiar el mundo; bastaba con evitar que el mundo lo cambiase a uno.

Estaba también aprendiendo a respetar las extravagantes demandas de Lazarus respecto a su correspondencia. El correo personal debía ser abierto al día siguiente de su recepción y contestado con prontitud. El correo comercial u oficial debía ser abierto en el mismo día en que era recibido, pero nunca debía dársele respuesta antes de una semana. Y, por encima de todo, cualquier envío procedente de Berlín bajo el nombre de un tal Daniel Hoffmann debía serle entregado en persona y jamás, bajo ningún concepto, abierto por ella. El porqué de todos estos detalles no era de su incumbencia, concluyó Simone. Había descubierto que le gustaba vivir en aquel lugar y que le parecía un ambiente razonablemente saludable para que sus hijos creciesen lejos de París. Qué día se abriesen las cartas le resultaba absoluta y gloriosamente indiferente.

Por su parte, Dorian averiguó que incluso su dedicación semiprofesional a la cartografía le dejaba tiempo para hacer algunos amigos entre los muchachos del pueblo. A nadie parecía importarle si su familia era nueva o no; o si era un buen nadador o no (no lo era, inicialmente, pero sus nuevos colegas se encargaron de enseñarle a mantenerse a flote). Aprendió que la petanca era una ocupación para ciudadanos rumbo a la jubilación y que el perseguir a las chicas era tarea de quinceañeros petulantes y devorados por fiebres hormonales que atacaban el cutis y el sentido común. A su edad, aparentemente, lo que uno hacía era corretear en bicicleta, fantasear y observar el mundo, a la espera de que el mundo empezase a observarlo a uno. Y los domingos por la tarde, cine. Fue así como Dorian descubrió un nuevo amor inconfesable a cuyo lado la cartografía palidecía como una ciencia de pergaminos apolillados: Greta Garbo. Una criatura divina, cuya mención en la mesa a la hora de comer bastaba para quitarle el apetito, pese a que en el fondo era una anciana de… treinta años.

Mientras Dorian se debatía en la duda de si su fascinación por una mujer al borde de la vejez podía presentar visos de perversidad, Irene era quien, más que ninguno de ellos, recibía el impacto frontal de Hannah en toda su envergadura. La lista de jóvenes sin compromiso y de compañía deseable estaba en el orden del día. La idea de Hannah era que, si pasados quince días en el pueblo Irene no empezaba a coquetear con alguno de ellos lánguidamente, los muchachos comenzarían a tomarla por un bicho raro. La propia Hannah era la primera en admitir que, aunque en el capítulo de bíceps el cartel de figuras cumplía un aprobado digno, en lo referente al cerebro el reparto divino había sido escaso y estrictamente funcional. Pretendientes y moscones, en cualquier caso, no le faltaban, lo cual provocaba la sana envidia de su amiga.

—Hija mía, si yo tuviera el mismo éxito que tú, a estas alturas ya sería Mata-Hari —solía decir Hannah.

Irene, dirigiendo una mirada a la jauría de encontradizos, sonreía tímidamente.

—No estoy segura de que me apetezca… Parecen un poco tontos…

—¿Tontos? —estallaba Hannah ante aquel derroche de oportunidades—. ¡Si quieres oír algo interesante, vete al cine o coge un libro!

—Lo pensaré —reía Irene.

Hannah sacudía la cabeza.

—Acabarás como mi primo Ismael —sentenciaba entonces.

Ismael era su primo, tenía dieciséis años y, tal como había contado Hannah, se había criado con su familia a la muerte de sus padres. Trabajaba como marinero en el barco de su tío, pero sus verdaderas pasiones parecían ser la soledad y su velero, un esquife que había construido con sus propias manos y al que había bautizado con un nombre que Hannah jamás conseguía recordar.

—Algo griego, creo. ¡Ufff!

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Irene.

—En el mar. Los meses de verano son buenos para los pescadores que se enrolan en expediciones en alta mar. Papá y él están en el *Estelle*. No vuelven hasta agosto —explicó Hannah.

—Debe de ser triste. Tener que pasar tanto tiempo en el mar, separados…

Hannah se encogió de hombros.

—Hay que ganarse la vida…

—No te gusta mucho trabajar en Cravenmoore, ¿verdad? —insinuó Irene.

Su amiga la observó con cierta sorpresa.

—No es asunto mío…, claro —rectificó Irene.

—No me molesta la pregunta —dijo Hannah sonriendo—. La verdad es que no me gusta demasiado, no.

—¿Por Lazarus?

—No. Lazarus es amable y ha sido muy bueno con nosotros. Cuando papá tuvo el accidente de las hélices, hace años, fue él quien pagó toda la operación. Si no fuese por Lazarus…

—¿Entonces?…

—No sé. Es ese lugar. Las máquinas… Está lleno de máquinas que te miran en todo momento.

—Son sólo juguetes.

—Prueba a dormir una noche allí. A la que cierras los ojos, tic-tac, tic-tac…

Ambas se miraron.

—¿Tic-tac, tic-tac…? —repitió Irene.

Hannah le dedicó una sonrisa sarcástica.

—Yo seré una cobardica, pero tú vas camino de ser una solterona.

—Me encantan las solteronas —replicó Irene.

* * *

De este modo, casi sin advertirlo, un día tras otro desfiló por el calendario y, antes de que pudiesen darse cuenta, agosto entró por la puerta. Con él, llegaron también las primeras lluvias del verano, tormentas pasajeras que apenas duraban un par de horas. Simone, ocupada en sus nuevos quehaceres. Irene, acostumbrándose a la vida con Hannah. Y Dorian, para qué hablar, aprendiendo a bucear mientras trazaba mapas imaginarios de la geografía secreta de Greta Garbo.

Un día cualquiera, uno de esos días de agosto en que la lluvia de la noche anterior había esculpido en las nubes castillos de algodón sobre una lámina de azul resplandeciente, Hannah e Irene decidieron ir a dar un paseo por la Playa del Inglés. Se cumplía un mes y medio de la llegada de los Sauvelle a Bahía Azul. Y cuando parecía que ya no había lugar para las sorpresas, éstas estaban todavía por empezar.

* * *

La luz del mediodía desvelaba un rastro de pisadas a lo largo de la línea de la marea, muescas en una lámina blanca; sobre el mar, los mástiles lejanos del puerto parpadeaban como espejismos.

En medio de una blanca inmensidad de arena fina como el polvo, Irene y Hannah descansaban sobre los restos de un antiguo bote varado en la orilla, rodeadas por una bandada de pequeños pájaros azules que parecían anidar ente las dunas níveas de la playa.

—¿Por qué la llaman la Playa del Inglés? —preguntó Irene, contemplando la extensión desolada que mediaba entre el pueblo y el cabo.

—Aquí vivió, durante años, un viejo pintor inglés, en una cabaña. El pobre tenía más deudas que pinceles. Regalaba cuadros a la gente del pueblo a cambio de comida y ropa. Murió hace tres años. Lo enterraron aquí, en la playa donde había pasado toda su vida —explicó Hannah.

—Si a mí me dejasen elegir, también me gustaría que me enterrasen en un lugar como éste.

—Alegres pensamientos —bromeó Hannah, no sin cierto reproche.

—Pero no tengo prisa —puntualizó Irene, al tiempo que su mirada reparaba en la presencia de un pequeño velero que surcaba la bahía a un centenar de metros de la costa.

—Ufff… —murmuró su amiga—. Ahí está: el marinero solitario. No ha sido capaz ni de esperar un día a coger su velero.

—¿Quién?

—Mi padre y mi primo llegaron ayer del barco —explicó Hannah—. Mi padre todavía está durmiendo, pero ése… No tiene cura.

Irene oteó el mar y observó el velero surcando la bahía.

—Es mi primo Ismael. Se pasa media vida en ese velero, al menos cuando no trabaja con mi padre en el muelle. Pero es un buen chico… ¿Ves esta medalla?

Hannah le mostró una preciosa medalla que pendía de su cuello en una cadena de oro: un sol sumergiéndose en el mar.

—Es un regalo de Ismael…

—Es preciosa —dijo Irene, observando detalladamente la pieza.

Hannah se incorporó y profirió un alarido que hizo que la bandada de pájaros azules se catapultara al otro extremo de la playa. Al poco, la tenue figura al timón del velero saludó, y la embarcación puso proa hacia la playa.

—Sobre todo, no le preguntes por el velero —advirtió Hannah—. Y si es él quien introduce el tema, no le preguntes cómo lo hizo. Puede estarse horas hablando de ello sin parar.

—Es cosa de familia…

Hannah le dedicó una mirada furibunda.

—Creo que te abandonaré aquí en la playa, a merced de los cangrejos.

—Lo siento.

—Se acepta. Pero si yo te parezco parlanchina, espera a conocer a mi madrina. El resto de la familia parecemos mudos a su lado.

—Seguro que me encantará conocerla.

—Ja —replicó Hannah, incapaz de reprimir su sonrisa socarrona.

* * *

El velero de Ismael cortó limpiamente la línea del rompiente y la quilla del bote se insertó en la arena como una cuchilla. El joven se apresuró a aflojar el aparejo y arrió la vela hasta la base del mástil en apenas unos segundos. Práctica, evidentemente, no le faltaba. Tan pronto saltó a tierra firme, Ismael dedicó a Irene una involuntaria mirada de pies a cabeza cuya elocuencia no desmerecía de sus artes navegatorias. Hannah, ojos en blanco y media lengua fuera con gesto burlón, se apresuró a hacer las presentaciones; a su modo, naturalmente.

—Ismael, ésta es mi amiga Irene —anunció amablemente—, pero no hace falta que te la comas.

El chico propinó un codazo a su prima y tendió su mano a Irene:

—Hola…

Su escueto saludo iba unido a una sonrisa tímida y sincera. Irene estrechó su mano.

—Tranquila, no es tonto; es su manera de decir que está encantado y todo eso —matizó Hannah.

—Mi prima habla tanto que a veces creo que va a gastar el diccionario —bromeó Ismael—. Supongo que ya te ha comentado que no debes preguntarme por el velero…

—Lo cierto es que no —contestó cautamente Irene.

—Ya. Hannah piensa que ése es el único tema del que sé hablar.

—Las redes y los aparejos tampoco se te dan mal, pero donde esté el velero, primo, agua fresca.

Irene asistió divertida al duelo de puyas con que ambos se complacían en batallar. No parecía haber malicia en ello o, al menos, ni más ni menos que la necesaria para añadir una pizca de pimienta a la rutina.

—Tengo entendido que os habéis instalado en la Casa del Cabo —dijo Ismael.

Irene se concentró en el muchacho y realizó su propio retrato. Unos dieciséis años, efectivamente; su piel y sus cabellos acusaban el tiempo que había pasado en el mar. Su constitución revelaba el duro trabajo en los muelles, y sus brazos y sus manos estaban estampados con pequeñas cicatrices, poco habituales en los muchachos parisinos. Una cicatriz, más larga y pronunciada, se extendía a lo largo de su pierna derecha, desde poco más arriba de la rodilla hasta el tobillo. Irene se preguntó dónde habría conseguido semejante trofeo. Por último, reparó en sus ojos, el único rasgo de su apariencia que se le antojaba fuera de lo común. Grandes y claros, los ojos de Ismael parecían dibujados para esconder secretos tras una mirada intensa y vagamente triste. Irene recordaba miradas como aquélla en los soldados sin nombre con los que había compartido tres escasos minutos al compás de una banda de cuarta categoría, miradas que ocultaban miedo, tristeza o amargura.

—Querida, ¿estás en trance? —la interrumpió Hannah.

—Estaba pensando que se me hace tarde. Mi madre estará preocupada.

—Tu madre estará encantada de que la dejéis unas horas en paz, pero allá tú —dijo Hannah.

—Puedo acercarte con el velero si quieres —ofreció Ismael—. La Casa del Cabo tiene un pequeño embarcadero entre las rocas.

Irene intercambió una mirada inquisitiva con Hannah.

—Si dices que no, le rompes el corazón. Mi primo no invitaría a su velero ni a Greta Garbo.

—¿Tú no vienes? —preguntó Irene, algo azorada.

—No subiría a ese cascarón ni aunque me pagasen. Además, es mi día libre y esta noche hay baile en la plaza. Yo que tú lo pensaría. Los buenos partidos están en tierra firme. Te lo dice la hija de un pescador. Pero no sé qué digo. Anda, ve. Y tú, marinero, más te vale que mi amiga llegue entera a puerto. ¿Me has oído?

* * *

El velero, que al parecer se llamaba *Kyaneos*, según rezaba la leyenda sobre el casco, se hizo a la mar mientras sus velas blancas se expandían al viento y la proa cortaba el agua rumbo al cabo.

Ismael le dirigía tímidas sonrisas a la chica entre maniobra y maniobra, y sólo tomó asiento junto al timón una vez que el bote hubo adquirido un rumbo

estable sobre la corriente. Irene, aferrada a la banqueta, dejó que su piel se impregnase con las gotas de agua que la brisa lanzaba sobre ellos. Para entonces, el viento los empujaba con fuerza, y Hannah se había transformado en una diminuta figura que saludaba desde la orilla. El vigor con que el velero surcaba la bahía y el sonido del mar contra el casco inspiraron en Irene ansias de reír sin motivo aparente.

—¿Primera vez? —preguntó Ismael—. En un velero, quiero decir.

Irene asintió.

—Es diferente, ¿verdad?

Ella asintió de nuevo, sonriendo, sin poder despegar los ojos de la gran cicatriz que marcaba la pierna de Ismael.

—Un congrio —explicó el muchacho—. Es una historia un poco larga.

Irene alzó la mirada y contempló la silueta de Cravenmoore emergiendo entre las cimas del bosque.

—¿Qué significa el nombre de tu velero?

—Es griego. *Kyaneos*: cian —respondió Ismael enigmáticamente.

Y como Irene fruncía el ceño, sin comprender, continuó:

—Los griegos usaban esta palabra para describir el color azul oscuro, el color del mar. Cuando Homero habla del mar, compara su color con el de un vino oscuro. Ésa era su palabra: *kyaneos*.

—Veo que sabes hablar de algo más, aparte de tu bote y las redes.

—Lo intento.

—¿Quién te lo enseñó?

—¿A navegar? Aprendí solo.

—No; sobre los griegos…

—Mi padre era aficionado a la Historia. Aún conservo algunos de sus libros…

Irene guardó silencio.

—Hannah debe de haberte contado que mis padres murieron.

Ella se limitó a asentir. El islote del faro se alzaba a un par de centenares de metros. Irene lo contempló, fascinada.

—El faro está cerrado desde hace muchos años. Ahora se emplea el del puerto de Bahía Azul —le explicó.

—¿Nadie viene a la isla ya? —preguntó Irene.

Ismael negó con la cabeza.

—¿Y eso?

—¿Te gustan las historias de fantasmas? —le ofreció como respuesta.

—Depende…

—La gente del pueblo cree que el islote del faro está embrujado o algo así. Se dice que una mujer se ahogó allí hace mucho tiempo. Hay quien ve luces. En fin, cada pueblo tiene sus habladurías, y éste no iba a ser menos.

—¿Luces?

—Las luces de septiembre —dijo Ismael mientras rebasaban el islote a estribor—. La leyenda, si la quieres llamar así, dice que una noche, a finales de verano, durante el baile de máscaras del pueblo, las gentes vieron cómo una mujer enmascarada tomaba un velero en el puerto y se hacía a la mar. Unos opinan que acudía a una cita secreta con su amante en el islote del faro; otros, que huía de un crimen inconfesable… Ya ves, todas las explicaciones son válidas porque, de hecho, nadie supo realmente quién era. Su rostro estaba cubierto por una máscara. Sin embargo, mientras cruzaba la bahía, una terrible tormenta que se desató de improviso arrastró su bote contra las rocas y lo destrozó. La mujer misteriosa y sin rostro se ahogó, o al menos nunca se encontró su cuerpo. Días más tarde, la marea devolvió su máscara, destrozada por las rocas. Desde entonces, la gente dice que, durante los últimos días del verano, al anochecer, pueden verse luces en la isla…

—El espíritu de aquella mujer…

—Ajá…, tratando de completar su viaje inacabado a la isla… Eso se dice.

—¿Y es cierto?

—Es una historia de fantasmas. O la crees o no.

—¿Tú la crees? —inquirió Irene.

—Yo creo sólo en lo que veo.

—Un marino escéptico.

—Algo así.

Irene dedicó una nueva mirada al islote. Las olas rompían con fuerza en las rocas. Los cristales agrietados en la torre del faro refractaban la luz, descomponiéndola en un arco iris fantasmal que se desvanecía entre la cortina de agua que salpicaba en el rompiente.

—¿Has estado allí alguna vez? —preguntó.

—¿En el islote?

Ismael tensó la jarcia y, con un golpe de timón, el velero escoró a babor, poniendo proa hacia el cabo y cortando la corriente que venía del canal.

—A lo mejor te gustaría ir a visitarlo —propuso—, el islote.

—¿Se puede?

—Todo se puede hacer. Es cuestión de atreverse a ello o no —repuso Ismael con una sonrisa desafiante.

Irene sostuvo su mirada.

—¿Cuándo?

—El próximo sábado. En mi velero.

—¿Solos?

—Solos. Aunque si te da miedo…

—No me da miedo —atajó Irene.

—Entonces, el sábado. Te recogeré en el embarcadero a media mañana.

Irene desvió la mirada hacia la costa. La Casa del Cabo se alzaba en los acantilados. Dorian, desde el porche, los observaba con curiosidad poco disimulada.

—Mi hermano Dorian. A lo mejor te apetece subir a conocer a mi madre…

—No soy bueno con las presentaciones familiares.

—Otro día, entonces.

El velero penetró en la pequeña cala natural que abrigaban los acantilados al pie de la Casa del Cabo. Con destreza largamente ensayada, abatió la vela y permitió que la propia inercia de la corriente arrastrase el casco hasta el embarcadero. Ismael cogió un cabo y saltó a tierra para sujetar el bote. Una vez que el velero estuvo asegurado, Ismael tendió su mano a Irene.

—Por cierto, Homero era ciego. ¿Cómo podía saber él de qué color era el mar? —preguntó la muchacha.

Ismael tomó su mano y, de un fuerte impulso, la izó hasta el embarcadero.

—Una razón más para creer sólo en lo que ves —respondió el chico, sosteniendo todavía su mano.

Las palabras de Lazarus durante la primera noche en Cravenmoore acudieron a la mente de Irene.

—A veces los ojos engañan —apuntó.

—No a mí.

—Gracias por la travesía.

Ismael asintió, dejando escapar su mano lentamente.

—Hasta el sábado.

—Hasta el sábado.

Ismael saltó de nuevo al velero, aflojó el cabo y permitió que la corriente lo alejase del embarcadero mientras izaba de nuevo la vela. El viento lo llevó hasta la bocana de la cala y, en apenas unos segundos, el *Kyaneos* se adentró en la bahía cabalgando sobre las olas.

Irene permaneció en el embarcadero, observando cómo la vela blanca se empequeñecía en la inmensidad de la bahía. En algún momento advirtió que todavía llevaba la sonrisa pegada al rostro y que un hormigueo sospechoso le

recorría las manos. Supo entonces que aquélla iba a ser una semana muy, muy larga.

4. SECRETOS Y SOMBRAS

En Bahía Azul, el calendario sólo distinguía dos épocas: verano y el resto del año. En verano las gentes del pueblo triplicaban sus horarios de trabajo, abasteciendo a las poblaciones costeras de los alrededores que albergaban balnearios, turistas y gentes venidas de la ciudad en busca de playas, sol y aburrimiento de pago. Panaderos, artesanos, sastres, carpinteros, albañiles y toda suerte de oficios dependían de los tres meses largos en que el sol sonreía en la costa de Normandía. Durante esas trece o catorce semanas, los habitantes de Bahía Azul se transformaban en laboriosas hormigas, para poder languidecer tranquilamente el resto del año como modestas cigarras. Y si algunos días eran especialmente intensos, ésos eran los primeros de agosto, cuando la demanda de producto local subía del cero al infinito.

Una de las pocas excepciones a esa regla era Christian Hupert. Él, como los demás patrones de pesqueros del pueblo, sufría el destino de la hormiga doce meses al año. Tales pensamientos cruzaban la mente del experimentado pescador todos los veranos por las mismas fechas, mientras veía cómo el pueblo desplegaba velas a su alrededor. Era entonces cuando pensaba que había equivocado la carrera y que más sabio hubiera sido romper la tradición de siete generaciones y establecerse como hostelero, comerciante o lo que fuera. Tal vez así, su hija Hannah no tendría que pasar la semana sirviendo en Cravenmoore y tal vez así el pescador conseguiría ver el rostro de su esposa más de treinta minutos diarios, quince al amanecer, quince al anochecer.

Ismael contempló a su tío mientras ambos trabajaban en la reparación de la bomba de achique del barco. El rostro meditabundo del pescador lo delataba.

—Podrías abrir un taller de náutica —apuntó Ismael.

Su tío contestó con un graznido o algo similar.

—O vender el barco e invertir en la tienda de monsieur Didier. Hace seis años que no para de insistir —continuó el chico.

Su tío interrumpió la tarea y observó a su sobrino. Trece años ejerciendo como padre no habían conseguido borrar lo que más temía y adoraba a la vez en el muchacho: su obstinada y rematada semejanza con su difunto padre, incluida la afición a opinar cuando nadie le había pedido consejo.

—Tal vez deberías ser tú quien hiciese eso —replicó Christian—. Yo ya voy para los cincuenta. Uno no cambia de oficio a mi edad.

—Entonces, ¿por qué te lamentas?

—¿Y quién no se lamenta?

Ismael se encogió de hombros. Ambos se concentraron de nuevo en la bomba de achique.

—Está bien. No diré ni una palabra más —murmuró Ismael.

—No tendremos esa suerte. Refuerza ese tensor.

—Ese tensor no tiene remedio. Deberíamos cambiar la bomba. Un día vamos a tener un susto.

Hupert ofreció su sonrisa predilecta, reservada a los tasadores de la lonja, las autoridades del puerto y los pardillos de diverso pelaje.

—Esta bomba perteneció a mi padre. Antes, a mi abuelo. Y antes de él…

—A eso me refiero —atajó Ismael—. Probablemente haría más servicio en un museo que aquí.

—Amén.

—Tengo razón. Y tú lo sabes.

Hacer rabiar a su tío era, con la posible excepción de navegar en su velero, una de sus ocupaciones predilectas.

—No pienso seguir discutiendo sobre el tema. Punto. Fin. Se acabó.

Por si quedaba poco claro, Hupert remató su sentencia con una vuelta de llave enérgica y decidida.

Súbitamente se oyó un sospechoso crujido en el interior de la bomba de achique. Hupert sonrió al muchacho. Dos segundos más tarde, el tope del tensor que acababa de asegurar salió catapultado en trayectoria parabólica sobre las cabezas de ambos, seguido de lo que parecía un émbolo, un juego completo de tuercas y quincallería sin identificar. Tío y sobrino siguieron la

evolución de la chatarra hasta que aterrizó, con poca discreción, sobre la cubierta del buque contiguo, el barco de Gerard Picaud. Picaud, un antiguo boxeador con la constitución de un toro y el cerebro de un percebe, examinó las piezas y, acto seguido, oteó el cielo. Hupert e Ismael intercambiaron una mirada.

—No creo que vayamos a notar la diferencia —sugirió Ismael.

—Cuando quiera tu opinión…

—La pedirás. De acuerdo. A propósito, me preguntaba si te importaría que me tomase el próximo sábado libre. Quisiera hacer algunas reparaciones en el velero…

—¿Esas reparaciones son, por casualidad, rubias, de metro setenta y ojos verdes? —Dejó caer Hupert.

El pescador sonrió ladinamente a su sobrino.

—Las noticias corren rápidamente —dijo Ismael.

—Si de tu prima dependen, vuelan, querido sobrino. ¿Cuál es el nombre de la dama?

—Irene.

—Ya veo.

—No hay nada que ver.

—Tiempo al tiempo.

—Es agradable, eso es todo.

—«Es agradable, eso es todo» —repitió Hupert, imitando la voz de fría indiferencia de su sobrino.

—Mejor olvídalo. No es una buena idea. Trabajaré el sábado —cortó Ismael.

—Pues hay que limpiar la sentina. Hay pescado podrido desde hace semanas y huele a demonios.

—Perfecto.

Hupert soltó una carcajada.

—Eres tan tozudo como tu padre. ¿Te gusta la chica o no?

—Pse.

—Conmigo no uses monosílabos, Romeo. Te triplico la edad. ¿Te gusta o no?

El chico se encogió de hombros. Sus mejillas ardían como melocotones maduros. Por fin dejó escapar un murmullo ininteligible.

—Traduce —insistió su tío.

—He dicho que sí. Creo que sí. Casi ni la conozco.

—Bien. Eso es más de lo que pude yo decir de tu tía la primera vez que la vi. Y al cielo pongo por testigo de que es una santa.

—¿Cómo era de joven?

—No empecemos o te pasas el sábado en la sentina —amenazó Hupert.

Ismael asintió y procedió a recoger las herramientas de trabajo. Su tío se limpió la grasa de las manos mientras lo observaba de refilón. La última chica por la que había mostrado interés había sido una tal Laura, la hija de un viajante de Burdeos, y de eso hacía casi dos años. El único amor de su sobrino, al margen de su intimidad impenetrable, parecía ser el mar, y la soledad. La chica debía de tener algo especial.

—Tendré la sentina limpia antes del viernes —anunció Ismael.

—Es toda tuya.

Cuando tío y sobrino saltaron al muelle, de vuelta a casa al anochecer, su vecino Picaud seguía examinando las misteriosas piezas, tratando de determinar si ese verano lloverían tornillos o si el cielo trataba de enviarle alguna señal.

* * *

Llegado agosto, los Sauvelle ya tenían la sensación de llevar viviendo en Bahía Azul por lo menos un año. Quienes no los conocían ya estaban informados de sus andanzas gracias a las artes parlantes de Hannah y de su madre, Elisabet Hupert. Por un extraño fenómeno, a medio camino entre la chafardería y la magia, las noticias llegaban a la panadería donde ésta trabajaba antes de que se produjesen. Ni la radio ni la prensa podían competir con el establecimiento de Elisabet Hupert. Cruasanes y noticias frescas, del amanecer al crepúsculo. De tal modo, para el viernes, los únicos habitantes de Bahía Azul que no estaban al corriente del supuesto flechazo entre Ismael Hupert y la recién llegada, Irene Sauvelle, eran los peces y los propios interesados. Poco importaba si algo había pasado o si llegaría a pasar. La breve travesía desde la Playa del Inglés a la Casa del Cabo en el velero ya había pasado a formar parte de los anales de aquel verano de 1937.

Realmente, las primeras semanas de agosto en Bahía Azul transcurrieron a toda velocidad. Simone había conseguido establecer finalmente un mapa mental de Cravenmoore. La lista de todas las tareas urgentes en el mantenimiento de la casa era infinita. Tan sólo emprender el contacto con los proveedores del pueblo, aclarar las cuentas y la contabilidad y atender la correspondencia de Lazarus bastaban para ocupar todo su tiempo,

descontando los minutos que empleaba en respirar y dormir. Dorian, armado de una bicicleta que Lazarus tuvo a bien regalarle como obsequio de bienvenida, se convirtió en su paloma mensajera y, en cuestión de días, el muchacho se conocía el camino de la Playa del Inglés piedra a piedra, bache a bache.

De este modo, todas las mañanas Simone iniciaba su jornada despachando la correspondencia que había de salir y repartiendo meticulosamente la recibida, tal y como Lazarus le había explicado. Una pequeña nota, apenas una hoja de papel doblada, le permitía tener a mano un rápido recordatorio de todas las rarezas que Lazarus entrañaba. Todavía recordaba su tercer día, cuando estuvo a punto de abrir accidentalmente una de las cartas enviadas desde Berlín por el tal Daniel Hoffmann. La memoria la rescató en el último segundo.

Los envíos de Hoffmann solían llegar cada nueve días, casi con precisión matemática. Los sobres de pergamino aparecían siempre lacrados, con un escudo en forma de «D». Pronto, Simone se acostumbró a separarlos del resto e ignoró la particularidad del tema. Durante la primera semana de agosto, sin embargo, sucedió algo que despertó de nuevo su curiosidad por la intrigante correspondencia del señor Hoffmann.

Simone había acudido de buena mañana al estudio de Lazarus para dejar sobre su escritorio una serie de facturas y pagos que habían llegado. Prefería hacerlo en las primeras horas del día, antes de que el fabricante de juguetes acudiese a su estudio, para evitar interrumpirlo e importunarlo más tarde. El difunto Armand tenía el hábito de empezar su jornada revisando pagos y facturas. Mientras pudo.

El caso es que, aquella mañana, Simone entró como era habitual en el estudio y advirtió el olor de tabaco en el aire, lo que hacía suponer que Lazarus se había quedado hasta tarde la noche anterior. Estaba depositando los documentos en el escritorio cuando observó que había algo en el hogar, humeando entre las brasas de la madrugada. Intrigada, se acercó hasta allí y trató de dilucidar con el atizador de qué se trataba. A primera vista, el objeto parecía un fajo de papeles atados que el fuego no había conseguido devorar por completo. Estaba a punto de abandonar la sala cuando, entre las brasas, distinguió claramente el escudo lacrado sobre el fajo de papel. Cartas. Lazarus había echado al fuego las cartas de Daniel Hoffmann para destruirlas. Fuera cual fuese el motivo, se dijo Simone, no era asunto suyo. Dejó el atizador y salió del estudio decidida a no volver a curiosear nunca más en los asuntos personales de su patrón.

* * *

El repiqueteo de la lluvia arañando en los cristales despertó a Hannah. Era medianoche. La habitación estaba sumida en una tiniebla azul y la luz de la tormenta lejana sobre el mar dibujaba espejismos de sombras a su alrededor. El tintineo de uno de los relojes parlantes de Lazarus sonaba mecánicamente desde la pared, los ojos sobre el rostro sonriente mirando a un lado y a otro sin cesar. Hannah suspiró. Detestaba pasar la noche en Cravenmoore.

A la luz del día, la casa de Lazarus Jann se le antojaba como un interminable museo de prodigios y maravillas. Caída la noche, sin embargo, los cientos de criaturas mecánicas, los rostros de las máscaras y los autómatas se transformaban en una fauna espectral que jamás dormía, siempre atenta y vigilante en las tinieblas de la casa, sin dejar de sonreír, sin dejar de mirar a ninguna parte.

Lazarus dormía en una de las habitaciones del ala oeste, contigua a la de su esposa. Al margen de ellos dos y de la propia Hannah, la casa estaba únicamente poblada por las decenas de creaciones del fabricante de juguetes, en cada pasillo, en cada habitación. En el silencio de la madrugada, Hannah podía oír el eco de las entrañas mecánicas de todos ellos. A veces, cuando el sueño la rehuía, permanecía durante horas imaginándolos inmóviles, con los ojos de cristal brillando en la oscuridad.

Apenas había cerrado los párpados de nuevo cuando oyó por primera vez aquel sonido, un impacto regular amortiguado por la lluvia. Hannah se incorporó y cruzó la habitación hasta el umbral de claridad de la ventana. La jungla de torres, arcos y techumbres anguladas de Cravenmoore yacía bajo el manto de la tormenta. Los hocicos lobunos de las gárgolas escupían ríos de agua negra al vacío. Cómo aborrecía ese lugar…

El sonido llegó de nuevo a sus oídos y la mirada de Hannah se posó sobre la hilera de ventanales del ala oeste. El viento parecía haber abierto una de las ventanas del segundo piso. Los cortinajes ondeaban en la lluvia y los postigos golpeaban una y otra vez. La muchacha maldijo su suerte. La sola idea de salir al pasillo y cruzar la casa hasta el ala oeste le helaba la sangre.

Antes de que el miedo la disuadiera de su deber, se enfundó una bata y unas zapatillas. No había luz, así que tomó uno de los candelabros y prendió la llama de las velas. Su parpadeo cobrizo trazó un halo fantasmal a su alrededor. Hannah colocó su mano sobre el frío pomo de la puerta de la habitación y tragó saliva. Lejos, los postigos de aquella habitación oscura seguían golpeando una y otra vez. Esperándola.

Cerró la puerta de su habitación a su espalda y se enfrentó a la fuga infinita del pasillo que se adentraba en las sombras. Alzó el candelabro y penetró en el corredor, flanqueado por las siluetas suspendidas en el vacío de los juguetes aletargados de Lazarus. Hannah concentró la mirada al frente y apresuró el paso. El segundo piso albergaba muchos de los viejos autómatas de Lazarus, criaturas que se movían torpemente, cuyas facciones a menudo resultaban grotescas y, en ocasiones, amenazadoras. Casi todos estaban enclaustrados en vitrinas de cristal, tras las cuales cobraban vida repentinamente, sin aviso, a las órdenes de algún mecanismo interno que los despertaba de su sueño mecánico al azar.

Hannah cruzó frente a *Madame Sarou*, la adivina que barajaba entre sus manos apergaminadas los naipes del tarot, escogía uno y lo mostraba al espectador. Pese a todos sus esfuerzos, la doncella no pudo evitar mirar la efigie espectral de aquella gitana de madera tallada. Los ojos de la gitana se abrieron y sus manos extendieron un naipe hacia ella. Hannah tragó saliva. El naipe mostraba la figura de un diablo rojo envuelto en llamas.

Unos metros más allá, el torso del hombre de las máscaras oscilaba de un lado a otro. El autómata deshojaba su rostro invisible una y otra vez, descubriendo diferentes máscaras. Hannah desvió la mirada y se apresuró. Había cruzado ese pasillo centenares de veces a la luz del día. Eran tan sólo máquinas sin vida y no merecían su atención; mucho menos, su temor.

Con este pensamiento tranquilizador en mente, dobló el extremo del corredor que conducía al ala oeste. La pequeña orquesta en miniatura del *Maestro Firetti* reposaba a un lado del pasillo. Por una moneda, las figuras de la banda interpretaban una peculiar versión de la *Marcha turca* de Mozart.

Hannah se detuvo frente a la última puerta del corredor, una inmensa lámina de madera de roble labrada. Cada una de las puertas de Cravenmoore poseía un relieve distinto, tallado en la madera, que escenificaba cuentos célebres: los hermanos Grimm inmortalizados en jeroglíficos de ebanistería palaciega. A ojos de la chica, sin embargo, los grabados eran sencillamente siniestros. Jamás había entrado en aquella estancia; una más entre las numerosas habitaciones de la casa en las que ella no había puesto los pies. Y no lo haría a menos que fuese necesario.

La ventana golpeaba al otro lado de la puerta. El aliento helado de la noche se filtraba entre las junturas de ésta, acariciando su piel. Hannah dirigió una última mirada al largo corredor a sus espaldas. Los rostros de la orquesta oteaban las sombras. Se oía claramente el sonido del agua y la lluvia, como miles de pequeñas arañas correteando sobre el tejado de Cravenmoore. La

muchacha inspiró profundamente y, posando la mano sobre el pomo de la puerta, penetró en la habitación.

Una bocanada de aire gélido la envolvió, selló la puerta a sus espaldas con violencia y extinguió las llamas de las velas. Las cortinas de gasa ondeaban impregnadas de lluvia como mortajas al viento. Hannah se adentró unos pasos en la habitación y se apresuró a cerrar la ventana, asegurando el cierre que el viento había aflojado. La muchacha palpó el bolsillo de su batín con dedos temblorosos y extrajo la cajetilla de fósforos para prender de nuevo las llamas de las velas. Las tinieblas cobraron vida a su alrededor, ante la lumbre danzante del candelabro. Tras ellas, la claridad desvelaba lo que a sus ojos le pareció la habitación de un niño. Un pequeño lecho junto a un escritorio. Libros y ropas infantiles tendidas sobre una silla. Un par de zapatos pulcramente alineados bajo la cama. Un diminuto crucifijo pendiente de uno de los mástiles del lecho.

Hannah avanzó unos pasos. Había algo extraño, algo desconcertante que no acertaba a descubrir acerca de aquellos objetos y muebles. Sus ojos sondearon de nuevo la habitación infantil. No había niños en Cravenmoore. Nunca los había habido. ¿Qué sentido tenía aquella cámara?

Repentinamente, la idea vino a su mente. Ahora comprendía lo que la había desconcertado en un principio. No era el orden. Ni la pulcritud. Era algo tan sencillo, tan simple, que resultaba difícil incluso detenerse a pensar en ello. Aquélla era la habitación de un niño. Pero faltaba algo… Juguetes. No había ni un solo juguete en toda la estancia.

Hannah alzó el candelabro y descubrió algo más sobre los muros. Papeles. Recortes. La muchacha posó el candelabro sobre la mesa del escritorio infantil y se aproximó a ellos. Un mosaico de viejos recortes y fotografías cubría la pared. El rostro blanquecino de una mujer dominaba un retrato; sus facciones eran duras, cortadas, y sus ojos negros irradiaban una aura amenazadora. El mismo rostro aparecía en otras imágenes. Hannah concentró sus ojos sobre un retrato de la misteriosa dama con un niño en los brazos.

Su mirada recorrió el muro y reparó en los pedazos de viejos periódicos, cuyos titulares no parecían tener ninguna relación. Noticias acerca de un terrible incendio en una factoría de París y sobre la desaparición de un personaje llamado Hoffmann durante la tragedia. El rastro obsesivo de aquella presencia parecía impregnar toda la colección de recortes, alineados como lápidas en los muros de un cementerio de memorias y recuerdos. Y en el centro, rodeado por decenas de otros pedazos ilegibles, la primera página de

un periódico fechado en 1890. Sobre ella, el rostro de un niño. Sus ojos estaban llenos de terror, los ojos de un animal apaleado.

La fuerza de aquella imagen la golpeó con violencia. La mirada de aquel muchacho de apenas seis o siete años parecía haber sido testigo de un horror que apenas podía comprender. Hannah sintió frío, un frío intenso que irradiaba de su propio interior. Sus ojos trataron de descifrar el texto borroso que rodeaba la imagen. «Un niño de ocho años es hallado tras haber pasado siete días encerrado en un sótano, abandonado, en la oscuridad», se leía en el pie de foto. Hannah observó de nuevo el rostro del pequeño. Había algo vagamente familiar en sus facciones, tal vez en sus ojos…

En ese preciso instante, Hannah creyó oír el eco de una voz, una voz que susurraba a su espalda. Se volvió, pero no había nadie allí. La joven dejó escapar un suspiro. Los haces vaporosos que emanaban de las velas atrapaban en el aire miles de motas de polvo y sembraban una niebla púrpura a su alrededor. Se aproximó hasta el umbral de uno de los ventanales y abrió con los dedos una franja entre la cortina de vaho que velaba el cristal. El bosque estaba sumido en la bruma. Las luces del estudio de Lazarus, en el extremo del ala oeste, estaban encendidas, y su silueta se podía distinguir recortada entre el cálido halo dorado que parpadeaba tras los cortinajes. Una aguja de luz penetró a través del claro entre el vaho y tendió un cable de claridad a lo largo de la habitación.

Esta vez, la voz sonó de nuevo, más clara y cercana. Susurraba su nombre. Hannah se enfrentó a la habitación en penumbra y por primera vez advirtió el brillo que despedía un pequeño frasco de cristal. El frasco, negro como obsidiana, estaba resguardado en una diminuta hornacina en la pared, envuelto en un espectro de reflejos.

La chica se acercó lentamente hasta aquel lugar y examinó el frasco. A primera vista, semejaba una botella de perfume, pero jamás había visto un ejemplar tan bello como aquél, ni una talla en cristal tan elaborada como la que exhibía el frasco. Un tapón en forma de prisma desprendía un arco iris a su alrededor. Hannah sintió un deseo irrefrenable de tomar aquel objeto en sus manos y acariciar con sus dedos las líneas perfectas del cristal.

Con cuidado extremo, rodeó el frasco con las manos. Pesaba más de lo que esperaba, y el cristal ofrecía un tacto helado, casi doloroso al contacto con la piel. Lo alzó a la altura de los ojos y trató de entrever en su interior. Cuanto sus ojos pudieron advertir era una negrura impenetrable. Sin embargo, al trasluz, Hannah experimentó la ilusión de que algo se movía en el interior. Un espeso líquido negro, tal vez un perfume…

Sus dedos temblorosos asieron el tapón de cristal tallado. Algo se agitó en el interior del frasco. Hannah dudó un instante. Pero la perfección de aquel objeto parecía prometer la fragancia más embriagadora que pudiera imaginar. Hizo girar el tapón lentamente. La negrura en el interior del frasco se agitó de nuevo, pero ella ya no le prestaba atención. Finalmente, el tapón cedió.

Un sonido indescriptible, el aullido del gas escapando a presión, inundó la estancia. En apenas un segundo, una masa de negrura se expandió en el aire desde la boca del frasco, como una mancha de tinta en un estanque. Hannah sintió que le temblaban las manos y que aquella voz susurrante la envolvía. Cuando volvió a mirar el frasco, comprobó que el cristal era transparente y que lo que fuera que había ocupado su interior se había liberado gracias a ella. La muchacha dejó el frasco de nuevo en su lugar. Sintió una fría corriente de aire recorriendo la habitación, extinguiendo las llamas de las velas una a una. A medida que la oscuridad se extendía por la estancia, una nueva presencia se hizo visible entre la negrura. Una silueta impenetrable se esparcía sobre los muros pintándolos de tinieblas.

Una sombra.

Hannah retrocedió despacio hacia la puerta. Sus manos temblorosas se posaron sobre el frío pomo a su espalda. Abrió lentamente la puerta sin apartar los ojos de la oscuridad y se dispuso a salir de la habitación a toda prisa. Algo avanzaba hacia ella, podía sentirlo.

La muchacha tiró del pomo para sellar la habitación y uno de los relieves de la puerta se enganchó en la cadena que rodeaba su cuello. Simultáneamente, un sonido grave y escalofriante resonó a sus espaldas, el siseo de una gran serpiente. Hannah sintió lágrimas de terror deslizándose por sus mejillas. La cadena se rompió y la muchacha pudo oír cómo la medalla caía en la oscuridad. Libre de la presa, Hannah se enfrentó al túnel de sombras que se abría ante ella. En uno de los extremos, la puerta que conducía a la escalinata del ala posterior estaba abierta. El silbido fantasmal se escuchó de nuevo. Más cerca. Hannah corrió hacia el umbral de la escalinata. Segundos más tarde identificó el sonido de la manija que empezaba a girar en la penumbra. Esta vez, el pánico arrancó un alarido de su garganta y la muchacha se lanzó escaleras abajo.

El camino de descenso hasta la planta baja se hizo infinito. Hannah saltaba los escalones de tres en tres, jadeando y tratando de no perder el equilibrio. Cuando llegó a la puerta que conducía a la parte trasera del jardín de Cravenmoore, sus tobillos y rodillas estaban repletos de golpes, pero apenas percibía el dolor. La adrenalina encendía un reguero de pólvora a

través de sus venas y la empujaba a seguir corriendo. La puerta, que nunca se utilizaba, estaba cerrada. Hannah golpeó el cristal con el codo y la forzó desde el exterior. No sintió el corte en el antebrazo hasta que llegó a las sombras del jardín.

Corrió hacia el umbral del bosque mientras el aire fresco de la noche acariciaba sus ropas empapadas en sudor frío y las adhería a su cuerpo. Antes de internarse en la senda que cruzaba el bosque de Cravenmoore, Hannah se volvió hacia la casa esperando ver a su perseguidor cruzando las sombras del jardín. No había rastro de la aparición. Respiró profundamente. El aire frío le quemaba la garganta y clavaba en sus pulmones un punzón candente. Estaba dispuesta a correr de nuevo cuando avistó aquella silueta adherida a la fachada de Cravenmoore. Un rostro corpóreo emergió de la lámina de negrura, y la sombra descendió reptando entre las gárgolas como una gigantesca araña.

Hannah se lanzó a través del laberinto de oscuridad que cruzaba el bosque. La luna sonreía ahora entre los claros y teñía la neblina de azul. El viento encendía las voces siseantes de miles de hojas a su alrededor. Los árboles aguardaban a su paso como espectros petrificados, sus brazos le tendían un manto de amenazadoras garras. Y corrió desesperadamente hacia la luz que la guiaba al final de aquel túnel fantasmagórico, una puerta a la claridad que parecía alejarse de ella cuanto mayor era su esfuerzo por alcanzarla.

Un estruendo entre la maleza inundó el bosque. La sombra estaba atravesando la espesura, destrozando cuanto se oponía a su paso, un taladro mortífero esculpiendo una senda hacia ella. Un grito se ahogó en la garganta de la muchacha. Las ramas y la maleza habían abierto decenas de cortes en sus manos, sus brazos y su rostro. La fatiga le golpeaba el alma como un mazo que nublaba sus sentidos, y le susurraba interiormente que se rindiese al cansancio, que se tendiese a esperar… Pero tenía que seguir. Tenía que escapar de aquel lugar. Unos metros más y alcanzaría la carretera que conducía al pueblo. Allí encontraría algún coche, alguien que la recogería y la ayudaría. Su salvación estaba a tan sólo unos segundos, más allá del límite del bosque.

Las luces lejanas de un coche bordeando la Playa del Inglés barrieron las tinieblas de la espesura. Hannah se incorporó y lanzó un grito de socorro. A su espalda, un torbellino pareció atravesar la maleza y ascender entre las ramas de los árboles. Hannah alzó la mirada hacia la cúpula de ramas que velaban el rostro de la luna. Lentamente, la sombra se desplegó. Ella sólo dejó

escapar un último gemido. Filtrándose como lluvia de alquitrán, la sombra se abatía sobre Hannah desde las alturas. La muchacha cerró los ojos y conjuró el rostro de su madre, sonriente y parlanchina.

Poco después, sintió el frío aliento de la sombra sobre su rostro.

5. UN CASTILLO ENTRE LAS BRUMAS

El velero de Ismael afloró puntualmente entre el velo de calima que acariciaba la superficie de la bahía. Irene y su madre, tranquilamente sentadas en el porche, degustando una taza de café con leche, intercambiaron una mirada.

—No hace falta que te diga… —empezó Simone.

—No hace falta que lo digas —respondió Irene.

—¿Cuándo fue la última vez que tú y yo hablamos de los hombres? —preguntó su madre.

—Cuando cumplí los siete años y nuestro vecino Claude me convenció para que le diese mi falda a cambio de sus pantalones.

—Menuda pieza.

—Tenía sólo cinco años, mamá.

—Si son así a los cinco, imagínate a los quince.

—Dieciséis.

Simone suspiró. Dieciséis años, Dios mío. Su hija planeaba fugarse con un viejo lobo de mar.

—Entonces estamos hablando de un adulto.

—Sólo es un año y pico mayor que yo. ¿Dónde me deja eso a mí?

—Tú eres una cría.

Irene sonrió pacientemente a su madre. Simone Sauvelle no tenía futuro como sargento.

—Tranquila, mamá. Sé lo que hago.

—Eso es lo que me da miedo.

El velero cruzó la pequeña bocana de la cala. Ismael lanzó un saludo desde el bote. Simone observaba al muchacho con una ceja alzada en señal de alerta.

—¿Por qué no sube y me lo presentas?

—Mamá…

Simone asintió. De todos modos, no albergaba esperanzas de que semejante ardid diese fruto.

—¿Hay algo que tenga que decirte? —ofreció Simone, en franca retirada.

Irene le propinó un beso en la mejilla.

—Deséame un buen día.

Sin esperar respuesta, Irene corrió hasta el embarcadero. Simone contempló cómo su hija tomaba la mano de aquel extraño (que, para sus suspicaces ojos, de muchacho tenía poco) y saltaba a bordo de su velero. Cuando Irene se volvió a saludarla, su madre forzó una sonrisa y devolvió el saludo. Los vio partir rumbo a la bahía bajo un sol resplandeciente y tranquilizador. Sobre la baranda del porche, una gaviota, tal vez otra madre en crisis, la observaba con resignación.

—No es justo —le dijo a la gaviota—. Cuando nacen, nadie te explica que acabarán haciendo lo mismo que tú a su edad.

El ave, ajena a tales consideraciones, siguió el ejemplo de Irene y echó a volar. Simone sonrió ante su propia ingenuidad y se dispuso a volver a Cravenmoore. El trabajo todo lo cura, se dijo.

* * *

En algún momento de la travesía, la orilla lejana se transformó en apenas una línea blanca tendida entre la tierra y el cielo. El viento del este impulsaba las velas del *Kyaneos* y la proa del velero se abría camino sobre un manto cristalino de reflejos esmeraldas a través del cual podía entreverse el fondo. Irene, cuya única experiencia previa a bordo de un barco había sido la breve travesía de días atrás, contemplaba boquiabierta la hipnótica belleza de la bahía desde aquella nueva perspectiva. La Casa del Cabo se había reducido a una muesca blanca entre las rocas, y las fachadas de colores vivos del pueblo parpadeaban entre los reflejos que ascendían del mar. A lo lejos, la cola de una tormenta cabalgaba hacia el horizonte. Irene cerró los ojos y escuchó el sonido del mar a su alrededor. Cuando los abrió de nuevo, todo seguía allí. Era real.

Una vez encauzado el rumbo, poco más le quedaba a Ismael que contemplar a Irene, que parecía estar bajo los efectos de un encantamiento marino. Con metodología científica, inició su observación por sus pálidos tobillos, ascendiendo lenta y concienzudamente hasta detenerse en el punto en que la falda velaba con inusitada impertinencia la mitad superior de los muslos de la muchacha. Procedió entonces a evaluar la afortunada distribución de su esbelto torso. Este proceso se prolongó por un espacio indefinido de tiempo hasta que, inesperadamente, sus ojos se posaron sobre los de Irene e Ismael advirtió que su inspección no había pasado desapercibida.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.

—En el viento —mintió impecablemente Ismael—. Está cambiando y se desplaza hacia el sur. Suele ocurrir cuando hay tormenta. He pensado que te gustaría rodear el cabo primero. La vista es espectacular.

—¿Qué vista? —preguntó inocentemente Irene.

Esta vez no había duda, pensó Ismael; la muchacha le estaba tomando el pelo. Haciendo caso omiso de las ironías de su pasajera, Ismael llevó el velero hasta el vértice de la corriente que bordeaba el arrecife a una milla del cabo. Tan pronto rebasaron la frontera, sus ojos pudieron contemplar la inmensidad de la gran playa desierta y salvaje que se extendía hasta las neblinas que envolvían el monte Saint Michel, un castillo que se alzaba entre la bruma.

—Ésa es la Bahía Negra —explicó Ismael—. La llaman así porque sus aguas son mucho más profundas que en Bahía Azul, que es básicamente un banco de arena de apenas siete u ocho metros de profundidad. Un varadero.

A Irene toda aquella terminología marina le sonaba a mandarín, pero la rara belleza que desprendía aquel paraje le erizaba el vello de la nuca. Su mirada reparó en lo que parecía una oquedad en la roca, unas fauces abiertas al mar.

—Ésa es la laguna —dijo Ismael—. Es como un óvalo cerrado a la corriente y conectado al mar por una estrecha abertura. Al otro lado está la Cueva de los Murciélagos. Es ese túnel que se adentra en la roca, ¿ves? Al parecer, en 1746 una tormenta empujó un galeón pirata hacia ella. Los restos del barco, y de los piratas, siguen allí.

Irene le dedicó una mirada escéptica. Ismael podía ser un buen capitán, pero en lo relativo a mentir era un simple grumete.

—Es la verdad —matizó Ismael—. Yo voy a bucear a veces. La cueva se adentra en la roca y no tiene fin.

—¿Me llevarás allí? —preguntó Irene, fingiendo creer la absurda historia del corsario fantasma.

Ismael se sonrojó levemente. Aquello sonaba a continuidad. A compromiso. En una palabra, a peligro.

—Hay murciélagos. De ahí el nombre… —advirtió el chico, incapaz de encontrar un argumento más disuasorio.

—Me encantan los murciélagos. Ratitas voladoras —señaló ella, empeñada en seguir tomándole el pelo.

—Cuando quieras —dijo Ismael, bajando las defensas.

Irene le sonrió cálidamente. Aquella sonrisa desconcertaba totalmente a Ismael. Por unos segundos no recordaba si el viento soplaba del norte o si la quilla era una especialidad de repostería. Y lo peor era que la muchacha parecía advertirlo. Tiempo para un cambio de rumbo. En un golpe de timón, Ismael viró prácticamente en redondo al tiempo que volteaba la vela mayor, escorando el velero hasta que Irene sintió la superficie del mar acariciando su piel. Una lengua de frío. La muchacha gritó entre risas. Ismael le sonrió. Todavía no sabía muy bien qué era lo que había visto en ella, pero estaba seguro de una cosa: no podía quitarle los ojos de encima.

—Rumbo al faro —anunció.

Segundos más tarde, cabalgando sobre la corriente y con la mano invisible del viento a sus espaldas, el *Kyaneos* se deslizó como una flecha sobre la cresta del arrecife. Ismael sintió cómo Irene aferraba su mano. El velero atronaba como si apenas tocase el agua. Una estela de espuma blanca dibujaba guirnaldas a su paso. Irene miró a Ismael y advirtió que él la contemplaba a su vez. Por un instante, sus ojos se perdieron en los de ella e Irene sintió que el muchacho le apretaba suavemente la mano. El mundo nunca había estado tan lejos.

* * *

A media mañana de aquel día, Simone Sauvelle cruzó las puertas de la biblioteca personal de Lazarus Jann, que ocupaba una inmensa sala ovalada en el corazón de Cravenmoore. Un universo infinito de libros ascendía en una espiral babilónica hacia una claraboya de cristal tintado. Miles de mundos desconocidos y misteriosos convergían en aquella infinita catedral de libros. Por unos segundos, Simone contempló boquiabierta la visión, su mirada atrapada en la neblina evanescente que danzaba en ascenso hacia la bóveda. Tardó casi dos minutos en advertir que no estaba sola allí.

Una figura pulcramente trajeada ocupaba un escritorio bajo un rayo de luz que caía en vertical desde la claraboya. Al oír sus pasos, Lazarus se volvió y, cerrando el libro que estaba consultando, un viejo tomo de aspecto centenario encuadernado en piel negra, le sonrió amablemente. Una sonrisa cálida y contagiosa.

—Ah, madame Sauvelle. Bienvenida a mi pequeño refugio —dijo, incorporándose.

—No deseaba interrumpirlo…

—Al contrario, me alegro de que lo haya hecho —dijo Lazarus—. Quería hablar con usted acerca de un pedido de libros que deseo hacer a la firma de Arthur Francher…

—¿Arthur Francher, en Londres?

El rostro de Lazarus se iluminó.

—¿La conoce?

—Mi esposo solía comprar libros allí en sus viajes. Burlington Arcade.

—Sabía que no podía haber escogido persona más idónea para este puesto —dijo Lazarus, sonrojando a Simone.

»¿Qué tal si discutimos esto en torno a una taza de café? —Invitó.

Simone asintió tímidamente. Lazarus sonrió de nuevo y devolvió el grueso tomo que sostenía en las manos a su lugar, entre cientos de otros volúmenes semejantes. Simone lo observó mientras lo hacía y sus ojos no pudieron dejar de advertir el título que podía leerse labrado a mano sobre el lomo. Una sola palabra, desconocida e inidentificable:

Doppelgänger

Poco antes del mediodía, Irene vislumbró el islote del faro a proa. Ismael decidió rodearlo para acometer la maniobra de aproximación y atracar en una pequeña ensenada que albergaba el islote, rocoso y arisco. Para entonces, Irene, gracias a las explicaciones de Ismael, ya estaba más versada en las artes navegatorias y en la física elemental del viento. De este modo, siguiendo sus instrucciones, ambos lograron capear el empuje de la corriente y deslizarse entre el pasillo de acantilados que conducía al viejo embarcadero del faro.

El islote era apenas un pedazo de roca desolada que emergía en la bahía. Una considerable colonia de gaviotas anidaba allí. Algunas de ellas observaban a los intrusos con cierta curiosidad. El resto emprendió el vuelo. A su paso, Irene pudo ver antiguas casetas de madera carcomidas por décadas de temporales y abandono.

El faro en sí era una esbelta torre, coronada por una linterna de prismas, que se erguía sobre una pequeña casa de apenas una planta, la vieja vivienda del farero.

—Aparte de mí, las gaviotas y algún que otro cangrejo, nadie ha venido aquí en años —dijo Ismael.

—Sin contar al fantasma del buque pirata —bromeó Irene.

El muchacho condujo el velero hasta el embarcadero y saltó a tierra para asegurar el cabo de proa. Irene siguió su ejemplo. Tan pronto el *Kyaneos* estuvo convenientemente amarrado, Ismael tomó un cesto con provisiones que su tía le había dejado preparado, bajo la convicción de que no había modo de abordar a una señorita con el estómago vacío y que había que atender a los instintos por orden de prioridad.

—Ven. Si te gustan las historias de fantasmas, esto te va a interesar…

Ismael abrió la puerta de la casa del faro e indicó a Irene que lo precediese. La muchacha se adentró en la vieja vivienda y sintió como si acabase de dar un paso de dos décadas hacia el pasado. Todo seguía intacto, bajo una capa de niebla formada por la humedad de años y años. Decenas de libros, objetos y muebles permanecían intactos, como si un fantasma se hubiese llevado al farero de madrugada. Irene miró a Ismael, fascinada.

—Espera a ver el faro —dijo él.

El muchacho la tomó de la mano y la condujo hacia la escalera que ascendía en espiral hasta la torre del faro. Irene se sentía como una intrusa al invadir aquel lugar suspendido en el tiempo y, a la vez, como una aventurera a punto de desvelar un extraño misterio.

—¿Qué pasó con el farero?

Ismael se tomó su tiempo para responder.

—Una noche cogió su bote y dejó el islote. No se molestó ni en recoger sus cosas.

—¿Por qué haría una cosa así?

—Nunca lo dijo —contestó Ismael.

—¿Por qué crees tú que lo hizo?

—Por miedo.

Irene tragó saliva y miró por encima de su hombro, esperando de un momento a otro encontrarse con el espectro de aquella mujer ahogada ascendiendo como un demonio de luz por la escalera de caracol, con las garras extendidas hacia ella, el rostro blanco como porcelana y dos círculos negros en torno a sus ojos encendidos.

—No hay nadie aquí, Irene. Sólo tú y yo —dijo Ismael.

La muchacha asintió sin mucho convencimiento.

—Sólo gaviotas y cangrejos, ¿eh?

—Exacto.

La escalera desembocaba en la plataforma del faro, una atalaya sobre el islote desde la que podía contemplarse toda Bahía Azul. Ambos salieron al exterior. La brisa fresca y la luz resplandeciente desvanecían cuantos ecos fantasmales evocaba el interior del faro. Irene respiró profundamente y se dejó embrujar por la visión que sólo podía contemplarse desde aquel lugar.

—Gracias por traerme aquí —murmuró.

Ismael asintió, desviando nerviosamente la mirada.

—¿Te apetece comer algo? Me muero de hambre —anunció.

De esta guisa, ambos se sentaron al extremo de la plataforma del faro y, con las piernas colgando en el vacío, procedieron a dar buena cuenta de los manjares que ocultaba la cesta. Ninguno de ellos tenía realmente mucho apetito, pero comer mantenía las manos y la mente ocupadas.

A lo lejos, Bahía Azul dormía bajo el sol de la tarde, ajena a cuanto sucedía en aquel islote apartado del mundo.

* * *

Tres tazas de café y una eternidad más tarde, Simone se encontraba todavía en compañía de Lazarus, ignorando el paso del tiempo. Lo que había empezado como una simple charla amistosa se había transformado en una larga y profunda conversación acerca de libros, viajes y antiguos recuerdos. Tras apenas unas horas, tenía la sensación de conocer a Lazarus de toda la vida. Por primera vez en meses se descubrió a sí misma desenterrando dolorosos recuerdos de los últimos días de la vida de Armand y experimentando una grata sensación de alivio al hacerlo. Lazarus escuchaba con atención y respetuoso silencio. Sabía cuándo desviar la conversación o cuándo dejar fluir los recuerdos libremente.

Le costaba pensar en Lazarus como en su patrón. A sus ojos, el fabricante de juguetes se parecía más a un amigo, un buen amigo. A medida que avanzaba la tarde, Simone comprendió, entre el remordimiento y una vergüenza casi infantil, que en otras circunstancias, en otra vida, aquella rara comunión entre ambos tal vez podría haber sido la semilla de algo más. La sombra de su viudedad y el recuerdo flotaban en su interior como el rastro de un temporal; del mismo modo en que la presencia invisible de la esposa

enferma de Lazarus mojaba la atmósfera de Cravenmoore. Testigos invisibles en la oscuridad.

Le bastaron unas horas de simple conversación para leer en la mirada del fabricante de juguetes que idénticos pensamientos cruzaban su mente. Pero también leyó en ellos que el compromiso con su esposa sería eterno y que el futuro apenas deparaba para ambos más que la perspectiva de una simple amistad. Una profunda amistad. Un puente invisible se alzó entre dos mundos que se sabían separados por océanos de recuerdos.

Una luz áurea que anunciaba el crepúsculo inundó el estudio de Lazarus y tendió una red de reflejos dorados entre ellos. Lazarus y Simone se observaron en silencio.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, Lazarus?

—Por supuesto.

—¿Por qué razón se convirtió en un fabricante de juguetes? Mi difunto esposo era ingeniero, y de cierto talento. Pero su trabajo evidencia un talento revolucionario. Y no exagero; usted lo sabe mejor que yo. ¿Por qué juguetes?

Lazarus sonrió en silencio.

—No tiene por qué contestarme —añadió Simone.

Él se incorporó y caminó lentamente hasta el umbral de la ventana. La luz de oro tiñó su silueta.

—Es una larga historia —empezó—. Cuando apenas era un niño, mi familia vivía en el antiguo distrito de Les Gobelins, en París. Probablemente usted conoce el área, un barrio pobre y plagado de viejos edificios oscuros e insalubres. Una ciudadela fantasmal y gris, de calles angostas y miserables. En aquellos días, si cabe, la situación estaba incluso mucho más deteriorada de lo que usted pueda recordar. Nosotros ocupábamos un diminuto piso en un viejo inmueble de la rue des Gobelins. Parte de la fachada estaba apuntalada ante la amenaza de desprendimientos, pero ninguna de las familias que lo ocupaban estaba en condiciones de mudarse a otra zona más deseable del barrio. Cómo conseguíamos meternos allí mis otros tres hermanos y yo, mis padres y el tío Luc aún me parece un misterio. Pero me estoy desviando del tema…

»Yo era un muchacho solitario. Siempre lo fui. La mayoría de los chicos de la calle parecían interesados en cosas que a mí me aburrían y, en cambio, las cosas que a mí me interesaban no despertaban el interés de nadie a quien conociese. Yo había aprendido a leer: un milagro; y la mayoría de mis amigos eran libros. Esto hubiese constituido motivo de preocupación para mi madre de no ser porque había otros problemas más acuciantes en casa. Mi madre

siempre creyó que la idea de una infancia saludable era la de corretear por las calles aprendiendo a imitar los usos y juicios de cuantos nos rodeaban.

»Mi padre se limitaba a esperar que mis hermanos y yo cumpliésemos la edad suficiente para que pudiésemos aportar un sueldo a la familia.

»Otros no eran tan afortunados. En nuestra escalera vivía un muchacho de mi edad llamado Jean Neville. Jean y su madre, viuda, estaban recluidos en un mínimo apartamento en la planta baja, junto al vestíbulo. El padre del muchacho había muerto años atrás a consecuencia de una enfermedad química contraída en la fábrica de azulejos donde había trabajado toda la vida. Algo común, al parecer. Supe todo esto porque, con el tiempo, yo fui el único amigo que el pequeño Jean tuvo en el barrio. Su madre, Anne, no lo dejaba salir del edificio o del patio interior. Su casa era su cárcel.

»Ocho años atrás, Anne Neville había dado a luz dos niños mellizos en el viejo hospital de Saint Christian, en Montparnasse. Jean y Joseph. Joseph nació muerto. Durante los restantes ocho años de su vida, Jean aprendió a crecer en la oscuridad de la culpa por haber matado a su hermano al nacer. O eso creía. Anne se encargó de recordarle cada uno de los días de su existencia que su hermano había nacido sin vida por su culpa; que, si no fuese por él, un muchacho maravilloso ocuparía ahora su lugar. Nada de cuanto hacía o decía conseguía ganar el afecto de su madre.

»Anne Neville, por supuesto, dispensaba a su hijo las muestras de cariño habituales en público. Pero en la soledad de aquel apartamento, la realidad era otra. Anne se lo recordaba día a día: Jean era un vago. Un holgazán. Sus resultados en la escuela eran lamentables. Sus cualidades, más que dudosas. Sus movimientos, torpes. Su existencia, en resumen, una maldición. Joseph, por su parte, hubiese sido un muchacho adorable, estudioso, cariñoso…, todo aquello que él nunca podría ser.

»El pequeño Jean no tardó en comprender que era él quien debería haber muerto en aquella tenebrosa habitación de hospital ocho años atrás. Estaba ocupando el lugar de otro… Todos los juguetes que Anne había estado guardando durante años para su futuro hijo fueron a parar al fuego de las calderas a la semana siguiente de volver del hospital. Jean jamás tuvo un juguete. Estaban prohibidos para él. No los merecía.

»Una noche en que el muchacho se despertó gritando en sueños, su madre acudió a su lecho y le preguntó qué le sucedía. Jean, aterrorizado, confesó que había soñado que una sombra, un espíritu maligno lo perseguía a lo largo de un túnel interminable. La respuesta de Anne fue clara. Aquel signo era una señal. La sombra con la que había estado soñando era el reflejo de su hermano

muerto, que clamaba venganza. Debía hacer un nuevo esfuerzo por ser un mejor hijo, por obedecer en todo a su madre, por no cuestionar ni una sola de sus palabras o acciones. De lo contrario, la sombra cobraría vida y acudiría para llevarlo a los infiernos. Con estas palabras, Anne cogió a su hijo y lo llevó al sótano de la casa, donde lo dejó a solas en la oscuridad durante doce horas para que meditase sobre lo que le había contado. Ése fue el primero de sus encierros.

»Un año después, cuando una tarde el pequeño Jean me contó todo esto, una sensación de horror me invadió. Deseaba ayudar al muchacho, reconfortarlo y compensar en algo la miseria en la que vivía. El único modo en que se me ocurrió hacerlo fue reunir las monedas que había guardado durante meses en mi hucha y acudir a la tienda de juguetes de monsieur Giradot. Mi presupuesto no daba para mucho, y sólo conseguí un viejo títere, un ángel de cartón que podía ser manipulado con unos hilos. Lo envolví en papel brillante y, al día siguiente, esperé a que Anne Neville hubiese salido a hacer sus compras. Llamé a la puerta de la casa y dije que era yo, Lazarus. Jean abrió y le entregué el paquete. Era un obsequio, dije, y me marché.

»No volví a verlo en tres semanas. Supuse que Jean estaba disfrutando de mi regalo, ya que yo no podría disfrutar de mis ahorros en mucho tiempo. Supe más adelante que aquel ángel de trapo y cartón apenas sobrevivió un día. Anne lo encontró y lo quemó. Cuando le preguntó de dónde lo había sacado, Jean, que no quería implicarme, dijo que lo había hecho con sus propias manos.

»Y cierto día, el castigo fue mucho más terrible. Anne, fuera de sí, llevó a su hijo al sótano y lo encerró allí, amenazándolo con que esta vez la sombra iría a por él en la oscuridad y se lo llevaría para siempre.

»Jean Neville pasó allí una semana entera. Su madre se había complicado en un altercado en el mercado de Les Halles y la policía la encerró, junto con otros tantos, en una celda comunal. Cuando la soltaron, estuvo vagando por las calles durante días.

»A su regreso, encontró la casa vacía y la puerta del sótano atrancada. Unos vecinos la ayudaron a derribarla. El sótano estaba desierto. No había señal de Jean por ninguna parte…

Lazarus hizo una pausa. Simone guardó silencio, esperando a que el fabricante de juguetes finalizase su relato.

—Nadie volvió a ver a Jean Neville en el barrio. La mayoría de quienes tuvieron conocimiento de la historia supusieron que el muchacho había huido por alguna trampilla del sótano y había puesto tanta distancia entre él y su

madre como había podido. Supongo que eso es lo que sucedió, aunque si le hubiese preguntado usted a su madre, que pasó semanas, meses, llorando desconsoladamente la pérdida del muchacho, estoy seguro de que le hubiese dicho que la sombra se lo había llevado… Le he dicho antes que yo fui probablemente el único amigo de Jean Neville. Sería más justo decir que fue al revés. Él fue mi único amigo. Años más tarde, me prometí que, si estaba en mi mano, nunca jamás ningún niño quedaría privado de un juguete. Ningún niño volvería a vivir la pesadilla que atormentó la infancia de mi amigo Jean. Todavía hoy me pregunto dónde estará, si vive todavía. Supongo que le parecerá una explicación un tanto extraña…

—En absoluto —respondió ella, su rostro camuflado en las sombras.

Simone salió a la luz y esbozó una amplia sonrisa para recibir a Lazarus.

—Se hace tarde —dijo suavemente el fabricante de juguetes—. Debo ir a ver a mi esposa.

Simone asintió.

—Gracias por su compañía, madame Sauvelle —dijo Lazarus, retirándose de la habitación en silencio.

Ella lo observó partir y respiró profundamente. La soledad trazaba extraños laberintos.

* * *

El sol empezaba a declinar sobre la bahía y las lentes del faro destilaban destellos de ámbar y escarlata sobre el mar. La brisa era ahora más fresca y el cielo se teñía de un azul claro, surcado por algunas nubes que viajaban perdidas como zepelines de algodón blanco. Irene yacía ligeramente apoyada contra el hombro de Ismael, en silencio.

El muchacho dejó que uno de sus brazos la rodease lentamente. Ella alzó los ojos. Sus labios estaban entreabiertos y temblaban imperceptiblemente. Ismael sintió un cosquilleo en el estómago y oyó un extraño repiqueteo en sus oídos. Era su propio corazón, martilleando a toda velocidad. Paulatinamente, los labios de ambos se aproximaron con timidez. Irene cerró los ojos. Ahora o nunca, parecía susurrar una voz dentro de Ismael. El muchacho optó por la opción ahora y dejó que su boca acariciase la de Irene. Los siguientes diez segundos duraron diez años.

Más tarde, cuando ambos sintieron que ya no existía una frontera entre ellos, que cada mirada y cada gesto era una palabra de un lenguaje que sólo ellos podían comprender, Irene e Ismael permanecieron abrazados en silencio

en lo alto del faro. Si hubiese dependido de ellos, habrían seguido allí hasta el día del Juicio.

* * *

—¿Dónde te gustaría estar dentro de diez años? —preguntó Irene de improviso.

Ismael se paró a meditar la respuesta. No era fácil.

—Menuda pregunta. No lo sé.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer? ¿Seguir los pasos de tu tío en el barco?

—No creo que fuese una buena idea.

—¿Qué, entonces? —insistió ella.

—No sé, supongo que es una tontería…

—¿Qué es una tontería?

Ismael se sumió en un largo silencio. Irene esperó pacientemente.

—Seriales para la radio. Me gustaría escribir seriales para la radio —afirmó Ismael finalmente.

Ya lo había soltado.

Irene le sonrió. Otra vez aquella sonrisa indefinible y misteriosa.

—¿Qué clase de seriales?

Ismael la observó cuidadosamente. No había hablado de ese tema con nadie y no se sentía en terreno seguro al hacerlo. Tal vez lo mejor era plegar velas y volver a puerto.

—De misterio —contestó finalmente, dudando.

—Pensaba que no creías en los misterios.

—No hace falta creérselos para escribir sobre ellos —replicó Ismael—. Hace tiempo que colecciono recortes sobre un individuo que hace seriales de radio. Se llama Orson Welles. Tal vez podría intentar trabajar con él…

—¿Orson Welles? No he oído hablar de él, pero supongo que no será una persona accesible. ¿Tienes alguna idea ya?

Ismael asintió vagamente.

—Tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

La muchacha alzó la mano solemnemente. La actitud de Ismael le parecía infantil, pero el asunto la intrigaba.

—Sígueme.

Ismael la condujo de vuelta a la vivienda del farero. Una vez allí, el chico se acercó a un cofre que reposaba en uno de los rincones y lo abrió. Sus ojos

brillaban de excitación.

—La primera vez que vine aquí estuve buceando y descubrí los restos del bote en que se supone que se ahogó aquella mujer hace veinte años —dijo en tono enigmático—. ¿Te acuerdas de la historia que te conté?

—Las luces de septiembre. La dama misteriosa desaparecida en la tormenta… —recitó Irene.

—Exacto. ¿Adivinas qué encontré entre los restos del bote?

—¿Qué?

Ismael introdujo las manos en el cofre y extrajo un pequeño libro encuadernado en piel, cobijado por una especie de caja metálica, apenas del tamaño de una pitillera.

—El agua ha borrado alguna de las páginas, pero todavía hay fragmentos que pueden leerse.

—¿Un libro? —preguntó Irene, intrigada.

—No es un libro cualquiera —aclaró él—. Es un diario. Su diario.

* * *

El *Kyaneos* zarpó de vuelta a la Casa del Cabo poco antes del crepúsculo. Un campo de estrellas se extendía sobre el manto azul que cubría la bahía y la esfera sangrante del sol se sumergía lentamente en el horizonte, como un disco de hierro candente. Irene observaba en silencio a Ismael mientras pilotaba el velero. El muchacho le sonrió y siguió con la mirada en las velas, atento a la dirección del viento que se despertaba a poniente.

Antes que a él, Irene había besado a dos chicos. El primero, el hermano de una de sus amigas en el colegio, fue más un experimento que otra cosa. Quería saber qué se sentía al hacer aquello. No le había parecido gran cosa. El segundo, Gerard, estaba más asustado que ella, y la experiencia no había disipado sus sospechas acerca del tema. Besar a Ismael había sido diferente. Había sentido una especie de corriente eléctrica recorriendo su cuerpo al rozar sus labios. Su tacto era diferente. Su olor era diferente. Todo en él era diferente.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó esta vez a ella Ismael, intrigado ante su semblante meditabundo.

Irene compuso un gesto enigmático, alzando una ceja.

Él se encogió de hombros y siguió pilotando el velero rumbo al cabo. Una bandada de aves los escoltó hasta el embarcadero entre los acantilados. Las

luces de la casa dibujaban estelas danzantes sobre la pequeña cala. A lo lejos, los reflejos del pueblo trazaban una senda de estrellas sobre el mar.

—Ya es de noche —observó Irene con cierta preocupación—. No te pasará nada, ¿verdad?

Ismael sonrió.

—El *Kyaneos* se sabe el camino de memoria. No me pasará nada.

El velero se posó suavemente contra el embarcadero. Los graznidos de las aves en los acantilados formaban un eco lejano. Una franja de azul oscuro coronaba ahora la línea incandescente del crepúsculo sobre el horizonte, y la luna sonreía entre las nubes.

—Bueno…, se hace tarde —empezó Irene.

—Sí…

La chica saltó a tierra.

—Me llevo el diario. Prometo cuidarlo.

Ismael asintió a su vez. Irene dejó escapar una pequeña risa nerviosa.

—Buenas noches.

Ambos se miraron en la penumbra.

—Buenas noches, Irene.

Ismael soltó las amarras.

—Había pensado ir a la laguna mañana. Tal vez te gustaría venir…

Ella asintió. La corriente se llevaba el velero.

—Te recogeré aquí…

La silueta del *Kyaneos* se desvaneció en la oscuridad. Irene permaneció allí, viéndolo partir, hasta que la negrura de la noche lo hubo engullido completamente. Luego, dos palmos por encima del suelo, se apresuró hacia la Casa del Cabo. Su madre esperaba en el porche, sentada en la oscuridad. No hacía falta un diploma en ingeniería óptica para adivinar que Simone había visto, y oído, el episodio completo en el embarcadero.

—¿Qué tal tu día? —preguntó.

Irene tragó saliva. Su madre sonrió pícaramente.

—Puedes contármelo.

Irene se sentó junto a su madre, dejándose abrazar por ella.

—¿Y el tuyo? —preguntó la muchacha—. ¿Qué tal te ha ido a ti?

Simone dejó escapar un suspiro, recordando la tarde en compañía de Lazarus.

Abrazó en silencio a su hija y sonrió para sí.

—Un día extraño, Irene. Supongo que me hago mayor.

—Qué tontería.

La joven miró en los ojos de su madre.

—¿Algo va mal, mamá?

Simone sonrió débilmente y negó en silencio.

—Echo de menos a tu padre —respondió finalmente, mientras una lágrima se deslizaba sobre su mejilla hasta sus labios.

—Papá se fue —dijo Irene—. Tienes que dejarlo ir.

—No sé si quiero dejarlo ir.

Irene la estrechó en sus brazos y oyó cómo Simone derramaba sus lágrimas en la oscuridad.

6. EL DIARIO DE ALMA MALTISSE

El día siguiente amaneció envuelto en un manto de bruma. Las primeras luces del alba sorprendieron a Irene todavía enfrascada en la lectura del diario que Ismael le había confiado. Lo que había empezado como simple curiosidad horas atrás había ido creciendo a lo largo de la noche, hasta transformarse en una obsesión. Desde la primera línea empañada por el tiempo, la caligrafía de aquella misteriosa dama desaparecida en las aguas de la bahía se había revelado como un jeroglífico hipnótico, un enigma sin resolución que había alejado de la muchacha cualquier atisbo de sueño.

> *… Hoy he visto por vez primera el rostro de la sombra. Me observaba en silencio desde la oscuridad, acechante e inmóvil. Sé perfectamente lo que había en aquellos ojos, aquella fuerza que la mantenía viva: odio. He podido sentir su presencia y he sabido que, tarde o temprano, nuestros días en este lugar se convertirán en una pesadilla. Es ahora cuando me doy cuenta de toda la ayuda que él necesita y de que, pase lo que pase, no puedo dejarlo solo…*

Página tras página, la voz secreta de aquella mujer parecía hablarle en susurros, entregándole las confidencias y los secretos que habían permanecido sumergidos y olvidados durante años. Seis horas después de haber iniciado la lectura del diario, la dama desconocida se había convertido en una especie de

amiga invisible, de voz varada en la niebla que, a falta de otro consuelo, la había escogido a ella para depositar sus secretos, sus memorias, y el enigma de aquella noche que habría de llevarla a la muerte en las frías aguas del islote del faro, aquella noche de septiembre.

… Ha sucedido de nuevo. Esta vez han sido mis ropas. Esta mañana, al acudir a mi vestidor, he encontrado la puerta de mi armario abierta y todos mis vestidos, los vestidos que él me ha regalado durante años, hechos jirones, destrozados como si el filo de cien cuchillos los hubiese cercenado. Hace siete días fue mi anillo de compromiso. Lo encontré deformado y destrozado en el suelo. Otras joyas han desaparecido. Los espejos de mi habitación están rajados. Cada día su presencia es más fuerte y su rabia más palpable. Es sólo cuestión de tiempo que sus ataques dejen de concentrarse en mis pertenencias y lo hagan en mí. Es a mí a quien odia. Es a mí a quien quiere ver muerta. No hay sitio para ambas en este lugar…

El amanecer había tendido un tapiz de cobre sobre el mar cuando Irene desgranó la última página del diario. Por un instante pensó que jamás había sabido tantas cosas acerca de nadie. Nunca persona alguna, ni su propia madre, había revelado todos los secretos de su espíritu ante ella con la sinceridad con que aquel diario desnudaba los pensamientos de aquella mujer que, irónicamente, le era desconocida. Una mujer que había muerto años antes de que ella viese la luz.

… No tengo a nadie con quien hablar, nadie a quien confesar el horror que me invade el alma día tras día. A veces desearía volver atrás, rehacer mis pasos en el tiempo. Es entonces cuando más comprendo que mi miedo y mi tristeza no pueden compararse con los suyos, que él me necesita y que, sin mí, su luz se apagaría para siempre. Sólo pido a Dios que nos dé fuerzas para sobrevivir, para huir del alcance de la sombra que se cierne sobre nosotros. Cada línea que escribo en este diario me parece la última.

Por algún motivo Irene descubrió que sentía ganas de llorar. En silencio, derramó sus lágrimas en recuerdo de aquella dama invisible cuyo diario había encendido una luz en su propio interior. Acerca de la identidad de su autora,

cuanto el diario aclaraba era un par de palabras en el vértice de la primera hoja.

Alma Maltisse

Poco después, Irene contempló la vela del *Kyaneos* desgarrar la neblina rumbo a la Casa del Cabo. Cogió el diario y, casi de puntillas, se encaminó hacia su nueva cita con Ismael.

* * *

En tan sólo unos minutos, el barco se abrió camino entre la corriente que batía en el extremo del cabo y se adentró en la Bahía Negra. La luz de la mañana esculpía siluetas en las paredes de los acantilados que formaban buena parte de la costa de Normandía, muros de roca que se enfrentaban al océano. Los reflejos del sol sobre el agua dibujaban destellos cegadores de espuma y plata encendida. El viento del norte impulsaba el velero con fuerza, la quilla segando la superficie como una daga. Para Ismael, aquello era simple rutina; para Irene, las mil y una noches.

A los ojos de una marinera novata como ella, aquel desbordante espectáculo de luz y agua parecía llevar la promesa invisible de mil aventuras y otros tantos misterios que esperaban ser descubiertos bajo el manto del océano. Al timón, Ismael se mostraba inusualmente sonriente y encaminaba el velero rumbo a la laguna. Irene, víctima agradecida del embrujo del mar, siguió con su relato de cuanto había averiguado en su primera lectura del diario de Alma Maltisse.

—Evidentemente, lo escribía para sí misma —explicó la joven—. Es curioso que nunca mencione a nadie por su nombre. Es como un relato de gente invisible.

—Es impenetrable —apuntó Ismael, quien había dejado por imposible la lectura del diario tiempo atrás.

—En absoluto —objetó Irene—. Lo que ocurre es que para entenderlo hay que ser una mujer.

Los labios de Ismael parecieron a punto de disparar una réplica ante la aseveración de su copiloto, pero por algún motivo, sus pensamientos se batieron en retirada.

Al poco, el viento de popa los condujo hasta la boca de la laguna. Un estrecho paso entre las rocas esbozaba una bocana en un puerto natural. Las aguas de la laguna, de apenas tres o cuatro metros de profundidad, eran un jardín de esmeraldas transparentes, y el fondo arenoso parpadeaba como un velo de gasas blancas a sus pies. Irene contempló boquiabierta la magia que el arco de la laguna confinaba en su interior. Una bandada de peces danzaba bajo el casco del *Kyaneos*, igual que dardos de plata brillando intermitentemente.

—Es increíble —balbuceó Irene.

—Es la laguna —aclaró Ismael, más prosaico.

Después, mientras ella seguía bajo los efectos de una primera visita a aquel paraje, el chico aprovechó para arriar las velas y anclar el velero. El *Kyaneos* se meció lentamente, una hoja en la calma de un estanque.

—Bien. ¿Quieres ver esa cueva o no?

Por toda respuesta, Irene le ofreció una sonrisa desafiante y, sin apartar los ojos de los suyos, se despojó de su vestido lentamente. Las pupilas de Ismael se expandieron como platos. Su imaginación no había anticipado semejante espectáculo. Irene, pertrechada con un sucinto bañador, cuya brevedad habría hecho que su madre jamás lo hubiera considerado merecedor de dicho nombre, sonrió ante el semblante de Ismael. Tras aturdirlo un par de segundos con la visión, justo lo necesario para no dejarlo acostumbrarse a ella, saltó al agua y se sumergió bajo la lámina de reflejos ondulantes. Ismael tragó saliva. O él era muy lento o aquella muchacha era demasiado rápida para él. Sin pensarlo dos veces, saltó al agua tras ella. Necesitaba un baño.

Ismael e Irene nadaron hacia la boca de la Cueva de los Murciélagos. El túnel se adentraba en la tierra, como una catedral labrada en la roca. Una tenue corriente emanaba del interior y acariciaba la piel bajo el agua. El interior de la caverna marina se alzaba en forma de bóveda, coronada por cientos de largas astillas de roca que pendían en el vacío como lágrimas de hielo petrificado. Los reflejos del agua descubrían mil y un recovecos entre las rocas, y el fondo arenoso adquiría una fosforescencia fantasmal que tendía una alfombra de luz hacia el interior.

Irene se sumergió y abrió los ojos bajo el agua. Un mundo de reflejos evanescentes danzaba lentamente frente a ella, poblado por criaturas extrañas y fascinantes. Pequeños peces cuyas escamas cambiaban de color según la dirección en que reflejaban la luz. Plantas irisadas sobre la roca. Diminutos cangrejos correteando sobre las arenas submarinas. La muchacha permaneció contemplando la fauna que poblaba la caverna hasta que le faltó el aire.

—Si sigues haciendo eso, te saldrá cola de pez, como a las sirenas —dijo Ismael.

Ella le guiñó un ojo y lo besó bajo la tenue claridad de la caverna.

—Ya soy una sirena —murmuró, adentrándose en la Cueva de los Murciélagos.

Ismael intercambió una mirada con un estoico cangrejo que lo escrutaba acomodado sobre la pared de roca y que parecía tener una curiosidad antropológica por la escena. La mirada sabia del crustáceo no dejaba duda alguna. Le estaban tomando el pelo de nuevo.

* * *

Un día completo de ausencia, pensó Simone. Hannah llevaba horas sin aparecer y sin dar noticias. Simone se preguntó si se enfrentaba a un problema puramente disciplinario. Ojalá fuese así. Había dejado pasar la jornada dominical a la espera de tener noticias de la chica, pensando que habría tenido que ir a su casa. Una pequeña indisposición. Un compromiso imprevisto. Cualquier explicación le hubiese bastado. Tras horas de espera, decidió enfrentarse al dilema. Se disponía a tomar el teléfono para llamar a casa de la muchacha cuando una llamada entrante se le adelantó. La voz que sonó le resultaba desconocida y el modo en que su dueño se identificó hizo poco por tranquilizarla.

—Buenos días, madame Sauvelle. Mi nombre es Henri Faure. Soy el comisario jefe de la gendarmería de Bahía Azul —anunció, cada palabra más pesada que la anterior.

Un tenso silencio se apoderó de la línea.

—¿Madame? —inquirió el policía.

—Lo escucho.

—No me resulta fácil decirle esto…

* * *

Dorian había dado por concluida su jornada de mensajero por aquel día. Los encargos que Simone le había confiado ya estaban más que resueltos, y la perspectiva de una tarde libre se presentaba prometedora y refrescante. Cuando llegó a la Casa del Cabo, Simone todavía no había vuelto de Cravenmoore, y su hermana Irene debía de estar por allí, con aquella especie

de novio que se había granjeado. Tras apurar un par de vasos de leche fresca uno tras otro, la extraña sensación de la casa vacía de mujeres se le antojó un tanto desconcertante. Uno llegaba a acostumbrarse tanto a ellas que, en su ausencia, el silencio se hacía vagamente inquietante.

Aprovechando que todavía quedaban unas horas de luz por delante, Dorian optó por explorar el bosque de Cravenmoore. En pleno día, tal y como había predicho Simone, las siluetas siniestras no eran más que árboles, arbustos y maleza. Con esto en su mente, el muchacho se encaminó hacia el corazón de aquel bosque denso y laberíntico que se extendía entre la Casa del Cabo y la mansión de Lazarus Jann.

Llevaba unos diez minutos sin rumbo concreto cuando advirtió por primera vez el rastro de unas huellas que se adentraban en la espesura desde los acantilados y que, inexplicablemente, desaparecían a la entrada de un claro. El muchacho se arrodilló y palpó las huellas, más propiamente marcas confusas, que horadaban el suelo del bosque. Quien fuera o lo que fuera que había dejado aquellas marcas tenía un peso considerable. Dorian estudió de nuevo el último tramo de huellas hasta el punto en que desaparecían. Si tenía que dar crédito a los indicios, quien fuera que las hubiera hecho había dejado de caminar en aquel punto y se había evaporado.

Alzó la mirada y observó la red de claros y sombras que se tejía en las copas de los árboles de Cravenmoore. Uno de los pájaros de Lazarus cruzó entre las ramas. El muchacho no pudo evitar sentir un escalofrío. ¿No había un solo animal vivo en aquel bosque? La única presencia tangible era la de aquellos seres mecánicos que aparecían y desaparecían en las sombras, sin que uno pudiese imaginar jamás de dónde venían o adónde se dirigían. Sus ojos siguieron examinando el entramado del bosque y advirtieron entonces una profunda muesca en un árbol cercano. Dorian se acercó hasta el tronco y examinó la marca. Algo había abierto una profunda herida sobre la madera. Laceraciones semejantes jalonaban el tronco hacia su cima. El chico tragó saliva y decidió salir de allí a escape.

* * *

Ismael guió a Irene hasta una pequeña roca plana que sobresalía un par de palmos en el centro de la cueva y ambos se tendieron encima a tomar un respiro. La luz que penetraba por la boca de la cueva reverberaba en el interior trazando una curiosa danza de sombras sobre la bóveda y las paredes

de la gruta. El agua allí parecía más cálida que en mar abierto y emanaba una cierta cortina vaporosa.

—¿Hay más entradas a la cueva? —preguntó Irene.

—Una más, pero es peligrosa. El único modo seguro de entrar y salir es por mar, desde la laguna.

La muchacha contempló el espectáculo de luz evanescente que descubría las entrañas de la cueva. Aquel lugar destilaba una atmósfera envolvente e hipnótica. Por unos segundos, Irene creyó estar en el interior de una gran sala de un palacio tallado en el interior de la roca, un lugar legendario que sólo podía existir en sueños.

—Es… mágico —dijo.

Ismael asintió.

—A veces vengo aquí y me paso horas sentado en una de las rocas, viendo cómo la luz cambia de color bajo el agua. Es mi santuario particular…

—Lejos del mundo, ¿verdad?

—Tan lejos como puedas imaginar.

—No te gusta mucho la gente, ¿no?

—Depende de qué gente —respondió él con una sonrisa en los labios.

—¿Es eso un cumplido?

—A lo mejor.

El muchacho desvió la mirada e inspeccionó la boca de la cueva.

—Es mejor que nos vayamos ahora. La marea no tardará en subir.

—¿Y eso?

—Cuando sube la marea, las corrientes empujan hacia el interior de la cueva y la caverna se llena de agua hasta la cima. Es una trampa mortal. Puedes quedarte atrapado y morir ahogado como una rata.

De repente, la magia del lugar se tornó amenazadora. Irene imaginó la cueva llenándose de agua helada sin posibilidad de escapatoria.

—No hay prisa… —puntualizó Ismael.

Irene, sin pensarlo dos veces, nadó hacia la salida y no se detuvo hasta que el sol le sonrió de nuevo. Él la observó nadar a toda prisa y sonrió para sí. La chica tenía agallas.

La travesía de vuelta transcurrió en silencio. Las páginas del diario resonaban en la mente de Irene como un eco que se resistía a desaparecer. Un espeso banco de nubes había cubierto el cielo y el sol se había ocultado, confiriendo al mar un tono plomizo y metálico. El viento era más frío e Irene se enfundó de nuevo su vestido. Esta vez Ismael apenas la observó mientras

se vestía, señal de que el muchacho andaba perdido en sus propios pensamientos, fueran cuales fuesen.

El *Kyaneos* dobló el cabo a media tarde y puso proa hacia la casa de los Sauvelle, mientras el islote del faro se sumergía en la neblina. Ismael guió el velero hasta el embarcadero y efectuó la maniobra de amarre con su habitual pericia, aunque se diría que su mente estaba a muchas millas de aquel lugar.

Cuando hubo llegado el momento de despedirse, Irene tomó la mano del muchacho.

—Gracias por llevarme a la cueva —dijo, saltando a tierra.

—Siempre me das las gracias y no sé por qué… Gracias a ti, por venir.

Irene ardía en deseos de preguntarle cuándo volverían a verse, pero una vez más su instinto le aconsejó guardar silencio. Ismael liberó el cabo de proa y el *Kyaneos* se alejó en la corriente.

Mientras contemplaba el velero marcharse, Irene se detuvo en la escalinata de piedra del acantilado. Una bandada de gaviotas lo escoltaba en su rumbo hacia las luces del muelle. Más allá, entre las nubes, la luna tendía un puente de plata sobre el mar, guiando el velero de vuelta al pueblo.

Irene recorrió el camino a través de la escalera de piedra luciendo una sonrisa en los labios que nadie podía ver. Demonios, cómo le gustaba aquel chico…

* * *

Nada más entrar en casa, Irene notó que algo andaba mal. Todo estaba demasiado ordenado, demasiado tranquilo, demasiado silencioso. Las luces del salón de la planta baja bañaban la penumbra azulada de aquella tarde de nubes. Dorian, sentado en una de las butacas, contemplaba las llamas del hogar en silencio. Simone, de espaldas a la puerta, observaba el mar desde el ventanal de la cocina, con una taza de café frío en la mano. El único sonido era el murmullo del viento acariciando las veletas del techo.

Dorian y su hermana intercambiaron una mirada. Irene se acercó hasta su madre y posó una mano sobre su hombro. Simone Sauvelle se volvió. Había lágrimas en sus ojos.

—¿Qué ha pasado, mamá?

Su madre la abrazó. Irene apretó las manos de su madre entre las suyas. Estaban frías. Temblaban.

—Es Hannah —murmuró Simone.

Un largo silencio. El viento arañó los postigos de la Casa del Cabo.

—Ha muerto —añadió.

Lentamente, como un castillo de naipes, el mundo se derrumbó alrededor de Irene.

7. UN CAMINO DE SOMBRAS

La carretera que corría junto a la Playa del Inglés reflejaba la tez del crepúsculo y tendía una serpentina escarlata hasta el pueblo. Irene, pedaleando en la bicicleta de su hermano, volvió la vista hacia la Casa del Cabo. Las palabras de Simone y el horror en sus ojos al ver a su hija abandonar la casa precipitadamente al crepúsculo todavía pesaban en ella, pero la imagen de Ismael navegando rumbo a la noticia de la muerte de Hannah ejercía más fuerza que cualquier remordimiento.

Simone le había explicado que, unas horas antes, dos excursionistas habían encontrado el cuerpo de Hannah cerca del bosque. Desde aquel momento, la noticia había despertado la desolación, la murmuración y el dolor entre quienes habían tenido la fortuna de tratar a la dicharachera muchacha. Se sabía que su madre, Elisabet, había sufrido una crisis nerviosa al conocer los hechos y que permanecía bajo los efectos de sedantes administrados por el doctor Giraud. Pero poco más.

Los rumores acerca de una antigua cadena de crímenes que habían turbado la vida local años atrás habían vuelto a la superficie. Había quienes querían ver en la desgracia una nueva entrega en la macabra saga de asesinatos sin resolver que habían tenido lugar en el bosque de Cravenmoore durante la década de los años veinte.

Otros preferían esperar a conocer más detalles acerca de las circunstancias que habían rodeado la tragedia. El vendaval de murmuraciones, sin embargo, no arrojaba luz alguna respecto a la posible causa del fallecimiento. Los dos

excursionistas que habían tropezado con el cuerpo llevaban horas prestando declaración en las dependencias de la gendarmería, y dos expertos forenses de La Rochelle —se decía— estaban en camino. A partir de ahí, la muerte de Hannah era un misterio.

Apresurándose tanto como pudo, Irene llegó al pueblo cuando el disco del sol ya se había sumergido totalmente en el horizonte. Las calles estaban desiertas y las pocas siluetas que las recorrían lo hacían en silencio, como sombras sin dueño. La muchacha dejó la bicicleta junto a un viejo farol que alumbraba el pie del callejón, donde se ubicaba el hogar de los tíos de Ismael. La casa era una construcción sencilla y sin pretensiones, un hogar de pescadores junto a la bahía. La última mano de pintura acusaba décadas, y la cálida luz de dos faroles de aceite desentrañaba los rasgos de una fachada labrada por el viento del mar y el salitre.

Irene, con el estómago encogido, se acercó al umbral de la casa, temerosa de llamar a la puerta. ¿Con qué derecho osaba turbar el dolor de la familia en un momento así? ¿En qué estaba pensando?

De pronto detuvo sus pasos, incapaz de avanzar ni de retroceder, varada entre la duda y la necesidad de ver a Ismael, de estar a su lado en un momento como aquél. En ese instante, la puerta de la casa se abrió, y la silueta oronda y severa del doctor Giraud, el galeno local, descendió calle abajo. Los ojos brillantes y escudados en lentes del médico advirtieron la presencia de Irene en la penumbra.

—Tú eres la hija de madame Sauvelle, ¿verdad?

Ella asintió.

—Si has venido a ver a Ismael, no está en la casa —explicó Giraud—. Cuando ha sabido lo de su prima, ha tomado su velero y ha partido.

El médico detectó que el rostro de la muchacha se tornaba blanco.

—Es un buen marinero. Volverá.

* * *

Irene caminó hasta la punta del muelle. La silueta solitaria del *Kyaneos* se recortaba sobre las brumas, iluminado por la luna. La muchacha se sentó sobre la cornisa del dique y contempló cómo el velero de Ismael ponía rumbo hacia el islote del faro. Nada ni nadie podían rescatarlo ahora de la soledad que había escogido. Irene sintió deseos de coger un bote y perseguir al chico hasta los confines de su mundo secreto, pero sabía que cualquier esfuerzo era inútil ya.

Sintiendo cómo el verdadero impacto de la noticia empezaba a abrirse camino en su propia mente, Irene advirtió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Cuando el *Kyaneos* se hubo desvanecido en la oscuridad, tomó de nuevo la bicicleta y emprendió el camino de vuelta a casa.

Mientras recorría la carretera de la playa, podía imaginar a Ismael sentado en silencio en la torre del faro, a solas consigo mismo. Recordó las incontables ocasiones en que ella misma había hecho ese viaje hacia su propio interior, y se prometió que, pasara lo que pasase, no dejaría que el muchacho se extraviase en aquel camino de sombras.

* * *

Aquella noche la cena fue breve. Un ritual de silencios y miradas extraviadas hizo las veces de anfitrión, mientras Simone y sus dos hijos fingían tomar un bocado antes de retirarse a sus respectivas habitaciones. Al filo de las once, ni una alma recorría ya los pasillos, y tan sólo una lámpara permanecía encendida en toda la casa: la lamparilla de noche de Dorian.

Una brisa fría penetraba por la ventana abierta de su habitación. Dorian, tendido en su lecho, escuchaba las voces fantasmales del bosque con la mirada perdida en las tinieblas. Poco antes de la medianoche, el muchacho apagó la luz y se acercó hasta la ventana. Un mar oscuro de hojas se agitaba al viento en la espesura. Dorian clavó sus ojos en el remolino de sombras que danzaba en la espesura. Podía sentir aquella presencia merodeando en la oscuridad.

Más allá del bosque se distinguía la silueta sinuosa de Cravenmoore y un rectángulo dorado en la última ventana del ala norte. Súbitamente, de la floresta brotó un halo parpadeante y áureo. Luces en el bosque. Las luces de un farol o una linterna en la maleza. El muchacho tragó saliva. El rastro de pequeños destellos aparecía y desaparecía trazando círculos en el interior del bosque.

Un minuto más tarde, enfundado en un grueso jersey y con sus botas de piel, Dorian se deslizó escaleras abajo, de puntillas, y con infinita delicadeza, abrió la puerta del porche. La noche era fría y el mar rugía en la oscuridad, al pie de los acantilados. Sus ojos siguieron el rastro que dibujaba la luna, una cinta plateada serpenteando hacia el interior del bosque. Un cosquilleo en el estómago lo hizo recordar la cálida seguridad de su habitación. Dorian suspiró.

Las luces horadaban las brumas, como alfileres blancos, entre el umbral del bosque. El muchacho puso un pie frente al otro y así sucesivamente. Antes de darse cuenta, las sombras del bosque lo rodearon y la Casa del Cabo, a sus espaldas, le pareció lejana, infinitamente lejana.

* * *

Ni toda la oscuridad ni todo el silencio del mundo podían hacer conciliar el sueño a Irene aquella noche. Finalmente, al filo de las doce, renunció al descanso y encendió la pequeña luz de su mesita de noche. El diario de Alma Maltisse reposaba junto al diminuto medallón que su padre le había regalado años atrás, una efigie de un ángel labrada en plata. Irene cogió el diario entre las manos y lo abrió de nuevo por la primera página.

La caligrafía afilada y ondulante le dio la bienvenida. La hoja, impregnada de un tono ocre y mortecino, parecía un campo de centeno agitándose al viento. Lentamente, mientras sus ojos acariciaban línea a línea, Irene emprendió de nuevo su viaje a la memoria secreta de Alma Maltisse.

Tan pronto volvió la primera página, el embrujo de las palabras la llevó lejos de allí. No podía oír el batir de las olas, ni el viento en el bosque. Su mente estaba en otro mundo…

… Anoche los oí pelear en la biblioteca. Él le gritaba y le suplicaba que lo dejase en paz, que abandonase la casa para siempre. Le dijo que no tenía ningún derecho a hacer lo que estaba haciendo con nuestras vidas. Nunca olvidaré el sonido de aquella risa, un aullido animal de rabia y odio que estalló tras los muros. El estruendo de miles de libros volando desde los estantes se oyó en toda la casa. Su ira es cada día mayor. Desde el momento en que liberé a esa bestia de su confinamiento, ha ido ganando fuerza sin cesar.

Él hace guardia al pie de mi lecho todas las noches. Sé que teme que, si me deja sola un instante, la sombra vendrá a por mí. Hace días que no me dice qué pensamientos ocupan su mente, pero no me hace falta. No ha dormido en semanas. Cada noche es una espera terrible e interminable. Coloca cientos de velas en toda la casa, tratando de sembrar de luz cada rincón, para evitar que la oscuridad sirva de amparo a la sombra. Su rostro ha envejecido diez años en apenas un mes.

A veces creo que es todo culpa mía, que si yo desapareciese, su maldición se esfumaría conmigo. Tal vez es eso lo que debo hacer, alejarme de él y acudir a mi cita inevitable con la sombra. Sólo eso nos dará la paz. Lo único que me impide dar ese paso es que no soporto la idea de dejarlo. Sin él, nada tiene sentido. Ni la vida, ni la muerte…

Irene levantó la vista del diario. El laberinto de dudas de Alma Maltisse se le antojaba desconcertante y, al tiempo, inquietantemente cercano. La línea entre la culpa y el deseo de vivir parecía afilada, como una cuchilla envenenada. Irene apagó la luz. La imagen no se desvanecía de su mente. Una cuchilla envenenada.

* * *

Dorian se adentró en el bosque siguiendo el rastro de las luces que veía brillar entre la maleza, reflejos que podían venir de cualquier lugar de la espesura. Las hojas humedecidas por la neblina se transformaban en un abanico de espejismos indescifrable. El sonido de sus propias pisadas se había convertido ahora en un angustioso reclamo hacia sí mismo. Por fin, inspiró profundamente y se recordó su propósito: no iba a salir de allí hasta saber qué era lo que se ocultaba en el bosque. Eso era todo y no había más.

El muchacho se detuvo a la entrada del claro donde había encontrado las pisadas el día anterior. El rastro ahora era borroso y apenas reconocible. Se acercó hasta el tronco lacerado y palpó las muescas. La idea de una criatura trepando a toda velocidad entre los árboles, como un felino salido del infierno, se filtró en su imaginación. Dos segundos más tarde, el primer crujido a sus espaldas le advirtió de la proximidad de alguien. O algo.

Dorian se ocultó entre la maleza. Las puntas afiladas de los arbustos lo arañaban como alfileres. Contuvo la respiración y rezó para que quien fuera que se estaba acercando no oyese el martilleo de su propio corazón como él lo oía en aquel momento. Al poco, las luces parpadeantes que había avistado a lo lejos se abrieron camino entre los resquicios de la maleza, transformando la neblina flotante en un aliento rojizo.

Se oyeron pasos al otro lado de los arbustos. El muchacho cerró los ojos, inmóvil como una estatua. Las pisadas se detuvieron. Dorian sintió la falta de oxígeno, pero, por lo que a él respectaba, podía pasarse los próximos diez

años sin respirar. Finalmente, cuando creía que sus pulmones iban a estallar, dos manos apartaron las ramas de los arbustos que lo ocultaban. Sus rodillas se transformaron en gelatina. La luz de un farol cegó sus pupilas. Tras un intervalo que al chico se le hizo infinito, el extraño posó el farol sobre el suelo y se arrodilló frente a él. Un rostro vagamente familiar brillaba a su lado, pero el pánico le impedía reconocerlo. El extraño sonrió.

—Vamos a ver. ¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo tú aquí? —dijo la voz, serena y amable.

En algún momento Dorian comprendió que quien estaba frente a él era simplemente Lazarus. Sólo entonces respiró.

Hubo de pasar un buen cuarto de hora antes de que el tembleque desapareciese de las manos de Dorian. Fue entonces cuando Lazarus puso en ellas un tazón de chocolate caliente y se sentó frente a él. Lazarus lo había acompañado hasta el cobertizo contiguo a la fábrica de juguetes. Una vez allí, había preparado sendos tazones de chocolate sin prisa.

Mientras ambos sorbían ruidosamente y se observaban por encima de la taza, Lazarus se echó a reír.

—Me has dado un susto de muerte, hijo —aseguró.

—Si le sirve de consuelo, no ha sido nada comparado con el que usted me ha dado a mí —añadió Dorian, sintiendo cómo el chocolate caliente irradiaba en su estómago una cálida sensación de calma.

—De eso no me cabe duda —rió Lazarus—. Ahora, dime qué hacías ahí fuera.

—Vi luces.

—Viste mi farol. ¿Y por eso saliste? ¿A medianoche? ¿Acaso has olvidado lo que le sucedió a Hannah?

Dorian tragó saliva, aunque a él le pareció una canica de plomo, de alto calibre.

—No, señor.

—Bien. Pues no lo olvides. Es peligroso andar por ahí en la oscuridad. Hace días que tengo la impresión de que alguien merodea por el bosque.

—¿Usted también ha visto las marcas?

—¿Qué marcas?

Dorian le relató sus temores e inquietudes respecto a aquella extraña presencia que intuía en el bosque. Al principio creía que no sería capaz, pero Lazarus inspiraba la tranquilidad y la confianza necesarias para que su lengua se soltase. Mientras el muchacho desgranaba su relato, Lazarus lo escuchaba

con atención, pero sin ocultar cierta extrañeza e incluso alguna sonrisa ante los detalles más fantásticos del recuento.

—¿Una sombra? —preguntó de pronto Lazarus sobriamente.

—No cree usted ni una palabra de lo que le he dicho —apuntó Dorian.

—No, no. Te creo. O intento creerte. Comprende que lo que me dices es un tanto… peculiar —dijo Lazarus.

—Pero usted también ha visto algo. Por eso estaba en el bosque. ¿No es cierto?

Lazarus sonrió.

—Sí. También me ha parecido ver algo, pero no puedo dar tantos detalles como tú.

Dorian apuró su chocolate.

—¿Más? —ofreció Lazarus.

El chico asintió. La compañía del fabricante de juguetes le resultaba agradable. La idea de compartir una taza de chocolate con él, de madrugada, se le antojaba una experiencia excitante y educativa.

Echando un vistazo al taller en el que se encontraban, Dorian advirtió, en una de las mesas de trabajo, una silueta poderosa y de gran envergadura tendida bajo un manto que la cubría.

—¿Está trabajando en algo nuevo?

Lazarus asintió.

—¿Quieres que te lo muestre?

Los ojos de Dorian se abrieron como platos. No era necesaria respuesta.

—Bueno, debes tener en cuenta que es una pieza inacabada… —dijo el hombre, aproximándose al manto y acercando un farol.

—¿Es un autómata? —inquirió el chico.

—A su modo, sí. En realidad, es una pieza un tanto extravagante, supongo. La idea me ha rondado por la cabeza durante años. De hecho, fue un muchacho más o menos de tu edad quien me la sugirió hace mucho.

—¿Un amigo suyo?

Lazarus sonrió, nostálgico.

—¿Listo? —preguntó.

Dorian asintió con la cabeza enérgicamente. Lazarus retiró el velo que cubría la pieza…, y el chico, sobrecogido, dio un paso atrás.

—Es sólo una máquina, Dorian. No debe asustarte…

Dorian contempló aquella poderosa silueta. Lazarus había forjado un ángel de metal, un coloso de casi dos metros de altura dotado de dos grandes

alas. El rostro de acero brillaba cincelado bajo una capucha. Sus manos eran inmensas, capaces de rodear su cabeza con el puño.

Lazarus tocó algún resorte en la base de la nuca del ángel y la criatura mecánica abrió los ojos, dos rubíes encendidos como carbones ardientes. Estaban mirándolo. A él.

Dorian sintió que las entrañas se le retorcían.

—Por favor, párelo… —suplicó.

Lazarus advirtió la mirada aterrorizada del muchacho y se apresuró a cubrir de nuevo al autómata.

Dorian suspiró de alivio al perder de vista aquel ángel demoníaco.

—Lo siento —dijo Lazarus—. No debería habértelo mostrado. Es tan sólo una máquina, Dorian. Metal. No dejes que su apariencia te asuste. Es sólo un juguete.

El chico asintió sin convicción alguna.

Lazarus se apresuró a servirle una nueva taza repleta de chocolate humeante. Dorian sorbió ruidosamente el líquido espeso y reconfortante bajo la atenta mirada del fabricante de juguetes. Al apurar media taza, observó a Lazarus y ambos intercambiaron una sonrisa.

—Menudo susto, ¿eh? —preguntó el hombre.

El chiquillo rió nerviosamente.

—Debe de pensar que soy un gallina.

—Al contrario. Muy pocos se atreverían a salir a investigar por el bosque después de lo que ha pasado con Hannah.

—¿Qué cree usted que pasó?

Lazarus se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Supongo que tendremos que esperar a que la policía acabe su investigación.

—Sí, pero…

—¿Pero…?

—¿Y si realmente hay algo en el bosque? —insistió Dorian.

—¿La sombra?

Dorian asintió gravemente.

—¿Has oído hablar alguna vez del *Doppelgänger*? —preguntó Lazarus.

El muchacho negó. Lazarus lo observó de reojo.

—Es un término alemán —explicó—. Se usa para describir a la sombra de una persona que, por algún motivo, se ha desprendido de su dueño. ¿Quieres oír una curiosa historia al respecto?

—Por favor…

Lazarus se acomodó en una silla frente al muchacho y extrajo un largo cigarro. Dorian había aprendido en el cine que aquella especie de torpedo atendía al nombre de *habano* y que, amén de costar una fortuna, desprendía un olor acre y penetrante al quemar. De hecho, tras Greta Garbo, Groucho Marx era su héroe de los matinales dominicales. El pueblo llano se limitaba a olfatear el humo de segunda mano. Lazarus estudió el cigarro y volvió a guardarlo, intacto, listo para emprender su relato.

—Bien. La historia en sí me la contó un colega hace ya tiempo. El año es 1915. El lugar, la ciudad de Berlín…

»De todos los relojeros de la ciudad de Berlín, ninguno era tan celoso de su labor y tan perfeccionista en sus métodos como Hermann Blöcklin. De hecho, su obsesión por llegar a crear los mecanismos más precisos lo había llevado a desarrollar una teoría respecto a la relación entre el tiempo y la velocidad a la que la luz se desplazaba por el universo. Blöcklin vivía rodeado de relojes en una pequeña vivienda que ocupaba la trastienda de su establecimiento, en la Henrichstrasse. Era un hombre solitario. No tenía familia. No tenía amigos. Su único compañero era un viejo gato, *Salman*, que pasaba las horas en silencio a su lado, mientras Blöcklin dedicaba horas y días enteros a su ciencia, en su taller. A lo largo de los años, su interés llegó a convertirse en obsesión. No era raro que cerrase su tienda al público durante días completos. Días de veinticuatro horas sin descanso, que dedicaba a trabajar en su proyecto soñado: el reloj perfecto, la máquina universal de medición del tiempo.

»Uno de esos días, cuando hacía dos semanas que una tormenta de frío y nieve azotaba Berlín, el relojero recibió la visita de un extraño cliente, un distinguido caballero llamado Andreas Corelli. Corelli vestía un lujoso traje de un blanco reluciente y sus cabellos, largos y satinados, eran plateados. Sus ojos se ocultaban tras dos lentes negras. Blöcklin le anunció que la tienda estaba cerrada al público, pero Corelli insistió, alegando que había viajado desde muy lejos sólo para visitarlo. Le explicó que estaba al corriente de sus logros técnicos e incluso se los describió con detalle, lo cual intrigó sobremanera al relojero, convencido de que sus hallazgos, hasta la fecha, eran un misterio para el mundo.

»La petición de Corelli no fue menos extraña. Blöcklin debía construir un reloj para él, pero un reloj especial. Sus agujas debían girar en sentido inverso. La razón de este encargo era que Corelli padecía una enfermedad mortal que habría de extinguir su vida en cuestión de meses. Por ese motivo,

deseaba tener un reloj que contase las horas, los minutos y los segundos que le restaban de vida.

»Tan extravagante petición venía acompañada por una más que generosa oferta económica. Es más, Corelli le garantizó la concesión de fondos económicos para financiar toda su investigación de por vida. A cambio, tan sólo debía dedicar unas semanas a crear aquel ingenio.

»Ni que decir tiene que Blöcklin aceptó el trato. Pasaron dos semanas de intenso trabajo en su taller. Blöcklin estaba sumergido en su tarea cuando, días más tarde, Andreas Corelli volvió a llamar a su puerta. El reloj estaba ya terminado. Corelli, sonriente, lo examinó y, tras alabar la labor realizada por el relojero, le dijo que su recompensa resultaba más que merecida. Blöcklin, exhausto, le confesó que había puesto toda su alma en aquel encargo. Corelli asintió. Después dio cuerda al reloj y dejó que empezase a girar su mecanismo. Entregó un saco de monedas de oro a Blöcklin y se despidió de él.

»El relojero estaba fuera de sí de gozo y codicia, contando sus monedas de oro, cuando advirtió su imagen en el espejo. Se vio más viejo, demacrado. Había estado trabajando demasiado. Resuelto a tomarse unos días libres, se retiró a descansar.

»Al día siguiente, un sol deslumbrante penetró por su ventana. Blöcklin, todavía cansado, se acercó a lavarse la cara y observó de nuevo su reflejo. Pero esta vez, un estremecimiento le recorrió el cuerpo. La noche anterior, cuando se había acostado, su rostro era el de un hombre de cuarenta y un años, cansado y agotado, pero todavía joven. Hoy tenía frente a sí la imagen de un hombre rumbo a su sesenta cumpleaños. Aterrado, salió al parque a tomar el aire. Al volver a la tienda, examinó de nuevo su imagen. Un anciano lo observaba desde el espejo. Presa del pánico, salió a la calle y se tropezó con un vecino, que le preguntó si había visto al relojero Blöcklin. Hermann, histérico, echó a correr.

»Pasó aquella noche en un rincón de una taberna pestilente en compañía de criminales e individuos de dudosa reputación. Cualquier cosa antes que estar solo. Sentía su piel encogerse minuto a minuto. Sus huesos se le antojaban quebradizos. Su respiración, dificultosa.

»Despuntaba la medianoche cuando un extraño le preguntó si podía tomar asiento junto a él. Blöcklin lo miró. Era un hombre joven y bien parecido, de apenas unos veinte años. Su rostro le resultaba desconocido, a excepción de las lentes negras que cubrían sus ojos. Blöcklin sintió que el corazón le daba un vuelco. Corelli…

»Andreas Corelli se sentó frente a él y extrajo el reloj que Blöcklin había forjado días atrás. El relojero, desesperado, le preguntó qué extraño fenómeno era el que le estaba afectando. ¿Por qué envejecía segundo a segundo? Corelli le mostró el reloj. Las agujas giraban lentamente en sentido inverso. Corelli le recordó sus palabras, eso de que había puesto su alma en aquel reloj. Por ese motivo, a cada minuto que pasaba, su cuerpo y su alma envejecían progresivamente.

»Blöcklin, ciego de terror, le suplicó ayuda. Le dijo que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, a renunciar a lo que fuese, con tal de recobrar su juventud y su alma. Corelli le sonrió y le preguntó si estaba seguro de eso. El relojero se reafirmó: cualquier cosa.

»Corelli dijo entonces que estaba dispuesto a devolverle el reloj y con él su alma, a cambio de algo que, de hecho, no le era de utilidad alguna a Blöcklin: su sombra. El relojero, desconcertado, le preguntó si ése era todo el precio que tenía que pagar, una sombra. Corelli asintió y Blöcklin aceptó el trato.

»El extraño cliente extrajo un frasco de vidrio, quitó el tapón y lo colocó sobre la mesa. En un segundo, Blöcklin contempló cómo su sombra se introducía en el interior del frasco, igual que un torbellino de gas. Corelli cerró el frasco y, despidiéndose de Blöcklin, partió en la noche. Tan pronto hubo desaparecido por la puerta de la taberna, el reloj que sostenía en las manos invirtió el sentido en que giraban las agujas.

»Cuando Blöcklin llegó a su casa, al alba, su rostro era el de un hombre joven de nuevo. El relojero suspiró con alivio. Pero otra sorpresa lo esperaba aún. *Salman*, su gato, no aparecía por ninguna parte. Lo buscó por toda la casa y, cuando finalmente dio con él, una sensación de horror lo invadió. El animal pendía por el cuello de un cable, unido a una lámpara de su taller. Su mesa de trabajo estaba derribada y sus herramientas esparcidas por la sala. Se diría que un tornado había pasado por aquel lugar. Todo estaba destrozado. Pero había más: marcas en las paredes. Alguien había escrito torpemente sobre los muros una palabra incomprensible:

Nilkcolb

»El relojero estudió aquel trazo obsceno y tardó más de un minuto en comprender su significado. Era su propio nombre, invertido. Nilkcolb. Blöcklin. Una voz susurró a su espalda y, cuando Blöcklin se volvió, se vio

enfrentado a un oscuro reflejo de sí mismo, un espejismo diabólico de su propio rostro.

»Entonces, el relojero comprendió. Era su sombra quien lo observaba. Su propia sombra, desafiante. Trató de atraparla, pero la sombra se rió como una hiena y se esparció por los muros. Blöcklin, estremecido, vio cómo su sombra asía entonces un largo cuchillo y huía por la puerta, perdiéndose en la penumbra.

»El primer crimen de la Henrichstrasse tuvo lugar aquella misma noche. Varios testigos declararon haber visto al relojero Blöcklin acuchillar a sangre fría a aquel soldado que paseaba de madrugada por el callejón. La policía lo aprehendió y lo sometió a un largo interrogatorio. A la noche siguiente, mientras Blöcklin permanecía bajo custodia en su celda, dos nuevas muertes tuvieron lugar. Las gentes empezaron a hablar de un misterioso asesino que se movía en las sombras de la noche de Berlín. Blöcklin trató de explicar a las autoridades lo que estaba sucediendo, pero nadie quiso escucharlo. Los periódicos especulaban con la misteriosa posibilidad de un asesino que conseguía, noche tras noche, escapar de su celda de máxima seguridad, para perpetrar los más espantosos crímenes que recordaba la ciudad de Berlín.

»El terror de la sombra de Berlín duró veinticinco días exactamente. El final de aquel extraño caso llegó tan inesperada e inexplicablemente como su inicio. En la madrugada de aquel 12 de enero de 1916, la sombra de Hermann Blöcklin se introdujo en la tétrica prisión de la policía secreta. Un centinela que montaba guardia junto a la celda juró que había visto a Blöcklin forcejear con una sombra y que, en un momento de la refriega, el relojero había apuñalado a la sombra. Al amanecer, el cambio de guardia encontró a Blöcklin muerto en su celda con una herida en el corazón.

»Días más tarde, un desconocido llamado Andreas Corelli se ofreció a pagar los gastos del entierro en la fosa común del cementerio de Berlín para Blöcklin. Nadie, a excepción del enterrador y un extraño individuo que portaba lentes negras, asistió a la ceremonia.

»El caso de los crímenes de la Henrichstrasse sigue abierto y sin resolver en los archivos de la policía de Berlín…

—Guau… —susurró Dorian al finalizar el relato de Lazarus—. ¿Y eso sucedió realmente?

El fabricante de juguetes sonrió.

—No. Pero sabía que te encantaría la historia.

Dorian hundió los ojos en su taza. Comprendió que Lazarus había urdido aquel relato simplemente para borrarle el susto del ángel mecánico. Un buen

truco, pero un truco al fin y al cabo. Lazarus le palmeó el hombro deportivamente.

—Me parece que se hace un poco tarde para jugar a detectives —observó —. Vamos, te acompañaré a casa.

—¿Me promete que no le dirá nada a mi madre? —suplicó Dorian.

—Sólo si tú me prometes que no volverás a pasear por el bosque solo y de noche; no mientras no se aclare lo que ha sucedido con Hannah…

Ambos sostuvieron la mirada.

—Trato hecho —convino el chico.

Lazarus estrechó su mano como un buen hombre de negocios. Luego, ofreciendo una sonrisa misteriosa, el fabricante de juguetes se acercó a un armario y extrajo una caja de madera. Le ofreció la caja a Dorian.

—¿Qué es? —preguntó el muchacho, intrigado.

—Misterio. Ábrela.

Dorian procedió a abrir la caja. La luz de los faroles reveló una figura de plata del tamaño de su mano. Dorian miró a Lazarus, boquiabierto. El fabricante de juguetes sonrió.

—Deja que te muestre cómo funciona.

Lazarus tomó la figura y la colocó sobre la mesa. A una simple presión de sus dedos, la figura se desplegó y reveló su naturaleza. Un ángel. Idéntico al que había visto, a escala.

—A ese tamaño, no puede asustarte, ¿eh?

Dorian asintió, entusiasta.

—Entonces, éste será tu ángel de la guarda. Para protegerte de las sombras…

Lazarus escoltó a Dorian a través del bosque hasta la Casa del Cabo, mientras le explicaba misterios y técnicas de la fabricación de autómatas y de mecanismos cuya complejidad e ingenio le parecían primos hermanos de la magia. Lazarus parecía saberlo todo y tenía respuesta para las cuestiones más rebuscadas y tramposas. No había modo de pillarlo. Al llegar al extremo del bosque, Dorian estaba fascinado y orgulloso con su nuevo amigo.

—Recuerda nuestro pacto, ¿eh? —susurró Lazarus—. No más excursiones nocturnas.

Dorian negó con la cabeza y salió rumbo a la casa. El fabricante de juguetes esperó fuera y no se retiró hasta que el chico hubo llegado a su habitación y lo saludó desde la ventana. Lazarus le devolvió el saludo y se internó de nuevo en las sombras del bosque.

Tendido en la cama, Dorian llevaba todavía la sonrisa pegada al rostro. Todas sus preocupaciones y angustias parecían haberse evaporado. Relajado, el muchacho abrió la caja y extrajo el ángel mecánico que le había regalado Lazarus. Era una pieza perfecta, de una belleza sobrenatural. La complejidad del mecanismo traía ecos de una ciencia misteriosa y cautivadora. Dorian dejó la figura en el suelo, al pie de su lecho, y apagó la luz. Lazarus era un genio. Ésa era la palabra. Dorian la había oído cientos de veces y siempre le sorprendía que se emplease tanto cuando en realidad no se ajustaba a los aludidos de ninguna de las maneras. Finalmente, él había conocido a un verdadero genio. Y, además, era su amigo.

El entusiasmo dio paso a un sueño irresistible. Dorian se rindió a la fatiga y dejó que su mente lo llevase a una aventura donde él, heredero de la ciencia de Lazarus, inventaba una máquina que atrapaba sombras y liberaba al mundo de una siniestra organización maléfica.

Dorian dormía ya cuando, sin previo aviso, la figura empezó a desplegar sus alas lentamente. El ángel metálico ladeó la cabeza y alzó un brazo. Sus ojos negros, dos lágrimas de obsidiana, brillaban en la penumbra.

8. INCÓGNITO

Tres días pasaron sin que Irene recibiese noticia alguna de Ismael. No había rastro del muchacho en el pueblo, y su velero no se veía en los muelles. Un frente tormentoso barría la costa de Normandía y tendía un manto de ceniza sobre la bahía que habría de prolongarse por espacio de casi una semana.

Las calles del pueblo permanecían aletargadas bajo la tenue llovizna la mañana en que Hannah hizo su último viaje hasta el pequeño cementerio, en lo alto de la colina que se alzaba al noreste de Bahía Azul. La procesión llegó hasta las puertas del recinto y, por expreso deseo de la familia, la ceremonia final se celebró en la más estricta intimidad, mientras las gentes del pueblo volvían a sus casas bajo la lluvia, en silencio, a la sombra del recuerdo de la muchacha.

Lazarus se ofreció a acompañar a Simone y a sus hijos de vuelta a la Casa del Cabo mientras la congregación se dispersaba como un banco de niebla al amanecer. Fue entonces cuando Irene avistó la silueta solitaria de Ismael, en lo alto del risco que coronaba los acantilados que bordeaban el cementerio, contemplando el mar de plomo. Bastó una mirada entre ella y su madre para que Simone asintiera y la dejase marchar. Al poco, el coche de Lazarus se alejaba por la carretera de la ermita de Saint Roland e Irene ascendía la senda que conducía hasta los acantilados.

En el horizonte se distinguía el fragor de una tormenta eléctrica sobre el mar, encendiendo mantos de luz tras las nubes, que semejaban tanques de

metal candente. La muchacha encontró a Ismael sentado sobre una roca, la mirada perdida en el océano. A lo lejos, el islote del faro y el cabo se perdían en la neblina.

* * *

De vuelta al pueblo y sin previo aviso, Ismael desveló a Irene su paradero durante los últimos tres días. El muchacho inició su relato desde el momento en que tuvo conocimiento de la noticia.

Había partido en el *Kyaneos* rumbo al islote del faro, tratando de escapar de un sentimiento del que no había escapatoria posible. Las horas que siguieron hasta el alba le permitieron aclarar su mente y concentrar su atención en una nueva luz al final del túnel: desenmascarar al responsable de aquella desgracia y hacerlo pagar por ello. El anhelo de la venganza parecía el único antídoto capaz de mitigar el dolor.

Las explicaciones de la gendarmería no le satisfacían en absoluto. El secretismo con que las autoridades locales habían llevado el caso le resultaba, cuando menos, sospechoso. En algún momento previo al amanecer del siguiente día, Ismael ya había decidido iniciar sus propias pesquisas. A cualquier precio. A partir de ahí, no había reglas. Aquella misma noche Ismael se coló en el improvisado laboratorio forense del doctor Giraud. Con la ayuda de su audacia y un par de tenazas segó eslabones de cadenas y todo lo que se le interponía.

Irene escuchó, a medio camino entre el asombro y la incredulidad, cómo Ismael se había introducido en las fúnebres dependencias, esperando a que Giraud se retirase, y entonces, entre la neblina de formol y una penumbra espectral, había buscado cuidadosamente en los archivos del doctor la carpeta referente a Hannah.

De dónde había sacado la sangre fría necesaria para semejante pirueta estaba por ver, pero evidentemente no se la había proporcionado el dúo de cadáveres que se encontró, cubiertos por velos. Pertenecían a un par de buzos que habían tenido la mala fortuna de sumergirse en una corriente submarina en el estrecho de La Rochelle la noche anterior, mientras trataban de recuperar la carga de un velero encallado en el arrecife.

Irene, pálida como una muñeca de porcelana, escuchó el macabro relato de cabo a rabo, incluyendo el tropezón de Ismael con una de las mesas de operaciones. Una vez que la narración del muchacho regresó al aire libre, la joven suspiró. Ismael se había llevado la carpeta a su velero y había pasado

dos horas tratando de desbrozar la selva de palabrería y jerga médica del doctor Giraud.

Irene tragó saliva.

—¿Cómo murió, entonces? —murmuró.

Ismael la miró directamente a los ojos. Un extraño brillo relucía en los suyos.

—No saben cómo. Pero sí saben por qué. Según el informe, el dictamen oficial es paro cardíaco —explicó—. Pero, en su análisis final, Giraud anotó que, en su opinión personal, Hannah vio algo en el bosque que le provocó un ataque de pánico.

Pánico. La palabra se perdió en el eco de su mente. Su amiga Hannah había muerto de miedo, y lo que fuera que había causado aquel terror seguía en el bosque.

—Fue el domingo, ¿no? —dijo Irene—. Algo tuvo que suceder durante ese día…

Ismael asintió lentamente. Era obvio que el muchacho había pensado lo mismo mucho antes que ella.

—O la noche anterior —sugirió Ismael.

Irene le dirigió una mirada de extrañeza.

—Hannah pasó esa noche en Cravenmoore. Al día siguiente, no había ya rastro de ella. No hasta que la encontraron muerta, en el bosque —dijo el chico.

—¿Qué quieres decir?

—Estuve en el bosque. Hay marcas. Ramas rotas. Hubo una lucha. Alguien persiguió a Hannah desde la casa.

—¿Desde Cravenmoore?

Ismael asintió de nuevo.

—Necesitamos saber qué es lo que sucedió el día anterior a su desaparición. Tal vez eso explique quién o qué la persiguió en el bosque.

—¿Y cómo podemos hacer eso? Quiero decir que la policía… —apuntó Irene.

—Sólo se me ocurre un modo.

—Cravenmoore —murmuró ella.

—Exactamente. Esta noche…

* * *

El crepúsculo abría resquicios de cobre entre el manto de nubes tormentosas en tránsito desde el horizonte. A medida que las sombras se extendían sobre la bahía, la noche dejaba ver un claro en la bóveda del cielo, a través del cual podía apreciarse el círculo de luz casi perfecto que perfilaba la luna creciente. Su lumbre de plata dibujaba un tapiz de reflejos en la habitación de Irene. La muchacha alzó por un momento la vista del diario de Alma Maltisse y contempló aquella esfera que le sonreía desde el firmamento. Veinticuatro horas más y su circunferencia sería completa. La tercera luna llena del estío. La noche de las máscaras en Bahía Azul.

En este momento, sin embargo, la silueta de la luna adquirió otro significado para ella. Al cabo de pocos minutos acudiría a su cita secreta con Ismael en el umbral del bosque. La idea de atravesar la negrura e introducirse en las profundidades insondables de Cravenmoore le parecía ahora una imprudencia. O mejor, un disparate. Por otro lado, se sentía tan incapaz de fallarle a Ismael en esos momentos como se había sentido aquella misma tarde, cuando el muchacho había anunciado su intención de acudir a la mansión de Lazarus Jann en busca de respuestas acerca de la muerte de Hannah. Como no podía aclarar sus pensamientos, la muchacha retomó el diario de Alma Maltisse y se refugió en sus páginas.

… Hace tres días que no sé nada de él. Partió de improviso a medianoche, convencido de que, si se alejaba de mí, la sombra lo seguiría a él. No quiso decirme adónde se dirigía, pero sospecho que buscó refugio en el islote del faro. Siempre acudió a ese lugar solitario en busca de paz, y tengo la impresión de que esta vez ha regresado allí, como un niño aterrorizado, a enfrentarse a su pesadilla. Su ausencia, sin embargo, me ha hecho dudar de cuanto había creído hasta ahora. La sombra no ha vuelto en estos tres días. He permanecido encerrada en mi habitación, rodeada de luces, velas y faroles de aceite. Ni un solo rincón de la estancia permanecía en la oscuridad. Apenas he podido conciliar el sueño.

Mientras escribo estas líneas, en plena noche, puedo ver desde mi ventana el islote del faro entre la niebla. Una luz brilla entre las rocas. Sé que es él, solo, confinado en la prisión a la que se ha condenado. No puedo permanecer ni una hora más aquí. Si debemos enfrentarnos a esta pesadilla, deseo que lo hagamos juntos. Y si debemos perecer en el intento, que igualmente lo hagamos unidos.

Ya no me importa vivir un día más o menos de esta locura. Estoy segura de que la sombra no nos dará tregua. No puedo soportar otra semana más como ésta. Tengo la conciencia limpia y mi alma está en paz consigo misma. El miedo de los primeros días es ahora ya sólo cansancio y desesperanza.

Mañana, mientras las gentes del pueblo celebren el baile de máscaras en la plaza principal, tomaré un bote en el puerto y partiré en su busca. No me importan las consecuencias. Estoy preparada para aceptarlas. Me basta con estar a su lado y serle de ayuda hasta el último momento.

Algo dentro de mí me dice que tal vez quede todavía una posibilidad para nosotros de volver a vivir una vida normal, feliz, en paz. No aspiro a nada más…

El impacto de una minúscula piedra sobre su ventana la arrancó de la lectura. Irene cerró el libro y echó un vistazo al exterior. Ismael esperaba en el umbral del bosque. Lentamente, mientras se ponía una gruesa chaqueta de punto, la luna se ocultó tras las nubes.

* * *

Irene observó cuidadosamente a su madre desde lo alto de la escalera. Una vez más, Simone se había rendido al sueño en su butaca favorita, frente al ventanal que contemplaba la bahía. Un libro yacía sobre su regazo y sus lentes de lectura permanecían caídos sobre su nariz como un trineo en un trampolín. En un rincón, una radio de madera labrada con caprichosos motivos de *art nouveau* susurraba los acordes tremendistas de un serial detectivesco. Aprovechando semejante camuflaje, Irene pasó de puntillas frente a Simone y se coló en la cocina, que daba al patio trasero de la Casa del Cabo. Toda la operación apenas le llevó quince segundos.

Ismael la esperaba fuera provisto de una escueta chaqueta de piel, pantalones de trabajo y un par de botas que parecían haber hecho el camino de ida y vuelta a Constantinopla media docena de veces. La brisa nocturna arrastraba una fría neblina desde la bahía, tendiendo una guirnalda de tinieblas danzantes sobre el bosque.

Irene se abotonó hasta arriba su chaqueta y asintió en silencio a la mirada atenta del muchacho. Sin mediar palabra, ambos se internaron en el sendero

que atravesaba la espesura. Una galería de sonidos invisibles poblaba las sombras del bosque. El roce de las hojas agitándose al viento enmascaraba el rumor del mar rompiendo en los acantilados. Irene siguió los pasos de Ismael entre la maleza. El rostro de la luna se dejaba adivinar fugazmente entre la trama de nubes que cabalgaban sobre la bahía, sumergiendo el bosque en un fantasmal estado de penumbra parpadeante. A medio trayecto, Irene asió la mano de Ismael y no la soltó hasta que la silueta de Cravenmoore se alzó frente a ellos.

A una señal del chico, se detuvieron tras el tronco de un árbol herido de muerte por un rayo. Por espacio de unos segundos, la luna rasgó el cortinaje aterciopelado de las nubes y un halo de claridad barrió la fachada de Cravenmoore, dibujando cada uno de sus relieves y contornos y trazando el hipnótico retrato de una extraña catedral perdida en las profundidades de un bosque maldito. La fugaz visión se escindió en un estanque de oscuridad y un rectángulo de luz dorada se dibujó al pie de la mansión. La silueta de Lazarus Jann pudo apreciarse en el umbral de la puerta principal. El fabricante de juguetes cerró la puerta a sus espaldas y lentamente descendió los peldaños rumbo a la senda que bordeaba la arboleda.

—Es Lazarus. Todas las noches da un paseo por el bosque —murmuró Irene.

Ismael asintió en silencio y retuvo a la chica, sus ojos clavados en la figura del fabricante de juguetes que se encaminaba hacia el umbral del bosque, en su dirección. Irene dirigió una mirada inquisitiva a Ismael. El muchacho dejó escapar un suspiro y examinó nerviosamente los alrededores. Los pasos de Lazarus se hicieron audibles. Ismael cogió a Irene del brazo y la empujó hacia el interior del tronco muerto del árbol.

—Por aquí. ¡Rápido! —susurró.

El interior del tronco estaba impregnado de un profundo hedor a humedad y a podredumbre. La claridad exterior se filtraba a través de pequeños orificios practicados a lo largo de la madera muerta y dibujaba una improbable escalera de peldaños de luz que ascendían por el interior del tronco cavernoso. Irene sintió un hormigueo en el estómago. A dos metros por encima de ellos advirtió una fila de diminutos puntos luminosos. Ojos. Un grito pugnó por escapar de su garganta. La mano de Ismael se le adelantó. Su alarido se ahogó en su interior mientras el chico la mantenía sujeta.

—¡Son sólo murciélagos, por el amor de Dios! ¡Estate quieta! —le susurró mientras los pasos de Lazarus rodeaban el tronco, rumbo al bosque.

Sabiamente, Ismael mantuvo la mordaza sobre la boca de Irene hasta que las pisadas del propietario de Cravenmoore se perdieron bosque adentro. Las alas invisibles de los murciélagos se agitaron en la oscuridad. Irene sintió el aire sobre su rostro y el hedor ácido de los animales.

—Creí que no te asustaban los murciélagos… —dijo Ismael—. Andando.

Irene lo siguió a través del jardín de Cravenmoore en dirección a la parte trasera de la mansión. A cada paso que daba, la chica se repetía que no había nadie en la casa y que la sensación de ser observada era una simple ilusión de su mente.

Alcanzaron el ala que conectaba con la antigua fábrica de juguetes de Lazarus y se detuvieron frente a la puerta de lo que parecía un taller o una sala de ensamblaje. Ismael extrajo una navaja y desplegó la hoja. El reflejo del filo brilló en la oscuridad. El muchacho introdujo la punta del cuchillo en la cerradura de la puerta y palpó cuidadosamente el mecanismo interno del cierre.

—Hazte a un lado. Necesito más luz.

Irene se retiró unos pasos y escrutó la penumbra que reinaba en el interior de la fábrica de juguetes. Los cristales estaban como nublados por años de abandono y resultaba prácticamente imposible dilucidar las formas que había al otro lado.

—Vamos, vamos… —murmuró Ismael para sí, mientras seguía trabajando en el cierre.

Irene lo observó y acalló la voz interior que empezaba a sugerir que irrumpir ilegalmente en propiedad ajena no era una buena idea. Finalmente, el mecanismo de la cerradura cedió con un chasquido casi inaudible. Una sonrisa iluminó el rostro de Ismael. La puerta se separó un par de centímetros.

—Pan comido —dijo, abriéndola lentamente.

—Démonos prisa —apuntó Irene—. Lazarus no estará fuera mucho tiempo.

Ismael penetró en el interior. Irene inspiró profundamente y lo siguió. El interior estaba bañado por una densa neblina de polvo atrapado en una claridad mortecina que flotaba como una nube de vapor. El olor a diferentes productos químicos calaba el ambiente. Ismael cerró la puerta a sus espaldas y ambos se enfrentaron a un mundo de sombras indescifrables. Los restos de la fábrica de juguetes de Lazarus Jann yacían en la oscuridad, sumidos en un sueño perpetuo.

—No se ve nada —murmuró Irene, reprimiendo sus ansias por salir de aquel lugar cuanto antes.

—Tenemos que esperar a que nuestros ojos se acostumbren a la penumbra. Es cuestión de segundos —sugirió Ismael sin demasiada convicción.

Los segundos pasaron en vano. El manto de negrura que velaba la sala de la factoría de Lazarus no se desvaneció. Irene trataba de adivinar un camino por el que adentrarse cuando sus ojos repararon en una figura erguida e inmóvil que se alzaba unos metros más allá.

Un espasmo de terror le martilleó el estómago.

—Ismael, hay alguien más aquí… —dijo la muchacha, aferrándose al brazo del chico con fuerza.

Ismael escrutó la penumbra y tragó saliva. Una figura con los brazos extendidos flotaba, suspendida. La silueta oscilaba lentamente, como un péndulo, y una larga cabellera caía sobre sus hombros. Con manos temblorosas, el muchacho palpó el bolsillo de su chaqueta y extrajo una caja de fósforos. La figura permanecía inmóvil, como una estatua viva dispuesta a saltar sobre ellos tan pronto prendiese la lumbre.

Ismael encendió la cerilla y el destello de la llama los cegó momentáneamente. Irene se agarró a él con fuerza.

Segundos más tarde, la visión que se desplegó ante sus ojos le arrebató la fuerza de los músculos. Una intensa oleada de frío le recorrió el cuerpo. Ante ella, balanceándose a la luz parpadeante de la llama, se encontraba el cuerpo de su madre, Simone, suspendido del techo con los brazos extendidos.

—Dios mío…

La figura giró lentamente sobre sí misma y reveló el otro costado de sus facciones. Cables y engranajes brillaron en la tenue claridad. El rostro estaba dividido en dos mitades y solamente una de ellas estaba finalizada.

—Es una máquina, simplemente una máquina —dijo Ismael, tratando de tranquilizarla.

Irene contempló la macabra imitación de Simone. Sus facciones. El color de sus ojos, de su cabello. Cada marca sobre la piel, cada línea de su rostro estaban reproducidas en una máscara inexpresiva y escalofriante.

—¿Qué está sucediendo aquí? —inquirió.

Ismael señaló lo que parecía una puerta de entrada a la casa en el otro extremo del taller.

—Por aquí —señaló, alejando a Irene de aquel lugar y de la siniestra figura suspendida en el aire.

La muchacha, todavía bajo el efecto de aquella aparición, lo siguió, aturdida y aterrorizada.

Un instante después, la llama del fósforo que Ismael sostenía se extinguió y la oscuridad se hizo en torno a ellos de nuevo.

Tan pronto alcanzaron la puerta que conducía hacia el interior de Cravenmoore, el manto de sombras que se había extendido a sus pies se desplegó a sus espaldas como una flor negra, adquiriendo volumen y deslizándose sobre los muros. La sombra se dirigió hacia las mesas de trabajo del taller y su rastro tenebroso recorrió el manto blanco que cubría la figura de aquel ángel mecánico que Lazarus había mostrado a Dorian la noche anterior. Lentamente, la sombra se filtró bajo las comisuras de la sábana y su masa vaporosa penetró a través de las junturas de la estructura metálica.

La silueta de la sombra desapareció completamente en el interior de aquel cuerpo de metal. Un vaho de escarcha se extendió sobre la criatura mecánica formando una telaraña helada. Luego, los ojos del ángel se abrieron lentamente en la oscuridad, dos rubíes encendidos bajo el manto.

La titánica figura se incorporó lentamente y desplegó sus alas. Pausadamente, posó ambos pies sobre el suelo. Las garras arañaron la superficie de la madera, dejando muescas a su paso. El manto de luz azulada que flotaba en el aire atrapó la espiral de humo que ascendía del fósforo apagado que Ismael había soltado. El ángel la atravesó y se perdió en la tiniebla, siguiendo los pasos de Ismael e Irene.

9. LA NOCHE TRANSFIGURADA

El eco lejano de un repiqueteo insistente arrancó a Simone de un mundo de acuarelas danzantes y lunas que se fundían en monedas de plata candente. El sonido llegó de nuevo a sus oídos, pero esta vez Simone despertó completamente y comprendió que de nuevo el sueño había podido con ella y con su intento de avanzar algún capítulo antes de la medianoche. Mientras recogía sus lentes de lectura, oyó de nuevo aquel sonido y por primera vez lo identificó. Alguien estaba golpeando suavemente con los nudillos en la ventana que daba al porche. Simone se incorporó y reconoció el rostro sonriente de Lazarus al otro lado del cristal. Al instante sintió que sus mejillas se ruborizaban. Mientras abría la puerta observó su imagen en el espejo del recibidor. Un desastre.

—Buenas noches, madame Sauvelle. Tal vez no sea éste un buen momento… —dijo Lazarus.

—En absoluto. Me… Lo cierto es que estaba leyendo y me he quedado completamente dormida.

—Eso significa que debe usted cambiar de libro —apuntó Lazarus.

—Supongo que sí. Pero pase, por favor.

—No quisiera importunarla.

—No diga tonterías. Adelante, por favor.

Lazarus asintió amablemente y entró en la casa. Sus ojos trazaron un rápido reconocimiento del lugar.

—La Casa del Cabo nunca ha estado mejor —comentó—. La felicito.

—Todo el mérito es de Irene. Ella es la decoradora de la familia. ¿Una taza de té? ¿Café?…

—Un té sería perfecto, pero…

—Ni una palabra más. También a mí me vendrá bien.

Sus miradas se cruzaron por un instante. Lazarus sonrió cálidamente. Simone, súbitamente azorada, bajó la mirada y se concentró en preparar el té para ambos.

—Se preguntará el porqué de mi visita —empezó el fabricante de juguetes.

Efectivamente, pensó Simone en silencio.

—Lo cierto es que todas las noches doy un pequeño paseo por el bosque hasta los acantilados. Me ayuda a relajarme —llegó la voz de Lazarus.

Una pausa apenas marcada por el sonido del agua en la tetera medió entre ambos.

—¿Ha oído hablar del baile anual de máscaras en Bahía Azul, madame Sauvelle?

—La última luna llena de agosto… —recordó Simone.

—Así es. Me preguntaba… Bien, quiero que entienda que no hay compromiso alguno en mi proposición, de lo contrario no me atrevería a formularla, es decir, no sé si me explico…

Lazarus parecía debatirse como un colegial nervioso. Ella le sonrió serenamente.

—Me preguntaba si le apetecería ser mi acompañante este año —concluyó finalmente el hombre.

Simone tragó saliva. La sonrisa de Lazarus se desmoronó lentamente.

—Lo siento. No debería habérselo pedido. Acepte mis disculpas…

—¿Con o sin azúcar? —cortó amablemente Simone.

—¿Perdón?

—El té. ¿Con o sin azúcar?

—Dos cucharadas.

Simone asintió y diluyó las dos cucharadas de azúcar lentamente. Una vez lista, tendió la taza a Lazarus y le sonrió.

—Tal vez la he ofendido…

—No lo ha hecho. Es que no estoy acostumbrada a que me inviten a salir de casa. Pero me encantaría acudir a ese baile con usted —respondió la mujer, sorprendida de su propia decisión.

El rostro de Lazarus se iluminó con una amplia sonrisa. Por un instante, Simone se sintió treinta años más joven. Era una sensación ambigua y a

medio camino entre lo sublime y lo ridículo. Una sensación peligrosamente embriagadora. Una sensación más poderosa que el pudor, que el reparo o el remordimiento. Había olvidado lo reconfortante que era sentir que alguien se interesase por ella.

Diez minutos más tarde, la conversación continuaba en el porche de la Casa del Cabo. La brisa del mar balanceaba los faroles de aceite suspendidos en la pared. Lazarus, sentado sobre la baranda de madera, contemplaba las copas de los árboles agitándose en el bosque, un mar negro y susurrante.

Simone observó el rostro del fabricante de juguetes.

—Me alegra saber que se encuentran a gusto en la casa —comentó Lazarus—. ¿Qué tal se adaptan sus hijos a la vida en Bahía Azul?

—No tengo queja. Al contrario. De hecho, Irene parece que ya está tonteando con un chico del pueblo. Un tal Ismael. ¿Lo conoce?

—Ismael…, sí, por supuesto. Un buen muchacho, tengo entendido —dijo Lazarus, distante.

—Eso espero. Lo cierto es que aún estoy esperando que me lo presente.

—Los chicos son así. Hay que ponerse en su lugar… —sugirió Lazarus.

—Supongo que hago como todas las madres: el ridículo, sobreprotegiendo a mi hija de casi quince años.

—Es lo más natural.

—No sé si ella opina lo mismo.

Lazarus sonrió, pero no dijo nada.

—¿Qué sabe usted de él? —preguntó Simone.

—¿De Ismael?… Bien…, poca cosa… —empezó él—. Me consta que es un buen marinero. Se lo tiene por un joven introvertido y poco dado a hacer amigos. Lo cierto es que yo tampoco estoy muy versado en los asuntos de la vida local… Pero no creo que tenga que preocuparse.

* * *

El sonido de las voces trepaba hasta su ventana como la pira de humo de un cigarrillo mal apagado, caprichosa y sinuosamente; ignorarlo era imposible. El murmullo del mar apenas enmascaraba las palabras de Lazarus y su madre, abajo, en el porche, aunque, por un instante, Dorian habría deseado que lo hiciera y que aquella conversación jamás hubiese llegado a sus oídos. Había algo que lo inquietaba en cada inflexión, en cada frase. Algo indefinible, una presencia invisible que parecía impregnar cada giro de la conversación.

Tal vez fuese la idea de escuchar a su madre charlar plácidamente con un hombre que no era su padre, aunque ese hombre fuese Lazarus, a quien Dorian tenía por amigo. Quizá fuese el color de intimidad que parecía teñir las palabras entre ambos. Quizá, se dijo por fin Dorian, eran tan sólo celos y una estúpida obstinación por pretender que su madre no podía volver a disfrutar de una conversación de tú a tú con otro hombre adulto. Y eso era egoísta. Egoísta e injusto. Al fin y al cabo, Simone, además de su madre, era una mujer de carne y hueso, necesitada de amistad y de la compañía de alguien más que de sus hijos. Cualquier libro que se preciase lo dejaba bien claro. Dorian repasó el aspecto teórico de ese razonamiento. A ese nivel, todo le parecía perfecto. La práctica, sin embargo, era otra cuestión.

Tímidamente, sin encender la luz de su habitación, Dorian se aproximó a la ventana y echó un vistazo furtivo hacia el porche. «Egoísta y, encima, espía», pareció susurrar una voz en su interior. Desde el cómodo anonimato de las sombras, Dorian observó la sombra de su madre proyectada sobre el suelo del porche. Lazarus, de pie, miraba el mar, negro e impenetrable. Dorian tragó saliva. La brisa agitó las cortinas que lo ocultaban y el chico dio un paso atrás instintivamente. La voz de su madre pronunció algunas palabras ininteligibles. No era asunto suyo, concluyó, avergonzado de haber estado espiando en secreto.

El muchacho estaba a punto de alejarse suavemente de su ventana cuando advirtió un movimiento en la penumbra por el rabillo del ojo. Dorian se volvió en seco, sintiendo cómo todos los cabellos de la nuca se le erizaban. La habitación estaba sumida en la oscuridad, apenas rasgada por retales de claridad azul que se filtraban entre las cortinas ondulantes. Lentamente, su mano palpó la mesilla de noche en busca del interruptor de la lámpara. La madera estaba fría. Sus dedos tardaron un par de segundos en dar con el botón. Dorian presionó el interruptor. La espiral metálica del interior de la bombilla prendió en una llama fugaz y se extinguió con un suspiro. El destello vaporoso lo cegó por un instante. Luego, la oscuridad se hizo más densa, como un profundo pozo de agua negra.

«La bombilla se ha fundido —se dijo—. Algo común. El metal con el que se forja la espiral de la resistencia, wolframio, tiene una vida limitada». En la escuela le habían explicado eso.

Todos estos pensamientos tranquilizadores se desvanecieron cuando Dorian advirtió de nuevo aquel movimiento entre las sombras. Más concretamente, de las sombras.

Sintió una oleada de frío al comprobar que una forma parecía moverse en la oscuridad, frente a él. La silueta, negra y opaca, se detuvo en el centro de la estancia. «Me está observando», murmuró la voz interna en su mente. La sombra pareció avanzar entre la oscuridad y Dorian comprobó que no era el suelo lo que se movía, sino sus rodillas, que temblaban de puro terror ante aquella forma espectral de negrura que se acercaba paso a paso.

Dorian retrocedió unos pasos hasta que la escasa claridad que penetraba por la ventana lo envolvió en un halo de luz. La sombra se detuvo en el umbral de la tiniebla. El chico sintió que sus dientes pugnaban por rechinar, pero presionó la mandíbula con fuerza y reprimió sus deseos de cerrar los ojos. De pronto, alguien pareció pronunciar unas palabras. Tardó unos segundos en comprobar que era él mismo quien estaba hablando. Con tono firme y sin rastro de temor.

—Fuera de aquí —murmuró Dorian en dirección a las sombras—. He dicho fuera.

Un sonido escalofriante llegó hasta sus oídos, un sonido que parecía el eco de una risa lejana, cruel y maléfica. En aquel instante, las facciones de aquella sombra asomaron entre la penumbra como un espejismo de aguas de obsidiana. Negras. Demoníacas.

—Fuera de aquí —se oyó decir a sí mismo.

La forma de vapor negro se desvaneció ante sus ojos y la sombra cruzó la habitación a toda velocidad, como una nube de gas candente, hasta la puerta. Una vez allí, la silueta formó una espiral fantasmagórica que se filtró a través del orificio de la cerradura, un tornado de tinieblas succionado por una fuerza invisible.

Sólo entonces la resistencia de la bombilla prendió de nuevo y, esta vez, la cálida luz bañó la habitación. El impacto súbito de la luz eléctrica le arrancó un alarido de pánico que se ahogó en su garganta. Sus ojos recorrieron cada rincón de la estancia, pero no quedaba rastro de la aparición que había creído ver segundos antes.

Dorian respiró profundamente y se dirigió hacia la puerta. Posó la mano sobre el pomo. El metal estaba frío como el hielo. Armándose de determinación, la abrió y estudió las sombras del pasillo. Nada.

Suavemente, cerró de nuevo la puerta de su habitación y volvió hasta la ventana. Abajo, en el porche, Lazarus se despedía de su madre. Justo antes de partir, el fabricante de juguetes se inclinó y la besó en la mejilla. Un beso breve, casi un roce. Dorian sintió que el estómago se le encogía hasta el

tamaño de un guisante. Un instante después, desde las sombras, el hombre alzó la mirada y le sonrió. La sangre se le heló en las venas.

El fabricante de juguetes se alejó lentamente rumbo al bosque, bajo la luz de la luna y, por más que Dorian lo intentó, fue incapaz de ver dónde se reflejaba la sombra de Lazarus. Poco después, la oscuridad lo engulló.

* * *

Tras atravesar un largo corredor que comunicaba la fábrica de juguetes con la mansión, Ismael e Irene se adentraron en las entrañas de Cravenmoore. Bajo el manto de la noche, la morada de Lazarus parecía un palacio de tinieblas, cuyas galerías, pobladas por decenas de criaturas mecánicas, se extendían hacia la oscuridad en todas las direcciones. La luz central que coronaba la escalinata en espiral en el centro de la mansión esparcía una lluvia de reflejos púrpuras, dorados y azules que reverberaban hacia el interior de Cravenmoore, como burbujas escapadas de un caleidoscopio.

A los ojos de Irene, las siluetas aletargadas de los autómatas y los rostros inanimados sobre los muros sugerían un extraño encantamiento que hubiese apresado las almas de decenas de antiguos habitantes de la mansión. Ismael, más prosaico, no veía en ellas más que el reflejo de la mente laberíntica e insondable que los había creado. Y ello no lo tranquilizaba en absoluto; al contrario, a medida que se aventuraban en los dominios privados de Lazarus Jann, la presencia invisible del fabricante de juguetes parecía más intensa que nunca. Su personalidad estaba en cada recóndito detalle de aquella barroca construcción: desde el techo, tramado en una bóveda de frescos que mostraban escenas de cuentos célebres, hasta el suelo que pisaban, un interminable tablero de ajedrez que formaba una red hipnótica y engañaba a la vista con un extravagante efecto óptico de profundidad infinita. Caminar por Cravenmoore era como adentrarse en un sueño embriagador y a la vez aterrador.

Ismael se detuvo al pie de una de la escalera e inspeccionó cuidadosamente el recorrido en espiral que se perdía en las alturas. Mientras lo hacía, Irene advirtió que el rostro de uno de los relojes mecánicos de Lazarus en forma de sol abría los ojos y les sonreía. Al tiempo que la manecilla de las horas alcanzaba la vertical de la medianoche, la esfera giró sobre sí misma y el sol dio paso a una luna que irradiaba una luz espectral. Los ojos oscuros y brillantes de la luna giraban de un lado a otro lentamente.

—Vayamos arriba —murmuró Ismael—. La habitación de Hannah estaba en el segundo piso.

—Aquí hay decenas de habitaciones, Ismael. ¿Cómo sabremos cuál era la suya?

—Hannah me contó que su habitación estaba en el extremo de un corredor, de cara a la bahía.

Irene asintió, pese a que aquélla le parecía poca aclaración. El muchacho parecía tan abrumado por la atmósfera del lugar como ella, pero no lo admitiría ni en cien años. Ambos echaron un último vistazo al reloj.

—Ya es medianoche. Lazarus volverá pronto —dijo Irene.

—Andando.

La escalera ascendía en una espiral bizantina que parecía desafiar la ley de la gravedad, arqueándose progresivamente como los conductos de acceso a la cúpula de una gran catedral. Tras un vertiginoso ascenso, rebasaron la entrada al primer piso. Ismael aferró la mano de Irene y siguió subiendo. La curvatura de los muros se hacía más pronunciada ahora, y el trayecto se transformaba paulatinamente en un esófago claustrofóbico horadado en la piedra.

—Sólo un poco más —dijo el chico, leyendo el angustioso silencio de Irene.

Una eternidad más tarde —en realidad, unos treinta segundos—, ambos pudieron escapar de aquel asfixiante conducto y alcanzar la puerta de acceso a la segunda planta de Cravenmoore. Frente a ellos se extendía el corredor principal del ala este. Una jauría de figuras petrificadas acechaba en las sombras.

—Sería conveniente que nos separásemos —apuntó Ismael.

—Sabía que dirías eso.

—A cambio, escoge tú qué extremo quieres explorar —ofreció Ismael, tratando de bromear.

Irene dirigió una mirada en ambas direcciones. Hacia el este se distinguían los cuerpos de tres figuras encapuchadas en torno a una enorme marmita: brujas. La muchacha señaló en la dirección opuesta.

—Hacia allí.

—Son sólo máquinas, Irene —dijo Ismael—. No tienen vida. Simples juguetes.

—Dímelo por la mañana.

—Está bien, yo exploraré esta parte. Nos encontraremos aquí dentro de quince minutos. Si no hemos encontrado nada, mala suerte. Nos largamos —concedió—. Lo prometo.

Ella asintió. Ismael le tendió su caja de fósforos.

—Por si acaso.

Irene la guardó en el bolsillo de su chaqueta y dirigió una última mirada a Ismael. El muchacho se inclinó y la besó ligeramente en los labios.

—Buena suerte —murmuró.

Antes de que pudiera responderle, él se alejó hacia el extremo del corredor enterrado en la negrura. «Buena suerte», pensó Irene.

El eco de los pasos del chico se perdió a su espalda. La muchacha respiró profundamente y se encaminó rumbo al otro extremo de la galería que atravesaba el eje central de la mansión. El corredor se bifurcaba al llegar a la escalinata central. Irene se asomó levemente al abismo que descendía hasta la planta baja. Un haz de luz descompuesta caía en vertical desde una especie de linterna ubicada en la cúspide trazando un arco iris que arañaba las tinieblas.

Desde aquel punto, la galería se adentraba en dos direcciones: hacia el sur y hacia el oeste. El ala oeste era la única que tenía vistas a la bahía. Sin dudarlo un instante, Irene se internó en el largo pasillo, dejando tras de sí la reconfortante claridad que emanaba de la linterna. Súbitamente, la muchacha advirtió que un velo semitransparente cruzaba el pasillo, apenas una cortinilla de gasa más allá de la cual el corredor adquiría una fisonomía ostensiblemente diferente de la del resto de la galería. No se veía la silueta de ninguna figura más acechando en la sombra. Una letra aparecía bordada sobre la corona que sostenía la cortina divisoria. Una inicial:

A

Irene separó con los dedos el velo de la cortina y cruzó aquella extraña frontera que parecía dividir en dos el ala oeste. Un frío aliento invisible le acarició el rostro y por primera vez la muchacha vislumbró que los muros estaban recubiertos por una compleja maraña de relieves labrados sobre la madera. Sólo tres puertas podían verse desde allí. Dos a ambos lados del corredor y una tercera, la mayor de las tres, situada en el extremo y marcada con la inicial que había visto sobre la cortina a sus espaldas.

Irene se encaminó lentamente hacia aquella puerta. Los relieves a su alrededor mostraban escenas incomprensibles que personificaban extrañas criaturas. Cada una de ellas, a su vez, se yuxtaponía con otras, creando un océano de jeroglíficos cuyo significado se le escapaba completamente. Para cuando Irene llegó a la puerta del extremo, la noción de que era improbable que Hannah hubiese ocupado una estancia en aquel lugar ya había tomado

forma en su mente. El embrujo de aquel espacio, sin embargo, podía más que la siniestra atmósfera de santuario prohibido que allí se respiraba. Una intensa presencia parecía flotar en el aire. Una presencia casi palpable.

Irene sintió que el pulso se le aceleraba y posó su mano temblorosa sobre el pomo de la puerta. Algo la detuvo. Un presentimiento. Aún estaba a tiempo de volver atrás, de reunirse de nuevo con Ismael y escapar de aquella casa antes de que Lazarus advirtiese su incursión. El pomo giró suavemente bajo sus dedos, resbalando sobre la piel. Irene cerró los ojos. No tenía por qué entrar allí. Le bastaba con rehacer sus pasos. No tenía por qué ceder a aquella atmósfera irreal, de ensueño, que le susurraba que abriese la puerta y cruzase el umbral sin retorno. La muchacha abrió los ojos.

El corredor ofrecía el camino de regreso entre las tinieblas. Irene suspiró y, por un instante, sus ojos se perdieron en los reflejos que teñían la cortina de gasa. Fue entonces cuando aquella silueta oscura se recortó tras la cortina y se detuvo al otro lado.

—¿Ismael? —murmuró Irene.

La silueta permaneció allí por espacio de unos instantes y, después, sin producir sonido alguno, se retiró de nuevo a las sombras.

—Ismael, ¿eres tú? —preguntó de nuevo.

El lento veneno del pánico había empezado a insuflarse en sus venas. Sin apartar la mirada de aquel punto, abrió la puerta de la habitación y penetró en el interior, cerrando a su espalda. Por un segundo, la luz de zafiro que se filtraba desde los grandes ventanales, altos y estrechos, la cegó. Luego, mientras sus pupilas se aclimataban a la luminosidad evanescente de la cámara, Irene atinó a encender, con manos temblorosas, uno de los fósforos que Ismael le había proporcionado. La lumbre cobriza de la llama la ayudó a desvelar una suntuosa sala palaciega, cuyo lujo y esplendor parecían escapados de las páginas de una fábula.

El techo, coronado por un artesonado laberíntico, dibujaba un remolino barroco en torno al centro de la estancia. En un extremo, un suntuoso palanquín del que pendían largos velos dorados albergaba un lecho. En el centro de la habitación una mesa de mármol sostenía un gran tablero de ajedrez, cuyas piezas estaban labradas en cristal. En el otro extremo, Irene descubrió otra fuente de luz que contribuía a configurar esa atmósfera irisada: las fauces cavernosas de un hogar donde ardían gruesos troncos en brasa pura. Encima, se alzaba un gran retrato. Un rostro blanco y dotado de las facciones más delicadas que puedan imaginarse en un ser humano rodeaba los ojos profundos y tristes de una mujer de conmovedora belleza. La dama del retrato

aparecía enfundada en un largo atuendo blanco y tras ella podía distinguirse el islote del faro en la bahía.

Irene se acercó lentamente hasta el pie del retrato, sosteniendo en alto el fósforo encendido hasta que la llama le quemó los dedos. Lamiéndose la quemadura, la joven distinguió un portavelas sobre un escritorio. No lo necesitaba estrictamente, pero encendió la vela con otro fósforo. La llama irradió de nuevo un vaho de claridad en torno a ella. Sobre el escritorio, un libro de piel aparecía abierto por la mitad.

Los ojos de Irene reconocieron la caligrafía que le era tan familiar sobre el papel apergaminado y cubierto por una capa de polvo que apenas permitía leer las palabras escritas en la página. La muchacha sopló levemente y una nube de miles de partículas brillantes se esparció sobre la mesa. Cogió el libro en sus manos y pasó las páginas hasta llegar a la primera. Acercó el tomo a la luz y dejó que sus ojos leyesen las palabras impresas en letras plateadas. Lentamente, a medida que su mente comprendía lo que todo aquello significaba, un intenso escalofrío se le clavó como una aguja helada en la base de la nuca.

Alexandra Alma Maltisse
Lazarus Joseph Jann
1915

Una brizna de madera encendida chasqueó entre el fuego, escupiendo pequeñas chispas que se desvanecieron al contacto con el suelo. Irene cerró el libro y lo depositó sobre el escritorio. Fue entonces cuando advirtió que, en el otro extremo de la estancia, tras el velo que ondeaba en el palanquín que rodeaba el lecho, alguien la observaba. Una silueta esbelta yacía tendida sobre la cama. Una mujer. Irene avanzó unos pasos hacia ella. La mujer alzó una mano.

—¿Alma? —susurró Irene, aterrada por el sonido de su propia voz.

La muchacha recorrió los metros que la separaban del lecho y se detuvo al otro lado. El corazón le batía con fuerza y respiraba entrecortadamente. Despacio, empezó a separar los cortinajes. En aquel instante, una fría ráfaga de aire cruzó la estancia y agitó los velos suspendidos. Irene se volvió a mirar a la puerta. Una sombra se extendía sobre el suelo, como un gran charco de tinta esparciéndose bajo la puerta. Un sonido fantasmal, una voz lejana y llena de odio, pareció susurrar algo desde la oscuridad.

Un instante después, la puerta se abrió con una fuerza incontenible y golpeó contra el interior de la habitación, prácticamente arrancando los goznes que la sujetaban. Cuando la garra de uñas afiladas como largas cuchillas de acero emergió de las sombras, Irene gritó hasta donde le llegó la voz.

* * *

Ismael empezaba a pensar que había cometido algún error al tratar de ubicar mentalmente la habitación de Hannah. Cuando ella le había descrito la casa, el muchacho había trazado su propio plano de Cravenmoore. Una vez en el interior, sin embargo, la estructura laberíntica de la mansión se le antojaba indescifrable. Todas las habitaciones del ala que había decidido explorar estaban cerradas a cal y canto. Ni una sola de las cerraduras había cedido a sus artes, y el reloj no parecía mostrar compasión alguna para con su completo fracaso.

Los quince minutos acordados se habían evaporado en vano, y la idea de abandonar la búsqueda por aquella noche empezaba a resultarle tentadora. Un simple vistazo al lúgubre decorado de aquel lugar le sugería mil y una excusas con tal de escapar de él. Ya había tomado la decisión de abandonar la mansión cuando oyó el grito de Irene, apenas un hilo de voz atravesando las tinieblas de Cravenmoore desde algún lugar recóndito. El eco se esparció en varias direcciones. Ismael sintió la punzada de adrenalina quemándole las venas y se lanzó tan de prisa como sus piernas se lo permitieron hacia el otro extremo de aquella monumental galería.

Sus ojos apenas se detuvieron en el siniestro túnel de formas tenebrosas que se deslizaba a su alrededor. Cruzó bajo el halo espectral de la linterna en la cúspide y rebasó la encrucijada de galerías en torno a la escalinata central. El entramado de baldosas del suelo parecía extenderse bajo sus pies, y la vertiginosa fuga del pasillo se alargaba frente a sus ojos como un corredor que cabalgase hacia el infinito.

Los gritos de Irene llegaron de nuevo a sus oídos, esta vez más cercanos. Ismael atravesó el umbral de cortinajes transparentes y por fin detectó la entrada a la cámara del extremo del ala oeste. Sin pensarlo un segundo, el muchacho se lanzó al interior, desconocedor de lo que lo esperaba allí dentro.

La fisonomía velada de una monumental habitación se desplegó ante sus ojos a la luz de las brasas que chispeaban en el fuego. La silueta de Irene, recortada contra un amplio ventanal bañado en luz azul, lo reconfortó por un

instante, pero pronto pudo leer el terror ciego en los ojos de la muchacha. Ismael se volvió instintivamente y la visión que descubrió frente a sí le nubló la mente, paralizándolo como hubiese hecho la danza hipnótica de una serpiente.

Alzándose de entre las sombras, una titánica silueta desplegó dos grandes alas negras, las alas de un murciélago. O de un demonio.

El ángel extendió dos largos brazos, coronados por dos garras, a su vez formadas por dedos largos y oscuros, y el filo acerado de sus uñas brilló frente a su rostro, velado por una capucha.

Ismael retrocedió un paso en dirección al fuego y el ángel alzó el rostro, desvelando sus facciones a la claridad de las llamas. Había algo más en aquella siniestra figura que una simple máquina. Algo se había refugiado en su interior, convirtiéndola en un títere infernal, una presencia palpable y maléfica. El muchacho luchó por no cerrar los ojos y agarró el extremo intacto de un tronco medio reducido a brasas. Blandiendo el tronco encendido frente al ángel, señaló la puerta de la habitación.

—Ve hacia la puerta lentamente —le murmuró a Irene.

La muchacha, paralizada por el pánico, ignoró sus palabras.

—Haz lo que te he dicho —ordenó Ismael enérgicamente.

El tono de su voz despertó a Irene. Asintió temblando e inició su camino en dirección a la puerta. Apenas había recorrido un par de metros cuando el rostro del ángel se volvió hacia ella como un depredador atento y paciente. Irene sintió sus pies fundirse con el suelo.

—No lo mires y sigue andando —indicó Ismael, sin cesar de blandir el tronco frente al ángel.

Irene dio un paso más. La criatura ladeó la cabeza hacia ella y la joven dejó escapar un gemido.

Ismael, aprovechando la distracción, golpeó con el tronco al ángel en un lado de la cabeza. El impacto levantó una lluvia de briznas encendidas. Antes de que pudiese retirar el tronco, una de las garras aferró el madero y unas uñas de cinco centímetros, poderosas como cuchillos de caza, lo hicieron añicos ante sus ojos. El ángel dio un paso hacia Ismael. El muchacho pudo sentir la vibración sobre el piso bajo el peso de su oponente.

—Eres sólo una maldita máquina. Un maldito montón de hojalata… —murmuró, tratando de borrar de su mente el efecto aterrador de aquellos dos ojos escarlatas que asomaban bajo la capucha del ángel.

Las pupilas demoníacas de la criatura se redujeron lentamente hasta formar un filamento sangrante sobre córneas de obsidiana, emulando los ojos

de un gran felino. El ángel dio otro paso hacia él. Ismael echó un rápido vistazo en dirección a la puerta. Mediaban más de ocho metros hasta ella. No tenía escapatoria posible, pero Irene sí.

—Cuando te lo diga, echa a correr hacia la puerta y no pares hasta que estés fuera de la casa.

—¿Qué estás diciendo?

—No discutas ahora —protestó Ismael, sin apartar los ojos de la criatura —. ¡Corre!

El muchacho estaba calculando mentalmente el tiempo que podía tardar en correr hasta la ventana y tratar de escapar por los riscos de la fachada cuando sucedió lo inesperado. Irene, en vez de dirigirse hacia la puerta y huir, asió un madero encendido del fuego y se encaró con el ángel.

—Mírame, mal nacido —gritó, prendiendo la capa que cubría al ángel con las llamas del tronco y arrancando un alarido de rabia a la sombra que se ocultaba en su interior.

Ismael, atónito, se lanzó hacia Irene y llegó justo a tiempo de derribarla sobre el suelo, antes de que las cinco cuchillas de la garra la rebanasen en el aire. La capa del ángel se transformó en un manto de llamas y la colosal silueta de la criatura se tornó en una espiral de fuego. Ismael agarró a Irene del brazo y la incorporó. Juntos trataron de correr hacia la salida, pero el ángel se interpuso en su camino tras arrancarse la capa de fuego que lo enmascaraba. Una estructura de acero ennegrecido afloró bajo las llamas.

Ismael, sin soltar a la chica ni un segundo (en previsión de nuevas intentonas de heroísmo), la arrastró hasta la ventana y lanzó una de las sillas contra el cristal. Una lluvia de cristales estalló sobre ellos y el frío viento de la noche impulsó los cortinajes hasta el techo. Sentían los pasos del ángel avanzando hacia ellos a su espalda.

—¡Rápido! ¡Salta a la cornisa! —gritó el muchacho.

—¿Qué? —gimió una incrédula Irene.

Sin entretenerse en razonar, él la empujó hasta el exterior. La muchacha cruzó las fauces abiertas en el cristal y se encontró con una caída en vertical de casi cuarenta metros. El corazón le dio un vuelco, convencida de que en décimas de segundo su cuerpo se precipitaría al vacío. Ismael, sin embargo, no aflojó su presa ni un ápice y de un tirón la aupó de nuevo sobre la estrecha cornisa que bordeaba la fachada, como un pasillo entre las nubes. Él saltó tras ella y la empujó hacia adelante. El viento le heló el sudor que le caía por el rostro.

—¡No mires abajo! —gritó.

Habían avanzado apenas un metro justo cuando la garra del ángel asomó por la ventana a su espalda; sus uñas arrancaron una lluvia de chispas sobre la roca, horadando cuatro cicatrices en la piedra. Irene gritó al sentir que sus pies temblaban sobre la cornisa y su cuerpo parecía balancearse peligrosamente hacia el vacío.

—No puedo seguir, Ismael —anunció—. Si doy un paso más, me caeré.

—Puedes. Y lo harás. Andando —la urgió él, aferrándola de la mano con fuerza—. Si te caes, nos caemos los dos.

La muchacha trató de sonreírle. De pronto, un par de metros más adelante, una de las ventanas explotó violentamente y proyectó mil pedazos de vidrio hacia el exterior. Las garras del ángel asomaron por ella y, un instante después, todo el cuerpo de la criatura se adhirió a la fachada como una araña.

—Dios mío… —gimió Irene.

Ismael intentó retroceder, tirando de ella. El ángel reptó sobre la piedra; su silueta se confundía casi con los rostros diabólicos de las gárgolas que apuntalaban el friso superior de la fachada de Cravenmoore.

La mente del chico examinó el campo visual que se abría ante ellos a toda velocidad. La criatura avanzaba palmo a palmo en su dirección.

—Ismael…

—¡Ya lo sé, ya lo sé!

El muchacho calculó las posibilidades que tenían de sobrevivir a un salto desde aquella altura. Cero, siendo generoso. La alternativa de volver a entrar en la habitación requería demasiado tiempo. En el intervalo que tardasen en rehacer sus pasos sobre la cornisa, el ángel estaría sobre ellos. Sabía que le quedaban apenas unos segundos para tomar la decisión, fuera cual fuese. La mano de Irene se aferró con fuerza a la suya; estaba temblando. El chico dirigió una última mirada al ángel, que reptaba hacia ellos lenta pero inexorablemente. Tragó saliva y miró en dirección contraria. El sistema de canalización del desagüe descendía junto a la fachada a sus pies. La mitad de su cerebro se estaba preguntando si aquella estructura podría soportar el peso de dos personas, mientras la otra mitad estaba tramando el modo de asirse a aquella gruesa cañería, su última oportunidad.

—Agárrate fuerte a mí —murmuró por fin.

Irene lo miró; luego miró hacia el suelo, un abismo, y leyó su pensamiento.

—¡Ay, Dios mío!

Ismael le guiñó un ojo.

—Buena suerte —susurró.

La garra del ángel se clavó a cuatro centímetros de su rostro. Irene gritó y se aferró a Ismael, cerrando los ojos. Estaban cayendo en un descenso vertiginoso. Cuando la muchacha volvió a abrirlos, ambos estaban suspendidos en el vacío. Ismael descendía por el canal de desagüe prácticamente sin poder frenar su trayectoria. El estómago se le subió a la garganta. Sobre ellos, el ángel golpeó la cañería, aplastándola contra la fachada. Ismael notó que el roce le arrancaba la piel de las manos y los antebrazos sin piedad, produciendo una quemazón que, al cabo de pocos segundos, habría de convertirse en un dolor agudo. El ángel reptó hacia ellos y trató de agarrar el canalón… Su propio peso lo arrancó de la pared.

Y la masa metálica de la criatura se precipitó al vacío, arrastrando tras de sí toda la cañería. Ésta, con Ismael e Irene, trazó un arco en el aire hacia el suelo. El muchacho luchó por no perder el control, pero el dolor y la velocidad a la que caían pudieron más que sus esfuerzos.

La cañería resbaló entre sus brazos y ambos se vieron cayendo sobre el gran estanque que bordeaba el ala oeste de Cravenmoore. El impacto sobre la lámina helada de agua negra los golpeó con rabia. La inercia de la caída los propulsó hasta el fondo resbaladizo de la laguna. Irene sintió que el agua helada le penetraba por las fosas nasales y le quemaba la garganta. Una oleada de pánico la asaltó. Abrió los ojos bajo el agua y sólo vio un pozo de negrura entre el escozor. Una silueta apareció a su lado: Ismael. El muchacho la agarró y la llevó a la superficie. Ambos emergieron al aire libre con una exhalación.

—De prisa —urgió Ismael.

Irene advirtió marcas y heridas en sus manos y sus brazos.

—No es nada —mintió el muchacho, saltando fuera del estanque.

Ella lo siguió. Sus ropas estaban empapadas y el frío de la noche las adhería a su cuerpo simulando un doloroso manto de escarcha sobre la piel. Ismael escrutó las sombras a su alrededor.

—¿Dónde está? —preguntó Irene.

—Tal vez el impacto de la caída lo ha…

Algo se movió entre los arbustos. En seguida reconocieron los dos ojos escarlatas. El ángel seguía allí y, fuera lo que fuese lo que guiaba sus movimientos, no estaba dispuesto a dejarlos escapar con vida.

—¡Corre!

Ambos se precipitaron a toda velocidad hacia el umbral del bosque. Sus ropas empapadas dificultaban la marcha, y el frío empezaba a calar sus huesos. El sonido del ángel entre la maleza llegó hasta ellos. Ismael tiró con

fuerza de la chica, dirigiéndose hacia la zona más profunda del bosque, donde la niebla se espesaba.

—¿Adónde vamos? —gimió Irene, consciente de que estaban internándose en una parte del bosque que le era desconocida.

Ismael no se molestó en contestar y se limitó a tirar de ella desesperadamente. Irene sintió la maleza desgarrándole la piel de los tobillos y el peso de la fatiga consumiéndole los músculos. No podía mantener aquel ritmo mucho más. En cuestión de segundos, la criatura los alcanzaría en las entrañas del bosque y los despedazaría con sus garras.

—No puedo seguir…

—¡Sí puedes!

El muchacho la estaba arrastrando. La cabeza le daba vueltas y podía oír las ramas rotas crujiendo a sus espaldas, a escasos metros de ellos. Por un instante pensó que iba a desvanecerse, pero una punzada de dolor en la pierna la devolvió a una dolorosa conciencia. Una de las garras del ángel había emergido de entre los arbustos y le había abierto un corte en el muslo. La chica gritó. El rostro de la criatura surgió tras ellos. Irene intentó cerrar los ojos, pero no pudo apartar la mirada de aquel infernal depredador.

En aquel momento, la entrada de una gruta disimulada en la maleza apareció frente a ellos. Ismael se lanzó hacia el interior, arrastrándola consigo. Luego éste era el lugar hacia el que la estaba llevando. Una cueva. ¿Acaso Ismael creía que el ángel no dudaría en darles caza allí? Por toda respuesta, Irene oyó el sonido de las garras arañando las paredes de roca de la gruta. Ismael la arrastró a través del angosto túnel hasta detenerse junto a un orificio en el suelo, un agujero en el vacío. Un frío viento impregnado de salitre emanaba del interior. Un rumor intenso rugía más allá, en la oscuridad. Agua. El mar.

—¡Salta! —le ordenó el chico.

Irene observó el orificio negro. A sus ojos, una entrada directa al infierno resultaba más apetecible.

—¿Qué hay ahí abajo?

Ismael suspiró, agotado. Los pasos del ángel sonaban próximos. Muy próximos.

—Es una entrada a la Cueva de los Murciélagos.

—¿Ésta es la segunda entrada? ¡Dijiste que era peligrosa!

—No tenemos elección…

Las miradas de ambos se encontraron en la penumbra. Dos metros más allá, el ángel negro hizo crujir sus garras. Ismael asintió. La chica tomó su

mano y, cerrando los ojos, saltó al vacío. El ángel se lanzó tras ellos y atravesó la entrada a la gruta, cayendo hacia el interior de la caverna.

El descenso a través de la oscuridad se hizo infinito. Cuando finalmente sus cuerpos se sumergieron en el mar, una punzada de frío se filtró por cada poro de su piel, mordiente. Al emerger a la superficie, apenas un hilo de claridad se filtraba desde el agujero en la cúspide de la gruta. El vaivén de la marea los impulsaba contra unos muros de roca afilada.

—¿Dónde está? —preguntó Irene, luchando por contener el temblor que le provocaba la gélida temperatura del agua.

Durante unos segundos, ambos se abrazaron en silencio, esperando que en cualquier momento aquella invención infernal emergiese de las aguas y pusiera fin a sus vidas en la oscuridad de aquella caverna. Pero ese momento nunca llegó. Ismael fue el primero en advertirlo.

Los ojos escarlatas del ángel brillaban con intensidad en el fondo de la gruta. El enorme peso de la criatura le impedía emerger a flote. Un rugido de ira llegó hasta ellos a través de las aguas. Aquella presencia que manipulaba el ángel se retorcía de rabia al comprobar que su títere asesino había caído en una trampa que lo hacía inservible. Aquella masa de metal jamás conseguiría llegar a la superficie. Estaba condenado a permanecer en el fondo de la cueva hasta que el mar lo transformase en un montón de chatarra oxidada.

Los muchachos se quedaron allí, observando cómo el brillo de aquellos dos ojos palidecía y se desvanecía bajo las aguas para siempre. Ismael dejó escapar un suspiro de alivio. Irene lloró en silencio.

—Se acabó —murmuraba temblando la muchacha—. Se acabó.

—No —dijo Ismael—. Eso no era más que una máquina, sin vida ni voluntad. Algo la movía desde el interior. Lo que ha intentado matarnos sigue ahí…

—Pero ¿qué es?

—No lo sé…

En aquel momento, una explosión se produjo en el fondo de la caverna. Una nube de burbujas negras emergió a la superficie, fundiéndose en un espectro negro que reptó sobre las paredes de roca hacia la entrada en la cúspide de la gruta. La sombra se detuvo y los observó desde allí.

—¿Se marcha? —preguntó Irene, aterrada.

Una risa cruel y envenenada inundó la gruta. Ismael negó lentamente con la cabeza.

—Nos deja aquí… —dijo el muchacho—, para que la marea haga el resto…

La sombra escapó a través de la entrada a la cueva.

Ismael suspiró y condujo a Irene hasta una pequeña roca que emergía a la superficie y ofrecía el espacio justo para ambos. La aupó hasta la roca y la rodeó con los brazos. Temblaban de frío y estaban heridos, pero por unos minutos se limitaron a tenderse sobre la roca y respirar profundamente, en silencio. En algún momento, Ismael advirtió que el agua parecía rozarle los pies de nuevo, y comprendió que la marea estaba subiendo. No era aquel ser que los perseguía quien había caído en la trampa, sino ellos mismos…

La sombra los había abandonado a merced de una muerte lenta y terrible.

10. ATRAPADOS

El mar rugía al romper en la boca de la Cueva de los Murciélagos. Las frías corrientes de la Bahía Negra irrumpían con fuerza entre los canales de roca, creando un rumor estremecedor por el eco interno de la caverna, sumida en la oscuridad. El orificio de entrada en la roca se alzaba sobre ellos, lejano e inalcanzable, simulando el ojo de una cúpula. En unos minutos el nivel del agua había ascendido unos centímetros. Irene no tardó en advertir que la superficie de roca que ocupaban, como náufragos, se reducía. Milímetro a milímetro.

—La marea está subiendo —murmuró.

Ismael se limitó a asentir, abatido.

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó ella, intuyendo la respuesta, pero esperando que el chico, inagotable caja de sorpresas, se sacase de la manga algún ardid de última hora.

Él le dirigió una mirada sombría. Las esperanzas de Irene se desvanecieron al instante.

—Cuando sube la marea, bloquea la entrada de la cueva —explicó Ismael —. Y ya no hay otra salida de esta cueva que ese orificio en la cúspide, pero no existe modo alguno de llegar a él desde aquí abajo.

Hizo una pausa y su rostro se sumergió en las sombras.

—Estamos atrapados —concluyó.

La idea de la marea subiendo lentamente hasta ahogarlos como ratas en una pesadilla de oscuridad y frío le heló la sangre a Irene. Mientras huían de

aquella criatura mecánica, la adrenalina había bombeado suficiente excitación en sus venas como para nublar su capacidad de razonar. Ahora, temblando de frío en la oscuridad, la perspectiva de una muerte lenta se le antojaba insufrible.

—Tiene que haber otro modo de salir de aquí —apuntó.

—No lo hay.

—¿Y qué vamos a hacer?

—De momento, esperar…

Irene comprendió que no podía seguir presionando al muchacho en busca de respuestas. Probablemente él, consciente del riesgo que la cueva entrañaba, estaba más asustado que ella. Y, pensándolo bien, un cambio de conversación tampoco les vendría mal.

—Hay algo… Mientras estábamos en Cravenmoore… —empezó—. Cuando entré en aquella habitación, vi algo allí. Algo sobre Alma Maltisse…

Ismael le dirigió una mirada impenetrable.

—Creo…, creo que Alma Maltisse y Alexandra Jann son una misma persona. Alma Maltisse era el nombre de soltera de Alexandra, antes de casarse con Lazarus —explicó Irene.

—Eso es imposible. Alma Maltisse se ahogó en el islote del faro hace años —objetó Ismael.

—Pero nadie encontró su cuerpo…

—Es imposible —insistió el chico.

—Mientras estuve en aquella habitación, me fijé en su retrato y… Había alguien tendido en la cama. Una mujer.

Ismael se frotó los ojos y trató de poner sus pensamientos en claro.

—Un momento. Supongamos que tienes razón. Supongamos que Alma Maltisse y Alexandra Jann son una misma persona. ¿Quién es la mujer que viste en Cravenmoore? ¿Quién es la mujer que durante todos estos años ha permanecido encerrada en ese lugar, asumiendo la identidad de la esposa enferma de Lazarus? —preguntó.

—No lo sé… Cuanto más sabemos de este asunto, menos lo entiendo —dijo Irene—. Y hay algo más que me preocupa. ¿Qué significado tenía la figura que vimos en la fábrica de juguetes? Era una réplica de mi madre. Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta. Lazarus está construyendo un juguete con el rostro de mi madre…

Una oleada de agua helada les bañó los tobillos. El nivel del mar había subido por lo menos un palmo desde que estaban allí. Ambos intercambiaron

una mirada angustiada. El mar rugió de nuevo y una bocanada de agua atronó en la entrada de la caverna. Aquélla prometía ser una noche muy larga.

* * *

La medianoche había dejado un rastro de niebla sobre los acantilados que trepaba escalón a escalón desde el embarcadero hasta la Casa del Cabo. El farol de aceite todavía se balanceaba en el porche, agonizante. A excepción del rumor del mar y el susurro de las hojas en el bosque, el silencio era absoluto. Dorian yacía en la cama sujetando un pequeño vaso de cristal en cuyo interior sostenía una vela encendida. No quería que su madre viese luz, y tampoco se fiaba de su lámpara después de lo ocurrido. La llama danzaba caprichosamente bajo su aliento como el espíritu de una hada de fuego. Un desfile de reflejos le descubría formas insospechadas en cada rincón. Dorian suspiró. Aquella noche no podría pegar ojo ni por todo el oro del mundo.

Poco después de despedir a Lazarus, Simone se había asomado a su dormitorio para asegurarse de que estaba bien. Dorian se había acurrucado bajo las sábanas completamente vestido, ofreciendo una de sus antológicas interpretaciones del dulce sueño de los inocentes, y su madre se había retirado a su habitación complacida y dispuesta a hacer lo propio. De eso hacía ya horas, quizá años, según las estimaciones del chico. La interminable madrugada le había dado oportunidad de comprobar hasta qué punto sus nervios estaban tensos como las cuerdas de un piano. Cada reflejo, cada crujido, cada sombra amenazaba con dispararle el corazón al galope.

Lentamente, el aliento de la llama de la vela se fue extinguiendo hasta reducirse a una diminuta burbuja azul, cuya palidez apenas conseguía penetrar en la penumbra. En un instante, la oscuridad volvió a ocupar el espacio al que había renunciado a regañadientes. Dorian podía sentir el goteo de la cera caliente endureciéndose en el vaso. Apenas unos centímetros más allá, sobre la mesilla, el ángel de plomo que Lazarus le había regalado lo observaba en silencio. «Ya está bien», pensó Dorian, resuelto a aplicar su técnica predilecta para combatir insomnios y pesadillas: comer algo.

Apartó las sábanas y se levantó. Decidió no ponerse los zapatos, para evitar los cien mil crujidos que parecían acudir a sus pies cada vez que pretendía deslizarse sigilosamente por la Casa del Cabo y, reuniendo todo el valor que le quedaba intacto, cruzó de puntillas la habitación hasta la puerta. Abrir la cerradura sin ofrecer el habitual concierto de goznes herrumbrosos a medianoche le llevó unos diez segundos largos, pero valió la pena. Abrió la

puerta con lentitud exagerada y examinó el panorama. El corredor se perdía en la penumbra y la sombra de la escalera trazaba una trama de claroscuros sobre la pared. No se apreciaba ni el movimiento de una mota de polvo en el aire. Dorian cerró la puerta a su espalda y se deslizó cuidadosamente hasta el pie de la escalera, cruzando frente a la puerta del dormitorio de Irene.

Su hermana se había retirado a dormir hacía horas, con la supuesta excusa de un terrible dolor de cabeza, aunque Dorian sospechaba que todavía estaría leyendo o escribiéndole detestables cartas de amor al novio marinero con el que últimamente pasaba más horas de las que tenía el día. Desde que la había visto enfundada en aquel vestido de Simone, sabía que sólo podía esperarse una cosa de ella: problemas. Mientras descendía los escalones a modo de explorador indio, Dorian se juró que, si algún día cometía la torpeza de enamorarse, lo llevaría con más dignidad. Mujeres como Greta Garbo no se andaban con tonterías. Ni cartitas de amor, ni flores. Podía ser un cobarde; pero un cursi, jamás.

Una vez llegó a la planta baja, Dorian advirtió que un banco de niebla rodeaba la casa y que la masa vaporosa velaba la visión desde todas las ventanas. La sonrisa que había conseguido a costa de burlarse mentalmente de su hermana se esfumó. «Agua condensada —se dijo—. No es más que agua condensada que se desplaza. Química elemental». Con esta tranquilizadora visión científica, ignoró el manto de niebla que se filtraba entre los resquicios de las ventanas y se dirigió a la cocina. Una vez allí, comprobó que el romance entre Irene y el *capitán tormenta* tenía sus aspectos positivos: desde que se veía con él, su hermana no había vuelto a tocar la deliciosa caja de chocolates suizos que Simone guardaba en el segundo cajón del armario de provisiones.

Relamiéndose como un gato, Dorian atacó el primero de los bombones. El exquisito estallido de trufa, almendras y cacao le nubló los sentidos. Por lo que a él respectaba, después de la cartografía, el chocolate era probablemente la más noble invención del género humano hasta la fecha. Particularmente, los bombones. «Ingenioso pueblo, los suizos —pensó Dorian—. Relojes y chocolatinas: la esencia de la vida». Un sonido súbito lo arrancó de cuajo de sus plácidas consideraciones teóricas. Dorian lo oyó de nuevo, paralizado, y el segundo bombón se le resbaló entre los dedos. Alguien estaba llamando a la puerta.

El muchacho intentó tragar saliva, pero la boca se le había quedado seca. Dos golpes precisos sobre la puerta de la casa llegaron de nuevo a sus oídos. Dorian se adentró en la sala principal, sin apartar los ojos de la entrada. El

aliento de la niebla se filtraba bajo el umbral. Otros dos golpes sonaron al otro lado de la puerta. Dorian se detuvo frente a ella y dudó un instante.

—¿Quién es? —preguntó con la voz quebrada.

Dos nuevos golpes fueron toda la respuesta que obtuvo. El muchacho se acercó hasta la ventana, pero el manto de la niebla impedía completamente la visión. No se oían pasos sobre el porche. El extraño se había ido. Probablemente un viajero extraviado, pensó Dorian. Se dispuso a volver a la cocina cuando los dos golpes sonaron de nuevo, pero esta vez sobre el cristal de la ventana, a diez centímetros de su rostro. El corazón le dio un vuelco. Dorian retrocedió lentamente hacia el centro de la sala hasta topar con una silla a su espalda. Instintivamente, el muchacho aferró un candelabro de metal con fuerza y lo blandió frente a él.

—Vete… —susurró.

Por una fracción de segundo, un rostro pareció formarse al otro lado del cristal, entre la niebla. Poco después, la ventana se abrió de par en par, impulsada por la fuerza de un vendaval. Una oleada de frío le atravesó los huesos y Dorian contempló, horrorizado, cómo una mancha negra se expandía sobre el suelo.

Una sombra.

La forma se detuvo frente a él y poco a poco fue adquiriendo volumen, alzándose desde el suelo como un títere de tinieblas suspendido por hilos invisibles. El chico trató de golpear al intruso con el candelabro, pero el metal atravesó la silueta de oscuridad en vano. Dorian dio un paso atrás y la sombra se cernió sobre él. Dos manos de vapor negro le rodearon la garganta; sintió el contacto helado sobre su piel. Las facciones de un rostro se dibujaron frente a él. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de pies a cabeza. El semblante de su padre se materializó a un palmo escaso de su rostro. Armand Sauvelle le sonrió. Una sonrisa canina, cruel y llena de odio.

—Hola, Dorian. He venido a buscar a mamá. ¿Me llevarás hasta ella, Dorian? —susurró la sombra.

El sonido de aquella voz le heló el alma. Aquélla no era la voz de su padre. Aquellas luces, demoníacas y ardientes, no eran sus ojos. Y aquellos dientes largos y afilados que le asomaban entre los labios no eran los de Armand Sauvelle.

—Tú no eres mi padre…

La sonrisa lobuna de la sombra se esfumó y las facciones se desvanecieron como cera al fuego.

Un rugido animal, de rabia y odio, le desgarró los oídos y una fuerza invisible lo lanzó hasta el otro extremo de la sala. Dorian impactó contra una de las butacas, que cayó al suelo.

Aturdido, el muchacho se incorporó trabajosamente a tiempo para ver cómo la sombra ascendía por la escalera, un charco de alquitrán con vida propia que reptaba sobre los peldaños.

—¡Mamá! —gritó Dorian, corriendo hacia la escalera.

La sombra se detuvo un instante y clavó sus ojos en él. Sus labios de obsidiana formaron una palabra inaudible. Su nombre.

Los cristales de las ventanas de toda la casa estallaron en una lluvia de astillas letales y la niebla penetró rugiendo en la Casa del Cabo mientras la sombra seguía ascendiendo hacia el piso superior. Dorian se lanzó tras ella, persiguiendo aquella forma espectral que flotaba sobre el suelo y avanzaba en dirección a la puerta del dormitorio de Simone.

—¡No! —gritó el chico—. No toques a mi madre.

La sombra le sonrió y, un instante después, la masa de vapor negro se transformó en un torbellino que se filtró a través de la cerradura de la puerta del dormitorio. Un segundo de silencio letal siguió a la desaparición de la sombra.

Dorian corrió hacia la puerta pero, antes de que pudiera alcanzarla, la lámina de madera salió impulsada con la fuerza de un huracán, arrancada de sus goznes, y se estrelló con furia en el otro extremo del pasillo. Dorian se lanzó a un lado y consiguió esquivarla por escasos milímetros.

Cuando se incorporó, una visión de pesadilla se desplegó ante sus ojos. La sombra corría sobre los muros de la habitación de Simone. La silueta de su madre, inconsciente sobre el lecho, proyectaba su propia sombra en la pared. Dorian observó cómo la negra silueta se deslizaba sobre los muros y cómo los labios de aquel espectro acariciaban los de la sombra de su madre. Simone se agitó violentamente en su sueño, atrapada misteriosamente en una pesadilla. Dos garras invisibles la aferraron y la alzaron de entre las sábanas. Dorian se interpuso en su camino. Una vez más, una furia incontenible lo golpeó y lo lanzó fuera de la habitación. La sombra, portando a Simone en sus brazos, descendió la escalera a toda velocidad. Dorian luchó por no perder el sentido, se incorporó de nuevo y la siguió hasta la planta baja. El espectro se volvió y, por un instante, ambos se contemplaron fijamente.

—Sé quién eres… —murmuró el muchacho.

Un nuevo rostro, desconocido para él, hizo su aparición: las facciones de un hombre joven, bien parecido y de ojos luminosos.

—Tú no sabes nada —dijo la sombra.

Dorian observó que los ojos del espectro barrían la estancia y se detenían en la puerta que conducía al sótano. La puerta de madera envejecida se abrió de repente y el muchacho sintió cómo una presencia invisible lo empujaba hacia allí sin que pudiera hacer nada por remediarlo. Cayó escaleras abajo, hacia la oscuridad. La puerta se cerró de nuevo, al igual que una losa de piedra inamovible.

Dorian supo que en cuestión de segundos perdería la conciencia. Acababa de oír la risa de la sombra, como un chacal, mientras se llevaba a su madre hacia el bosque, entre la niebla.

* * *

A medida que la marea ganaba terreno en el interior de la cueva, Irene e Ismael sentían el cerco mortal estrechándose en torno a ellos, una trampa claustrofóbica y letal. Irene ya había olvidado el momento en que el agua les había arrebatado su refugio temporal sobre la roca. Ya no había punto de apoyo bajo sus pies. Estaban a merced de la marea y de su propia capacidad de resistencia. El frío la azotaba con un intenso dolor en los músculos, el dolor de cientos de alfileres clavándose en su interior. La sensibilidad en las manos empezaba a desvanecerse y la fatiga desplegaba garras de plomo que parecían asirlos por los tobillos y tirar de ellos. Una voz interior les susurraba que se rindiesen y se uniesen al plácido sueño que los esperaba bajo el agua. Ismael sostenía a flote a la chica y sentía su cuerpo temblar en sus brazos. Cuánto tiempo podía aguantar así ni él mismo lo sabía. Cuánto faltaba para el alba y la retirada de la marea, menos aún.

—No dejes los brazos caídos. Muévete. No dejes de moverte —gimió.

Irene asintió, al borde de la inconsciencia.

—Tengo sueño… —susurró la muchacha, casi delirando.

—No. No puedes dormirte ahora —ordenó Ismael.

Los ojos de Irene lo observaban entreabiertos sin verlo. Él alzó el brazo y palpó el techo rocoso hasta el que los había empujado la marea. Las corrientes internas los alejaban del orificio en la cúspide y los adentraban en las entrañas de la cueva, velando la única posible vía de escape. Pese a todos sus esfuerzos por mantenerse bajo el orificio de entrada, no había modo de sujetarse y evitar que la fuerza imparable de la corriente los alejase de allí a su capricho. Apenas les quedaba ya espacio para respirar. Y la marea, inexorable, seguía subiendo.

Por un momento, el rostro de Irene se precipitó sobre el agua. Ismael la agarró y tiró de ella. La muchacha estaba completamente aturdida. Sabía de hombres más fuertes y experimentados que habían perecido de igual modo, a merced del mar. El frío podía hacer eso con cualquiera. El manto letal entumecía primero los músculos y nublaba la mente, esperando pacientemente que la víctima se rindiese a los brazos de la muerte.

Ismael agitó a la chica y la encaró hacia sí. Ella balbuceó palabras sin sentido. Sin pensarlo dos veces, Ismael la abofeteó con fuerza. Irene abrió los ojos y dejó escapar un alarido de pánico. Durante unos segundos no supo dónde estaba. En la oscuridad, rodeada de agua helada y sintiendo unos brazos extraños que la rodeaban, creyó despertar en la peor de sus pesadillas. Luego, todo volvió a su mente. Cravenmoore. El ángel. La cueva. Ismael la abrazó y ella fue incapaz de contener el llanto; gemía como una niña asustada.

—No me dejes morir aquí —susurró.

El muchacho recibió sus palabras como una puñalada envenenada.

—No vas a morir aquí. Te lo prometo. No voy a permitirlo. La marea bajará pronto y quizá la cueva no se cubra totalmente… Tenemos que aguantar un poco más. Sólo un poco más y podremos salir de aquí.

Irene asintió y se abrazó con más fuerza a él. Ojalá Ismael hubiera tenido la misma fe en sus palabras que su compañera.

* * *

Lazarus Jann ascendió lentamente los peldaños de la escalinata principal de Cravenmoore. El aura de una presencia extraña flotaba bajo el halo de la lámpara ubicada en la cúspide. Podía percibirlo en el olor del aire, en el modo en que las partículas de polvo tejían una red de motas plateadas al ser atrapadas por la luz. Al llegar al segundo piso, sus ojos se posaron sobre la puerta del extremo del corredor, más allá de los velos. La puerta estaba abierta. Sus manos empezaron a temblar.

—¿Alexandra?

El frío hálito del viento alzó los visillos que pendían en la galería en penumbra. Un oscuro presentimiento se abatió sobre él. Lazarus cerró los ojos y se llevó la mano al costado. Una punzada de dolor se le había abierto en el pecho y se prolongaba hasta el brazo derecho, en un reguero de pólvora encendida, pulverizando sus nervios con crueldad.

—¿Alexandra? —gimió de nuevo.

Lazarus corrió hasta la puerta de la habitación y se detuvo en el umbral, observando los signos de lucha y las ventanas rotas, abandonadas a la fría neblina que cabalgaba desde el bosque. Apretó el puño hasta sentir cómo las uñas se clavaban en la palma de su mano.

—Maldito seas…

Luego, limpiándose el sudor frío que le cubría la frente, se acercó hasta el lecho y, con infinita delicadeza, apartó las cortinas que pendían del palanquín.

—Lo siento, querida… —dijo al tiempo que se sentaba al borde de la cama—. Lo siento…

Un extraño sonido captó su atención. La puerta de la habitación se balanceaba lentamente a un lado y a otro. Lazarus se incorporó y se acercó cautelosamente al umbral.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

No obtuvo respuesta, pero la puerta se detuvo. Lazarus se adelantó unos pasos hacia el corredor y oteó la oscuridad. Cuando sintió el siseo sobre él, ya era tarde. Un golpe seco en la nuca lo derribó al suelo, semiinconsciente. Sintió cómo unas manos lo asían por los hombros y lo arrastraban por el pasillo. Sus ojos consiguieron captar una visión fugaz: *Christian*, el autómata que guardaba la puerta principal. El rostro se volvió hacia él. Un brillo cruel relucía en sus ojos.

Poco después, perdió el sentido.

* * *

Ismael presintió la llegada del alba en la retirada de las corrientes que habían estado empujándolos sin remedio hacia el interior de la caverna durante toda la noche. Las manos invisibles del mar fueron relajando su presa lentamente, permitiéndole arrastrar a una inconsciente Irene hacia la parte más alta de la caverna, donde el nivel del mar les concedía un escaso hueco de aire. Cuando la claridad que reverberaba sobre el fondo arenoso tendió un sendero de luz pálida hacia la salida de la cueva y la marea se batió en retirada, Ismael dejó escapar un alarido de júbilo que nadie, ni siquiera su compañera, pudo oír. El muchacho sabía que una vez que el nivel del mar iniciase el descenso, la propia cueva les mostraría el camino de salida hacia la laguna y el aire libre.

Hacía ya un par de horas, quizá, que Irene se sostenía a flote puramente con la ayuda de Ismael. La joven apenas lograba mantenerse despierta. Su cuerpo ya no temblaba; sencillamente, se mecía en la corriente como un objeto inanimado. Mientras esperaba pacientemente que la marea les dejase el

paso libre, Ismael comprendió que, de no haber estado él allí, Irene habría muerto hacía horas.

Mientras la sostenía a flote y le susurraba palabras de ánimo que la muchacha no podía comprender, el chico recordó las historias que las gentes del mar contaban sobre los encuentros con la muerte y sobre cómo, cuando alguien salvaba la vida de un semejante en el mar, sus almas permanecían unidas eternamente por un vínculo invisible.

Poco a poco, la corriente se fue retirando e Ismael consiguió arrastrar a Irene hacia la laguna, dejando atrás la boca de la gruta. Mientras el amanecer dibujaba una trenza de ámbar sobre el horizonte, el chico la condujo hasta la orilla. Cuando la muchacha abrió los ojos, aturdida, descubrió el rostro sonriente de Ismael, que la observaba.

—Estamos vivos —murmuró él.

Irene dejó caer los párpados, agotada.

Ismael alzó la vista por última vez y contempló la luz del alba sobre el bosque y los acantilados. Era el espectáculo más maravilloso que había presenciado en toda su vida. Luego, lentamente, se tendió junto a Irene en la arena blanca y se rindió a la fatiga. Nada podría haberlos despertado de aquel sueño. Nada.

11. EL ROSTRO BAJO LA MÁSCARA

Lo primero que Irene vio al despertar fueron dos ojos negros e impenetrables que la observaban con parsimonia. La muchacha se retiró de una sacudida y la gaviota, asustada, alzó el vuelo. La chica sintió los labios resecos y doloridos, una ardiente tirantez en la piel y las punzadas de escozor en todo el cuerpo. Sus músculos le parecían de trapo, y su cerebro, pura gelatina. Una oleada de náuseas la invadió, desde la boca del estómago hasta la cabeza. Al tratar de incorporarse, comprendió que aquel extraño fuego que parecía carcomerle la piel como ácido era el sol. Un amargo sabor afloró a sus labios. El espejismo de lo que semejaba ser una pequeña cala entre las rocas flotaba a su alrededor como un tiovivo. No se había sentido peor en su vida.

Se tendió de nuevo y advirtió la presencia de Ismael a su lado. De no ser por su respiración entrecortada, Irene hubiese jurado que estaba muerto. Se frotó los ojos y posó una de sus manos llagadas sobre el cuello de su compañero. Pulso. Irene acarició el rostro de Ismael y poco después el muchacho abrió los ojos. El sol lo cegó por un instante.

—Estás horrible… —murmuró él, sonriendo trabajosamente.

—Pues tú no te has visto —replicó la muchacha.

Como dos náufragos a los que el vendaval hubiese escupido en la playa, se levantaron tambaleándose y buscaron la protección de la sombra bajo los restos de un tronco caído entre los acantilados. La gaviota que había estado velando su sueño volvió a posarse sobre la arena, su curiosidad insatisfecha.

—¿Qué hora debe de ser? —preguntó Irene, combatiendo el martilleo que le golpeaba las sienes a cada palabra.

Ismael le mostró su reloj. La esfera estaba llena de agua, y el segundero, desprendido, emulaba una anguila petrificada en una pecera. El muchacho se protegió los ojos con ambas manos y observó el sol.

—Ha pasado ya el mediodía.

—¿Cuánto tiempo hemos estado durmiendo? —preguntó ella.

—No el suficiente —replicó Ismael—. Podría dormir una semana seguida.

—No hay tiempo para dormir ahora —urgió Irene.

Él asintió y estudió los acantilados en busca de una salida practicable.

—No va a ser fácil. Yo sólo sé llegar hasta la laguna por mar… —empezó.

—¿Qué hay tras los acantilados?

—El bosque que atravesamos anoche.

—¿Y a qué estamos esperando?

Ismael examinó de nuevo los acantilados. Una selva de perfiles afilados en la piedra se alzaba frente a ellos. Escalar aquellas rocas iba a llevar tiempo, por no hablar de las numerosas posibilidades que tenían de sufrir un grave encuentro con la ley de la gravedad y romperse la crisma. La imagen de un huevo estallando sobre el suelo desfiló por su mente. «Perfecto final», pensó.

—¿Sabes trepar? —preguntó Ismael.

Irene se encogió de hombros. El chico observó sus pies desnudos cubiertos de arena. Brazos y piernas de piel blanca sin protección alguna.

—Hacía gimnasia en la escuela y era de las mejores subiendo la cuerda —dijo ella—. Supongo que es lo mismo.

Ismael suspiró. Sus problemas no habían acabado.

* * *

Por espacio de unos segundos, Simone Sauvelle volvió a tener ocho años. Volvió a ver aquellas luces de cobre y plata que trazaban caprichosas acuarelas de humo. Volvió a sentir el intenso aroma de la cera quemada, de las voces susurrando en la penumbra, y la danza invisible de cientos de cirios ardiendo en aquel palacio de misterios y encantamientos que había embrujado los recuerdos de su infancia: la antigua catedral de Saint Étienne. El hechizo, sin embargo, no duró más que eso, unos segundos.

Poco después, a medida que sus ojos cansados recorrían la tenebrosa tiniebla que la rodeaba, Simone comprendió que aquellas velas no eran las de

capilla alguna, que las manchas de luz que danzaban en los muros eran viejas fotografías y que aquellas voces, susurros lejanos, sólo existían en su mente. Supo instintivamente que no estaba en la Casa del Cabo, ni en ningún lugar que pudiese recordar. Su memoria le devolvió un eco confuso de las últimas horas. Recordaba haber conversado con Lazarus en el porche. Recordaba haberse preparado un vaso de leche caliente antes de acostarse, y recordaba las últimas palabras que había leído en el libro que presidía su mesilla de noche.

Después de apagar la luz, evocó vagamente haber soñado con los gritos de un niño y una absurda sensación de haberse despertado en plena madrugada para contemplar cómo las sombras parecían caminar en la oscuridad. Más allá, su memoria se extinguía como los bordes de un dibujo inacabado. Sus manos palparon un tejido de algodón y advirtió así que todavía vestía su camisón de dormir. Se incorporó y lentamente se acercó al mural que reflejaba la luz de decenas de velas blancas, pulcramente alineadas en los brazos de candelabros surcados por lágrimas de cera.

Las llamas susurraban al unísono; aquel sonido eran las voces que le había parecido oír. La lumbre áurea de todas aquellas luces ardientes le dilató las pupilas y una rara lucidez penetró en su mente. Los recuerdos parecieron volver uno a uno, como las primeras gotas de una lluvia al alba. Con ellos, cayó el primer golpe de pánico.

Recordó el frío contacto de unas manos invisibles arrastrándola en las tinieblas. Recordó una voz que le susurraba al oído mientras cada músculo de su cuerpo quedaba petrificado, incapaz de reaccionar. Recordó una forma forjada en sombras que la llevaba a través del bosque. Recordó cómo había murmurado su nombre aquella sombra espectral y cómo ella, paralizada por el terror, había comprendido que nada de todo aquello era una pesadilla. Simone cerró los ojos y se llevó las manos a la boca, ahogando un grito.

Su primer pensamiento fue para sus hijos. ¿Qué había sido de Irene y de Dorian? ¿Seguían en la casa? ¿Los había alcanzado aquella aparición indescriptible? Una fuerza desgarradora marcó a fuego cada uno de estos interrogantes en su alma. Corrió hacia lo que parecía una puerta y forcejeó con la cerradura en vano, gritando y aullando hasta que la fatiga y la desesperación pudieron más que ella. Paulatinamente, una fría serenidad la devolvió a la realidad.

Estaba presa. Quien la había secuestrado en mitad de la noche la había encerrado en aquel lugar y, probablemente, también había capturado a sus hijos. Pensar que podría haberlos dañado o herido estaba fuera de

consideración en aquel momento. Si esperaba poder hacer algo por ellos, debía anular cualquier nuevo espasmo de pánico y mantener el control de cada uno de sus pensamientos. Simone apretó los puños con fuerza mientras se repetía estas palabras. Respiró profundamente con los ojos cerrados, sintiendo cómo su corazón recuperaba un pulso normal.

Poco después abrió de nuevo los ojos y observó la habitación con detenimiento. Cuanto antes comprendiese lo que estaba sucediendo, antes podría salir de allí y acudir en ayuda de Irene y Dorian.

Lo primero que sus ojos registraron fueron los muebles, pequeños y austeros. Muebles de niño, de construcción sencilla, rayana en la pobreza. Estaba en la habitación de un niño, pero su instinto le decía que hacía mucho tiempo que ningún niño la ocupaba. La presencia que impregnaba aquel lugar, tangible, fuera lo que fuese, desprendía vejez, decrepitud. Simone se acercó al lecho y se sentó sobre él, contemplando la habitación desde allí. No había inocencia en aquella alcoba. Cuanto podía presentir era oscuridad. Maldad.

El lento veneno del miedo empezó a correr por sus venas, pero Simone ignoró sus señales de aviso y, tomando uno de los candelabros, se aproximó a la pared. Infinidad de recortes y fotografías formaban un mural que se perdía en la penumbra. Advirtió la rara pulcritud con que todas aquellas imágenes habían sido adheridas a la pared. Un siniestro museo de recuerdos se desplegaba ante sus ojos, y cada uno de aquellos recortes parecía proclamar en silencio la existencia de algún significado para todo ello. Una voz que trataba de hacerse oír desde el pasado. Simone acercó la vela a un palmo escaso de la pared y dejó que el torrente de fotografías y grabados, de palabras y dibujos, la inundase.

Sus ojos captaron al vuelo un nombre familiar en una de las decenas de noticias: Daniel Hoffmann. El nombre despertó su memoria con un relámpago. El misterioso personaje de Berlín cuya correspondencia debía separar, según sus instrucciones. El extraño individuo cuyas cartas, tal como Simone había averiguado accidentalmente, iban a parar a las llamas. Sin embargo, había algo en todo aquello que no cuadraba. El hombre del que hablaban aquellas noticias no vivía en Berlín y, a juzgar por las fechas de publicación de los periódicos, debería contar ahora con una edad improbablemente avanzada. Confundida, Simone se sumergió en el texto de la reseña.

El Hoffmann de los recortes era un hombre rico, fenomenalmente rico. Centímetros más allá, la primera página de *Le Figaro* publicaba la noticia de un incendio en la factoría de juguetes. Hoffmann había muerto en la tragedia.

Las llamas consumían el edificio y una multitud se agolpaba, paralizada por el espectáculo infernal. Entre ellos, un niño de ojos asustados miraba a la cámara, perdido.

La misma mirada aparecía en otro recorte. Esta vez, la noticia explicaba la tenebrosa historia de un muchacho que había permanecido siete días encerrado en un sótano, abandonado en la oscuridad. Agentes de la policía lo habían encontrado al hallar a su madre muerta en una de las habitaciones. El rostro del niño, que apenas debía de contar siete u ocho años, era un espejo sin fondo.

Un intenso escalofrío le atenazó el cuerpo, mientras las piezas de un siniestro rompecabezas empezaban a insinuarse en su mente. Pero había más, y el fascinante poder de aquellas imágenes era hipnótico. Los recortes avanzaban en el tiempo. Muchos de ellos hablaban de personas desaparecidas, de gentes que Simone nunca había oído mencionar. Entre ellos, destacaba una muchacha de belleza resplandeciente, Alexandra Alma Maltisse, heredera de un imperio de forjadores de Lyon, a la que una revista de Marsella se refería como la prometida de un joven pero prestigioso ingeniero e inventor de juguetes, Lazarus Jann. Junto a aquel recorte, una serie de fotografías mostraba a la deslumbrante pareja entregando juguetes en un orfanato de Montparnasse. Los dos rebosaban felicidad y luminosidad. «Es mi firme propósito que todos los niños de este país, sea cual sea su situación, puedan tener un juguete», declaraba el inventor en el pie de foto.

Más adelante, otro periódico anunciaba la boda de Lazarus Jann y Alexandra Maltisse. La fotografía oficial del compromiso estaba tomada al pie de la escalinata de Cravenmoore.

Un Lazarus repleto de juventud abrazaba a su prometida. Ni una sola nube enturbiaba aquella imagen de ensueño. El joven y emprendedor Lazarus Jann había adquirido la suntuosa mansión con la intención de que constituyese su hogar nupcial. Diversas imágenes de Cravenmoore ilustraban la noticia.

La sucesión de imágenes y recortes se prolongaba más y más, agrandando aquella galería de personajes y acontecimientos del pasado. Simone se detuvo y volvió atrás. El rostro de aquel niño, perdido y aterrado, no la abandonaba. Dejó que sus ojos penetraran en aquella mirada desolada y, lentamente, reconoció en ella la mirada en la que había puesto esperanzas y amistad. Aquella mirada no era la de aquel Jean Neville del que Lazarus le había hablado. Aquélla era una mirada conocida para ella, dolorosamente conocida. Era la mirada de Lazarus Jann.

Una nube de negrura corrió un velo sobre su corazón. Inspiró profundamente y cerró los ojos. Por alguna razón, antes de que la voz sonase a su espalda, Simone supo que había alguien más en la habitación.

* * *

Ismael e Irene alcanzaron la cima de los acantilados poco antes de las cuatro de la tarde. Testigos de la dificultad del ascenso eran las magulladuras y los cortes que la piedra había labrado cruelmente en sus brazos y sus piernas. Aquél era el precio por permitirles cruzar la senda prohibida. Por dificultoso que Ismael hubiese esperado que fuese el ascenso, la realidad demostró ser peor y más peligrosa de lo que podía imaginar. Irene, sin rechistar un segundo, ni despegar los labios para quejarse de los arañazos que hacían mella en su piel, le había demostrado un valor que no había visto antes en persona alguna.

La muchacha había trepado y se había aventurado por riscos donde nadie, en su sano juicio, hubiese puesto los pies. Cuando finalmente llegaron al umbral del bosque, Ismael se limitó a abrazarla en silencio. La fuerza que ardía dentro de aquella chica no la apagaría ni toda el agua del océano.

—¿Cansada?

Sin aliento, Irene negó con la cabeza.

—¿Nunca te han dicho que eres la persona más tozuda que hay en este planeta?

Media sonrisa asomó a los labios de la muchacha.

—Espera a conocer a mi madre.

Antes de que Ismael pudiese replicar, ella lo tomó de la mano y tiró de él hacia el bosque. A sus espaldas, un abismo más abajo, se distinguía la laguna.

Si alguien le hubiese dicho que un día treparía por aquellos acantilados infernales, no lo habría creído. Respecto a Irene, sin embargo, estaba dispuesto a creer cualquier cosa.

* * *

Simone se volvió lentamente hacia las sombras. Podía sentir la presencia del intruso; podía incluso oír el susurro de su respiración pausada. Pero no podía verlo. El aura de las velas se desvanecía en un halo impenetrable, más allá del cual la habitación se transformaba en un vasto escenario sin fondo. Simone

escrutó la penumbra que enmascaraba al visitante. Una rara serenidad la dominaba y le otorgaba una lucidez de pensamiento que la sorprendía. Sus sentidos parecían recoger cada minúsculo detalle de lo que la rodeaba con una precisión escalofriante. Su mente registraba cada vibración del aire, cada sonido, cada reflejo. De este modo, atrincherada en aquel extraño estado de calma, permaneció en silencio enfrentada a la tiniebla, esperando que el visitante se diese a conocer.

—No esperaba verla aquí —dijo finalmente la voz desde las sombras, una voz débil, distante—. ¿Tiene miedo?

Simone negó con la cabeza.

—Bien. No debe tenerlo. No debe tener miedo.

—¿Va a seguir ahí escondido, Lazarus?

Un largo silencio siguió a su pregunta. La respiración de Lazarus se hizo más audible.

—Prefiero estar aquí —respondió finalmente.

—¿Por qué?

Algo brilló en la penumbra. Un destello fugaz, casi imperceptible.

—¿Por qué no se sienta, madame Sauvelle?

—Prefiero estar de pie.

—Como quiera. —El hombre hizo una nueva pausa—. Probablemente se preguntará qué ha sucedido.

—Entre otras cosas —cortó Simone, el filo de la indignación asomando en su tono de voz.

—Tal vez lo más sencillo es que me formule usted esas preguntas y que yo trate de responderlas.

Simone dejó escapar un suspiro de ira.

—Mi primera y última pregunta es dónde está la salida —espetó.

—Me temo que eso no es posible. No todavía.

—¿Por qué no?

—¿Es ésa otra de sus preguntas?

—¿Dónde estoy?

—En Cravenmoore.

—¿Cómo he llegado hasta aquí y por qué?

—Alguien la trajo…

—¿Usted?

—No.

—¿Quién?

—Alguien a quien usted no conoce… aún.

—¿Dónde están mis hijos?

—No lo sé.

Simone avanzó hacia las sombras, su rostro rojo de ira.

—¡Maldito bastardo!…

Encaminó sus pasos hacia el lugar de donde provenía la voz. Paulatinamente, sus ojos percibieron una silueta sobre una butaca. Lazarus. Pero había algo extraño en su rostro. Simone se detuvo.

—Es una máscara —dijo Lazarus.

—¿Por qué razón? —preguntó ella, sintiendo que la serenidad que había experimentado se evaporaba vertiginosamente.

—Las máscaras revelan el verdadero rostro de las personas…

Simone luchó por no perder la calma. Rendirse a la ira no la conduciría a nada.

—¿Dónde están mis hijos? Por favor…

—Ya se lo he dicho, madame Sauvelle. No lo sé.

—¿Qué va a hacer conmigo?

Lazarus desplegó una de sus manos, enfundada en un guante satinado. La superficie de la máscara brilló de nuevo. Aquél era el reflejo que había advertido antes.

—No voy a hacerle daño, Simone. No debe tener miedo de mí. Ha de confiar en mí.

—Una petición un tanto fuera de lugar, ¿no le parece?

—Por su propio bien. Trato de protegerla.

—¿De quién?

—Siéntese, por favor.

—¿Qué diablos está sucediendo aquí? ¿Por qué no me dice lo que está pasando?

Simone notó cómo su voz se convertía en un hilo quebradizo e infantil. Reconociendo el umbral de la histeria, apretó los puños y respiró profundamente. Retrocedió unos pasos y tomó asiento en una de las sillas que rodeaban una mesa vacía.

—Gracias —murmuró Lazarus.

Ella dejó escapar una lágrima en silencio.

—Antes que nada, quiero que sepa que siento profundamente que se haya visto envuelta en todo esto. Nunca pensé que llegaría este momento —declaró el fabricante de juguetes.

—Nunca existió un niño llamado Jean Neville, ¿no es así? —preguntó Simone—. Ese niño fue usted. La historia que me contó… era una verdad a

medias de su propia historia.

—Veo que ha estado leyendo mi colección de recortes. Probablemente eso la ha llevado a formarse algunas ideas interesantes, pero equivocadas.

—La única idea que me he formado, señor Jann, es que es usted una persona enferma que necesita ayuda. No sé cómo ha conseguido traerme hasta aquí, pero le aseguro que tan pronto salga de este lugar, mi primera visita va a ser la gendarmería. El rapto es un delito…

Sus palabras le sonaron tan ridículas como fuera de lugar.

—¿Debo intuir entonces que tiene intención de renunciar a su empleo, madame Sauvelle?

Aquella rara punta de ironía dibujó una señal de alerta en el ánimo de Simone. Aquel comentario no se diría propio del Lazarus que conocía. Aunque, a decir verdad, si algo estaba claro es que no lo conocía en absoluto.

—Intuya lo que quiera —replicó fríamente.

—Bien. En ese caso, antes de que acuda a las autoridades, para lo cual tiene mi venia, permítame que complete las piezas de la historia que sin duda usted ha hilvanado ya en su mente.

Simone observó la máscara, pálida y desprovista de cualquier expresión. Un rostro de porcelana del que emergía aquella voz fría y distante. Sus ojos apenas eran dos pozos de oscuridad.

—Como verá, apreciada Simone, la única moraleja que se puede sacar de esta historia, o de cualquier otra, es que, en la vida real, a diferencia de la ficción, nada es lo que parece…

—Prométame una cosa, Lazarus —lo interrumpió ella.

—Si está en mi mano…

—Prométame que, si escucho su historia, me dejará marchar de aquí con mis hijos. Yo le juro que no acudiré a las autoridades. Tan sólo cogeré a mi familia y abandonaré este pueblo para siempre. No volverá a saber de mí —suplicó Simone.

La máscara guardó unos segundos de silencio.

—¿Es eso lo que desea?

Ella asintió, conteniendo las lágrimas.

—Me decepciona, Simone. Creí que éramos amigos. Buenos amigos.

—Por favor…

La máscara cerró el puño.

—Está bien. Si lo que quiere es reunirse con sus hijos, lo hará. A su debido tiempo…

* * *

—¿Recuerda a su madre, madame Sauvelle? Todos los niños tienen en su corazón un lugar reservado para la mujer que los trajo al mundo. Es como un punto de luz que nunca se apaga. Una estrella en el firmamento. Yo he pasado la mayor parte de mi vida intentando borrar ese punto. Olvidarlo por completo. Pero no es fácil. No lo es. Espero que, antes de juzgarme y condenarme, tenga a bien escuchar mi historia. Seré breve. Las buenas historias necesitan de pocas palabras…

»Vine al mundo la noche del 26 de diciembre de 1882, en una vieja casa de la más oscura y retorcida calle del distrito de Les Gobelins, en París. Un lugar tenebroso e insalubre, ciertamente. ¿Ha leído a Victor Hugo, madame Sauvelle? Si lo ha hecho, sabrá de qué le hablo. Fue allí donde mi madre, con ayuda de su vecina Nicole, dio a luz a un pequeño bebé. Era un invierno tan frío que, al parecer, tardé minutos en prorrumpir en el llanto que se espera de todo bebé. Tanto es así que, por un instante, mi madre estuvo convencida de que había nacido muerto. Cuando comprobó que no era así, la pobre infeliz lo interpretó como un milagro y decidió, divina ironía, bautizarme con el nombre de Lazarus.

»Evoco los años de mi infancia como una sucesión de gritos en las calles y de largas enfermedades de mi madre. Uno de mis primeros recuerdos es el estar sentado sobre las rodillas de Nicole, la vecina, y escuchar cómo la buena mujer me contaba que mi madre estaba muy enferma, que no podía atender a mis llamadas y que debía ser bueno e ir a jugar con los otros niños. Los otros niños a los que se refería eran un grupo de chiquillos harapientos que mendigaban de sol a sol y aprendían antes de los siete años que la supervivencia en el barrio pasaba por convertirse en criminal o en funcionario. No es necesario aclarar cuál de las dos alternativas era la favorita.

»La única luz de esperanza en aquellos días en el barrio la representaba un personaje misterioso que ocupaba nuestros sueños. Su nombre era Daniel Hoffmann y era sinónimo de fantasía para todos nosotros, hasta el punto de que muchos dudaban de su existencia. Según contaba la leyenda, Hoffmann recorría las calles de París con diferentes disfraces y simulando distintas identidades, repartiendo entre los niños pobres juguetes que él mismo había construido en su fábrica. Todos los chiquillos de París habían oído hablar de él y todos soñaban con que, algún día, ellos serían los elegidos por la fortuna.

»Hoffmann era el emperador de la magia, de la imaginación. Sólo una cosa podía vencer a la fuerza de su fascinación: la edad. A medida que los muchachos crecían y su espíritu quedaba desprovisto de la capacidad de imaginar, de jugar, el nombre de Daniel Hoffmann se borraba de su memoria; hasta que un día, ya adultos, eran incapaces de identificarlo cuando lo oían de labios de sus propios hijos…

»Daniel Hoffmann fue el mayor fabricante de juguetes que jamás ha existido. Poseía una gran factoría en el distrito de Les Gobelins. Su fábrica de juguetes semejaba una gran catedral que se alzaba entre las tinieblas de aquel barrio fantasmal y plagado de peligros y miserias. Una torre afilada como una aguja se alzaba en el centro y se clavaba en las nubes. Desde ella, las campanas señalaban el alba y el crepúsculo todos los días del año. El eco de aquellas campanas se oía en toda la ciudad. Todos los muchachos del barrio conocíamos el edificio, pero los adultos eran incapaces de verlo y creían que su emplazamiento lo ocupaba un inmenso pantano impenetrable, una tierra baldía en el corazón de las tinieblas de París.

»Nadie había visto jamás el verdadero rostro de Daniel Hoffmann. Se decía que el creador de los juguetes ocupaba una sala en lo más alto de la torre y que apenas salía de allí; menos cuando se aventuraba, disfrazado, por las calles de París al anochecer y regalaba juguetes a los niños desheredados de la ciudad. A cambio, tan sólo pedía una cosa: el corazón de los muchachos, su promesa eterna de amor y obediencia. Cualquier chico del barrio le hubiese entregado su corazón sin dudarlo. Pero no todos escuchaban la llamada. Los rumores hablaban de cientos de diferentes disfraces que ocultaban su identidad. Había quien se aventuraba a declarar que Daniel Hoffmann jamás empleaba dos veces un mismo atavío.

»Pero volvamos a mi madre. La enfermedad a la que Nicole se refería es para mí todavía un misterio. Imagino que algunas personas, como ciertos juguetes, a veces nacen con una tara de origen. De algún modo, eso nos convierte a todos en juguetes rotos, ¿no le parece? El caso es que la dolencia que padecía mi madre se tradujo con el tiempo en una paulatina pérdida de sus capacidades mentales. Cuando el cuerpo está herido, la mente no tarda en desviarse del camino. Es ley de vida.

»Fue así como aprendí a crecer con la soledad como única compañía y a soñar con que algún día Daniel Hoffmann vendría en mi ayuda. Recuerdo que todas las noches, antes de acostarme, le pedía al ángel de la guarda que me llevase hasta él. Todas las noches. Y fue así también como, supongo que llevado de la fantasía de Hoffmann, empecé a fabricar mis propios juguetes.

»Para ello empleaba despojos que encontraba en las basuras del barrio. Y construí mi primer tren, y un castillo de tres niveles. A eso le siguió un dragón de cartón y, más adelante, una máquina de volar, mucho antes de que los aeroplanos fuesen una visión habitual en el cielo. Pero mi juguete favorito era *Gabriel. Gabriel* era un ángel. Un ángel maravilloso que forjé con mis propias manos para que me protegiese de la oscuridad y de los peligros del destino. Lo construí con los restos de una máquina de planchar y quincallería que conseguí de un telar abandonado, dos calles más abajo de donde vivíamos. Pero *Gabriel*, mi ángel de la guarda, tuvo una vida corta.

»El día en que mi madre descubrió todo mi arsenal de juguetes, *Gabriel* quedó condenado a muerte.

»Mi madre me llevó al sótano de la casa y allí, susurrando y sin dejar de mirar hacia todas partes, como si temiese que alguien estuviese acechando en la sombra, me contó que alguien le había estado hablando en sueños. Su confidente le había hecho la siguiente revelación: los juguetes, todos los juguetes, eran una invención del mismísimo Lucifer. Con ellos esperaba condenar las almas de los niños del mundo. Aquella misma noche, *Gabriel* y todos mis juguetes fueron a parar al horno de la caldera.

»Mi madre insistió en que debíamos destruirlos juntos, asegurarnos de que se reducían a cenizas. De lo contrario, la sombra de mi alma maldita, explicó ella, vendría a por mí. Cada mancha en mi conducta, cada falta, cada desobediencia, quedaba marcada en ella. Una sombra que llevaba siempre conmigo y que era un reflejo de lo malvado y desconsiderado que yo era con ella, con el mundo…

»Por aquel entonces, yo tenía siete años.

»Fue alrededor de aquella época cuando la enfermedad de mi madre se agudizó. Empezó a encerrarme en el sótano, donde, según ella, la sombra no podría encontrarme si venía a por mí. Durante esos largos encierros, apenas me atrevía a respirar, temiendo que mis suspiros llamasen la atención de la sombra, aquel malvado reflejo de mi alma débil, y me llevase directamente al infierno. Todo esto le resultará cómico, a lo peor, triste, madame Sauvelle, pero para aquel chiquillo de pocos años, era la escalofriante realidad de cada día.

»No quisiera aburrirla con detalles sórdidos de aquellos tiempos. Baste decir que, durante uno de esos encierros, mi madre perdió definitivamente el poco juicio que le quedaba y yo permanecí una semana entera atrapado en aquel sótano, solo en la oscuridad. Ya lo ha leído usted en el recorte, imagino. Una de esas historias que a las gentes de la prensa les complace colocar en la

primera página de sus ediciones. Las malas noticias, especialmente si son escabrosas y espeluznantes, abren los bolsillos del público con eficacia pasmosa. A todo esto, usted se preguntará, ¿qué hace un niño encerrado durante siete días y siete noches en un sótano oscuro?

»En primer lugar, permítame decirle que, pasadas unas horas privado de luz, el ser humano pierde el sentido del tiempo. Las horas se transforman en minutos o segundos. O semanas si lo prefiere. El tiempo y la luz están estrictamente relacionados. El caso es que durante ese período de tiempo sucedió algo realmente prodigioso. Un milagro. Mi segundo milagro, si usted quiere, después de aquellos minutos en blanco al poco de nacer.

»Mis plegarias tuvieron efecto. Todas aquellas noches orando en silencio no habían sido en vano. Llámelo suerte, llámelo destino.

»Daniel Hoffmann vino a mí. A mí. De entre todos los niños de París, yo fui el elegido aquella noche para recibir su gracia. Todavía recuerdo aquella tímida llamada en la trampilla que daba al exterior de la calle. Yo no podía llegar hasta ella, pero sí pude contestar a la voz que me habló desde el exterior; la voz más maravillosa y bondadosa que he oído jamás. Una voz que desvanecía la oscuridad y que fundía el miedo de un pobre niño asustado como el sol acaba con el hielo. Y, ¿sabe una cosa, Simone? Daniel Hoffmann me llamó por mi nombre.

»Y yo le abrí la puerta de mi corazón. Poco después, una luz maravillosa se hizo en el sótano y Hoffmann apareció de la nada, vistiendo un deslumbrante traje blanco. Si usted lo hubiese visto, Simone. Era un ángel, un verdadero ángel de luz. Nunca he visto a nadie que irradiase aquella aura de belleza y de paz.

»Aquella noche, Daniel Hoffmann y yo conversamos en la intimidad, como usted y yo lo estamos haciendo ahora. No hizo falta que le contase lo de *Gabriel* y el resto de mis juguetes; ya estaba al corriente. Hoffmann era un hombre informado, entiéndalo. También estaba al tanto de las historias que mi madre me había relatado acerca de la sombra. Lo sabía todo al respecto. Aliviado, le confesé que esa sombra me tenía realmente aterrorizado. No puede imaginar la compasión, la comprensión que emanaba aquel hombre. Escuchó pacientemente el relato de cuanto me sucedía, y podía sentir que se hacía partícipe de mi dolor, de mi angustia. Y, especialmente, comprendía cuál era el mayor de mis temores, la peor de mis pesadillas: la sombra. Mi propia sombra, aquel espíritu maligno que me seguía a todas partes y que cargaba con todo lo malo que había en mí…

»Fue Daniel Hoffmann quien me explicó lo que debía hacer. Hasta entonces yo era un pobre ignorante, compréndalo. ¿Qué sabía yo de sombras? ¿Qué sabía yo de aquellos misteriosos espíritus que visitaban a la gente en sus sueños y les hablaban del futuro y del pasado? Nada.

»Pero él sí sabía. Él lo sabía *todo*. Y estaba dispuesto a ayudarme.

»Aquella noche, Daniel Hoffmann me reveló el futuro. Me dijo que yo estaba destinado a sucederlo al frente de su imperio. Me explicó que todos sus conocimientos, todo su arte sería mío algún día, y que el mundo de pobreza que me rodeaba se desvanecería para siempre. Puso en mis manos un porvenir que jamás me hubiera atrevido a soñar. Un futuro. Yo no sabía lo que eso era. Y él me lo brindó. Tan sólo debía hacer una cosa a cambio. Una pequeña promesa insignificante: debía entregarle mi corazón. Sólo a él y a nadie más que a él.

»El fabricante de juguetes me preguntó si comprendía lo que eso significaba. Respondí que sí, sin dudarlo un instante. Por supuesto que podía contar con mi corazón. Él era la única persona que se había portado bien conmigo. La única persona a la que le había importado. Me dijo que, si lo deseaba, muy pronto saldría de allí, que nunca más volvería a ver aquella casa ni aquel lugar, ni siquiera a mi madre. Y, lo más importante, me dijo que no debería preocuparme nunca más por la sombra. Si hacía lo que él me pedía, el futuro se abriría frente a mí, limpio y luminoso.

»Me preguntó si confiaba en él. Asentí. En aquel momento, extrajo un pequeño frasco de cristal, parecido al que usted emplearía para contener perfume. Sonriendo, lo destapó y mis ojos asistieron a una visión sobrecogedora. Mi sombra, mi reflejo en la pared, se tornó una mancha danzante. Una nube de oscuridad que fue absorbida por el frasco, capturada para siempre en su interior. Daniel Hoffmann cerró entonces el frasco y me lo tendió. El cristal estaba frío como el hielo.

»Me explicó entonces que, desde aquel momento, mi corazón ya le pertenecía y que pronto, muy pronto, todos mis problemas se desvanecerían. Si no faltaba a mi juramento. Le dije que jamás podría hacer una cosa así. Me sonrió cariñosamente de nuevo y me entregó un obsequio. Un caleidoscopio. Me pidió que cerrase los ojos y pensase con todas mis fuerzas en lo que más deseaba en el universo. Mientras lo hacía, se arrodilló frente a mí y me besó en la frente. Cuando abrí los ojos, ya no estaba allí.

»Una semana después, la policía, alertada por un anónimo informante que los puso al corriente de lo que sucedía en mi casa, me rescató de aquel agujero. Mi madre había muerto…

»De camino a la comisaría, las calles se inundaron de coches de bomberos. El fuego podía olerse en el aire. Los policías que me custodiaban se desviaron de la ruta y entonces pude verlo: alzándose en el horizonte, la fábrica de Daniel Hoffmann ardía en uno de los incendios más pavorosos que ha visto la historia de París. Las gentes que jamás habían reparado en ella observaban la catedral de fuego. Todos recordaron entonces el nombre de aquel personaje que había sembrado de sueños su infancia: Daniel Hoffmann. El palacio del emperador ardía…

»Las llamas y la pira de humo negro se alzaron hacia el cielo durante tres días y tres noches, como si el averno hubiese abierto sus puertas en el negro corazón de la ciudad. Yo estaba allí y lo vi con mis propios ojos. Días después, cuando sólo quedaban cenizas para dar testimonio del impresionante edificio que se había alzado allí, los periódicos publicaron la noticia.

»Con el tiempo, las autoridades encontraron a un pariente de mi madre que se hizo cargo de mi custodia, y me trasladé a vivir con su familia en Cap d'Antibes. Allí crecí y me eduqué. Una vida normal. Feliz. Tal y como Daniel Hoffmann me había prometido. Incluso me permití inventar una variante de mi pasado para contármela a mí mismo: la historia que le narré.

»El día en que cumplí los dieciocho años recibí una carta. El matasellos era de ocho años antes, de la oficina postal de Montparnasse. En ella, mi viejo amigo me anunciaba que la firma de notarios de un tal monsieur Gilbert Travant, en Fontainebleau, tenía en su poder las escrituras de una residencia en la costa de Normandía que pasaba a ser legalmente de mi propiedad al cumplir la mayoría de edad. La nota, en pergamino, venía firmada con una «D».

»Tardé varios años en tomar posesión de Cravenmoore. Para entonces yo ya era un prometedor ingeniero. Mis diseños de juguetes sobrepasaban cualquier proyecto conocido hasta la fecha. Pronto comprendí que había llegado el momento de crear mi propia fábrica. En Cravenmoore. Todo estaba sucediendo tal y como se me había anunciado. Todo, hasta que sucedió el *accidente*. Ocurrió en la Porte de Saint Michel, un 13 de febrero. Ella se llamaba Alexandra Alma Maltisse y era la criatura más bella que jamás había visto.

»Durante todos aquellos años, había conservado conmigo aquel frasco que Daniel Hoffmann me había entregado en el sótano de la rue des Gobelins aquella noche. Su tacto seguía siendo tan frío como entonces. Seis meses después, traicioné mi promesa a Daniel Hoffmann y entregué mi corazón a aquella joven. Me casé con ella. Fue el día más feliz de mi vida. La noche

antes de la boda, que habría de celebrarse en Cravenmoore, tomé el frasco que contenía mi sombra y me dirigí a los acantilados del cabo. Desde allí, condenándola para siempre al olvido, la lancé a las oscuras aguas.

»Por supuesto, rompí mi promesa…

* * *

El sol había iniciado ya su declive sobre la bahía cuando Ismael e Irene avistaron entre los árboles la fachada posterior de la Casa del Cabo. El agotamiento que ambos arrastraban parecía haberse retirado discretamente a algún lugar no muy lejano, a la espera de un momento más oportuno para emprender su regreso. Ismael había oído hablar de ese fenómeno, una suerte de soplo que experimentaban algunos atletas una vez rebasado el límite de su propia capacidad de cansancio. Pasado ese punto, el cuerpo seguía adelante sin muestras de fatiga. Hasta que la máquina paraba, claro está. Una vez el esfuerzo acababa, el castigo caía de una sola vez. Un préstamo de los músculos, por así decirlo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Irene, advirtiendo el semblante meditabundo del chico.

—En que tengo hambre.

—Y yo. ¿No es raro?

—Al contrario. Nada como un buen susto para abrir el apetito… —se permitió bromear Ismael.

La Casa del Cabo estaba en calma y no había signo aparente de presencia alguna. Dos guirnaldas de ropa seca, suspendida en los tendederos, ondeaban al viento. Ismael captó una visión fugaz de lo que a todas luces parecía ropa interior de Irene por el rabillo del ojo. Su mente pasó a considerar el aspecto que tendría su compañera enfundada en semejantes atavíos.

—¿Estás bien? —inquirió ella.

El muchacho tragó saliva, pero asintió.

—Cansado y hambriento, eso es todo.

Irene le dirigió una sonrisa enigmática. Por un segundo, Ismael consideró la posibilidad de que todas las mujeres fuesen, secretamente, capaces de leer el pensamiento. Mejor no perderse en semejantes consideraciones con el estómago vacío.

La joven trató de abrir la puerta trasera de la casa, pero al parecer alguien había echado el cerrojo por dentro. La sonrisa de Irene se tornó en una mueca de extrañeza.

—¿Mamá? ¿Dorian? —llamó mientras se retiraba unos pasos y examinaba las ventanas del piso superior.

—Probemos por delante —dijo Ismael.

Ella le siguió, rodeando la casa hasta el porche. Una alfombra de cristales rotos afloró a sus pies. Ambos se detuvieron y la visión de la puerta destrozada y todas las ventanas astilladas se desplegó ante ellos. A simple vista, parecía que una explosión de gas hubiese arrancado la puerta de los goznes al tiempo que escupía una tormenta de cristal hacia el exterior. Irene trató de frenar la oleada de frío que le ascendía desde el estómago. En vano. Dirigió una mirada aterrorizada a Ismael y se dispuso a entrar en la casa. Él la retuvo, en silencio.

—¿Madame Sauvelle? —llamó desde el porche.

El sonido de su voz se perdió en el fondo de la casa. Ismael se adentró cautelosamente en el interior y examinó el panorama. Irene se asomó tras él. El suspiro de la muchacha tocó fondo.

La palabra para describir el estado de la vivienda, si es que había alguna, era devastación. Ismael jamás había visto los efectos de un tornado, pero imaginó que se parecían a lo que sus ojos le estaban transmitiendo.

—Dios mío…

—Cuidado con los cristales —advirtió el muchacho.

—¡Mamá!

El grito reverberó por la casa, un espíritu vagabundo de habitación en habitación. Ismael, sin soltar a Irene ni un segundo, se aproximó al pie de la escalera y echó un vistazo al piso superior.

—Subamos —dijo ella.

Ascendieron por la escalera lentamente, examinando los rastros que una fuerza invisible había dejado a su alrededor. La primera en advertir que el dormitorio de Simone no tenía puerta fue Irene.

—¡No!… —murmuró.

Ismael se apresuró hasta el umbral de la estancia y la examinó. Nada. Una a una, ambos registraron todas las habitaciones del piso superior. Vacío.

—¿Dónde están? —preguntó la chica con voz temblorosa.

—Aquí no hay nadie. Volvamos abajo.

Por lo que podía ver, la lucha o lo que fuese que había acontecido en aquel escenario había sido violenta. El muchacho se reservó cualquier observación al respecto, pero una oscura sospecha acerca de la suerte de la familia de Irene cruzó su pensamiento. Ella, todavía bajo los efectos del *shock*, lloraba en silencio al pie de la escalera. «En cuestión de minutos —

pensó Ismael—, la histeria se abrirá paso». Más valía que pensara algo, y rápido, antes de que eso sucediese. Su mente barajaba una docena de posibilidades, a cuál menos efectiva, cuando ambos oyeron por primera vez los golpes. Un silencio mortal los siguió.

Irene alzó la mirada, llorosa, y sus ojos buscaron la confirmación en Ismael. El muchacho asintió, alzando un dedo en señal de silencio. Los golpes se repitieron, secos y metálicos, viajando a través de la estructura de la casa. La mente de Ismael tardó unos segundos en rastrear aquellos impactos sordos y apagados. Metal. Algo, o alguien, estaba golpeando sobre una pieza de metal en algún lugar de la casa. El sonido se repitió mecánicamente. Ismael sintió la vibración viajar bajo sus pies y sus ojos se detuvieron sobre una puerta cerrada en el pasillo que conducía a la cocina en la parte posterior.

—¿Adónde da esa puerta?

—Al sótano… —respondió Irene.

El chico se aproximó a la puerta y auscultó el interior pegando el oído a la lámina de madera. Los golpes se repitieron por enésima vez. Ismael trató de abrir, pero la manija estaba atrancada.

—¿Hay alguien ahí dentro? —gritó.

El sonido de unas pisadas ascendiendo por la escalera llegó hasta sus oídos.

—Ten cuidado —dijo Irene.

Ismael se separó de la puerta. Por un instante, la imagen del ángel emergiendo del sótano de la casa inundó su mente. Una voz quebradiza se oyó al otro lado, distante. Irene se alzó de un salto y corrió hacia la puerta.

—¿Dorian?

La voz balbuceó algo.

Irene miró a Ismael y asintió.

—Es mi hermano…

El muchacho comprobó que derribar una puerta o, en ese caso, destrozarla era una tarea bastante más compleja de lo que los seriales radiofónicos daban a entender. Pasaron unos buenos diez minutos antes de que, con la ayuda de una barra de metal que encontraron en las alacenas de la cocina, la puerta se rindiese por fin. Ismael, cubierto de sudor, se retiró unos pasos e Irene dio el tirón de gracia. La cerradura, un amasijo de astillas de madera emergiendo del mecanismo herrumbroso y trabado, cayó al suelo. A ojos del chico, parecía un erizo.

Un segundo después, un muchacho de complexión pálida emergió de la oscuridad. Su rostro estaba atenazado en una máscara de terror y sus manos

temblaban. Dorian se cobijó en los brazos de su hermana, como un animal asustado. Irene dirigió una mirada a Ismael. Fuera lo que fuese lo que el muchacho había visto, había hecho mella en él. Irene se arrodilló frente a él y le limpió el rostro manchado de suciedad y lágrimas secas.

—¿Estás bien, Dorian? —le preguntó con calma, palpando el cuerpo del chico en busca de heridas o fracturas.

Dorian asintió repetidamente.

—¿Dónde está mamá?

El muchacho alzó la mirada. Sus ojos estaban estancados de terror.

—Dorian, es importante. ¿Dónde está mamá?

—Se la llevó… —balbuceó él.

Ismael se preguntó cuánto tiempo llevaría atrapado allí abajo, en la oscuridad.

—Se la llevó… —repitió Dorian, como si estuviese bajo los efectos de un influjo hipnótico.

—¿Quién se la ha llevado, Dorian? —preguntó Irene con fría serenidad—. ¿Quién se ha llevado a mamá?

Dorian les dirigió una mirada a ambos y sonrió débilmente, como si la pregunta que le formulaban fuese absurda.

—La sombra… —respondió—. La sombra se la llevó.

Las miradas de Ismael e Irene se encontraron.

Ella respiró profundamente y puso las manos sobre los brazos de su hermano.

—Dorian, voy a pedirte que hagas algo que es muy importante. ¿Me comprendes?

Él asintió.

—Necesito que vayas corriendo al pueblo, a la gendarmería, y que le digas al comisario que un accidente terrible ha ocurrido en Cravenmoore. Que mamá está allí, herida. Que vengan cuanto antes. ¿Me has comprendido?

Dorian la observó, desconcertado.

—No menciones la sombra. Di sólo lo que yo te he dicho. Es muy importante… Si lo haces, nadie te creerá. Menciona sólo un *accidente*.

Ismael asintió.

—Necesito que hagas esto por mí, y por mamá. ¿Podrás hacerlo?

Dorian miró a Ismael y luego a su hermana.

—Mamá ha tenido un accidente y está herida en Cravenmoore. Necesita ayuda urgente —repitió el muchacho mecánicamente—. Pero ella está bien…, ¿no?

Irene le sonrió y lo abrazó.

—Te quiero —le susurró.

Dorian besó a su hermana en la mejilla y, tras dirigir un saludo de camarada a Ismael, echó a correr en busca de su bicicleta. La encontró junto a la barandilla del porche. El obsequio de Lazarus había quedado reducido a una red de alambres y metal retorcido. El muchacho contempló los restos de su bicicleta mientras Ismael e Irene salían de la casa y reparaban en el macabro hallazgo.

—¿Quién es capaz de hacer algo así? —preguntó Dorian.

—Es mejor que te des prisa, Dorian —le recordó Irene.

Él asintió y partió a escape. Tan pronto como hubo desaparecido, Irene e Ismael salieron al porche. El sol se ponía sobre la bahía, trazando un globo de tinieblas que sangraba entre las nubes y teñía el mar de escarlata. Ambos se miraron y, sin necesidad de palabras, comprendieron lo que les esperaba en el corazón de la oscuridad, más allá del bosque.

12. DOPPELGÄNGER

Nunca hubo una novia más bella al pie de un altar, ni la habrá jamás —dijo la máscara—. Nunca.

Simone podía oír el llanto silencioso de las velas ardiendo en la penumbra y, más allá de aquellos muros, el susurro del viento arañando el bosque de gárgolas que coronaba Cravenmoore. La voz de la noche.

—La luz que Alexandra trajo a mi vida borró cuantos recuerdos y miserias habían poblado mi memoria desde la infancia. Aún hoy, pienso que pocos mortales llegan a conocer ese umbral de felicidad, de paz. De algún modo dejé de ser aquel muchacho del distrito más mísero de París. Olvidé aquellos largos encierros en la oscuridad. Dejé atrás para siempre aquel sótano negro donde siempre creía oír voces, donde la voz de mis remordimientos me decía que vivía aquella sombra a la que la enfermedad de mi madre había abierto una puerta desde los infiernos. Olvidé aquella pesadilla que me persiguió durante años… En ella, una escalera descendía desde las profundidades del sótano de nuestra casa en la rue des Gobelins hasta las cuevas de la laguna Estigia. Todo aquello quedó atrás. ¿Y sabe usted por qué? Porque Alexandra Alma Maltisse, el verdadero ángel en mi vida, me enseñó que, en contra de lo que mi madre me había repetido desde que tuve uso de razón, yo no era malo. ¿Comprende, Simone? No era malo. Era como los demás, como cualquier otro. Era inocente.

La voz de Lazarus se detuvo un instante. Simone imaginó lágrimas deslizándose en silencio tras la máscara.

—Juntos exploramos Cravenmoore. Muchas personas piensan que todos los prodigios que contiene esta casa son creación mía. No es cierto. Apenas una pequeña parte ha salido de mis manos. El resto, galerías y galerías de maravillas que ni yo mismo acierto a comprender, ya estaba aquí cuando entré por primera vez. Cuánto tiempo llevaban en esta casa nunca lo sabré. Hubo una época en que pensé que otros antes que yo habían ocupado mi lugar. A veces, si me detengo a escuchar en silencio por la noche, creo oír el eco de otras voces, de otros pasos, que pueblan los pasillos de este palacio. En ocasiones pienso que el tiempo se ha detenido en cada habitación, en cada corredor vacío, y que todas las criaturas que habitan este lugar fueron un día de carne y hueso. Como yo.

»Dejé de preocuparme por esos misterios hace mucho tiempo, incluso después de comprobar que, tras meses de vivir en Cravenmoore, aún descubría nuevas estancias en las que no había estado jamás, nuevos pasadizos que conducían a alas desconocidas… Creo que algunos lugares, palacios milenarios que se pueden contar con los dedos de una mano, son mucho más que una simple construcción; están vivos. Tienen su propia alma y su propio modo de comunicarse con nosotros. Cravenmoore es uno de esos lugares. Nadie sabe cuándo fue construido. Ni quién lo hizo, ni por qué. Pero cuando esta casa me habla, yo escucho…

»Antes del verano de 1916, en la cúspide de nuestra felicidad, sucedió algo. En realidad, había comenzado ya un año antes, sin que yo tuviese conocimiento de ello. Al día siguiente de nuestra boda, Alexandra se levantó al alba y acudió a la gran sala oval para contemplar los cientos de regalos que habíamos recibido. De entre todos ellos, llamó su atención un pequeño cofre labrado a mano. Una joya. Alexandra, cautivada, lo abrió. Contenía una nota y un frasco de cristal. La nota, dirigida a ella, le decía que aquél era un obsequio especial. Una sorpresa. Le explicaba que el frasco contenía mi perfume predilecto, el perfume que empleaba mi madre, y que debía guardarlo hasta el día de nuestro primer aniversario antes de usarlo. Pero tenía que ser un secreto entre ella y el firmante, un viejo amigo de mi infancia, Daniel Hoffmann…

»Siguiendo fielmente las instrucciones, con el convencimiento de que de ese modo me haría feliz, Alexandra guardó el frasco durante doce meses hasta la fecha señalada. Llegado el día, lo rescató del cofre y lo abrió. No hace falta decirle que aquel frasco no contenía perfume alguno. Aquél era el frasco que yo había lanzado al mar en la víspera de nuestro enlace. Desde el instante en que Alexandra destapó el frasco, nuestra vida se convirtió en una pesadilla…

»Fue por entonces cuando empecé a recibir la correspondencia de Daniel Hoffmann. Esta vez me escribía desde Berlín, donde me explicaba que tenía una gran labor por delante que algún día habría de cambiar el mundo. Millones de niños estaban recibiendo sus visitas y sus obsequios. Millones de niños que algún día formarían el mayor ejército que haya conocido la Historia. Hasta la fecha, todavía no he comprendido a qué hacía referencia con esas palabras…

»En uno de sus primeros envíos, me obsequió con un libro, un tomo encuadernado en piel que parecía más viejo que el mismo mundo. Una sola palabra se podía leer en su cubierta: *Doppelgänger*. ¿Ha oído usted hablar del *Doppelgänger*, querida amiga? Por supuesto que no. Las leyendas y los viejos trucos de magia no interesan ya a nadie. Es un término de origen germánico; designa a la sombra que se desprende de su dueño y se vuelve en su contra. Pero eso, por supuesto, no es más que el principio. Así lo fue para mí. Para su información, le diré que en esencia el libro era un manual acerca de las sombras. Una pieza de museo. Cuando empecé su lectura, ya era tarde. Algo crecía oculto, amparado en la oscuridad de esta casa; mes a mes, como el huevo de una serpiente que espera el momento de eclosionar.

»En mayo de 1916, algo me empezó a suceder. La luminosidad de aquel primer año con Alexandra se extinguió lentamente. Comencé a sospechar de la existencia de la sombra poco después. Cuando lo hice, sin embargo, ya no tenía remedio. Los primeros ataques no pasaron de ser sustos. Las ropas de Alexandra aparecían destrozadas. Las puertas se cerraban a su paso y manos invisibles empujaban objetos contra ella. Voces en la oscuridad. Apenas el principio…

»Esta casa tiene miles de rincones donde una sombra puede ocultarse. Comprendí entonces que no era más que el alma de su creador, de Daniel Hoffmann, y que la sombra crecería en ella, haciéndose más fuerte día a día. Y yo, por el contrario, me transformaría en un ser más débil. Toda la fuerza que había en mí pasaría a ser suya y, lentamente, mientras caminaba de vuelta a la oscuridad de mi infancia en Les Gobelins, yo pasaría a ser la sombra, y él, el maestro.

»Decidí cerrar la fábrica de juguetes y concentrarme en mi vieja obsesión. Quise volver a dar vida a *Gabriel*, aquel ángel de la guarda que me había protegido en París. En mi regreso a la infancia, creía que, si era capaz de volver a darle vida, él nos protegería a mí y a Alexandra de la sombra. Fue así como diseñé la criatura mecánica más poderosa que jamás hubiera soñado. Un coloso de acero. Un ángel para liberarme de mi pesadilla.

»¡Pobre ingenuo! Tan pronto aquel monstruoso ser fue capaz de levantarse de la mesa de mi taller, cualquier fantasía de obediencia que podía haber albergado se esfumó. No era a mí a quien escuchaba, sino al otro. A su maestro. Y él, la sombra, no podía existir sin mí, pues yo era la fuente de la que absorbía toda su fuerza. No sólo el ángel no me liberó de aquella vida miserable, sino que se transformó en el peor de los guardianes. El guardián de aquel secreto terrible que me condenaba para siempre, un guardián que se levantaría cada vez que algo o alguien pusiera en peligro ese secreto. Sin piedad.

»Los ataques a Alexandra se recrudecieron. La sombra era ahora más fuerte y su amenaza crecía día a día. Había decidido castigarme a través del sufrimiento de mi esposa. Había entregado a Alexandra un corazón que ya no me pertenecía. Aquel error habría de ser nuestra perdición. Cuando estaba a punto de perder la razón, comprobé que la sombra sólo actuaba cuando yo estaba en las inmediaciones. No podía vivir lejos de mí. Por este motivo, decidí abandonar Cravenmoore y refugiarme en la isla del faro. A nadie podía dañar allí. Si alguien tenía que pagar el precio de mi traición, ése era yo. Pero subestimé la fortaleza de Alexandra. Su amor por mí. Superando el terror y la amenaza a su vida, acudió en mi auxilio la noche del baile de máscaras. Tan pronto el velero en el que surcaba la bahía se aproximó al islote, la sombra cayó sobre ella y la arrastró a las profundidades. Aún puedo oír su risa en la oscuridad cuando emergió de entre las olas. Al día siguiente, volvió a refugiarse en aquel frasco de cristal. Durante los próximos veinte años no volví a verla…

Simone se alzó temblando de la silla y retrocedió paso a paso hasta que su espalda topó con la pared de la habitación. No podía seguir escuchando una sola palabra de los labios de aquel hombre, de aquel… enfermo. Sólo una cosa la mantenía en pie y le impedía rendirse al pánico que le inspiraba aquella figura enmascarada una vez escuchado su relato: la ira.

—Amiga mía, no, no… No cometa ese error… ¿No comprende qué es lo que sucede? Cuando usted y su familia llegaron aquí, no pude evitar que mi corazón se fijase en usted. No lo hice conscientemente. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que fue demasiado tarde. Traté de apagar ese hechizo construyendo una máquina a su imagen y semejanza…

—¿Qué?

—Creí… Al poco tiempo de que su presencia volviese a dar vida a esta casa, la sombra que había permanecido veinte años de nuevo dormida en

aquel frasco maldito despertó de su limbo. No tardó en encontrar una víctima propicia para liberarla de nuevo…

—Hannah… —murmuró Simone.

—Sé lo que ahora debe de sentir y pensar, créame. Pero no hay escapatoria posible. He hecho cuanto he podido… Debe creerme…

La máscara se incorporó y caminó hacia ella.

—¡No se acerque ni un paso más! —estalló Simone.

Lazarus se detuvo.

—No quiero hacerle daño, Simone. Soy su amigo. No me dé la espalda.

Ella sintió una oleada de odio que nacía en lo más profundo de su espíritu.

—Usted asesinó a Hannah…

—Simone…

—¿Dónde están mis hijos?

—Ellos han elegido su propio destino…

Un puñal de hielo le desgarró el alma.

—¿Qué… qué ha hecho con ellos?

Lazarus alzó las manos enguantadas.

—Han muerto…

Antes de que Lazarus pudiese finalizar sus palabras, Simone dejó escapar un alarido de furia y, asiendo uno de los candelabros de la mesa, se lanzó contra el hombre que tenía enfrente. La base del candelabro se estrelló con toda su fuerza en el centro de la máscara. El rostro de porcelana se rompió en mil pedazos y el candelabro se precipitó hacia la penumbra. No había nada allí.

Simone, paralizada, concentró los ojos en la masa negra que flotaba frente a ella. La silueta se despojó de los guantes blancos, desvelando únicamente oscuridad. Sólo entonces Simone pudo advertir aquel rostro demoníaco formarse frente a ella, una nube de sombras que adquiría lentamente volumen y siseaba como una serpiente, furiosa. Un alarido infernal rasgó sus oídos, un aullido que extinguió cada una de las llamas que ardían en la habitación. Por primera y última vez, Simone oyó la verdadera voz de la sombra. Después, las garras la atraparon y la arrastraron hacia la oscuridad.

* * *

A medida que se adentraban en el bosque, Ismael e Irene advirtieron que la tenue neblina que cubría la maleza se iba transformando paulatinamente en un manto de claridad incandescente. La niebla absorbía las luces parpadeantes de

Cravenmoore y las expandía en un espejismo espectral, una verdadera selva de vapor áureo. Tan pronto rebasaron el umbral del bosque, la explicación de aquel extraño fenómeno se reveló desconcertante y, de algún modo, amenazadora. Todas las luces de la mansión brillaban con gran intensidad tras los ventanales, confiriendo a la gigantesca estructura la apariencia de un buque fantasmal alzándose de las profundidades.

Los dos muchachos se detuvieron frente a las compuertas de lanzas que franqueaban el paso hasta el jardín, contemplando aquella visión hipnótica. Envuelta en aquel manto de luz, la silueta de Cravenmoore parecía todavía más siniestra que en la oscuridad. Los rostros de decenas de gárgolas afloraban ahora como centinelas de pesadilla. Pero no fue esa visión la que detuvo sus pasos. Algo más flotaba en el aire, una presencia invisible e infinitamente más escalofriante. Los sonidos de decenas, de cientos de autómatas moviéndose y desplazándose en el interior de la mansión se filtraban en el viento; la música disonante de un tiovivo y las risas mecánicas de una jauría de criaturas ocultas en aquel lugar.

Ismael e Irene escucharon paralizados la voz de Cravenmoore durante unos segundos, rastreando el origen de aquella cacofonía infernal hasta la gran puerta principal. La entrada, ahora abierta de par en par, escupía un vaho de luz dorada tras el cual las sombras palpitaban y danzaban al son de aquella melodía que helaba la sangre. Irene apretó instintivamente la mano de Ismael y el muchacho le dirigió una mirada impenetrable.

—¿Estás segura de querer entrar ahí? —preguntó él.

La silueta de una bailarina rotando sobre sí misma se recortó en una de las ventanas. Irene desvió la mirada.

—No tienes por qué venir conmigo. Al fin y al cabo, es mi madre…

—Es una oferta tentadora. No me la repitas dos veces —dijo Ismael.

—De acuerdo —asintió Irene—. Y pase lo que pase…

—Pase lo que pase.

Apartando de su mente las risas, la música, las luces y el macabro desfile de siluetas que poblaba aquel lugar, los dos muchachos enfilaron la escalinata de Cravenmoore. Tan pronto sintió el espíritu de la casa envolviéndolos, Ismael comprendió que cuanto habían visto hasta ahora no era más que el prólogo. El ángel y las demás máquinas de Lazarus no eran lo que lo asustaba. Había algo en aquella casa. Una presencia palpable y poderosa. Una presencia que destilaba odio y rabia. Y, de algún modo, Ismael supo que los estaba esperando.

* * *

Dorian golpeó una y otra vez la puerta de la gendarmería. El muchacho estaba sin aliento y sus piernas parecían a punto de derretirse. Había corrido como un poseso a través del bosque, hasta la Playa del Inglés, y después a lo largo de la interminable carretera que bordeaba la bahía hasta el pueblo, mientras el sol se ocultaba en el horizonte. No había parado ni un segundo, consciente de que, si se detenía, no volvería a dar un paso en diez años. Un solo pensamiento lo impulsaba hacia adelante: la imagen de aquella forma espectral portando a su madre hacia las tinieblas. Le bastaba recordarla para correr hasta el fin del mundo.

Cuando la puerta de la gendarmería se abrió finalmente, la oronda silueta del agente Jobart se adelantó dos pasos al frente. Los ojos diminutos del gendarme examinaron al muchacho, que parecía que fuera a desplomarse allí mismo. Dorian creyó estar observando a un rinoceronte. El gendarme ofreció una sonrisa sardónica y, hundiendo profesionalmente los pulgares en los bolsillos del uniforme, blandió su mueca de qué-horas-son-éstas-de-molestar. Dorian suspiró y trató de tragar saliva, pero no le quedaba una gota.

—¿Y bien? —escupió Jobart.

—Agua…

—Esto no es un bar, camarada Sauvelle.

La fina muestra de ironía probablemente pretendía evidenciar las envidiables dotes de reconocimiento e instinto de sabueso del paquidérmico policía. Con todo, Jobart dejó pasar al muchacho y procedió a servirle un vaso de agua de la cisterna. Dorian jamás hubiera sospechado que el agua pudiese ser tan deliciosa.

—Más.

Jobart le tendió otro vaso, esta vez ofreciéndole su mirada de Sherlock Holmes.

—De nada.

Dorian apuró hasta la última gota y se encaró al policía. Las instrucciones de Irene saltaron a su memoria, frescas y sin mácula.

—Mi madre ha tenido un accidente y está herida. Es grave. En Cravenmoore.

Jobart necesitó unos segundos para procesar tanta información.

—¿Qué tipo de accidente? —inquirió con tono de fino observador.

—¡Muévase! —estalló Dorian.

—Estoy solo. No puedo dejar el puesto.

El chico suspiró. De entre todos los cretinos que había en el planeta había ido a dar con un ejemplar de museo.

—¡Llame por radio! ¡Haga algo! ¡Ahora!

El tono y la mirada de Dorian desprendieron cierta alarma capaz de hacer que Jobart desplazase su considerable trasero hacia la radio y conectase el aparato. Por un instante se volvió a mirar al muchacho, con aire de sospecha.

—¡Llame! ¡Ya! —gritó Dorian.

* * *

Lazarus recuperó el sentido bruscamente, notando un dolor punzante en la nuca. Se llevó la mano hasta ese punto y palpó la herida abierta. Recordó vagamente el rostro de *Christian* en el pasillo del ala oeste. El autómata le había golpeado y lo había arrastrado hasta este lugar. Lazarus miró a su alrededor. Se encontraba en una de las habitaciones sin utilizar que poblaban Cravenmoore.

Lentamente, se incorporó y trató de poner en orden sus pensamientos. Un profundo cansancio le asaltó tan pronto se sostuvo sobre sus pies. Cerró los ojos y respiró profundamente. Al abrirlos, reparó en un pequeño espejo que pendía de una de las paredes. Se acercó a él y examinó su propio reflejo.

Luego, aproximándose hasta una diminuta ventana que daba a la fachada principal, observó cómo dos figuras cruzaban el jardín en dirección a la puerta principal.

* * *

Irene e Ismael franquearon el umbral de la puerta y penetraron en el haz de luz que emergía de las profundidades de la casa. El eco del tiovivo y el traqueteo metálico de miles de engranajes devueltos a la vida caló en ellos como un aliento helado. Cientos de diminutos mecanismos se movían en los muros. Un mundo de criaturas imposibles se agitaba en las vitrinas, en los móviles suspendidos en el aire. Resultaba imposible dirigir la vista a cualquier punto y no encontrar una de las creaciones de Lazarus en movimiento. Relojes con rostro, muñecos que caminaban como sonámbulos, rostros fantasmales que sonreían como lobos hambrientos…

—Esta vez no te separes de mí —dijo Irene.

—No pensaba hacerlo —replicó Ismael, abrumado por aquel mundo de seres que latían a su alrededor.

Apenas habían recorrido un par de metros cuando la puerta principal se cerró con fuerza a sus espaldas. Irene gritó y se aferró al chico. La silueta de un hombre gigantesco se alzó frente a ellos. Su rostro estaba cubierto por una máscara que representaba un payaso demoníaco. Dos pupilas verdes se expandieron tras la máscara. Los muchachos retrocedieron ante el avance de aquella aparición. Un cuchillo brilló en sus manos. La imagen de aquel mayordomo mecánico que les había abierto la puerta en su primera visita a Cravenmoore golpeó a Irene. *Christian*. Ése era su nombre. El autómata alzó el cuchillo en el aire.

—¡*Christian*, no! —gritó Irene—. ¡No!

El mayordomo se detuvo. El cuchillo cayó de sus manos. Ismael miró a la chica sin comprender nada. La figura, inmóvil, los observaba.

—Rápido —instó la muchacha, adentrándose en la casa.

Ismael corrió tras ella, no sin antes recoger el cuchillo que *Christian* había soltado. Alcanzó a Irene bajo la fuga vertical que ascendía hacia la cúpula. La joven miró alrededor y trató de orientarse.

—¿Dónde ahora? —preguntó Ismael, sin dejar de vigilar a su espalda.

Ella dudó, incapaz de optar por un camino a través del cual adentrarse en el laberinto de Cravenmoore.

Súbitamente, un golpe de aire frío los sacudió desde uno de los corredores y el sonido metálico de una voz cavernosa llegó hasta sus oídos.

—Irene… —susurró la voz.

Los nervios de la muchacha se trabaron en una red de hielo. La voz llegó de nuevo. Irene clavó los ojos en el extremo del corredor. Ismael siguió su mirada y la vio. Flotando sobre el suelo, envuelta en un manto de neblina, Simone avanzaba hacia ellos con los brazos extendidos. Un brillo diabólico bailaba en sus ojos. Unas fauces surcadas de colmillos acerados asomaron tras sus labios apergaminados.

—Mamá —gimió Irene.

—Ésa no es tu madre… —dijo Ismael, apartando a la chica de la trayectoria de aquel ser.

La luz golpeó aquel rostro y lo desveló en todo su horror. Ismael se abalanzó sobre Irene para esquivar las garras del autómata. La criatura giró sobre sí misma y se les encaró de nuevo. Tan sólo medio rostro se había completado. La otra mitad no era más que una máscara de metal.

—Es el muñeco que vimos. No es tu madre —dijo el muchacho, que trataba de arrancar a su amiga del trance en que la visión la había sumido—. Esa cosa los mueve como si fuesen marionetas…

El mecanismo que sostenía al autómata dejó escapar un chasquido. Ismael pudo ver cómo las garras viajaban hacia ellos de nuevo, a toda velocidad. El muchacho cogió a Irene y se lanzó a la fuga sin saber a ciencia cierta hacia adónde se dirigía. Corrieron tan rápidamente como se lo permitieron sus piernas a través de una galería flanqueada por puertas que se abrían a su paso y siluetas que se descolgaban del techo.

—¡Rápido! —gritó Ismael, oyendo el martilleo de los cables de suspensión a sus espaldas.

Irene se volvió a mirar atrás. Las fauces caninas de aquella monstruosa réplica de su madre se cerraron a veinte centímetros de su rostro. Las cinco agujas de sus garras se lanzaron sobre su rostro. Ismael tiró de ella y la empujó al interior de lo que parecía una gran sala en la penumbra.

La chica cayó de bruces sobre el suelo y él cerró la puerta a su espalda. Las garras del autómata se clavaron sobre la puerta, puntas de flecha letales.

—Dios mío… —suspiró—. Otra vez no…

Irene alzó la vista; su piel del color del papel.

—¿Estás bien? —le preguntó Ismael.

La muchacha asintió vagamente para luego mirar a su alrededor. Paredes de libros ascendían hacia el infinito. Miles y miles de volúmenes formaban una espiral babilónica, un laberinto de escaleras y pasadizos.

—Estamos en la biblioteca de Lazarus.

—Pues espero que tenga otra salida, porque no pienso volver a mirar ahí detrás… —dijo Ismael señalando a su espalda.

—Debe de haberla. Creo que sí, pero no sé dónde está —dijo ella, aproximándose al centro de la gran sala mientras el chico trababa la puerta con una silla.

Si aquella defensa resistía más de dos minutos, se dijo, empezaría a creer en los milagros a pies juntillas. La voz de Irene murmuró algo a su espalda. El muchacho se volvió y la vio junto a una mesa de lectura, examinando un libro de aspecto centenario.

—Hay algo aquí —dijo ella.

Un oscuro presentimiento se despertó en él.

—Deja ese libro.

—¿Por qué? —preguntó Irene, sin comprender.

—Déjalo.

La joven cerró el volumen e hizo lo que su amigo le indicaba. Las letras doradas sobre la cubierta brillaron a la lumbre de la hoguera que caldeaba la biblioteca: *Doppelgänger*.

Irene apenas se había alejado unos pasos del escritorio cuando sintió que una intensa vibración atravesaba la sala bajo sus pies. Las llamas de la hoguera palidecieron y algunos de los tomos en las interminables hileras de estanterías empezaron a temblar. La muchacha corrió hasta Ismael.

—¿Qué demonios…? —dijo él, percibiendo también aquel intenso rumor que parecía provenir de lo más profundo de la casa.

En ese momento, el libro que Irene había dejado sobre el escritorio se abrió violentamente de par en par. Las llamas de la hoguera se extinguieron, aniquiladas por un aliento gélido. Ismael rodeó a la joven con sus brazos y la apretó contra sí. Algunos libros empezaron a precipitarse al vacío desde las alturas, impulsados por manos invisibles.

—Hay alguien más aquí —susurró Irene—. Puedo sentirlo…

Las páginas del libro empezaron a volverse lentamente al viento, una tras otra. Ismael contempló las láminas del viejo volumen, que brillaban con luz propia, y advirtió por primera vez cómo las letras parecían evaporarse una a una, formando una nube de gas negro que adquiría forma sobre el libro. Aquella silueta informe fue absorbiendo palabra a palabra, frase a frase.

La forma, más densa ahora, le hizo pensar en un espectro de tinta negra suspendido en el vacío.

La nube de negrura se expandió y las formas de unas manos, unos brazos y un tronco se esculpieron de la nada. Un rostro impenetrable emergió de la sombra.

Ismael e Irene, paralizados por el terror, contemplaron electrizados aquella aparición y cómo, alrededor de ella, otras formas, otras sombras cobraban vida de entre las páginas de aquellos libros caídos. Lentamente, un ejército de sombras se desplegó ante sus ojos incrédulos. Sombras de niños, de ancianos, de damas ataviadas con extrañas galas… Todos ellos parecían espíritus atrapados, demasiado débiles para adquirir consistencia y volumen. Rostros en agonía, aletargados y desprovistos de voluntad. Al contemplarlos, Irene sintió que se encontraba frente a las almas perdidas de decenas de seres atrapados en un terrible maleficio. Los vio extender sus manos hacia ellos, suplicando ayuda, pero sus dedos se escindían en espejismos de vapor. Podía sentir el horror de su pesadilla, del sueño negro que los atenazaba.

Durante los escasos segundos que duró aquella visión, se preguntó quiénes eran y cómo habían llegado hasta allí. ¿Habían sido alguna vez

incautos visitantes de aquel lugar, como ella misma? Por un instante esperó reconocer a su madre entre aquellos espíritus malditos, hijos de la noche. Pero, a un simple gesto de la sombra, sus cuerpos vaporosos se fundieron en un torbellino de oscuridad que atravesó la sala.

La sombra abrió sus fauces y absorbió todas y cada una de esas almas, arrancándoles la poca fuerza que todavía vivía en ellas. Un silencio mortal siguió a su desaparición. Luego, la sombra abrió los ojos y su mirada proyectó un halo sangrante en la tiniebla.

Irene quiso gritar, pero su voz se perdió en el estruendo brutal que sacudió Cravenmoore. Una a una, todas las ventanas y las puertas de la casa se estaban sellando como lápidas. Ismael oyó aquel eco cavernoso recorrer los cientos de galerías de Cravenmoore, y sintió que sus esperanzas de salir de aquel lugar con vida se evaporaban en la oscuridad.

Tan sólo un resquicio de claridad trazaba una aguja de luz a través de la bóveda del techo, una cuerda floja de luz suspendida en lo alto de aquella siniestra carpa circense. La luz se grabó en la mirada de Ismael, y el muchacho, sin esperar un segundo más, asió la mano de Irene y la condujo hacia el extremo de la sala, a tientas.

—Quizá la otra salida esté ahí —susurró.

Irene siguió la trayectoria que señalaba el índice del chico. Sus ojos reconocieron el filamento de luz, que parecía emerger del orificio de una cerradura. La biblioteca estaba organizada en óvalos concéntricos recorridos por un estrecho pasillo que ascendía en espiral por la pared y hacía las veces de distribuidor a las diferentes galerías que partían de él. Simone le había hablado de ello, comentándole aquel capricho arquitectónico: si alguien seguía aquel corredor hasta el fin, llegaba casi hasta el tercer piso de la mansión. Una suerte de torre de Babel de puertas adentro, imaginó. Esta vez fue ella quien guió a Ismael hasta el corredor y, una vez en él, se apresuró a ascender.

—¿Sabes adónde vas? —preguntó el muchacho.

—Confía en mí.

Ismael corrió tras ella, sintiendo cómo el suelo ascendía lentamente bajo sus pies a medida que se adentraban en el corredor. Una fría corriente de aire le acarició la nuca e Ismael observó la espesa mancha negra que se esparcía sobre el suelo a su espalda. La sombra tenía una textura casi sólida, y sólo su contorno parecía fundirse con la oscuridad. La mancha espectral se desplazaba como una lámina de aceite, espeso y brillante.

Al cabo de unos segundos, aquel ente de negrura líquida se extendió bajo sus pies. Ismael sintió un espasmo gélido, similar al de caminar en aguas heladas.

—¡Rápido! —exclamó.

El origen de la línea de luz nacía, tal como habían supuesto, en la cerradura de una puerta que apenas se encontraba a media docena de metros de ellos. Ismael apretó el paso y consiguió rebasar el rastro de la sombra bajo sus pies por unos instantes. Las probabilidades de que aquella puerta estuviese abierta se le antojaban nulas. De poco les serviría alcanzar la puerta si ésta no conducía a ninguna parte.

Irene palpó la cerradura en la penumbra, en busca de un resorte que le permitiese abrirla. El muchacho se volvió para comprobar dónde se encontraba la sombra y sus ojos descubrieron el manto de azabache que se alzaba frente a él, una escultura de gas espeso que adquiría forma lentamente. Un rostro de alquitrán se materializó. Un rostro familiar. Ismael creyó que sus ojos le estaban engañando y parpadeó. El rostro seguía allí. El suyo propio.

Su oscuro reflejo le sonrió malévolamente y una lengua de reptil asomó entre los labios. Instintivamente, Ismael extrajo el cuchillo que había arrebatado al autómata del vestíbulo y lo blandió frente a la sombra. La silueta escupió su gélido aliento sobre el arma y una red de escarcha y astillas de hielo ascendió desde la punta del filo hasta la empuñadura. El metal congelado le transmitió una fuerte sensación de quemazón en la palma de la mano. El frío, un frío intenso, quemaba tanto o más que el fuego.

Ismael estuvo a punto de soltar el arma, pero resistió el espasmo muscular que le agarrotó el antebrazo y trató de hundir la hoja del cuchillo en el rostro de la sombra. La lengua se desprendió de ella al contacto con el filo y cayó sobre uno de sus pies. Instantáneamente, la pequeña masa negra le rodeó el tobillo como una segunda piel y empezó a ascender lentamente. El contacto viscoso y helado de aquella materia le provocó náuseas.

En ese momento, oyó el crujido de la cerradura con la que Irene estaba forcejeando a su espalda y un túnel de luz se abrió ante ellos. La chica corrió hacia el otro lado de la puerta e Ismael la siguió, cerrando de nuevo la puerta y dejando a su perseguidor al otro lado. La porción desprendida de la sombra trepó por su muslo y adquirió la forma de una gran araña. Una punzada de dolor le sacudió la pierna. Ismael gritó e Irene trató de expulsar aquel monstruoso arácnido. La araña se volvió contra la muchacha y saltó sobre ella. Irene dejó escapar un alarido de terror.

—¡Quítamela!

Ismael, desconcertado, miró a su alrededor y descubrió cuál era la fuente de luz que los había guiado. Una hilera de velas se perdía en la penumbra, en una procesión fantasmal.

El chico agarró una de las velas y acercó la llama a la araña, que buscaba la garganta de Irene. Al simple contacto con el fuego, aquel ser profirió un siseo de rabia y dolor y se descompuso en una lluvia de gotas negras que cayeron al suelo. Ismael soltó la vela y apartó a Irene del alcance de aquellos fragmentos. Las gotas se deslizaron gelatinosamente sobre el suelo y se unieron en un solo cuerpo que reptó hasta la puerta y se filtró de vuelta al otro lado.

—El fuego. El fuego le asusta… —dijo Irene.

—Pues eso es lo que vamos a darle.

Ismael recogió la vela y la colocó al pie de la puerta mientras Irene echaba un vistazo a la estancia en la que se encontraban. El lugar parecía más una antesala semidesnuda, sin muebles, y cubierta por décadas de polvo. Probablemente, aquella cámara había servido en algún tiempo como almacén o depósito adicional a la biblioteca. Un análisis más atento, sin embargo, revelaba formas sobre el techo. Pequeñas tuberías. Irene tomó una de las velas y, alzándola sobre su cabeza, examinó la sala. El brillo de azulejos y mosaicos sobre los muros se encendió a la llama de la vela.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó Ismael.

—No lo sé… Parecen, parecen unas duchas…

La lumbre de la vela reveló los aspersores metálicos, redes de cientos de orificios en forma de campana que pendían de las cañerías. Las bocas estaban herrumbrosas y tramadas de una ciudadela de telarañas.

—Sea lo que sea, hace siglos que nadie las…

No había acabado de pronunciar esta frase cuando se oyó un quejido metálico, el sonido inconfundible de un grifo oxidado que giraba. Allí dentro, junto a ellos.

Irene apuntó la vela hacia la pared de azulejos y ambos vieron cómo dos llaves de paso estaban girando lentamente.

Una profunda vibración recorría los muros. Luego, tras unos segundos de silencio, los dos muchachos pudieron rastrear aquel sonido, el sonido de algo que se arrastraba a través de las tuberías, sobre sus cabezas. Algo se estaba abriendo camino en las estrechas cañerías.

—¡Está aquí! —gritó Irene.

Él asintió, sin apartar los ojos de los aspersores. En cuestión de segundos, una masa impenetrable empezó a filtrarse lentamente a través de los orificios.

Irene e Ismael retrocedieron despacio, sin apartar la vista de la sombra que se formaba poco a poco frente a ellos, como las partículas de un reloj de arena forman una montaña al caer.

Dos ojos se dibujaron en la oscuridad. El rostro de Lazarus, afable, les sonrió. Una visión tranquilizadora, de no haber sabido antes que aquello que tenían frente a sí no era Lazarus. Irene avanzó un paso hacia él.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó, desafiante.

Una voz profunda, inhumana, se dejó oír.

—Está conmigo.

—Apártate de él —dijo Ismael.

La sombra clavó sus ojos en él y el muchacho pareció entrar en trance. Irene sacudió a su amigo y quiso apartarlo de la sombra, pero él permanecía bajo el influjo de aquella presencia, incapaz de reaccionar. La chica se interpuso entre ambos y abofeteó a Ismael, lo que consiguió arrancarlo de aquel estado. El rostro de la sombra se descompuso en una máscara de rabia, y dos largos brazos se extendieron hacia ellos. Irene empujó a Ismael hasta la pared y trató de esquivar la presa de aquellas garras.

En ese momento, una puerta se abrió en la oscuridad y un halo de luz apareció al otro lado de la estancia. La silueta de un hombre sosteniendo un farol de aceite se recortó en el umbral.

—¡Fuera de aquí! —gritó, permitiendo a Irene reconocer su voz: era Lazarus Jann, el fabricante de juguetes.

La sombra profirió un alarido de odio y una a una las llamas de las velas se extinguieron. Lazarus avanzó hacia la sombra. Su rostro parecía el de un hombre mucho mayor de lo que Irene recordaba. Sus ojos, inyectados en sangre, acusaban un terrible cansancio, los ojos de un hombre devorado por una cruel enfermedad.

—¡Fuera de aquí! —gritó de nuevo.

La sombra dejó entrever un rostro demoníaco y se transformó en una nube de gas, filtrándose entre los resquicios del suelo, hasta escapar por una grieta en los muros. Un sonido similar al del viento azotando tras las ventanas acompañó su huida.

Lazarus permaneció observando aquella grieta por espacio de varios segundos y, finalmente, dirigió su penetrante mirada hacia ellos.

—¿Qué creéis que estáis haciendo aquí? —preguntó sin ocultar su ira.

—He venido a buscar a mi madre y no me iré sin ella —declaró Irene, sosteniendo aquella mirada intensa y escrutadora sin parpadear.

—No sabes a lo que te estás enfrentando… —dijo Lazarus—. Rápido, por aquí. No tardará en volver.

Lazarus los guió al otro lado de la puerta.

—¿Qué es eso? ¿Qué es lo que hemos visto? —preguntó Ismael.

Lazarus lo observó detenidamente.

—Soy yo. Eso que has visto soy yo…

* * *

Lazarus los condujo a través de un intrincado laberinto de túneles que parecía recorrer las entrañas de Cravenmoore, a modo de estrechos conductos paralelos a galerías y corredores. El camino estaba flanqueado por numerosas puertas cerradas a ambos lados, dobles entradas a las decenas de habitaciones y salas de la mansión. El eco de sus pasos quedaba confinado a aquel angosto pasaje, y daba la sensación de que un ejército invisible los estuviese siguiendo.

El farol de Lazarus esparcía un anillo de luz ámbar sobre los muros. Ismael observó su propia sombra y la de Irene caminar junto a ellos en la pared. Lazarus no proyectaba sombra alguna. El fabricante de juguetes se detuvo frente a una puerta alta y estrecha, y extrajo una llave con la que abrió el cerrojo. Oteó el extremo del corredor por el que habían llegado hasta allí y les indicó que entrasen.

—Por aquí —dijo nerviosamente—. No volverá aquí, al menos durante unos minutos…

Ismael e Irene intercambiaron una mirada de sospecha.

—No tenéis más alternativa que confiar en mí —añadió Lazarus, advirtiéndolos.

El muchacho suspiró y se adelantó hacia el interior de la cámara. Irene y Lazarus lo siguieron y él cerró de nuevo la puerta. La luz del farol desveló un muro cubierto por multitud de fotografías y recortes. En un extremo se apreciaba una pequeña cama y un escritorio desnudo. Lazarus dejó reposar el farol sobre el suelo y observó cómo los dos muchachos examinaban todos aquellos pedazos de papel adheridos a la pared.

—Debéis abandonar Cravenmoore mientras todavía estéis a tiempo.

Irene se volvió hacia él.

—No es a vosotros a quienes quiere —añadió el fabricante de juguetes—. Es a Simone.

—¿Por qué? ¿Qué pretende hacer con ella?

Lazarus bajó la mirada.

—Quiere destruirla. Para castigarme. Y hará lo mismo con vosotros si os interponéis en su camino.

—¿Qué significa todo eso? ¿Qué pretende decirnos? —preguntó Ismael.

—Cuanto tenía que deciros os lo he dicho ya. Debéis salir de aquí. Tarde o temprano volverá, y esta vez yo no podré hacer nada por protegeros.

—Pero ¿quién volverá?

—Lo has visto con tus propios ojos.

En ese momento, un estruendo lejano se oyó en algún lugar de la casa. Aproximándose. Irene tragó saliva y miró a Ismael. Pisadas. Una tras otra, estallando como disparos, cada vez más cerca. Lazarus sonrió débilmente.

—Ahí viene —anunció—. No os queda mucho tiempo.

—¿Dónde está mi madre? ¿Adónde la ha llevado? —exigió la muchacha.

—No lo sé, pero aunque lo supiera, de nada serviría.

—Usted construyó esa máquina con su rostro… —acusó Ismael.

—Creí que le bastaría con eso, pero quería más. La quería a ella.

Las pisadas infernales se oyeron entonces detrás de la puerta, enfilando el corredor.

—Al otro lado de esa puerta —explicó Lazarus— hay una galería que conduce a la escalera principal. Si os queda una gota de sentido común, corred hasta allí y alejaos de esta casa para siempre.

—No iremos a ninguna parte —dijo Ismael—. No sin Simone.

La puerta por la que habían entrado sufrió una fuerte sacudida. Un instante después, una lámina negra se esparció bajo el umbral de la entrada.

—Salgamos —urgió Ismael.

La sombra rodeó el farol y resquebrajó el cristal. Con una bocanada de aire helado, la llama se extinguió. Desde la oscuridad, Lazarus contempló cómo los muchachos escapaban por la otra salida. Junto a él, se alzaba una silueta negra e insondable.

—Déjalos en paz —murmuró—. Son sólo dos chicos. Déjalos marchar. Tómame a mí de una vez. ¿No es eso lo que buscas?

La sombra sonrió.

* * *

La galería en la que se encontraban cruzaba el eje central de Cravenmoore. Irene reconoció aquel enclave de corredores y guió a Ismael hasta la base de la cúpula. Las nubes en tránsito podían verse a través de las vidrieras, grandes

gigantes de algodón negro que surcaban el cielo. La linterna, una suerte de émbolo que coronaba la cúspide de la cúpula, desprendía un hipnótico halo de reflejos caleidoscópicos.

—Por aquí —indicó la chica.

—Por aquí, ¿adónde? —preguntó Ismael nerviosamente.

—Creo que sé dónde la tiene.

Él echó un vistazo a su espalda. El corredor permanecía a oscuras, sin señal aparente de movimiento, aunque el muchacho comprendió que la sombra podía estar avanzando en aquella dirección sin que pudieran advertirlo.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo, ansioso por alejarse de allí cuanto antes.

—Sígueme.

Irene enfiló una de las alas que se extendía en la penumbra e Ismael la siguió. Lentamente, la claridad de la linterna se fue adormeciendo y las siluetas de las criaturas mecánicas que poblaban ambos flancos se convirtieron apenas en perfiles oscilantes. Las voces, las risas y el martilleo de los cientos de mecanismos ahogaban el sonido de sus pasos. El chico volvió la vista atrás de nuevo, escrutando la boca de aquel túnel en el que se estaban aventurando. Una bocanada de aire frío penetró en la galería. Mirando a su alrededor, Ismael reconoció las cortinas de gasa ondeando al frente, grabadas con aquella inicial que se mecía lentamente.

A

—Estoy segura de que la tiene ahí —dijo Irene.

Más allá de los cortinajes, la puerta de madera labrada se alzaba cerrada en el extremo del corredor.

Una nueva bocanada de aire frío los envolvió, agitando los visillos.

Ismael se detuvo y clavó la mirada en la negrura. El muchacho, tenso como un cable de acero, trataba de dilucidar entre la penumbra.

—¿Qué pasa? —preguntó Irene, advirtiendo el desconcierto que se había apoderado de él.

El chico despegó los labios para responder, pero se detuvo. Ella observó el corredor tras ellos. Un simple punto de luz en el extremo del túnel. El resto, tinieblas.

—Está ahí —dijo el muchacho—. Observándonos.

Irene se aferró a él.

—¿No lo sientes?

—No nos detengamos aquí, Ismael.

Él asintió, pero su pensamiento estaba en otro lugar. Irene tomó su mano y lo condujo hasta la puerta de la habitación. El chico no apartó los ojos del corredor a su espalda en todo el trayecto. Finalmente, cuando ella se detuvo frente a la entrada, ambos intercambiaron una mirada. Sin mediar palabra, Ismael posó la mano sobre el pomo y lo hizo girar lentamente. La cerradura cedió con un débil chasquido metálico y el propio peso de la gruesa lámina de madera hizo que la puerta se desplazase hacia adentro, girando sobre los goznes.

Una bruma teñida de azul evanescente velaba la habitación, apenas interrumpida por los destellos escarlatas que emanaban del fuego.

Irene avanzó unos pasos hacia el interior de la estancia. Todo estaba como lo recordaba. El gran retrato de Alma Maltisse brillaba sobre el hogar y sus reflejos se esparcían por la densa atmósfera de la cámara, insinuando los contornos de las cortinas de seda transparente que rodeaban el palanquín del lecho. Ismael cerró cuidadosamente la puerta tras ellos y siguió a Irene.

El brazo de la muchacha lo detuvo. Señaló una butaca orientada frente al fuego, de espaldas a ellos. De uno de los brazos pendía una mano pálida, caída sobre el suelo como una flor marchita.

Junto a ella brillaban los fragmentos rotos de una copa sobre una lámina de líquido, perlas candentes sobre un espejo. Irene sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho. Soltó la mano de Ismael y se acercó paso a paso a la butaca. La claridad danzante de las llamas iluminó su rostro aletargado: Simone.

Irene se arrodilló junto a su madre y tomó su mano. Durante unos segundos fue incapaz de encontrarle el pulso.

—Dios mío…

Ismael se apresuró hasta el escritorio y cogió una pequeña bandeja de plata. Corrió hasta Simone y la colocó frente a su rostro. Una tenue nube de vaho tiñó la superficie de la placa. Irene respiró profundamente.

—Está viva —dijo Ismael, observando el rostro inconsciente de la mujer y creyendo ver en ella a una Irene madura y sabia.

—Hay que sacarla de aquí. Ayúdame.

Cada uno se apostó a un lado de Simone y, rodeándola con sus brazos, trataron de izarla de la butaca.

Apenas la habían levantado unos centímetros cuando un susurro profundo, escalofriante, se oyó en el interior de la habitación. Ambos se detuvieron y

miraron a su alrededor. El fuego proyectaba múltiples visiones fugaces de sus propias sombras sobre las paredes.

—No perdamos tiempo —lo urgió Irene.

Ismael izó de nuevo a Simone, pero esta vez el sonido se oyó más próximo y sus ojos lo rastrearon. ¡La lámina del retrato! En un instante, el velo que recubría el óleo se combó en una plancha de oscuridad líquida, adquiriendo volumen y desplegando dos largos brazos acabados en garras afiladas como estiletes.

Ismael trató de retirarse, pero la sombra saltó desde la pared como un felino, trazando una trayectoria en la penumbra y posándose a su espalda. Por un segundo, lo único que el muchacho pudo ver fue su propia sombra observándolo. Después, del contorno de su propia silueta emergió otra que creció gelatinosamente hasta engullir completamente su propia sombra. El muchacho sintió que el cuerpo de Simone se le resbalaba de los brazos. Una poderosa garra de gas helado le rodeó el cuello y lo lanzó contra la pared con una fuerza incontenible.

—¡Ismael! —gritó Irene.

La sombra se volvió hacia ella. La joven corrió hacia el otro extremo de la habitación. Las sombras a sus pies se cerraron sobre ella dibujando una flor mortal. Sintió el contacto helado, estremecedor, de la sombra envolviendo su cuerpo y paralizando sus músculos. Trató de forcejear inútilmente mientras contemplaba horrorizada cómo, desde el techo, se desprendía un manto de oscuridad que tomaba la forma del rostro familiar de Hannah. La réplica espectral le dirigió una mirada de odio y los labios de vapor dejaron entrever largos colmillos húmedos y relucientes.

—Tú no eres Hannah —dijo Irene, con un hilo de voz.

La sombra la abofeteó y un corte se abrió sobre su mejilla. En un instante, las gotas de sangre que afloraban de la herida fueron absorbidas por la sombra, como si una fuerte corriente de aire las aspirase. Un espasmo de náusea la golpeó. La sombra blandió dos dedos largos y puntiagudos, como dagas, frente a sus ojos, aproximándose.

Ismael oyó aquella voz ronca y maléfica mientras se incorporaba de nuevo, aturdido por el golpe. La sombra sostenía a Irene en el centro de la habitación, dispuesta a aniquilarla. El muchacho gritó y se abalanzó contra la masa. Su cuerpo la atravesó y la sombra se escindió en miles de diminutas gotas que cayeron sobre el suelo en una lluvia de carbón líquido. Ismael levantó a Irene y la retiró del alcance de la sombra. Sobre el pavimento, los fragmentos se unieron en un torbellino que sacudió las piezas del mobiliario

que la rodeaban y las propulsó hacia paredes y ventanas, convertidas en proyectiles mortales.

Ismael e Irene se tiraron al suelo. El escritorio atravesó una de las cristaleras y la pulverizó. Ismael rodó sobre Irene, cubriéndola del impacto. Cuando alzó de nuevo la vista, el torbellino de oscuridad se estaba solidificando. Dos grandes alas negras se extendieron y la sombra emergió, mayor que nunca y más poderosa. Alzó una de sus garras y mostró la palma abierta. Dos ojos y unos labios se desplegaron sobre ella.

Ismael extrajo de nuevo su cuchillo y lo blandió frente a él, situando a Irene a su espalda. La sombra se alzó y se desplazó hacia ellos. Su garra asió la hoja del cuchillo. Ismael percibió la corriente helada ascendiendo por sus dedos y su mano, paralizándole el brazo.

El arma cayó al suelo y la sombra envolvió al chico. Irene trató de asirlo en vano. La sombra conducía a Ismael hacia el fuego.

Justo entonces, la puerta de la estancia se abrió y la silueta de Lazarus Jann apareció en el umbral.

* * *

La luz espectral que emergía del bosque se reflejó sobre el parabrisas del coche de la gendarmería, que abría la formación. Tras él, el vehículo del doctor Giraud y una ambulancia reclamada del dispensario de La Rochelle cruzaban la carretera de la Playa del Inglés a toda velocidad.

Dorian, sentado junto al comisario jefe, Henri Faure, fue el primero en advertir el halo dorado que se filtraba entre los árboles. La silueta de Cravenmoore se adivinó tras el bosque, un gigantesco carrusel fantasmal entre la niebla.

El comisario frunció el ceño y observó aquella visión que jamás había contemplado en cincuenta y dos años de vida en aquel pueblo.

—¡Más de prisa! —instó Dorian.

El comisario miró al muchacho y, mientras aceleraba, empezó a preguntarse si la historia de aquel supuesto accidente tenía algo de cierta.

—¿Hay algo que no nos hayas dicho?

Dorian no respondió y se limitó a mirar al frente.

El comisario aceleró a fondo.

* * *

La sombra se volvió y, al ver a Lazarus, dejó caer a Ismael como un peso muerto. El muchacho golpeó contra el suelo con fuerza y profirió un grito ahogado de dolor. Irene corrió a socorrerlo.

—Sácalo de aquí —dijo Lazarus, avanzando lentamente hacia la sombra, que se retiraba.

Ismael notó una punzada en un hombro y gimió.

—¿Estás bien? —preguntó la muchacha.

El chico balbuceó algo incomprensible, pero se incorporó y asintió. Lazarus les dirigió una mirada impenetrable.

—Lleváosla y salid de aquí —dijo.

La sombra susurraba frente a él como una serpiente al acecho. De pronto saltó hacia el muro y el retrato la absorbió de nuevo.

—¡He dicho que os marchéis de aquí! —gritó Lazarus.

Ismael e Irene cogieron a Simone y la arrastraron hacia el umbral de la habitación. Justo antes de salir, Irene se volvió a mirar a Lazarus y vio cómo el fabricante de juguetes se acercaba al lecho protegido por los velos y los apartaba con infinita ternura. La silueta de aquella mujer se perfiló tras las cortinas.

—Espera… —murmuró Irene con el corazón en un puño.

Tenía que ser Alma. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al advertir las lágrimas en el rostro de Lazarus. El fabricante de juguetes abrazó a Alma. Jamás en la vida Irene había visto a alguien abrazar a otra persona con semejante cuidado. Cada gesto, cada movimiento de Lazarus denotaba un cariño y una delicadeza que sólo una vida entera de veneración podían otorgar. Los brazos de Alma lo rodearon también y, por un instante mágico, ambos permanecieron unidos en la penumbra, más allá de este mundo. Sin saber por qué, Irene sintió deseos de llorar, pero una nueva visión, terrible y amenazadora, se cruzó en su camino.

La mancha se estaba deslizando, sinuosamente, desde el retrato hacia el lecho. Una punzada de pánico invadió a la joven.

—¡Lazarus, cuidado!

El fabricante de juguetes se volvió y contempló cómo la sombra se alzaba frente a sí, rugiendo de rabia. Sostuvo la mirada de aquel ser infernal durante un segundo, sin mostrar temor alguno. Luego, los miró a ellos dos; sus ojos parecían transmitirles palabras que no acertaban a comprender. Súbitamente, Irene entendió lo que Lazarus se disponía a hacer.

—¡No! —gritó, sintiendo que Ismael la retenía.

El fabricante de juguetes se acercó a la sombra.

—No te la llevarás otra vez…

La sombra alzó una garra, dispuesta a atacar a su dueño. Lazarus introdujo la mano en su chaqueta y extrajo un objeto brillante. Un revólver.

La risa de la sombra reverberó en la estancia como el aullido de una hiena.

Lazarus apretó el gatillo. Ismael lo miró, sin comprender. Entonces, el fabricante de juguetes le sonrió débilmente y el revólver cayó de sus manos. Una mancha oscura se esparcía sobre su pecho. Sangre.

La sombra dejó escapar un alarido que estremeció toda la mansión. Un alarido de terror.

—¡Oh, Dios!… —gimió Irene.

Ismael corrió a socorrerlo, pero Lazarus alzó una mano para detenerlo.

—No. Dejadme con ella. Y marchaos de aquí… —murmuró, dejando escapar un hilo de sangre por la comisura de los labios.

Ismael lo sostuvo en sus brazos y lo acercó al lecho. Al hacerlo, la visión de un rostro pálido y triste le golpeó como una puñalada. Ismael contempló a Alma Maltisse cara a cara. Sus ojos llorosos lo miraron fijamente, perdidos en un sueño del que nunca podría despertar.

Una máquina.

Durante todos esos años, Lazarus había vivido con una máquina para mantener el recuerdo de su esposa, el recuerdo que la sombra le había arrebatado.

Ismael, paralizado, dio un paso atrás. Lazarus lo miró, suplicante.

—Déjame solo con ella…, por favor.

—Pero… no es más que… —empezó Ismael.

—Ella es todo lo que tengo…

El chico comprendió entonces por qué nunca se encontró el cuerpo de aquella mujer ahogada en el islote del faro. Lazarus lo había rescatado de las aguas y le había devuelto la vida, una vida inexistente, mecánica. Incapaz de afrontar la soledad y la pérdida de su esposa, había creado un fantasma a partir de su cuerpo, un triste reflejo con el que había convivido durante veinte años. Y mirando sus ojos agonizantes, Ismael supo también que, en el fondo de su corazón, de algún modo que no acertaba a comprender, Alexandra Alma Maltisse seguía viva.

El fabricante de juguetes le dirigió una última mirada llena de dolor. El muchacho asintió lentamente y volvió junto a Irene. Ella advirtió su rostro blanco, como si hubiera visto a la propia muerte.

—¿Qué…?

—Salgamos de aquí. Pronto —apremió Ismael.

—Pero…

—¡He dicho que salgamos de aquí!

Juntos arrastraron a Simone hasta el corredor. La puerta se cerró a sus espaldas con fuerza, sellando a Lazarus en la habitación. Irene e Ismael corrieron, como pudieron, a través del pasillo hacia la escalinata principal, tratando de ignorar los aullidos inhumanos que se oían al otro lado de aquella puerta. Era la voz de la sombra.

* * *

Lazarus Jann se incorporó del lecho y, tambaleándose, se enfrentó a la sombra. El espectro le dirigió una mirada desesperada. Aquel diminuto orificio que la bala había practicado estaba creciendo, y la devoraba también a ella a cada segundo. La sombra saltó de nuevo para refugiarse en el cuadro, pero esta vez Lazarus cogió un madero encendido y dejó que las llamas prendiesen el óleo.

El fuego se esparció sobre la pintura como las ondas en un estanque. La sombra aulló y, en las tinieblas de la biblioteca, las páginas de aquel libro negro empezaron a sangrar hasta prender en llamas.

Lazarus se arrastró de nuevo hasta el lecho, pero la sombra, henchida de ira y devorada por las llamas, se lanzó tras él, dejando un rastro de fuego a su paso. Las cortinas del palanquín prendieron y las lenguas ardientes se esparcieron por el techo y el suelo, devorando con rabia cuanto encontraban. En apenas unos segundos, un infierno asfixiante se extendió por la habitación.

Las llamas asomaron por una de las ventanas y el fuego hizo saltar por los aires los pocos cristales que quedaban intactos, succionando el aire nocturno con fuerza insaciable. La puerta de la cámara salió despedida en llamas hacia el corredor y, lenta pero inexorablemente, el fuego, como una plaga, fue apoderándose de toda la mansión.

Caminando entre las llamas, Lazarus extrajo el frasco de cristal que había albergado a la sombra durante años y lo alzó en sus manos. Con un alarido desesperado, la sombra penetró en él. Las paredes de cristal se astillaron en una telaraña de hielo. Lazarus tapó el frasco y, contemplándolo por última vez, lo arrojó al fuego. El frasco estalló en mil pedazos; como el aliento moribundo de una maldición, la sombra se extinguió para siempre. Y con ella, el fabricante de juguetes sintió cómo la vida se le escapaba lentamente por aquella herida fatal.

* * *

Cuando Irene e Ismael emergieron por la puerta principal llevando a Simone inconsciente en brazos, las llamas asomaban ya por los ventanales del tercer piso. En apenas unos segundos, las vidrieras fueron estallando una a una, despidiendo una tormenta de cristal ardiente sobre el jardín. Los muchachos corrieron hasta el umbral del bosque y sólo cuando estuvieron al amparo de los árboles se detuvieron a mirar atrás.

Cravenmoore ardía.

13. LAS LUCES DE SEPTIEMBRE

Una a una, las criaturas maravillosas que habían poblado el universo de Lazarus Jann fueron despedazadas por las llamas aquella noche de 1937. Relojes parlantes vieron sus agujas doblegarse en filamentos de plomo candente. Bailarinas y orquestas, magos, brujas y ajedrecistas, prodigios que nunca habrían de ver la luz de otro día…; no hubo piedad para ninguno de ellos. Planta a planta, habitación por habitación, el espíritu de la destrucción borró para siempre cuanto contenía aquel lugar mágico y terrible.

Décadas de fantasía se evaporaron, dejando apenas un rastro de cenizas tras de sí. En algún lugar de aquel infierno, sin más testigos que las llamas, se consumieron las fotografías y los recortes que atesoraba Lazarus Jann, y mientras los coches de la policía llegaban al pie de aquella pira fantasmagórica que encendió el alba a medianoche, los ojos de aquel niño atormentado se cerraron para siempre en una habitación en la que nunca hubo juguetes y nunca los habría.

Nunca en su vida Ismael podría olvidar aquellos últimos momentos de Lazarus y su compañera. Lo último que había podido ver había sido cómo Lazarus la besaba en la frente. Se juró entonces que guardaría su secreto hasta el fin de sus días.

* * *

Las primeras luces del día habrían de revelar una nube de cenizas que cabalgaba hacia el horizonte sobre la bahía púrpura. Lentamente, mientras el alba esparcía las brumas sobre la Playa del Inglés, las ruinas de Cravenmoore se dibujaron sobre las copas de los árboles, más allá del bosque. El rastro de espirales evanescentes de humo mortecino ascendía hacia el cielo, dibujando caminos de terciopelo negro sobre las nubes, caminos apenas quebrados por las bandadas de pájaros que volaban hacia el oeste.

El telón de la noche se resistía a retirarse, y la neblina cobriza que enmascaraba el islote del faro en la distancia se fue descomponiendo en un espejismo de alas blancas que alzaba el vuelo a la brisa del amanecer.

Sentados sobre el manto de arena blanca, a medio camino a ninguna parte, Irene e Ismael contemplaban los últimos minutos de aquella larga noche del verano de 1937. En silencio, unieron sus manos y dejaron que los primeros reflejos rosados del sol que rompían entre las nubes trazasen una senda de perlas encendidas mar adentro. La torre del faro se irguió entre la niebla, oscura y solitaria. Una débil sonrisa afloró a los labios de Irene al comprender que, de algún modo, aquellas luces que los lugareños habían contemplado brillando en la neblina se apagarían ahora para siempre. Las luces de septiembre se habían marchado con el alba.

Ya nada, ni siquiera el recuerdo de los sucesos de aquel verano, podría retener el alma perdida de Alma Maltisse suspendida en el tiempo. Mientras estos pensamientos se perdían en la marea, Irene miró a Ismael. El amago de una lágrima asomó a sus ojos, pero la chica supo que no la derramaría jamás.

—Volvamos a casa —dijo él.

Irene asintió y juntos rehicieron sus pasos por la orilla, hacia la Casa del Cabo. Mientras lo hacían, un solo pensamiento cruzó la mente de la muchacha. En un mundo de luces y sombras, todos, cada uno de nosotros, debía encontrar su propio camino.

Días más tarde, cuando Simone les revelase las palabras que la sombra le había dirigido, la verdadera historia de Lazarus Jann y Alma Maltisse, todas las piezas del rompecabezas empezarían a encajar en sus mentes. Sin embargo, el hecho de poder arrojar luz sobre lo que realmente había sucedido no cambiaría ya el curso de los acontecimientos. La maldición había perseguido a Lazarus Jann desde su trágica infancia hasta su muerte. Una muerte que él mismo, en el último momento, comprendió que era la única salida. No le restaba ya más que hacer el último viaje para reunirse con Alma más allá del alcance de su sombra y del maleficio de aquel desconocido emperador de las sombras que se ocultaba bajo el nombre de Daniel

Hoffmann. Incluso él, con todo su poder y sus engaños, no podría destruir jamás el vínculo que unía a Lazarus y a Alma más allá de la vida y la muerte.

París, 26 de mayo de 1947

Querido Ismael:

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te escribí. Demasiado. Finalmente, hace apenas una semana, sucedió el milagro. Todas las cartas que durante estos años has estado enviando a mi antigua dirección han vuelto a mí gracias a la bondad de una vecina, ¡una pobre anciana de casi noventa años!, que las ha guardado durante todo este tiempo, esperando que algún día alguien viniese a recogerlas.

Durante todos estos días las he leído, releído y leído otra vez hasta la saciedad. Las he guardado como el más valioso de mis tesoros. Las razones de mi silencio, de esta larga ausencia, me son difíciles de explicar. Especialmente a ti, Ismael. Especialmente a ti.

Poco imaginaban aquellos dos muchachos en la playa que la mañana que la sombra de Lazarus Jann se apagó para siempre una sombra mucho más terrible se cernía sobre el mundo. La sombra del odio. Supongo que todos pensamos en aquellas palabras acerca de Daniel Hoffmann y su «labor» en Berlín.

Cuando perdí el contacto contigo durante los terribles años de la guerra, te escribí cientos de cartas que jamás llegaron a ninguna parte. Me pregunto todavía dónde están, adónde fueron a parar tantas palabras, tantas cosas que tenía que decirte. Quiero que sepas que, durante aquellos terribles tiempos de oscuridad, tu recuerdo, la memoria de aquel verano en Bahía Azul, fue la llama que me mantuvo viva, la fuerza que me ayudaba a sobrevivir día a día.

Sabrás que Dorian se alistó y sirvió en el norte de África por espacio de dos años, de los que regresó con un montón de absurdas medallas de hojalata y con una herida que le hará cojear el resto de sus días. Él fue uno de los afortunados. Regresó. Te alegrará saber que, finalmente, consiguió trabajo en el gabinete de cartógrafos de la marina mercante y que, en los ratos que su novia Michelle lo deja libre (tendrías que verla…), recorre con su compás el mundo de punta a punta.

De Simone qué te voy a contar. Envidio su fortaleza y esa entereza que nos sacó a todos adelante tantas veces. Los años de la guerra han sido duros para ella, quizá más que para nosotros. Nunca habla de eso, pero a veces, cuando la veo en silencio, junto a la ventana, mirando a la gente pasar, me pregunto qué es lo que ocupa su pensamiento. Ya no quiere salir de casa y

pasa las horas con la única compañía de un libro. Es como si hubiese cruzado al otro lado de un puente, al que no sé cómo llegar… A veces, la sorprendo contemplando viejas fotos de papá, llorando en silencio.

En cuanto a mí, estoy bien. Hace un mes dejé el hospital de Saint Bernard, en el que he estado trabajando durante estos años. Van a derribarlo. Espero que con el viejo edificio se vayan también todas las memorias del sufrimiento y el horror que presencié allí durante los días de la guerra. Creo que yo tampoco soy la misma, Ismael. Algo me ha pasado por dentro.

Vi muchas cosas que jamás creí que pudieran ocurrir… Hay sombras en el mundo, Ismael. Sombras mucho peores que cualquier cosa contra la que tú y yo luchamos aquella noche en Cravenmoore. Sombras al lado de las cuales Daniel Hoffmann es apenas un juego de niños. Sombras que vienen de dentro de cada uno de nosotros.

A veces me alegro de que papá no esté aquí para verlas. Pero vas a pensar que me he convertido en una nostálgica. Nada de eso. Tan pronto leí tu última carta, el corazón me dio un salto. Era como si el sol hubiese salido después de diez años de días negros y lluviosos. Volví a recorrer la Playa del Inglés, la isla del faro, y volví a surcar la bahía a bordo del Kyaneos*. Siempre recordaré aquellos días como los más maravillosos de mi vida.*

Te confesaré un secreto. Muchas veces, durante las largas noches de invierno de la guerra, mientras los disparos y los gritos resonaban en la oscuridad, dejaba que el pensamiento me llevase otra vez allí, a tu lado, a aquel día que pasamos en el islote del faro. Ojalá nunca nos hubiéramos ido de aquel lugar. Ojalá aquel día jamás hubiese terminado.

Supongo que te preguntarás si me he casado. La respuesta es no. No me faltaron pretendientes, no vayas a pensar. Todavía soy una joven de cierto éxito. Hubo algunos novios. Idas y venidas. Los días de la guerra eran muy duros para pasarlos en soledad, y yo no soy tan fuerte como Simone. Pero nada más. He aprendido que la soledad es a veces un camino que conduce a la paz. Y durante meses no he deseado más que eso, paz.

Y eso es todo. O nada. ¿Cómo explicarte todos mis sentimientos, todos mis recuerdos durante estos años? Preferiría borrarlos de un plumazo. Quisiera que mi última memoria fuese la de aquel amanecer en la playa y descubrir que todo este tiempo no ha sido más que una larga pesadilla. Quisiera volver a ser una muchacha de quince años y no comprender el mundo que me rodea, pero eso no es posible.

No quiero seguir escribiendo ya. Quiero que la próxima vez que hablemos sea cara a cara.

Dentro de una semana, Simone irá a pasar un par de meses con su hermana en Aix-en-Provence. Ese mismo día, volveré a la estación de Austerlitz y tomaré el tren de Normandía, como lo hice hace diez años. Sé que me esperarás y sé que te reconoceré entre la gente, como te reconocería aunque hubiesen pasado mil años. Lo sé desde hace tiempo.

Hace una eternidad, en los peores días de la guerra, tuve un sueño. En él, volvía a recorrer la Playa del Inglés contigo. El sol se ponía y el islote del faro se distinguía entre la bruma. Todo era como antes: la Casa del Cabo, la bahía…, incluso las ruinas de Cravenmoore sobre el bosque. Todo menos nosotros. Éramos un par de viejecitos. Tú ya no estabas para navegar y yo tenía el pelo tan blanco que parecía ceniza. Pero estábamos juntos.

Desde aquella noche he sabido que algún día, no importaba cuándo, llegaría nuestro momento. Que en un lugar lejano, las luces de septiembre se encenderían para nosotros y que, esta vez, ya no habría más sombras en nuestro camino.

Esta vez sería para siempre.

CARLOS RUIZ ZAFÓN ((25 de septiembre de 1964 - 19 de junio de 2020). Se educó en el colegio de los jesuitas de San Ignacio de Sarrià, después se matriculó en Ciencias de la Información y ya en el primer año le surgió una oferta para trabajar en el mundo de la publicidad. Llegó a ser director creativo de una importante agencia de Barcelona hasta que en 1992 decidió abandonar la publicidad para consagrarse a la literatura.

Comenzó con literatura juvenil: su primera novela, *El príncipe de la niebla*, la publicó en 1993 y fue un éxito: obtuvo el premio Edebé. Carlos Ruiz Zafón, que desde pequeño había sentido fascinación por el cine y Los Ángeles, usó el dinero del galardón para cumplir su sueño y partió a Estados Unidos, donde se radicó; pasó allí los primeros años escribiendo guiones al tiempo que continuaba sacando nuevas novelas. Las tres siguientes también estuvieron dedicadas a lectores jóvenes: *El palacio de la medianoche* (1994), *Las luces de septiembre* (1995) (éstas, con su primera novela, forman *La trilogía de la niebla* que posteriormente serían publicadas en un solo volumen) y *Marina* (1999).

La consagración como escritor superventas vino en enero de 2002, con la publicación de su primera novela «para adultos», *La sombra del viento*. Traducida a numerosos idiomas, la novela, cuya introducción en España fue

en un principio difícil y lenta, se ha convertido en una de las españolas más vendidas en el mundo, con más de 10 millones de ejemplares.

La segunda novela «para adultos» *El juego del ángel*, salió en 2008 y, teniendo en cuenta el éxito de *La sombra del viento*, la tirada inicial fue de un millón de ejemplares acompañada de una campaña mediática sin precedentes. Planeta no se equivocó y el libro se convirtió de inmediato en un *best seller*.

Ambas novelas forman parte de la serie que Ruiz Zafón dedica a su ciudad natal. El tercer libro, «más optimista y menos derrotista que la anterior» según afirman los editores, se titula *El prisionero del cielo* (2011).

El Laberinto de los Espíritus, publicado en 2016, cierra la serie El Cementerio de los Libros Olvidados.